D. GRANADA

SUPERSTICIONES

DEL

RIO DE LA PLATA

A. BARREIRO Y RAMOS, EDITOR. MONTEVIDEO


22500664260

SUPERSTICIONES

DEL

RÍO DE LA PLATA.

RESEÑA

HISTÓRICO-DESCRIPTIVA

DE

ANTIGUAS Y MODERNAS

SUPERSTICIONES

DEL

RÍO DE LA PLATA

POR

D. DANIEL GRANADA.

MONTEVIDEO:
A. BARREIRO Y RAMOS, Editor,
355, Calle 25 de Mayo, 355.
1896.

Imprenta Artística, de Dornaleche y Reyes, 18 de Julio 77 y 79.

MONTEVIDEO.

INTRODUCCIÓN.

SUMARIO. — Las cosas nimias en la filosofía y en la historia.— Las alucinaciones de la mente y las diversas formas de magnetismo: magia y *ciencia oculta.* — Dispersión y mezcla informe de elementos tradicionales. — Restauración de mitos y leyendas. — Modernos estudios del *folk-lore.* — Literatura y sistemas literarios. — Condénase el realismo. — Fuerzas ó leyes del mundo físico: espiritualízalas la misma ciencia experimental. — El positivismo: cómo invade y esteriliza la vida.— Combátese la indiferencia en el arte.—Literatura llamada *criolla:* sus defectos. —Belleza en las obras literarias. — Criterio espiritualista. — Utilidad de los estudios tradicionales en el arte. — Benevolencia en la censura de supersticiones y errores comunes.

Nada hay inútil, para el historiador y el filósofo, de cuanto el vulgo conserva tradicionalmente en hábitos y creencias. El observador hallará, entre unas y otros, cosas que mueven á risa y aun á lástima, por la simplicidad é ignorancia de quien las ejecuta ó tiene por ciertas. Con todo, algún interés han de ofrecer y utilidad para el más cabal estudio y conocimiento de la condición humana, de sus inclinaciones y tendencias, de la vida íntima de las sociedades en el tiempo y en el espacio. Ya se trate de meras ilusiones de los sentidos y de la mente, ya de juicios deducidos de falsas premisas, ya de fenómenos sorprendentes, preternaturales, cuya manera de engendrarse permanece oculta aún al hombre, que los contempla ofuscado, atribuyéndolos á recóndita acción misteriosa de inteligen-

cias ó potestades superiores al movimiento y obrar necesario del orden físico, importa mucho sacarlos á plaza. Puede hoy emprender llanamente y sin rebozo una tarea semejante el más encopetado de los historiadores ó de los sociólogos. Muy poco enterado estará de lo que hacen y escriben muchos hombres de ciencia en París, Londres, Berlín y otros grandes centros del saber, quien al presente intentare aplicar al pie de la letra la advertencia que encierran aquellos versos de antaño:

Las cosas de admiración
No las digas ni las cuentes;
Que no saben todas gentes
Cuáles son (1).

Pocas serán hoy las personas que ignoren cuánto interés despiertan en nuestros días los estudios que se refieren á las alucinaciones de la mente. Los *presentimientos,* las *apariciones,* los *anuncios* que nacen (al parecer) espontáneamente en el alma y otras alucinaciones ó fenómenos psíquicos de la propia índole, que los cuerpos científicos no pueden admitir como representativos de cosas reales, ocupan actualmente el entendimiento y la pluma de fisiólogos, médicos, físicos, filósofos y hombres de letras, en el Antiguo y en el Nuevo Mundo. Distínguense principalmente en este género de estudios los ingleses y los franceses, quienes, para dar mayor amplitud á sus tareas, han planteado asociaciones y periódicos especialmente dedicados á ventilar cuestiones psico-físicas graduadas de preternaturales. Enlázanse tales materias, en multitud de casos, real ó

(1) Cantar anónimo. *Cuáles* son: *cómo* son.

aparentemente, á diversos fenómenos peculiares del magnetismo animal, del hipnotismo, del espiritismo (en lo que tiene de cierto), de la sugestión mental ó de la auto-sugestión, de la llamada fascinación, etc.; los cuales, á su vez, tienen mucha similitud y notoria correspondencia con las doctrinas y prácticas de la magia y de la titulada *ciencia oculta* de la India y del Egipto, tan de moda en nuestros días. El hombre de ciencia que por medio de experimentos trata de estudiar la naturaleza y efectos de las diversas manifestaciones á que se presta el magnetismo animal, hallará, pues, en las fuentes de la tradición de que el vulgo conserva rastros en hábitos é ideas, tal cual dato que le conduzca á esclarecer nociones no bien determinadas.

Las tradiciones populares, en nuestros tiempos de observación científica, van desapareciendo con mayor rapidez que nunca de la memoria de las gentes. De ahí nace que con frecuencia se confundan y trabuquen los hechos y circunstancias que concurrieron originariamente á constituir un mito. Teniendo esto presente, no le tomará á uno de sorpresa el hallar diversificado el origen y pormenores, y hasta el sentido, de una leyenda, enlazada tal vez á hechos históricos ó sociales, ó al modo que tuvo el entendimiento humano de comprender ó de explicarse los fenómenos de la naturaleza que sorprendieran la inocencia del hombre primitivo. La mano del hombre y la acción continua de los elementos van con el tiempo modificando y dispersando los variados y numerosos restos de un palacio abandonado. Las losas de un pavimento concurrieron á formar una tapia, los pilares de una galería hacen el oficio de mojones en la línea divisoria de dos heredades, y en la pila del oratorio beben agua limpia y fresca las gallinas de un corral

de la vecindad. Reconstruir el edificio con los mismos materiales de que estaba formado, sólo un loco podría intentarlo: los chapiteles de las columnas, deshechos y mezclados con otros escombros, han ido á cegar un pozo que no prestaba ningún servicio. Mas el hombre observador quiere conocer las reglas arquitectónicas á que obedecía un edificio característico de la época en que fué levantado, y busca y trata de reunir los restos dispersos de los materiales empleados en él. El viajero que visita los derruidos pueblos de las Misiones del Paraná y Uruguay, indaga con ansiedad si por acaso se halla alguna reliquia que conserve la memoria tangible de los tiempos heroicos de los impertérritos soldados que militaban bajo la enseña de Ignacio de Loyola. Los vecinos de Cayastá sacan entre la reja del arado y guardan con estimación diversos utensilios de hierro y de peltre que los conquistadores que acaudillara D. Juan de Garay, acosados por los indios, dejaron allí perdidos, al trasladarse precipitadamente, y quizás de noche, al punto en que ahora se yergue la esbelta capital argentina de la provincia de Santafé.

Lo propio que en los derruidos edificios y pueblos, sucede en los extinguidos organismos sociales, cuyas ruinas forman la tradición que el vulgo conserva diversificada en leyendas, mitos, cuentos, aprensiones y creencias supersticiosas de toda laya. Los objetos materiales curiosos que nos dejaron las generaciones precedentes van á parar á los museos. Los restos que de tales generaciones han quedado incorporados á las costumbres, ideas y aficiones particulares de cada nación ó de cada pueblo, tienen oportuna cabida en los archivos de la historia, museos del mundo moral que ávidamente escudriña el hombre observador y de

ciencia. Los modernos estudios del *folk-lore*[1], que tanto favor alcanzan en los centros de mayor cultura, se proponen recoger las tradiciones históricas, cosmogónicas y gentílicas conservadas en la mente vulgar y en hábitos y costumbres, sin despreciar las más pueriles aficiones y ridículos entretenimientos de la gente sencilla, niños y viejos. Junta y almacena el *folklorista* (que así titulan á este nuevo rebuscador de cosas viejas) cuantas curiosidades y rarezas halla en el seno de la sociedad actual, ofreciendo á la consideración de los eruditos multitud de pormenores y, digámoslo así, desperdicios dejados en el campo de la observación por la pluma grave del historiador y el sociólogo. Los estudios del *folk-lore* (que comprenden las supersticiones hoy reinantes aún) y los de la magia y *ciencia oculta* de asiáticos y africanos, hermanados con fenómenos ciertos del magnetismo en sus formas diversas, coinciden frecuentemente en puntos esenciales, influyendo en las aficiones de los pueblos. La literatura, *expresión, como dicen, de la sociedad,* necesariamente ha de experimentar, según ya se viene observando, el efecto de tales fermentos[2]. El hombre, por su natural propensión, se presta á recibir con facilidad esa influencia. Tiende el hombre, en cualquier estado de cultura, á desprenderse del campo de la realidad, el cual

(1) El erudito paremiólogo D. José María Sbarbi censura con justicia la introducción en nuestra lengua de la voz inglesa *folk-lore* (*folk:* vulgo; *lore:* leer), sustituyéndola con la expresión: *saber tradicional popular*, en un artículo de su *Monografía sobre los Refranes, Adagios y Proverbios Castellanos*, premiada por la Biblioteca Nacional. Madrid. 1891.

(2) Manifiéstanlo singularmente en el mundo literario, por lo que al habla española respecta, *La Buena Fama, El Hechicero* y *El Bermejino Prehistórico* recientemente publicados por D. Juan Valera.

no satisface plenamente la alta ambición de su espíritu, que busca en fuentes superiores el origen y las causas de los hechos y fenómenos del mundo físico (ó del psico-físico), que le confunden, que suspenden sus sentidos con mucha frecuencia.

El realismo ó naturalismo, que intentaran alzarse con la soberanía en el mundo del arte, van perdiendo actualmente á las claras su influencia y gloria efímeras. La belleza, íntimamente hermanada á la verdad y al bien, con quienes se unifica su esencia en la alta esfera de lo absoluto, á que responden las inspiraciones del genio, comunica nuevas formas esplendorosas á la vida y movimiento del mundo físico y del moral. Allí, en el espacio ilimitado que ofrece, despliega sus valientes alas el entusiasmo creador, y hasta profético, que engendra los cantos de Homero, del Dante, de Camoens, las cartas y relaciones de Colón, la novela satírico-caballeresca de Cervantes, el teatro de Shakespeare y de Calderón, la poesía lírica de Schiller, de Lamartine, de Víctor Hugo. *Late algo de teurgia*, dice un orador ilustre, en las intuiciones de la mente inspirada: *centellean todas con relampagueos de milagro. Así las apoteosis de los tiempos antiguos vuelven, los semidioses resurgen, y el cariño á los hombres superiores concluye por teñirse con los arrobos del culto* (1).

Poco ó casi nada es ya, á los ojos del físico, la materia, como principio activo. Mayor es el prestigio de que gozan, en el orden y movimiento de la naturaleza, las *leyes* que informan los fenómenos de la vida en el universo. La teo-

(1) D. Emilio Castelar, Discurso en la Real Academia Española, en contestación al de D. José Echegaray.

ría de la unidad de las fuerzas, cuyos diversos modos de acondicionarse, según la intensidad y la dirección de sus movimientos, engendran el calor y la luz, la electricidad y el magnetismo, la atracción universal y la afinidad química, las impresiones que los cuerpos causan en los sentidos, en suma, cuantas formas y cualidades ó estados presentan los objetos, elévase necesariamente á la pura esfera de las ideas, desde donde el espíritu columbra y escudriña los resortes impalpables de la máquina del mundo. La ciencia, partiendo de la observación de la naturaleza corpórea, llega casi á las plantas del Creador. Y si la ciencia asciende fatalmente hacia la idea de Dios, el arte pide más: le necesita. Sin el concepto de la divinidad, sin el concepto del mundo moral, el concepto del arte desaparece. «La naturaleza no sería otra cosa que una inmensa máquina, si se suprimiese de ella lo sobrenatural, lo ideal. Con semejante naturaleza, la poesía y el arte están de más.» (1)

El materialismo, ó sea el positivismo (que en resumidas cuentas viene á ser una misma cosa y á producir el mismo efecto en el orden moral), ha tratado de incrustarse, y no sin eficacia, en el seno de las sociedades americanas. A la par con esta calamidad, hállase por demás bastardeado el campo de la política, cuyas múltiples ramas se extenúan y deforman, con grave daño de las gentes. Adelantando sus raíces el fomes del pudrimiento, estréchase más y más el círculo ya de suyo tan estrecho del egoísmo desconfiado y receloso, abátese el ánimo, esterilízase el ingenio y sécanse las fuentes del entusiasmo. Esta dolencia es universal. Así se advierte harta escasez de frutos espontáneos en el orbe

(1) Víctor de Laprade, *Le Sentiment de la Nature chez les Modernes.*

literario. Fuera de los inventos y adelantos de las ciencias físicas y de la industria, cuyo número y grandeza nos va quitando el hábito de asombrarnos de cosa alguna que nos anuncien, por estupenda que sea en realidad, el pensamiento humano se halla como suspenso ante la inminencia y rumor sordo y alarmante de profundos trastornos en orden social. Ciertamente la situación política y económica de los pueblos europeos y americanos, por causas más ó menos semejantes, llama y concentra la atención de los hombres pensadores en las cosas que más inmediatamente interesan á la vida civil: poco dispuesto se halla el ánimo á expandirse en ambientes halagadores que no están en consonancia con el aspecto borrascoso y lúgubre del horizonte.

Entretanto hase visto crecer y diseminarse en todas partes la planta espinosa y mefítica del realismo, que importa la extinción de todo ideal en la vida y en el arte. Mas en vano ha intentado acabar con el fuego sagrado y perenne de las ilusiones, en que tanto se goza el hombre y á favor de las cuales eleva el ánimo y el entendimiento á grandes cosas. En torno de las *taperas* y de los *ranchos* (que ofrecen á nuestra mente la imagen de generaciones muertas ó moribundas) nacen abrojos, cardos, cicuta y otras plantas análogas, que lastiman y envenenan. Tal levanta su cabeza el realismo en el campo de la poesía y del arte. Los frutos que produce están erizados de espinas y contienen sustancias nocivas: hieren el alma y degradan al hombre. Florece; pero con pálidas flores privadas de gracia y perfume: flores que se cultivan en agria tierra, la que no les ofrece otro alimento que las hojas caídas del árbol de la esperanza.

No son, por tanto, cosas vanas, ni, para el Río de la

Plata, forasteras y despreciables, como quiere que lo sean un distinguido escritor argentino[1], los sistemas literarios que han dividido á poetas y artistas. Todo pueblo que constituye una nacionalidad es un factor que, en su esfera y condiciones, actúa más ó menos poderosamente en el concierto de las naciones á que está incorporado por sus vínculos y estirpe. Las relaciones políticas y comerciales yuxtaponen á los pueblos; mas las étnicas é históricas los hermanan fatalmente: aquéllas dependen de la voluntad; éstas son necesarias, ni pueden deshacerse con leyes ni con tratados. Las naciones menos poderosas, así vinculadas, reciben su influencia de las más grandes, que les comunican sus ideas, buenas ó malas. Y aquí entra la labor del crítico y del publicista. Las cosas malas hay que repugnarlas á todo trance, á fin de atenuar, ya que no sea posible extinguir, sus efectos dentro de casa. Los sistemas literarios, que pueden ser buenos ó malos, importan grandemente á la vida íntima de una nación, como que las ideas y afectos de los hombres individualmente y el colectivo pensar y sentir de las sociedades son el fermento interior que ha de producir á la larga su felicidad ó su desgracia. El realismo es un sistema pernicioso, y en donde causa mayores males es precisamente en aquellos países en que la literatura está en la infancia. Sus cultivadores, habituándose á no despegarse del terreno material en que toman los asuntos de sus composiciones, acaban por perder toda noción verdadera de la belleza artística. El pueblo, á fuer de inculto, se aficiona fácilmente á toda lectura ó

(1) D. Juan Antonio Argerich en el prólogo á la sección argentina de la *América Literaria*.

espectáculo que le ofrezca una representación descarnada de los episodios más detestables de la vida civil. La casta diosa de la belleza parece como que se oculta avergonzada, abandonando el florido campo de sus legítimos triunfos, que sólo ella debiera llenar con sus brillantes resplandores. Entonces desenfadadamente aparecen y se ganan el favor popular multitud de engendros literarios, que avergüenzan: descarnadas pinturas de la vida privada, en que naufragan juntamente la virtud y la inocencia, el buen gusto del autor y la cultura de los lectores. Pueden muy bien compararse con los *yuyales,* que invaden las tierras labrantías abandonadas por la mano del cultivador, ó los bañados, anegadizos y otros lugares bajos de los campos de pastoreo.

Al lado de los engendros del realismo, brotan otros frutos sin belleza. Feas y repugnantes son las relaciones de crímenes y las vidas de gaúchos vagabundos borrachos y asesinos, con formas y pretensiones de novela. Sin embargo las composiciones *gauchescas,* así como los que han dado en llamar *dramas criollos,* aunque desposeídos de las condiciones que indispensablemente pide el arte, no dan siquiera contra los principios morales en que descansan las sociedades. Ni son obras propiamente literarias, ni sus autores intentan presentarlas como tales ante el tribunal de la crítica. Inspíralas generalmente el amor al suelo nativo, y dan idea de lo que es el paisano y de su manera de expresarse [1]. Es detestable, empero, la representación de los *dramas criollos,* en circos, bajo un toldo, por hombres vulgares: espectáculo por demás grotesco.

(1) El *Martín Fierro* por D. José Hernández es la obra maestra en el género de composiciones gauchescas.

No ya en lenguaje *gauchesco,* como las composiciones de este género y los *dramas criollos,* sino en lenguaje corriente, escribió la fácil, cuanto incorrecta, pluma de D. Eduardo Gutiérrez su celebrado *Juan Moreira,* y otras relaciones en prosa de la vida asendereada, criminosa y triste del paisano. ¿Entrarán estos escritos en el movimiento literario de una nación, cuyos frutos piden la observancia de las condiciones de toda obra perteneciente á los dominios del arte? Los escritos de Gutiérrez ¿son una novela? Nada menos que eso: ninguna de las condiciones intrínsecas de la novela reunen. ¿Una historia? la historia de la vida asendereada y vagabunda de este y de aquel gaúcho pendenciero? Ni responden á la forma histórica (pues tienen apariencias de novela), ni en ellas se describe y caracteriza una época ó un aspecto particular de la vida de una nación en sus ejemplares individuales más señalados que representen convenientemente el conjunto colectivo [1]. Las obras de Gutiérrez no pertenecen á ningún género literario, si bien con todos los elementos que se hallan diseminados en ellas pudo haber creado un *tipo* que representase la índole, carácter, condiciones, hábitos, excelencias y defectos peculiares del *paisano,* del *gaúcho,* comunicándole una *acción* (en novela ó en drama) en que se manifestase ampliamente su personalidad. El asunto sería tanto más apreciable el día de hoy, cuanto los usos y costumbres exóticas, no siempre mejores, van modificando á toda prisa las que eran propias del paisano rioplatense.

(1) D. Domingo F. Sarmiento, por ejemplo, en su popular *Facundo,* abraza ó pinta con vivo colorido un período turbulento y desastroso de la Argentina.

El artista, para que lo sea de ley, para que tenga legítima entrada por sus méritos en el templo de la fama, contemplará el inmenso y variado cuadro de la naturaleza, observando y escudriñando, con elevado y libre espíritu, el continuo movimiento y evolución de las fuerzas que la informan, los fenómenos extraordinarios con que sorprende nuestro ánimo, el revolver y batallar de los elementos que entraña, cuando buscan el equilibrio y la armonía á que responden; contemplará y observará de la propia manera la vida del hombre y de las sociedades humanas en el tiempo y en el espacio; lo inquirirá todo y se penetrará de todo, pero sin apartar entretanto los ojos del altar de la belleza, y quien dice de la belleza, dice de la verdad, dice del bien, que son esencialmente una cosa misma, tres modos de manifestarse la causa absoluta y soberana del universo.

Las disposiciones *estéticas,* digámoslo así, de la gente castiza rioplatense son favorables á las creaciones legítimas del arte. Pero si, en lugar de ofrecerle en composiciones literarias los sanos perfumes poéticos que el buen gusto canoniza, se le acostumbra á entretenerse en ridículas vulgaridades y en repugnantes escenas feroces, cuyos actores han ido á parar por sus cabales á la penitenciaría, y eso merced á un falso sentimentalismo que los libró de la pena de muerte á que los condenara su delito, acabará por desechar lo verdaderamente bello y delicado. Y esto es cosa natural. La masa del pueblo, á fuer de inculta, propende naturalmente á lo grotesco. El salvaje de la Pampa, del Uruguay, de la Patagonia preferían la carne de yegua, condimentada con la grasa hedionda del *ñandú,* á los manjares más exquisitos de nuestras mesas.

Ni es necesario que un escrito sea propiamente literario, para que reuna las condiciones que pide el arte. Obras hay que, sin que tengan nada de artísticas en su forma, sin ser novelas, ni dramas, ni poemas, épicos ó líricos, presentan en sus páginas el resplandor de la belleza. Los frutos del realismo, negados á la belleza moral, no pueden presentarle. Tampoco la miserable vida aperreada de un bandido. No hay talento que baste á suplir la pobreza de asuntos empequeñecidos en la corta esfera de la vida material. Pero el gusto del arte legítimo embellece la vida, aun en los desiertos, en las tolderías del indio salvaje, en las luchas horrorosas del bárbaro con el cristiano [1].

El criterio espiritualista, como se apoya en la *personalidad* humana, que el materialismo desconoce y niega, tiende necesariamente hacia un *ideal*, en alas de la actividad *libre* del inspirado adorador de lo *bello* en la naturaleza, en la vida y en el mundo *moral*, que es su centro. En el campo estrecho del realismo vemos imperar como criterio el fuego de las emociones nerviosas, exclusivamente vinculadas á la naturaleza material [2].

(1) Señaladamente lo demuestran la *Excursión á los Indios Ranqueles* por D. Lucio V. Mansilla, y *Callvucurá*, *Relmú* y *Painé* por D. Estanislao S. Zeballos. Á pesar de que su objeto es relatar el estado en que se hallaron la Pampa y comarcas circunvecinas cuando los indios bárbaros, que hace pocos años las enseñoreaban, mantenían una guerra horriblemente feroz é implacable con los cristianos, ofrecen gratísimo esparcimiento al ánimo y le elevan. El asunto no es literario; pero el buen gusto de aquellos autores le ha revestido de formas bellas. He ahí cómo la naturaleza y la vida, aun en lo que apena y horroriza, ofrecen materiales de buena ley al arte.

(2) «La libertad que el arte conquistara ante la autoridad religiosa, va ahora á perderla ante el escabel de la ciencia física. El alma humana, objeto único del arte en las mayores épocas de grandeza

El criterio espiritualista repugna toda autoridad coercitiva. Condena el materialismo; pero no le aherroja. Ni desconoce la conveniencia de la oposición de elementos, inherente á toda transformación, á todo progreso en el orden físico y en el moral. Y, precisamente, porque la crítica espiritualista proclama el principio de la libre actividad como garantía y condición necesaria del arte, condición sin la cual el arte se desenvuelve sofisticado y da frutos ilegítimos, por eso analiza con esmero los que brotan del seno de la época en que actúa, repudiándolos, si son malsanos, y señalando los vicios del sistema á que obedecen.

Así como el historiador y el sociólogo utilizan el sentido simbólico de los mitos en las leyendas populares y las menudencias y puerilidades del *folk-lore,* para rastrear el origen y seguir el rumbo de los sucesos y comunicar mayor apoyo y certidumbre á las conclusiones y juicios que formulan; de la propia manera el poeta, el novelista, el pintor, el escultor, en suma, el literato y el artista (que necesariamente han de conocer á fondo el modo de obrar, sentir y pensar de la sociedad en que viven, á fin de no equivocarse con respecto al móvil, frecuentemente complejo, que impulsa el hombre á proceder en la vida) acudirán, si quieren dar colorido local á sus obras, á aquellas turbias, pero indígenas, fuentes tradicionales, en busca de elementos

clásica, cede su primacía á la naturaleza.» (Víctor de Laprade, *Essais de Critique Idéaliste.)* Un profundo pensador y eximio literato, D. Antonio Cánovas del Castillo, hablando de la libertad y el progreso, formula, con alusión al positivismo, este pensamiento tan exacto: «á la larga deja de estar en la vida cuanto en la ciencia falta.» *(Problemas Contemporáneos.)*

apropiados á su objeto. La presente *Reseña Histórico-Descriptiva,* harto imperfecta sin duda, no importa otra cosa que abrir el camino á esta clase de estudios en el Río de la Plata. Le ha parecido al autor que los datos diversos que por vía de entretenimiento había ido recogiendo de la boca del vulgo, no debía relegarlos al desierto del olvido, adonde precipitadamente se encaminan ideas vetustas, creencias supersticiosas y costumbres que el hombre escudriñador aún con facilidad desentierra de entre las ínfimas capas que forman la masa social, señaladamente la que está desparramada en los campos.

El célebre benedictino Fray Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro pugnó, en el siglo décimoctavo, por romper la densa niebla de supersticiones y comunes errores en que estaba envuelto el suelo ibérico. Los resplandores de su doctrina, clara, aguda y elocuente, alcanzaron con facilidad á las colonias españolas del Nuevo Mundo. El peruano D. Pedro de Peralta Barnuevo, que era un portento de erudición, elevóle sobre el pedestal de los héroes en las octavas de su poema *Lima Fundada.* Dicho se está que el autor de la presente *Reseña* no pretende seguir las huellas del ilustre autor del *Teatro Crítico* y de las *Cartas Eruditas.* Indicado queda ya su objeto. Mas eso no quita que, de pasada, haga tal cual vez alguna ligera censura, si censuras pueden llamarse esas observaciones impensadas, acaso festivas, que el relato de un hecho curioso suele sugerir al que habla ó escribe. Toda superstición, toda creencia errónea procede del entendimiento, no de la voluntad: que nadie quiere hacerse mal á sí mismo. Aun los más claros entendimientos, los hombres de genio, han rendido tributo á esta ó á aquella preocupación que por causas singulares ha lle-

gado á echar raíces en su espíritu. El poderoso influjo de la tradición, que tan avasallados tiene en general los afectos humanos, rodea el ánimo de una penumbra que no todos se atreven á romper ex abrupto. ¿Quién no tiene algún flaco? El que crea que no tiene ninguno, comete una inocentada: esa creencia es su flaco. Por otra parte, lo que para unos es una idea muy acertada y luminosa, para otros es un despropósito, una locura. El hidalgo Don Cleofas, al ver tanta diversidad de manías y extravagancias en la casa de locos de Madrid, dijo á su compañero: vámonos, vámonos de aquí; no sea que nos embarguen y encierren también á nosotros, por algún ramo de locura de que adolezcamos, sin sospecharlo, ó que á los encargados de esta casa les parezca que padecemos [1]. Sea, pues, indulgente la censura, y, si es posible, hágase de un modo indirecto. La agresión, la censura acerba, cierra la puerta al convencimiento; porque irrita y subleva el ánimo, que entonces se emperra. Persuádase con benevolencia; y si nada se consigue de este modo, aun así respétese hasta en sus errores al prójimo; que bastante tiene con no alcanzar más. Lo mismo ha de hacer el que se considere indebidamente perjudicado por otro. Exponga con moderación sus razones; que, ó conseguirá su objeto, si tenía derecho, ó se desengañará, si estaba equivocado. Para enojarse y romper, siempre hay tiempo y ocasiones. De lo contrario se expone á empeorar lo que tal vez hubiera tenido fácil remedio. El que, proponiéndose clavar una tabla, da un martillazo en el clavo con toda su fuerza, rompe el clavo, rompe el martillo,

(1) «Porque en el mundo todos somos locos, los unos de los otros.» *El Diablo Cojuelo* por Luis Vélez de Guevara.

y no clava la tabla. Acomode primero el clavo donde convenga, dé luego sobre él unos golpecitos con el martillo, y finalmente remáchelo con un par de buenos martillazos. De ese modo entrará el clavo y quedará asegurada la tabla.

RESEÑA HISTÓRICO-DESCRIPTIVA

DE

ANTIGUAS Y MODERNAS SUPERSTICIONES

DEL

RÍO DE LA PLATA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Primeras ilusiones y desengaños de los españoles en el Río de la Plata.

Sumario.—Dilatación de España en el Nuevo Mundo.—Juan Díaz de Solís descubre el mar Dulce y perece á sus orillas.—D. Pedro de Mendoza expira, mísero y tullido, en un piélago de ilusiones.—Juan de Ayolas, con gente ilustre, perece en una emboscada.—Sustitúyele Domingo Martínez de Irala por elección popular.—Los conquistadores, en la ciudad de los Buenos Aires, se comen hasta los zapatos.

Diversas naciones extrañas, instigadas por sed de riquezas, placeres y mando, invadieron sucesivamente el combatido suelo ibérico, asentando en él sus lares. Los moradores indígenas, defendiendo su autonomía nativa sin darse jamás á partido, supieron, cuando no echar de sí el irresistible torrente advenedizo, todavía estancarlo y absorberlo en su mismo seno, convertirlo en substancia propia, en savia de su vida. Así, en resolución, latinos, godos y árabes

acabaron por constituir una nueva nacionalidad en los campos de batalla, fundiendo en molde acerado sus opuestas costumbres, índole y lenguaje. Tan luego como la gente hispana, de este modo robustecida y transformada, hubo deshecho el último atrincheramiento de los moros, á su vez se hizo avasalladora: exuberante de energía, derramó con profusión su vida y fuerzas por el mundo (1). Ofrecióle el alto genio inventor de Colón, atraído y fascinado por el fiero genio de la guerra, propicia ocasión y grandioso escenario en que poder esparcirlas. La parte del globo que hasta entonces permaneciera oculta al occidente del tenebroso Atlántico, habíala vislumbrado el filósofo Séneca justamente al tiempo mismo en que se iban á forjar y á tem-

(1) La superioridad de las armas trajo consigo la celsitud del ingenio. En homérica frase recuerda este período histórico un eminente escritor. «Vióse á los españoles, durante el siglo décimosexto, aprender y enseñar en las sabias universidades de Francia ó Flandes; rimar y construir estrofas en la ribera de Nápoles ó las orillas del Po, al tiempo mismo que el Ariosto y el Tasso, estudiando á la par con ellos al Petrarca y al Boccacio; predicar en Inglaterra la verdad católica á los mal convertidos súbditos de la reina María; disputar doctamente en Alemania, secundando con sus silogismos los golpes de la temida espada de Carlos V; plantear, profundizar, ilustrar en Trento las más complicadas cuestiones teológicas; contribuir más que nadie á extender el imperio de la filosofía escolástica, produciendo con arreglo á su método y principios, abundantes y preciados libros, no ya sólo de teología, sino de derecho natural y público, de jurisprudencia canónica y civil. Ni los estudios lingüísticos, ni los escriturarios, ni las matemáticas, ni la astronomía, ni la topografía; ni la geografía, ni la numismática, ni la historia en general, materias tan descuidadas más tarde, dejaron de florecer tampoco durante el período referido, con ser aquel mismo el que vió nacer, por causa de la oculta y amenazadora invasión del protestantismo, los mayores rigores de la censura real y eclesiástica en España.» (D. Antonio Cánovas del Castillo, Discurso sobre la literatura castellana en el siglo XVIII, *Memorias de la Real Academia Española.)*

plar los férreos elementos que informaron y dieron impulso á la nueva generación para quien estaba destinada y que de ella se adueñó á fines de la décimaquinta centuria [1]. España, cuyos guerreros, avezados á matar y morir sin lástima ni dolor, escuchaban atónitos los imprecatorios apóstrofes de Fray Bartolomé de las Casas, enseñoreóse prestamente del indiano hemisferio. Hízole segunda patria de sus hijos y suya propia, no escrupulizando mezclar su sangre generosa con la sangre de las razas conquistadas. Conquista, que, como dice un sabio historiógrafo [2], no tiene precedentes en la historia del mundo, que realiza un ideal caballeresco y cristiano, y cuyos soldados llevaban en la punta de sus picas los fueros municipales de las ciudades peninsulares y la religión del Crucificado.

Á fines del año 1515 y principios del 516, el ilustre piloto Juan Díaz de Solís descubrió y navegó el dilatado

(1) Tradujo el pasaje de Séneca Cristóbal Colón en estos términos: « Vernán los tardos años del mundo ciertos tiempos en los cuales el mar Océano aflojará los atamientos de las cosas y se abrirá una grande tierra; y un nuevo marinero, como aquel que fué guía de Jasón que hubo nombre Fiphis, descobrirá nuevo mundo: ya entonces non será la isla Filli la postrera de las tierras. » (*Colección de los Viajes y Descubrimientos que hicieron por Mar los Españoles desde fines del Siglo XV* por D. Martín Fernández de Navarrete.)

Colón, dando cuenta á los Reyes Católicos de los nuevos descubrimientos que hacía en su tercer viaje á las Indias Occidentales, se expresa de la siguiente manera:

«Todo pasará, y no la palabra de Dios,

«Y se cumplirá todo lo que dijo;

«El cual tan claro habló de estas tierras por la boca de Isaías en tantos lugares de su Escriptura, afirmando que de España les sería divulgado su santo nombre.» (*Colección* citada de Navarrete.)

(2) D. Vicente Barrantes, Discurso de recepción en la Real Academia de la Historia.

río é inmenso golfo de la Plata hasta cerca de la junta del Uruguay, denominándole, á estilo de su tiempo, *mar dulce,* que lo parece, en efecto, pues en partes no se divisa otra cosa en el horizonte que cielo y agua.

Los que sobrevivieron á Solís (muerto á manos de los charrúas), haciendo justicia á la memoria del descubridor, dieron su nombre al río: *río de Solís.* Pero, habiendo Sebastián Gaboto, en 1527, enviado á España, para ante el monarca, unos indios adornados con baladíes objetos de plata que entendió ser metal propio de las regiones que estaba reconociendo (las que baña el Paraná), donde los obtuvo, el río de que se trata cambió el nombre de su infortunado descubridor por el más halagüeño con que ha venido decorado hasta nosotros: *río en que se halló la plata, en que abunda la plata, río de la plata,* brillante denominación muy á propósito para encender más y más el ánimo inflamable de los hombres de la época.

D. Pedro de Mendoza, gentilhombre de cámara y mayorazgo de Guadix, había adquirido, al par con ingentes riquezas, buena reputación de soldado. Contagiado del entusiasmo bélico y aventurero de sus contemporáneos, concibió la idea, que le halagara sobremanera, de conquistar y poblar las ignotas regiones bañadas por el mar dulce de Solís, que ya entonces suscitaban la natural ambición de las gentes, y especialmente la más noble de los héroes, con el nombre, por todos estilos lisonjero, de *Río de la Plata.*

Ofreció D. Pedro organizar y conducir la expedición á su costa, obligándose á llevar de España, entre las demás cosas necesarias para la ejecución de su designio, cien caballos y yeguas. Aceptada la propuesta por el emperador Carlos V, otorgóse el correspondiente asiento y capitula-

ción en Toledo á 21 de mayo de 1534[1]. Dióse prisa el proponente á ponerla en efecto: ya el 24 de agosto y 1.º de septiembre del propio año zarpaba sueesivamente de Sevilla y de San Lúear de Barrameda, acompañado del más distinguido ejéreito que quizás haya pisado en las Indias, eon haberlo sido tanto el que en el año 1500 llevó Nieolás de Ovando á la isla de Santo Domingo. Componían la armada que previno para el viaje, catoree navíos, en los que embareó (diee Ulrico Schmídel, soldado de la expedieión, natural de Baviera) setenta y dos eaballos y yeguas[2]. A poeo, derrotadas y dispersas las naves por efeeto de un temporal, fondearon en las Canarias, donde, á solieitud de D. Pedro, se ineorporó á la expedición Pedro Benítez, eaballero prineipal de Tenerife, á quien siguieron Miguel López Gallego, Alonso López y Franciseo Benítez, no menos distinguidos por sus dotes militares, los euales, levantando en las islas tres compañías de soldados, fletando tres embareaeiones y proveyéndose de armas, municiones y caballos, hieieron rumbo al Plata[3]. Vióse D. Pedro en la preeisión de arribar á Río Janeiro, donde hizo matar á puñaladas, por motivos livianos, á su maestre de campo

(1) *Colección de Documentos inéd. etc. del Archivo de Indias*, por D. Luis Torres de Mendoza.

(2) *Viaje al Río de la Plata.*

(3) D. José de Viera y Clavijo, *Noticias de la Historia General de las Islas Canarias.* Todo se comprueba, dice el autor, por las dos escrituras de concierto que para el armamento se celebraron con D. Pedro de Mendoza: la una en la villa de Orotava á 13 de octubre de 1535 por ante Juan Navarro, y la otra en el puerto de Santa Cruz á 21 de septiembre del mismo año ante Hernán González. Existe también la fe en relación dada por D. Andrés de Villarroel, Escribano Mayor del Concejo, el informe del Cabildo y cartas originales de la América. Schmídel no dice nada sobre este particular.

Juan de Osorio, hombre de gran experiencia militar y de excelentes dotes personales, respetado y querido de todos los individuos de la expedición, que lloraron amargamente su pérdida, echándole mil veces de menos en sus ulteriores conflictos y adversidades. Por fin, entrando en el río de la Plata, surgió el adelantado en la isla de San Gabriel, que está en la margen septentrional, frente á la Colonia del Sacramento, donde le esperaba su hermano el almirante D. Diego de Mendoza, que había seguido su derrota al sur, cuando aquél aportara en el Brasil. De allí atravesó á la costa austral, desembarcando junto á la boca del Riachuelo y construyendo un fuerte y viviendas con adobes y paja próximamente en el mismo paraje en que hoy ostenta sus magníficos edificios de sillería la grande y fastuosa ciudad celebrada por la bondad de sus aires: que privilegiados debían de ser los aires donde los ríos eran de plata.

Quedóle el nombre de *Buenos Aires* al primer puesto que se fundaba en las regiones del Plata; porque el primero de los conquistadores que en dicha ocasión saltó en tierra, agradablemente impresionado con la suavidad del temple que á la sazón endulzaba el ambiente, exclamó: *¡qué buenos aires!* ¡Era la estación de las flores! y los españoles, en aquella época de brillantes ilusiones, miraban á través de su imaginación oriental las vírgenes regiones del Nuevo Mundo, de suyo sorprendentes. En busca de países fantásticos, penetraron en lugares conocidos sólo de las fieras y de las aves, en los cuales suponían poderosos reinos, como los de *Paitití* y *Quivira* en Méjico y el Perú, fundados por príncipes fugitivos, tras la destrucción de los imperios de Motezuma y Atahualpa, ó como el *Dorado* en Tierrafirme y la *ciudad de los Césares* en Chile y la

Argentina, que tenían de oro macizo las tejas de los techos de las casas y las rejas de los arados [1]. Por el mismo estilo, no dudaron los españoles hallarse en medio de regiones abundantísimas de plata, cuando la casualidad les deparó insignificantísimos dijes que de las opulentas manos de los indios del Perú pasaron á las tristes y mendicantes de los que desnudos corrían la costa occidental del Paraná, por donde Gaboto y sus compañeros iban navegando.

Ejecutábase el susodicho establecimiento á principios de febrero del año 1535, entre las furiosas acometidas de los indios comarcanos, que trataron de impedirlo á todo trance. Mas pronto veremos á los mismos españoles desaparecer de la orilla austral del Plata, dejando en ella simiente de futura riqueza en el más generoso de los animales útiles; pero desaparecer trágicamente al golpe mortal de la certera bola del querandí, quemadas sus casas y entre las angustias del hambre.

Cupo á D. Pedro de Mendoza la suerte más cruel. Fué su menor desdicha el quedar arruinado por causa de la expedición en que había puesto su fortuna; pues descorazonado y reagravadas sus antiguas dolencias, acabó sus días entre horribles padecimientos físicos y morales, recibiendo luctuosamente su cadáver las aguas del Océano, *para que á los vanos pensamientos*, dice Oviedo, *no fal-*

(1) No estuvieron muy distantes de la realidad de los hechos las ilusiones de aquellos que con sus descubrimientos y conquistas dieron ocasión á que dijera el poeta:

Desatada la América sus venas,
Que uno ostentó y otro metal puro,
¿Qué mucho si, pisando el campo verde,
Plata calzó el caballo, que oro muerde?

(GÓNGORA.)

tase una sepoltura muy mayor que aquella del rey Mauseolo, que los historiadores ponen por uno de los siete miraglos del mundo[1]. Esté infortunado magnate, que al regresar tullido á España, recomendaba encarecidamente á sus lugartenientes[2] que, pues sabían la estrechez á que había quedado reducido, le enviasen á la brevedad posible la primera joya ó piedra que topasen, murió en el viaje, después de un grande desasosiego que le produjo el haber comido la carne de una perra que hizo matar para suplir la falta de víveres frescos. ¡Ríos de plata y aires paradisíacos! cuán bárbaramente desengañasteis á los que tales os soñaron, haciéndoles pagar con espantable fiereza, por cuantos medios de expresión tiene el dolor, copiosísimo tributo de muerte!

Juan de Ayolas, en quien D. Pedro de Mendoza había delegado el mando, perdió la vida en una emboscada que le armaron los indios bayaes y payaguaes confederados, cuando regresaba á la Asunción del Paraguay, después de su audaz travesía por el norte del Chaco hasta la falda de la cordillera de los Andes. Pereció con todos sus compañeros, entre quienes se hallaban D. Carlos de Guevara, D. Carlos Dublín, hermano de leche del emperador Carlos V, D. Juan Ponce de León, hermano del duque de Arcos, y Luis Pérez de Cepeda, hermano de Santa Teresa de Jesús.

Los conquistadores, en virtud de famosa real cédula dada en Valladolid á 12 de septiembre de 1537, eligieron á mayoría de votos por gobernador y capitán general á

(1) *Historia General y Natural de las Indias.*

(2) Carta que D. Pedro de Mendoza dejó á Juan de Ayolas, al partir para España, inserta en la *Colección de Documentos inéditos del Archivo de Indias* por D. Luis Torres de Mendoza y otros.

Domingo Martínez de Irala. Éste, vista la imposibilidad de mantener, con los pocos españoles que la muerte había respetado, un puesto que, como el de Buenos Aires, estaba tan distante de la Asunción, centro de las operaciones de la conquista, resolvió despoblarlo. Hallábase la ciudad, á la sazón, hostigada incesantemente por los indios y privada de medios de subsistencia. Llegó á tal punto el hambre el año de 1536, según refiere el soldado historiador Schmídel [1], que, acabándose los gatos, ratones, culebras y otros animales inmundos, se comieron hasta los zapatos, situación reagravada con la implacable severidad de su entonces gobernador Francisco Ruiz Galán, que mandó ahorcar tres españoles, porque secretamente habían muerto y devorado un caballo. Así los míseros pobladores de Buenos Aires se apresuraron á embarcarse en los bergantines y bateles que llevaba al intento el comisionado para el despueble, ese mismo leal caballero y altivo capitán Diego de Abreu, que, después sublevado contra Irala, anduvo vagando por los bosques del Paraguay, desde donde ejecutaba sus temidos asaltos, hasta que, sorprendido á favor de la oscuridad de la noche en una espesura donde yacía doliente y casi ciego con algunos españoles, fué muerto como una fiera de un saetazo.

---

(1) *Viaje al Río de la Plata.*

CAPÍTULO II.

Apariciones al tiempo de la conquista entre indios y cristianos.

SUMARIO. — El indio, entre el fragor y carnicería de las batallas, ve en los aires y en los torreones al genio feroz de la guerra. — Se espanta y huye á su presencia. — San Blas salva á los españoles en Corpus Christi. — Sálvalos el símbolo de la Redención en la barranca de Arazatí. — Sálvalos la virgen en Tucumán.

La pujanza hercúlea y feroz denuedo de los españoles asombraron, terrificaron al indio. Llegó á figurarse el indio que las nuevas gentes que tan audazmente ocupaban la tierra, al acometer y llevar á feliz término empresas imposibles, obraban en virtud de un poder sobrenatural que los favorecía y auxiliaba personalmente en los trances más peligrosos de sus conquistas. Así el ánimo espantado de los hijos de los desiertos y de las selvas, en medio del fragor y carnicería de la pelea, dibujaba con la mente en los campos de batalla y en los torreones de las fortalezas formidables guerreros esgrimiendo poderosamente enormes espadas con que amenazaban anonadarlos. Así también creían que era género de brujería, obra del diablo, llámarasele *añanga* ó *gualicho,* un objeto extraordinario, nuevo para ellos, el símbolo de la Redención ó una imagen, por ejem-

plo, que los conquistadores reverenciasen y tomasen por seguro de sus triunfos. Fácil cosa debieran ser para los indios estas imaginaciones, al contemplar que una y otra vez reconocieran los españoles á su glorioso apóstol Santiago cabalgando en blanco brioso corcel por los aires y derribando enemigos á los certeros golpes de ponderosa y reluciente espada, como le vieran los soldados de Cortés en Méjico, los de Pizarro en el Perú, los de Valdivia en Chile.

El primer adelantado del Río de la Plata D. Pedro de Mendoza, una vez fundado el puesto de Buenos Aires, despachó á Juan de Ayolas Paraná arriba para descubrir y hacer una casa fuerte en sitio conveniente. Establecióla Ayolas después de haber tratado amigablemente con los timbúes, en la margen derecha de aquel río, entre el Carcaraná y el Salado, con el nombre de *Corpus Christi,* día de su arribo. Posteriormente continuó navegando río arriba en busca de una comunicación con el Perú, por encargo de D. Pedro de Mendoza, que, por las buenas noticias que del nuevo establecimiento recibiera, hizo á él una visita y dió á su puerto el nombre de *Buena Esperanza.* D. Pedro, muy enfermo y abatido, se volvió luego á Buenos Aires y en seguida embarcóse para España, muriendo míseramente en el camino. Quedó gobernando á Buenos Aires y los puestos ya fundados Francisco Ruiz Galán. Durante su gobierno los españoles que estaban en Corpus Christi irritaron á los timbúes y caracaraes con extorsiones y tropelías vandálicas. Azara[1] quiere eximir de toda responsabilidad en el hecho á Ruiz Galán, imputándolo al comandante de la fortaleza Francisco Alvarado y á los ma-

(1) *Descripción é Historia del Paraguay y del Río de la Plata*

los consejos del cura Juan Pavón y del escribano Pedro Hernández. Mas, sobre decir Schmídel y Ruidíaz[1] que Ruiz Galán, de paso á Buenos Aires desde la Asunción del Paraguay, adonde había ido en busca de víveres, mató á muchos indios, les incendió sus ranchos y cautivó mujeres y niños, por sospechas de complicidad con parcialidades enemigas, no hay duda de que era hombre muy capaz de una *maloca* semejante. En Buenos Aires, cuando la gente se moría de hambre, y cuando, después de haber devorado hasta los zapatos, la aplacaban con los cadáveres y excrementos humanos, ahorcó á tres soldados, porque secretamente mataron un caballo para comer de su carne: á otro, por haber robado una lechuga, le cortó las orejas: á una dama noble, que recibió un pescado de manos de un marinero con tal de rendirse á su voluntad, la obligó á cumplir el pacto inicuo; y á una mujer, á quien el delirio de la desesperación la condujo á los indios, la mandó atar de un árbol para que fuese pasto de las fieras. Quien tal hacía con los españoles, ¿de qué no sería capaz con los indios? Ello es que los caracaraes y timbúes determinaron vengarse. Para el efecto, se presentaron varios caciques en Corpus Christi, solicitando la protección de los españoles contra parcialidades que (decían) á unos y á otros eran hostiles. Concedióseles, y al intento salieron en busca del enemigo, bajo el mando de Alonso Suárez de Figueroa, cincuenta españoles de los ciento veinte que guarnecían el fuerte. Mas los españoles auxiliares, durante una comida, fueron atacados y muertos, tras cruda pelea, por los mismos que simulaban obsequiarlos, salvándose

(1) *Viaje al Río de la Plata. Argentina.*

sólo un muchacho, que volvió á Corpus Christi con la noticia de la traición. Sin pérdida de tiempo los envalentonados indios comarcanos, en gran número (diez mil, según Schmídel; dos mil, según Ruidíaz), asaltaron el fuerte con ímpetu. Rechazados con denuedo, repitieron sus asaltos con rabia y furor durante catorce días continuos, pegando fuego á las casas de los cristianos. Se peleaba de día y de noche; y ya muy trabajados los españoles, pudieron (á favor de dos bergantines que llegaron á Buena Esperanza, y al ruido de las bocinas y gritería de los bárbaros acudieron en su auxilio) hacer una impetuosa salida, con su comandante á la cabeza. Éralo á la sazón, Antonio de Mendoza, que murió en la batalla. Los sitiadores volvieron las espaldas, dejando cuatrocientos muertos en el campo y huyendo á la desbandada. Los cristianos, á no estar rendidos del cansancio, los hubieran acuchillado á su salvo: tal era el espanto y confusión con que los infieles se retiraban. Un guerrero vestido de blanco, con una espada desnuda en la mano, cuyo brillo ofuscaba, habíase encimado, en lo más recio de la pelea, sobre uno de los torreones de la fortaleza: los bárbaros, á su presencia, ciegos y atónitos caían al suelo. Esta acción y retirada acaeció el 3 de febrero del año 1839, día de San Blas, de quien los cristianos supusieron haber recibido la milagrosa ayuda. Con tal motivo, fué San Blas aclamado y jurado especial patrono de la conquista del Río de la Plata y Paraguay, y de entonces en adelante celebróse su festividad con fervoroso y solemne culto [1].

(1) Ruidíaz de Guzmán, *Argentina*. El P. Pedro Lozano, *Historia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán.*

El adelantado Juan de Torres de Vera y Aragón, año de 1588, mandó fundar cerca de la confluencia de los ríos Paraguay y Paraná un puesto y ciudad que dominase el territorio que vierte al último sus aguas por el lado del oriente. Encomendó la empresa á su sobrino Alonso de Vera el *Tupí,* sobrenombre que le dieron los españoles, por haber hallado mucha semejanza entre su rostro y el muy feo y espantable de los feroces guaraníes que ocupaban la margen izquierda del alto Uruguay. Los españoles de aquella época, tan galantes con las damas, eran crueles, sin respetar dignidades, con los hombres desfavorecidos de la naturaleza en sus personas: llevaban hasta el escarnio la sátira y la befa. Las superiores prendas del ánimo, que hicieran tan calificada la nobleza de los Vera y Aragón, no estaban, por lo visto, en consonancia con las del cuerpo, que debieron de ser harto contrarias á las formas que esmaltan la belleza, cuando á otro de los sobrinos del adelantado, que llevaba el mismo nombre que el primero, le pusieron, para distinguirlo de él, un apodo tan horrible como el de *Cara de Perro,* aludiendo á lo mal agestado que era de su condición el teniente general de gobernador de las provincias del Paraguay y Río de la Plata. Alonso de Vera el *Tupí,* y Alonso de Vera *Cara de Perro:* tales eran los sobrenombres con que los conquistadores distinguieron á dos insignes caudillos de gran prestigio y autoridad.

Alonso de Vera el *Tupí,* bajando el río Paraguay con ochenta españoles, en la orilla izquierda del Paraná, legua y media más abajo de la junta de entrambos, desembarcó con su gente. Construyó luego sobre una barranca, en Arazatí, algunas chozas y un fortín ó empalizada, con *abatíes*

ó estacas de los montes inmediatos, plantando también, á un tiro de arcabuz próximamente, una esbelta cruz de férreo é incorruptible *urunday*(1). Éste fué el fundamento de la ciudad de *San Juan de Vera de las Siete* CORRIENTES, capital hoy de la provincia argentina que lleva este nombre. Parapetada la gente, el animoso caudillo, con parte de ella, salió Paraná arriba en busca de provisiones. En esta ocasión los indios comarcanos (parcialidades de raza guaraní), que ya, con la llegada de los españoles andaban alborotados y reuniéndose para expulsarlos, determinaron dar un asalto á la improvisada población. Los sitiados, unido ya á ellos su capitán, resistieron con esfuerzo sobrehumano, durante ocho días continuos, las furiosas acometidas de más de seis mil bárbaros combatientes, que confiados en la superioridad de su número se prometían una fácil victoria. Ni el hambre, ni la sed, ni las heridas, ni la falta de descanso, fueron parte á hacerlos desmayar. Pareciendo á los sitiadores que aquella heroica resistencia no podía ser efecto del valor y fuerzas personales de tan pocos individuos como guarnecían el puesto, dieron en sospechar que algún otro obstáculo tendrían que remover para vencerlos, que no eran sólo los sitiados el único enemigo con quien estaban combatiendo. Sin duda, la cruz plantada cerca de la fortaleza tenía algún hechizo que hacía invencibles á sus defensores: resolvieron prenderle fuego. Juntan leña y acuden con ella al lugar en que iban á ha-

(1) *Astronium juglandifolium, anacardiaceæ.* Es uno de los árboles más eminentes de la cuenca norte de los afluentes del Plata. Su madera, colorado-oscura, es resinosa y sirve para curtir y para tablazones de buques, tirantes, pilares, ejes de carretas y muebles. La cruz tenía de cuatro y media á cinco varas de altura.

cer la fogata. Mas el primero que se acerca, cae muerto al pie de la cruz. Un arcabuzazo le derribara. Esta circunstancia casual aterra á los bárbaros, que ya miraban con espanto aquel objeto de veneración para los españoles. Cunde el pánico entre los sitiadores y echan todos á huir despavoridos, abandonando la empresa y abrazando muchos voluntariamente la fe del Crucificado. Los caciques *Paraguarí, Mboipí* y *Aguará,* en seguida, rindieron vasallaje á D. Alonso de Vera el *Tupí.* La milagrosa cruz de urunday consérvase con religioso respeto dentro de una caja de madera negra custodiada en una de las iglesias de la capital de la provincia. Expónese con gran pompa todos los años el día 3 de mayo, en que se celebra la *fiesta de la Santa Cruz del Milagro.* Aunque el hecho que se conmemora aconteció el 3 de abril, hase trasladado la celebración de la fiesta al 3 de mayo, á fin de hacerla coincidir con la de la *Invención de la Cruz* en Jerusalén. La generosa provincia de Corrientes ostenta figurada en su escudo la santa cruz del milagro plantada en la barranca del Paraná por sus primeros intrépidos pobladores, y el año de 1888 ha celebrado oficialmente el tercer centenario de la fundación de la ciudad [1].

La conquista del Tucumán, después de la tan célebre de Chile, fué una de las más arduas y sangrientas del Nuevo Mundo, por la ferocidad, pujanza y valentía de las numerosas generaciones de indios bravos é indomables que poblaban el territorio, en cuyas escarpadas serranías se

(1) Lozano, *Historia del Paraguay;* Martín de Moussy, *Description Géographique et Statistique de la Confédération Argentine;* Doctor Ramón Contreras, *Recuerdos Históricos de la Fundación de Corrientes.*

encastillaban, cuando, vencidos en los valles, no les quedaba otro recurso que la fuga. Ciento treinta años próximamente estuvieron luchando los españoles para hacerse dueños de la tierra. Allí, de paso para Chile (1542), batalló Diego de Almagro con los omaguacas y calchaquíes. Allí, por el mismo tiempo, sus primeros conquistadores Diego de Rojas y Felipe Gutiérrez, y luego (1550) Juan Núñez de Prado con pocos soldados, se hicieron temer de calchaquíes, juríes y otros fieros enemigos, peleando casi siempre uno contra cien. Años adelante insignes capitanes siguieron sus pasos, con igual esfuerzo heroico. La sola presencia de Nicolás Carrizo y Juan Sedeño aterraba á los indios. Francisco de Aguirre, con cuarenta soldados, peleando como leones, resistió en campo raso el repentino asalto de un ejército compuesto de cuatro mil calchaquíes. Con el mismo número de soldados penetró en el Chaco Gregorio Bazán. Tristán de Tejada, Jerónimo Luis de Cabrera, Bernabé Ibáñez del Castillo, entre otros conquistadores del antiguo Tucumán, ejecutaron hechos portentosos. Finalmente D. Alonso de Mercado y Villacorta sojuzgó con mano poderosa á los calchaquíes, que defendieron su suelo y su independencia con la misma constancia y valor que los araucanos, prefiriendo algunas de sus parcialidades, como los quilmes, estrellar sus hijos contra las piedras y arrojarse por los despeñaderos para morir despedazados, antes que entregarse á los españoles. El 23 de septiembre de 1668 celebrábase la fiesta de la Virgen del Valle (Catamarca), con asistencia de cierto número de prisioneros calchaquíes, que se le presentaban como trofeo de las milagrosas victorias mediante su protección obtenidas por los cristianos. Entonábase el tedéum, cuando se empieza á sentir entre los cal-

chaquíes un murmullo y una inquietud que, creciendo con rapidez, acaba en alaridos y tumultuosa fuga precipitada. Las tropas que en la plaza rendían los debidos honores en aquella solemnidad, contienen á los fugitivos, á quienes el gobernador Mercado pregunta: — ¿ Porqué huíais? — - Hemos reconocido, respondieron los calchaquíes, en la imagen que se halla en el altar de la iglesia, á la misma excelsa mujer que, cabalgando en brioso corcel por los aires, nos acometía lanza en ristre, junto con los españoles, en las más crudas batallas, y nos confundía y desbarataba. Al gobernador, á quien las palabras de los indios suscitaron el recuerdo de sus victorias, se le humedecieron los ojos[1].

---

(1) *La Virgen del Valle y la Conquista del Antiguo Tucumán* por el Presbítero Pascual P. Soprano.

CAPÍTULO III.

Supersticiones indígenas y supersticiones advenedizas.

SUMARIO. — Analogía de creencias entre el Viejo y Nuevo Mundo. — Sus causas. — Concepto que formaron los misioneros de las creencias indígenas que se asemejaban á las que el catolicismo consagra. — Los nuevos pobladores asimílanse costumbres é ideas indígenas. — Magos indígenas: privan aun después de la conquista. — Fermento de supersticiones indiano-europeas. — Plaga de hechiceros en Tucumán. — Magnetizadores y fakires ante el tribunal del Santo Oficio. — La Inquisición persigue á los hechiceros. — Castigos que les imponían los jesuítas. — Adivinos, hechiceros, magos, invocadores del demonio. — Sus artes. — Plaga de *alumbradas*. — Ángela de Luz. — El espíritu infernal obrando maravillas. — Relajación de costumbres al tiempo de la población de América. — Depravación del clero. — Casos varios curiosos que la manifiestan. — Martín del Barco Centenera, historiador de la Argentina, ante el tribunal del Santo Oficio. — El soldado y el clérigo disputando sobre buenas costumbres. — Caso señalado del conquistador Francisco de Aguirre.

Considerable número de supersticiones originarias de Europa y del Oriente se hallaron también esparcidas por todo el continente americano á la entrada de los españoles. Los adivinos, hechiceros y saludadores, que aun levantan de vez en cuando cabeza, privaban igualmente en los imperios de Motezuma y de Atahualpa y entre las hordas

salvajes de toda la tierra firme é islas del Nuevo Mundo Sorprendentes analogías se hallaron también entre las creencias de los moradores del orbe de Colón y las que en el orden superior de la religión profesaba la nación conquistadora: el diluvio, el misterio de la Trinidad, la comunión, el ayuno, el bautismo, la confesión, la penitencia, etc. El *opacuna,* en el Perú, era un lavatorio ó baño en agua, para quedar limpios de pecados. En determinadas fiestas solemnes repartíanse unos bollos sagrados ó *cancos (cancu),* que las *mamaconas* (monjas de los templos del Sol) hacían con harina de maíz, teñida y amasada con la sangre de corderos blancos sacrificados: símbolo de unión íntima y eterna con el Sol y el Inca (Dios y su representante en la tierra). Todas las desgracias y enfermedades que les sobrevenían, eran castigo de la divinidad por sus pecados. En desagravio de la divinidad ofendida y para remedio de aquellos males, sacrificaban animales y niños, confesábanse y recibían penitencias. Penitente y confesor *(ichuri)* íbanse á la vera de un río. Postrábase aquél primeramente de pechos sobre el suelo; luego, levantándose, decía sus pecados al *ichuri,* que estaba obligado á guardar secreto bajo pena de muerte. Los pecados que debía manifestar el penitente, eran el homicidio, el robo, el adulterio y estupro, la sodomía y bestialidad, la maldición *(la tierra me trague, el rayo me parta),* la mentira y murmuración, el uso de hechizos ó hierbas para hacer mal, el no celebrar las fiestas, el deshonrar padre, madre, abuelos ó tíos y no socorrerlos en sus necesidades, el sacrilegio, la omisión de los sacrificios ú ofrendas obligatorias, decir mal del Inca, etc. Imponíase al confesante una penitencia conforme á los pecados de que se acusaba, cumplida la cual, recibía unos

ligeros golpes en las espaldas con una piedra. Después penitente y confesor escupían sucesivamente en un manojo de heno. El confesor decía ciertas oraciones, maldecía los pecados que el penitente confesaba, y arrojaba el manojo al río, imprecando á los dioses para que lo llevase al abismo, donde quedase eternamente sepultado[1].

La idolatría y supersticiones de todo género han sido siempre más ó menos semejantes, y aun á veces enteramente iguales, en las diversas partes del mundo, por lejanas y faltas de comunicación conocida que hayan estado entre sí. Esto ha dependido de varias causas: de ser una misma la naturaleza y aspiraciones del hombre en todas partes, de haberse hallado rodeado de objetos y circunstancias análogas y de una remota comunicación ú origen común que sin duda han tenido los pueblos más apartados entre sí y más distintos en fisonomía, color, hábitos y carácter.

Los misioneros y escritores eclesiásticos de la conquista veían la mano de Satanás en las susodichas semejanzas de la idolatría y la religión revelada. Satanás, intentando ser adorado como Dios, excogita, para inducir á ello á los hombres, cuantos medios puede inventar la malicia de un ser tan perspicaz y ladino. Mas, como predicho está que se le ha de *quebrar la cabeza,* siempre ha salido derrotado en sus encuentros con los soldados de Cristo, que, armados con las armas del Evangelio y llevando la cruz en

(1) *Costumbres Antiguas de los Naturales del Perú,* en la obra *Tres Relaciones de Antigüedades Peruanas* publicadas por el Ministerio de Fomento. Carta-Prólogo de D. Marcos Jiménez de la Espada. Madrid, 1879. El P. José Acosta, *Historia Natural y Moral de las Indias.*

la mano, desbaratan sus planes y le confunden irremisiblemente. Tal se ha visto realizado y cumplido en las predicaciones de los misioneros que España y Portugal enviaron al Asia, al África y al Nuevo Mundo. La astucia y maña de Satanás, cuya naturaleza intelectiva es tan superior á la del hombre, hale permitido tomar cuantas formas convinieron á sus designios, desde la de *ángel de luz,* hasta la de *serpiente.* Así conseguía (halagando las aficiones y tendencias de los hombres, señaladamente de aquellos que se hallaron privados de la lumbre del Calvario, en quienes el triunfo era más fácil) que le tributasen honores divinos. De ahí tienen origen los extravagantes y variados modos de adoración que los españoles hallaron en el Nuevo Mundo [1].

El morador de las desiertas campañas, por vía de asimilación, tomó de los hábitos, usos, lenguaje y aficiones del indio, que unió á su destino después de la conquista, lo más análogo y adaptable á su modo de ser, á sus necesidades en tierras desconocidas y hasta á sus preocupaciones respecto de los hechos y fenómenos que no era capaz de explicar su pensamiento. Los elementos que de tal suerte se asimilaron las nuevas gentes que poblaron la tierra mezcladas con los indios, entraron en sus costumbres como una mera accesión. Pero no por eso dejaron de modificarlas considerablemente y de imprimirles su sello. Así los elementos indígenas vinieron á confundirse con los peculiares de los nuevos pobladores en muchos accidentes, á favor de la oscuridad con que regularmente se presentan las causas de los hechos relativos á la vida íntima de las naciones,

(1) *Monarquía Indiana* por Fray Juan de Torquemada. Madrid, 1723.

que, ó no han ocupado, ó sólo han ocupado incidentalmente la atención escudriñadora del historiador y el filósofo en los pasados siglos.

Los magos, hechiceros, adivinos ó brujos indígenas continuaron, después de la conquista, ejerciendo sus artes vanas, no ya en el seno de sus tolderías ó pueblos independientes, sino entre cristianos. Infinito era su número, dando mucho que hacer á los ministros de la Iglesia, ocupados en extirpar de la viña del Señor tan nociva y contagiosa pestilencia [1]. Los magos, hechiceros, adivinos y brujos *criollos,* de la grey cristiana, aceptaron de los indígenas cuanto se acomodaba á sus designios y prácticas tradicionales, sustituyendo con la señal de la cruz, y con preces á su manera dispuestas, las palabras y acciones simbólicas que les pareció desechar.

Unidas á las de los europeos las supersticiones de los indios, prodújose un vigoroso fermento en tan apartadas y desiertas regiones, cuyos nuevos pobladores, á pesar del yugo con que los sujetaban los poderes real y eclesiástico, dieron constantemente, en cuantas ocasiones se les presentaron, muestras señaladas del individualismo congénito de una raza informada en los campos de batalla, abundantemente regada con sangre de iberos, de latinos, de godos, de árabes. Los retoños de las ideas supersticiosas así amalgamadas extendiéronse por campos y ciudades, como la mala hierba que invade los terrenos labrantíos cuando de continuo no la trabajan sus cultivadores. Consta de un memorial presentado al Consejo de Indias el 7 de octubre de 1752 por el procurador de la ciudad de Córdoba del

(1) El P. José de Acosta, *Historia Natural y Moral de las Indias.*

Tucumán D. Gregorio de Arrascaeta, que la provincia que para ante él le confiara la gestión de sus negocios hallábase verdaderamente *plagada* de los mayores *vicios* y *herejías* y con más especialidad de *hechiceros,* siendo tanta su abundancia que, á pesar del defecto moral que los inhabilitaba para todo servicio en casa honesta, encontrábaseles de criados hasta en los monasterios y conventos. Casi no había un enfermo que dejase de atribuir sus dolencias á los efectos de algún maleficio. Las informaciones (raras) que el comisario del Santo Oficio de la Inquisición hiciera acerca de algunos de tales delitos, quedaban allá en Lima, sin que se volviese á oir hablar de semejante cosa en la vida; y como á los jueces reales les estaba vedado el entender en causas de esa naturaleza, los bergantes hechiceros, cuyo pacto con el demonio era notorio, campaban por su respeto [1].

Á las cárceles de la Inquisición fueron á dar muchos sujetos bien humorados y habilidosos, que hoy hubieran podido presentarse en el escenario de un teatro á ley de magnetizadores ó fakires. Figura en los procesos del siglo décimoséptimo un Miguel Urgiles, de Riobamba (Quito), que, al son de la guitarra, hacía bailar un huevo y levantarle del suelo hasta la altura de su cabeza. Cien azotes valieron sus gracias á Melchor de Anáribar, joven de diez y nueve años, que, habiendo celebrado pacto con el diablo en el Cuzco, tuvo la avilantez de ofrecer algunas pruebas de manos á los mismos inquisidores que le estaban procesando, á quienes con ellas dejó espantados. José Nicolás Mi-

(1) Memorial inserto en la *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de Lima* por D. J. T. Medina.

chel, maestro de niños, en Oruro, con artes mágicas convertía, á la vista, en negros á los hombres blancos [1]. Desesperado, intentó varias veces en la cárcel quitarse la vida. Condenósele en las penas de doscientos azotes y destierro por siete años en el presidio de Valdivia [2].

Los *mastines celadores del católico rebaño,* como llamó Cervantes [3] á los agentes ó comisarios del Santo Oficio, eran pocos y mansos en las regiones del Plata, dependientes entonces, y tan apartadas, del virreinato del Perú. Los *mastines* peruleros tenían harto con lo de casa, especialmente en lo respectivo á luteranos y judaizantes, que eran muchos.

Por lo demás, la Inquisición persiguió en América, del propio modo que en España, á los que en las artes diabólicas ejercitaban su ingenio ó su malicia. De su temida jurisdicción estaban exentos los indios; mas los hechiceros que con yerbas ó maleficios produjesen la muerte ú otro daño en las personas, eran castigados por las justicias reales [4]. Los jesuítas, en el gobierno de cuyas misiones eran libres, salvo la obediencia y sumisión al soberano, al *Rey,* nunca dejaron en paz á los magos y hechiceros que pululaban, generalmente con gran prestigio, entre los indios de todo cacicazgo. Con un centenar de azotes, en medio de la plaza, los despojaban de los atributos de la divinidad

(1) *Tropelía* llamaron á la *ciencia* de presentar una cosa por otra á los ojos del espectador. Véase el *Coloquio de los Perros* por Miguel de Cervantes.

(2) Relación de procesos en la *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de Lima* por D. J. T. Medina, entre ellas la del Dr. D. Pedro de Peralta Barnuevo.

(3) *Pérsiles y Sigismunda.*

(4) Ley 35, tít. 1.º, lib.º 6.º de Indias.

que decían poseer para obrar maravillas. La experiencia tenía demostrado que esta *saludable medicina* era bastante á extirpar una *pestilencia* que tanto daño hacía en las almas.

Los adivinos, hechiceros y magos invocaban al demonio con nombre de *ángel de luz,* rindiéndole cierta manera de adoración y ofreciéndole perfumes y hierbas olorosas. Había evocadores del demonio (que venían á ser los espiritistas de nuestros días), el que se les aparecía en la figura de un animal ó bien representando las personas, vivas ó muertas, pecadoras ó beatificadas, con quienes querían comunicarse cara á cara. Le hablaban, y recibían sus respuestas, sobre sucesos pasados, actuales ó futuros. Encendíanle luces y quemábanle incienso, al propio tiempo que, con una bebida hecha de yerbas y raíces (el *achuma,* el *chamico* y la *coca), se enajenaban y entorpecían los sentidos* hasta el punto de engendrar en su mente las *ilusiones y representaciones fantásticas* que luego tenían y publicaban por revelaciones inequívocas de las cosas ó de los hechos que deseaban conocer ó de que prometían dar noticia. Aparte de los invocadores del demonio, militaban en América los astrólogos, levantando figuras para formar el horóscopo de las personas y formulando juicios sobre *casos futuros* y *contingentes* ó sobre *acciones dependientes de la voluntad divina ó del libre albedrío de los hombres.* Para las adivinaciones y hechizos valíanse, asimismo, los que en artes diabólicas ejercitaban su malicia, de habas, trigo, maíz, monedas, sortijas y de otras semillas y objetos semejantes, mezclando lo sagrado con lo profano: evangelios, agnusdeyes, aras consagradas, agua bendita, estolas y otras vestiduras sacerdotales. Tenían y usaban ciertas cédulas

enigmáticas y recetas ó memoriales; palabras ú oraciones; círculos, rayas y caracteres; reliquias de santos; piedra imán; cabellos, cintas y polvos; candelillas, redomas, ollas; vasos de agua, alfileres, etc. Aparecieron muchas *alumbradas,* mujeres que hacían milagros, recibían favores del cielo, tenían visiones y revelaciones, sabían lo que pasaba de tejas arriba y de tejas abajo, adivinaban y predecían, daban fructuosos consejos y sanaban á los enfermos. Cosas eran éstas que alarmaban á las conciencias timoratas y alguna vez impulsara á los ministros de la Inquisición á considerar y averiguar si la mujer favorecida con tales virtudes albergaba en su alma y en su corazón el espíritu y experimentaba los arrobos de *ángel de luz* ó de *ángel de tinieblas.* Las mujeres iluminadas constituían por sí solas una *plaga*(1).

Célebre fué en el indiano hemisferio la titulada *madre Ángela* ó *Ángela de Dios,* cuyo apellido era Carranza, natural de Córdoba del Tucumán, quien, pasando al Perú y frecuentando los templos de Lima, logró que la tuviesen por santa. Para llenar con la *mies católica los trojes del infierno, habíase valido (como suele) el demonio de una de esas mujeres que llaman beatas.* Lo era la tucumana del hábito de San Agustín. Era la *maestra de la mística,* la *abogada del pueblo,* la *maravilla del orbe:* éxtasis, raptos, inteligencias misteriosas con seres superiores, revelaciones, milagros. *Juzgábase compendiado el cielo en aquella mujer.* Vinculaba la felicidad de las personas,

(1) Carta del inquisidor Andrés Juan Gaitán y edicto inquisitorial promulgado en Lima el año de 1624 insertos en la *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de Lima* por D. J. T. Medina.

el buen éxito de los negocios, aspiraciones y empresas, á los objetos que santificaba: rosarios, medallas, campanillas y cencerros, cuentas, pañuelos, espadas y dagas, papeles escritos y firmas, sus cabellos y muelas y uñas, sus enaguas, vendas y paños teñidos en su sangre. Tan enorme era la cantidad de prendas santificadas y de amuletos, que, cuando el tribunal de la Inquisición publicó edictos mandando entregar todos los que hubiese en manos de particulares, se llenó con ellos una sala espaciosa. Sólo las cuentas y rosarios contábanse por millones: *en diez pontificados no distribuyera tantos la Sede Apostólica.* Muchos llegaron con su fama y celebridad hasta la misma Roma. En los quince años que la tal Ángela de Dios ejerció su ministerio, escribió quince libros en materias teológicas, comprendidos en *quinientos cuarenta y tres cuadernos, con más de siete mil quinientas fojas.* Tuvo engañados hasta á los virreyes y arzobispos. Era vana y arrogante, impaciente, iracunda y codiciosa en extremo [1]. Fallóse su causa en 20 de diciembre de 1694.

Obra han sido del espíritu infernal las brujerías, los hechizos y ensalmos, la buenaventura, el prestigio y la magia, la adivinación y el sortilegio, los agüeros, la simpatía y palabras, las visiones, todo hecho, en suma, ó todo fenómeno, ya puramente imaginario, ya real ó ya sofisticado, que ofreciera condiciones, apariencias, caracteres ó indicios de responder á una alteración del orden regular de las cosas ante el criterio teológico. Ciertos accidentes raros del

(1) Carta al Consejo de la Inquisición escrita por el inquisidor Francisco Varela el 15 de enero de 1695 é inserta en la *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de Lima* por D. J. T. Medina.

histerismo, ciertas enfermedades nerviosas, no vinieron á ser sino manifestaciones de la presencia de espíritus malignos ó demonios que rodeaban *(obsesión)* ó se habían introducido *(posesión)* en el cuerpo del ó de la paciente, á quien estaban atormentando: idea que tenía sus raíces en la gentilidad y el judaísmo. El exorcismo era su remedio.

La relajación de costumbres, durante el siglo décimosexto, presentábase con mayor desenfado aún que en la Península entre los pobladores del Nuevo Mundo. El clero se dejaba llevar de la fácil corriente desencadenada que al gusto convida con deleites, demostrándolo con sobrada notoriedad el crecido número de solicitantes en confesión que registran los anales del Santo Oficio [1]. Corrían de boca en boca, á manera de sentencias, frases indi-

(1) Á la sociedad española de la época á que nos referimos en el texto, endereza los siguientes conceptos un escritor ilustre de nuestros días, D. Gaspar Núñez de Arce: «Una moral laxa y acomodaticia había invadido todas las clases y condiciones, desde los favoritos y magnates de la corte, concusionarios y escandalosos, que creían acallar el remordimiento de sus conciencias turbadas empleando parte de sus rapiñas en fundaciones y mandas piadosas, hasta los salteadores de caminos, que resguardaban supersticiosamente sus pechos, cerrados á la clemencia, con imágenes de santos y escapularios benditos. La perversión era general; y como, cuando el cuerpo social se inficiona de malos humores, llega á todos sus miembros el virus deletéreo, ni siquiera el clero, encargado de la dirección de las almas, pudo preservarse del pestilente contagio.

«Como no quiero lastimar los delicados y castos oídos del bello sexo, que honra este acto con su asistencia, *prescindo de citar casos abominables, que suministra en abundancia la historia de aquel siglo (el XVII), y tampoco evocaré el recuerdo de crímenes execrables é impíos, no siempre castigados como merecían, cuyos procesos duermen en los empolvados legajos de nuestros archivos.*» (Discurso inserto en las *Memorias de la Real Academia Española.)*

cativas de un estado social nada ascético, de gentes mejor halladas con las comodidades y placeres de la vida terrena que con las prácticas austeras de la perfección cristiana. *En este mundo no me veas mal pasar, que en el otro no me verás penar*, era refrán valido entonces, que de España lo recibiera gustosa la placentera América. Una beata de la Merced, llamada Francisca Ortiz, en Santiago de Chile, declaraba ante el comisario del Santo Oficio que realmente ella había procurado siempre no verse contrariada en sus gustos, recordando que en España oyera muchas veces decir: *en este mundo no me veas mal pasar, que en el otro,* etc. Otra mujer, Lucía de León, fué igualmente procesada, por haber dicho que los vecinos de Cuyo (Argentina), cuya conducta se censuraba, se atenían acaso, para su gobierno, al refrán: *en este mundo no me veas mal pasar,* etc. Jerónimo de Ortega, clérigo, confiesa haber firmado cédula al demonio, y que, arrodillado en medio del campo, ofrecíale coca, que para el efecto levantaba con sus manos en alto, invocándole en esta forma: *tú, á quien dicen señor del África, como tan poderoso, ayúdame y dame fortuna, así en el juego como en amores.* Clérigos seglares y religiosos criticaban la apatía y cortedad de las indias. Fray Juan Prieto quejábase de que las indias fuesen desamoradas, manifestando que lo eran tanto, que de ordinario se veía obligado á forzarlas. Fray Diego de Sanabria, comendador de Esteco, en Tucumán, preciábase de *pagar bien los buenos servicios de sus confesadas,* cuando á sus instancias le visitaban en su aposento. Fray Mateo de Alvarado, en Tucumán también, contaba que, por la indolencia natural de las indias, tenía que llevarlas á empujones hasta su celda. Córdoba, Salta y Santiago del Estero,

á mediados del siglo décimoséptimo, fueron teatro de las galanterías y aventuras del fastuoso y perfumado obispo de Tucumán Fray Melchor Maldonado de Saavedra, que escalaba de noche las casas de las doncellas. Los procesos contra los propios comisarios del Santo Oficio ocupaban una buena parte de las horas de trabajo del austero visitador Juan Ruiz de Prado. Entre los comisarios procesados, figura uno de los primitivos historiadores del Río de la Plata, el arcediano Martín del Barco Centenera, que en la expedición del adelantado Juan Ortiz de Zárate habíase embarcado *con lustre y mucha costa de hacienda.* El famoso autor de la *Argentina*, que ejercía por el año de 1589 el cargo de comisario inquisitorial en Cochabamba, fué condenado en privación de oficio y multa, entre otras causas, por atropellar la jurisdicción real, mantener bandos y conducirse con grande indecencia y escándalo, haciendo pública ostentación de sus aventuras amorosas y emborrachándose y abrazándose con las botas de vino en los banquetes (1).

La ruda condición marcial del soldado meritorio de la conquista en los desiertos, nada casto, malamente hubiera de recibir, por lo tanto, las violentas censuras que contra su conducta privada fulminara el encono y la ira de rencilloso vicario. El de Santiago del Estero (2), capital antigua del Tucumán en la Argentina, enderezó las suyas á Francisco de Aguirre, soldado valeroso, que había adquirido alto

(1) Véanse los procesos registrados en la *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de Lima* por D. J. T. Medina. Ídem *de Chile* por el mismo autor.
(2) Julián Martínez, clérigo, *vicario de las provincias de Tucumán, Diaguitas y Juries* (Argentina).

prestigio y fama en las guerras de Arauco, al lado de Valdivia. Habiendo pasado al oriente de la cordillera de los Andes, para sujetar, como lo ejecutó con su acostumbrado brío y celeridad, los indios rebelados del Tucumán, se hizo cargo del mando de la provincia. Concertado con sus émulos, el malevolente vicario se propuso perderle, y, tras serias desavenencias y disputas, denuncióle á la Inquisición, formulando contra él multitud de cargos significativos de su impiedad y herejía. Confesó Aguirre llanamente, entre otras cosas, haber dicho: que era mayor el servicio que se hacía á Dios, procreando mestizos, que el pecado en que se incurría: que ningún sacerdote podía menos de estar amancebado, so pena de cometer otros delitos más feos: que si se viese en la alternativa de desterrar á un herrero ó á un clérigo, antes desterraría al clérigo que no al herrero: que la misa estaba de más, porque Dios sólo miraba los corazones: que él comía carne en días prohibidos, porque no vivía en ley de tantos achaques: que en su gobernación del Tucumán no había más papa ni obispo que él: que las excomuniones solamente eran temibles para los hombrecillos: y que él había conocido un hombre que rezaba mucho y se fué al infierno. Habiéndole excomulgado el cura vicario, el gobernador Aguirre contestó que en Tucumán no había más excomulgado que el cura vicario: que en todo caso consultase al pueblo, y si, con arreglo á su opinión, le quería absolver, que le absolviese. Preso Aguirre, fué conducido á Lima con barra de grillos y á lomo de mula (más de quinientas leguas). Ni sus eminentes servicios á la corona, ni la dignidad de su mando, ni su edad ya casi septuagenaria, fueron parte á librarle de una condena tan humillante como arbitraria, precedida de ocho

años consecutivos de sufrimientos físicos y morales en las sombrías cárceles del terrible tribunal empedernido, cuya conducta censuró con severidad, por lo injusta y desarreglada, el visitador Ruiz de Prado [1]. Pero, á todo esto, ¿no creería uno estar oyendo en los ásperos labios del soberbio conquistador de Chile y de Tucumán los mismos dicharachos que á ley de frases retóricas espetan hoy día á la muchedumbre oradores y escritores populacheros? El modo que ha tenido antaño el hombre de pensar, y sentir, y de obrar y expresarse, no ha variado tanto como pudieran quererlo significar los cambios de instituciones.

---

(1) *Colección de Documentos inéditos del Archivo de Indias* por D. Luis Torres de Mendoza y otros, é *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en Chile* por D. J. T. Medina (extractos del visitador Ruiz de Prado).

CAPÍTULO IV.

Gualicho y Añanga.

SUMARIO. — Personificación de las fuerzas de la naturaleza. — Su interpretación gentílica por los vates. — Inteligencias maléficas. — Teogonías: unidad de los elementos que las integran y de las fuerzas naturales. — *Añacuá ó añanga* de los guaraníes y *gualicho* de los pampas conviértense en microbios. — Estragos que causan. — Las chinas se afanan por exterminarlos. — *Gualicho* en las tolderías del indio castiga con terrible severidad á los que faltan al deber sagrado de la limosna. — El mal y el bien en el mundo moral y en el físico. — Las divinidades indígenas á los ojos del misionero. — Oportuno uso de voces indígenas castellanizadas referentes á las teogonías del indio.

El hombre, en los albores de la vida, supone inmediatamente enlazados á inteligencias ó poderes superiores é invisibles los hechos y fenómenos que en el orden físico se cumplen, á virtud de las fuerzas de la naturaleza que los informan, respondiendo á leyes que, establecidas por la mente suprema, rigen el movimiento y equilibrio del universo. *Todos creen* (los indios) *que las fuerzas y el bien son en el cielo*, decía Cristóbal Colón, desde las Antillas, en carta á Luis de Santángel [1]. El soberbio guaicurú, ava-

(1) *Colección de los Viajes y Descubrimientos que hicieron por Mar los Españoles desde fines del Siglo XV* por D. Martín Fernández de Navarrete.

sallador de las naciones circunvecinas, en el Chaco, salía denodadamente al encuentro de las tormentas, regidas por los demonios, á quienes creía vencer y abatir, obligándolos á sepultarse de nuevo en la negra mansión de los abismos que los vomitara. Diversas generaciones guaraníes alejaban las pestes y otras calamidades con algazara y con el canto, acompañado éste del ruidoso sonido del *baracá (mbaracá*, calabaza con chinas dentro). Las tribus de la región patagónica procedían de la misma manera. Los pampas, cuando advertían los síntomas de alguna enfermedad ó les amenazaba algún peligro, se armaban de todas sus armas (lanzas, bolas, cuchillos, garrotes, lo que habían á las manos), montaban á caballo, y, prorrumpiendo en gritos desaforados, arremetían contra el invisible enemigo y no dejaban de asestar golpes al aire hasta que se persuadían haberle echado de sus toldos.

Aun el hombre culto, por instinto y por hábito, se inclina á personificar, y metafóricamente lo hace á cada paso, las variadas fuerzas de la naturaleza, en especial cuando la máquina del mundo oculta sus resortes. Los poetas (que ejercitando primordialmente la facultad imaginativa, revisten sus conceptos de formas peregrinas y metafóricas) hanse convertido, consagrados por el numen que los inspira, en apóstoles universales de esta interpretación idolátrica de la naturaleza, que esconde su modo de obrar y su destino á los ojos del limitado entendimiento humano, ávido de levantarse á mejor y más amplia esfera que la estrecha y mísera que le encarcela en el planeta. La musa de las sociedades cristianas ha hecho sentir y hablar á los promontorios y á los ríos por boca de Camoens en el tormentoso cabo de Buena Esperanza y de Fray Luis de León en

el Tajo profetizando la pérdida de España al confiado Rodrigo.

Es el ser humano, para todo pueblo naciente, objeto primordial del orbe, la meta á que se dirige y en que termina ordinariamente el universal concierto, á que cooperan bajo el gobierno de la divinidad aquellas inteligencias. Hay, empero, inteligencias maléficas, que conspiran á destruir ó alterar este concierto en daño del hombre, á quien de todos modos persiguen. Estas inteligencias son engendros del genio del mal, del *diablo,* que cada pueblo concibe en conformidad á las condiciones del suelo en que vive y de sus tradiciones indígenas ó advenedizas. El conjunto y modo de obrar de las inteligencias que gobiernan en uno ú otro sentido el orbe, constituye las *teogonías,* imaginaciones forjadas por la mente colectiva de las sociedades que van despertando á la vida del espíritu. En medio de la multiplicidad de inteligencias que pueblan el mundo imaginario de las sociedades primeras, propende el espíritu á la unidad, que á la postre alcanza, atraído por la armonía que reina entre el orden físico y el moral. Así como las fuerzas de la naturaleza tienden á la unidad, manifestándose á fuer de modificaciones de una fuerza única y fundamental que obra incesantemente para dar forma ó vida á los objetos; de la propia manera las inteligencias que componen el mundo imaginario de los pueblos gentílicos y primitivos, propenden á reconocer la existencia de un ente soberano que las rige y avasalla.

Hay, por tanto, notoria identidad entre las fuerzas de la naturaleza y las inteligencias que imaginó el hombre primitivo. Estas inteligencias ó agentes invisibles, por lo general son antropomorfos. Mas á veces tienen la forma de

cualquiera otro ser animado de la naturaleza. Así, por ejemplo, *añanga,* que era el diablo de los guaraníes, tenía para algunas generaciones la forma de un insecto (*ayacuá* ó *añacuá,* diablo ternezuelo), que hacía tanto daño en las mieses, y, lo que es más grave, en el cuerpo del hombre, como los terribles *microbios* que diezman las poblaciones, especialmente si han salido de las bocas del Ganges, del Nilo ó del Misisipí.

El P. José Guevara, tratando de los lules, que eran indios salvajes moradores del Chaco, dice del *ayacuá* que era un *gorgojo del campo,* que, á parte de otras diabluras, se entretenía en mortificar al hombre, introduciendo en su cuerpo diversos elementos de destrucción que le causaban el dolor y la muerte (1). Iba este diablillo armado, á lo indio, de arco y flechas.

Mas el *ayacuá* de los lules no es, en substancia, otra cosa que el *añacuá* de las demás generaciones guaraníes (á cuya raza seguramente pertenecieron aquéllos). Su figura de *gorgojo del campo,* ¿qué es sino una de las infinitas transformaciones que ha sabido tomar y toma el diablo de los indígenas todos del Nuevo Mundo, por su índole y condiciones idéntico al espíritu maligno de los cristianos, que todas las regiones del globo tiene invadidas y contaminadas? *Ayacuá, añacuá* y *añangá* son formas varias de un mismo vocablo. *Añanga* decimos, castellanizada la voz. La lengua castellana, del propio modo que la portuguesa, á la postre convierte en llanas las voces agudas que se asimila. Por eso también los brasileños dicen comúnmente *añanga,* sin per-

(1) *Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán.*

juicio de pronunciar, cuando les place, *añangá*. Vivas aún, bien que moribundas, subsisten en parte de la Argentina (Corrientes, Misiones), en el Paraguay y en el Brasil las lenguas guaraní y tupí, una y otra originarias del mismo tronco y sólo diferenciadas entre sí por accidentes análogos á los que distinguen la portuguesa de la castellana. Las dificultades que ofrece el penetrar bien el sentido de las palabras en boca de gente bárbara, ha impedido á los misioneros (que eran los que regularmente averiguaban estas cosas) juntar datos precisos que sirviesen para determinar la naturaleza y cualidades ó atributos de las divinidades indígenas. *Añanga, gualicho, zopay* significan respectivamente el maligno espíritu entre guaraníes, araucanos (inclusos los pampas) y peruanos. *Añacuá* ó *ayacuá* es un diablillo, un diablo diminuto é imperceptible entre los guaraníes, que para algunas generaciones ha tomado la forma de un *gorgojo del campo*. *Añangapitanga* es otra manera de diablo, el diablo colorado *(pitang)* ó ardiente, por la similitud del rojo y de la llama.

La idea de un viviente diminuto é imperceptible (de un *microbio)* productor de enfermedades en el hombre y en los animales, sin duda ha sido general entre los bárbaros del continente americano. Tal era, á lo menos, la imaginación reinante entre los indios de las regiones comprendidas entre el Plata y el Orinoco, entre los del Chaco, de la Pampa, de la Patagonia, de Arauco, de la Tierra del Fuego. El *gualicho* de los pampas se halla en las aguas pútridas de los pantanos ú otros receptáculos, como las desembocaduras de los grandes ríos que forman deltas, en las frutas nocivas, en las yerbas venenosas, en las emanaciones deletéreas de toda índole, en los cerrados bosques sin ventila-

ción, en el aire que respiramos viciado por cualquier causa accidental, en el cráter de los volcanes, en donde se aglomera mucha gente, en torno de ranchos y de *taperas*, en los árboles secos y vetustos que ha aislado la suerte, cual si de ellos huyese la vida. Introducido en el vientre, le hace doler; introducido en las piernas, las paraliza; introducido en los ojos, los ciega: en los oídos, los ensordece: en la lengua, priva del habla [1]. Los pampas y los charrúas, embadurnados con grasa de yegua ó de ñandú (avestruz) y amontonados bajo un toldo, hombres, mujeres, chicos y grandes, perros y gatos, comían y dormían entre un infinito mundo de microbios: ni sus narices advertían lo más mínimo que pudiese desagradar, ni habría modo de hacerles entender (si uno se lo propusiese) el significado preciso de la palabra *nauseabundo.* La *catinga* (hediondez, peste), para ellos, era algo parecido á la fragancia del azahar ó del nardo. Las madres acomodaban á los recién nacidos en una armazón de tablitas de caña tacuara, amarradas con *tientos* (tiritas de cuero) á dos listones paralelos. Por uno de los extremos los listones formaban ángulo, terminando en punta, á fin de que, clavada en tierra la armazón, quedasen libres y pendientes los muslos y piernas de la criatura, afianzada solamente desde la cintura hasta los hombros y de espaldas. De ese modo las madres podían

(1) *Expedición á la sierra de la Ventana* por D. Pedro Andrés García (1821), en la *Colecc. Ángelis;* D. Lucio V. Mansilla, *Una Excursión á los Indios Ranqueles;* D. Manuel J. Olascoaga, *La Conquista del Desierto.*

Con razón D. Juan Valera, hablando, en carta al autor, del *ayacuá* de los guaraníes, le comparaba festivamente á los *microbios* de M. Pasteur. *(Nuevas Cartas Americanas.)*

ócuparse en sus faenas (que eran muchas, pues todo lo hacían para ellas y para sus compañeros ó maridos, esencialmente perezosos y haraganes), al paso que sus hijuelos, estirando y sacudiendo las piernitas, favorecían el desarrollo de su musculatura, entretenidos en mirar el campo, los caballos y perros, y rodeados de moscas. Cuando los indios se ponían en marcha, las madres echaban á la espalda la susodicha armazón, y la presión continua que hacía en el fondo de ella la parte posterior del cráneo, daba por resultado que á la larga se les aplastase. De ahí que el indio pampa tenga achatada la parte posterior de la cabeza. Pues bien: tan luego como la criatura podía andar y sostenerse, prendían fuego á la armazón que le sirviera de cuna. El objeto de la quemazón no era otro que *destruir* ó *matar el gualicho,* como si dijéramos los millones de millones de *microbios* que sin duda alguna albergaría un mueble de caña y correas que durante una porción de meses consecutivos, sin solución de continuidad, había ido almacenando toda la inmundicia que se desprendiera del cuerpito del indio. Si no destruían el *gualicho* de que el mueble quedaba infestado, creían firmemente que hijo y madre habían de ser víctimas de enfermedades y desgracias inevitables. Les acarreaba el desprecio y aborrecimiento de los demás, quedando condenados á vivir eternamente perseguidos y maltratados, como si estuviesen contaminados por el demonio.

El mal en el mundo, sean cuales sean las formas con que se presente, responde á causas que más ó menos remotamente se hallan enlazadas con las fuerzas de la naturaleza, que, obedeciendo á las leyes impuestas por el supremo ordenador de las cosas, mantienen el equilibrio universal. El

hombre, empero, atendiendo sólo á los efectos y causas inmediatas, considera el mal como una perturbación, como un trastorno de las leyes (que son necesarias, constantes) del organismo que mantiene y mueve el universo. El genio del mal, por tanto, mirado bajo un respecto como elemento de destrucción y desorden, es en realidad un agente del bien, uno de los resortes que concurren á hacer efectivas y eficaces las leyes de la vida en el orden físico y en el moral.

La mortandad de criaturas, entre los indios, es infinita: mueren como chinches. Cada familia en su toldo, es un hacinamiento de inmundicia: verdadero gualicho que mata la gente. La comida no es menos higiénica que el cuidado de la persona: carne de yegua medio cruda, ó de cualquier bicho que atrapa su hambrienta perrada, grasa de *ñandú,* yerba mezclada con azúcar (que mastican), aguardiente (pues son muy borrachos) y tabaco. Una de las enfermedades que más estragos han hecho entre los indios, ha sido la viruela: pavorosa deidad de la muerte, que dejaba sin hijos á las madres, cuando no arrastraba á todos á su lúgubre mansión, dejando desiertas las tolderías. Si (lo que era muy frecuente) había en los toldos alguna cautiva, al momento le achacaban la desgracia.—*¡Cristiana echando gualichu!* gritaban con furia infernal; y la infeliz moría martirizada. *Huecuvú* ó *Huecufú* era el Luzbel ó Satanás que, suscitado por el cristiano, enviaba al indio los agentes del mal. El diablo ó *gualicho* (corrupción de *Huecuvú* ó *Huecufú)* anda diversificado por el mundo, haciendo daño por mil medios, como los innumerables demonios arrojados al abismo que á manera de microbios han quedado en el aire. Estos seres malditos cumplían, en vir-

tud de su propia maldad, una función terrible que, sin quererlo, obstaba al quebrantamiento de las leyes del orden moral, ofreciendo un concepto verdaderamente original, que, por lo bárbaro y sorprendente, merecería la calificación, si puede decirse así, de *sublime salvaje*. Quien faltaba al deber sagrado de la limosna, estaba expuesto á las venganzas de *Huecuvú*, que en este caso hacen estremecer. «Jamás dejes de suplir la miseria ajena, decía á su nuera la mujer del feroz Calvaíñ; porque *Huecuvú* tiene emisarios que disfrazados de pobres piden limosna, y si se les desprecia ó niega algo se vengan en las criaturas dándoles *oñapué* (veneno), para hacer derramar lágrimas á sus padres.» (1)

El mal, del mismo modo que el bien, se presentan de infinitas maneras en el mundo moral y en el físico. Así en grado como en forma, son las manifestaciones del mal, en la naturaleza y en la vida, múltiples. Con frecuencia asimismo el mal se halla asociado al bien: el bien y el mal relativamente al hombre, se entiende; que el bien y el mal en un orden superior no cabe concebirlos unificados, puesto que esencialmente se excluyen, ni el mal existe en absoluto. Personificadas por el hombre primitivo las fuerzas de la naturaleza y los móviles de las acciones humanas, ha de resultar necesariamente un conjunto de divinidades ó seres sobrenaturales diversos en forma, en poder y en índole y atributos. Unos serán buenos, otros malos, y los habrá que reunan ambas cualidades.

Las manifestaciones aparentes del concepto que de la

(1) *Painé y la Dinastía de los Zorros* (sucesión de caciques ranqueles) por D. Estanislao S. Zeballos.

divinidad tenían los indios salvajes, eran, á juicio de los misioneros y de todo buen cristiano, artes diabólicas. Así el *gualicho* de los pampas y de los araucanos, el *añanga* de los guaraníes y otros muchos entes fantásticos, no fueron sino el *diablo*, que ha querido extraviar y dominar á estas generaciones indígenas. Las noticias transmitidas por los misioneros han sido la fuente más inmediata á su origen, como que los propagadores del Evangelio se comunicaban íntimamente con los indios que reunían en torno del signo de la redención del género humano. Mas, á fuer de soldados de la milicia de Cristo, poco se afanaron por indagar las cosas buenas que los dioses de los gentiles pudieran ejecutar (aunque en realidad de verdad no debieron ser muchas ni muy señaladas), contentándose, por lo general, con dar á conocer al más ladino entre ellos, á aquel á quien el sacerdote, hechicero ó mago indígena invocaba y consultaba en sus desvaríos é imposturas. Este dios más sacudido era el *diablo;* pues, mediante él, los indios perseveraban en las reprobables idolatrías que les inculcara, y los magos ó hechiceros que desempeñaban el sacerdocio recibían de él sus inspiraciones.

El lenguaje rioplatense ha castellanizado diversos vocablos quichuas, araucano-pampas, guaraníes y africanos (1). Su uso importa á la mayor precisión de las ideas. Ésta y aquella voz que en castellano corresponden á *diablo*, por ejemplo, expresan ideas análogas, pero no idénticas. Por tanto, cuando se hable del diablo de los pampas, cumple decir *gualicho*, y cuando del de los guaraníes, *añanga*, etc.

La abundancia de voces para expresar una misma idea,

(1) Véase la Introducción del *Vocabulario Rioplatense* del autor.

sin que alguna diferencia, aunque no sea sino modal, la diversifique, no arguye propiamente riqueza ni menos perfección de lenguaje. La riqueza y perfección consisten realmente en que á ninguna cosa del mundo físico ó del moral les falte expresión breve, clara y eufónica, por cuyo medio penetre con facilidad en el entendimiento de todos la idea que uno se propone comunicar. La concurrencia de términos homólogos en una lengua puede tener causas diversas. Unas son meramente accidentales; y entre éstas se cuenta la asimilación innecesaria de voces exóticas, como sucede cuando, teniendo en la propia lengua nombre adecuado una cosa, se hace uso del que lleva en un idioma extraño. Esto, que en general procede de ignorancia, es un mal. Pero á veces la concurrencia de términos homólogos dimana de los orígenes diversos que tiene la cosa que representan. La idea de brujería, de hechizo, del diablo, hallaráse expresada, según los casos, ora con las palabras propias de nuestra lengua: *diablo, hechizo, brujería;* ora con la voz pampa castellanizada *gualicho;* ora con las guaraníes *añanga* y *payé;* ora con la quichua *huacanque* ó *guacanque;* ora con la africana *mandinga.* Los nombres castellanos se usan necesariamente en el lenguaje culto. En estilo familiar, y sobre todo entre la gente del campo, suele decirse *gualicho, añanga, payé, guacanque, mandinga.*

Gualicho, payé y *mandinga* expresan los tres conceptos de *diablo, brujería, hechizo. Payé* significa, además, *hechicero. Añanga* equivale á genio del mal, aunque algunas de sus acciones no tengan precisamente por objeto dañar al hombre y á los animales, ó alterar el orden de la naturaleza. *Mandinga* es, más propiamente que diablo, duende. Su residencia ordinaria es el hogar. *Huacanque* ó

guacanque representa en general la idea de brujería; mas, en particular, equivale propiamente á talismán ó encanto. El que es afortunado en el amor, en el juego, en los combates, con seguridad tiene *guacanque*. *Guacanque* ó *huacanque* son, por ejemplo, las *plumas de caburé* que lleva consigo aquel á quien no hay mujer que le desaire. ¿Qué carrera no ganará? ¿Qué carta oportuna para el triunfo en el juego de naipes no vendrá á sus manos? ¿Qué cuchillada no tajará la oreja del adversario? Del muy afortunado en el juego se dice que *tiene huacanque*. *Payé* en el Paraguay, Misiones y Corrientes, significa lo propio que *guacanque*. «Este individuo *tiene payé,*» dicen de aquel á quien la suerte favorece con harta frecuencia. Tener *payé* ó *guacanque* equivale á ser poseedor de un talismán con cuyo auxilio supera las mayores dificultades que no son capaces de vencer el esfuerzo, inteligencia é industria ordinarios del hombre. Quien tiene *payé* ó *huacanque* es casi un mago.

Lo regular, pues, y más conforme á la verdad histórica y á la propia significación de los vocablos será usar, castellanizados, los nombres que tuvieron en sus respectivas lenguas las diversas ideas que en orden á las cosas imaginarias ó preternaturales tenían formadas los guaraníes, chaqueños, pampas, patagones, fueguinos, araucanos, peruanos, etc. De esa manera el concepto será más verdadero, más expresivo, más cabal; al paso que la lengua castellana, la lengua del legítimo poblador de América, se enriquecerá más y más con determinado número de voces que llevarán impresa la forma que les impuso el troquel de su antigua dominación por el mundo, cuyo brillo glorioso no tiene igual, ni parecido, en los anales de la historia.

CAPÍTULO V.

Médicos indios.

Sumario. — El primitivo médico es hechicero. — Enfermedades, cosa de brujería. — Hechicero, á la vez que adivino y sacerdote. — Piaches del Orinoco. — Magos del Río de la Plata: modo de inspirarse y de conjurar: sus maravillas: sus penitencias. — Semejanza de sus prácticas con las de los santones del continente asiático.—La magia en la España árabe. — Aborígenes del Misisipí: su modo de curar: como los del Orinoco y del Plata. — Boratios de Venezuela: cómo curaban. — Indios de la Florida: su modo de curar. — El genio del mal: causante del dolor y la muerte: de qué medio se vale para producirlos. — Cómo extrae el hechicero las causas inmediatas del mal. — Identidad de creencias del hombre primitivo, en todas partes, respecto á las causas de las dolencias humanas. — Chupadores y sajadores. — Ventosas é hidroterapia charrúas. — Las chinas paren á la orilla de un río. — Yerbas y fármacos de los pampas y pegüenches. — Modo de ahuyentar al *gualicho*. — Médicos araucanos. — Médicos del antiguo Perú.

Los médicos, entre las sociedades salvajes, han sido siempre los hechiceros, como que, para ellas, toda dolencia humana, lejos de proceder de causas naturales que por medios idénticos pudiese ser combatida, no es sino cosa de brujería, que sólo podrá deshacerse por personas que de una manera ó de otra tengan comunicación ó pacto con el diablo ó genio del mal. El hechicero reunía al mismo tiempo la cualidad de adivino y el oficio de sacerdote. Los *pia-*

ches, de mucha fama en las regiones que baña el Orinoco, eran á la vez sacerdotes, adivinos y hechiceros. Para infundirse el espíritu de entusiasmo é inspiración que necesitaban en las ocasiones más arduas, internábanse en los arcabucos ó montes de mayor espesura, y con clamorosos alaridos y gesticulaciones estrambóticas y espantables, invocaban al demonio, que acudía á sus ruegos, asistiéndoles en el trance que motivaba el llamamiento. Contando ya con el auxilio del demonio, metíanse en oscuros bohíos ó chozas diputadas para oratorios. Allí, á fuer de oráculos, absolvían las consultas que se les dirigían, y sus consejos ó decisiones eran aceptadas como un fallo inapelable[1].

En la propia forma, ni más ni menos, procedían los magos ó adivinos y hechiceros de todas las generaciones que ocupaban el Nuevo Mundo. Los del Río de la Plata, metidos en lo más recóndito de un monte, donde se hallaba la chozuela que les servía de templo ó locutorio, enardeciendo su espíritu con abundantes libaciones de chicha, vociferando y brincando y haciendo visajes y contorsiones como un hombre que está fuera de sí, entre los bramidos del tigre y otros gritos aterradores de diversos animales, dirigían sus reverenciadas alocuciones al pueblo, que los escuchaba estupefacto. Eran árbitros del bien y del mal, de la vida y de la muerte, de la fuerza de los elementos: hacían bramar y enfurecerse las fieras, desencadenarse las tempestades, alterarse los mares, crecer ó secarse los ríos y lagunas, inundar las tierras. Referían puntualmente lo que estaba pasando en lugares remotos y encantaban á una persona

(1) Oviedo, *Hist. Gen. y Nat. de las Ind.;* Las Casas, *Hist. de las Ind.;* Herrera, *Décadas.*

de modo que no le era posible moverse, comer, dormir, hablar ni estar tranquila sin que ellos se lo mandasen. Observaban, para merecer el don de magia, rigidísimos ayunos y mortificábanse con acerbas penitencias corporales, absteniéndose entretanto de todo género de baños ó lavatorios. Vivían desnudos y solitarios en lugares lóbregos, fríos y apartados. No probaban otro alimento que el maíz tostado y el ardiente ají ó pimienta. Andaban desgreñados, largas las uñas, macerado el cuerpo, causando horror á las gentes, hasta que, desfallecidos y enajenados, recibían de la divinidad, que invocaban con sumo recogimiento y fervor, la privilegiada facultad de hacer cosas estupendas ó milagros (1). Como se ve, las prácticas de estos magos no se diferenciaban de las que observaron los discípulos de Zoroastro, de las que siguen hoy los fakires ó santones en el continente asiático, de las que prohijara la Grecia y el Egipto, de las que extendiera en la Península la dominación arábiga.

En una novela de Cervantes (2) figura una Cenotia, nacida y criada en Alhama, ciudad del reino de Granada. Salió Cenotia de su patria, huyendo de la vigilancia de los *mastines veladores del católico rebaño*, esto es, de los inquisidores. Su estirpe es agarena, sus ejercicios los de Zoroastro. «¿Ves, decía, este sol que nos alumbra? Pues, si para señal de lo que puedo, quieres que le quite los rayos y le asombre con nubes, pídemelo; que haré que á esta clari-

(1) El P. Antonio Ruiz de Montoya, *Conquista Espiritual del Paraguay, Paraná, Uruguay y Tape*, y más especialmente, los PP. Lozano y Guevara, *Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán.*

(2) *Pérsiles y Sigismunda.*

dad suceda en un punto escura noche. Ó ya, si quisieres ver temblar la tierra, pelear los vientos, alterarse el mar, encontrarse los montes, bramar las fieras ú otras espantosas señales que nos representen la confusión del caos primero, pídelo; que tú quedarás satisfecho y yo acreditada.»

Los magos que la conquista halló en América tenían no pocos rasgos de semejanza con los que acompañaron á los nuevos pobladores. Los magos advenedizos, como que se encontraron con hermanos de oficio, tomaron de ellos cuanto les pareció convenir á sus designios. Por eso se advierte en los ensalmos y hechizos y en las ceremonias de los magos criollos mucho de indígena mezclado con lo de tradición oriental y europea.

Los aborígenes del Misisipí usaban los propios medios de curar que los del Orinoco, del Amazonas y del Plata. Todos curaban, más ó menos, de la misma manera: imponiendo y pasando las manos á guisa de magnetizadores, soplando, sajando y chupando, operaciones que ejecutaban los curanderos mágicos ó sacerdotes.

Los *boratios* de Venezuela eran sacerdotes que revestían el triple carácter (común á todos los sacerdotes indígenas) de adivino, de hechicero y de médico. Curaban á los enfermos imposibilitados de levantarse de sus hamacas por la gravedad de sus dolencias. Preguntaba el *boratio* al enfermo qué le dolía, y luego si quería sanar, á lo que éste respondía que sí. Preguntábale en seguida si sabía que él lo podía curar, y el enfermo respondía que sí lo sabía. Respondiendo á todo que sí, con persuasión íntima del poder que tenía el *boratio* para dejarlo sano y bueno, empezaba la cura, ya tan favorablemente preparada. Por de contado mandaba el *boratio* que todos los de la casa

ayunasen, permitiéndoles solamente comer un poco de mazamorra de maíz una vez al día, y eso rala. Esto probablemente sería una hábil precaución del curandero, para evitar que, comiendo los demás, cayese el enfermo en la tentación de hacer lo mismo: conocía bien la flaqueza de la condición humana. Cuando le parecía, volvía el *boratio* y preguntaba al enfermo qué es lo que más le dolía ó incomodaba. Si decía que en la cabeza, por ejemplo, aplicábale á ella las manos, cerrándolas y abriéndolas y pasándoselas por encima, como quien junta alguna cosa. Por último, cerrando apretadamente la mano derecha, soplaba en el puño, abríale y decía: *allá irás, mal.* Luego al punto rompía á gritar desaforadamente, atormentando durante dos horas ó más al enfermo. Cuando quedaba ronco de dar tantos y tan feroces alaridos, preguntaba al enfermo si se hallaba mejor. Si respondía que sí, recibía la paga y se iba. Pero si respondía negativamente, se metía con disimulo una espina ú otra cosa aparente en la boca, y, chupando en la parte dolorida, escupía la causa del mal que hacía creer al enfermo tenía en el cuerpo. Si á pesar de todos estos arbitrios, seguía malo el enfermo, el *boratio* se disculpaba con el diablo, echándole la culpa de la ineficacia de sus esfuerzos [1].

Los indios comarcanos de la Florida, en la América del norte, curaban á los enfermos sajando la parte del cuerpo en que éstos sentían el dolor, si era en donde pudieran hacerlo, y chupando al rededor de la sajadura [2]. En esto no

(1) *Historia General y Natural de las Indias* por Gonzalo Fernández de Oviedo. Publicada por la Real Academia de la Historia.
(2) *Naufragios y Jornada á la Florida* de Álvar Núñez Cabeza de Vaca.

se diferenciaban de las demás generaciones indígenas del Nuevo Mundo. Curaban asimismo cauterizando con fuego, y soplando en seguida el cauterio. Luego, con las manos, hacían el ademán de echar afuera ó despedir de ellas el mal que simulaban ó creían haber sacado de la herida. Tampoco en esto había diferencia en lo substancial. Las causas del dolor y de la muerte eran análogas en todas partes. Ni el dolor ni la muerte procedían de causas naturales. El genio del mal introducía en el cuerpo del individuo á quien quería hacer sufrir ó matar, instrumentos punzantes, cortantes ó roedores, ó seres vivientes, que producían el dolor y la muerte. Á veces las causas del dolor son invisibles; pero tienen siempre el mismo origen. Un mago ó hechicero, que tenía comunicación con el genio del mal, á quien invocaba en ocasiones graves para ejercer su ministerio, extraía con la boca ó echaba afuera con las manos las causas materiales ó invisibles de los padecimientos humanos.

Sin duda alguna ha sido general en el mundo, aun en pueblos de cierta cultura, la idea de suponer causante de los males ó enfermedades del hombre á un agente personal que le persigue y mortifica. Los judíos atribuían casi todos sus males al espíritu inmundo. Especialmente las enfermedades más terribles y extraordinarias eran obra del demonio. Por medio de los exorcismos creían ahuyentarle ó librar á los pacientes de su maléfico influjo. Entre muchas gentes selváticas del crbe usan fórmulas, conjuros, ensalmos, cantos, succiones, soplos y estrépito de voces é instrumentos para hacer salir del cuerpo del enfermo los seres que le destruyen enviados por el genio del mal.

El modo más constante, casi el modo ordinario que te-

nían los indígenas de curar las enfermedades en todo el continente americano, ha sido la succión mañosamente ejercida por hechiceros (sus médicos), á fin de extraer por su medio las causas materiales del dolor: un insecto, un gusano, una astillita, una espina. Desde el estrecho de Magallanes, hasta el Orinoco, hase ya visto que le usaban multitud de generaciones. En la América Central y en la del Norte no pocas igualmente le han usado. Usáronle los panameños, los nicaragüenses, los californios, los floridenses [1].

En el lugar donde se hallaba, ó donde creían que se hallaba la dolencia, chupaban. Para facilitar la extracción ó salida de las causas del mal, solían también, antes de proceder á la succión, sajar la piel en el punto en que debían efectuarla. Esto era práctica universal, que estaba en perfecta armonía con el concepto que tenían formado de las causas inmediatas del dolor. Los *chupadores* ó *sajadores* aparecen en las tolderías del guaraní, del chaqueño, del pampa, del patagonés, del fueguino, del araucano; aparecen á las orillas del Orinoco, en las regiones bañadas por el Misisipí; aparecen en las tierras comarcanas al istmo de Panamá.

Actualmente usan el arbitrio de la succión muchas de las generaciones que sobrevivieron á la conquista y población de América, y consérvanse las ceremonias que acompañan á la operación misteriosa, como obra de hechicería que es para los indios. Los chiriguanos, avecindados entre Santa Cruz de la Sierra y Chiquitos (Bolivia) proceden

(1) Véase la *Historia General de América desde sus tiempos más remotos* por D. Francisco Pí y Margall.

del modo siguiente. Fuman en una gran pipa, echando el humo á los enfermos, ó bien les chupan la parte dolorida, presentándoles luego una astillita, una espina, un hueso ó un gusanillo, que de antemano se meten en la boca para hacer creer que los sacaron del cuerpo y que eran la causa de la dolencia[1]. Ésta es la parte de refinada bellaquería que se nota existir en todo hechicero indígena, sea cual sea su estirpe, desde el estrecho de Magallanes hasta las márgenes del Misisipí. Usan además otro medio. El de expulsar con soplos ó ademanes apropiados la causa del mal, cuando es invisible como el espíritu maligno de que procede.

Las causas ordinarias del dolor no son otra cosa, para el hombre de la naturaleza, que objetos materiales que en contacto con el cuerpo lo despedazan y destruyen. Raras veces podrá suceder que una sensación dolorosa no esté enlazada á un cuerpo material que la produzca. Pero el hombre de la naturaleza no desconoce asimismo que las sensaciones dolorosas pueden emanar de causas invisibles é intangibles, como el agente maléfico que las envía. Lo ordinario será, sin embargo, que el diablo dañe al hombre, introduciendo en su cuerpo instrumentos punzantes, cortantes y desgarradores, ó seres animados, que destruyan su organismo: un dardo ó flecha diminuta, un hueso, una espina, una pedrezuela, una astilla, un gusano, un insecto voraz y repugnante. Algunos diablillos, como el *ayacuá*, que era un *gorgojo del campo*[2], estaban armados de arco

(1) *Las Misiones Franciscanas entre los Infieles de Bolivia* por el R. P. Fr. José Cardús.

(2) El P. José Guevara, *Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán.*

y flechas con que asestaban certeros y fáciles tiros á las personas que elegían por víctimas. Cuando esto no bastaba, enfurecidos, se abalanzaban al paciente, mordiéndolo y arañándolo con tal saña, que dejaban clavadas en él uñas y dientes. De ahí que el chupador, ora fuese el *payé* de los guaraníes ó el *machí* de los pampas, hechiceros que tenían pacto con sus respectivos *añanga* y *gualicho*, aparentasen sacar de la boca, después de la succión, los gusanos, insectos, astillitas, flechillas, uñitas, espinas, huesecillos ó dientecitos que el enfermo tenía en el cuerpo.

Un historiador moderno (1), tomando como resultado de la observación de las causas y de los efectos en el orden natural las prácticas engañosas de los hechiceros, ha llegado á suponer cierto género de conocimientos terapéuticos en los aborígenes del Uruguay. Pondera las *dotes culminantes de la raza* que poblaba las comarcas uruguayas, de la que hace un retrato moral muy hermoso. Con tal motivo asevera que los indios á que se alude conocían el uso de la *ventosa* (sic): *chupaban con fuerza* la parte dolorida del cuerpo, hasta conseguir la *inflamación cutánea.* De donde resulta que la chupadura tenía por fin hacer afluir los humores á la superficie del cuerpo, ó bien efectuar una revulsión, como sucede con las ventosas que aplica la medicina. Tal idea supondría, con efecto, en los charrúas bastante buen criterio y algún estudio de la naturaleza. Pero lo que hacían los charrúas, como todas las demás parcialidades indígenas del Río de la Plata, era aparentar que extraían del cuerpo del paciente el maleficio que había

(1) D. Francisco Bauzá en su *Historia de la Dominación Española en el Uruguay* (2.ª ed.).

introducido *añanga* ó *gualicho;* para lo cual los médicos ó hechiceros *(machíes, payés)*, que en realidad de verdad eran unos grandes bellacos, llevaban disimuladamente en la boca, debajo de la lengua, como queda indicado, los gusanos, espinas ó huesos que después de la succión mostraban con aparato y farsas al enfermo y circunstantes[1]. Chupaban *con fuerza* precisamente para hacer creer que trabajaban con afán por extraer el objeto ó ser maléfico introducido por el diablo en el cuerpo del paciente, donde se había prendido, digámoslo así, con uñas y dientes. Uno de estos médicos dejó tuerta á la mujer del cacique Lincón, de tanto chuparle un ojo que tenía inflamado[2].

Supone asimismo el historiador impugnado que las mujeres de los indios iban á parir al río, inducidas de una idea que tuvieran formada acerca de los beneficios del agua, que aplicaban, junto con las *fricciones,* como *método terapéutico,* á todas las enfermedades en ambos sexos[3]. Los charrúas fueron poseedores, según esta aserción, de un método hidropático. ¿Qué dato histórico ó qué deducción invocara el autor en su apoyo, si hubiese de abonar lo

(1) Ruiz de Montoya, *Conquista Espiritual del Paraguay, Paraná, Uruguay y Tape.* Lozano, Guevara, *Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán.*

(2) *Diario de la Expedición contra los Indios Tegüelches* por el Capitán D. Juan Antonio Hernández (1770), en la *Colección de Obras y Documentos del Río de la Plata* por D. Pedro de Ángelis.

(3) El Sr. Bauzá se expresa así: «En el acto de alumbrar, echábase al agua la recién parida con su cría y después de esta operación la frotaba y calentaba contra su seno, mientras otras mujeres la friccionaban á ella. Este método terapéutico de las fricciones y los baños era la principal medicación que conocían, aplicándola á toda enfermedad en cualquiera de los dos sexos.» *(Hist. de la Domin. Esp. en el Urug.)*

que afirma? ¡Imposible tarea! Lo que á las claras le condujo á suponer que los charrúas usaban, por sistema curativo, el agua y las fricciones, ha sido el hecho conocido de ir á parir á la orilla de un arroyo ó laguna las chinas silvestres, como acostumbran aún hacerlo en la Patagonia y el Chaco. Después de parir, se lavan ó las lava su acompañante, si le tienen. Si no, ellas solas se despachan sin dificultad.

El modo de parir de las charrúas hanlo tenido, no solamente todos los salvajes del Río de la Plata, sino los del Brasil y probablemente los de otras regiones de América. Pónense en cuclillas las parturientes en la orilla de un río ó de una laguna: paren: se lavan ellas y lavan á la criatura. Luego se vuelven á sus casas tan serenas como si nada les hubiera pasado. Eso de *echarse al agua con su cría,* parece demasiado arrojo. Los *baños* y *fricciones* á fuer de *medio terapéutico,* y aplicados á toda clase de enfermedades, estuvieron muy lejos de conocerlos y de usarlos ni los charrúas ni otra generación alguna indígena. Pero no es de extrañar que creyese ver sistemas curativos más ó menos semejantes ó algo parecidos á los que hoy conocen los pueblos civilizados, quien en la historia del Uruguay presenta contrarrestándose *dos civilizaciones:* la *europea* y la *charrúa* (!). Un estado de civilización arguye la existencia de una sociedad que, habiendo salido del natural ó salvaje, adquiere y posee nociones, costumbres y usos fundados en la ordenada aplicación del entendimiento á la observación de la naturaleza y al estudio de las necesidades del hombre. En tal situación, no fuera mucho que los primitivos ocupantes del Uruguay conocieran y aplicaran metódicamente los benéficos efectos del agua, de las fricciones y de las ventosas en determinadas dolencias.

Pero la realidad histórica no admite semejante supuesto.

Magos, que reunían los atributos de sacerdote, médico y hechicero: que invocaban al demonio, haciendo ayunos y penitencias rigurosas para merecer que se les presentase y respondiese y comunicase el don de adivinar y curar las dolencias humanas y sujetar á su albedrío el poder de los elementos, aparecen acá y acullá entre las diversas generaciones indígenas que poblaban el Nuevo Mundo. Y aparecen curando de un modo casi uniforme, como que todos ellos atribuían el dolor y la muerte á causas en substancia idénticas. Usaban algunos de yerbas, de cauterios de fuego, etc.; pero siempre acompañados de aparatos y visajes y gritos ó del hablar entre dientes. Unos lo hacían soplando la parte enferma ó dolorida y pasando á corta distancia de ella las manos con ademán de arrastrar y echar afuera alguna substancia impalpable, como los magnetizadores de nuestros días: otros sajando y chupando; y otros chupando solamente, y fingiendo que sacaban del cuerpo doliente la causa del mal, que consistía en algún instrumento cortante, punzante ó roedor, introducidos en él por entes análogos al *ayacuá* de los lules y al *gualicho* de los pampas[1].

Los pampas y pegüenches tenían, aparte de los procedimientos mágicos, sus yerbas que la Pampa y sierras de los Andes les ofrecían, y hasta sus compuestos medicinales. Usaban, con efecto, una bebida, que, por lo calmante, haría sin duda las veces de un te de malvas. Componíase

(1) Oviedo, *Hist. Gen. y Nat. de las Ind.;* Las Casas, *Hist. de las Ind.;* Herrera, *Décad. de Ind.;* Torquemada, *Monarquía Indiana;* Cabeza de Vaca, *Jornada á la Florida*, etc.

de pólvora, jabón y piedra lipis ó vitriolo (sulfato de cobre), disueltos en agua. ¿Qué *gualicho* resistiría la acción urente de este fármaco? Si por fortuna se hallaba aquél al alcance de la mano, como en una llaga, de seguro no se les escapaba: metían en la llaga un puñado de pólvora: ó curarse, ó reventar. Ya se deja ver que tales procedimientos son modificaciones que los indios introdujeron en el arte de curar después de la conquista. Tampoco desconocieron la cirugía, y, por ende, la anatomía y la fisiología. Así, por ejemplo, si la enfermedad era interior, abrían el vacío del paciente, cortaban un pedazo de entraña y se lo hacían tragar. Pero lo que da más envidia es ver á un enfermo, debajo de un toldo de mantas ó ponchos, ya moribundo, rodeado de mujeres y hombres que por medios ejecutivos y con infernal ruido de cascabeles y voces estentóreas intentan ahuyentar á las deidades adversas (*gualichos* de otras generaciones ó de hechiceros enemigos) que introdujeron el mal, entretanto que el ó la médica se esfuerza por extraerlo, chupando la parte dolorida. El paciente contempla resignado esta baraúnda y aguanta el baqueteo, hasta que, vivo ó muerto, sale de su cobertizo (1). Si no lo aguanta, y

(1) *Descripción de la Patagonia*, diario de D. Antonio de Viedma (1780), en la *Colecc.* Ángelis. *Expedición á los Tegüelches*, diario de D. Juan Ant. Hernández, en la misma *Colecc.* He aquí cómo describe la ceremonia de la expulsión del gualicho, en la viruela negra, un exacto narrador:

Allí soporta el paciente
Las terribles curaciones;
Pues, á golpes y estrujones,
Con los remedios aquellos,
Lo agarran de los cabellos
Y le arrancan los mechones.

Hácenle mil herejías,
Que el presenciarlas da horror:

en su desesperación, huyendo, aplastado por la fiebre, cae al suelo, allí le ultiman á lanzadas. Á patadas y puñetazos, que por de contado recibe el paciente, echan de su cuerpo al maligno espíritu los indios de Tierra del Fuego [1].

Brama el indio de dolor,
Por los tormentos que pasa;
Y, untándolo todo en grasa,
Lo ponen á hervir al sol.

Y, puesto allí boca arriba,
Al rededor le hacen fuego.
Una china viene luego,
Y al oído le da gritos.
Hay algunos tan malditos,
Que sanan con este juego.

(*La Vuelta de Martín Fierro* por D. José Hernández.)

(1) "Cuando un indio (refiérese á los onas de la Tierra del Fuego), hombre ó mujer, viejo ó joven, grande ó chico, se halla enfermo, se llama al médico, el cual hace colocar al enfermo á sus pies y después de repetidas fricciones en la parte dolorida, si ésta es, por ejemplo, el vientre, se pone encima de pie ó de rodillas y lo pisotea hasta más no poder. Cuando la parte enferma es la cabeza, las espaldas ó el hombro, etc., entonces se cambia de procedimiento, reemplazando los pisotones con tremendos puñetazos, que el enfermo recibe con dulce resignación, pues los juzgan tan necesarios, que, si no pudieran recibirlos, les parecería faltarles el mundo entero. Es verdad que muchas veces la impaciencia del alma por abandonar el cuerpo la obliga á marcharse antes de que la operación termine; mas esto no es suficiente para que ellos cambien de sistema. Estas operaciones van generalmente acompañadas de gritos, imprecaciones, amenazas, gestos y contorsiones ridículas para obligar al espíritu maligno á huir; pues, según ellos, vive en el cuerpo del enfermo. De esto he sido yo mismo testigo, no una sino muchas veces al día, pues á esta operación se sujetan los enfermos, no sólo todos los días, sino varias veces durante él; y sino siempre, con frecuencia he logrado impedir ó aminorar tan bárbaros procedimientos. Como á jefe de la Misión se me presentan con frecuencia enfermos para que los opere á su manera; mas yo me contento con hacer el signo de la cruz sobre la parte dolorida, y les despido aconsejándoles la templanza, á cuya casi absoluta falta debe atribuirse la mayor parte de sus dolencias." (D. José María Beauvoir, Presbítero, carta á su superior, datada en Río Grande (Misión de la Candelaria de la Tierra del Fuego) en el mes de octubre de 1895 y publicada en el *Boletín Salesiano:* Buenos Aires.)

Los araucanos tenían, de la propia manera que los pampas, sus *machíes* ó *maches*, encantadores y hechiceros que ejercían el arte de curar por medios supersticiosos, como que atribuían á *Huecuvú* ó *Pillán* la causa de sus dolencias. Entre ellos había una clase á que daban el nombre de *hueyes* (nefandos), que llevaban por vestido una camiseta y un delantal llamado *puno*, al modo de las mujeres. Usaban el cabello largo y suelto, y las uñas crecidas. Las ceremonias en el acto de curar eran semejantes más ó menos á las de todos los pueblos salvajes del Nuevo Mundo. No había de faltar, siendo posible, una rama de su reverenciado canelo, valiéndose asimismo de la succión para extraer de la parte enferma el objeto destructor de la existencia que en él había introducido *Pillán*[1].

Con palabras y acciones supersticiosas, precedidas de algún sacrificio y suertes, curaban los médicos del Perú, á quienes daban los nombres de *camascà* y *soncoyoc*. Los sacrificios se hacían en obsequio de la persona que decían habérseles aparecido en sueños y dádoles la facultad y los medios de curar las enfermedades[2].

---

(1) D. Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, *Cautiverio Feliz*, y otros.

(2) El P. Bernabé Cobo, *Historia del Nuevo Mundo*.

CAPÍTULO VI.

Condición moral del campesino rioplatense.

SUMARIO.—Supersticiones y magia en la península ibérica.—Predominio de la tradición gentílica.—Religiosidad del campesino rioplatense.—El *paisano*, ajeno de doctrina.—Influencia jesuítica.—Los párrocos: sus *giras por la campaña*.—Bendición de padres y padrinos.—Uso de escapularios.—Santíguase la comida.—Misas por las *almas de los desiertos*.—Velación de cruces.—Cruces en los caminos y en medio del campo, en *pasos* y *picadas*.—*Velorios*.—Negros, pardos, indios, mulatos, mestizos y blancos.

Aunque el grado de credulidad de las diversas castas varía, el cúmulo de ideas supersticiosas que poseen es idéntico: su origen casi totalmente europeo. Las supersticiones indígenas eran, en su mayor parte, idénticas ó muy parecidas á las de los nuevos pobladores, á las que Europa entera conoce, á las muy antiguas del Oriente. Respecto de las de España, que trasladó á América la conquista, cumple recordar que los godos, además de las suyas propias, recibieron las tradicionales del gentilismo que hallaron en la Península. Judíos y árabes introdujeron, bajo nuevas formas, casi todas las mismas supersticiones orientales que griegos y romanos habían aceptado siglos antes. Don Alonso X de Castilla, por sobrenombre el Sabio, reune en torno suyo á los maestros hebreos y árabes, que desde las

escuelas de Toledo, como ya antes lo hicieran las de Córdoba y Granada, irradiaban libremente en la Península, entre la población cristiana, los brillantes resplandores de la ciencia del Oriente, hermanada por tales medios á la entonces no superior del Occidente. De ahí nació que en una ú otra ocasión y circunstancias aparecieran el *Libro del Tesoro* (atribuído al Rey Sabio, y que se supone obra posterior á su época), que trata de la piedra filosofal ó transmutación de los metales en oro [1], la *Astrología Judiciaria* compuesta en arábigo y trasladada al castellano por el físico (médico) Rabí Yeuda Mosca, la *Fasçinología ó Aojamiento* por D. Enrique de Villena [2], el *Tractado del Adevinar et del Arte Mágica* por Fray Lope de Barrientos, y otros escritos de plumas doctas, tocantes á diversas ramas de la hoy tan favorecida *ciencia oculta* [3].

(1) Comienza así:

Llegada la fama á los mis oídos
Que en tierra de Egipto un sabio vivía
Con tanto saber, que facer podía
Presentes los casos que no eran venidos....

Insertóle D. José Amador de los Ríos en el tomo 3.º de su *Historia Crítica de la Literatura Española.*

(2) Con el título de *Tractado de la Fascinación ó Aojamiento* aparece este mismo libro, en un códice, como obra de Fernando de Rojas, año de 1460. (*Historia de la Literatura Española* por G. Ticknor, trad. por D. Pascual de Gayangos y D. Enrique de Vedia, *Adiciones* de los traduct.)

(3) La biblioteca de D. Enrique de Villena fué mandada examinar por D. Juan II, encomendándose la tarea á Fray Lope de Barrientos, que echó al fuego cuantos libros le parecieron infectos de magia y hechicería. Corría valido que D. Enrique obraba maravillas: que embermejecía el sol, adivinaba lo porvenir, ocultábase á la vista común, congelaba el mercurio, hacía tronar y llover, condensar el aire en forma de esfera, etc. Atribuíasele esta visión: Hermes, sobre un pavón, llevando una pluma, una tabla con figuras geométricas y una

En la materia de que se trata, del propio modo que en punto á costumbres y á lenguaje, predominó, entre la de todas las naciones que por más ó menos tiempo se posesionaron de la Península, la influencia latina. De tal manera predominó, que en los conjuros frecuentemente camparon por su respeto las divinidades gentílicas. El conjuro que Fernando de Rojas pone en boca de la madre Celestina, cuando toma ésta sobre sí la tarea de forzar la voluntad de Melibea á que amase á Calixto, da una elocuente idea de los que ordinariamente usaron los hechiceros. «¡Conjúrote, triste Plutón, decía, señor de la profundidad infernal, emperador de la corte dañada, capitán soberbio de los condenados ángeles...., regidor de las tres furias Tesífone, Megera y Aleto, administrador de todas las cosas negras del reino de Estigie y Dite...., mantenedor de las volantes arpías, con toda la otra compañía de espantables y pavorosas hidras!.... Yo, Celestina, tu más conocida cliéntula, te conjuro por la virtud y fuerza de estas bermejas letras, por la sangre de aquella nocturna ave con que están escritas, por la gravedad de aquestos nombres y signos que en este papel se contienen, por la áspera ponzoña de las víboras de que este aceite fué hecho, con el cual unto este hilado, vengas sin tardanza á

llave, condúcele por una floresta á la ciudad de las artes y de las ciencias. Transfigúrase Hermes de varias maneras, hasta que, convertido en nube, llega á un tabernáculo, en que hay una arqueta con varias inscripciones: *alternación, digestión, corrupción, generación; cuerpo, ánima, espíritu; rubificación, putrificación, disolución, aumentación, congelación, purgación y formación;* en las cuales están como cifradas todas las operaciones que producen la transmutación de los metales. *(Historia Crítica de la Literatura Española* por D. José Amador de los Ríos.)

obedecer mi voluntad: en ello te envuelvas y con ello estés sin un momento te partir, hasta que Melibea, con aparejada oportunidad que haya, lo compre, y con ello de tal manera quede enredada, que cuanto más lo mirare, tanto más su corazón se ablande á conceder mi petición, y se le abras y lastimes del crudo y fuerte amor de Calixto.... Y esto hecho, pide y demanda de mí á tu voluntad. Si no lo haces con presto movimiento, ternasme por capital enemiga: heriré con luz tus cárceles tristes y escuras, acusaré cruelmente tus continuas mentiras, apremiaré con mis ásperas palabras tu horrible nombre.... Y otra y otra vez te conjuro. Así, confiando en mi mucho poder, me parto para allá con mi hilado, donde creo te llevo ya envuelto.» [1] Cristo y Satanás, ángeles y demonios, santos y deidades, cosas sagradas y cosas profanas, todo mezclado y confundido, entraban á constituir los conjuros que el hechicero de Europa y el de América usaron. El de América introdujo además deidades y cosas indígenas, á que atribuía poder y virtudes sobrenaturales. No se hallan en el mismo caso las fórmulas ó palabras que usa el mago. Éstas encierran generalmente una bendición, una maldición, una plegaria, acomodadas á las creencias del que las profiere y del que recibe el beneficio. Las cuevas encantadas muestran paladinamente la tradición oriental, y los cerros bravos descubren al hombre primitivo en presencia de las fuerzas naturales personificadas.

La poderosa influencia de las ideas por el cristianismo informadas, ni la coacción ejercida por las autoridades

(1) *La Celestina ó Tragicomedia de Calixto y Melibea* por el Bachiller Fernando de Rojas (siglo XV).

civil y eclesiástica, fueron parte á desterrar las infinitas aprensiones que, originarias de diversas gentes, se apoderaron del espíritu y del ánimo de los pueblos meridionales de Europa. Conserváronlas éstos hasta el día de hoy, especialmente en los campos ó regiones apartadas de los centros de cultura intelectual y social, que tampoco se hallan exentos de su contagio. Lo propio ha sucedido en el Nuevo Mundo. En sus vastas y casi desiertas campañas penetran harto débilmente los rayos de la lumbre intelectual que disipa las tinieblas de la ignorancia.

El *paisano*, ú hombre del campo, en punto á religión, vive ayuno de toda doctrina. Pero guarda en su alma, aunque enturbiado con supersticiones diversas, un espíritu de religiosidad que le dispone á recibir con fruto la simiente del Evangelio. La población mestiza, que forma la masa de la población del Río de la Plata, cuyos antepasados fueron adoctrinados por los jesuítas, es la más apta para ello. Concurrió á formarla, en las regiones bañadas por las vertientes de los ríos Paraguay, Paraná y Uruguay, la raza guaraní. Redujéronse los guaraníes, excepto algunas parcialidades excesivamente bravas é indomables, al celo heroico de los jesuítas, que supieron avasallarlos ante el símbolo de la fe. Tan hondas raíces echó ésta en su ánimo, que no podrá borrarse de él *hasta el desaparecimiento del último individuo genuino de la raza*[1].

El paisano es religioso, ó más bien dicho, se considera católico, por razón del bautismo y por tradición; pero no

(1) *A Celebração da Paixão de Jesus Christo entre os Guaranys* por D. José Joaquín Machado de Oliveira. *(Revista do Instituto Historico e Geographico Brasileiro.)*

porque conozca ó porque practique los deberes que impone la Iglesia á todo cristiano ortodoxo. Las parroquias están en las ciudades, villas y pueblos. En el Río de la Plata no hay aldeas. Los campesinos viven unos de otros á largas distancias, y de la parroquia quedan á diez, veinte, cuarenta ó sesenta leguas. Donde hay casas ó establecimientos algo próximos, á pedido de los vecinos suele fundarse una escuela, á la que asisten los niños de todas edades, andando para ello diariamente á caballo unas cuantas leguas. Poca ó ninguna religión se enseña en tales escuelas á la niñez, y eso si un maestro poco considerado no la induce á irreverencias con la palabra y el ejemplo. Los párrocos ó sus tenientes, acompañados de un sacristán, salen á caballo todos los años, después de la zafra (venta de lanas, ganados, etc.), á hacer lo que llaman *giras por la campaña,* cuyo objeto exclusivo es bautizar, en rueda á veces, apresuradamente, en las casas de negocio ó *pulperías,* donde se detienen un par de días al intento. Cobran por cada bautismo, por lo regular, una esterlina á todo el que más ó menos buenamente puede pagarla. No todos los sacerdotes tienen y practican la virtud de la caridad y de la mansedumbre. Algunos, no raros, son bruscos y despóticos, é inexorables en lo que toca á sus intereses. Milagro es que, con una carencia absoluta de doctrina y con tales ejemplos, no haya perdido enteramente la fe el habitante de las vastas regiones que tributan al Plata[1].

(1) La religión es la nave de la Iglesia, y navega entre dos escollos: la superstición y la impiedad. Hacia el de la superstición es tan resbaladizo el vulgo, que para no estrellarse en él, se necesita una extrema vigilancia por parte de los que rigen la nave. (Feijoo, *Cartas Eruditas.)*

Véase, con todo eso, lo que pasa en una estancia. Al romper el alba, anda ya el mate en manos de los peones y llega á las del patrón, no el último en levantarse, tan luego como aparece en la delantera de la casa ó se sienta debajo de la ramada. Á su presencia acuden, uno tras otro, sus hijos, chicos y grandes, y sus numerosos ahijados, quienes, con las manos cruzadas, le piden la bendición. El padre ó padrino la otorga con esta fórmula consagrada: *Dios te dé su gracia.* Lo propio hace con sus hijos y ahijados el último de los peones, sea blanco, indio ó negro, y las madres ó madrinas. Á la fórmula *Dios te dé su gracia,* suelen sustituir otros, especialmente en las ciudades, la de *Dios te haga bueno, una santa,* etc. « Al elevar su mano para bendecir, dice sublimemente un ilustre prelado, tienen conciencia de que ejercen una función divina, y los hijos veneran, en el padre que bendice, á Dios, que desde los cielos ratifica lo hecho. »(1)

Raro será el paisano que no lleve un escapulario, por lo regular, de la virgen del Carmen, que le valdrá en las ocasiones. ¡Cuántas balas, por su favor, han dejado de penetrar en el pecho á que iban enderezadas! En el último trance de la vida y en los peligros no deja el paisano de encomendarse á Dios y de invocar la protección de la virgen ó de algún santo de su particular devoción(2).

(1) El Cardenal Monescillo y Viso, *Letras Divinas y Humanas,* Cap. *Costumbres americanas.*

(2)

Como á perro cimarrón,
Me rodearon entre tantos:
Yo me encomendé á los santos,
Y eché mano á mi *facón.*

(*El Gaúcho Martín Fierro* por D. José Hernández.)

Yo le dije: si me salva
La virgen en este apuro,

Con el primer pedazo de carne que echó á la olla, el paisano ha solido hacer, acompañada de la correspondiente invocación, la señal de la cruz. Comida santiguada, libre de maleficio. Se la santiguó, *para que el diablo no echase pelos en la comida.* Multitud de prácticas y de expresiones por el estilo descubren con frecuencia el espíritu de tradicional religiosidad mezclada de supersticiosas aprensiones, con que procede en casi todos los actos de su vida el campesino rioplatense.

El paisano consagra su piedad, no solamente á rogar por los suyos y por las almas de aquellos que en vida conociera, sino también por los desventurados que perecieron trágicamente en los campos de batalla, en las arriesgadas expediciones contra los indios, en las penosas travesías de las desiertas pampas. De tarde en tarde acude á la parroquia de su lugar y encomienda al cura una misa por las *almas de los desiertos*[1]. Rézala con profundo recogimiento y confía en la misericordia del todopoderoso.

La *velación de una cruz* es otra de las prácticas piadosas de la gente campesina. Pide al cura párroco que le bendiga la cruz. Una vez bendita, la vela durante una ó

En adelante le juro
Ser más bueno que una malva.

(Ídem, ídem.)

Hay no más *me lo afirmé*,
Diciéndole: *Dios te asista*,
Y de un revés lo *voltié*.

(Ídem, ídem.)

Hay, por: ahí. *Me lo afirmé:* lo aseguré. *Lo voltié:* lo volteé, lo derribé.

(1) Llamó la atención esta costumbre al ilustre cardenal Monescillo en su preciosa obra, ya citada, *Letras Divinas y Humanas.*

más noches, en casa de uno de los vecinos, con luces y oraciones fervientes de hombres, mujeres y niños. Velada la cruz, se la conduce en procesión al sitio en que se halla enterrado el difunto, plantándola con toda solemnidad junto á la sepultura, del lado de la cabecera.

No siempre la cruz arguye la existencia de un enterramiento. Á veces no indica otra cosa sino que en el lugar donde se halla plantada (en un camino ó en medio del campo) murió repentina ó trágicamente un cristiano. Aunque le lleven á enterrar al campo santo, plantan una cruz bendita y velada, ó no velada, en el punto en que exhaló el último suspiro. Allí el alma se desprendió de su envoltura, que es el cuerpo material y *perecedero* (en sentido religioso). Allí el finado, al morir, debió de haber puesto su corazón en la víctima del Calvario.

En los *pasos* y *picadas* de los arroyos suelen morir ahogados el jinete y la cabalgadura. La corriente arrastró aguas abajo al muerto. Pues en el árbol más próximo á la catástrofe, si el arroyo tiene monte, se coloca una cruz bendita, ante la cual el viandante rogará por el alma del ahogado.

Velación y sepultura del cuerpo del difunto son dos solemnidades que, en pudiendo, ningún cristiano omite. La velación de un difunto que está de cuerpo presente, lleva el nombre de *velorio* entre la gente vulgar, en sentido familiar entre la gente culta. En sentido figurado se llama *velorio* á lo que es de imposible ó dudosa realización, y que sin embargo se ofrece ó se le quiere presentar como lisonjero. También en sentido figurado y burlesco dícese que ha sido un *velorio* una tertulia desanimada ó á la que ha asistido poca gente. Lo propio dícese de cualquier otro género de reuniones que no han estado como era de espe-

rarse, dada su naturaleza. Mas no toda clase de velorios son *velorio;* pues los hay harto animados y estrepitosos, que el ínfimo vulgo suele dedicar á la muerte de los párvulos. Reunidos en la casa mortuoria hombres y mujeres, deudos, amigos y convidados, entre los cuales nunca han de faltar soldados, chinas y toda laya de gente alegre, se entretienen durante la noche en cantar y bailar y en diversos juegos de prendas, como *las aves nocturnas, el pulpero, la cortina de amor,* tan significativos, sin dejar de la mano el cigarro, el mate y la copa de aguardiente ó *caña,* excitantes de marca y muy á propósito para avivar más y más el fuego encendido con el roce continuo de multitud de cuerpos desigualmente cargados de electricidades de ambos géneros (positivo y negativo), que ora se atraen, ora se neutralizan y ora se repelen. Movidos de tales estímulos, no es de extrañar que termine la fiesta, como sucede frecuentemente, con tormenta de rayos y truenos: palos y trompadas y tajos, amenazas, gritos, lamentaciones. Tal es el coro de danza y canto que acompaña al recién fallecido angelito en su dichosa ascensión á la celestial morada de los inocentes. La verdad es que el término *velorio* tiene un olor á *pulpería,* que trasciende hasta la médula de los huesos. Decir *velorio* es casi decir *bochinche,* ó jarana, con escándalo y pendencias.

El *velorio* de un ángel solía durar dos, cuatro, seis ó más días; pues los vecinos y amigos solicitaban de los padres ó deudos el cuerpo de la criatura para celebrar en su casa la bienhadada fiesta. Andaba á ese intento el cadáver putrefacto de casa en casa, dando motivo á que la juventud se divirtiese, jugando, bailando, chacoteando, comiendo y bebiendo. Ceñía el cuerpecito del ángel y colgaba de él, una

cinta roja ó azul, por lo regular, que tenía unas cuantas varas de largo y en la cual hacía un nudo cada uno de los concurrentes, á la cuenta para que llevase de ellos al cielo un recuerdo de los que tan bien le querían y quedaban, menos felices, en este valle de lágrimas.

La gente más supersticiosa, entre el vulgo que puebla las comarcas platenses, son los negros, zambos ó *pardos,* indios y mulatos; no tanto los mestizos; poco ó nada los blancos. Menor, mucho menor, es en el campo ó *campaña* el número de blancos que el conjunto de aquellas castas, entre las que predominó el *mestizo* ó *indio.* Es de advertir que *indio* se llama indistintamente al verdadero indio (silvestre ó civilizado) y al mestizo. Basta que un individuo ostente sangre del indio en sus venas, para que le llamen y se llame él mismo indio sin el menor empacho: ni lo tienen á gala ni á mengua. Á las mujeres, sean indias puras (salvajes ó cristianas), sean mestizas, se les llama comúnmente *chinas.* Eso de *chinas* no tiene que ver nada, ni aun figuradamente, como pudiera presumirse, con las cosas de aquel gran imperio del Asia dogmatizado por Confucio. Es cosa de los Incas, en cuyos dominios las vírgenes escogidas que en los templos del sol tenían á cargo, entre otros ministerios, conservar el fuego sagrado á semejanza de las vestales de la gentilidad griega y romana, llevaban el nombre de *chinas* (criadas ó siervas) de la luz del día. *Chinas,* asimismo, llamábanse otras mujeres sujetas á determinados servicios en los templos del Inca. De ahí dimanó que los españoles llamasen al principio en el Perú *chinas* á las indias jóvenes y solteras que servían en los conventos de monjas; después á las indias y mestizas que servían en las casas de familia; y por último, como su-

cede al presente, no sólo á toda mestiza y á toda india incorporada á la masa social, sino también á las indias que moran salvajes en pampas ó en arcabucos. Los que llaman, pues, *chinos* á los indios y á los mestizos, no limitando á las mujeres esta calificación, se expresan con chocante impropiedad; pues jamás se ha aplicado, ni podido aplicarse históricamente, ni se aplica entre el elemento nacional castizo de las comarcas platenses, semejante vocablo al hombre. El paisano que oyese llamar de ese modo al indio ó mestizo, difícilmente contendría la risa.

Negros, pardos, indios, mulatos, mestizos y blancos: tal es el orden descendente que sigue el achaque de la credulidad en el hombre. No por eso ha de creerse que el rico caudal de aprensiones que el campesino rioplatense almacena en su memoria proceda del negro ó del indio. Nada menos que eso. El origen de ellas, en su mayor parte, en su casi totalidad, es europeo. Á toda la *gente de color* ha cobijado debajo del mismo manto el tejido de las leyes divinas y humanas que el Viejo Mundo introdujo en el Nuevo. Sólo que unas castas han conservado más pertinazmente que otras las trazas que el paganismo había dejado de sus errores en la masa del pueblo cristiano.

CAPÍTULO VII.

Preocupaciones acerca del cabello y la barba entre indios y cristianos.

SUMARIO.—Guerras de frontera.—Exterminio del indio.—Indios y cristianos: se odian á muerte.—Concepto que el indio forma del cristiano: es, para él, el diablo.—Concepto que el cristiano forma del indio: *no tiene cruz en el mate.*—Matanza de indios.—Genio feroz de la guerra.—Greñas del indio.—Cabellera de las chinas. —Vestimenta de las chinas.—Baños invernales en obsequio del Bautista.—Ofrendas culinarias á los muertos.—Barba del paisano. —Trenzas de la paisana.—Castigo de la mujer inconstante.—Cabellera y honor femenil de la antigua España.—Cabello y barba entre griegos y romanos, en Europa toda, en el Oriente.

Sorprender toldos, matar indios, tomarles la chusma y rescatar cautivos: he ahí el modo con que fueron concebidas y ejecutadas las expediciones á los indios, después de la caída de Rosas, que mantuvo paces con ellos largo tiempo[1]. Como este género de guerra y defensa no mejoraba en nada la situación de cosas; antes, exacerbándose

(1) *Memoria* presentada al Congreso Nacional el 1.º de agosto de 1877 por el Ministro de la Guerra Dr. D. Valentín Alsina. Las palabras de letra cursiva son textuales.

más y más el rencor de los salvajes, recrudecía el daño con mayores y más frecuentes venganzas. Para remediarlo en parte, ideóse construir un foso y paredón en la dilatadísima línea de frontera del sur de Buenos Aires. De ese modo, á semejanza de la gran muralla de la China, el ancho foso y paredón, guarnecido por los fortines, contendrían las irrupciones de los bárbaros de la Pampa. Aun no se había terminado el foso (que hubiera debido cruzar próximamente, para sus fines efectivos, un espacio de doscientas leguas), cuando la audacia de los indios demostró su ineficacia. La desolación iba en aumento, y fué necesario acabar con los indios: destruir para siempre sus tolderías; acuchillarlos; cautivar sus familias; arrojar sus restos destrozados al otro lado de la Cordillera y cerrarles la entrada de tal suerte, que jamás volviesen á hollar la tierra que durante tantos años regaran de sangre cristiana [1]. Por entonces ya el odio y furor entre cristianos é indios rayaba en delirio. *Huinca* (que equivale á extranjero), *cristiano* y enemigo mortal, eran, para el indio, una misma cosa. Los mismos odios suscitaron los cristianos entre los indios del Chaco, en los que se ejecutaron matanzas injustificables, no pocas por medios alevosos. Á la postre unos y otros indios, crudamente perseguidos, llegaron á persuadirse de que el cristiano es una especie de salvaje propagado para su daño por el espíritu del mal, y que sólo por excepción puede hallarse un hombre blanco que no sea

(1) D. Estanislao S. Zeballos, *La Conquista de Quince Mil Leguas*, y otras obras del mismo autor sobre la Pampa.

El General D. Lucio V. Mansilla, mal avenido con el exterminio, parece dar á entender que los indios eran malos, porque no se ha sabido ó no se ha querido hacerlos buenos. (*Una Excursión á los Indios Ranqueles.*)

pérfido, cruel, ladrón, traidor, asesino, poseedor en suma de cuanta disposición ó tendencia maligna es capaz de abrigar la criatura humana [1].

El cristiano, á su vez, encendidas sus pasiones con la guerra cruel y asaltos desoladores del indio embravecido, le miraba con igual ó peor repugnancia que á una fiera sanguinaria de los bosques intertropicales. Ha llegado hasta nuestros días la calificación de *bárbaros, salvajes, bravos* é *infieles* que se ha dado siempre á los indios, cosa que no tiene nada de singular ni de chocante, pues lo eran en realidad. Pero en los últimos tiempos llegó á ser proverbial entre los cristianos la idea ó preocupación de que los indios bravos *no tienen cruz en el mate.* El género de vida que lleva el indio salvaje, á la intemperie, sujetas las greñas con una bincha, sin nada que preserve del sol, del agua y del polvo el casco de la cabeza, va desvaneciendo la señal de las articulaciones del cráneo, que en su estado ordinario presentan la forma de una cruz. En sentido familiar se da el nombre de *mate* (voz quichua castellanizada) al casco de la cabeza del hombre, por la semejanza que tiene con una calabaza, cuando carece de cabello. Ahora bien, ha rayado en preocupación el hábito de llamar *cristiano* al hombre civilizado, en oposición al *infiel* ó salvaje. Parece como que diesen á entender que el hombre no bautizado careciese de racionalidad y que, por consecuencia, se le borrase del cráneo el signo de la cruz. *No tiene cruz en el mate* es frase que se usa para significar, en sentido burlesco y despectivo, que el indio salvaje no debe ser tratado con la consideración que merece el hombre. Por

(1) D. Felisberto de Oliveira César, *Viaje al País de los Tobas.*

lo mismo, cuando ha habido que matar, los cristianos, tratándose de indios, han muerto sin piedad ni escrúpulo de conciencia todos los que han podido. La frase proverbial: *parece una matanza de indios,* con la que se representa un disforme cúmulo de objetos oscuros, en pedazos, entre un líquido negro, bien claramente lo dice á la fantasía: muchedumbre de indios ferozmente acuchillados y apiñados sus trozos en un charco de sangre. La ferocidad no tiene patria. El hombre civilizado llega, en ocasiones, á ser esclavo de esta pasión, con tanta vehemencia como el hombre salvaje.

La ferocidad, en el hombre, es un monstruo que nace allí donde se ha vertido mucha sangre de seres humanos: consecuencia natural de la constante ocupación de matar gente en las lides. Críase entre la sangre derramada, y con ella se alimenta, sin saciarse: cuanta más sangre bebe, tanto mayor es su ansiedad por beber sangre. Así el cristiano del siglo décimoctavo, criado en las lides, no fué, en el Río de la Plata, menos feroz que lo fuera el del décimosexto. Si no ha cometido precisamente las mismas atrocidades, no ha sido por falta de disposición para ejecutarlas, sino porque no ha tenido oportunidad de cometer otras semejantes. Odiosísimas acciones, hechos horripilantes imputó á los conquistadores el ardiente celo de Fray Bartolomé de las Casas, quien, más que ningún otro historiador ó cronista de la época, ha servido de fuente á los que modernamente han juzgado la conquista. Mas los ingleses, los franceses, los italianos, los alemanes, los rusos, los norteamericanos, los chilenos, los argentinos, etc., en el siglo actual, en el siglo de la *libertad,* de la *igualdad* y de la *fraternidad,* en el siglo del derecho de gentes, en el si-

glo *humanitario* por excelencia, de las sociedades protectoras de animales, en el siglo de la prensa periódica, de la propaganda política y social, de las luces, del progreso, del telégrafo, del vapor, de las revoluciones populares abortadas por el dolor, hanse manifestado tan feroces, cuando la ocasión se les ha presentado, que hubieran dejado con la boca abierta, atendidas las circunstancias, á los soldados de la conquista. Llevada á efecto por hombres feroces, templados en la dura guerra de los moros, dura y férrea hubo de ser la conquista. Abusos, excesos, atrocidades: tal es la escuela obligada del uso de la fuerza entre los pueblos, del conquistar invadiendo y matando. Los españoles no habían recibido de la naturaleza ningún don ó favor especial y privativo que los constituyese en la obligación de ser más buenos y mejores que el resto de los hombres.

Abusos y excesos de todas clases ha habido en la conquista, desde que desembarcó Colón en las Antillas, hasta que los nuevos poseedores, hispano ó anglo-americanos, se apoderaron de las tierras que ocupaban, ó aun ocupan, los primitivos habitantes del Nuevo Mundo. El indio, para unos y para otros, *no tiene cruz en el mate,* no tiene derechos, no merece ningún género de consideraciones: debe ser exterminado, y lo fué y sigue siéndolo. Los norteamericanos, sobre todo, se singularizaron en el cumplimiento de este designio, y aun hoy, en lo que de él queda por cumplir, se pintan solos para engañar al indio, para perseguirle con ruda inhumanidad, á muerte, para exterminarle y destruirle hasta el punto de no dejar, si es posible, rastro alguno de su existencia en la tierra que enseñorean sin el lustre que da el sacrificio y la misma temeridad de las

acciones ejecutadas por el soldado español en sus empresas civilizadoras por el mundo[1].

Los indios generalmente usaron el pelo largo. Era, para ellos, molesto, á la par que afrentoso, el cortárselo. Así, una de las cosas que distinguen al indio salvaje son las greñas. Los que se cortaron la cabellera fueron pocos; y, entre estos pocos, los más lo hacían, no por gusto, sino por necesidad. Con efecto, muchas parcialidades se cortaban las greñas, para que los españoles no pudiesen prenderse de ellas en las batallas. Los jesuítas consiguieron que sus neófitos se cortasen el pelo; con lo que se distinguían á la distancia los cristianos de los infieles y los hombres de las mujeres. Es sabido que el indio tiene poco ó ningún pelo en la cara.

Las mujeres indígenas reducidas conservaron larga la cabellera. Vestían, entre los guaraníes de las misiones jesuíticas, una camisa talar, ceñida á la cintura con una faja ó *chumbé,* y una túnica llamada *tipoy,* que llegaba hasta los tobillos[2]. Cuando trabajaban en sus huertas ó *chacras,*

(1) La actual guerra de Cuba (1896), alimentada por los Estados Unidos de la América del Norte, que aspiran á la absorción de la productiva isla, demuestra patentemente cuán natural es á la generación hispana el espíritu de expansión civilizadora que con esfuerzo heroico animaba sus empresas en la época de la conquista de América. Desde el eminente hombre de Estado (D. Antonio Cánovas del Castillo), que con graves providencias encamina los sucesos al restablecimiento de la paz entre millares de obstáculos que arredran, hasta el soldado bisoño trasladado á mortífero clima, causan la admiración de las gentes. La concisión del *Mensaje* á las Cortes, en su apertura (el propio año), no ha obstado á que en él se consignaran aquellos levantados propósitos del dominador hispano.

(2) También usaron solamente el *tipoy,* sin cuello ni mangas, ceñido con el *chumbé.*

se quitaban el *tipoy*, y con su larga cabellera tendida, semejante á un velo, parecían de lejos unas religiosas labrando la tierra(1). En la iglesia entraban siempre con el pelo tendido, costumbre que han conservado después que, destruídas las Misiones, se mezclaron con las demás poblaciones cristianas. La víspera del día de San Juan Bautista, después de media noche, iban en procesión al río más inmediato, con la cabellera tendida, y se metían en el agua, bañándose todo el cuerpo, aun cuando ya el frío del invierno no convida á semejantes lavatorios. El santo, que iba delante, era de los primeros en dar el ejemplo. Como sus carnes eran de palo, diría para sus adentros: *ahí me las den todas.* De lo contrario no le hubiera hecho mucha gracia la valentísima devoción de las misioneras en un siglo tan poco ascético como el nuestro. El día de difuntos acudían al campo santo y depositaban sobre los sepulcros toda clase de alimentos: huevos cocidos, gallinas, patos, mandioca, butifarras, queso, etc. Después de los responsos y de los rezos, el sacerdote distribuía santificados entre los mismos fieles concurrentes los comestibles que ofrecieran á los difuntos.

El gaúcho usó la barba entera, no afeitándose nunca. Con el cuchillo solía, empero, recortarla (tomándola de las puntas con la mano izquierda), cuando le estorbaba, por estar demasiado larga. El cabello cubríale las orejas y á veces le llegaba hasta la espalda. No había (ni aun hoy mismo se ve entre los paisanos) un rapado. Eso no lo consentiría en manera alguna. Raparlo hubiera sido tan igno-

(1) Muratori, *Relation des Missions du Paraguay.* París, 1827. *Société Catholique des Bons Livres.*

minioso como si le cortasen las orejas. El sombrero no se lo cala, sino que lo lleva, ó echado sobre la frente con el ala derecha, ó caído hacia un lado, ó descansando en la nuca. Cuando viaja ó hace viento, le asegura con el *barbijo* (barboquejo).

La mujer del campo, ó *del país,* forma con su cabellera una ó dos trenzas; las que nunca arrolla ó recoge, sino que lleva colgantes sobre la espalda y á veces echa por sobre los hombros. Considera un deshonor la falta del pelo, que cuida como una prenda de gran valía. El ofendido amante desenvaina su afilado cuchillo, corta de un tajo las trenzas de la mujer infiel y las ata luego, por escarnio, á la cola de su caballo. ¡Suplicio infamante de la inconstancia en el amor! La mujer que lo sufre, sufre una pena cruel. ¡Desdichada! ¿Quién, de entonces más, la librará del martirio de oir y de saber que dicen de ella: *la tusaron por puta?* Imposible librarse de esa nota difamatoria. Intentarlo, sería poner puertas al campo.

Había en el Salto (Uruguay) una china, que enfermó gravemente. Estaba conchabada en una casa de familia, y sus amos llamaron al médico para que la asistiese. El médico, después de haberle aplicado varios remedios, dispuso que le cortasen el pelo. Todo lo había llevado con paciencia, mostrando mucho agradecimiento á las personas que la cuidaban. Pero cuando vió que se le acercaban con las tijeras para cortarle el cabello, se puso á llorar con la mayor aflicción. Tomó con ambas manos sus largas trenzas, apretándolas contra el pecho. Á fuerza de ruegos, consiguieron que se dejase cortar la cabellera. Pero la pobre china, al contemplarse privada de ella, empeoró aceleradamente, muriendo á las veinticuatro horas. Otra china vieja

que la había acompañado hasta el último instante, recogió las trenzas de la difunta y las puso en el féretro, debajo de la yerta cabeza que en vida las conservara con tanto celo.

El uso del cabello largo ha sido general y muy preciado en todo tiempo entre las mujeres. Las de algunas regiones sobresalieron y fueron muy celebradas por la hermosura de sus cabellos. Las mujeres de Salta, en la Argentina, fueron reputadas las más gallardas del Tucumán: en la hermosura de la tez y señaladamente en la abundancia y dilatación de sus cabellos creíase que excedían á todas las de América (1).

Las mujeres de España, en lo antiguo, como ahora, dejaron crecer enteramente el cabello. Llevábanle tendido las doncellas. Recogíanle y cubríanle con una toca las casadas. Usanza era ésta aconsejada por la seriedad propia de su estado (2). La airosa modestia de las solteras y el recogimiento de las casadas haría creer que el concepto del honor en las mujeres de aquellos tiempos estaba grabado en sus corazones por la mano de la delicadeza. Véase sin embargo cómo entendían las cosas á tal respecto los legisladores de la época. La mujer honesta que recibiese grave ofensa en su honra (cosa, por lo visto, nada rara en los caminos), debía entrar por las calles del pueblo arrancándose

(1) «Muy rara hay que no llegue á cubrir las caderas con este apreciable adorno; y por esta razón le dejan comúnmente suelto ó trenzado á lo largo con gallardía.» *(El Lazarillo de Ciegos Caminantes desde Buenos Aires hasta Lima* por D. Calixto Bustamante Carlos Inca. En Gijón. Año de 1773.)

(2) La mujer casada, en los siglos undécimo y duodécimo, llevaba el pelo *atado*, la viuda usaba *toca* y la soltera andaba *en cabello* (largo y suelto). El cabello *atado* es *símbolo germánico*. (D. Teófilo Braga, *Epopêas da Raça Mosárabe.* (*Historia da Poesía Portuguesa.)*

las tocas, arrastrándose por el suelo y gritando: *¡fulano me forzó!*[1] ¿Cómo hubiera salido de la danza la ofendida que con tales medios de prueba hubiese acudido en demanda de justicia ante el sesudo gobernador de la ínsula Barataria? La prueba de su pudor y recato no podía ser más clara y verdadera.

Barba *cumplida* (larga) y *bellida* (hermosa) tenía el Cid Campeador, según la *gesta* ó poema de sus hazañas. Los antiguos españoles no gustaron de cortarse el cabello y la barba, prefiriendo usarlos medianamente largos. Mesarlos era una de las más vulgares y mayores afrentas[2]. Castigábase en la Península este género de agresión y ofensa por diversas leyes locales ó fueros. Algunos manifiestan en su singular severidad la rudeza de los tiempos. El que, según el fuero de Alcalá, arrancaba á otro la barba ó el cabello, además de pagar una multa, tenía que mantener en su casa al damnificado, con el mismo regalo ó comodidad que á su propia persona, hasta que todo el pelo de

(1) «Á la primera villa que allegare, debe echar las tocas en tierra, e rastrarse, e dar apellido diciendo: *fulán me forzó.*»—*(Ordenamiento de las Cortes de Nájera.)*

(2) Á los hidalgos pobres, *que de ordinario traen la bolsa tan llena de soberbia como vacía de moneda,* llamábanlos en España (siglo décimosexto) *pelones.* Aludíase con esta expresión á una diosa de la gentilidad, Pandora, á quien, por soberbia cuanto pobre, la desplumaron y *pelaron* (para afrentarla) los mismos dioses que le habían engalanado. *(La Pícara Montañesa llamada Justina* por Francisco López de Úbeda. En Madrid, por Juan de Zúñiga. Año de 1735.) *Pelado,* entre otras acepciones que indica el *Diccionario* de la Academia, equivale en el Río de la Plata á *pobre, desprovisto de lo más necesario.* La caterva de muchachos que se reune en las puertas y atrios de las iglesias cuando hay un bautismo, grita al padrino que no les arroja unos *cobres* (cuartos): «Padrino pelao, padrino pelao, que no tiene un cobre para bacalao.»

la cara ó cabeza quedase parejo. «Todo aquel que home esquirare, peche X marabitinos, e aun dele comer en su casa cuemo a él mismo, fasta que la barba ó los cabellos sean equados.»(1) Aunque este raro modo de reparar el daño ocasionado no podía tener lugar sino entre gente plebeya, como que los caballeros tenían otros medios muy distintos de velar por su honra, demuestra cuán mirados eran aquellos hombres en eso de conservar la integridad de la barba ó cabello, pues cuando en él ó ella recibían agravio se privaban de salir á la calle. Con arreglo á otros fueros peninsulares, al que arrancaba la barba le arrancaban la suya. Si el agresor no tenía barba, le cortaban una porción del pellejo de la cara, igual á la que ocupase el mechón ó mechones que hubiese arrancado.

Los primitivos griegos y romanos usaron la barba larga. Casi todos los pueblos de Europa, en la edad antigua y en la media, prefirieron la barba larga, distintivo de gente hidalga, noble, superior. Aun en la edad moderna prevaleció esta idea. Francisco I, por edicto del año 1535, ordenó, bajo pena de muerte, que todo villano y labriego anduviese afeitado.

Los orientales consideran la barba y pelo largos como un signo de grandeza moral. La barba de un mahometano es el adorno más preciado de su persona. Una creencia supersticiosa les induce á conservarla como una cosa poco menos que sagrada. Hombre afeitado, hombre afrentado. Quien pierde su barba no se atreve á presentarse en público, por temor del general desprecio.

Así, los pueblos del norte como del mediodía de la anti-

(1) El *Fuero de Alcalá.*

gua Europa, estimaron en mucho una larga cabellera. Afeitar á uno la cabeza era cruel castigo. El esclavo, el villano, ó andaban rapados, ó llevaban el pelo corto. El rey Wamba fué desposeído del trono, porque, hallándose dormido, la alevosía de un malvado le cortó la cabellera. ¿Qué mucho que el paisano, godo y árabe de casta, gustase de ostentar una larga barba y sobre todo una larga cabellera?

CAPÍTULO VIII.

Salamancas.

SUMARIO. — Magia natural, goética y teúrgica. — Escuelas mágicas de la Península. — Las cavernas á los ojos de los antiguos, de la imaginación vulgar. — La de San Patricio en Irlanda. — La de Trofonio en Grecia. — La de Montesinos. — Lo que ve y oye el vulgo rioplatense en las cavernas. — El apagar de las luces. — El frío que hiela. — Lo que se aprende en las *salamancas.* — Caudillo consultando el oráculo de una *salamanca.* — *Salamanca* de Yarao. — El cristiano encantado. — La onza encantada. — Maravillas de las *salamancas.* — Las brujas en los bailes de las *salamancas.* — Juntas nocturnas ó *sábados.*

Hay varios géneros de magia. I. Magia *natural.* La que consiste en obras que, si bien causan admiración, no son sino efectos de causas naturales, ignoradas del común de los hombres. Llámase también mágica *blanca.* II. Magia *diabólica, negra ó goética.* La que afecta ejecutar cosas extraordinarias y estupendas, con ayuda del demonio, de un ser sobrenatural, de fuerzas misteriosas y personificadas. De ella nace el arte de la hechicería y de ella tienen origen multitud de supersticiones. III. Magia *teúrgica.* La magia santa de los gentiles, fundada en el íntimo trato y comunicación con deidades benéficas, á favor del perfeccionamiento moral del individuo que la practica, cuya inten-

ción debe estar constantemente ordenada al bien de los hombres. Al trasladarse al mundo cristiano la magia del gentilismo, perdió el demonio la soberanía de deidad con que imperaba. Entre los magos de la gentilidad era de rito efectuar sus invocaciones en cuevas ó lugares subterráneos. No solamente el vulgo, mas también graves escritores creyeron en la existencia de escuelas de artes mágicas en Salamanca, Córdoba, Toledo y otros puntos menos famosos de España. Atribúyese á los moros la introducción de ellas en la Península. La cueva de Salamanca, en especial, echó hondas raíces. Del marqués de Santillana decían que en ella se había hecho un consumado mágico[1].

Las tradiciones de la magia goética, en lo que respecta á las habitaciones maravillosas y escuelas soterradas en antros profundos y espantables, hanse continuado, aunque muy descaecidas, en la Península y con no menos persistencia en la América Española.

Los ritos de la magia goética celebrábanse ordinariamente de noche, cuyas sombras favorecían su ejercicio, y en cavernas ó lugares subterráneos, donde se anida el espanto. De ahí, empero, no debe inferirse que el primitivo origen de las cuevas encantadas sean las prácticas de la magia goética introducida en España por la conquista arábiga. Ese es el origen inmediato de las cuevas de Salamanca, de Córdoba y de Toledo. Pero las cavernas habitadas por seres fantásticos no tienen patria originaria: son comunes á todos los pueblos en su estado de infancia.

Las cavernas, desde las más remotas épocas, en los pueblos primitivos, en las sociedades que en el conocimiento

(1) Feijoo, *Teatro Crítico.*

de la naturaleza y de los principios racionales no han salido aún de un estado relativo de infancia, han servido para localizar las maravillas imaginadas por el espíritu goético y teúrgico á la sazón reinantes. Transformadas las sociedades, destruídas sus teogonías, desvanecidos con la luz de la experiencia y de la razón despreocupada los errores y fantasmas de la mente primitiva, todavía el vulgo ignaro, elemento conservador en que lo tradicional arraiga tenazmente, continúa dando asenso á las concepciones teúrgicas y goéticas y revistiendo de formas peregrinas todos aquellos lugares que se prestan á tales imaginaciones, por cualquiera singularidad que los distinga, como las oscuras cavernas inexplorables[1], las dilatadas lagunas, los elevados cerros breñosos, las ruinas de castillos, de monasterios, de pueblos, de casas antiguas.

La sustitución de unas creencias á otras cambia los pormenores y accidentes del mundo hechizo de la fantasía. El molde primitivo permanece intacto ó casi íntegro. La era de la Encarnación, conforme á esta evolución necesaria é inevitable, cristianizó muchas de las tradiciones gentílicas que sobrevivieron á la caída de los ídolos de la antigüedad pagana. La vieja Erín tuvo, en medio de un lago, en una isla, su caverna encantada, en que la magia goética obraba sus prodigios. Los que el glorioso apóstol de Irlanda obró después en la propia isla, transformaron la caverna mágica gentílica en caverna mágica cristianizada,

(1) «¿Y qué? ¿No hay allí ojos que han visto salir de la sima fantasmas, unas veces blancos, otras veces negros? ¿No hay oídos que han escuchado, llenos de terror, lámentos y sollozos, ruidos de cadenas, aullidos y carcajadas?» (D. José Selgas, en la novela titulada: *Dos Muertos Vivos.*)

dando nacimiento al *Purgatorio de San Patricio*[1]. Una de las comedias de Calderón, el dramaturgo sublime de la España católica, tiene por título: *El Purgatorio de San Patricio,* cuyo interior, con arreglo á las creencias populares, describe largamente en una de sus escenas.

Á mediados del siglo quinto, un varón insigne, San Patricio, natural de Escocia, propagó con ferviente celo apostólico en la antigua Erín, hoy Irlanda, la fe del Crucificado. Rehacios á sus predicaciones, que despreciaban, persistían los irlandeses en seguir tributando homenajes á sus falsas divinidades. Fué necesario un prodigio del cielo, para que abrazasen las santas doctrinas. Con efecto, ábrese repentinamente una cueva profunda, que horroriza, en una isla pequeña del lago Derg. Los curiosos irlandeses acudieron á la novedad, y no faltó quien se atreviese á penetrar en la honda cueva, siguiendo el camino subterráneo que conducía, ¡qué espanto! al horrendo lugar en que ardían las llamas del purgatorio que purificaban las almas de los que, una vez limpios, merecieran ascender á la celestial mansión de los bienaventurados. Constancia y valor estoico en el visitante, espantables escenas, grandes peligros, tinieblas, luz, personajes vestidos de blanco, demonios de diversas formas monstruosas, voces, gemidos, estanques, llamas, cuanto caracteriza á las *salamancas* del Río de la Plata, á las cavernas del Oriente, de Grecia, de España, de Europa entera, aparece

(1) P. Christian *(Histoire de la Magie, du Monde Surnaturel et de la Fatalité)* desconoce evidentemente esta evolución de las ideas, suponiendo que del Purgatorio de San Patricio nació lo que llama *teología demoníaca,* y atribuyendo las imaginaciones vulgares sobre el particular á la influencia de un clero fanático y á las supercherías de los monjes agustinos que establecieron un convento á inmediaciones de la caverna.

igualmente en la cueva de San Patricio. Toda cueva encantada es semejante en el fondo: todas responden á una misma falsa idea del humano espíritu insipiente. Dragones ó sierpes aladas custodiaron, así la caverna de Trofonio en la gentílica Grecia, como la de San Patricio en la cristiana Irlanda[1]. Una serpiente inmortal custodiaba la caja de hierro que, en medio del río Coptos, en el Egipto, contenía el libro de Toth, cuyas páginas encerraban los secretos de la magia[2]. Dragones ó serpientes custodian las cuevas encantadas ó *salamancas* de que la imaginación del vulgo campesino en el Río de la Plata puebla las cordilleras, los cerros, las barrancas de las regiones que habita.

Uno de los más célebres oráculos de la Grecia fué Trofonio, á quien estaba dedicado un templo en medio de un bosque de la Beocia, así como una caverna, junto á él, que estaba llena de serpientes, á las que aplacaban los visitantes arrojándoles tortas de miel. Allí había dos fuentes, una de las cuales borraba de la memoria los hechos pasados y la otra imprimía en el espíritu las cosas nuevas que se veían y oían en la caverna. Timarco refiere lo que vió en la cueva de Trofonio: sonidos melodiosos, voces inarticuladas, aquí torrentes de fuego y allí luces suaves y apacibles, grandes islas movibles, abismos profundos, densos vapores, gritos de animales, quejumbres de hombres y mujeres, gemidos de niños. Estas cosas las presenciaba, sin saber si

(1) «Es patente la semejanza de la cueva de Trofonio en Grecia y la de San Patricio en Irlanda. En una y otra precedían expiaciones. En una y otra había visiones infernales. En una y otra era arriesgada la entrada. De una y otra se cuenta que, de los que entraron, uno se quedó allá en poder de los demonios.» (Feijoo, *Teatro Crítico.*)

(2) *Tabubú, Roman égyptien,* publ. por J. H. Rosny.

dormido ó despierto las percibían sus sentidos. Cayó en un desmayo, del que no volvió hasta que le sacaron fuera de la caverna, como le sucedió á D. Quijote en la cueva de Montesinos. De todos los oráculos de la Grecia (que tantos oráculos tuvo), ninguno manifestó más á las claras la bellaquería de los sacerdotes consagrados á ellos, que el de Trofonio en la Beocia (1).

La preocupación vulgar que reinaba en España con respecto á este género de encantamientos subterráneos, dió asunto al inmortal autor del Quijote para componer una de las admirables páginas descriptivas que el famosísimo libro atesora. Caminando por el término de la Osa de Montiel, en el corazón de la Mancha, propúsose D. Quijote penetrar en la cueva de Montesinos y « ver á ojos vistas si eran verdaderas las maravillas que de ella se decían por todos aquellos contornos. » Andado cierto espacio, en una concavidad que hace la cueva, « éntrale una pequeña luz por unos resquicios ó agujeros, que lejos le responden, abiertos en la superficie de la tierra. » De repente acometióle un sueño profundísimo, y, cuando menos lo pensaba, despertó de él sin saber cómo, hallándose en medio del más ameno y deleitoso prado que puede criar la naturaleza. Despabiló los ojos, limpiólos; y vió que no dormía, sino que realmente estaba despierto. Pero desconfiando aún de este testimonio, se tentó la cabeza y los pechos, á fin de certificarse más y más de que era él mismo el que allí estaba, y no algún fantasma engañoso. El tacto, el sentimiento, los concertados discursos que entre sí hacía, desvanecieron toda duda á ese respecto. Ofreciósele luego á la vista un suntuoso

(1) J. J. Barthélemy, *Viaje de Anacarsis á la Grecia.*

palacio, cuyos muros transparentes parecían de claro cristal fabricados. Abriéndose dos grandes puertas, acercósele un venerable anciano, vestido con un capuz de bayeta morada que por el suelo le arrastraba, por sobre los hombros y á los pechos una beca de raso verde, en la mano un rosario de cuentas mayores que nueces, la barba canísima y hasta más abajo de la cintura, lento el paso, grave el continente. Era Montesinos, quien se congratuló de que el valeroso caballero de la Mancha hubiese ido á visitar á los que en aquellas soledades estaban encantados. Sintió grandes alaridos y angustiados sollozos. Dábanlos hermosísimas doncellas, que, vestidas de luto, iban en procesión llorando endechas sobre el cuerpo de Durandarte, que yacía allí encantado en magnífico sepulcro. Éstas y otras cosas, muy análogas á las que el vulgo cree ver en las *salamancas*, contó D. Quijote haber visto en la cueva de Montesinos. Sancho, que, aunque burdo, tenía buen meollo, no pudo tragarlas, y se explicaba de un modo discreto la alucinación de D. Quijote. Decía Sancho con desenfado: los *encantadores* que *encantaron* á la chusma que D. Quijote *dice* haber visto y comunicado en la cueva de Montesinos, le encajaron en el magín toda esa máquina que refiere. Quiso decir Sancho que D. Quijote era víctima de una ilusión. Los *encantadores* á que aludía su malicia, eran las preocupaciones y fantasías que engendran de una parte la ignorancia y de otra la imaginación mal gobernada, las cuales acaban por trastornar el juicio de los hombres mejor acondicionados, cuando éstos no han sabido sustraerse á la perniciosa influencia avasalladora del error entronizado en el entendimiento y en el ánimo de la muchedumbre irreflexiva y poco dada á conformarse con las sequedades de la vida real y perecedera.

Así en las serranías que se encadenan á los Andes, como en las que cruzan las comarcas que riegan el Paraná y Uruguay, y en las barrancas de ríos y arroyos, albérganse en cuevas y grutas profundas é inexploradas, que la imaginativa vulgar convierte en alcázares encantados, muchedumbre de entes fantásticos, dotados de cualidades superiores y capaces del bien y del mal, que, entre las diversas cosas que misteriosamente ejecutan, desde afuera se siente que llaman, conversan, amenazan, gritan, murmuran, lloran, disputan, suspiran y se lamentan. Siéntense asimismo ruidos extraños, músicas, estruendos, y hasta tiros y sablazos. Estas cuevas encantadas llevan el nombre de *salamancas* en todo el Río de la Plata, lo propio que en Río Grande del Sur del Brasil. Cavernas profundas é impenetrables, socavadas por las aguas ó formadas por accidentes terrestres, infunden terror y espanto á quien osa dar algunos pasos hacia el interior de ellas. El apagar de las luces que lleva en la mano el receloso explorador (que ignora los efectos del ácido carbónico depositado naturalmente en la caverna), le sorprende y acobarda. Añádase á esto el *intensísimo frío* (miedo) *que hiela* y las *voces* y *golpes* que el curioso siente á sus espaldas al retirarse, como si le fuesen persiguiendo para matarlo ó prenderlo y hundirlo en un abismo; y se tendrá corrido el velo que oculta tanto misterio en la cueva. ¡Dichoso, empero, quien, siendo bastante osado para internarse en ella, mereciere aprender las muchas cosas que allí se enseñan, así en materia de ciencias, como en las artes y habilidades que hacen más y más apetecible y fácil la vida! De allí han salido encantadores y adivinos, hombres de fortuna, guerreros siempre vencedores, políticos eminentes, músicos y

poetas sublimes, químicos y mecánicos maravillosos, mujeres que hechizaron por sus encantos. Muchas de las *simpatías* (para curar) que se conocen, allí fueron aprendidas. Allí se satisfacen hasta las pretensiones más triviales. Á éste le proporcionan los medios ó le dan el secreto de que nunca le falte dinero: á aquél los de salir bien en tal ó cual empresa ó lance dificultoso y arriesgado: á este otro los de ganar á los naipes ó á otro juego: á aquel otro los de tocar bien la guitarra ó no errar un tiro. Todo está en tener coraje y meterse dentro de la salamanca: quien se atreve á ello, de seguro sale con alguna virtud. Cuando Onofroff anduvo por Buenos Aires y Montevideo asombrando con sus experimentos y cumpliendo las órdenes mentales de los curiosos con sorprendente puntualidad, el paisano, á cuyos oídos llegó la noticia, decía entre bromas y veras: « de juro ha de haber entrado en una salamanca. » En la salamanca se satisfacen todos los deseos y aspiraciones: el que entra, pide lo que quiere. De muchos hombres acaudalados y caudillos poderosos cuéntase que debieron su buena fortuna en los negocios y en las lides á los datos y consejos obtenidos en una salamanca para su gobierno individual. En la guerra (1835-1845) ó revolución republicana llamada de los *farrapos* (rotos), en la antigua provincia de Río Grande del Sur (Brasil), figuró en primera línea un caudillo que, á sus grandes riquezas é influencia, reunía la circunstancia de que la suerte le favoreciese en sus empresas y en casi todos los lances que hicieran peligrar su vida ó sus designios. El vulgo atribuía la estrella incomparable del famoso caudillo (que era el general Bentos Manuel Ribeiro, conocido comúnmente por *Bentos Manuel* á secas) á las consultas que suponen hacía tal y tal vez en la *salamanca* que

hay en uno de los cerros de Yarao *(Jarão)*, que están al norte del río Cuarey, por donde pasa la línea divisoria entre el Uruguay y el Brasil.

La salamanca del cerro de Yarao es una de las más celebradas. Todos los propietarios de los campos donde se hallan los cerros de Yarao, han hecho fortuna: favor que deben á las consultas que hacen al oráculo de la salamanca. Yendo cierto sujeto á una *vaquería* (batida de ganado vacuno cerril), sobrevínole una tormenta que le hizo perder el rumbo. Aflojó las riendas á su caballo, para que le llevase adonde su instinto le condujese. Caminando, caminando, fué á parar junto á los cerros de Yarao, donde topó con un hombre, que le dijo: «Yo también soy cristiano, de la ciudad de Santo Tomé (antiguas misiones jesuíticas del Uruguay). Aquí me han traído y estoy encantado.» Instó el hombre encantado al peregrino que lo siguiese, prometiéndole hacerle participante de las grandes cosas que escondía en su seno la salamanca que le servía de albergue. El extraviado caminante, revistiéndose de todo el valor que pudo, siguió paso á paso al desconocido, entrando en una caverna que le condujo por extrañas y dificultosas veredas á mansiones resplandecientes, donde las pedrerías y el oro derramados con profusión por todas partes era lo menos capaz de causar suspensión y maravilla. El desconocido, al despedir al visitante, dióle una onza, diciéndole que nunca se le acabaría. Así sucedió en efecto: aunque repetidas veces gastó la onza, otras tantas volvió á encontrarla en el bolsillo del chaleco. Pero una dicha tan singular llegó á infundirle temor; y un día tiró la onza, prefiriendo vivir pobremente del fruto de su trabajo.

Espaciosas habitaciones y salas cuyas paredes y techos

centellean como el diamante y el oro bruñido, donde multitud de jóvenes tan bellas cual las pudo imaginar la fantasía de Mahoma danzan graciosamente al compás de músicas suavísimas, alegran deliciosamente los ojos y los oídos de los afortunados que penetran en una salamanca, á cuya entrada se le aparece, saliendo de entre las breñas, una terrífica serpiente, que le recibe solitaria, como si se intentase someter la constancia del explorador á las pruebas espantosas que diz que usa la masonería en la recepción de sus neófitos.

Las brujas asisten á los bailes de las *salamancas*. Las *salamancas* de Tucumán se singularizan á este respecto. Las fiestas que organiza el *salamanquero* en las temidas mansiones subterráneas de ciertos lugares encantados, vienen á ser aquellas célebres asambleas nocturnas conocidas en Europa con el nombre de *danzas del sábado*. Presumen algunos que el nombre de *sábado,* aplicado á las juntas nocturnas de brujas, hechiceros y magos, procede de ser ese el día de la semana en que los judíos, á quienes se tenía por maestros en el arte de hacer maravillas, celebraban sus asambleas, eligiendo para el efecto, por causa de las persecuciones religiosas, un lugar escondido y solitario. Á estas asambleas llamábanlas *sábados,* dándose el mismo nombre, en sentido despectivo, á los convites ó juntas de que se trata. Otros quieren que se derive de una voz griega *(sabacios)* que significa algazara y frenesí producidos por el abuso de los dones de Baco, en cuyo honor se celebraban grandes fiestas (las *bacanales*) que degeneraban en tumultuosas orgías [1].

(1) L. F. Alfred Maury, *La Magie et l'Astrologie*. P. Christian, *Histoire de la Magie*.

Las brujas, á media noche (que es su hora oficial), después de invocar al demonio y de untarse de pies á cabeza con el maravilloso ungüento [1] que para el efecto preparan, transformadas en buhos ú otras aves (ó bien en su propia figura de viejas feas, escuálidas y desabridas, caballeras en palos de escoba), salen volando hacia el lugar secreto y apartado donde tienen sus juntas nefandas. Reúnese allí gran concurso de gente de ambos sexos y de todos estados, y, reverenciando á Satanás, que se les presenta con la cabeza y pies de macho cabrío, por lo que suelen llamarle *cabrón* [2], danzan en torno de él, celebran, por escarnio, la misa *negra,* parodia de la sagrada, hártanse de viandas execrables y entréganse desenfrenadamente á impúdicos placeres. Eligen, para estas asambleas y fiestas, lo más escondido de un espeso bosque no frecuentado de seres humanos, ciertas islas misteriosas de que huye la gente, un grande edificio antiguo arruinado y solo, la espantable soledad de un campo santo, las profundas cavernas inexploradas de cerros y parajes inaccesibles. ¿Qué sitio más á propósito que las espaciosas y recónditas *salamancas?* En todas, como que todas son obra de la misma negra mano del príncipe de las tinieblas, han de merecer hospedaje sus más devotas siervas. Mas las *salamancas* de Tucumán gozan, á este respecto, de fama tal, que pareciera ser privilegio exclusivo de ellas la asistencia de las brujas á sus convites.

---

(1) Producíales un sopor durante el cual creíanse transportadas por los aires y que pasaban realmente por ellas las cosas que imaginaban.
(2) «Muchas veces he querido preguntar á mi *cabrón* qué fin tendrá vuestro suceso.» (Cervantes, *Coloquio de los Perros.)*

CAPÍTULO IX.

Salamancas.

Sumario. — Condiciones morales necesarias para entrar en una *salamanca.* — Pruebas terribles. — Arraigada idea del *destino* en la gente hispano-americana. — Relación de un peregrinante á quien la fatalidad hace infeliz. — *Luz blanca* y *luz negra* (el bien y el mal). — El negrillo, símbolo de la desgracia. — Espíritu fantástico de los pueblos hispano-americanos. — Su influencia en el bien de la vida. — Cueva encantada de Salamanca (España). — Su mucha fama traspasa los mares. — El nombre propio de Salamanca pasa á ser apelativo en el Río de la Plata. — San Cipriano patrono de la cueva de Salamanca. — Él y Santa Justina alcanzan juntos la corona del martirio. — Cipriano en la comedia de Calderón *El Mágico Prodigioso.* — Cuevas encantadas entre los indios del Nuevo Mundo. — Su perfecta analogía con las del Viejo. — Las cavernas en la historia y en la prehistoria. — En Méjico y el Perú. — En Chile. — *Machíes* y *huecuvuyes.* — Idea del historiador Fray Juan de Torquemada. — Observaciones á su respecto. — *Piaches* del Orinoco: lugares donde hacían penitencia y enseñaban. — Ídem entre los magos guaraníes. — Adoratorios en las alturas y adoratorios en las cavernas. — En las Antillas. — En el Perú.

El acceso al interior de las salamancas, á la manera de los templos ó escuelas mágicas del Egipto y del Asia, está, por lo general, vedado. Para merecer y poder entrar en ellas, es necesario revestirse de mucho coraje y de mucha indiferencia á todo cuanto rodee y sea capaz de hacer impresión leve ó vehemente en los sentidos y en el ánimo del

aspirante, que debe tener al intento la impasibilidad de un estoico. Pruebas terribles, aparatos y ceremonias magníficas, que traen á la mente las que usaron los pueblos del Oriente y las que diz que usan los masones en la recepción de sus neófitos, esperan al sujeto que quiere iniciarse en los misterios de una salamanca. Mas aun así, con todas estas purificaciones, todavía el neófito no sabe si, al salir de la salamanca, será feliz ó desgraciado en su vida terrenal. Acaso flaqueó la santidad de su intención en el acto de manifestar sus aspiraciones, acaso en el libro del destino está escrita de antemano su suerte. El *destino* es cosa que anda en boca del paisano á cada paso[1], como que la tradición arábiga no ha abandonado aún del todo la imaginativa de la gente hispana ó hispano-americana. La expresión tan usual en los pueblos de raza española: *estaba de Dios que había de ser así* ó *que así había de suceder,* si bien indica propiamente que en ello ha intervenido la voluntad divina, que el hecho se ha cumplido por disposición de la Providencia, todavía es notorio que el sentido en que el vulgo la aplica se ajusta y se refiere á la doctrina del fatalismo predicada por Mahoma, por el profeta y enviado de Alá. En la forma y en el fondo responde á una idea fatalista el siguiente proverbio representativo de la desgra-

(1)

Vive el águila en su nido,
El tigre vive en la selva,
El zorro en la cueva ajena;
Y, en su *destino* inconstante,
Sólo el gaucho vive errante
Donde lo lleva la suerte.

(*El Gaúcho Martín Fierro* por D. José Hernández.)

Pero contra el plan mejor
El *destino* se revela.

(Ídem, ídem.)

cia: *el hombre desgraciado cae de espaldas, y se aplasta las narices.*

Cuentan que hubo un hombre que, siguiendo los consejos de un amigo, se propuso ir á buscar á una salamanca los medios de ser feliz, que no encontraba ni creía fáciles de hallar en el tráfago del mundo. Para el efecto, encaminóse, con arreglo á las instrucciones que del amigo recibiera, hacia el ocaso, á puesta del sol. Después de andar un largo trecho, sin saber cómo ni cuándo, topó de manos á boca con dos formidables *yaguaretés,* ó tigres del país, que estaban peleando enfurecidos. El peregrinante debía proseguir su camino, sin temor, sereno, imperturbable, entre los mayores peligros ó daños que pudieran amenazarle ú oponérsele al paso. Así lo hizo; y pasó inmune por entre las ensangrentadas uñas y colmillos de los dos tigres horripilantes. Halló en seguida dos bravísimos leones despedazándose; y por entre sus garras y sus dientes pasó tranquilo y pausado, sin que la más mínima lesión hubiese herido su epidermis. Luego pusieron en inminente peligro la vida del caminante las desnudas espadas de dos irritados combatientes; por entre las cuales pasó él, sin embargo, ileso. Más adelante se halló en medio de una espaciosa campiña alfombrada de césped, asombrada con esbeltos árboles frondosos, esmaltada con floridas plantas odoríferas que encantadoras ninfas cultivaban, cubierto el cielo de bandadas de pájaros maravillosos por la hermosura de su plumaje y la dulcísima melodía de su canto. Pero el peregrinante debía ser tan insensible á los atractivos de la belleza y de los halagos más eficaces ó tentadores, como indiferente á los peligros y á las cosas que mayor repulsión causan ordinariamente al hombre. ¿Quién creyera, cono-

ciendo la condición humana, que también en esta parte había de cumplir al pie de la letra el peregrinante las instrucciones que le diera aquel su amigo ya iniciado en los misterios de las salamancas? Nada le valió empero el sacrificio heroico que hiciera de los más legítimos afectos, la constancia con que sobrellevara los más temibles trances que pusieron á prueba su fortaleza é inmutabilidad durante su peregrinación por sendas y regiones nunca holladas de su planta. Ó alguna vez flaqueó, cuando menos con la intención, siempre insegura en medio de tantas solicitaciones como las que rodean al hombre en el mundo y le rodearon á él en la subterránea mansión de los seres encantados; ó el destino, contra el cual vana es toda resistencia, le conducía ineludiblemente á un término fatal en una vida llena de peripecias crueles. Entre densas tinieblas, tras larga jornada, apersonósele un individuo que por la voz y gravedad con que hablaba conoció ser un anciano, quien, haciéndole sentar, le preguntó qué buscaba y qué quería: *Luz,* dijo el peregrino. *¿Qué clase de luz?* repuso el anciano, *blanca* ó *negra?* Maquinalmente, sin hacerse cargo de las consecuencias que pudiera traer una respuesta inconsiderada, sin pensarlo, respondió: *negra.* El anciano colgó del cuello del peregrino una bolsita que contenía un *negrillo* de palo, diciéndole: *ahí tienes lo que me pides.* Una serie no interrumpida de contrariedades y amarguras ocasionadas, ora por lo que se llama desgracia ó mala suerte, ora por propia imprudencia, por propio vicio y por propia malicia: tal fué la vida del peregrino, después de su salida de la *salamanca.*

La *luz negra,* que, junto con los rayos visibles, á los ojos de la ciencia ilumina los espacios, concurriendo pode-

rosamente á la vida universal [1], para el mago y para el vulgo surge de los abismos y envuelve al hombre en lúgubres sombras de muerte que le hacen desgraciado en el mundo.

Multitud de cuentos y leyendas por el estilo, aunque mal hilvanadas, andan en boca de la gente campesina. Varias en accidentes y pormenores, identifícalas una común semejanza, que descubre su origen primero. Muy alejado

(1) «El espectro solar se compone de muchos rayos, cada uno de los cuales es una línea de vibración de las partículas del éter: al menos ésta es la hipótesis dominante, el simbolismo más perfecto y más fecundo de cuantos se han inventado para explicar el fluido luminoso. Cada rayo es como una nota musical del éter: las hay graves, las hay agudas, y el prisma las abre en abanico irisado, es decir, las dispersa en forma de espectro solar. Pero nuestros sentidos son mezquinos, y en esa orquesta del espacio, maravillosa gama de colores, sólo vemos los colores comprendidos entre el rojo y el violado: el color rojo, que supone 477 millones de millones de movimientos vibratorios en un segundo de tiempo, es la nota baja de la escala musical de los cielos: el color violado, para el cual cada átomo de éter vibra 734 millones de millones de veces en un segundo, es la nota alta, la de las tiples celestes.

«Pero hay otros muchos rayos de luz inferiores al rojo y superiores al violado por el número de sus vibraciones; y esos, que rayos de luz son, que se componen de vibraciones, que trabajan á nuestro alrededor, como rayos de calor ó como rayos químicos, esos, repito, no los vemos.

«Precisamente los rayos eficaces para la fotografía son rayos obscuros, son los superiores al violado, los invisibles para nosotros. No hay, pues, que asombrarse, si los rayos negros de Rœntgen graban sobre la plancha fotográfica la mano espectral.

«Existe, pues, la luz negra, y por lo tanto invisible, como existe la luz blanca ó la luz de colores. La luz, según las teorías modernas y objetivamente considerada, es vibración del éter: la veremos ó no, según la agudeza de nuestros sentidos y lo agudo ó lo grave de la nota luminosa.»

(Los rayos X, crónica científica (sobre el invento de Rœntgen) por D. José Echegaray.)

está el tiempo presente de aquellos en que nacieran esas imaginaciones y en que el vulgo las creía sin reparo. Empero la fantasía popular manifiéstaseles propicia y antes aviva que descolora los fantásticos visos, el tinte germánico y oriental ó hispano-árabe de los cuentos y leyendas de la Península[1]: cualidad no contraria al bien de la vida. La mitología de genios y hadas agranda el mundo y multiplica las riquezas y las fuerzas humanas. Los antiguos cuentos y romances que de ella tienen origen hanse extendido por todas partes, pasando por conductos generalmente desconocidos de nación en nación, de lengua en lengua; y al presente hállanse vinculados á todas las reminiscencias y goces morales que alberga y saborea la imaginación de una parte considerable del género humano[2]. Tal se observa realizado, así en las consejas que la gente campesina transmite de boca en boca, de una á otra generación, como en los fantásticos seres de que puebla cerros, cavernas, bosques y lagunas.

Salamanca, tratándose de cuevas mágicas ó encanta-

(1)

Páxaros verdes que fablan,
Homes que los entendían,
Et platicas que d'Oriente
Á Occidente nos venían.

Veredes del Septentrión
Las negras fechizerías;
Caballeros que á dragones
En guerra campal vencían.

Veredes feos enanos,
Gigantes por otra vía,
Vestiglos que del infierno
En la tierra aparecían.

(Leyenda de las Tres Toronjas por D. Agustín Durán, inserta en las *Memorias de la Real Academia Española.)*

(2) *Littérature du Midi de l'Europe* par Sismonde de Sismondi. 1813.

das, no es otra cosa etimológicamente que el nombre sustantivado de la antigua y célebre ciudad que como propio le lleva en España. Hubo en términos de Salamanca (y sin duda habrá aún) una cueva llamada de *San Cebrián,* famosa de antiguo por la creencia vulgar de que allí enseñaban la nigromancia y otras artes de encantamento[1]. Conociósela también en la Península por el nombre liso y llano de *cueva de Salamanca.* Cervantes intituló *La cueva de Salamanca* uno de sus graciosos entremeses, al que pertenece el siguiente diálogo:

—*Pancracio.*—¿Y quién os había de dar, amigo, mejor cena y mejor cama?

—*Estudiante.*—¿Quién? Mi habilidad; sino que el temor de la justicia me tiene atadas las manos.

—*Pancracio.*—Peligrosa habilidad debe de ser la vuestra; pues os teméis de la justicia.

—*Estudiante.*—La ciencia que aprendí en la *cueva de Salamanca,* de donde soy natural. Si se dejara usar sin miedo de la Santa Inquisición, yo sé que cenara y recenara á costa de mis herederos. Y aun quizá no estoy muy fuera de usalla, siquiera por esta vez, donde la necesidad me fuerza y me disculpa. Pero no sé yo si estas señoras serán tan secretas como yo lo he sido.

—*Pancracio.*—No se cure de ellas, amigo, sino haga lo que quisiere, que yo les haré que callen. Y ya deseo en todo extremo ver alguna de estas cosas que dicen que se aprenden en la *cueva de Salamanca.*

(1) D. Sebastián de Covarrubias, *Tesoro de la Lengua Castellana.*

Luego canta un sacristán:

Oigan los que poco saben,
Lo que con mi lengua franca
Digo del bien que en sí tiene
La cueva de Salamanca.

Oigan lo que dejó escrito
De ella el bachiller Tudanca
En el cuero de una yegua
Que dicen que fué potranca,
En la parte de la piel
Que confina con el anca,
Poniendo sobre las nubes
La cueva de Salamanca.

En ella estudian los ricos
Y los que no tienen blanca,
Y sale entera y rolliza
La memoria que está manca.
Siéntanse los que allí enseñan
De alquitrán en una banca;
Porque estas bombas encierra
La cueva de Salamanca.

En ella se hacen discretos
Los moros de la Palanca,
Y el estudiante más burdo
Ciencias de su pecho arranca.
Á los que estudian en ella
Ninguna cosa les manca.
Viva, pues, siglos eternos
La cueva de Salamanca.

El insigne dramaturgo Juan Ruiz de Alarcón compuso también una comedia con el título de *La cueva de Salamanca.* Otros muchos escritores de más ó menos nombradía contribuyeron á hacer proverbiales, en son de burla, mediante graciosas escenas y descripciones, la ya vulgarizada patraña de la cueva de Salamanca.

El vulgo complacíase en tales consejas; pero el más crédulo no por eso dejaba de tomar á lo serio las cosas. No era sólo la de Salamanca, sino también la de Toledo, cueva encantada famosa. Decían que en una y en otra se había enseñado la magia en tiempo de los sarracenos. Después de la expulsión de los moros, continuó asociada á esas y muchas otras cuevas la idea de los encantamientos.

La fama de las maravillas de que era testigo el que visitaba la misteriosa cueva de Salamanca, extendiéndose por toda España, pasó á los mares de Occidente en boca de los pobladores del Nuevo Mundo, cuyas cavernas llenaron de encantadores y adivinos. *La cueva de Salamanca* produjo así en América no corto número de *salamancas.*

El nombre de San *Cebrián,* hoy San *Cipriano,* con que aparece bautizada la famosa *cueva de Salamanca,* alude á que Cebrián ó Cipriano (que cuando gentil había sido mago de gran resonancia en el mundo) mereció después de su conversión al cristianismo que la divina bondad le favoreciese con el don de hacer milagros. Cosas estupendas y prodigiosas hizo, en efecto, merced á su alta elocuencia y á esta gracia *gratis data,* en provecho y honra de la religión del Crucificado. He aquí, en breves términos, la historia de su vida.

San Cipriano nació en Antioquía de Siria, celebrada ciudad del lujo y de los placeres, la *reina del Oriente.* Sus nobles y ricos padres, empapados en todas las supersticiones del gentilismo, le educaron é instruyeron en las ciencias de los encantamientos y la magia, en la astrología judiciaria y en el arte de los sacrificios: facultades para las

cuales mostró una disposición nada común desde sus primeros ensayos. Dióse á los viajes, á fin de adquirir mayores conocimientos y enterarse de cuanto secreto encerrara la escuela de los astrólogos y de los adivinos y hechiceros, recorriendo sucesivamente la Grecia, el Egipto, la India y la Caldea. Iniciado en todos los misterios que ambicionaba conocer, llegó á ser el mago más hábil que hasta entonces habían conocido los siglos, reputándosele soberano maestro del arte de los demonios. Mas desesperábale el ver que con los cristianos eran inútiles sus encantos.

Moraba en Antioquía una joven llamada Justina, que, de gentil que era por nacimiento y educación, habíase convertido á la fe de Jesucristo. Tan modesta como hermosa, rara vez salía á la calle, y eso cubierta con su manto ó con su velo. Esta precaución no fué parte á impedir que, ciegamente prendado de su belleza, codiciase la posesión de su persona, para satisfacer impura pasión sensual, cierto joven antioqueno que por acaso la contemplara. Hizo al intento muchas diligencias el enamorado; pero resultando todas inútiles, recurrió al favor de Cipriano para reducir á la casta doncella. Cipriano, abrasado en el mismo fuego, se abalanzó á la empresa, en la que, no obstante los esfuerzos del jefe de los magos del Oriente, salió siempre triunfante, merced á sus penitencias y oraciones, la perseguida virgen de Jesucristo, sostenida de la gracia celestial de que se hizo merecedora. Bastábale hacer la señal de la cruz, para desvanecer las ilusiones y artificios con que los demonios la tentaban. Cipriano, observándolo, encárase con Satanás y le dice: «¿Qué poder es el tuyo, que no le tienes para rendir á una tierna doncella?» Satanás se vió forzado á

confesar que la cruz le ponía en precipitada fuga. «Muy loco he sido yo, prosiguió Cipriano, en no haberme dedicado á servir á un señor que puede más que tú. Renuncio á tus prestigios.»

El padre de las misericordias había escogido á Cipriano, como á otro Saulo, para hacer de él un vaso de elección, mediante el arrepentimiento. Desnuda la cabeza, cubierto de ceniza y postrado en tierra, imploraba el perdón de sus pecados. Otorgóle Dios los tesoros de su gracia y el don de milagros, talentos con que se dedicó á la conversión de los idólatras. Obtuvo un éxito tan feliz y extraordinario en esta conquista espiritual, que el emperador Diocleciano lo mandó prender y despedazar. Él y la virgen Justina, que también fué condenada por su eminente santidad, alcanzaron juntos la corona del martirio (1).

Calderón de la Barca, el antiguo estudiante de teología de la universidad de Salamanca, á cuya sublime facundia no se escapaba ningún asunto capaz de impresionar vivamente el ánimo religioso de sus contemporáneos, presentó en el teatro, con su comedia *El Mágico Prodigioso,* las dramáticas vicisitudes, tentaciones y martirio de Cipriano y Justina. El demonio, que, cuando fué espíritu puro, con su rebelión perdió la gracia, pero no la ciencia, que era (y es por ende) infinita, logra que Cipriano le venda su alma, firmando cédula al efecto con sangre de su brazo, á trueque de poseer á Justina, de quien se había enamorado con frenesí. Enseñaríale la magia, mediante la cual sabría ganarse irresistiblemente la voluntad de su amada; y para

(1) *Año Cristiano* por el P. Croisset, traducido por el P. Francisco de Isla.

aprenderla tendría que estar encerrado con él un año en una cueva. Así lo verifica Cipriano, y al cabo sale de la cueva, ufanándose de su saber en estos términos:

Ingrata beldad mía,
Llegó el feliz, llegó el dichoso día,
Línea de mi esperanza,
Término de mi amor y tu mudanza;
Pues hoy será el postrero
En que triunfar de tu desdén espero.
Este monte, elevado
En sí mismo al alcázar estrellado:
Aquesta cueva oscura,
De dos vivos funesta sepultura;
Escuela docta han sido
Donde sutil la mágica he aprendido,
En que tanto me muestro,
Que puedo dar lición á mi maestro.
Y, viendo ya que hoy una vuelta entera
Cumple el sol de una esfera en otra esfera,
Á examinar de mis prisiones salgo,
Con la luz, lo que puedo y lo que valgo.
Hermosos cielos puros,
Atended á mis mágicos conjuros;
Blandos aires veloces,
Parad el sabio estruendo de mis voces;
Gran peñasco violento,
Estremécete al eco de mi acento;
Duros troncos vestidos,
Asombraos al horror de mis gemidos;
Floridas plantas bellas,
Al son os asustad de mis querellas;
Dulces aves suaves,
La acción temed de mis prodigios graves;
Bárbaras, crueles fieras,
Mirad las señas de mi afán primeras:
Porque, ciegos, turbados,
Suspendidos, confusos, asustados,
Cielos, aires, peñascos, troncos, plantas,
Fieras y aves, estén de ciencias tantas.

Mas el Dios de los cristianos, protegiendo á Justina, la libra de las asechanzas del demonio, cuyo pacto borra Cipriano (con ser martirizado) también con su propia sangre, arrepentido de su flaqueza[1].

Aunque las *salamancas* de que se trata sean originarias de la Península, no por eso ha de creerse que toda cueva encantada tenga la misma procedencia; pues no pocas hay en las regiones del Plata, así como en el resto del continente, que fueron reputadas albergue de prodigios por los naturales que antes del descubrimiento poblaban la tierra, y en ellas asimismo establecieron su escuela y su oratorio los magos indígenas, mensajeros y ministros de *añanga,* de *gualicho* y otras divinidades representativas del demonio. ¿Qué superstición habrá que, nacida en el Viejo Mundo, carezca de otra análoga ó semejante en el Nuevo? La condición humana y la naturaleza exterior en todas partes son idénticas. Variarán los accidentes, ofrecerán diversas particularidades; pero, en el fondo, el que nació en Europa hallará en el Asia, en el África, en la Oceanía, en la primitiva América, reproducidas las mismas cosas: el hombre de esta ó de aquella casta, tales ó cuales montes y llanuras, ríos y mares, peces, aves y cuadrúpedos, el propio cielo variamente estrellado. Las supersticiones vienen á ser la interpretación primaria de los fenómenos naturales; y siendo uno mismo el intérprete (el hombre en su estado primitivo) y una misma la cosa que se interpreta (el espectáculo del universo), afines habrán de ser, salvas diferencias de forma, las conclusiones que se formulen al res-

(1) *El Mágico Prodigioso,* comedia famosa de D. Pedro Calderón de la Barca, publ. por Alfred Morel-Fatio. Heilbronn.

pecto. Sustráense raras veces á esta regla aun las supersticiones que nacen en el seno de las sociedades modernas, por muy alejadas que se hallen de la fuente común á todas las que privan por el mundo. En la averiguación de estos hechos, determinando circunstancias y deslindando épocas, interesadas están la historia y la prehistoria, á quienes tan útiles son los restos y vestigios, por mucho que las injurias del tiempo los hayan desfigurado, del hombre y de los pueblos primitivos.

En las cavernas procura hallar la ciencia prehistórica vestigios ó muestras claras de la naturaleza y del género de vida del hombre primitivo. Sin duda á veces los restos del hombre prehistórico y de su modo de existencia, en profundas é impenetrables cavernas, habrán sido ocasión de que generaciones posteriores las poblasen de seres fantásticos. Otras veces, por el contrario, habrá sucedido, ó podrá suceder, que se tomen por prehistóricos de remoto origen los despojos y restos confusos de adoratorios, lugares de purificación y penitencia y escuelas ó noviciados de la magia, pertenecientes á generaciones de épocas más inmediatas.

Entre los restos fósiles, dice un sabio geólogo, de una época inmediatamente anterior á la actual, enterrados en cavernas y en los depósitos de aluvión, hállanse, en la América del Sur, esqueletos de megaterios, megalonios, gliptodontes (1), milodones, toxodones y macranquenias, formas extinguidas, genéricamente afines del perezoso, del armadillo, del capibara ó capincho y de la lama. Hállanse también, en las cavernas del Brasil, junto con las especies

(1) *Tatú gigante* llaman al gliptodonte en el Río de la Plata.

antedichas, monos, igualmente extinguidos, de rabo corto, semejantes á los géneros *Cebus* y *Callithrix*.... Profundas grietas y abismos han abierto los terremotos, y las masas montañosas han sido violentamente *fracturadas* y *dislocadas,* durante su elevación sobre el nivel del mar. De ahí, por la simple acción de los terremotos, esas grandes cavidades que encubre bajo su corteza la tierra, á parte de las que proceden de las excavaciones ejecutadas por el curso rápido de las aguas. Pero hay cavidades, señaladamente en las rocas calcáreas, que al paso que en general tienen comunicación con alguna hendidura, aquí se dilatan á manera de vastas galerías y allá se reducen á un corto recinto, ofreciendo á la vista del espectador formas tan caprichosas, que á veces el ánimo se resiste á convenir en que deban realmente su origen á una simple rotura ó á un simple cambio de lugar de sólidas masas (1).

En Méjico, en el Perú, en todas las regiones del nuevo continente ha habido cuevas y cavernas habitadas de brujos y de demonios que hablaban con los indios, con altares y rastros de sacrificios y huesos humanos, con lagos tranquilos, con ruidos de truenos y vientos impetuosos (2). Es que allí, del propio modo que en lo más recóndito de los bosques y en lo más inaccesible de las altas montañas, buscó sombras y espanto la magia y estableció sus escuelas ó noviciados misteriosos y aterradores.

En cuevas y lugares ocultos, donde rendían culto á su divinidad infernal, á quien invocaban en sus consultas y

(1) *Principes de Géologie* por Sir Charles Lyell, trad. por M. J. Gineston.

(2) Véase el Cronista Antonio de Herrera, *Décadas de Indias* ó *Historia General* etc.

empresas graves, encerrábanse también, entre araucanos, por largo tiempo, los que aspiraban á iniciarse en las doctrinas y secretos de la magia que los *machíes* y *huecuvuyes* practicaban. Allí permanecían todo el tiempo necesario, sin ver entretanto el sol, pasando por diversas pruebas, entre ellas las aparentes de arrancarles los ojos y la lengua, para sustituir una y otros con la lengua y ojos de *Pillán* ó *Huecuvú* (su dios tutelar), y el meterles una estaca por el vientre, sacándola por el espinazo (1).

Los *huecuvuyes* ó *reníes*, entre los araucanos, andaban vestidos con unas mantas largas, llevando también largo el cabello. Los que no le tenían naturalmente largo, suplíanle con una cabellera postiza de *cochayuyo* ó de otro filamento vegetal. Vivían separados del concurso de las gentes y durante largo tiempo permanecían incomunicados en lóbregas cuevas de montañas escarpadas. El nombre de *huecuvuyes* (2) les viene de *Huecuvú*, que, del mismo modo que *Pillán*, representaba una divinidad, que para los nuevos pobladores no significaba ni podía significar otra cosa que el demonio, á quien consultaban para dar sus respuestas y ejercer los demás actos propios de su ministerio.

En hondos y secretos soterraños
Tienen capaces cuevas fabricadas,
Sobre maderos fuertes afirmadas
Para que estén así nestóreos años:

(1) Diego de Rosales, *Historia del Reino de Chile* (pasaje transcripto por D. J. T. Medina en sus *Aborígenes de Chile*).

(2) *Boquibuyes* en la *Conquista Espiritual de Chile* por el P. Diego de Rosales. Corrupción de *huecuvuyes*.

Las cuales, en lugar de ricos paños,
Están de abajo arriba entapizadas
Con todo el suelo en ámbito de esteras
Y de cabezas hórridas de fieras [1].

Los *huecuvuyes* sacrificaban víctimas humanas y de animales á su deidad, incensando con el humo del tabaco. Ni faltaban en las cavernas las serpientes y los lagartos, las transformaciones de seres humanos en cóndores y en otras clases de animales, el fuego, los estruendos y otros encantos. Las ramas del canelo, árbol sagrado, figuraban en sus ceremonias, como en las de los *machíes* cuando hacían sus curaciones [2].

Observa el historiador Fray Juan de Torquemada que por regla general los pueblos de todas las regiones del globo han adorado y hecho sacrificios á Dios en lugares eminentes, y en cuevas y sitios bajos á las divinidades infernales é inferiores. Así, los dioses que el paganismo reputaba celestiales, recibían sacrificios en los *altares (quasi alta ara,* porque eran altos): los terrenos, en las *aras;* y los infernales, en cuevas y cavernas, como que hondo y profundo era el lugar donde tenían su morada [3].

Lo que especialmente, empero, debió arrastrar á las cavernas al mago, ó al hechicero y adivino, es la necesidad de ocultar sus procedimientos y medios falaces de que se valía para cautivar el ánimo de las gentes, simulando recibir inspiraciones y protección y ayuda en sus empresas y

(1) Pedro de Oña, *Arauco Domado,* canto segundo.
(2) D. Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, *Cautiverio Feliz, é Información* del Capitán Antonio de Soto Pedreros (en *Los Aborígenes de Chile* por D. J. T. Medina).
(3) *Monarquía Indiana.*

acciones de la temida deidad á quien servían. Con el mismo propósito sepultábanse en los espesos montes apartados y en las montañas ó sierras inaccesibles. Cuevas y bosques y serranías prestábanse por igual al propio intento.

Los *piaches* de las regiones bañadas por el Orinoco, en lugares ocultos y retirados, en medio de los bosques, iniciaban á sus neófitos en el arte de la magia. Solitarios, observando una vida rígida, puro el cuerpo y el pensamiento, permanecían sus discípulos dos años bajo su guarda y dirección, hasta que, imbuídos en la *ciencia oculta* (diremos) que ellos les comunicaban, volvían de nuevo al mundo, aptos para ejercer el arte de la nigromancia y para curar á los enfermos (1).

Los que aspiraban á iniciarse en los arcanos de la magia, entre los guaraníes, sufrían rígidos ayunos, mortificábanse con duras penitencias, absteníanse del contacto del agua, de toda loción de su cuerpo, de todo abrigo, de toda otra comida que la pimienta y maíz tostado en cortísima cantidad, en lugares fríos, lóbregos y retirados, donde el demonio acudía á sus fervientes invocaciones. Cuando volvían al mundo, invocábanle bebiendo la yerba del Paraguay, que para el efecto reducían á polvo (2).

Ni tampoco fueron mirados los esplendores del cielo como la fuente única del bien que pueden merecer los mortales y hacia el cual, por ende, debieran éstos encaminar sus adoraciones en altas cumbres. Los isleños de Santo

(1) Pedro Mártir de Anglería, *Fuentes Históricas sobre Colón y América*, dadas á luz y traducidas por el Dr. D. Joaquín Torres Asensio.

(2) El P. Pedro Lozano, *Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán.*

Domingo reverenciaban una caverna, adornada con multitud de pinturas y á cuya entrada figuraban dos *zemes* ó ministros preternaturales de la divinidad, de la cual salieron el sol y la luna que alumbraron al mundo. De las cavernas de Caunaná supusieron haber salido seis parejas de que tuvo origen el género humano. Custodiábalas Machochael, quien, sorprendido por el astro del día cuyo aspecto le estaba vedado, quedó convertido en piedra (1). El primero de los Incas ó reyes del Perú salió igualmente de una cueva, á seis leguas del Cuzco, después del diluvio, que también le hubo para los indios como para los pueblos del Oriente. *Agua de los dioses* bebíase en una fuente que brotaba dentro de encantada caverna (2).

Los indios del Perú adoraban y sacrificaban en los picos más altos de las sierras, en lo más eminente de los montes, en elevados cerros, en medio de los desiertos y en hondas cuevas. Adoraban y creían dotado de los atributos de la divinidad cuanto ofrecía algo de extraordinario ó sorprendente á sus ojos en cualquier línea (3).

---

(1) Pedro Mártir de Anglería, *Fuentes Históricas sobre Colón y América,* dadas á luz y traducidas por el Dr. D. Joaquín Torres Asensio.

(2) El Cronista Antonio de Herrera, *Décadas de Indias* ó *Historia General* etc.

(3) El Inca Garcilaso de la Vega, *Comentarios Reales del Perú.* El Cronista Antonio de Herrera, *Décadas de Indias* ó *Historia General* etc.

CAPÍTULO X.

Cerros encantados. — Fuego y oro.

SUMARIO. — Personificación de las fuerzas de la naturaleza. — *Fuerza de la tierra: madre del oro.* — Tesoros y *salamanqueros* (sus custodios). — Héroes mitológicos. — Dragones y demonios variamente visibles. — Fenómenos ígneos de las regiones andinas á los ojos del vulgo. — El carbunclo. — El *farol.* — El *mboitatá* ó culebra de fuego. — Transformado en genio, protege los campos contra los incendiarios. — *Meuán,* madero encendido, los abrasa. — Concepto del *mboitatá* por escritores brasileños. — El *ñandú-puitá* ó *avestruz colorado* de Corrientes. — Tesoros y *salamancas* de otras regiones indianas. — Cueva encantada de Mixco (en Guatemala). — *Tierra viva,* llamaradas y encantos. — Apariciones de demonios en los socavones de las minas y demás subterráneos: parecer del más antiguo mineralogista. — Mitos indígenas. — Su fusión con las creencias de los conquistadores. — El cerro de *Añapuracitá.* — El *teyuyaguá,* leyenda guaranítico-misionera. — Misiones jesuíticas del Paraná y Uruguay. — Carbunclos, *añangapitangas,* encantos y *salamancas* en el cerro célebre de Yarao. — En qué pára el apego al oro.

El hombre primitivo personificó las fuerzas de la naturaleza, que le parecieron inteligencias ó potestades sobrenaturales que obraban conscientemente de una ú otra manera en el mundo en provecho ó en daño de los seres que le pueblan. Personificó asimismo los objetos, así animados como inanimados, que bajo cualquiera forma dan idea material de la existencia de fuerzas capaces de producir

algún efecto extraordinario. Personificó la tempestad, el trueno, el relámpago, los eclipses, el sol y la luna, los mares, los lagos, los árboles y hasta los cerros y las piedras.

Las *luces* del campo, de los entierros ó *guacas,* de las ruinas ó *taperas,* de los pantanos y de los bosques, indicarán la presencia de *almas en pena* ó *almas del otro mundo.* Pero el fuego, llamas y llamaradas de los lugares altos y peñascosos, donde regularmente hay *salamanca,* serán para el vulgo la *madre* ó *fuerza* del oro y de la plata, sin perjuicio de revelar asimismo la existencia de encanto, que los hace mansión de agigantados genios, de grandes serpientes, de pájaros enormes ú otros seres extraordinarios y poderosos que custodian los tesoros allí encerrados. El custodio de los tesoros ó del lugar encantado, custodio que á veces será un *cristiano* (un hombre), lleva el nombre de *salamanquero.* Creencias son éstas, utilizadas de la poesía[1], notoriamente originarias del viejo mundo, bien que hallaron en el nuevo otras análogas que con ellas se mezclaron y confundieron. Dragones ó serpientes con garras y alas, grifos (mitad águila, mitad león), monstruos varios de diversas formas espantosas, agigantados genios, ladinos enanos, moros (en la península ibérica) que esgrimen poderosamente enormes alfanjes ó cimitarras,

(1)

Y es voz común que á su reflejo oscuro,
En la encantada torre al mar vecina
Do el conde Don Julián gozó seguro
El premio vil de su traición indina,
Vaga en custodia del hendido muro
Pálido espectro en la desierta ruina,
Y al trémulo fulgor de opaca tea
Disípase la sombra gigantea.

(D. Francisco Martínez de la Rosa,
Fragmentos de un Poema.)

espíritus ó demonios que cruzan los aires en figura de relámpagos, bramando con furor y estrépito aterradores, custodian los tesoros escondidos en el suelo de Europa. El dragón, que no es sino una de tantas formas con que el demonio se disfraza, viene custodiando tesoros desde muy antiguo. Su fiereza y voracidad, sus terribles garras, la rapidez que le dan sus alas, su vista perspicaz, unidas á una fuerza proporcionada á su corpulencia, le habilitaron para defender tesoros ocultos contra el común de los hombres. Mas á la postre muere á manos de un héroe ó semidiós. Perseo, Hércules, Cadmo respectivamente dan muerte á los dragones que custodiaban el jardín de las Hespérides, el vellocino de oro y la fuente mágica de Beocia. Édison, Pasteur, Roentgen, disipando las tinieblas del mundo visible, ejecutaron en nuestros tiempos hazañas semejantes.

El dragón y los demonios bajo diversas formas custodian igualmente los tesoros ocultos en el Río de la Plata. En las regiones andinas especialmente tienen centinelas de fuego. El fuego es señal constante de tesoros ocultos y encantos. Pero en las regiones andinas más señaladamente que en otras partes. Hombres y animales, en contacto con el suelo en que circulan, se cargan de fluido eléctrico positivo y negativo que se aislan y recomponen á favor de condiciones atmosféricas especiales. El cuerpo humano, convertido en una verdadera botella de Leiden, á veces se halla envuelto en ráfagas de fuego, que se meten y deslizan por entre la ropa. El viandante, que esto ve, y que siente las detonaciones de las descargas de electricidad en sus propios vestidos, y observa que los hilos del fleco de su poncho se atiesan y bailan como las laminillas ó bolitas de un electroscopio, y que la crin de su caballo chisporrotea brillando

de noche al pasar por sobre ella la mano, se sorprende y asusta, si no está prevenido de la novedad del fenómeno. Los indígenas atribuían estos fuegos á la industria del demonio, entretenido en infundir vanos temores en el ánimo de los transeuntes (1).

En los lugares metalíferos de las propias regiones andinas aparecíase ante la imaginación de los indios comarcanos un ser viviente que despedía de la cabeza una luz vivísima extraordinaria, que muchos presumían fuese el ambicionado *carbunclo,* según refiere el P. Techo. Esta aparición, ó *farol,* ha continuado presentándose hasta el día de hoy á los ojos de los arribeños, que miran en ello un indicio inequívoco de las muchas riquezas que oculta aún la tierra, ahora en minas, ahora en tesoros escondidos por la mano del hombre (2). Buen modo de esconder un tesoro: encendiendo un *farol.*

El *carbunclo,* por tanto, de las regiones próximas á los Andes, que no es sino, bajo alguna forma parecida, el *teyuyaguá* de las Misiones del Paraná y Uruguay, se halla en relación íntima con el origen de los metales, con la *madre* del oro y de la plata que entrañan los cerros, que ocultan las salamancas: es la luz y el movimiento personificados. En la antigua Europa, en el Oriente, en la India, hubo dragones y serpientes aladas que despedían de la cabeza una luz vivísima, semejante á un rubí ó *carbunclo* de color muy encendido. Simbolizaban, según antiguas leyendas, el sol de la primavera que comunica á la natu-

(1) El P. Nicolás del Techo, *Historia Provinciæ Paraquariæ Societatis Jesu.* — Samuel A. Lafone y Quevedo, *Londres y Catamarca.* — Francisco Latzina, *Géographie de la République Argentine.*

(2) Lafone y Quevedo, *Londres y Catamarca.*

raleza el movimiento de la vida: la luz desvanceiendo las tinieblas [1].

Las generaciones guaraníes del Río de la Plata y del Brasil tuvieron, á parte del *teyuyaguá,* que mora actualmente en los cerros de Yarao, la culebra de fuego. Llámasele *mboitatá* [2], y es muy pequeña. Recorre aun el día de hoy las campañas del Brasil y del Río de la Plata y Paraguay, zabulléndose en las lagunas y escondiéndose entre los peñascos de cerros y cerrilladas [3]. Pertenece á la familia del *teyuyaguá* de las Misiones y del carbunclo ó *farol* que alumbra las serranías de las regiones andinas. Los tres son pequeños, los tres (en todo ó en parte) de fuego; los tres andan por los cerros ó lugares donde regularmente hay imaginarios tesoros, y por entre las aguas de los lagos, cuyas arenas esconden á veces en diminutos granos luciente oro. El *mboitatá* es en su esencia un representante, como el carbunclo y el *teyuyaguá,* de la *madre del oro.* Oro, fuego y encanto, y culebras ígneas que los simbolizan, son ideas asociadas en la mente vulgar y del hombre primitivo. Mas el *mboitatá,* del propio modo que los demás fantasmas nacidos del fuego y el oro, representa asimismo en la imaginación popular otros conceptos varios misteriosos de la vida y de la muerte: luz, á veces, que viene de la morada de los espíritus, con algún fin desconocido, al mundo. Á su cumplimiento responden las transformaciones con que diversifican su ordinario modo de presentarse.

(1) E. Salverte, *Las Ciencias Ocultas.*

(2) De *mboí,* víbora ó culebra, y *tatá,* fuego. *Mboí* significa también fantasma.

(3) Continuidad de peñascales. Provincialismo del Río de la Plata.

Por eso el *mboitatá* aparece en algunas regiones del Brasil cual genio protector de los campos contra los incendiarios. Sin embargo las tradiciones no le conocen sino como una pequeña serpiente de fuego que ordinariamente reside en el agua. Suele transformarse en grueso madero hecho brasa, al que denominan *meuán*. El madero encendido, representando la divinidad airada, aplica la ley del talión á los que, por hacer daño ó sin necesidad, incendian los campos: abrasa á los incendiarios[1].

El poeta, en la amplia esfera de la imaginación, campa por su respeto. El historiador suele espaciar su ingenio con igual libertad, cuando escudriña el origen y la índole de hechos singulares que no ofrecen documento instructivo que los explique. Así aparece el *mboitatá* saliendo, á los ojos del indio, de entre las llamas que levantan los árboles de los bosques por su mano incendiados. El indio, donde ha de construir sus ranchos, en regiones montuosas del Brasil, pega fuego á los árboles que le estorban. Levántanse en espirales llamas poderosas, que corren impulsadas por el viento. Las serpientes, que estaban dormidas entre la espesa hierba, se retuercen, al sentir los ardores del fuego, y tratan de huir. De ahí, á juicio de escritores brasileños, el *mboitatá*, la *serpiente de fuego* que protege los bosques[2]. ¿No parece éste, para un bárbaro, un origen algo retórico del *mboitatá?* La *serpiente de fuego,* en el caso propuesto, es una metáfora, y no un mito. Y ¿cómo una

(1) *O Selvagem (Lendas Tupis: Origens, Costumes, Região Selvagem)* por Couto de Magalhães. Río de Janeiro.

(2) *A Religião dos Tupys-Guaranys* por el Dor. José Verissimo de Mattos, citado (para apoyarse en él) por D. F. J. de Santa-Anna Nery en su obra *Le Pays des Amazones.*

víbora, muerta entre las llamas de un bosque incendiado, había de ser precisamente la potestad vengadora de los árboles destruídos?

Una creencia popular ó selvática, enlazada á fenómenos naturales ó al espectáculo que ofrece el mundo ante el ánimo espantado del hombre primitivo, regularmente no se halla circunscrita á los términos geográficos que señalan la residencia de las generaciones ó pueblos en que aparece. Ya sea por la comunicación necesaria de ideas entre pueblos vecinos, aunque desafectos ó enemigos, ya por su común origen, ya porque de iguales causas y disposiciones congénitas nacen conceptos análogos ó semejantes, es casi seguro hallar en una vasta región, en un continente, mitos idénticos ó parecidos entre las diversas generaciones indígenas que lo habitan.

Las manifestaciones ígneas ó luminosas de la tierra, que ahora tienen por *almas en pena* ó *del otro mundo*, ahora por explosiones de la *madre del oro* ó por influjo ó fuerza del encanto á que está sometido un lugar determinado, y que ya llevan el nombre dc *espíritus*, ya el de *luces de la viuda*, ya el muy común de *espantos* en las regiones andinas y provincias inmediatas, conviértense en *ñandú-puitá* ó *ñandú-tatá*, ó, lo que es lo mismo, *avestruz colorado* ó *avestruz de fuego*, en las comarcas mediterráneas del Paraguay, Paraná y Uruguay. El *avestruz colorado*, sacudiendo las alas en medio del campo ó en la cumbre de un cerro, representa esas llamaradas que suspenden el ánimo de la gente campesina, arguyendo la existencia de un *entierro* ó tesoro escondido, ó de terrenos metalíferos exuberantes.

Ciertamente la posesión de *salamancas* y *salaman-*

queros, de tesoros escondidos y fuegos y estruendos, de carbunclos, de cerros que braman y se conmueven, de lagunas que se tragan á los transeuntes, de encantos en suma, no es cosa privativa del Río de la Plata, del Paraguay, del Brasil. El diablo es el mismo en todas partes. Él es quien tales enjuagues ordena para sus fines. Y ¿cómo había de privarse voluntariamente, sin qué ni para qué, de la comidilla que le ofrecían Méjico, Venezuela, Nueva Granada ó Colombia y demás países americanos? Guatemala, por ejemplo, tiene la *cueva encantada de Mixco* en una eminencia que, á manera de ombligo ó reventazón [1], se levanta en el valle de Jilotepepes. Nadie se atreve á penetrar en la cueva; porque, al llegar á la segunda de sus bocas, tiembla con ruido espantoso la tierra. Los indios llamábanle, por ende, *tierra viva.* Decían que había encerrado en ella un gran tesoro: cosa muy probable, según se explica un historiador del siglo décimoséptimo, *porque á la cueva, sólo por la cueva, sin otro interés, no la habían de defender con encantos.* Da mayor certidumbre á la sospecha la circunstancia de salir de noche por la boca de la cueva *grandes llamaradas é incendios,* que se ven desde muy lejos; pero en llegando cerca, *se extingue y apaga la claridad de aquella gran candelada, que por fuerza del tesoro ó del encanto se enciende.* La fuentecilla *Cateyá,* que significa *madre del agua,* era el dios de la cueva de Mixco [2].

(1) *Reventazón.* Eminencia no muy encumbrada, que parece salida violentamente de la tierra ó desgajada de una cordillera. Véase *Vocabulario Rioplatense* por el autor.
(2) *Historia de Guatemala* por el capitán D. Antonio de Fuentes y Guzmán, publicada por D. Justo Zaragoza.

Demonios, genios, serpientes aladas, *carbunclos, añangapitangas* ó *teyuyaguaes,* todo es lo mismo, todo tiene una misma causa ú origen y representa una misma cosa ante la imaginación del vulgo y del hombre primitivo: la *madre del oro,* la *fuerza de la tierra,* el cerro ó la montaña encantados, que braman, tiemblan, se iluminan, relampaguean y truenan: la *tierra viva* de los indios guatemaltecos.

Estas ideas vagas y oscurecidas, que el vulgo conserva á ley de cuentos y tradiciones caseras, enlázanse á las teorías de los primeros escritores que trataron científicamente de los fenómenos naturales. La razón y la experiencia despréndense á duras penas de los sueños del alma. Jorge Agrícola, alemán, el mineralogista más antiguo, no estuvo exento, aunque era un sabio, de las preocupaciones reinantes en su época (primera mitad del siglo décimosexto). Tratando de la naturaleza y generación de los minerales, consigna como un hecho comprobado que en los pozos, galerías y socavones de las minas de metales eran muy frecuentes las apariciones de demonios, y que lo mismo pasaba en todo lugar subterráneo [1]. Corría ya la décimaséptima centuria, y todavía los más sabios magistrados, que ilustraron la jurisprudencia con obras afamadas, trataban seriamente de los peligros y grandes molestias con que concurrían á hacer más y más duro y aflictivo el trabajo de las minas, peor mil veces que el de galeras, los *demonios subterráneos,* encargados de la guarda de los tesoros que esconde en sus entrañas la tierra. Estantiguas ó fantasmas, de diferentes y extrañas figuras espantosas, presentábanse de continuo á los ojos de los mineros: ahora

(1) Feijoo, *Teatro Crítico Universal.*

demonios, ahora duendes, que ya los dañaban en sus personas, ya con burlas y sorpresas los traían inquietos y alborotados. ¡Tanto costaba el codiciado metal! Bien decía el antiguo adagio: *raro, cuanto difícil, es todo lo hermoso* (1).

Por doquiera hallaron los conquistadores cerros encantados, con sus correspondientes cavernas, albergue de los dioses ó potencias sobrenaturales que el indio reverenciaba con espanto. En ellos el *añanga* de los guaraníes ó el *gualicho* de los pampas se entronizaba, para recibir los homenajes de los *payés* y de los *machíes,* que acudían allí confiados en merecer su favor y ayuda en las ocasiones solemnes. Después de la entrada de los españoles, entre los guaraníes especialmente, que fueron, por lo general, los menos indóciles, los mitos indígenas mezcláronse con los ritos, creencias y tradiciones del viejo mundo.

El cerro de *Añapuracitá,* en Santa Cruz de la Sierra, al pie del cual pereció el conquistador Nuflo de Chaves asesinado por un cacique, era el espanto de los chiriguanos. Allí el diablo *(añang)* entonaba canciones *(purahcy)* que los indios aprendían y cantaban á manera de himnos. Quien se atreviese á subir al cerro de *Añapuracitá,* moría asombrado. Solamente á los hechiceros ó *payés,* que tenían concierto con *añanga* y de él recibían sus confidencias y facultades preternaturales para obrar maravillas, les estaba permitida la ascensión á aquel lugar sagrado y espantable (2).

(1) *Política Indiana* por D. Juan de Solórzano y Pereira, del Consejo de Su Majestad en los Supremos de Castilla é Indias y antiguo Oidor de la Real Audiencia de Lima.

(2) Barco Centenera, *La Argentina.*

En la *salamanca* de los cerros de Yarao mora el *teyuyaguá*(1). De allí salió la vez primera que ojos humanos contemplaron maravillados el peregrino resplandor que le hermosea.

Las misiones jesuíticas del Paraná y Uruguay se fundaron primitivamente, á fines del siglo décimosexto, en la antigua provincia de Guairá. Poco después los pobladores de San Pablo, llamados *mamelucos* en sentido despectivo, por lo desordenados y perversos cuanto audaces y temibles, devastaron á sangre y fuego, robando y esclavizando, las ya florecientes reducciones. Los miserables restos de ellas, antes de mediar el siglo décimoséptimo, emigraban desastradamente, navegando aguas abajo el río Paraná. Mucho más adelante del punto en que éste confluye con el Iguazú, tan famoso por el salto colosal que dan sus aguas, la desolada grey peregrinante, dejando las balsas, asentó sus mustios lares en nuevas comarcas desiertas, que abrieron desde luego su seno á la reja del arado, produjeron el trigo, sazonaron la vid y embalsamaron el ambiente con la fragancia del azahar. Casi á orillas del Uruguay levantóse la ciudad de Santo Tomé, cuyas ruinas suministraron en la época actual fuertes materiales á los habitantes del nuevo pueblo, dedicado al comercio, que lleva el mismo nombre(2).

Un día el sacristán de la iglesia de Santo Tomé observó que las aguas de una laguna vecina hervían alborotadamente, como si estuviesen caldeadas por una gran hoguera subterránea. Fuése andando hacia la laguna, arrastrado por

(1) Voz guaraní: cierto género de lagartijas.

(2) Ciudad y departamento de la provincia de Corrientes *(Argentina)*.

la novedad del fenómeno. Cuando, ya algo alejado del pueblo, estuvo próximo al objeto que le atraía, salió, cesando de hervir las aguas, y se encaminó hacia él, una especie de lagartija, cuya cabeza, velada por una envoltura indefinible, parecía de fuego é irradiaba una luz peregrina que ofuscaba la vista. El sacristán de la iglesia de Santo Tomé, más feliz que Barco Centenera en caso idéntico, se apoderó del mirífico reptil, y metiéndolo en una *guampa* (vaso de cuerno de buey) con agua, se lo llevó á su casa. Entendió el sacristán que, habiendo salido del agua la lagartija, había de gustarle ó necesitar el agua para vivir. En seguida se fué en busca de alimento, proponiéndose regalarla con la rica miel de la *lechiguana* (abeja silvestre, que fabrica su nido ó panal en las matas, á poca altura del suelo).

El arcediano Martín del Barco Centenera, autor del poema histórico *La Argentina,* vino al Río de la Plata el año 1573 con la expedición del adelantado D. Juan Ortiz de Zárate. Por este tiempo corría valida la especie de que en las Indias había un animalejo que tenía en la cabeza una piedra preciosa, semejante á una brasa vivísima, del color del rubí. Llamábanle *carbunclo* ó *carbúnculo.* Barco Centenera dice haberle visto más de una vez en el Río de la Plata y que pasó infinitas congojas y trabajos por darle caza. El maravilloso reptil se le escapaba de entre las manos, por decirlo así, merced á la extremada agilidad de que estaba dotado. La misma luz que despedía, ofuscando la vista, extraviaba al perseguidor. Los guaraníes denominábanle *añangpitang*, ó sea, *diablo de piel colorada,* por el aspecto ígneo que presentaba su cuerpo ó su cabeza. El *añangapitanga* ó carbunclo que Barco Centenera tuvo la fortuna de ver repetidas veces en las comarcas

rioplatenses, no es otra cosa, ni menos real y verdadera, que el *teyuyaguá* de la *salamanca* del Yarao que vino á meterse en la *guampa* del sacristán de la iglesia de Santo Tomé.

De vuelta el sacristán con las provisiones que había ido á buscar para su huésped, venía diciendo entre sí: ¡Parece mentira que de la noche á la mañana, sin quererlo ni pensarlo, me vea convertido en un millonario! Con esta preciosidad que poseo, ¿cuántas riquezas no allegaré? ¡Suntuosos palacios en Buenos Aires, bien pobladas estancias en el Uruguay, ricos trapiches en Tucumán, excelentes yerbales en Loreto, que tan exquisito mate ofrece á los viciosos, y aun criaderos de diamantes en Matogrosso para dar realce á la presencia de la china más gallarda que viste *tipoy*[1] en cuanto bañan los ríos que corren á henchir el Plata! El sacristán hablaba con el entusiasmo de un poeta. Y no era para menos. Él habría oído decir muchas veces, sin duda alguna, que el conquistador Rui Díaz Melgarejo solía lamentarse, según cuenta Barco Centenera, de que, habiéndosele volcado una canoa en que navegaba, se le hubiese caído al agua un carbunclo que había encontrado, con el cual pensaba prestar grandes servicios á su rey. El sacristán de Santo Tomé no era hombre que levantase el pensamiento á grandes cosas. En sujetos de esta condición, los bienes de fortuna son ídolos en que adoran, sin acertar á disfrutarlos: gózase el bastardeado ánimo en la mera posesión de riquezas. Á fuerza de posponer todo lo demás

(1) Saco de lienzo ó de algodón, sin cuello ni mangas, que, ceñido á la cintura con el *chumbé*, usaban las mujeres guaraníes. Llegábales hasta los tobillos.

á este objeto de su pasión, va secándoseles el alma, y acaban por ser impíos. En este resbaladero vino á ponerse el pobre sacristán de Santo Tomé, á quien el diablo quiso escoger por trofeo en la ocasión presente.

Pasmado quedó el sacristán, cuando, al entrar en su aposento, se halla de manos á boca en presencia de una mujer bellísima, verdaderamente encantadora, que le dirige, para atraerle sigilosamente, blandas palabras de afecto. Si ambicionas, añadió, el oro y la plata, y los diamantes y los rubíes, sígueme: volveré á entrar en la *guampa* donde tú me pusiste, y me llevarás en tu mano adonde yo te encamine: allá tendrás riquísimos tesoros que todo caminante envidia.

El sacristán, aunque hechizado, no respondió inmediatamente á la tentación de la encantadora: ó no tuvo suficiente coraje para irse en seguida, ó le faltaron la ocasión y los medios. El hecho es que los padres de la Compañía que tenían á cargo la reducción de Santo Tomé, notando tibieza en la fe por parte del sacristán y no disimulable abandono en el cumplimiento de sus deberes, dieron en observar sus pasos. El resultado fué que descubriesen todo lo que pasaba. El *teyuyaguá,* que repetidas veces habíase transformado en impúdica mujer hechicera, desapareció. El sacristán, que otras tantas veces había pecado, fué preso. Se le juzgó y condenó. Pero cuando le iban á castigar, un gran ruido y sacudimiento, que, rajando la tierra, hizo temblar los edificios de la ciudad, consternó á todo el pueblo, terrificado á la vez con el fragor de agudos gritos extraños y formidables, que parecían salidos de la boca de algún espíritu infernal. Corrió al punto la voz de que, si castigaban al sacristán, Santo Tomé se hundiría. Los padres echaron

sus bendiciones, exorcizando al espíritu maligno que producía aquella confusión y escándalo. Mas al cabo, creciendo el tumulto y la angustia de los tomistas, fué preciso renunciar al castigo y dar libertad al procesado. El trayecto por donde se abrió la tierra, dando paso al *teyuyaguá* que acudiera tan estrepitosamente en auxilio del cautivo sacristán, está aún patente en Santo Tomé, desde cuyos arrabales, hasta la orilla del Uruguay, corre una zanja que las chinas é indios misioneros señalan como testimonio del suceso.

El *teyuyaguá* con su presa, pasando á nado el Uruguay, estuvo unos días en San Borja (sin duda para descansar y reponerse, después de tanto baqueteo), y luego siguió hasta los cerros de Yarao, en uno de los cuales está la *salamanca* de donde en noche oscura salió al encuentro del extraviado caminante de la vaquería el desconocido que le dijo ser también cristiano natural de Santo Tomé y que le dió una onza con la que, por más que gastase, nunca se hallaría falto de dinero [1].

Hace ya cerca de doscientos años que el *teyuyaguá* encarceló en el cerro de Yarao al sacristán de Santo Tomé. Hoy es, y todavía el sacristán de Santo Tomé, bueno y sano, pero arrepentido y triste, habita los inmensos palacios maravillosos de la *salamanca* de Yarao: rodeado de riquezas, las contempla impasible, sin disfrutar de las satisfacciones y regalos que, debidamente aplicadas, proporcionan fáciles en el mundo.

---

(1) Véase Cap. VIII.

CAPÍTULO XI.

Cerros bravos.

SUMARIO. — Cómo mira el vulgo los cerros y cavernas. — Sus aprensiones utilizadas por el arte. — Antropomorfismo de la naturaleza. — Personificación de cerros y serranías. — *Fuerza de la tierra: madre del oro.* — Los naturales de Santo Domingo personifican su isla. — Las fuerzas naturales á los ojos de los antiguos. — *Vida* del universo. — El mundo con narices. — Sus *células.* — Encantos de cerros. — Riquezas ó tesoros y encantos. — *Enojos* y *bramidos* de cerros. — Emigraciones de la *madre del oro.* — Cerros *bravos.* — El de Ocompíes en Santafé. — El de Tafí en Tucumán. — El de Famatina en la Rioja. — Fortalezas de los Incas ó *pucaras.* — Cerros de *Pan de Azúcar* en Salta. — La sierra de Ambato en Catamarca. — Causas naturales de los *estremecimientos* y *bramidos* de cerros y serranías. — El *Tronador* de las regiones andinas. — *Música* en las restingas de los ríos y en el fondo de las aguas. — Sus causas naturales. — Piedras vivientes. — La *Itacupú* de Corrientes.

Cerros y cavernas han dado constantemente á la imaginación del vulgo motivos fáciles de espaciarse en la nebulosa esfera de los fantasmas. Llamaradas misteriosas y estruendos formidables, sacudimientos y temblores que rajan la tierra y abren hoyos profundos, opulentas minas de oro y plata y tesoros ocultos, monstruos horrendos, aterradores espectáculos, magníficas habitaciones de personajes extraordinarios, de genios, de magos, de plañideras jóvenes

hermosas, todo eso y otros infinitos encantos maravillosos ofrecen á los ojos del candoroso espíritu del hombre ignaro é imaginativo los cerros elevados y las cavernas ó *salamancas* que en sus faldas ostentan. De ahí sacó (que no del solo ingenio) el fino cantor de *Esvero y Almedora* una de las bellas pinturas que enriquecen el esmerado poema:

Puebla feliz alígera cuadrilla
Plátano y palma, y cedro y cinamomo,
Y aliso y sauce en la bañada orilla,
Y las copas que esmalta el áureo pomo.
Segura de temor la tortolilla
No se esconde arrullando á su palomo;
No aguarda el ruiseñor que el día acabe,
Para entonar su cántico süave.

Hurtos del aura, en la campiña amena,
Con su fragante soplo se disfruta
Jazmín y rosa, y nardo y azucena,
Y cuanta esencia cada flor tributa.
Súbito estruendo, empero, el campo atruena....
Parece, retemblado, interna gruta
El cerro abrir: muestra entre roca y roca
Un espacio capaz de áspera boca.

Llega, entra Esvero, ¿adónde? Arde luciente
Magnificada cúpula de estrellas,
Á reverberación resplandeciente
Lanzando un mar de fúlgidas centellas.
Adonde quiera que la planta asiente,
Ve que hervirá debajo de sus huellas:
Creyera verse, adonde quiera mira,
Ileso, en medio de flamante pira[1].

(1) *Esvero y Almedora* por D. Juan María Maury. «Ve que *hervirán* debajo de sus huellas,» reza el texto (edición de París, Librería Hispano-Americana, 1840): error manifiesto.

Suertes varias de encantamientos distinguen á las *salamancas* ó cuevas misteriosas, á los cerros y sierras y á toda eminencia barrancosa. Cada una tiene, por lo regular, su individual origen, su carácter, su historia, su destino. Pero las más comunes, las que carecen de una historia particular, las que presentan una faz característica, un tipo general, en el Río de la Plata, son aquellas cuya virtud estriba en los tesoros y minas que guardan, albergando en su escondido seno la *madre del oro y de la plata.*

Inclínase naturalmente el espíritu del hombre, en la época de la infancia de las sociedades, cuando la luz de la razón aplicada á la observación de la naturaleza no ha disipado aún las nubes que encapotan el cielo de las ideas en el mundo de la verdad, á suponer en las inteligencias ó númenes, en las divinidades gentílicas, en diversas clases de ángeles y demonios, en multiplicidad de entes incorpóreos ó monstruosos, la actividad generadora de los hechos y fenómenos preternaturales ó extraordinarios cuya explicación y conocimiento no se hallan al alcance de su comprensión ó de sus sentidos. En todos los pueblos primitivos aparece el antropomorfismo poblando la naturaleza de agentes personificados de casi idéntica manera.

Suponen algunos autores que la personificación de las fuerzas de la naturaleza corresponde á una época posterior á la infancia de las sociedades, quienes primitivamente no pudieron levantar el pensamiento de la limitada esfera del antropomorfismo. Pero, bien miradas las cosas, el antropomorfismo ¿qué es, en suma, sino la personificación de las fuerzas de la naturaleza? Al personificarlas, no procede el hombre primitivo por vía de análisis y de abstracción, sino vaga é intuitivamente, por efecto de la nueva impresión

que hacen en su ánimo inculto los fenómenos naturales. Las inteligencias ó potestades superiores que forja su mente, ¿qué son, en substancia, sino concepciones antropomórficas de la vida del mundo físico? Las fuerzas y los resultados de las fuerzas constituyen la materia de todo género de personificaciones. La magnitud y las formas extraordinarias de ciertos objetos notables de la naturaleza despiertan espontáneamente en la imaginación la idea oscura de un inmediato y poderoso elemento dinámico que los informa y los anima; y de ahí la personificación de estas ó aquellas montañas, sierras, quebradas y cerros, de abismos y hondas cavernas, de dilatadas lagunas, etc. Seres conscientes, generalmente monstruosos, dotados de cualidades y de afectos ó pasiones semejantes á las que al hombre caracterizan, han sido el molde más común en que han fundido sus impresiones, ante el espectáculo de la naturaleza, los pueblos primitivos.

Los cerros y lugares breñosos medianamente elevados llaman la atención del hombre campesino. La tradición de que en ellos han solido hallarse minas y tesoros, le hace sospechar que encierran los medios de sacarle de pobre, si la fortuna ú otras causas naturales ó extraordinarias le facilitan su adquisición. Ofrecen á sus ojos y á sus oídos fenómenos varios que le suspenden y maravillan: llamaradas, estruendos, voces, bramidos, estremecimientos, ayes. Un espíritu, un ente sobrenatural, fantástico, los informa ó vive en ellos. Son lugares encantados.

Henchidos con la substancia metalífera cuya fuerza caldea sus entrañas y dotados de individualidad, reunen, para el hombre primitivo y el vulgo ignaro, las condiciones propias de los seres organizados. Las piedras que sirven de ci-

miento y armazón á la sierra, montaña ó cerro, forman los huesos y musculatura del monstruo: la tierra que los rellena, compone su carne: los filones y vetas metálicas equivalen á sus nervios y sus venas: las profundas cavernas muestran sus negras bocas. Tienen asimismo un alma: la *madre del oro,* la *fuerza de la tierra,* como si dijéramos el foco de su sensibilidad y sus ideas[1]. Por eso se observa que el monstruo se *enoja* y *tiembla* con furor, *estremécese* con delirio, *brama* de ira, y que estalla con estrépito (*tronando* y *relampagueando*) el concentrado fuego de sus pasiones[2].

Los isleños de la *Española* ó Santo Domingo personificaban la región de que eran poseedores. Creían que la isla estaba dotada de organismo viviente: que respiraba, comía y digería como lo hacen los animales. Uno de los efectos fisiológicos de la última de dichas funciones vitales, tenía su órgano apropiado en una cueva insondable y misteriosa que del lado del mar ostentaba la isla[3].

(1) Entre mineros, *madre del oro* es, según el P. Bernabé Cobo, el metal (comúnmente cobre ó plata) con que sale mezclado el oro. (*Historia del Nuevo Mundo.*)

«Tomóle ciertas piedras doradas, que eran como *madres de oro,* que por tiempos todas se convirtieran en oro» etc. (El Cronista Antonio de Herrera, *Décadas de Indias: Historia Gen.* etc.)

El vulgo desmaterializa más el significado de la expresión. Los indios del Perú decían que el sol criaba todas las cosas y que les daba *madre.* (Fray Bartolomé de las Casas, *De las Antiguas Gentes del Perú,* public. por D. M. Jiménez de la Espada.)

(2) «Cuando caían malos (alude á los indios del Perú), en aquel lugar decían que *la tierra estaba enojada,* y derramaban chicha y quemaban ropa para aplacarla.» (El Licenciado Fernando de Santillán, *Relación del Origen y Gobierno de los Incas,* en la obra *Tres Relaciones de Antigüedades Peruanas* publicadas por el Ministerio de Fomento, Madrid.)

(3) Pedro Mártir de Anglería, *Fuentes Históricas sobre Colón y América* dadas á luz y traducidas por el Dr. D. Joaquín Torres Asensio.

Plinio el Antiguo, nacido el año 23 de la era cristiana, compuso con toda la elevación de espíritu que permitían los escasos conocimientos científicos de su época, una historia natural que vino á ser harto famosa. Valióle el sobrenombre de *Naturalista*. Considerando el globo terráqueo en los más notables productos y fenómenos que presenta: en los volcanes que flamean y rugen, en las *fatídicas cavernas cuyas exhalaciones embriagan é infunden el don de adivinación*, en los tesoros, en las piedras preciosas, en las aguas medicinales, en tantas otras cosas que maravillan, pregunta: ¿qué causa pueden tener, si no se mira en todo ello la divinidad de la naturaleza, que, esparcida por doquier, bajo infinitas formas varias se manifiesta? (1)

La ciencia contemporánea ha querido ver representada la vida orgánica en el planeta que habitamos y en el universo todo, tendiendo á identificarla con la de los seres propiamente animados. La *vida* del globo terráqueo (y la del universo) redúcese á una esfera exclusivamente material: fenómenos puramente físicos y acciones ó reacciones químicas, movimiento, concurso, oposición y equilibrio de fuerzas. En este sentido, el universo, los millares de millares de mundos que le componen diseminados en el espacio, todos los seres que los pueblan y todos los fenómenos que en ellos se manifiestan, hállanse dotados de *vida*, sujeta á un solo y único principio informante (el movimiento, según algunos) en el orden material, así como único y solo es (la soberana esencia) el de quien emana todo lo que existe en el mundo del espíritu y de la materia. Como

(1) C. Plinii Secundi *Naturalis Historiæ* liber II.

principio originario de todas las cosas, como creador de todas las cosas, cabe decir que el ser divino se halla virtualmente en ellas. La misma idea de Plinio, que descubría en todas las cosas á la divinidad difundida por la naturaleza y manifestándose de mil maneras admirables, no se alejara, en tal concepto, descartada toda idea de panteísmo, de la noción cierta del mundo y del universo. Aléjase de ella el concepto de quien contempla en la causa primera, no un ente espiritual consciente superior á la naturaleza, sino un mero principio activo, despojado de personalidad, que, transformando fuerzas, produce inmediatamente todo cuanto existe en el universo.

Filósofos y geógrafos antiguos, equiparando á la vida del cuerpo en los seres animados la del globo terráqueo, hanse propuesto hallar en éste órganos similares á los que poseen los primeros para ejercer las funciones propias del organismo. Solino *(C. Julius Solinus)*, que en el siglo tercero de nuestra era escribió, siguiendo y extractando á Plinio, si bien con algo de su cosecha, una descripción de la tierra[1], preséntala á modo de ser viviente y le pone unas *narices* en el fondo del Océano. Así, las mareas, el flujo y el reflujo del mar, representa, en la economía del mundo, el fenómeno fisiológico de la respiración ejercida por sus pulmones.

La magia y la *ciencia oculta,* en que aquélla se funda, consideran al hombre, al animal, á la planta, al globo terráqueo, al sistema planetario, á los infinitos mundos que ruedan por el espacio, como una serie de *células* del uni-

(1) *De Situ et Mirabilibus Orbis.* El primitivo nombre de la obra era *Polyhistoria.*

verso, cada una de las cuales encierra análogos elementos de vida orgánica, enlazados entre sí por un principio único que pone todo en perfecta armonía y correspondencia. Este concepto de la vida universal es la base de los razonamientos por analogía en que apoya sus inducciones y deducciones la *ciencia oculta*[1].

El oro y la plata son los productos de la tierra que más determinadamente representan la riqueza en el sentido vulgar (no científico ó económico) de la expresión. Las *riquezas* suscitan en la imaginación la idea del oro y de la plata, metales que el descubrimiento y conquistas de América hicieron aún más famosos y significativas. Pues bien, el oro y la plata encierran, para el vulgo, un elemento dinámico, que á la par con el químico, producen el fuego y el estruendo misteriosos que forman el *encanto* de los cerros y serranías. La *madre de los metales, la fuerza de la tierra,* responde á un encantamiento, á un oculto y misterioso hervir de la naturaleza.

Encantos y personificación de las fuerzas de la naturaleza son conceptos imaginarios á que el vulgo ha vinculado las riquezas que el suelo encierra. El terreno pedregoso y generalmente elevado que las contiene, á parte de ser á veces en sí mismo un lugar personificado, alberga seres fantásticos de varias formas aterradoras ó *demonios subterráneos.* Éstos, entre otros ministerios de que están encargados, custodian los tesoros ocultos. Las propias maneras de manifestarse que el vulgo atribuye á la *madre* de los metales nativos, á las minas de oro y plata, hálla-

(1) *Traité Méthodique de Science Occulte* por Papus. Lettre-Préface de Ad. Franck, de l'Institut.

las también su imaginación en los *tesoros* escondidos por la mano del hombre, como talegas de onzas ó alhajas y otros objetos de subido valor. El *encanto* unifica las causas y los efectos. En uno y otro caso trátase de *riquezas,* que los espíritus defienden contra atrevidas manos codiciosas[1].

El concepto que el hombre primitivo forja en su imaginación de los fenómenos y objetos naturales diversifícase en cada país ó nación conforme á las particularidades de su cosmogonía y de sus mitos, pero conservando sus caracteres primordiales. Mauritanos y etíopes tenían sus cerros habitados de seres fantásticos. Por la noche fuegos varios iluminaban sus cumbres y sus laderas: rústicas flautas, acompañadas de panderos ó adufes y de sonajas, hacían oir de lejos dulcísimas melodías que nunca oídos humanos oyeran. Un mediano cerro había en África, en la Libia, que suponían, por su forma, sepulcro de Anteo, gigante nacido de la diosa Cibeles ó *Gea* (personificación de la tierra). Era un tirano á quien nadie se atrevía. Hércules, suspendiéndole en alto á fin de que no recibiera del suelo las fuerzas que le constituyeran invencible, ahogóle entre sus brazos. Cuando algún codicioso, allegándose al cerro encantado, extraía de él algún objeto, desencadenábase una tempestad que, con el pavor que infundía, le obligaba á

(1) «Las minas de este cerro (del Potosí) no fueron labradas en tiempo de los Incas, que fueron señores del Perú antes de entrar los españoles.... La causa debió de ser no tener noticia de ellas; *aunque otros cuentan no sé qué fábula: que quisieron labrar aquellas minas, y oyeron ciertas voces que decían á los indios que no tocasen allí, que estaba aquel cerro guardado para otros.*» (El P. José de Acosta, *Historia Natural y Moral de las Indias.)*

dejarlo [1]. He ahí un cerro que se *enoja,* como dicen en el Río de la Plata de los que relampaguean y truenan y *braman, cuando alguno se les acerca ó intenta extraer de ellos los tesoros que esconden ó guardan en su seno* y en sus antros, habitados de gigantes, de negrillos y de monstruos diversos, y de los cuales salen voces, gritos, ayes y melodías indecibles. Análogo concepto formaban del oro y sus minas los indígenas de otras regiones americanas. Creyeron los de Tierrafirme que el oro contenía una deidad, sin duda emanada del sol, á quien adoraban. Las altas montañas de Dabaida proceden de una divinidad, que, cuando se enoja, manifiesta su ira por medio de truenos y de relámpagos. De más es decir que tales regiones encerraban opulentas minas de oro y abundancia de piedras preciosas [2].

La *madre del oro, ó de la plata,* la *madre de los metales,* se traslada á veces de un punto á otro, ó *se va,* como dicen, á la manera del alma que se separa del cuerpo de un ser viviente que ha llegado al término de su existencia, que la ha ya completado. Despréndese, por consecuencia, del foco en que actuaba, para ir á dar forma á otros elementos apropiados á su tendencia, ó para volver al seno de la naturaleza, al centro ó fuente de que provino. Por eso, cuando se observan en un cerro ó serranía esas llamaradas, esos ruidos misteriosos, y esos sacudimientos, que semejan á los últimos alientos, á las convulsiones, al estertor

(1) *Compendio Geográfico é Histórico del Orbe Antiguo* según Pompeyo Mela, traducido é ilustrado por D. Jusepe Antonio González de Salas. Edición Sancha.

(2) Pedro Mártir de Anglería, *Fuentes Históricas sobre Colón y América* trad. por el Dr. D. Joaquín Torres Asensio.

de un moribundo, dice la gente del campo que *la madre del oro se va,* ó que *pasa de un lugar á otro*[1]. Á las veces la *madre del oro* se escapa, antes de que el cerro se halle henchido del precioso metal que alimenta. Y hay ocasiones en que no se aleja para siempre del lugar de que se desprendiera; sino que, al cabo de cierto tiempo, vuelve allí y continúa manifestándose por los propios medios preternaturales con que antes de su ida maravillaba á los transeuntes. Un ser viviente que aun no ha alcanzado su completo desarrollo y perfección, suele morir por causas extrañas al orden natural y progresivo de su existencia; y la *madre* que informa los metales subterráneos, suele ejercer su actividad alternativamente en uno y otro lugar, en este y en aquel cerro encantados. Muchas veces han visto los vecinos, y no vecinos, de los cerros de Yarao, salir de él y dirigirse hacia los tres cerros de la Cruz, en Corrientes, la *madre del oro.* Otras tantas veces los vecinos, y no vecinos, de los cerros de la Cruz la han visto desprenderse de ellos y encaminarse en dirección á los de Yarao, desde cuyas respectivas cumbres se divisan uno y otros. Ve y señala la imaginación vulgar una zanja, cubierta, con

(1) El historiador Fray Juan de Torquemada, que escribía en una época en que naturalmente era desconocida la hipótesis del fuego central del globo, relativamente á los volcanes y á otros fenómenos terrestres, así como la más moderna teoría de las acciones químicas, caloríficas y dinámicas, explicábase de este modo: «Tengo para mí que hay lugares que tienen propiedad de atraer á sí exhalaciones secas y cálidas, y esas se convierten en fuego y en humo, y con la fuerza de ellas lanzan también otra materia gruesa que se resuelve en ceniza ó en piedra pómez ó semejante. Y que esto sea así, es indicio bastante el echar á tiempos el humo, y no siempre, y á tiempos fuego, y no siempre; porque es según lo que ha podido atraer y digerir.» *(Monarquía Indiana.)*

el andar de los años, de un pasto amarillento, que formara el *teyuyaguá* (otros dicen que una serpiente de tres cabezas) en un viaje que hizo desde el cerro de Yarao á los cerros de la Cruz. Hace unos cincuenta años reventó con gran estrépito un cerrito de los muchos que contiene el quebrado territorio del Uruguay. ¿Cuál sería la causa? *La madre del oro, que se fué para el Brasil,* en cuya dirección iban las llamaradas que despidió al dar el estampido. *Cuando el tiempo se descompone,* ó á mediodía en los de mucho calor, es la ocasión en que los susodichos fenómenos, sobrenaturales para el vulgo, se verifican.

Enójanse los cerros, las cordilleras y montañas, los ríos y lagunas, tronando, estallando, relampagueando, encapotando con nubes el cielo, embraveciendo las aguas, soplando con furor, desencadenando tempestades. « Muchas veces me han querido persuadir los naturales, dice el P. Guevara, que no llegue á tal cerro, monte ó laguna, porque es muy *bravo* y sabe *enojarse.*»[1] De ahí el nombre de cerro *Bravo* que lleva el de Ocompíes en la provincia argentina de Santafé, cuyos habitantes aseguran que *da bramidos, cuando quiere mudarse el tiempo*[2]. Y de ahí tantos otros cerros *bravos* de la cuenca del Plata. El de Tafí en Tucumán y el de Famatina, con su respectiva *salamanca,* en la Rioja, son harto mentados, por los

(1) *Hist. de la Conquist. del Parag., Río de la Plat. y Tucum.*
D. Samuel A. Lafone y Quevedo, aludiendo al modo que tienen de expresarse los catamarqueños según las creencias vulgares, dice así: «Si algún afortunado tiene el derrotero que le indique el paradero de algún tapado ó rica mina por aquellas alturas, ahí está el *cerro que se enoja, brama y hace que se descomponga el tiempo.*» *(Londres y Catamarca.)*

(2) El P. Guevara, obra citada.

nubarrones, truenos y relámpagos que despiden, *cuando se enojan.* Del cerro de Famatina sacaron los ministros de los Incas, según tradición, grandísimas riquezas de oro y plata. En su laboreo ocupábanse millares de indios comarcanos. Para su defensa tenían construídas en él varias fortalezas ó *pucaras,* en las que resistieron con denuedo á los españoles durante largos años. Vano fué empero el esfuerzo de los conquistadores; pues, aunque se apoderaron del codiciado cerro de Famatina, no disfrutaron de sus riquezas: los magos, al abandonarle en manos de los enemigos victoriosos, le dejaron encantado. De entonces más se divisan á lo lejos las brillantes vetas de oro y plata que á los rayos del sol manifiestan la opulencia del Famatina; pero, en acercándose á buscarlas, desaparecen, ó bien se levantan horrísonas tempestades que hacen retroceder al más osado(1). En medio de una vasta llanura de la provincia de Salta se encaraman dos cerros que, por su forma, les llaman *Pan de Azúcar,* denominación que los conquistadores aplicaron á muchas otras eminencias semejantes del Nuevo Mundo. Cuando algún transeunte (de los muy contados que á ello se atreven) intenta cruzar por entre los cerros de Pan de Azúcar, ó subir á sus no exploradas cumbres, tiemblan y braman espantosamente, como si un monstruo colosal, escondido en sus entrañas, despertase y se revolviese con furor, al sentir turbado su sosiego(2).

Corre de norte á sur, desde Tucumán hasta la Rioja, cru-

(1) El P. Lozano, *Hist. de la Conquist. del Parag., Río de la Plat. y Tucum.*
(2) *Buenos Aires y otras Provincias Argentinas* por T. J. Hutchinson, trad. y anot. por D. L. V. Varela.

zando Catamarca, cuyo valle forma con la sierra de Ancasti, la famosa de Ambato, que aterra con sus *bramidos* á los transeuntes. Visiones, gritos, ayes dolientes, se ven y se sienten durante la noche en sus laderas y en sus cumbres. La nevada y tormentosa cordillera de Aconquija es su tronco matriz, ofreciendo, como éste, altísimas cumbres. Cuando la sierra de Ambato *brama,* tiembla el suelo y agítase la atmósfera, fenómeno que atribuyen algunos á las reacciones químicas de las substancias metálicas que sin duda alguna encierra en sus entrañas. Duda el P. Soprano que los muchos y ricos veneros de Ambato sean siempre la causa de sus estruendos y temblores; porque en la sierra Grande de Córdoba, donde no hay indicios de metales, ha sentido bramar y moverse el suelo de la propia suerte (1).

La causa verdadera de los *estremecimientos* y *bramidos* de que se trata, no es otra visiblemente que la explosión de gases ó vapor de agua encerrados en las cavidades de los cerros y de las sierras. Á favor de determinadas condiciones atmosféricas, especialmente de la humedad y el calor, revienta el peñasco hueco, impulsado por la dilatación del agua ó gases que contiene, á la manera que dicen se efectúa la explosión de las geodas ó *cocos* (2).

Las causas generales de los temblores y terremotos, lo serán, á veces, de aquellos fenómenos, y en muchos casos producirá el ruido y sacudimiento la simple caída de un peñasco. Así sucede que piedras enormes que se desgajan, y que, ahora caen á plomo de una altura considerable, ahora

(1) *La Virgen del Valle y la Conquista del Antiguo Tucumán.*
(2) Véase Cap. XXVI.

se precipitan rodando y chocando contra otras semejantes que, ó bien se despedazan, ó bien inmobles resisten el golpe formidable de la que desciende, haciéndola saltar y revolverse, producen ruidos estrepitosos y retumbantes en todas las eminencias escarpadas de constitución peñascosa. Cuando el tiempo se descompone, más fácilmente se efectúa el derrumbe de los peñascos agrietados, á favor de la humedad y el calor, por su propio peso, una vez que las aguas, socavando su apoyo, los dejan en falso. El estruendo que produce el derrumbe, es mucho mayor también naturalmente, estando cargada la atmósfera.

El *Tronador* es un alto monte nevado, cuya ruidosa denominación le viene del espantoso estruendo que produce con frecuencia la constante caída de los aludes que se precipitan rodando por sus laderas. Hállase el *Tronador* no lejos de la laguna ó lago de *Nahuelhuapí,* cuyas aguas duermen del lado oriental de los Andes, hacia las puntas del río Negro de Patagonia. En la más grande de sus islas, inmediata á la orilla, misioneros jesuítas establecieron, á fines del siglo décimoséptimo, una reducción de indios puelches y poyas, que poco duró, asesinados los intrépidos padres é incendiada la iglesia.

Ha sido creencia generalizada en el Viejo Mundo, y por ende en el Nuevo, hasta ya muy avanzada la edad moderna, que los grandes ruidos ó truenos y la aparición de relámpagos y llamaradas donde y cuando no podían ordinariamente esperarse unos fenómenos semejantes, indicaban, á la manera de los cometas, guerras, sequías, pestes y otras calamidades entre los hombres. Mucho preocuparon á los moradores de la Ciudad de los Reyes (Lima) dos formidables truenos que, acompañados de sendos relám-

pagos nunca vistos por lo fuertes, se sintieron en el próximo cerro de San Cristóbal el año de 1680 [1].

Otro género de sonidos, sonidos dulces y melodiosos, percibe el paisano rioplatense en el fondo peñascoso de las aguas y en las restingas de los arroyos. Música de arpas, de órganos y de guitarras endulza de noche, especialmente pocas horas después de la caída de la tarde, el ambiente de las costas y de las islas donde forma su *cancha* el leñador ó carbonero ó donde el vecino de la comarca arroja el largo *aparejo* [2] tranquilamente sentado en la alta pesquera. La gente campesina ve en ello el encanto que infaliblemente acompaña á todo hecho extraordinario é inexplicable á sus ojos.

Alejandro de Humboldt, navegando el Orinoco, oyó decir á todos los del país que á ciertas horas del día se sentían salir de los peñascos ruidos extraños. Inquiriendo por sí mismo lo que en ello hubiese de verdad, pudo convencerse de que no se trataba ya de una preocupación campesina, sino de un hecho real y verdadero. Explícale del modo siguiente. Las peñascosas moles ó restingas están llenas de hendiduras tan delgadas como profundas. Caldéanse durante el día. Entre 48° y 70° varía el calor que adquieren, calculándose en 28° el del aire ambiente. Fácilmente se concibe que la diferencia de temperatura entre el aire subterráneo y el exterior llegue á su máximum hacia la salida del sol, cuando menos próxima está la hora del

(1) El Dor. D. Diego Andrés García, *Tratado del Origen de los Indios del Perú* etc. (carta al fin).

(2) Instrumento de pesca, que consiste en un bramante de diez ó quince brazas, con uno ó más anzuelos en la punta. Sobre la voz *cancha* véase *Vocabulario Rioplatense* por el autor.

mayor calor del día. Esos sonidos semejantes á los de un órgano que aplicado el oído á un peñasco se sienten, ¿no serán, por lo tanto, el efecto de una corriente de aire que sale por las hendiduras? El roce del aire con las hojuelas elásticas de la mica, que interceptan las hendiduras, ¿no contribuirá á modificar los sonidos? Creíble parece que los antiguos habitantes del Egipto, que incesantemente subían y bajaban el Nilo, hayan hecho en la Tebaida la misma observación que los moradores del Orinoco, dando lugar á las farsas de los sacerdotes con la estatua de Memnón. El aire que durante el día se caldeara, escápase de noche por los resquicios, produciendo los cantos de que los viajeros dan noticia. Ruidos semejantes hanse observado en las playas del Océano. Manifiéstanse precisamente en el punto y hora en que apunta el día y cierra la noche, como si con armonías sobrenaturales quisiera algún genio de las aguas saludar á la aurora, cuando aparece, y consolarnos de la ausencia del sol, con la esperanza de su retorno, cuando se ha sepultado en el horizonte [1].

Pero ¿qué mucho que los cerros se estremezcan y bramen, si una piedra desnuda, sola, vive y crece como si fuera una planta? Parece que Demócrito, filósofo griego que se reía de todo, y que por tanto debía de reirse á carcajadas de las maravillas de los magos, se propuso demostrar que las cosas que más tenían de sobrenaturales á los ojos del vulgo, no eran sino fenómenos debidos á las propiedades ocultas de los cuerpos. Por consiguiente la magia, para Demócrito, consistía en la aplicación de las leyes de la natu-

(1) *Mystères des Sciences Occultes* por Un Initié. París. Librairie Illustrée.

raleza, cuyas obras presentaba extrañamente modificadas á la vista del hombre ignaro. Supuso el valiente filósofo que las piedras tenían un alma vegetativa. Sabios naturalistas, como Tournefort y Lineo, que en el siglo décimoctavo ilustraron las ciencias, admitieron como posible el supuesto crecimiento de las piedras.

Creencias análogas tiene el vulgo americano, las cuales enlaza con otras naturalmente imbuídas de misterio en regiones pobladas de almas en pena y fantasmas. En Corrientes de la Argentina, á pocas leguas de la ciudad de Mercedes, yendo de Curuzú-Cuatía, osténtase en una caída del terreno una piedra de forma piramidal, que hace como una cintura á un par de varas de su base. Llámanle *Itacupú,* voz guaraní, que significa *piedra alta.* Su altura será de unos cinco ó seis metros; el ancho, de unos dos metros. Asegura el vulgo que esa piedra *se cría, crece;* y añade que se ven luces y apariciones en torno de ella: que primitivamente fué una cruz, labrada ó puesta allí por los jesuítas ó *teatinos,* y que, después de la expulsión de estos solícitos misioneros, á medida del crecimiento fueron desapareciendo y ocultándose sus formas, de que aun quedan patentes indicios. Las piedras carecen de vida orgánica, y por lo mismo no pueden desarrollarse como los vegetales y animales, ni crecer por intususcepción, tomando y asimilándose interiormente los elementos necesarios para el efecto. Pueden, sí, aumentar de volumen por yuxtaposición, como todo mineral; pero, hallándose en la superficie de la tierra, expuestas á la acción de las aguas y al natural desmedro por otras causas exteriores, antes llegarán á empequeñecer y extinguirse, que á adquirir mayores proporciones. Sólo que las aguas, arrastrando la tierra

que rodea la parte inferior de una piedra, la hagan aparecer cada vez más alta y voluminosa. Entonces, para el ánimo ya preocupado con la idea del crecimiento, día á día irá siendo mayor la corpulencia de la animada piedra misteriosa. Esto es lo que en todo caso sucederá con la famosa *Itapucú* de Mercedes.

CAPÍTULO XII.

Entierros y guacas.

SUMARIO. — Lugares encantados. — Tesoros escondidos ú ocultos: minas, *entierros*, *tapados*, *guacas*. — Guardianes de tesoros. — Supuestos tesoros de los jesuítas. — *Casa blanca* de Mbororé. — *Casa blanca* del valle de Catamarca. — El secreto eterno: cuento misionero. — Destrucción de las Misiones por los portugueses. — Castigo del cielo padecido por un soldado. — El cuadrante de la Cruz. — Espíritus elementales de la tierra. — *Gnomos*. — Los enanos de Europa repartiendo con parsimonia las riquezas de la tierra. — Prodigalidad de los *salamanqueros* del Río de la Plata. — Trabajadores de minas: criaturas muertas sin bautizar. — *Zahoríes*. — Los rayos invisibles de Rœntgen ante el tribunal del Santo Oficio. — Procesos de varios brujos *zahoríes*. — *Zahoríes* modernos. — Riquezas reales y riquezas supuestas del Nuevo Mundo. — *Entierros* y *almas en pena*. — Fuerzas naturales. — Creencias vulgares enlazadas con ellas. — Doctrinas científicas bosquejadas por los españoles de la época subsiguiente al descubrimiento de América. — La magia y la ciencia ante la naturaleza.

Raro es el cerro peñascoso y escarpado, desde la cordillera de los Andes hasta las comarcas del Uruguay, Paraná y Paraguay, que no tenga su *salamanca* ó cueva encantada, que no encierre considerables riquezas de oro y plata en sus entrañas, que no se embravezca y dé bramidos estrepitosos, que no presente en su cumbre algunos negrillos que desaparecen á los ojos del que curioso se

les acerca, que no emita luces y resplandores que á veces iluminan una vasta extensión de territorio. Aprensiones son éstas generales en toda la América, sin duda ninguna, como que, habiendo traído su origen de Europa, hallaron terreno fértil y apropiado en que arraigar y desenvolverse (1).

Tesoros naturales, que consisten en ricas minas de oro y plata descubiertas, pero generalmente ignoradas de los hombres, ó, sino, tesoros escondidos, con cuyo paradero nadie atina, están custodiados por gigantes y por serpientes, amén de hallarse rodeados de otras particularidades que se oponen al intento del temerario que los busca. El

(1) «Durante las guerras entre moros y cristianos que asolaron este país (España) por espacio de algunos siglos, las ciudades y los castillos estaban expuestos á cambiar repentinamente de dueño, y sus habitantes, mientras duraban los bloqueos y los asaltos, se veían precisados á esconder su dinero y sus alhajas en las entrañas de la tierra, á ocultarlo en las bóvedas y pozos, tal como se hace hoy día en los despóticos y bárbaros países de Oriente. Cuando la expulsión de los moriscos, muchos de ellos escondieron también sus más preciosos objetos, creyendo que su destierro sería solamente temporal y que ellos volverían y recuperarían sus tesoros en el porvenir. Se ha descubierto casualmente algún que otro dinero, después de pasados algunos siglos, entre las ruinas de fortalezas y casas moriscas; habiendo bastado unos cuantos hechos aislados de esta clase para dar pie á un sinnúmero de narraciones fabulosas sobre tesoros ocultos.»

«Las historias que de aquí brotan tienen generalmente cierto tinte oriental, y participan de esa mezcla de árabe y cristiano que parece característico en las cosas de España, especialmente en las provincias del mediodía. Las riquezas escondidas han de estar casi siempre bajo la influencia mágica, ó guardadas por encantamientos y talismanes, y algunas veces, defendidas por horribles monstruos ó fieros dragones, ó bien por moros encantados que se hallan maravillosamente vestidos, con sus férreas armaduras y desnudas las espadas; pero inmóviles como estatuas y haciendo una desvelada guardia durante muchos siglos.» (Wáshington Irving, *Cuentos de la Alhambra*, trad. por D. José Ventura Traveset. Granada.)

tesoro escondido, comúnmente se llama *entierro.* En las provincias argentinas que están situadas entre la cordillera de los Andes y los ríos Paraná y de la Plata, llevan el nombre quichua castellanizado de *huacas* ó *guacas* los tesoros que, durante las conquistas del Perú y de Chile, se supone escondieron ú ocultaron las gentes de la tierra que rindieran vasallaje al Inca. La voz *huaca,* entre los indios del Perú, tenía diversas acepciones, que regularmente envolvían la idea de cosa adorable ó sagrada. Explícalas el Inca Garcilaso en sus *Comentarios.* También dicen *tapados* los arribeños á las *guacas* y á todo entierro ó tesoro escondido. El primero de estos nombres procede del que los nuevos pobladores daban á las minas que, habiendo sido ya beneficiadas ó descubiertas en tiempo de los Incas, estaban ocultas ó *tapadas,* por diligencia de los naturales, que intentaban sustraerlas á los ojos de los españoles (1).

En el Perú enterraban los caciques y personas principales en cerros hechos á mano, llamados también *guacas.* Eran altos: de veinte ó treinta varas y aun mayores. Con los cuerpos de los difuntos, enterraban, según su costumbre y conforme á sus creencias sobre la vida futura, multitud de útiles y muebles que les habían servido en su primera existencia terrenal, entre ellos, y principalmente, alhajas de oro y piedras preciosas. Había asimismo cerros artificiales diputados para adoratorios ó templos, donde sacrificaban. Dispúsose en tiempo de los Incas que los templos del sol se

(1) «Si la mina está en cerro nuevo, se le da al descubridor una mina de sesenta varas, y si es *tapada,* del tiempo de los reyes Incas, se le da de ochenta.» (El P. Bernabé Cobo, *Historia del Nuevo Mundo.*)

edificasen en los lugares más eminentes. Si á inmediaciones de la ciudad en que debían ser edificados, no se hallase, por ser tierra llana, una altura conveniente al intento, formábase un cerro artificial y en su cumbre se establecía el adoratorio (1).

Hacíase el enterramiento, con todo secreto, en lugar recóndito. Confiábase únicamente á algún deudo ó amigo de los más graves y reservados, á la vez que más ancianos, como que su próxima desaparición del número de los vivos alejaba más y más la posibilidad de que llegare á oídos de nadie la noticia del escondrijo. Tal entierro, que acompañaban además con mazorcas de maíz y otros géneros de alimentos, respondía, como queda insinuado, á la creencia, dogmática entre ellos, de que los muertos habían de resucitar corporalmente en el mundo. Las prendas, riquezas, útiles y comidas que ponían en la sepultura con el cuerpo del difunto, estábanle reservadas para el día de la resurrección, á fin de que, en la nueva vida terrenal que le esperaba, no careciese de lo necesario conforme á su condición. A los Incas difuntos dábanles de comer y beber, como si estuviesen vivos todavía, mediante ciertas ceremonias, de los productos de chacras y ganados especialmente administrados por *camayos*. No siendo persona

(1) El Inca Garcilaso de la Vega, *Comentarios Reales del Perú.* Fray Bartolomé de las Casas, *De las Antiguas Gentes del Perú*, public. por D. M. Jiménez de la Espada. D. Jorje Juan y D. Antonio de Ulloa, *Relación Histórica del Viaje á la América Meridional hecho de orden de S. Mag.*

«Llamaban *huacas* (en el Perú) estos templos ó adoratorios y entierros, y aun á los ídolos y figuras que en ellos se adoraban.» (D. Juan de Solórzano, *Política Indiana.)*

de alta jerarquía, el entierro se hacía simplemente en el suelo [1].

Los españoles, tan luego como tuvieron conocimiento de estas cosas, se dieron á buscar tesoros escondidos. El ánimo de los nuevos pobladores estaba ya predispuesto á ello, como que la tema de buscar tesoros escondidos era antigua y general en Europa. *Moros encantados* y *sierpes voladoras* los custodiaban en España. Entes fantásticos y serpientes ó víboras [2] custodian asimismo hoy día las *gua-*

(1) «Los mayores y más ordinarios tesoros que se suelen buscar y hallar en las Indias, así de la Nueva España como del Perú, son los que se sabe y la experiencia ha mostrado que hay en los templos ó adoratorios y *entierros* antiguos de los indios, cuya costumbre, como lo refieren los Padres Acosta y Torquemada y otros autores, era hacer las figuras de sus falsos dioses de plata y oro, y servirles con vajillas y ofrendas riquísimas de lo mismo (especialmente los mejicanos), y enterrar á los que morían (y más si eran de los principales) con muchas joyas, piedras y atavíos, por ricos que fuesen. Y lo que juzgaban ser necesario para ponerles casa en el otro mundo y servicio igual al que tuvieron en éste; para lo cual enterraban ó quemaban también con ellos sus mujeres y sus criados.» (D. Juan de Solórzano, *Política Indiana.)*

«Y cada uno de los reyes Ingas dejaba todos sus tesoros y hacienda y renta para sustentar el adoratorio donde ponían su cuerpo, y lo mismo hacían otros indios principales y particulares, cada uno según su posible. Y les ponían plata y oro en la boca, en las manos y en los senos; y curaban y conservaban los cuerpos muertos con tanta curiosidad, que permanecían enteros, sin oler mal ni corromperse, más de doscientos años. Y yo doy fe de haber visto algunos y las grandes *huacas* ó entierros de los valles de Trujillo, Pachacama y Chincha, y otras que están en medio de sus llanos. Y arrimados y sobrepuestos unos sepulcros á otros (que los hacían de tapias de barro pintadas y labradas por dentro y fuera), vienen á ocupar tanto sitio en largo, ancho y alto, que parecen muy grandes montes.» (El mismo autor, en la obra citada.)

(2) D. Samuel A. Lafone y Quevedo supone que la idea de las víboras en los tesoros escondidos es superstición proveniente de las poblaciones indígenas del Tucumán. Véase su obra *Londres y Catamarca.*

cas y *tapados* de la Rioja, Catamarca, Tucumán, Santiago y demás comarcas argentinas donde se supone su existencia. Porque es de advertir que los españoles, buscando y rebuscando tesoros, encontraron á millaradas, en lugar de oro y plata, desengaños; mas esto no bastó para desarraigar del espíritu la idea de hallar cosas de gran valor en los entierros.

Presume Teófilo Braga que la tradición relativa á *moras* encantadas procede de una mala inteligencia del vocablo *mahra* ó *mahr* con que en los pueblos del norte de Europa se designa al espíritu infernal. Añádase á esto (dice) que la idea de los tesoros enterrados es el tema fundamental de las epopeyas germánicas, y se reconocerá que aquella tradición portuguesa (peninsular) tiene origen de los pueblos del Norte. En las tradiciones portuguesas (y lo propio en las españolas) las *moras* (y moros) encantados son los guardianes (muy comúnmente) de los tesoros escondidos [1]. Sigue este parecer D. Marcelino Menéndez Pelayo, atribuyendo á la voz celta *mahra* ó *mahr* la significación de un cierto espíritu y también demonio íncubo [2].

La violenta expulsión de los jesuítas decretada por Carlos III dió mayor pábulo á la idea fija del probable hallazgo de tesoros. Supónese erradamente que los jesuítas escondieron, al tiempo de la expulsión, grandes riquezas. Ignora el vulgo que los padres de la Compañía, en Misiones, fueron sorprendidos en sus camas, y sin permitírseles tomar ninguna disposición, ni hablar con nadie, ni siquiera despedirse de sus neófitos, se les condujo hasta Montevi-

(1) *Epopêas da Raça Mosárabe (Historia da Poesía Portugueza).*
(2) *Historia de los Heterodoxos Españoles.*

deo y Buenos Aires, donde los embarcaron para Europa. De modo que aunque hubiesen tenido riquezas, no hubieran podido esconderlas. Pero el hecho es que en los derruídos pueblos de las antiguas Misiones hay, por todas partes, junto á los árboles más añosos y á los ruinosos muros, pozos excavados por los mismos vecinos, que, provistos de una piedra de toque en que examinan cualquier cacharro que desentierran, nunca pierden la esperanza de sacar, cuando no un talego de onzas, algún copón ó bandeja de oro ó plata macizos que los saque de pobres. Por eso mismo, en medio de los inmensos bosques que pueblan una parte considerable del territorio de Misiones se halla, según las imaginaciones tradicionales de sus habitantes, la *casa blanca sin puertas ni ventanas* (sin vanos) de *Mbororé,* donde los jesuítas expulsos encerraron los riquísimos tesoros que poseían.

Casa blanca encantada hubo otra en el antiguo Tucumán. El andacísimo impostor que con el nombre usurpado de Pedro Bohorques Girón intentó primeramente engañar á los virreyes del Perú conde de Chinchón y marqués de Mancera, al presidente de la Real Audiencia de la Plata ó Charcas y al gobernador de Chile, diciéndose descubridor del país de la Sal y del opulento imperio de Paitití, pasó después, huyendo de la justicia, al oriente de los Andes, por la cordillera de Chile, y fué á dar á Tucumán. Hizo creer á los indios calchaquíes del valle de Catamarca que era él uno de los descendientes legítimos de los antiguos monarcas del Perú y que se llamaba *Gualpa Inga.* Consiguió luego, seguido de un acompañamiento de curacas que lo reverenciaban como rey, que los españoles diesen crédito á sus patrañas, en las que figuraba la existencia de

riquísimas minas, tesoros ó *huacas,* y de una *casa blanca* donde los Incas escondieran sus inmensas riquezas al tiempo de la conquista. Este célebre aventurero puso á la postre en serios apuros el dominio español en Tucumán, acabando por morir ahorcado en 1664 (1).

Las riquezas de los jesuítas que se suponen escondidas en la *casa blanca* de *Mbororé,* nunca existieron. Las hubo, sí, que brillaron en la majestad de sus templos. Tal era el empleo que en especial tenían. El resto era enviado á Europa para los fines de su instituto. Las minas de que sacaban estas riquezas no se hallaban en los cerros, en los peñones ni debajo de tierra, sino en los brazos de los indios reducidos. La *madre* del oro y de la plata, en Misiones, era la productora fuerza del trabajo aplicado con método y esmero á la ganadería, al beneficio de la yerba del Paraguay y á la labranza. La ley suprema que allí regía, era la caridad. Basta saber que los jesuítas fueron sustituídos en las Misiones por franciscanos, dominicos y mercedarios, y cuando alguno de estos religiosos se distinguía por sus virtudes, decían de él los pobres indios: *parece un padre de la Compañía.*

Había, hace años, en la Cruz (antiguo pueblo misionero, hoy de Corrientes) una china muy vieja, que decía haber ayudado á esconder muchas riquezas de los padres misioneros. Acordábase perfectamente del sitio donde habían sido enterradas; pero nunca quiso manifestarlo, por más que la trabajaron en ese sentido amigos y deudos: temía que se cumpliese la predicción que á tal respecto le habían hecho los padres. Dijéronle: « Guarda religiosa-

(1) Lozano, *Conquist. del Parag., Río de la Plat. y Tucum.*

mente el secreto de que sólo tú, después de nosotros, eres depositaria. Ten sabido que, cuando intentares revelarlo, la divina providencia castigará tu infidelidad con la muerte.» Las chinas misioneras tienen mucha fe, y respetan grandemente la palabra del sacerdote. La anciana cruceña, además de temer el castigo del cielo, era una mujer buena de su condición. Pero esta misma bondad, unida al menoscabo que los años habían causado en sus facultades mentales, como que no contaba menos de una centuria, á juzgar por su aspecto y por los hechos que refería, la indujo á condescender con las instancias de los solicitantes. Un sujeto, Acuña de apellido, que servía el cargo de juez de paz en el pueblo de la Cruz, considerando vanos los temores de la vieja misionera, tomó sobre sí la empresa de hacerla hablar. Sabiendo que tenía un hermano al norte de las Misiones, puso empeño en averiguar su paradero. Dió con él, y le mandó un recado, pidiéndole que viniese á la Cruz. Fué á la Cruz el indio. Enteróle Acuña de lo que su hermana decía, ofreciéndole comprarle una casa en el pueblo y una chacra en los alrededores, si conseguía persuadirla con buenas razones á que descubriese el escondite. Prestóse el indio á ello, y después de muchas idas y venidas obtuvo de su hermana la promesa de que le revelaría el secreto cuando estuviese por morir. Pasó uno y otro año sin que la china misionera, aunque longeva, diese señales de estar próxima á la muerte. Impacientes su hermano y Acuña volvieron á instarle sobre el asunto. Entonces la misionera prometió á Acuña revelarle el secreto. — «Pero lo haré, dijo, de aquí á tres días.» Á los tres días enfermó de pronto la china vieja. Acudieron los vecinos. Halláronla ya muy mala, agonizante; pero todavía podía hablar, y, con palabras entre-

cortadas, oyeron que decía:—*Acuña.... Acuña...* Corrieron á llamar á Acuña, para que recibiese de labios de la moribunda la noticia del escondrijo. Acudió presuroso Acuña, acercóse á la moribunda, hablóle.... La moribunda pronunció con voz apagada y apenas perceptible el nombre de Acuña, exhalando en sus brazos el último suspiro: faltóle aliento para revelar el secreto (1).

El pueblo de la Cruz, así como otros varios de las Misiones de la costa occidental del Uruguay, fué arrasado el año de 1817 por el general portugués Francisco das Chagas, enviado al efecto (2) por el marqués de Alegrete, gobernador de Río Grande del Sur (Brasil). Incendió Chagas los edificios, cautivando y pasando á cuchillo los habitantes: hombres, mujeres y niños. Las riquezas más preciosas de los templos incendiados fueron conducidas á Porto Alegre y de allí enviadas en su mayor parte á Río Janeiro. Sesenta y cinco arrobas portuguesas (1,040 kilogramos), en vasos sagrados, candelabros, lustros, coronas, etc., de plata maciza, llegaron á Porto Alegre (3). En el acto de saquear una iglesia, uno de los soldados de Chagas divisó en lo alto del retablo del altar mayor unos ricos pendientes que adornaban la imagen de Nuestra Señora. « Aquella china vieja, dijo el soldado, no precisa de aquellos pendientes: voy á sacárselos. » En seguida subió por

(1) Acuña y otros testigos del hecho refirieron el caso al autor en el mismo pueblo de la Cruz.

(2) El objeto del Marqués de Alegrete era impedir que el General Artigas, recientemente derrotado por los portugueses, pudiese rehacer sus fuerzas en los pueblos de Misiones.

(3) *Mémoire Historique sur la Décadence et la Ruine des Missions des Jésuites dans le Bassin de la Plata* por V. Martín de Moussy.

la escalera lateral del altar en que estaba la imagen. Pero, al ir á arrancar los pendientes, sintió de repente un dolor tan fuerte en lo interior del cuerpo, que, no pudiendo sostenerse, cayó rodando por los peldaños de la escalera. Sobrevivió tres años á este suceso, sufriendo terribles dolores que los recursos de la ciencia no pudieron mitigar: lo que se tuvo como un castigo del cielo [1]. Entre las ruinas del pueblo de la Cruz, quedó en pie, sustentando un cuadrante, una elegante columna estriada, que lleva en su cornisa la siguiente inscripción: *Á Solis Ortu Usque Ad Occasum Laudabile Est Nomen Domini. 1729* [2].

Los antiguos, entre la multitud de seres imaginarios de que poblaron el mundo, pusieron los *grifos,* monstruos que tenían el cuerpo y patas de león y la cabeza y alas de águila, que respectivamente representan la fuerza y la agilidad, símbolo de la vigilancia, por lo que solían grabar uno en los sepulcros y urnas funerarias, cuyos restos custodiaban. Los grifos extraían el oro de las entrañas de la tierra. Los arimaspos, naturales de la Moscovia, que tenían sólo un ojo en medio de la frente, trabajaban de continuo

(1) *Historia da Republica Jesuitica do Paraguay* pelo conego J. P. Gay, Vigario de San Borja das Missões Brasileiras. Río de Janeiro.

(2) Un gobernante de Corrientes se propuso trasladar á la Capital de la provincia el cuadrante de la Cruz. Para el efecto se valió de un sujeto que se comprometió á hacerlo por la suma de seiscientos pesos fuertes. Tomó éste una maroma, amarróla por un extremo á la columna del cuadrante y prendió del otro diez yuntas de bueyes. Luego, á fuerza de *picana* (aguijada), hizo que los bueyes tirasen á todo tirar. Felizmente la columna (toda de una piedra) permaneció inmóvil. Gracias á ello, conserva hoy la Cruz el preciado monumento histórico que marcó las horas que estuvieron ardiendo las llamas encendidas por la mano feroz de Chagas.

por arrebatarles los codiciados tesoros en furiosa guerra inacabable[1].

Á los ojos de antiguas escuelas, componíase el mundo de cuatro elementos: aire, tierra, fuego y agua. Su más pura substancia hállase representada, según los cabalistas, por entes de forma animada: *salamandras, silfos, ondinas* y *gnomos (genios ó espíritus elementales de la tierra).* Las *salamandras,* en figura de lagartos, habitan las regiones del fuego. Los *silfos,* con alas de mariposa, pueblan el aire. Las *ondinas* son ninfas que oculta el fondo de los mares, de los ríos, arroyos y lagos. Los *gnomos,* de forma humana como las ondinas, pero enanos y contrahechos, escóndense en el interior de la tierra, trabajan en las minas y custodian los tesoros y riquezas subterráneas.

Los enanos del norte de Europa, entretenidos en extraer de la tierra metales preciosos, tienen sus fiestas nocturnas en ciertas épocas del año. Acaso sea en la primavera; porque en la primavera celebra sus fiestas nupciales la naturaleza. Á la luz de la luna (como las vizcachas en el Río de la Plata) danzan, juguetean y chillan en torno de los giganteseos dólmenes y menhires que levantara el esfuerzo de los celtas.

Los enanos tudescos y bretones dan á los visitantes oro y plata. Repártenle con parsimonia, castigando la avaricia del pedigüeño: al que tiende la mano, le dan un puñado; pero al que trae una bolsa, lo sacan á puntapiés. Esta cualidad de la economía en la distribución de los dones contrasta con la munificencia del *salamanquero* rioplatense, que en casos idénticos da todo lo que le piden.

Mancio Sierra de Leguízamo, uno de los compañeros de

(1) C. Plinii Secundi *Naturalis Historiæ* liber XVII.

Pizarro que pasaron la raya que éste les trazó en el suelo con el puñal señalándoles el lado de donde les esperaban los trabajos, el hambre, el dolor y la muerte, perdió al juego, en la misma noche en que le tocara en el reparto, el sol de oro y piedras preciosas que brillaba con los rayos matinales del astro del día en el testero del templo del Cuzco. De ahí quedó el refrán, aludiendo al derrochador: *es capaz de jugar el sol antes de que amanezca.* Por el estilo de Leguízamo eran generalmente los demás soldados de la conquista del Nuevo Mundo. Los hijos de los españoles que, dedicados á la industria y al comercio con paciente economía lograban hacer fortuna, no fueron menos pródigos y rumbosos que los conquistadores de ricos imperios. El resultado de esta educación y conducta era que los nietos del poblador acaudalado viviesen pobres y sin hábitos de trabajo. Tal fué el origen de la frase proverbial: *padre mercader, hijo caballero y nieto pordiosero.* Con gente de esta índole, el *salamanquero,* ó guardador de tesoros, no podía observar la parsimonia usada por los *gnomos* ó enanos del norte de Europa. El mismo *salamanquero,* ó *gnomo* criollo, debió participar del carácter general de las naciones donde habitaba.

Moran también en las cavernas y subterráneos de las regiones septentrionales de Europa las criaturas que mueren sin haber recibido el bautismo, ocupadas en transportar por sendas innumerables á las diferentes partes del globo los metales y piedras preciosas. Como se les mira con plena indulgencia, no están cerradas para esos tiernos penitentes las puertas del paraíso. Pero, como se hallaban en estado de pecado venial cuando la muerte los sorprendió, han menester purificarse, antes de entrar en la mansión de los

bienaventurados, trabajando en las minas durante algunas ceńturias. Una luz que á modo de lamparilla emite pálidos rayos desde su frente, es el alma que languidece por efecto de los malos pensamientos que la enturbian. El arrepentimiento la hace revivir, comunicándole su virtud salvadora [1].

Los *gnomos* rioplatenses, los *salamanqueros,* que igualmente viven entre las piedras y cavernas ó lugares subterráneos, suelen aparecer en las cumbres de los cerros en figura de negrillos: sólo por el color se distinguen de los enanos que albergan las regiones septentrionales de Europa. Donde tal sucede, hay *salamanca* seguramente, que es como decir minas y tesoros. Quien tiene suficiente virtud y constancia para entrar en una *salamanca,* obtiene cuanto quiere y pide. Algo habrá flaqueado durante su peregrinación por los extraños, espantables y maravillosos senderos que conducen al interior de la *salamanca,* para que haya sido desechada su pretensión. Á quien por ventura le faltan las fuerzas, á grandes peligros se expone, tal vez le esperan tremendas calamidades. De una misteriosa *salamanca,* así puede uno salir, ó regresar al mundo real, el más feliz, como el más desgraciado de los hombres. Todo depende de la fatalidad, unida á las pruebas de estoicismo y méritos del peregrino. Los enanos tudescos y bretones ofrecen un puñado de oro, y el *salamanquero* rioplatense otorga, si se lo piden, la facultad de reconocer y descubrir, sin catear, las minas que oculta el suelo ó los tesoros que en él se hallan escondidos. Pero ¿quién se atreve hoy, con ser hoy tan codiciado el oro, á penetrar en una *salamanca?* Ni aun á trueque de salir de ella hecho un *zahorí*, se

(1) *Légende de la Vierge de Münster* por Quatrelles.

allana nadie á soportar las pruebas á que para tal efecto habría de someterse. Por eso ya no se ven *zahoríes.*

La península ibérica alberga en su seno con especialidad, y envió al Nuevo Mundo, una especie de brujos que llevan el nombre de *zahoríes*(1). Son personas dotadas de la envidiable facultad de ver á través de los cuerpos opacos, de descubrir lo que está oculto, aunque sea debajo de siete estados de tierra. Son sus ojos, ojos que adivinan. No hay paredes ni capas de tierra que valgan: todo lo penetra su vista perspicaz. Su principal oficio es descubrir minas y tesoros. La ciencia vulgar enseña que Dios dispensa esta gracia á los que nacen el día de viernes santo(2). Sin embargo, debe de ser, antes que obra de la divinidad, artimaña del genio del mal. Éste, á fin de que la grey cristiana se persuada de que el *zahorí* no es otra cosa que un ministro de la divinidad, ha ideado el engañoso artificio de infundir la virtud de clarificar con los rayos visuales los cuerpos opacos á los individuos que, á parte de otros favores, nacieran en viernes santo. Sucede á este respecto con el *zahorí* una cosa semejante á lo que pasa con el *saludador,* que nace con una cruz en el paladar, á las tres de la tarde, en día de viernes santo.

Los archivos de la Inquisición suministran prueba cierta é indubitable de que el *zahorí* recibe del diablo la maravillosa facultad de ver en la obscuridad y á través de los cuer-

(1) «Éste es embuste endémico en España, y acaso heredado de los moros; pues la voz *zahorí* parece arábiga.» (Feijoo, *Teatro Crítico Universal.) Zahorí* es, con efecto, voz árabe equivalente á geomántico, el que profesa la geomancia (magia y adivinación supersticiosa por los cuerpos terrestres, ó con líneas, círculos ó puntos hechos en la tierra). (*Diccionario de la Lengua Castellana* por la Real Academia Española, 12.ª ed.)

(2) Feijoo, *Teatro Crítico Universal.*

pos opacos. El fuego y la luz emanados del sol que el indio adora, los cuales también deben de ser una de las formas y disfraces infinitos con que el diablo oculta su figura para asombrar y enloquecer al mundo con invenciones estupendas, han formado sus *zahoríes* ó han dado á los hechiceros los rayos invisibles de Röntgen (1).

Una mulata esclava, de nombre María Martínez, declaró, en Santiago de Chile, ante el comisario del Santo Oficio, que, cuando le venía en deseo, se ponía á mirar el sol á mediodía en punto, y, puesta en cruz, presentábase á sus ojos el cielo abierto y el esplendor de la gloria, viendo el interior de los hombres como si su cuerpo fuera de vidrio: en suma, que era *zahorí*. Estas y otras gracias le valieron á la favorecida mulata, desnuda de medio cuerpo arriba, una zurra de doscientos azotes, montada en bestia de albarda, por las calles de la ciudad y á voz de pregonero (2).

Hubo en Lima otra mulata esclava, Ana María de Contreras, que, presa por hechicera, confesó su delito. Dijo que un rayo la había partido, quedando, de resultas, *zahorí*. Para no ver los difuntos enterrados, solamente entraba en las iglesias los viernes. Como que debía su maravillosa facultad al calórico y luz de la chispa eléctrica, el color rojo, que representa el fuego, era materia simpática á su especial virtud visiva. Así, *á las mujeres que vestían faldellín colorado,*

(1) El profesor Guillermo Conrado Röntgen, de Berlín, acaba de descubrir una nueva forma de rayos luminosos invisibles, que, atravesando los cuerpos opacos, permite, entre otras aplicaciones de que será susceptible, sacar fotografías del interior de ellos ó de los que están del lado opuesto al en que se halla el ejecutante. De aquí, á ver en la obscuridad, no parece haber mucha distancia.

(2) *Relación de la causa seguida á María Martínez* etc. en la *Historia del Santo Oficio de la Inquisición en Chile* por D. J. T. Medina.

les vía todo cuanto tenían, como si estuviesen en pelota. Muchas otras ventajas por este tenor alcanzaba. Salió al auto de fe celebrado en la ciudad de los Reyes á 23 de enero de 1639, con las *insignias* de hechicera, coroza blanca, soga á la garganta y vela verde en la mano. Abjuró *de levi* y recibió en la forma acostumbrada un centenar de azotes [1].

La procedencia de las virtudes del *zahorí,* fuese cual fuese, no sería hoy, como no lo ha sido nunca, un obstáculo insuperable para que todo bicho viviente le utilizare en su constante anhelo de atesorar riquezas, ora á intento de gastarlas con la misma facilidad con que se adquirieron, ora con el fin de pasar una vida regalada, ó bien por el raro placer de tenerlas bien guardadas ó escondidas debajo de tierra, á costa de andar *penando* después de la muerte en figura de luz vagarosa, hasta que un feliz mortal halla el *entierro* ó *tapado* que las contiene y es tan caritativo que separa una monedita y la invierte en misas rezadas en sufragio de su dueño. La dificultad está en dar con un *zahorí* (entre el infinito número de ellos) que no lo deje á uno sin camisa.

El día menos pensado habrá *zahoríes* legítimos, mediante los recursos del magnetismo. El estado de sonambulismo espiritualiza los sentidos del tacto y de la vista. La visión á la distancia y á través de cuerpos opacos es una cosa suficientemente comprobada en nuestros días. Como debajo de tierra no hay luz, será muy difícil que el *hipnotizado* (pues con el sonambulismo natural no hay

(1) *Auto de fe celebrado en Lima el 23 de enero de 1839* etc. por el Licenciado Fernando de Montesinos, inserto en la *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de Lima* por D. J. T. Medina.

que contar para la empresa) pueda ver el oro y la plata que se hallan escondidos. Pero la ciencia va en camino de convertirse en magia, por lo maravilloso de sus inventos; y no sería un milagro que descubriese el modo de ver en medio de la más profunda obscuridad impenetrable á las ondas luminosas necesarias á la visión.

En la América del Sur tendrían los *zahoríes* ancho campo donde ejercitar sus habilidades. Yacen en ella aún ocultos los inmensos tesoros que enterraron los vasallos del Inca, y éste mismo, á la entrada de los españoles[1]. Mayor es aún la certidumbre, si cabe, de las cuantiosas riquezas que al tiempo de la expulsión (año de 1768) escondieron los jesuítas, quienes, para hacerlo, han debido estar dotados del don de adivinanza, como que los pliegos del conde de Aranda permanecieron cerrados hasta el día mismo en que el gobernador de Buenos Aires marqués de Bucarelli procedió á ejecutar las órdenes que le fueron dadas al efecto, lo que verificó con tanto celo, que ni dejó que los proscritos se despidieran de sus neófitos.

Lo que sí hay de seguro es que durante la guerra de la independencia y el período de las civiles se escondieron muchas cantidades de oro y plata y otros objetos de valía. Tampoco es dudoso que el subsuelo americano oculta abundantes minas, que á veces parece como que intentara ofrecerlas á la natural codicia en cerros medianamente eleva-

(1) «Si, cuando entraron los españoles, se dieran otras mañas y tan presto no ejecutaran su crueldad en dar la muerte á Atahuallpa, no sé qué navíos bastaran á traer á las Españas tan grandes tesoros como están perdidos en las entrañas de la tierra, y (lo) estarán, por ser ya muertos los que los enterraron.» *(Crónica del Perú* por Pedro Cieza de León, public. por D. Marcos Jiménez de la Espada.)

dos. Túvose en el Perú por más fácil y barato armar los soldados y herrar las cabalgaduras con plata, que no con hierro. Un entendido historiador (Antonio León Pinelo) asevera que, admitiendo que de América á España haya dos mil leguas, hubiera podido hacerse con la plata que han dado las Indias un camino que tuviese cuatro dedos de espesor y catorce varas de ancho. Asimismo no habrá que echar en saco roto el mucho dinero enterrado aun hoy día por personas que mueren sin dar noticia de él á ningún cristiano.

El *alma* del que murió sin dar noticia á nadie del dinero que tenía escondido ó guardado en tal ó cual lugar, *anda penando.* Las *luces,* generalmente azuladas, que se suelen ver de noche en el campo y en los alrededores de los pueblos, luces que se levantan del suelo y que á corta distancia de él andan, vuelven, culebrean alrededor del tronco de un árbol y al cabo se desvanecen, no son otra cosa que *almas en pena.* ¿Y cuándo cesarán de penar? Cesarán de penar, cuando algún afortunado cristiano halle el *entierro* ó *tapado,* y con parte del dinero que haya sacado de él mande decir unas misas por el alma de su dueño. Hay quien pone un papel y lápiz en el sitio en que aparecen las *luces* ó en que el alma que anda penando se manifiesta por medio de otros fenómenos extraordinarios, como golpes, silbidos, ayes ó lamentos, á fin de que escriba en él lo que desea é indique el lugar en que está escondido el dinero que en vida enterrara.

El hombre, desde la infancia de la humanidad, ha contemplado siempre el astro majestuoso y resplandeciente, que disipando las sombras de la noche da calor y alegría al mundo, como á un ser personal que guarda en su seno

las causas de la vida y de las mutaciones que experimenta. El fuego y la luz hanle revelado en todas partes la existencia de un poder creador ó transformador de la materia. El movimiento y el ruido significaron la acción y la voz de las fuerzas de la naturaleza, que se atraen, se repelen, ahora combaten entre sí formando una confusión de elementos, ahora se unifican ó se asocian y dan origen á variadas y nuevas formas de vida. Allí donde ha encontrado, ó supuesto existir, una reunión de fuerzas productoras de las transformaciones que la materia le ofrece, hale parecido ver con los ojos lo que descubría con la mente: veía el fuego y la luz, sentía el calor de la vida y percibía el ruido del movimiento. De ahí las lagunas y pasos de ríos que hierven y se embravecen, y los cerros que se enojan y truenan y braman, y que revientan y se conmueven, y que producen llamaradas y arden y despiden resplandores que incendian la atmósfera.

El hombre primitivo y el vulgo, que juzga del propio modo, vagamente conciben á veces el origen cierto de las cosas: le rodean de circunstancias misteriosas, le personifican, forman de él y de ellas un mito. El calor y el movimiento, la luz, bramidos, estremecimientos, llamaradas, transformaciones varias, han sido para el hombre primitivo y el vulgo las causas y señales del oro y de la plata, *la madre de los metales*[1]. Muchas analogías se advierten

(1) Fray Juan de Torquemada menciona el parecer de los que en su tiempo atribuían los derrumbes estruendosos de los peñascos de cerros y sierras á la acción de *metales fogosos,* que con el intenso calor que en sí tienen producen esas alteraciones. *Grandes llamaradas y grande resplandor* testificaban los indios haberse visto en esos lugares. (*Monarquía Indiana.*)

entre las concepciones vulgares y primitivas y las hipótesis científicas de nuestros tiempos, acordes con las que bosquejaron los españoles de la época en que los Colones y Magallanes, los Corteses y Pizarros, descubrían y sujetaban el Nuevo Mundo al dominio de la península ibérica. Sorprende, dice Humboldt, hallar el germen de las más importantes verdades físicas en escritores del siglo décimosexto ocupados en historiar un continente nuevo. La mayor parte de las cuestiones á que hoy día se consagran los hombres de ciencia ofreciéronse á la consideración de los viajeros españoles del tiempo de la conquista y de los que en la Península se enteraban de sus relatos: la unidad de la especie humana y sus desviaciones del tipo primitivo, las migraciones de los pueblos, la filiación de las lenguas, la peregrinación de las especies vegetales y animales, la causa de los vientos alisios y de las corrientes marinas, el decrecimiento del calor en las pendientes de las cordilleras y en las profundidades de los mares, la acción recíproca de los volcanes y su influencia en los terremotos. El perfeccionamiento, en suma, de la geografía y de la astronomía náutica corrió á la par con los adelantos que en la historia natural descriptiva y en la física del globo en general alcanzaron los españoles de aquella época [1]. Así podrá causar novedad á las personas no versadas en el estudio de los escritores de los pasados siglos que á principios del décimoséptimo haya habido en la Península quien considerase el calor y al movimiento como la causa universal de la vida y formas de la naturaleza. D. Alonso

(1) *Histoire de la Géographie du Nouveau Continent* por Alejandro de Humboldt.

Carrillo Lasso de la Vega, siendo presidente del Consejo de Indias, escribió una obra acerca de las minas de España, en la que discurre sobre la formación de las substancias metálicas. La *disposición,* dice, que tuvo la tierra desde el punto en que fué creada, se modifica en fuerza de las *causas universales del movimiento y de la luz.* Para la formación de un metal ha de haber *natural disposición* que le produzca, introducidas en sus moléculas la vida ó forma convenientes. Introdúcese la *forma* que le conviene á favor del *movimiento,* y el *calor,* que el *sol* envía, integra y acabala el cuerpo del metal. La producción de los metales es constante; pues *la naturaleza, madre de las cosas, nunca está ociosa*[1].

La *ciencia* de los antiguos, en orden á la naturaleza, procedía en general de la *oculta* que, profesada primitivamente por los magos del Egipto y de la India, esparcieron por el mundo las conquistas de griegos y romanos, árabes, portugueses y españoles. Siete fueron las diferencias específicas de metales: oro, plata, azogue, cobre, hierro, estaño y plomo; en la generación de cada uno de los cuales influía su respectivo planeta. Cada planeta comunicaba su actividad y su fuerza á aquellos de los metales con quienes tenía más analogía y afinidad: el sol al oro, la luna á la plata, Mercurio al azogue, Venus al cobre, Marte al hierro, Júpiter al estaño, Saturno al plomo. Por eso vemos que concuerdan las enseñanzas de Papus, el moderno y más autorizado sistematizador del *ocultismo,* con las ideas de los hombres doctos de un tiempo en que ya estaba muy

(1) *De las Antiguas Minas de España.* Su autor D. Antonio Carrillo Lasso. 1624.

entrada la mayor edad del mundo civilizado, figurando entre ellos, como no podía menos de suceder, los misioneros que difundieron la luz del Evangelio en los imperios de Motezuma y Atahualpa (1).

El oro, á los ojos de los iniciados, es la luz condensada (2). Decían los indios del Perú que el sol comunicaba, juntamente con su luz, la virtud que tiene el oro resplandeciente (3).

Los poetas supieron atribuir de la propia manera al sol el origen del oro; y así, censurando el afán de riquezas exaltado con las opulentas minas del Perú, compuso Salas Barbadillo el siguiente

Epitafio.

Aquí yace, peregrino,
Un mísero perulero
Idólatra del dinero:
¡Sacrílego desatino!
Mucho de un indio burlaba,
Que le dijo: *al sol adoro;*
Y él adoraba en el oro
Que el mismo sol le criaba (4).

(1) Véase el P. Bernabé Cobo, Cap. XXXIV, Lib. 3.º de la *Historia del Nuevo Mundo,* sobre la generación de los metales. Sin embargo, Morel-Fatio afirma que las ciencias ocultas tuvieron poca importancia en España en la época de Calderón y aun mucho tiempo antes. «Las prácticas de los magos y hechiceros, añade, referidas por Pedro Ciruelo en su *Reprobación de las Supersticiones y Hechicerías* parecen harto pálidas *(anodines)* en comparación de lo que por la misma época pasaba en Alemania y en Francia. Los procesos por causas de hechicería fueron también menos frecuentes en España que en aquellos dos países del norte.» *(El Mágico Prodigioso,* comedia famosa de Don Pedro Calderón de la Barca, publ. por Alfred Morel-Fatio. Heilbronn.)

(2) Éliphas Lévi, *Histoire de la Magie.*

(3) El P. Bernabé Cobo, *Historia del Nuevo Mundo.*

(4) D. Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, en el *Parnaso Español* de D. Juan José López de Sedano.

CAPÍTULO XIII.

Lagunas bravas.

SUMARIO.—Porqué llevan el nombre de *Bravas* muchas lagunas.—*Negros del agua.* — *Bramidos,* lamentos, etc. — Laguna *Iberá.* — La serpiente *curiyú.* — Ganado vacuno y caballar en las islas de la *Iberá.* — Los jesuítas: tradición mítica. — Islas movientes. — Los indios caracaraes habitadores de la *Iberá.* — Tradición errónea acerca de los jesuítas.—Multiplicidad de lagunas encantadas.—La *Yupacaray.* — Bendícela un obispo. — Famosa virgen de *Caacupé.* — El pecado nefando entre los indios del Nuevo Mundo.—Origen más común de los encantos de lagunas y demás receptáculos de aguas.— La *soga de oro* de Huaina Capac.—El gigante de Guairá, pescando á orillas del Paraná. — La peña *Pobre.* — Supuestas riquezas de los jesuítas.—Isla de Calimayo, en Tucumán.—Laguna de la Cruz, en Santiago. — Isla Encantada en Rocha (Uruguay).

La nomenclatura geográfica del Río de la Plata ofrece multitud de lagunas *Bravas.* El origen de su nombre es el mismo que el de los cerros *Bravos,* sierras *Bravas* y pasos *Bravos* de que está sembrado el territorio y cuyo mayor número aun no ha sido registrado en los mapas, diccionarios y demás trabajos descriptivos del suelo rioplatense (1). Lagunas *Bravas,* cerros *Bravos,* sierras *Bravas* y pasos

(1) El *Diccionario Geográfico Argentino* por D. Francisco Latzina, que es la obra más completa que en su género posee el Río de la Plata, sólo registra un cerro *Bravo* de San Juan y cuatro lagunas *Bravas* (dos de Buenos Aires, una de Córdoba y una de Corrientes).

Bravos, envuelven algún encanto. Todo lugar *bravo* presenta fenómenos ígneos, acústicos y dinámicos producidos por causas *misteriosas,* que el vulgo atribuye á la acción inmediata de espíritus ó seres fantásticos escondidos en los antros de las serranías ó en el fondo de las aguas. Los cerros tienen sus *gnomos,* sus *salamanqueros.* En las lagunas y en los *pasos* (vados) de ríos y arroyos moran, entre genios diversos, ninfas de formas varias, apareciendo asimismo ahora alegres y ahora llorosas mujeres generalmente vestidas de blanco cendal transparente. Déjanse ver no menos en las orillas de los lagos ó bien zabulléndose y deslizándose por la tersa superficie de sus quietas aguas cristalinas, que á veces hierven agitadas por mano invisible, traviesos negrillos que, tan luego como son descubiertos, se sustraen diligentemente á las miradas del hombre. Estos seres fantásticos de color de azabache son conocidos con el nombre de *negros del agua.* La *bravura* de los receptáculos referidos dimana de que sus aguas, *embravecidas* ó *enojadas,* de repente suelen alborotarse y *bramar,* como los cerros poseedores de *salamancas.* Tal fenómeno se verifica regularmente cuando algún ser humano se aproxima á la laguna encantada ó *brava.* Sus irritadas aguas, saliendo de madre, se tragan á la gente. Desde su fondo exhalan ayes dolientes, lamentos profundos, aterradores alaridos, voces airadas y quejas amenazantes. De tarde en tarde permiten que salgan á sus márgenes, ó envían á sus inmediaciones con fines varios, demonios y monstruos, gigantes y pigmeos, mujeres y hombres, negrillos, y ciertos animales ó sabandijas [1].

(1) En Santo Domingo de las Antillas hubo una laguna brava muy famosa, que describe Juan de Castellanos en estos términos:

Si se hiciese un reconocimiento (hasta hoy no realizado) de la famosa laguna Iberá, en Corrientes, de la Argentina, ¡qué de encantos no se desharían! Allí sin duda habrán ido á refugiarse, huyendo de la justicia, individuos que han tenido una *desgracia* (cometido un homicidio), y, bien hallados en algún albardón ó isla, se han dejado estar de mucho tiempo atrás, seguros de no ser descubiertos. Allí se cría á sus anchas la gigantesca culebra *curiyú*. Aseguran que se traga un animal vacuno, dejando la cabeza fuera de sus fauces, por causa del obstáculo que ofrecen los cuernos ó *guampas*. Tritúrale luego los huesos, enroscándose al tronco de un árbol. En seguida se mete en el agua, donde anda un día ó dos con la cabeza fuera, al aire, hasta que, podrida, cae la de su víctima. Schmídel, soldado de la expedición de D. Pedro de Mendoza, cuenta que, subiendo el río Paraná, cerca de la orilla ha-

Otro lago, demás de lo que cuento,
Hay en las altas sierras encumbradas
Donde Nizao hace nacimiento:
Las orillas del lago despobladas
Por el alborotado movimiento,
Y voces espantosas mal formadas,
La terribilidad del cual estruendo
A todos los mortales es horrendo.

(*Elegías de Varones Ilustres de Indias.*)

Refiriéndose al mismo lago, dice Gonzalo Fernández de Oviedo: «del qual hay derramadas por esta isla muchas novelas, que yo no creo, ni son para escrebir sin más certificación dellas.» (*Historia General y Natural de las Indias*, public. por la Real Academia de la Historia.)

«La laguna mejicana se alteró sin viento, y hervía y espumaba en tanta manera, que levantaba el agua y bañó más de la mitad de las casas de la ciudad y otras se anegaron. Muchas veces se aparecían dos hombres unidos en un cuerpo, y otras veces se vían cuerpos con dos cabezas, que eran llevados á los palacios negros de Motezuma.» (Antonio de Herrera, *Décadas de Indias.*)

llaron una serpiente que tenía el grueso de un hombre y cuarenta y cinco pies de largo, negra, con pintas leonadas y rojas. Decían los indios que, cuando se bañaban, esta clase de culebras los rodeaba con la cola, y, arrastrándolos al agua, los engullía. Los españoles matáronla de un balazo, y los indios, partiéndola en pedazos, se la comieron cocida y asada[1]. El P. Pedro Romero halló una muerta que tendría de sesenta á setenta pies, siendo el grosor, á proporción, cosa estupenda[2]. Ha pocos años ocurrió el caso siguiente. Una mujer, acompañada de su marido, estaba lavando en una laguna, á inmediaciones de la Iberá. Una niña de ocho ó nueve años de edad, hija suya, se había separado algún tanto, corriendo y jugando. De pronto sienten gritos dados por la criatura: era que una *curiyú,* que la había tomado de las piernas con la boca, íbala arrastrando hacia la orilla. Habiendo acudido el padre de la criatura, con un palo, la culebra, asustada, soltó su presa y se metió en el agua. Críanse allí á millaradas los caimanes ó *yacarés,* los de pecho amarillo, mayores que los otros más comunes, y muy feroces. De víboras y culebras, de tigres y otras alimañas y sabandijas, no hay que hablar, que de todo abundan aquellos bañados, esteros, albardones é islas montuosas.

Refieren que, ahora muchos años, hubo una gran seca en Corrientes, y los animales, desesperados, se internaron en los esteros de la Iberá (que entonces dieron paso), buscando pasto y agua. Pasada la seca y habiendo vuelto á su

(1) *Viaje al Río de la Plata,* en la Colecc. Angelis.
(2) Lozano, *Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán.*

estado normal la Iberá, se cerraron hasta hoy, como antes lo estaban, los pasos; y las vacas, toros, caballos y yeguas que habían penetrado en busca de agua y de alimento, quedaron encerrados. Así no sería de extrañar que en las islas y albardones de la Iberá haya ganado vacuno y caballar, como se supone y muchos afirman, oriundo de aquellos animales que, después de haber entrado, no pudieron salir á sus querencias.

El vulgo, que siempre halla una causa misteriosa y sobrenatural en los hechos extraordinarios por su rareza ó magnitud, cuenta que un padre jesuíta, ó un padre franciscano, después de la terrible expulsión decretada por Carlos III y cumplida con estricta severidad por los virreyes y gobernadores de las provincias indianas, anduvo recorriendo, armado de unas disciplinas, con las que hacía ademán de azotar ó espantar alguna cosa, los dilatados campos de Misiones, poseedores de ricas estancias. Luego se vieron desaparecer, internándose en la laguna Iberá, para no ser vistas ni recobradas jamás, las innumerables manadas de toros y vacas, y caballos y yeguas, y burros y mulas, y ovejas y cabras de que poblara los campos de Misiones la perseverancia incansable y edificante de los heroicos soldados de Cristo que militaban bajo la enseña de San Ignacio.

Da origen la Iberá á los ríos Santa Lucía, Corrientes y Bateles, que vierten en el Paraná, y el caudaloso Miriñay, que desemboca en el Uruguay. La Iberá es invadeable, á causa de los esteros, embalsados, fangales y bañados que la forman (al parecer), y de las islas y albardones montuosos que hay en ella. Dicen los naturales que las islas se mueven, cosa no imposible, si están formadas, como es proba-

ble, de camalotes que con el tiempo llegan á ser un monte flotante. Varias aprensiones y fábulas corren acerca de la Iberá.

Suponen algunos que en el interior de la laguna hay grandes islas habitadas por indios, cosa de todo punto increíble; si bien, á la entrada de los españoles, se refugiaron en ella los caracaraes y otras parcialidades, en la persuasión de que allí no podrían ser hallados ni perseguidos. Los caracaraes tenían por cierto que, si los españoles entraban en la dificultosa laguna, se volverían locos ó morirían. Depositaban los difuntos sobre los embalsados, y, después de podridos los cuerpos, sacaban los huesos, lavábanlos y guardábanlos. Hacían corrales de piedra, en los que tenían sus bailes é invocaban al demonio [1].

Creen también los campesinos que la laguna está habitada por *cristianos* procedentes de familias misioneras que acompañaron á algunos jesuítas que lograron sustraerse á la expulsión llevada á efecto con tanto rigor por Campomanes. Cuando el cielo está límpido, ven con la imaginación las torres de las iglesias, y en las noches serenas sienten sonar las campanas. Ignoran (á parte de lo extravagante del supuesto) que de los jesuítas ninguno pudo sustraerse á la expulsión; pues todos fueron sorprendidos en sus camas. Añaden que se sienten voces, músicas, relinchos de caballos, mugidos de toros y vacas, balidos de ovejas, etc., y que, dando un grito en ciertos parajes, repercute con extraño ruido por entre las apiñadas plantas que los pueblan, las cuales se arquean y agitan como si una ráfaga de viento las sacudiese ó ante la novedad se conmoviesen azo-

(1) El P. P. Lozano, *Conquista del Parag., Río de la Plat. y Tucum.*

radas. La imaginación del vulgo reviste de formas peregrinas á la naturaleza, de suyo maravillosa.

Muchas lagunas encantadas tiene ocasión de contemplar el viajero observador que cruza las dilatadas regiones desiguales del Río de la Plata. Todo lugar que ofrezca alguna particularidad extraña ó sorprendente, que infunda pavor ó recelo, todo lugar donde en alguna forma se manifieste el movimiento de la vida de la naturaleza y que sea poco frecuentado ó menos accesible que los comunes que son ya familiares, despierta en el alma del hombre primitivo y del inculto, que se le acerca, la idea del misterio, que lo es en efecto para él cuanto no puede comprender y le impresiona vivamente; y de ahí nace el encanto de que, juntándose en la imaginación los diversos fantasmas que la pueblan, aparecen acompañados los cerros, cavernas, ruinas, lagunas, etc.

Ríos, lagos, esteros, bosques, cerros, quebradas y sierras forman del Paraguay una de las más bellas, varias y pintorescas regiones de la cuenca del Plata, á que corresponde, pues á él tributan las aguas que la riegan. No lejos de la Asunción, extiende sus orillas la vasta laguna *Yupacaray*. *Ipacaray*, suprimida la *u*, llámanle comúnmente. La porción de tierra que hoy le sirve de lecho, fué en tiempos remotos (reza la tradición originaria de la conquista) asiento de un pueblo de indios que desenfrenadamente se entregara al pecado nefando. Horrorizada la naturaleza, convirtió de repente en mar embravecido el recinto maculado por el infame vicio abominable, sepultando bajo sus aguas á todos los que le habitaban. De entonces en adelante salieron del fondo de la encantada laguna *Yupacaray* lastimeros ayes y estremecedores alaridos de hombres, mujeres

y niños, que claman por misericordia é imploran socorro á los transeuntes. Horrendas figuras de demonios salían al encuentro del que, temerario ó compasivo, intentaba acercarse á sus bordes: hacíanle retroceder espantado. Cuando el tiempo se descompone, encréspanse las aguas, que, del propio modo que los cerros personificados, se enfurecen y braman, tronando en el interior de la laguna y relampagueando en la superficie. De estos fenómenos terrificantes le vino también el nombre de *Acay,* que es una exclamación guaraní equivalente á la castellana: *¡Gran Dios! qué maravilla!* Añaden que un obispo exorcizó la laguna, haciendo posible, mediante el conjuro, que los transeuntes pudiesen acercársele sin peligro y despojándola de las demás circunstancias que la constituían objeto de espanto. De ahí el nombre que lleva de *Yupacaray: laguna bendecida*(1). Sobrenadando en sus aguas apareció una imagen de la Madre de Dios, cuyo hallazgo se disputaron dos caciques. Un misionero decidió la contienda en favor del que moraba en el apartado valle de *Caacupé,* adonde hoy hacen sus peregrinaciones los paraguayos devotos y agradecidos á una imagen obradora de infinitos y grandes milagros. El 8 de diciembre es el día de su festividad, y de clásica romería al santuario de *Caacupé.*

El vicio que diera ocasión al encanto de la laguna Yupacaray hallábase harto generalizado en el Nuevo Mundo. Casi no había generación, ya salvaje, ya sujeta al imperio de los monarcas de Méjico y el Perú, á la que no envileciese la sodomía. Muy dados á ella eran los indios pampas. Car-

(1) Lozano, *Conquist. del Parag.* etc. Guevara, *Conquist. del Parag.* etc.

gaban siempre á las ancas de su caballo, cuando no iban de pelea, á su concubina, ó, lo que era más común, á su *barragán*[1]. Lo propio hicieron algunas generaciones guaraníes[2]. Los que en el Perú prestábanse á ese vicio infame, andaban acicalados los rostros, vistiendo el traje de mujer. Llamábanlos *orúas*. Los Incas los castigaban, haciéndolos llevar á la orilla de un raudal y arrojándolos en él atados á la cola de un perro. También los ahorcaban, echando después sus cuerpos donde nunca pareciesen. Los españoles castigáronlos con la muerte. Vasco Núñez de Balboa los hacía aperrear. Cuando su jornada famosa á la Mar del Sur, aperreó una vez á cincuenta indios que tenían por costumbre cometer el pecado nefando[3].

El origen de los encantos de lagunas y de otros receptáculos no es, en general, tan horrible como el de la Yupacaray. Con mayor frecuencia hállase vinculado á episodios ó accidentes relativos á la ocultación ó pérdida de tesoros, como sucede en la Iberá de Corrientes y en la isla de Calimayo de Tucumán. Supúsose que, en España los moros, y en la América del Sur los Incas y los jesuítas, escondieron inmensas riquezas, guardadas luego por seres fantásticos ó

(1) «Y por esa razón no se aumentan mucho.» (*El Lazarillo de Ciegos Caminantes desde Buenos Aires hasta Lima* por D. Calixto Bustamante Carlos Inca, natural del Cuzco. En Gijón. Año de 1773.)

(2) De los payaguaes dice el P. Fray Pedro José de Parras: «Cuando se ausentan de sus mujeres, llevan un hombre destinado con quien se entregan torpemente á la sodomía. Llaman á este hombre *mariatebí*, cuyo significado, en nuestro idioma castellano, no puede pronunciarse sin vergüenza.» (*Diario y Derrotero de los Viajes* del P. Fr. Pedro José de Parras á América, publ. en la *Revista de la Biblioteca Pública de Buenos Aires* por D. Manuel Ricardo Trelles.) Los guaraníes llamaban *tebiro* al sodomita.

(3) Francisco López de Gómara, *Historia General de las Indias*,

por demonios. Por todas partes se creyó posible encontrarse de manos á boca con un tesoro escondido[1]. Un cacharro pareció vasija de oro ó plata y sometiósele al examen de la piedra de toque, que á cada paso mostraba á los ojos ávidos el error en que estaban, sin conseguir nunca que llegasen á desengañarse. Toda botija enterrada debía de estar llena de rico metal; y si acaso, en lugar de oro ó plata, salía de ella una víbora ó culebra, no podía ser otra cosa la causa de este accidente sino el demonio, que tomando forma odiosa y repugnante, sustraía de las codiciosas manos el preciado depósito.

Un hombre labrador, cavando acaso,
Atento á la cultura de su huerto,
Á media vara halló enterrado un vaso.
Suena la azada, y, á los golpes, cierto
Y formado salió un cántaro ó jarro,
Con un betún fortísimo cubierto.
Era el atapador también de barro
Á modo de pirámide, y tan dura,
Que le quebrara apenas un guijarro.
Y como en esta tierra se murmura
Que hay en ella escondida plata y oro,
Pensó que estaba dentro su ventura.

(1) Peregrinando Sancho Panza por Sierra Morena, decía: «Ruego á Dios me saque de pecado mortal, que lo mesmo será si me saca deste peligroso oficio de escudero, en el cual he incurrido segunda vez, cebado y engañado de una bolsa con cien ducados que me hallé un día en el corazón de Sierra Morena. Y el diablo me pone ante los ojos, aquí...., allí...., acá no, sino acullá...., un talego lleno de doblones, que me parece que á cada paso le toco con la mano, y me abrazo con él, y lo llevo á mi casa, y echo censos, y fundo rentas y vivo como un príncipe. Y el rato que en esto pienso, se me hacen fáciles y llevaderos cuantos trabajos padezco con este mentecato de mi amo, de quien sé que tiene más de loco que de caballero.» *(El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* por Miguel de Cervantes.)

«Dichoso yo, sin duda que es tesoro,
Dijo, que en los peligros de la guerra
Aquí lo sepultó algún rico moro.»
....
....
....
Trastorna la vasija, persuadido
Que estaba del más fino oro, maciza,
Entre joyas antiguas embutido.
Pero envueltos le arroja con ceniza
Huesos medio quemados (de varones
Quizá que alguna historia solemniza).
Atónito, entre varias opiniones,
Llega á tener por cierto que el demonio
Aquel tesoro transformó en carbones(1).

¿Cuántas diligencias no se han hecho para descubrir el paradero de la famosa cadena de oro que el Inca Huaina Capac mandó fabricar en conmemoración del venturoso nacimiento de su primogénito? Tenía la cadena trescientos cincuenta pasos de largo, ó, lo que es lo mismo, setecientos pies, y era tan gruesa, que asidos á ella doscientos indios orejones no podían levantarla con facilidad. En las danzas de los Incas, que eran sólo de hombres, tomábanse los unos de las manos de los otros, dándolas, no á los que tenían á su lado, sino á los que les seguían, de manera que entre todos viniesen á formar una cadena: que fué lo que Huaina Capac quiso que sirviese de modelo para hacer la de oro. Los indios del Perú carecían de una voz que expresase la idea de cadena, y por eso llamaron *huasca*, equivalente á *soga* en castellano, á la de oro que recordaba el nacimiento del primogénito de Huaina Capac. De aquí el

(1) Bartolomé Leonardo de Argensola, *Sátira*, en la colección de D. *Ramón Fernández* (D. Pedro Estala).

nombre de *soga de oro* que le dieron los españoles y con que fué conocida en la historia la tradición relativa á este hecho. De ahí asimismo el nombre *Huáscar* (añadida la erre, para disimular lo humilde del significado de la expresión) con que fué sustituído el propio (Inti Cusi Huallpa) del último vástago legítimo de la sangre real de los Incas. Entre las incalculables riquezas que escondieron los indios del Perú á la entrada de los españoles para que no fuesen á caer en sus manos, contábase la *soga de oro* de Huaina Capac. Quién decía que el tesoro de los Incas estaba enterrado en el Cuzco, quién que lo habían llevado á otras partes donde menos fácilmente pudiese ser rastreado el escondrijo, quién que la imperial *soga de oro* hallábase en el fondo de una laguna. Un religioso de la orden de San Agustín fué por Buenos Aires á España, prometiendo hacer el descubrimiento. Concediósele licencia para poner en ejecución su designio, estipulándose que la mitad de lo que se encontrare sería para el rey y la otra mitad para el autor del hallazgo. Mas los afanes del ligero agustino no dieron otro resultado que su propio descrédito y la añadidura de un nuevo desengaño á los muchos de que ya había sido ocasión el empeño de inquirir el desconocido paradero de los ingentes y fabulosos tesoros de los Incas [1]. Por todas partes creíase poder hallarlos: escondidos debajo de tierra, en cerros ó en llanuras, en los tapados sepulcros, junto á los derruidos templos, al pie de un árbol añoso, ó en los ríos y lagunas [2].

(1) El Inca Garcilaso de la Vega, *Comentarios Reales del Perú*. D. Juan de Solórzano, *Política Indiana*.

(2) «Como se supo en todo el reino que habían entrado los españoles con mano armada, robando, matando, deshaciendo templos y

Á orillas del Paraná, antes de llegar, subiéndole, á la prodigiosa catarata conocida con el nombre de salto de *Guayrá,* un gigante que asombraba por su proceridad y corpulencia, con una larga caña tacuara (especie de bambú) y unas redes y aparejo de recias hebras de chaguar (cuyo uso aprendiera sin duda de los españoles), solía entretenerse en la pesca del colosal pacú y del no menos enorme surubí (que para él serían poco más que mojarras), sentado en un peñón que á la distancia relucía como un noble metal bruñido de oro ó plata. El gigante era de tierra adentro, y sólo de vez en cuando aparecía en aquella pesquera, para él exclusivamente reservada. Que el peñón era de un fino metal no fué desde luego dudoso: de parecer, á serlo, había poco que andar en la exaltada imaginación de los que venían siguiendo las pisadas de Cortés y Pizarro. Las dudas sólo versaron sobre si era de plata ú oro. Pero en definitiva se convino en que era de plata. Nunca habían podido tocarla con sus manos los españoles del Paraguay; porque ocupados en expediciones hacia el lado del Perú, en guerras y en poblar tierras apartadas, hubieran tenido que distraer su atención y sus fuerzas de estas arduas empresas necesarias para destruir los obstáculos que los indios

oratorios, saqueando pueblos, y que todo su corazón era plata y oro, acordaron (los indios) de tapar y esconder todos los sepulcros, y los tesoros que no pudieron esconder los echaron en el mar ó lagunas.» (*Relación de las Antiguas Costumbres de los Naturales del Pirú* (anónima), en la obra *Tres Relaciones Peruanas* public. por el *Ministerio de Fomento* (Madrid).

De los indios de Nueva Granada (hoy Colombia) dice el Cronista Antonio de Herrera: «Tenían bosques y lagunas consagradas, é iban á sacrificar en ellas, y no podían cortar árbol ni tomar agua. Enterraban en los bosques oro y joyas, y lo echaban en las lagunas como en ofrenda, y nunca lo tocaban.» *(Décadas de Indias.)*

de Guairá, bravos y belicosos, hubieran opuesto á su entrada. Llamaban al rico peñón, por antífrasis, la peña *Pobre,* así como al animal más perezoso y tardo de la tierra le bautizaron con el nombre de *perico ligero.*

La peña *Pobre* está más adelante:
Es alta como roca muy crecida;
Aquí han visto muchos un gigante
De gran disposición y muy crecida.
Nò está, según yo supe, él aquí estante;
Que allá la tierra adentro es su guarida.
Mas viene aquí á pescar muy á menudo,
De sus redes cargado, mas desnudo (1).

El lugar de la peña *Pobre* estaba comprendido en las misiones que los jesuítas tenían fundadas en las vertientes del Paraná y Uruguay, donde no querían que entrasen los españoles (americanos y europeos), por temor de que contaminasen con sus costumbres las muy sencillas de sus neófitos. Esta incomunicación dió pábulo al engaño, á la par que encendía más y más la hoguera de la discordia que desde un principio prendiera entre el áspero conquistador por una parte (á que más tarde se unió el clero seglar nada limpio), y por la otra los austeros discípulos de Ignacio de Loyola. Corrió entonces la especie de que los jesuítas beneficiaban, ocultándolo, un riquísimo venero de plata, con detrimento del real erario, á quien se defraudaba en el quinto que le correspondía por las leyes. Denuncióse el hecho ante el Consejo de Indias, quien, previos los informes y reconocimientos que el caso pedía, se persuadiò de lo ilusorio del cargo. El ludimento que las crecientes del río, con sus

(1) Martín del Barco Centenera, *La Argentina.*

arenas, producían con frecuencia en el peñón ó peña *Pobre,* le había dejado tan liso, que á los rayos del sol resplandecía como el oro bruñido. ¿De dónde mejor que de ahí pudo haber tenido origen el refrán que nos advierte que *no es oro todo lo que reluce?* Pero allí había, al decir de los padres de la Compañía, verdaderas minas de oro que ellos beneficiaban á su sabor: *las almas redimidas con la sangre del cordero inmaculado* (1).

En la isla de *Calimayo,* perteneciente á un arroyo que riega una de las más deliciosas comarcas de Tucumán, jardín de la Argentina, se reunen los duendes y las brujas á sus conciliábulos y festines. Siéntense, á altas horas de la noche, deleitosísimos acordes, bullicio y carcajadas de aquellos alegres moradores. Los fugitivos restos de un cacicazgo lule asiláronse en Calimayo, en cuyas aguas arrojaron sus tesoros, para que no fuesen á mano de los españoles (2).

En la laguna de la Cruz, provincia de Santiago, en la Argentina, reside una bruja con cuya cabellera, que tiene dos varas de largo, arrastra á quien se le antoja llevar consigo (3). ¿Para qué llevará consigo á los transeuntes? Muy apasionada, cuanto pérfida, debe de ser la bruja de la laguna de la Cruz.

Una pareja de palomitas blancas habita de antiguo la isla *Encantada,* á quien bañan las ondas del Atlántico,

(1) Lozano, Guevara, *Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán.*

(2) *Provincia de Tucumán* por Arsenio Granillo. Publicación oficial: Tucumán.

(3) *Buenos Aires y otras Provincias Argentinas* por T. J. Hutchinson, trad. por D. L. V. Varela.

junto á Rocha, en el Uruguay. Matar, aprisionar ó hacer daño á una de las inocentes isleñas solitarias de las costas oceánicas, acarrearía de seguro una calamidad, una desgracia, á que nadie naturalmente quiere exponerse. Pobladas de lobos marinos las islas de aquella región, ¿quién mejor que sus constantes huéspedes, los *loberos* (cazadores de lobos), sabrán lo que pasa en ellas? Pues los *loberos* son quienes con más persuasión testifican que la isla *Encantada* lo está en efecto. Las eternas palomitas blancas, entre otras manifestaciones demostrativas de la existencia de un encanto, bien á las claras lo publican (1).

---

(1) *Apuntes para la Geografía del Departamento de Rocha* (Uruguay) por D. B. Sierra y Sierra.

CAPÍTULO XIV.

El mito en la naturaleza vegetal.

SUMARIO.—Árboles y plantas reverenciadas por los antiguos.—Deificación de la naturaleza por los indígenas del Perú y demás generaciones del Nuevo Mundo.—Ofrendas del hombre primitivo á los árboles.—Fiestas ó borracheras de los indios ante los árboles. —El *boighe* ó canelo de los pampas, araucanos y patagones.—Sus *cagüines*.—El canelo y el *hambi* entre los hechiceros.—El *ceibo* y la *tacuara* entre generaciones guaraníes.—El algarrobo ó *tacu* presencia las fiestas ó *chiquis* de los indios andinos.—Los hechiceros guaraníes *(payés)* sírvense del *anguay* ó benjuí de las Misiones.—El *nahadigua*, árbol mítico de los mocobíes.—Plantas mágicas.—El *haschisch* ó *yerba de los fakires*.—Excitantes varios. —Úsanlos los sacerdotes indígenas de América.—El tabaco entre los magos del Nuevo Mundo.—Los *amautas* del Inca ofrecen la *coca* á sus ídolos.—Propiedades é historia mítica de la *coca*. —Su uso en la magia indígena.—Diversas plantas usadas por los hechiceros indígenas y *criollos*.—Preciada *chicha* del molle. —Origen mítico del uso de la yerba del Paraguay.—Tradición relativa á las peregrinaciones de Santo Tomás Apóstol por América.—Huellas de pies humanos en las piedras.—Conjeturas á su respecto.—Leyenda sobre la yerba ó *caá* de los guaraníes.—La mandioca.—Sus propiedades, uso y cultivo.—Leyenda de la mandioca.—La *chicha* ó vino de mandioca.—Los *piaches* del Orinoco hacen uso de la mandioca ó *yuca* en sus comunicaciones con el demonio.

Los antiguos, que en todo veían la vida consciente, viéronla con ojos reverentes en los árboles y plantas. Tuvieron sus bosques sagrados, sirviéronles de templos, y dedi-

caron á los dioses los árboles más notables: el roble á Júpiter, el laurel á Apolo, el olivo á Minerva, el mirto á Venus, á Hércules el álamo [1]. Lo propio sucedió con las hierbas del campo [2].

La gentilidad griega y romana reverenció en especial la oliva y la encina. Un ramo de oliva era símbolo de paz, de concordia. Llevábale en la mano, confiado en el éxito, quien iba á hacer una súplica. La encina ó roble, sobre todo, consagrada al dios de los dioses, á Júpiter, mereció altos honores. Con ramas de encina coronábanse las estatuas de Júpiter. Los soldados que se distinguían en la defensa de la *ciudad*, que estaba bajo la protección del dios del Olimpo, eran coronados con una corona de oliva, con la corona *cívica*. El emperador Antonino Pío consideraba acción de mayor precio defender á un *ciudadano*, que matar mil enemigos. Colgaron lámparas encendidas de los árboles divinizados. Cubríanlos con mantos de ricas telas, con magníficas colgaduras, coronábanlos con floridas guirnaldas, ungíanlos con esencias aromáticas. Otros pueblos de Europa y del Asia ejecutaban las mismas cosas. Jerjes, caudillo persa, caminando con su ejército, halló un plátano por acaso. Detúvose

(1) C. Plinii Secundi *Naturalis Historiæ* liber XII.
(2) De Demócrito dice Juan de la Cueva:

Y descubrió también la yerba *hupa*,
Que descubre tesoros escondidos,
Y revela las cosas venideras
Trayéndola debajo de la lengua.

(*Los Cuatro Libros de los Inventores de las Cosas.*)

La yerba *moli* contra los encantos:
Quien la halló primero fué Mercurio,
Y Ulises el que de ella usó primero
Para librarse de la maga Circe.

(El mismo.)

delante de él, rególe con preciados vinos olorosos, adornóle con joyas, con paramentos de lujo, é hizo que á su alrededor acampasen las soberbias tropas que conducía.

Un padre jesuíta, que escribió á fines del siglo décimosexto ó principios del décimoséptimo una *Relación* (anónima) *de las Costumbres Antiguas de los Naturales del Perú*[1], afirma que los indios peruanos reverenciaban la tierra y el mar, los montes, cerros y quebradas, los peñascos tajados á plomo, las hondas cavernas, los manantiales y lagos, etc., no porque entendiesen que contenían en sí alguna divinidad ó virtud del cielo ó que eran cosa viva, sino porque estaban persuadidos de que el gran *Illa Tecce Viracocha* los había puesto en el lugar donde se hallaban y señalado con alguna particularidad notable, para que sirviesen de templo ó adoratorio en que él y los otros dioses fuesen venerados. Garcilaso de la Vega[2] abundaba en el mismo sentido, por lo que respecta á las creencias posteriores á la creación del imperio de los Incas, atribuyendo á Manco Capac y á sus *amautas* (sabios y adivinos ó sacerdotes) la extirpación de la idolatría de aquellas generaciones que, nó sabiendo levantar el pensamiento á cosas invisibles, adoraban animales y plantas, montañas y cerros, fuentes y lagunas y otros objetos materiales de diversa naturaleza, sin excluir los más viles y despreciables. Los Incas y sus *amautas* enseñaron, según Garcilaso, que no debía ser tenido ni adorado por Dios más que *Pachacamac,* invisible y desconocido, á la par con el sol, por el bien que

(1) *Tres Relaciones de Antigüedades Peruanas* publicadas por el Ministerio de Fomento (Madrid, 1879), con un prólogo de D. Marcos Jiménez de la Espada.

(2) *Comentarios Reales del Perú.*

éste hacía al mundo, con la luna, su hermana y mujer, y con las resplandecientes estrellas, que eran las damas y las criadas de su casa y corte. El célebre naturalista inglés Carlos Roberto Darwin, que en su viaje al rededor del globo visitó las pampas argentinas, creyó ver, antes que una divinidad, un mero altar en que se la reverenciaba, en el árbol que el indio inciensa con el humo del tabaco y de cuyas ramas cuelga sus ofrendas. El modo de ver las cosas á este respecto parece acercarse mucho, en Darwin, como se habrá observado, al que manifiesta el autor anónimo de la *Relación* antes citada. Sin embargo es indudable que las generaciones selváticas adoraron y adoran en ciertos árboles y en otros objetos naturales (hasta en las piedras) un ser divino y viviente. Deteníanse ante el reverenciado árbol, hablábanle, y, por medio de los sacerdotes, recibían sus respuestas (1). Entre los idólatras del Perú, eran *huacas* ú objetos sagrados todos aquellos en quienes tenían por cierto que se albergaba un ser divino, como en las piedras grandes, en tales ó cuales árboles, etc. (2). Lo propio

(1) Fr. Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias.*

«Este modo de hablar del demonio en árboles y otras formas, ha sido costumbre muy antigua suya, para tener engañados á los míseros hombres, que pareciéndoles cosas prodigiosas, los adoraban por dioses.» (Fr. Juan de Torquemada, *Monarquía Indiana.)*

(2) «Eran cosa sagrada todas aquellas en que el demonio les hablaba, esto es, los ídolos, las peñas, piedras grandes ó árboles en que el enemigo entraba para hacerles creer que era Dios.» (Garcilaso, *Comentarios.)*

«Adoran los ríos, las fuentes, las quebradas, las peñas ó piedras grandes, los cerros, las cumbres de los montes que ellos llaman *apachitas,* y lo tienen por cosa de gran devoción: finalmente, cualquiera cosa de naturaleza que les parezca notable y diferente de las demás, la adoran como reconociendo allí alguna particular deidad.» (El P. José de Acosta, *Historia Natural y Moral de las Indias.)*

cabe decir de las generaciones que poblaron ó que pueblan aún el Chaco, la Pampa, la Patagonia, etc. Los indios de Chubut, en la Patagonia, adoran la piedra sagrada de *Yalaleycurá*, cuyos huecos, formados por las piedrezuelas que la marga tenía adheridas á ella, son los *ojos* por donde mira: regálanla con frutos de la tierra y con chicha [1]. Los araucanos (y lo mismo acostumbraron ejecutar los patagones y pampas), no solamente veneraron y colgaron ofrendas de las ramas del *boighe* ó canelo, incensándole con el humo del tabaco y vertiendo sobre él su chicha, sino que en sus fiestas y ceremonias y en sus curaciones (que hacían los *machíes* no había de faltar nunca un ramo del árbol sagrado, al cual rendían homenaje, como si virtualmente presidiese al acto que celebraban [2].

El hombre primitivo, el salvaje, ofreció cuanto poseía y más preciaba á sus divinidades arbóreas en todas las regiones del globo: en Asia, en África, en Europa, en Oceanía, en el Nuevo Mundo. Le presentó animales en sacrificio, y colgó de sus ramas, á título de ofrendas, mechones de pelo, correas, cintas, dientes, flechas, crines de caballo, vasijas, pieles, botellas, pedazos de tela, restos de cigarro y otros objetos análogos. El indio de América, además de estas ofrendas, vertió la chicha y la infusión de la yerba *(caá)* en las grietas de los árboles, cual si las divinidades vegetales que reverenciaba hubiesen de participar de bebidas tan codiciadas y favorecidas del cielo. Incensólas con el humo del tabaco, que fué siempre para él, para el mago,

(1) *Viaje á la Patagonia Austral* por D. Francisco P. Moreno. Buenos Aires.

(2) *Descripción Histórico-Geográfica del Reino de Chile* por D. Vicente Carvallo y Goyeneche. Santiago de Chile.

para el hechicero, para el sacerdote (del mismo modo que la chicha, y la yerba del Paraguay, y la coca del Perú), elemento indispensable, ó de gran valía, en el ejercicio y cumplimiento de sus altas funciones y ministerio sagrado. Á presencia de los árboles sagrados, tuvo el indio sus juntas y *parlamentos*, celebró sus festines ó borracheras, bailó sus danzas, entonó cánticos, elevó preces, derramó lágrimas de dolor y de alegría.

Cada generación consagró el árbol que sus regiones le ofrecieran más señalado, ó al que se halla vinculado un hecho sobrenatural que la tradición perpetúa.

Los indios pampas, patagones y araucanos adoraron el canelo *(boighe)*, árbol semejante al del mismo nombre de la India, en cuya razón se lo dieron los españoles y conserva hasta el día de hoy. El tronco tiene unas ocho ó diez varas de altura. Echa las ramas en series de cuatro en cuatro, á manera de cruz. Sus hojas, alternas, son grandes y de un color verde claro, blanquizcas por el envés. Sus flores, pequeñas, blancas, olorosas, estrelladas, rematan los ramos. Este árbol, entre los indios de la parte austral del continente, hace las veces que el olivo entre griegos y romanos y en la Europa cristiana. Sus fiestas más solemnes *(cagüines ó cahuines)*, las cuales, sea cual sea su objeto, religioso, bélico ó familiar, terminan en borracheras y licencias, á favor del *pulco (pulcu)* ó chicha, ó bien del aguardiente, que es su néctar, celébranlas á la presencia de un canelo. Á falta del árbol, colocan un ramo de él en alto. Llevan otro en la mano, que parece simbolizar el vínculo superior que auna sus voluntades y designios. Un ramito de canelo es también prenda de reconciliación y de afecto, que afianza con sello sagrado la consecuencia de la con-

ducta futura de los estipulantes con las protestas de constante y sincera amistad que se han prometido. De las simétricas ramas del reverenciado vegetal cuelgan los indios multitud de ofrendas á la deidad ó espíritu que suponen le anima, es á saber: cintas usadas, correas ó *guascas,* trapos, botellas, restos de cigarro ó *puchos,* y cuantas bujerías, desechos y zarandajas pudiera envidiar la más caprichosa urraca.

Celebraron también sus juntas los hechiceros, ostentando como símbolo de su oficio unos canutos y varillas de canelo, árbol consagrado á su divinidad protectora. Componían sus hechizos con hierbas y excremento de *ibunches* ú otras sabandijas que se crían dentro de las cuevas que les sirven de morada y punto de reunión para sus conciertos en casos graves y dificultosos. Con dichos compuestos untaban las varillas mágicas de que acostumbraban servirse. Solían, en sus compuestos, hacer uso del *hambi* ó *ambi;* de donde la denominación de *hambicamayos* que también se daba á los hechiceros. Había tanta credulidad en este punto entre los indios de Arauco, que, según resulta de las actas del Cabildo de Santiago de Chile en los primeros tiempos de la conquista, matábanse unos á otros los naturales é íbanse consumiendo con el *ambi* y otros hechizos que les daban los *ambicamayos* y demás hechiceros, siendo público y notorio que por los pueblos se hallaban multitud de muertos de ambos sexos á causa de tales brebajes. Á fin de poner coto á un mal tamaño, mandóse primero que cada seis meses saliesen á visitar la tierra cierto número de comisarios, con el encargo de castigar á los delincuentes con todo el rigor del derecho. Luego se dispuso que la visita se hiciese cada dos meses, con especial cuidado de castigar, previa información

sumaria, á los *hambicamayos* y hechiceros; *porque demás del daño que reciben los naturales, se desirve á Dios en los hechizos que hacen invocando al demonio*(1).

El ceibo y la caña tacuara, entre las generaciones guaraníes, tuvo su lugar en las ceremonias y mansiones sagradas. Los guarayos, originarios del Paraguay y establecidos luego entre el Chaco, Santa Cruz de la Sierra y Chiquitos, inciensan, en sus templos *(tocais)*, con el humo del tabaco el interior de las cañas tacuaras, que después llenan de chicha. Muerto un guarayo, le entierran cara al occidente, dirección hacia la cual se halla la deliciosa residencia de su viejo progenitor ó abuelo, llamado *Abaanguí,* que espera á sus nietos ó descendientes con mujeres hermosas, chacras ó huertas de mucha fertilidad y abundancia de la codiciada chicha que preparan con la mandioca ó *yuca,* más fuerte que la que sale de otras plantas, como que con facilidad emborracha y hace doler el vientre. Al salir de su toldería en dirección al poniente, provisto de las venturosas tacuaras, de arco y flechas, de un mate ó calabacino lleno de chicha y de unas cañas dulces para regalo del abuelo, se le ofrecen dos caminos. El uno á la derecha, llano, espacioso, cubierto de flores, que es el camino de los cristianos ó *carais,* cuyo término ignoran. El otro á la izquierda, angosto desigual y cubierto de maleza y de plantas de tabaco. Éste es el que conduce á las tierras de *Abaanguí* ó abuelo de los guarayos. Tras largas y penosas jornadas, en las que más de una vez le han sacado de apuros las tacuaras que

(1) *Actas del Cabildo de Santiago* (de 2 de enero y 9 de noviembre de 1552) en la *Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos á la Historia Nacional.* Santiago, 1861 y siguientes.

lleva al intento, entra en la suspirada región donde crece el corpulento ceibo ó *zuinandí,* á cuyo pie se sienta á descansar. Libando el dulce néctar de sus aterciopeladas flores rojas revolotean en torno multitud de colibríes, mientras el peregrino, no queriendo ser menos, apela á su mate y se bebe la chicha. Prosigue su camino, y cuando entra en la ciudad de *Abaanguí,* recibe un baño de cuerpo entero, que le deja libre de toda pestilencia y en especial de la mácula y tufo que hubiere podido pegársele de su roce con los cristianos [1].

El algarrobo, árbol en que se ahorcó Judas para ahogar sus remordimientos, fué también entre los indios de las regiones orientales de la Cordillera planta venerada. Llámanle *tacu (árbol),* como quien dice el árbol por excelencia. Hombres y animales acuden á él en busca de grato alimento. De él hacen aloja y la pasta á que llaman *patay.* En torno de él celebraban los indígenas la fiesta *chiqui,* presentándole las cabezas de guanacos, liebres, pumas y otros animales, excepto de avestruces ó *surícs,* que respetaban. Esta ceremonia era acompañada de borrachera y canto, como toda fiesta semejante entre los indios, y se ha conservado hasta mediados del siglo actual. Usábanla por este tiempo los campesinos, con el objeto de conjurar la seca y otras calamidades. Terminada la fiesta, corrían á pie una carrera, cuyo premio consistía en unos muñecos *(guaguas)* de masa pendientes del árbol, que era la meta [2].

El *anguay,* copal ó benjuí de las Misiones del Paraná

(1) *Las Misiones Franciscanas entre los Infieles de Bolivia* por el R. P. Fr. José Cardús.

(2) *Londres y Catamarca* por D. Samuel A. Lafone y Quevedo.

y Uruguay, es árbol cuya madera se aplicaba, por su grosor é incorruptibilidad, á la fábrica de las grandes iglesias. Sus hojas, medio abiertas, miran siempre al sol. Extraíase de él un bálsamo á que se atribuían extraordinarias virtudes, aplicado á las heridas, llagas y corrupciones de huesos. Llamábase *bálsamo del Brasil.* Las mismas propiedades tiene el palo, que para el efecto se pulveriza y mezclado con agua se pone al sol. Su cocimiento recomiéndase para curar las úlceras del estómago, del hígado y de los pulmones, así como aquellas enfermedades que han hecho famoso por el mundo al guayacán y palo santo. Su leña hace un fuego dorado y da un escaso humo suavísimo que, al paso que recrean la vista, confortan el cerebro. Su olor es semejante al del benjuí; por lo que lleva también este nombre. Los sacerdotes ó hechiceros guaraníes, los *payés,* servíanse de la aromática resina del *anguay* para incensar los adoratorios en que ejercían sus funciones. De ahí el distinguir á tan preciado vegetal con la denominación de *ibirá-payé,* voces guaraníes que significan literalmente *árbol de los hechiceros* (1).

Los mocobíes, indios del Chaco argentino, imaginaron un árbol altísimo, llamado *naliadigua,* por donde las almas de los muertos, de rama en rama, subían al cielo. Un día que una vieja fué á pescar á una laguna, volvió muy triste á su toldo, por no haber logrado llevar á sus hijos ni uno siquiera de los abundantes y ricos pescados que criaban las aguas de aquel privilegiado receptáculo. La pobre vieja

(1) El P. Pedro Lozano, *Hist. de la Conquist. del Parag., Río de la Plat. y Tucum.* El Hermano Pedro Montenegro, *Plantas Medicinales de Misiones,* en la *Revista del Pasado Argentino* por D. M. R. Trelles.

determinó ir de puerta en puerta pidiendo limosna á los mocobíes para suplir su indigencia, y los mocobíes le negaron limosna. Entonces la vieja se transformó en *capiguara* (por otro nombre *capincho)*, cuadrúpedo que vive en las riberas de las aguas (donde se zabulle con frecuencia), regularmente pobladas de monte, que es su guarida. La capiguara (que tiene muy buenos dientes) empezó á roer la corteza del *naliadigua*. Después que le hubo descortezado, continuó su tarea, royendo el tronco. Por último, tanto royó y royó, que dió en tierra con el árbol: irreparable pérdida y desgracia para la nación mocobí, que desde entonces se halla privada de un medio de ascender tan agradable y descansadamente á las regiones celestiales.

Plantas hay, por lo regular aromáticas, cuyas hojas, frutos ó raíces contienen principios que, asimilados por la economía animal, exaltan la vida nerviosa. Unos son venenosos; otros inofensivos, ó pocos perjudiciales, si se toman en corta cantidad. Entre éstos, algunos han venido á constituir una necesidad para el hombre en las sociedades modernas, necesidad que en unos concurre á la conveniente alimentación ó al legítimo regalo, y en otros llega á degenerar en abuso nocivo y aun en vicio fatal y repugnante, como la embriaguez, que degrada y aniquila.

Pide el ejercicio de la magia que la voluntad acaudale y sujete enteramente á su dominio, en tiempo oportuno, la mayor cantidad posible de fuerza nerviosa. Siendo en ayunas, mejor; porque entonces el trabajo fisiológico del organismo no embaraza la facultad intelectiva de ningún modo. Manifiéstase por esa razón en las ceremonias y prácticas de la magia una tendencia á *desmaterializar,* digámoslo así, progresivamente el ser humano, á separarle de su parte

orgánica, á sustraerle de la acción puramente material de las fuerzas físicas. Para conseguirlo más fácilmente, para favorecer la exaltación y mayor lucidez de las facultades que cultiva, se vale de los excitantes ó de ciertas substancias narcóticas que se califican de *estupefactivas.* Entre ellas ocupa el primer lugar en el Oriente el *haschisch,* voz árabe que significa *yerba,* queriendo dar á entender que es la yerba por excelencia. Llámanle también *yerba de los fakires.* Los árabes, y en especial los del Egipto, han hecho un estudio escrupuloso de las sustancias llamadas *psíquicas,* por sus propiedades excitantes del cerebro. Preparan bebidas que hacen divagar y promueven la verbosidad; bebidas que inducen al canto, á la danza; bebidas que sumergen al hombre en un piélago de deleites: todo lo cual se efectúa mediante una predisposición de ánimo, un cultivo mental precedente, que, como la tierra labrantía, recibe la substancia psíquica eficazmente, amplificando y embelleciendo prodigiosamente el movimiento de las ideas y de las ilusiones [1].

La preferente nutrición del organismo acorta el vuelo del entusiasmo. El estado de robustez opónese á los desvanecimientos del misticismo. La preponderancia de los excitantes, por el contrario, no puede menos de ser dañosa; pero en cambio convida el espíritu á elevarse con valentía y lucidez al mundo de las ideas [2]. El alcohol, el café, el te, el chocolate, el tabaco y el *mate* figuran en primera línea entre las substancias estimulantes de uso cotidiano.

(1) *Traité Théorique et Pratique du Haschich* etc. anónimo (Ernest Bosc).

(2) Papus, *Traité Élémentaire de Magie Pratique.*

El café me reanima, me desasna, decía el célebre Zímmermann, y Napoleón se explicaba sobre el particular de este modo: «El café, bien cargado y en abundancia, me hace revivir: me ocasiona cierto escozor, un roimiento particular, cierto dolor, que no deja de ser placentero; pero yo prefiero sufrir algo, á no sentir nada.» «Por eso, dice D. Pedro Felipe Monláu (cuya es la cita precedente), han alcanzado tan colosal fortuna el alcohol, el café, el tabaco y demás estimulantes que hacen *sentir* enérgicamente.» (1) É igualmente por eso usaron algunos de tales estimulantes los adivinos, para encender el entusiasmo profético, antes de dar sus oráculos. El tabaco de Méjico, de las Antillas, de las regiones que baña el Orinoco, la coca del Perú y la yerba del Paraguay fueron plantas mágicas ó sagradas, cuyas virtudes enseñó la divinidad al sacerdote, para que de ellas se embebiese, cuando hubiere de consultarla en el acto de ejercer su ministerio. El sacerdote no hacía más que comunicar á los consultores las respuestas que le daba la divinidad, ó el demonio, á quien invocaba.

Las plantas que por sus condiciones ó propiedades se singularizan de alguna manera, arraigan, florecen y fructifican en el fértil y dilatado campo del mito y de la leyenda. Señaladamente las plantas excitantes, en todas las regiones del globo, pagan tributo á la fábula; como que las utiliza el mago y el adivino para encender en su espíritu el fuego del entusiasmo. Así, el tabaco, la coca y la yerba (del mate), plantas originarias de América, tienen su historia mítica. Los antillanos cultivaban el tabaco en sus huertas, y su uso (aspirando el humo hasta el punto de embriagarse y

(1) *Elementos de Higiene Pública.*

caer como muertos) parecíales, no solamente provechoso, sino *muy santa cosa*(1). Los mejicanos (asimismo dados á su uso) le llamaron *pitcietl,* y creyeron ver en la peregrina planta que les producía una borrachera deleitosa é inspiradora el cuerpo de la diosa *Cihuacohuatl*(2).

Los indios de las Antillas (Santo Domingo, Cuba) aspiraban el tabaco por las fosas nasales, introduciendo al intento en ellas unas cañuelas de carrizo. Los *bohiques* ó sacerdotes y los caciques y hombres principales usaban para ello un cañuto de un jeme de largo y un poco menos grueso que el dedo meñique, el cual, por uno de sus extremos, se repartía en dos conductos, que se aplicaban conjuntamente á las ventanas de la nariz. Al acto de aspirar el humo de la hierba de que se trata y aun al instrumento de que se servían para el efecto, dábanles el nombre de *cohoba* y el de *tabaco,* según el primer cronista del Nuevo Mundo Gonzalo Fernández de Oviedo(3). Pero, ya fuese que los españoles no hubiesen comprendido bien el sentido de estas voces, ya que en realidad significasen también la hierba de

(1) Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia General y Natural de las Indias.*

(2) Fr. Juan de Torquemada, *Monarquía Indiana.* De la voz mejicana *pitcietl* vino, sin duda, el nombre de *peto,* que, según Solórzano *(Polít. Ind.),* dieron también al tabaco los españoles. De aquí pudo nacer asimismo el verbo *pitar* (fumar), vulgarizado en América. La voz guaraní *petí* y la araucana *puthem,* que significan tabaco, asemējanse bastante á la mejicana *pitcietl.*

(3) «É á aquel tal instrumento con que toman el humo, ó á las cañuelas que es dicho, llaman los indios *tabaco,* é no á la hierba ó sueño que les toma (como pensaban algunos). (Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia General y Natural de las Indias.)*

«*Cahobas (cohobas* debe leerse) ó ahumadas que los indios toman, que assimismo llaman *tabacos.*» (El mismo, en la obra citada.)

que se trata, ó ya que por traslación se hubiese dado á la cosa que usaban el mismo nombre que tenían el uso y su instrumento, ello es que llamaron *cohoba* y más constantemente, hasta el día de hoy, *tabaco* á la planta referida, á su hoja y á su picadura [1].

Los magos y sacerdotes, adivinos, hechiceros y médicos, hanse valido de los sueños, éxtasis y arrobamientos, de las alucinaciones y el delirio, producidos artificialmente por medio de substancias, ora narcóticas, ora excitantes, para obrar las maravillas de que se decían capaces. Por eso los poetas líricos y épicos, comparados á los profetizadores y adivinos *(vates)*, han simulado colocarse en un estado de furor y entusiasmo divinos, que, haciéndoles ver lo que se sustrae á los ojos del común de los hombres, les permita decir cosas extraordinarias, con poderoso acento que conmueva y arrebate: la naturaleza del asunto que suscita la inspiración suele á las veces inducirlos á pedir *beleño* para sus sienes [2]. Plinio el Naturalista menciona multitud de

(1) *Cohoba* en Pedro Mártir de Anglería *(Fuentes Históricas sobre Colón y América,* trad. por el doctor don Joaquín Torres Asensio) y en Fr. Bartolomé de las Casas *(Historia de las Indias).*

(2)

Noche, lóbrega noche, eterno asilo
Del miserable que esquivando el sueño
Profundas penas en silencio gime,
No desdeñes mi voz: *letal beleño*
Presta á mis sienes, y en tu horror sublime
Empapada la ardiente fantasía,
Da á mi pincel fatídicos colores
Con que el tremendo día
Trace al fulgor de vengadora tea,
Y el odio irrite de la patria mía,
Y escándalo y terror al orbe sea.

(D. Juan Nicasio Gallego, Elegía titulada *El dos de mayo,* en sus *Obras Poéticas* publicadas por la Real Academia Española.)

hierbas á que atribuían sus contemporáneos virtudes preternaturales, preconizadas especialmente por los filósofos griegos Pitágoras y Demócrito, que habían recogido algunas enseñanzas de los magos de la Persia, de la Arabia, de la Etiopia y del Egipto: hierbas para evocar á los dioses, para alcanzar el don de adivinanza, para engendrar un delirio que hacía ver cosas extraordinarias (1). Entre las substancias narcóticas ó *estupefactivas* (como quieren denominarlas) que han usado y usan los magos del Oriente, ninguna ha sido tan celebrada por su excelencia (según queda indicado) como el famosísimo *haschisch,* que se extrae del cáñamo de la India (2). Los magos del Nuevo Mundo han tenido también su *haschisch.* Su *haschisch* ha sido la hierba *sagrada* ó *santa,* el preciadísimo *tabaco* (3).

El uso de él, nacido (al parecer) en las Antillas, pasó luego á la tierra firme, donde se extendió fácilmente por todas partes: desde el seno mejicano hasta las costas magallánicas. Pusieron el tabaco sobre las brasas, inhalando el humo por boca y narices. Admira, dice el Dr. Nicolás Monardes, el uso que hacían del tabaco los sacerdotes de los indios. Cuando los caciques y hombres principales tenían que consultar algún negocio de importancia,

(1) C. Plinii Secundi *Naturalis Historia* (lib. XXIV y XXV).

(2) Los negros, en América, emborrachábanse (y aun lo hacen) con lo que en el Río de la Plata y en el Brasil llaman *pango,* que es la hoja de cáñamo (quizás el índico). Fúmanle en *pito* ó *cachimbo,* y los marea y atolondra, inyectándoles los ojos de sangre y causándoles una tos recia y escabrosa; pero para ellos es una delicia.

(3) Ni Maury *(La Magie et l'Astrologie),* ni Papus *(Traité Élémentaire de Magie Pratique),* ni el autor anónimo del *Traité Théorique et Pratique du Haschich et autres substances psichiques* (París, 1894), hacen mención del tabaco entre las plantas célebres por sus propiedades y uso en la magia y hechicería.

recurrían al sacerdote. El sacerdote, á su presencia, tomaba unas hojas de tabaco, echábalas en la lumbre y recibía el humo de ellas por la boca y por las narices: en tomándolo, caía en el suelo como muerto. Luego, volviendo en sí, daba las respuestas, *conforme á los fantasmas é ilusiones que mientras estaba de aquella manera vía*[1]. Además del tabaco de cultivo, hay en la América del Sur uno silvestre, de mayor fortaleza y eficacia, al cual los indios del Perú llamaron *coro* y los guaraníes *petí zacté* y *caá yuquí*[2]. Al hortense los indios del Perú dieron el nombre de *saire* ó *sairi*[3].

Sacerdotes, magos, hechiceros, adivinos y médicos, en el Perú, eran oficios que primitivamente estuvieron en mano de una sola persona; mas á veces anduvieron divididos. Lo más común fué, sin embargo, que los sacerdotes reuniesen todos esos ministerios[4]. Lo propio ha sucedido en todo el Nuevo Mundo. Desde el norte de América hasta Tierra del Fuego, sacerdotes, adivinos, médicos y hechiceros rara vez ejercieron privativamente alguno de estos oficios. El

(1) «Y él las interpretaba como le parecía ó como el demonio le aconsejaba, dándoles de continuo las respuestas ambiguas de tal manera, que, como quiera que acaeciese, podían decir que aquello era lo que dijeron y la respuesta que dieron.» (*Historia Medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales* por el Dr. Monardes. Sevilla, 1574.)

(2) El P. Bartolomé Cobo, Historia del Nuevo Mundo. — El Hermano Pedro Montenegro, *Plantas Medicinales de Misiones*.

(3) «Mieses, raíces, hierbas medicinales, en especial las dos que llama *coca* y *saire*, sacrificaban. *Saire* es la que por otro nombre dicen tabaco.» (*Relación de las Costumbres Antiguas de los Naturales del Pirú* (anónima), en la obra titulada *Tres Relaciones de Antigüedades Peruanas* publicadas por el Ministerio de Fomento. Madrid, 1879). También en Garcilaso, *Coment. Real.*

(4) El P. Bernabé Cobo, *Historia del Nuevo Mundo*.

mago lo era todo: su inspirador, el *demonio,* no había cosa á que no diese satisfacción cumplida. Para ejercer sus funciones todos estos ministros de *pillán, zopay, huecuvú* ó *añanga* recurría con preferencia á la virtud excitativa de la planta privilegiada de su suelo respectivo: el mago de Méjico ó de Venezuela al tabaco, el de las Antillas también al tabaco ó *cohoba,* á la coca el del Perú, y el guaraní á la yerba del Paraguay. Hacían además uso los hechiceros, en diversas aplicaciones, de ciertas semillas. Los indígenas del Perú servíanse con mucha frecuencia del maíz y de los frísoles, á la par con unas pedrezuelas negras ó de otro color diferente, que guardaban con religioso cuidado, pasando, por la muerte, de unas á otras manos. Decían los hechiceros que estas piedras, ellos ó sus antepasados, habíanlas obtenido por medios sobrenaturales. Á unos se las diera el trueno, á otros el alma de algún difunto que se les presentara de noche, y otros las hallaron en una *guaca* (1).

Los *boicios* (ó *bohiques)* de las Antillas, adivinos y médicos, consultaban á los *zemes* (ó *cemíes).* Purgábanse, ayunaban y embriagábanse (según queda indicado) con la *cohoba* (ó tabaco). Respondían á ley de oráculos, mediante estos estímulos, y curaban gesticulando ridículamente, soplando y chupando, y simulando arrojar un huesecillo ó piedrezuela ú otro objeto que les parecía conveniente presentar como causa de la dolencia (2).

El adivino del norte del Orinoco encerrábase en su bohío, inspirando por boca y narices, durante uno ó más días, el

(1) El P. Bernabé Cobo, *Historia del Nuevo Mundo.*

(2) Pedro Mártir de Anglería, *Fuentes Históricas sobre Colón y América* dadas á luz y trad. por el Dr. D. Joaquín Torres Asensio.

humo del tabaco, hasta que, adormecido con él, caía al suelo como muerto[1].

Los adivinos *(amautas)* del Inca ofrecían la coca á sus ídolos. Conocieron esta planta los monarcas peruanos, cuando, extendiendo sus conquistas, exploraron la cordillera de los Andes, de cuyos valles más calientes es originaria. Tragaban la substancia, masticando las hojas ó revolviendo en la boca una pelotilla que formaban con ellas y cal de conchuelas[2]. Reponíales las fuerzas quebrantadas por el cansancio, mitigábales la sed y el hambre en jornadas por desiertos y serranías privadas de agua y de todo alimento, encendíales el rostro, y, mezclada con el tabaco, causábales un deleitoso transportamiento. Á solo el Inca estaba reservado el cultivo de la preciada planta en pequeñas y pri-

(1) Oviedo, *Hist. de las Ind.*—Fuentes y Guzmán, *Recordación Florida* (sobre los *boratios* y *nagualcs*, sacerdotes de Venezuela y de Guatemala).

(2) «Los indios cuentan de la coca lo mismo que los aficionados del tabaco, por ser un equivalente (en cuanto al uso de mascarla), como la yerba del Paraguay (lo es del) al te y café.» *(El Lazarillo de Ciegos Caminantes desde Buenos Aires hasta Lima* por D. Calixto Bustamante Carlos Inca, natural del Cuzco. En Gijón. Año de 1773.)

En el Perú, en Bolivia y en algunas provincias argentinas (Jujuy, Salta) mascan ó chupan la coca, como en otras partes lo hacen con el tabaco, al que suple con ventaja en esa forma. Hacen una pelotilla, que, mezclada con la ceniza del jume, revuelven en la boca. La potasa (álcali) del jume se combina ó une ligeramente con la cocaína (alcaloide), dándole mejor gusto. Mézclanla también con la ceniza de la quinua y, según el P. Bernabé Cobo *(Hist. del Nuev. Mund.)*, con la de huesos, piedras y conchas de mar quemadas. La pasta así formada lleva el nombre de *yicta*. También hacían su *yicta* con el tabaco los indios peruanos, al propio intento: sufrir la sed y el hambre. Mascábanlo y mezclábanlo con polvo de conchas de almejas quemadas, y formando unas pelotillas, las guardaban para usarlas en largas y penosas jornadas. *(Hist. Med. de las cosas que se traen de nuestras Ind. Occid.* por el Dr. Monardes. Sevilla, 1574.)

morosas chacras bajo la guarda de celosos *camayos.* Regalaban una vez al año una bolsita de coca á los *hunos* (curacas de diez mil vasallos), quienes les correspondían enviándoles un vaso de oro. Hubo al oriente del Cuzco (en la región de la coca) una mujer muy hermosa, pero liviana. Su vida deshonesta escandalizó, y fué necesario imponerle un ejemplar castigo: la mataron y enterraron en medio del campo. De su cuerpo brotó una planta: era la coca. Recogieron sus hojas, y, secándolas al sol, pudieron conocer y admirar sus virtudes: la generosa tierra todo lo tapa y todo lo purifica, transformando los más sucios despojos en frutas exquisitas y en bellas flores multiformes que embriagan con su perfume. Llevaban la coca en una *chuspa* ó bolsa de tejido que á manera de morral pendía de una trenza ó cinta que bajando del hombro izquierdo caía hasta la cintura del costado derecho. Estábales prohibido probarla, hasta después de haber tenido cópula[1].

Los adivinos quemaban la coca mezclada con sebo de carneros de la tierra (llamas, alpacas, etc.). Sus médicos, que ordinariamente reunían á su oficio el de adivinos y hechiceros, hacían que los enfermos soplasen un poco de coca hacia el sol, ofreciéndosela y pidiéndole la salud. Los magos, para dar sus oráculos, mascaban la coca, ora cantando, ora llorando. Con palabras que tenían consagradas al intento, invocaban las almas de las personas de quienes querían saber algo. Tenían los indígenas por cosa de mal agüero el canto de ciertas aves extrañas, como los buhos y lechuzas,

(1) *Información de las idolatrías de los Incas* en la *Colecc. de Docum. inéd. del Arch. de Ind.* por D. L. Torres de Mendoza. — El Inca Garcilaso de la Vega, *Comentarios Reales del Perú.*

así como el aullido de los perros; y para alejar el daño de que se creían amenazados, ofrecíanles coca, pidiéndoles que no les hiciesen mal y que matasen á sus enemigos [1].

La coca, del mismo modo que la yerba del Paraguay ó del mate, el achuma, el chamico, el tabaco, el maíz, el molle, el ají ó pimiento y otras plantas indígenas, pasaron, con sus virtudes mágicas, de las manos del indio á las del nuevo poblador de la tierra. Las mujeres livianas sobre todo y los hombres enamorados acudían á los hechiceros *criollos* en busca de los medios de conquistarse la voluntad de la persona amada. Unos daban á mascar, ante una *huaca* ó sepulcro, maíz y coca, substancia que el aspirante debía ofrecer á las almas de los muertos sin bautismo. Buenos eran también al propio intento baños de flores y hierbas silvestres cocidas con huesos humanos extraídos de las sepulturas. Encendíanse luces de velas formadas con los cabellos de la persona querida, echándolos después en una olla en que se calentaba cierta cantidad de aguardiente con porciones de coca mascada. No faltaba quien propinase al enamorado fricciones de ají, como si no tuviese bastante con el que ya llevaba en las entrañas. Invocábase á *Palla Inga,* á la vez que hacían la señal de la cruz, mascando la coca, que era manjar grato al demonio, con quien firmábanse cédulas ó pactos por los que el promitente quedaba obligado á servirle y á entregarle su alma, con tal de que le favoreciese en sus amoríos ó negocios [2].

(1) El P. Bernabé Cobo, *Historia del Nuevo Mundo,* publicada por D. Marcos Jiménez de la Espada.

(2) Véanse los diversos procesos de hechicerías en la *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de Lima* por D. J. T. Medina. Ídem *en Chile* por el mismo autor.

Los adivinos del Perú, llamados *umus*(1), consultaban á *zopay*, emborrachándose para el efecto con chicha, reforzada con el zumo de la *vilca*.

Entre los diversos géneros de *chicha*, la del molle fué la más apreciada. La chicha del molle embriaga más que la de maíz ó de cualquiera otra semilla: teníanla los indios por la más preciosa y regalada. Su olorosa resina, que extraían del árbol dando cuchilladas en el tronco y en las ramas, servía para embalsamar los cuerpos de los Incas, á fin de que incorruptos se conservasen en sus *guacas* ó sepulcros. Infinitas y maravillosas fueron, para los indios y para los españoles, las propiedades medicinales del molle del Perú(2).

Tiene el uso de la yerba un alto origen en la que pudiéramos llamar mitología cristiana. Los misioneros hallaron multitud de objetos, costumbres, ideas y aun palabras que les certificaban de una comunicación remota entre los habitantes del Viejo Mundo y el nuevo continente. Dispuesto el ánimo á dar asenso á noticias basadas en esa convicción, no titubearon en sospechar y creer que un *paí Zumé*(3), alto, blanco y barbudo, que, según tradición indígena, viniera del lado del oriente y predicara nunca oídas doctrinas al morador de la tierra, no era ni pudo ser otro personaje que el apóstol Santo Tomás, ó, como entonces se decía comúnmente, Santo Tomé. Imbuídos en

(1) Había otros magos ó adivinos á que daban el nombre de *Llaicas*. (*Comentarios Reales del Perú* por el Inca Garcilaso de la Vega.)

(2) El P. Bernabé Cobo, *Historia del Nuevo Mundo*, publicada por D. Marcos Jiménez de la Espada.

(3) *Paí* significa sacerdote, anciano, mago.

tal idea, pareciéles hallar, entre otras señales, milagrosos caminos y huellas del santo apóstol en todas partes y especialmente desde las costas del Brasil hasta las entrañas del Perú (1).

Huellas de pies humanos, ó, hablando con propiedad, figuras representativas de ellas, claramente estampadas en piedras, halláronse muchas en América (2). En el Brasil y el Paraguay se hallaron varias. Las del Brasil, unas junto al mar y las otras tierra adentro. Es indudable que las huellas de que se trata han sido impresas por la mano del hombre para significar algún hecho ó alguna idea de que se perdiera la noticia al tiempo del descubrimiento de América. Jeroglíficos semejantes ofrecen los antiguos pueblos del viejo mundo. Los egipcios simbolizaron con dos pies, en actitud del que va caminando, el acto de progresión, el paso. Entre los griegos fueron símbolo de cosa perdida. Los primitivos cristianos grabaron en sus sepulcros huellas de pies humanos. Pero en general esas huellas de pies humanos que parecen ir y venir, en los monumentos votivos del paganismo, simbolizaron feliz regreso después de largo y peligroso viaje (3). Al norte de San Vicente, en el Brasil, junto á la costa del Atlántico, hay una peña, que la marea bate con el ímpetu de sus aguas, en la cual se

(1) *Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán* por el P. Pedro Lozano.

(2) Algunos entienden que son propiamente *huellas* las señales de plantas de pies humanos que se han hallado en una toba de Nicaragua, suponiéndolas impresas en remotísimos tiempos, cuando la toba estaba todavía blanda. Así en la obra *América (Historia de su descubrimiento* etc.) por Rodolfo Cronau (ed. española: Barcelona, 1892.)

(3) *Dictionnaire des Antiquités Chrétiennes* par M. l'Abbé Martigny.

hallaron impresas dos huellas de pies humanos en actitud de quien va caminando hacia el mar [1].

Consta que antes de la invención de la aguja náutica (conocida en Europa desde el siglo duodécimo, cuando menos), los fenicios y otros pueblos, en tiempos remotos, orientándose por las estrellas circumpolares, se aventuraron á navegaciones temerarias [2]. Las de los noruegos, en la edad media, poblando la Islandia y visitando repetidas veces la Groenlandia, llegaron á tocar las costas orientales de la América septentrional. Corre autorizada la idea de una antigua comunicación del oriente del Asia con el occidente de América. Mas no cabe desconocer que, sustituídos los falsos conceptos de la figura de la tierra con la noción de su esfericidad claramente expuesta y sustentada por Aristóteles, no hubo de necesitarse un grande esfuerzo de entendimiento para concebir la posibilidad de una navegación más ó menos arriesgada desde las costas occidentales de Europa y de África á las orientales del Asia [3]. Ni es imposible que, impulsados por esta idea, navegantes tan intrépidos como los fenicios y los noruegos, se abalanzasen, sin aguja náutica, á la mirífica empresa de comunicar con el Asia por el oeste de Europa ó África, tropezando con América. De esa manera las plantas de pies humanos

(1) «Ni pudieron borrarlas los siglos pasados, ni creo que podrán los futuros,» dice el P. Lozano *(Hist. de la Conquist. del Parag., Rio de la Plat. y Tucum.)*, atribuyendo la aparente perpetuidad de las figuras de plantas de pies al supuesto de haber sido hollada por Santo Tomás la piedra en que están impresas.

(2) *Discrtación sobre la Historia de la Náutica* por D. Martín Fernández de Navarrete.

(3) *Histoire de la Géographie du Nouveau Continent* par Alexandre de Humboldt.

grabadas en la roca de la costa del Brasil al norte de San Vicente, pueden simbolizar, por la disposición en que están, el acto del regreso hacia el oriente, al África, de antiguos navegantes heroicos cuanto felices que aportaron á las playas orientales del continente americano mucho antes de que el genio de Colón le ofreciera á la corona de Castilla. Las huellas que se hallaron (y aun se conservan) en otros parajes demostrarían el itinerario de los visitantes.

Pero volviendo al viaje y predicaciones (como quieren Lozano y otros historiadores de la conquista) que el apóstol Santo Tomé hizo en el Paraguay, ya en las fértiles comarcas de Maracayú, pudo ver y contemplar, regados por el Paraná y Uruguay, los inmensos bosques de *caá* ó yerba que allí liberalmente cría la naturaleza. Los indios no sabían que la planta *caá* pudiera ser utilizada como medicina y como alimento; antes al contrario, mirábanla con repulsión, porque sus hojas eran venenosas y causaban la muerte. Santo Tomé halló en ellos muy buena disposición para recibir la fe de Cristo y aguas del bautismo, si bien profetizando que con el tiempo habían de olvidar la celestial doctrina, hasta que unos sucesores suyos se las enseñasen de nuevo, como lo verificaron en el Paraguay los padres jesuítas. El santo apóstol, complacido de ver su grey tan bien aparejada, quiso hacerles un beneficio señalado, y para el efecto les enseñó el uso de la yerba. Arrancó una porción de ramas de *caá,* en presencia de la muchedumbre que le seguía cautivada por su palabra. Las juntó cuidadosamente, y, haciendo con otras de otros árboles una hoguera, tendiólas á conveniente altura de modo que, sin quemarse ni ahumarse, se tostasen. La acción lenta del calor de la hoguera, hizo perder á las hojas de *caá,* por la

evaporación de los elementos dañosos, las propiedades mortíferas que tenían naturalmente. Para mayor ventura y regocijo de los fieles guaraníes, las hojas de *caá,* luego pulverizadas ó deshechas, manifestaban con riquísima fragancia cuán benéficas y gratas al paladar habían de ser las propiedades reveladas por la mano del santo. Los indios de Maracayú, desde entonces, desgajaron ramas de yerba y las tostaron. Deshicieron las hojas tostadas, y poniéndolas en agua, usaron una bebida de tanto agrado como provecho: la que hoy llamamos *mate.*

Una terrible peste diezmaba los pueblos guaraníes (1). Los desolados moradores de las regiones infestadas por donde el apóstol Santo Tomé andaba predicando, acudieron á él, para que, con el poder sobrenatural que le reconocían y como hijo del cielo que era visiblemente, los amparase en aquella calamidad. Santo Tomé les dijo: — «En casa tenéis el remedio: la misericordia divina jamás desampara al bueno.» En seguida mandó traer unas ramas de yerba, las tostó, desmenuzó las hojas, púsolas en agua, y bebió á presencia de los circunstantes para que no recelasen hacer lo mismo chicos y grandes. — «Bebed, añadió, las hojas de esta yerba, y con ella sanaréis los enfermos y quedaréis inmunes de la peste los sanos.» Obedecieron los indios: tostaron, deshicieron y pusieron en agua las hojas de la yerba; y ninguno murió, que las tomase, si enfermo, ni adoleció de la mortal pestilencia, si, estando sano, usó por precaución la bebida. Con tal motivo los indios comarcanos de Maracayú primeramente, y años adelante las gene-

(1) *Hist. de la Conquist. del Parag., Río de la Plat. y Tucum.* por el P. Pedro Lozano.

raciones que á su imitación usaron la yerba, invocaban, al tiempo de beberla, á su inolvidable benefactor el apóstol Santo Tomé, especialmente en las ocasiones en que á favor de ella esperaban verse libres de los estragos de una cruel epidemia.

Otros grandes beneficios dispensó el apóstol Santo Tomé, según las tradiciones misioneras, á los indios guaraníes que escucharon sus predicaciones con sencilla humildad. Además del tesoro de la fe, después olvidado, dióles á conocer el cultivo y uso de la mandioca [1], que es hoy la comida ordinaria del correntino, del misionero, del paraguayo, del brasileño: su pan, su patata, su vino: el recurso del pobre. Hay dos clases de mandioca ó *yuca:* la una dulce, que, asada ó cocida, no hace daño; la otra amarga, *brava,* capaz de matar y que mata, como la yerba, á quien la come. Los indios no comían más que papas, maíz *(abatí),* maní *(mandubí),* bananas y alguna otra hierba ó raíz. Santo Tomé, viendo en los guaraníes tan buena disposición para recibir la luz del Evangelio, tomó un tallo de la planta, le trozó con sus manos y mandó que enterrasen las diversas partes en que fué dividido. Á los pocos días brotaron, formándose igual número de plantas. Lo que se come es la raíz, tubérculo parecido al moniato, blanco y harinoso. Como una de las clases de mandioca era (y es) venenosa, Santo Tomé mandó que la exprimiesen, que después de exprimida la pulverizasen y luego la tostasen, con lo que perdería sus propiedades nocivas. De este modo es como hoy se hace en el Brasil, en el Paraguay y en Corrientes

(1) *Conquista Espiritual del Paraguay, Paraná, Uruguay y Tape* por el P. Antonio Ruiz de Montoya.

la vulgar *fariña (farinha)*. Á la *fariña* que llaman en el Río de la Plata, es decir, á la harina de mandioca, dieron antiguamente el nombre de *harina de palo,* tomado también del portugués *farinha de pao,* que es como hasta el día de hoy la denominan los brasileños. Así es como debe entenderse el siguiente pasaje del P. Antonio Ruiz de Montoya: « Partimos juntos el P. Antonio de Moranta y yo, y á la mitad del camino de cuarenta días de despoblado nos faltaron los tasajos y *harina de palo,* que era nuestra provisión. » [1] *Palo,* por tallo de la planta, como llaman igualmente á todo tronco de árbol.

En el Brasil hay una leyenda relativa al origen de la mandioca. La hija de un cacique mostróse un día embarazada. Su padre, anheloso de castigar al autor de tamaña deshonra, preguntóle quién era su pérfido amante. La joven le respondió que ella no había tenido comercio con hombre alguno. El cacique la amonestó, por lo que á él le parecía una negativa, y hasta llegó á amenazarla con un severo castigo, si no decía la verdad. Como su hija continuara negando, determinó matarla. Entonces apareciósele un hombre blanco, quien le dijo: — « No mates á tu hija, es inocente, nunca conoció varón. » Contúvose el irritado cacique, cuya hija dió á luz una niña encantadora, que á los pocos meses hablaba y discurría perfectamente. Pusiéronle el nombre de *Mani,* y al cabo de un año murió, sin que dolencia alguna hubiera anunciado su próximo fin. Enterrósela en la propia casa del padre de Mani, y todos los días regaban la sepultura, según costumbre que de antiguo tenía la tribu. Al poco tiempo brotó una planta, que dejaron crecer y desarrollarse,

(1) *Conquist. Espirit.*

por no ser conocida. La planta creció y dió fruto. Los pájaros comieron de él y se embriagaron, fenómeno fisiológico hasta entonces desconocido de los indios. Por último, la tierra en que arraigaba la planta, con el crecimiento de la raíz se hendió. Cavaron, y en la forma del tubérculo creyeron ver representado el cuerpo de Mani. Comieron de él, é hicieron una bebida fermentada, que fué su vino (1).

Los salvajes del Brasil, al tiempo del descubrimiento, sacaban su vino de la mandioca, masticándola y haciéndola fermentar en agua, como la *chicha* del maíz y otros frutos en casi todo el nuevo continente (2). Llámanle los naturales *cauín, cantimpuera* y *guariba,* y es hoy bebida usada en el Brasil (3).

Los achaguaes, en los llanos regados por el Meta y el Orinoco, conservaron también la tradición de que el apóstol Santo Tomás enseñó el cultivo y aprovechamiento de la *yuca* ó mandioca á los indios. De ella hacen allí, como en otras partes, el pan llamado *cazabe.* La *yuca mansa* cómenla asada ó cocida, y de la *brava* hacen su vino ó *chicha.* La brava, sin tostar, es tan venenosa, que mata á la gente y á los animales que la comen. Á las vasijas de calabazas en que ponen la *chicha,* dan el nombre allí tan vulgarizado de *muriques* como en el Río de la Plata el de *mates.* De la *yuca* y del tabaco, así como de la harina

(1) Couto de Magalhães, *O Selvagem (Origens, Costumes, Região Selvagem: Lendas Tupís).* Río de Janeiro. *Casa* ó *transformación (oca,* tupí) de Mani, *Mani-oca,* de donde, por corrupción, *mandioca,* dice Magalhães.

(2) Véase *Vocabulario Rioplatense Razonado* por el autor.

(3) *Diccionario de Vocabulos Brazileiros* por el Vizconde de Beaurepaire-Rohán. Río de Janeiro.

(yopa) de una frutilla de cierto árbol grande y frondoso, y de un pequeño pescado llamado *chaca,* se valían los piaches ó hechiceros del Orinoco para simular, comiendo, bebiendo é incensando con ellos, su comunicación con el *demonio* ó divinidad inspiradora de sus ensalmos, adivinaciones y portentos [1].

---

(1) *Historia de las Misiones de los llanos de Casanare y los ríos Orinoco y Meta* por el Padre Juan Rivero, de la Compañía de Jesús. Bogotá.

CAPÍTULO XV.

Uso y hechizos de la yerba del Paraguay.

SUMARIO.—Origen de la voz *mate*.—*Yerba del Paraguay*.—Diversas clases de yerba.—Cultivo de *yerbales*.—Preparación de la yerba. —*Barbacoas*.—Modo de tomar el mate.—El mate para el *paisano* y la *china*.—*Te de yerba* para los recién nacidos.—*Caá:* hierba por excelencia.—Origen mítico del uso de la yerba entre los guaraníes.—Los *caraíes* y *añanga* (magos y demonios) se entienden por medio de la yerba.—Úsanla los hechiceros y adivinos *criollos*. —Fórmula supersticiosa, al tomar el primer sorbo de un mate.—Uso de la yerba como bebida entre los indios.—Excelencias de la yerba.—Su abuso por los españoles.—Combátele el clero.—Uso actual.

La voz *mate* es originaria del Perú, quichua. Su primitiva acepción (que es el sentido en que aun se usa comúnmente en el Perú, Bolivia, Chile y Río de la Plata) fué la de calabaza hueca usada á manera de receptáculo, ya para contener líquidos, ya para guardar cualesquiera objetos menudos. Conservó el propio nombre de *mate* el calabacino usado como vasija á propósito para sorber, mediante una *bombilla,* la infusión de la *yerba del Paraguay*. El vegetal llamado botánicamente *ílex paraguayensis,* así como su producto, conocióse primitivamente con la denomi-

nación de *yerba del Paraguay* [1], en razón de ser originarios de la antigua región de este nombre, entonces mucho más vasta que en el día presente. Críase el árbol, formando extensos bosques, en las primeras vertientes de los ríos Uruguay y Paraná y en las orientales del Paraguay. Tiene el tamaño y el aspecto, á cierta distancia, del naranjo. Sus hojas son permanentes. Tanto al árbol, como á su producto, llámaseles comúnmente *yerba.* Cuando en el Río de la Plata y en el Brasil se pronuncia la palabra *yerba,* todos entienden que se refiere al producto de que se trata. Un terreno poblado de esta clase de árboles, silvestres ó de cultivo, recibe el nombre de *yerbal.* Famosos son los *yerbales* del Paraguay, de Misiones, de San Pablo del Brasil [2]. El mate de forma ovalada y sin cabo ó asidero, denomínase *porongo* ó *poro,* voces de origen guaraní.

Entre las diversas clases de árboles, los de tronco blanquizco y hoja menuda, que son raros, dan la yerba más exquisita. Síguenles en bondad los de hoja grande. Los de tronco violado dan una yerba muy amarga y astringente, que sólo mediante ciertos lavados puede servir para el mate. Los llamados *caaberá* y *caúna* son más inferiores aún y nocivos á la salud. La yerba del Paraguay es la más rica y estimada; pero la argentina y brasileña tienen mayor consumo, tanto por su baratura, como por estar

(1) En tal sentido (yerba del mate en general) debe entenderse la expresión *yerba del Paraguay* comprendida en el título del presente Capítulo.

(2) En el Río de la Plata pasa comúnmente por yerba argentina y dan el nombre de yerba *argentina* á la del Brasil, menos agradable y que á veces parece un veneno, pero de mucho consumo, por su abundancia y baratura.

más habituadas á su uso la generalidad de las personas. La misionera (la más suave) es casi tan menuda como el polvo, y trae muchos *palos,* ó sea pedacitos del tronco de las ramas, defectos de preparación que la hacen desmerecer y aminorar su despacho. En la Argentina consúmese mucha yerba del Paraguay. En el Uruguay prefieren generalmente la del Brasil, que lleva el nombre usurpado de argentina. La propiamente argentina escasea, por lo muy limitado de su cultivo y preparación. La del Paraguay suele ser adulterada con la mezcla de otros productos vegetales más ó menos desagradables y aun nocivos á la salud; entre ellos, las hojas y palos del *ibirarobí,* cuyas propiedades excitantes y estimulantes, tomada pura la infusión, producen vértigos y alteraciones nerviosas.

Casi todas las reducciones de los jesuítas tenían sus *yerbales,* que beneficiaban en tiempo oportuno con el mayor esmero y perfección de procedimientos. La yerba más exquisita era la llamada *caminí,* de hojas menudas. En el Paraguay, hasta el año de 1865, en que empezó la desoladora guerra con sus hermanos del Plata y con el Brasil, se siguió cultivando con igual esmero y perfección de procedimientos la yerba del mate, entonces tan exquisita que nadie escrupulizaba el pagar uno ó dos pesos fuertes por la libra, á trueque de saborear su delicada sustancia. Pero eso, á la verdad, era tomarse mucho trabajo y entretenerse demasiado. ¿Para qué cuidar *yerbales,* si son árboles del monte? Esperar á que estén en sazón para beneficiarlos, impacienta. Eso de ir eligiendo y entresacando las ramitas de la planta, sin dañarla, es cosa que sólo á los jesuítas se les podía ocurrir. Hoy el procedimiento es más simple y ejecutivo. Trepado el *yerbatero* en el árbol, y *facón*

en mano, menudea tajos á diestro y siniestro, derribando ramas, chicas y grandes, hasta dejarlo limpio. El modo de preparar la yerba está naturalmente en armonía con la gallarda soltura del yerbatero, al extraerla de los árboles que fueron. Así son las yerbas que propinan á los consumidores, las cuales, por lo regular, caen como brebajes en el estómago. El bálsamo de Fierabrás, que Don Quijote recomendó á Sancho, no era, sin duda, más bravo.

La buena yerba se obtiene de este modo. Cortados los ramos del árbol, evitando que fermenten, los orean al fuego con una leña especial para el efecto, agavíllanlos y colócanlos en una especie de emparrado, ó zarzo, al que llaman *barbacuá,* con los cabos hacia el suelo, á una altura de dos metros ó poco más. Un botánico [1] entiende que *barbacuá* es corrupción del guaraní *mbarambacuá,* montón ó haz de cosa asada ó tostada. Pero habiendo sido en todo tiempo indios ó descendientes de indios (mestizos) los que beneficiaron la yerba, y conociendo y hablando la lengua guaraní, no es fácil persuadirse de que hubiesen trabucado de ese modo las cosas; pues tal cambio de sentido equivaldría á llamar *asado* al *asador* ó parrilla. El *barbacuá* de los yerbateros no es otra cosa que la *barbacoa* de los indios de Venezuela, Honduras, etc. « E asan la carne, dice Oviedo, sobre unos palos que ponen á manera de trébedes ó parrillas en hueco (quellos llaman *barbacoas)* é la lumbre debajo. » [2] Herrera también define claramente el vocablo: « cañizo de palos rollizos, fijo en

(1) Don Domingo Parodi, *Plantas del Paraguay, de Corrientes y de Misiones.*

(2) *Historia General y Natural de las Indias* publicada por la Academia de la Historia.

tierra, en cuatro estacas, y paja.»[1] El zarzo de que se trata se expresa en guaraní con las voces *taqua pembí*, según Ruiz de Montoya[2].

Debajo del *barbacuá* ó de la *barbacoa* tienden un lecho de brasas formado de maderas escogidas al intento, como la aromática *cabriuba* verde; el cual cuidan de mantener convenientemente graduado con agua. Secan de este modo la yerba, y luego la *canchean* ó pican con un grande cuchillo de madera muy dura, al que llaman *facón*[3]. Esto lo ejecutan en la *cancha*[4]. Finalmente, desmenuzada la yerba más y más, ó reducida casi á polvo, acondiciónanla en fardos de cuero ó tercios. Adiciónanla,

(1) *Décadas de Indias.*

Las *barbacoas*, por su naturaleza, usábanse de varias maneras: en camas, en habitaciones lacustres, etc.

«Las camas son unas esterillas de yerba, que ponen sobre una *barbacoa*, que es cañizo de palos rollizos, fijo en tierra, en cuatro estacas, y paja, y encima una estera.» (Herrera, *Décadas.*) «Adonde vivían en *barbacoas*, ó casas sobre árboles, que estaban en el agua.» (El mismo.) Lo propio en Oviedo.

Díjose indistintamente *barbacoa* y *barbacuá*, prevaleciendo sin embargo la primera de estas formas.

«Todos los dueños de chacras de coca, demás de los galpones que tienen, en que moran los indios yanaconas y corpas, tengan sus galpones grandes con *barbacuás* altas, en que habiten y duerman los indios alquilados, con sus mujeres é hijos.» (Ley 2.ª, título 14.º, libro 6.º de la *Recopilación de Indias.*)

La Real Academia Española registra en su *Diccionario de la Lengua Castellana* (duodécima edición) el término *barbacoa*, y le define de esta suerte: «*Amér.* Carne asada en un hoyo que se abre en tierra y se calienta como los hornos.» ¿En qué país de América tiene esta significación la palabra *barbacoa*?

(2) *Vocabulario y Tesoro de la Lengua Guaraní.*

(3) En Buenos Aires, en algunas tiendas de mercancías paraguayas, venden los *facones* de los yerbateros por macanas de indios silvestres, á las cuales se parecen bastante.

(4) Véase *Vocabulario Rioplatense* del autor.

al prepararla, con una corta cantidad de *caúna* y de hojas de *guabiroba.* Comienza la zafra á principios de invierno y termina á fines de primavera.

Á la operación de servir la bebida de que se trata, dicen con entera propiedad *cebar mate;* pues, como suelen ser varios los que le toman por turno, se le va echando yerba nueva, á medida que se extrae la que ya ha perdido la sustancia. Si no se renueva la yerba cuando conviene, quedando chirle el mate, se dice que está *lavado.* La calabacita es el mate más usado, y el mejor, después de *curado;* los de metal *queman* la yerba y pronto la dejan *lavada.* Prepárase poniendo en la calabacita una bombilla, regularmente de plata, por la cual se sorbe el líquido.

La bombilla es un tubo del largo y grosor de un lapicero, achatado, en la parte superior, por donde se chupa, y en la inferior rematando en una cavidad llena de agujeros, por los cuales se sorbe la infusión de la yerba. Comúnmente es de plata ó de plata y oro. Los muy pobres la usan de hojalata y también de paja. En seguida se echa la yerba, y luego, con cierto arte, agua caliente; con lo que queda cebado un mate *amargo* ó *cimarrón,* que es el más tónico. El dulce se ceba poniéndole cada vez, antes que el agua, una cucharadita de azúcar. Tómase también con leche, azúcar quemada, cáscara seca de naranja y canela.

El agua no ha de estar muy caliente, sobre todo en el mate amargo. Muy caliente, en el amargo, más daña que aprovecha. El paisano jamás toma el mate con agua muy caliente. Después de hervir el agua, la aparta del fuego, y cuando se ha templado un poco, ceba el mate. El dulce, con agua templada, queda muy mal.

Generalmente el paisano toma amargo el mate, esto es, toma mate *cimarrón*. El que le toma dulce (que es raro), usa el azúcar *rubia*. Es azúcar sin refinar, medio sucia, pero muy dulce y sabrosa (con el gusto de la caña), de color rojizo amarillento. Viene del Brasil. El paisano la prefiere á la refinada (1).

Los hombres de campo, cuando tienen que ejecutar ciertos trabajos que, como el aparte de ganados, requieren una aplicación continuada de sus esfuerzos, se desayunan con un *churrasco* y unos mates al amanecer, y no vuelven á probar alimento hasta la noche. Lo mismo hacen las *chinas* lavanderas. Levántanse con el alba; toman unos mates, con un churrasquito, si lo tienen, y echándose á la cabeza el enorme atado de ropa, van á la orilla del río ó arroyo en que lavan. Allí permanecen todo el día ocupadas en su faena, aprovechando sólo la ocasión de tender la ropa, ya á mediodía, para tomar de nuevo unos cuantos mates. Lo propio hacen á la caída de la tarde, cuando se retiran, seguidas ó precedidas de sus hijuelos, quienes, aunque no alcancen una vara de altura, ayudan á sus madres á llevar los atados de ropa, las calderitas, el mate y sus avíos, un hacecillo de leña, etc.

Cuando nace una criatura, lo primero que le dan pobres

(1) Un comerciante de Montevideo, prometiéndose un buen negocio, envió á otro del Salto (Uruguay) una partida de azúcar refinada, fabricada en Francia, y que, no obstante, podía venderse á un precio más módico aún que la rubia del Brasil. ¡Cómo sería ella! El del Salto mandó una porción de barricas á varias pulperías de la campaña, recomendando la conveniencia del artículo. Pero ¿qué sucedió? Que no tardaron en devolvérsela todos; porque nadie la quería, á pesar de su brillantez y limpieza. Es difícil meter gato por liebre, en las cosas de la naturaleza, á quien de ella recibe sus conocimientos y afieiones.

y ricos, parteras y madres, es un *te de yerba,* al que á veces le añaden una cucharadita de aceite de comer. Llaman *te* á toda bebida caliente ó infusión de yerbas, que se da á los enfermos: *te* de malvas, de tilo, de hojas de naranja, de borraja, etc. El objeto del *te de yerba* que se da á los recién nacidos es favorecer la expulsión de la pez (meconio). Esto los médicos no lo aprueban: pertenece meramente á la medicina *casera.* El uso del *te de yerba* para las criaturas recién nacidas, es tan general como el de la *marcela* para las indisposiciones de estómago, y difícilmente la ciencia médica logrará desterrarlo de las costumbres nacionales, por el crédito de que goza.

Los guaraníes llamaban *caá* á las hojas del *ílex paraguayensis,* y, probablemente por extensión, al árbol de que procede. De la propia manera los españoles llamaron, y ha continuado llamándose hasta el día de hoy, *yerba* á las mismas hojas, así frescas, como tostadas y molidas, y *yerba* al árbol que la produce. Es creíble que, en atención á las señaladas virtudes que encierran sus hojas, les llamasen *caá* los indios en el sentido de *yerba por excelencia* (1). El misionero Antonio Ruiz de Montoya, que pasó treinta años entre los guaraníes catequizándolos con paciente constancia heroica y estudiando curiosamente su lengua, insinúa que la yerba, por sus cualidades excitantes y hasta por el nombre de *caá* que le dan los indios, tiene harta semejanza con el te ó *cha* de la China. Esta observación del autor del *Vocabulario y Tesoro de la Lengua*

(1) Alúdese á las siguientes palabras de D. Juan Valera, en carta al autor: « *Caá,* con evidencia, ha de significar en guaraní *planta, yerba, árbol, lo vegetal de modo genérico,* y no sólo *mate,* como Vd. afirma.» *(Nuevas Cartas Americanas.)*

Guaraní debiera inducirnos á creer que la voz *caá,* en el caso de que se trata, no corresponde á *yerba,* ni significaría por consiguiente *yerba por excelencia.* Pero, á parte de que Montoya pudo carecer de datos ciertos sobre el preciso origen de la voz *caá,* el *tcha* de la China no es propiamente el nombre del te, sino el modo con que los chinos ofrecen la mercancía á los compradores (1).

La yerba del Paraguay primitivamente, poco antes del descubrimiento del Nuevo Mundo, no era conocida sino de un mago. El *demonio (añanga),* con quien tenía trato, se la mostró, diciéndole que, cuando quisiese consultarle, bebiese de ella. Bien se comprende que, para los indios, el *demonio,* que decían los cristianos, debía de ser una divinidad harto menos abominable que el ángel de tinieblas cuya soberbia le sepultó en el abismo. El mago ó *caraí payé,* no despreciando la confidencia que le hiciera *añanga,* bebió de la yerba, y desde entonces hizo maravillas. Usóla también como ingrediente en sus hechizos.

El favorecido mago, nada egoísta sin duda, inició á otros en el misterio de que era depositario. Éstos á su vez lo transmitieron á otros. De modo que, al tiempo de la conquista espiritual de las generaciones guaraníes que encendían sus hogares en las vertientes del Paraná y Uruguay, ya había muchos magos que invocaban al demonio, be-

(1) «Los portugueses, siempre aficionadísimos al uso del te, son los únicos que dan á éste su verdadero nombre llamándole *cha,* que corresponde al *tcha* de los chinos y al *tsjaá* de los japoneses. Las demás naciones nos hemos quedado con *the, te,* que no es un nombre, sino un verbo en imperativo, que los chinos emplean para ofrecer su artículo á los forasteros ó extranjeros.» (Monlau, *Elementos de Higiene Pública.)*

biendo, para iluminar sus facultades, la infusión de la preciada yerba [1].

Los hechiceros y adivinos criollos, mestizos, pardos, mulatos y mujeres en especial, tomaron de los indios en sus maleficios y ensalmos, así como para sus ceremonias ó invocaciones, el uso de la yerba, que alternaba con el del tabaco, la coca y la chicha. El mate y el cigarro, pero con especialidad el mate, ha sido el vehículo más socorrido del hechicero. Ninguna cosa como el mate se presta con tanta facilidad y disimulo á la propinación de un hechizo, á cuyos efectos llaman *daño* [2].

El uso de la yerba como bebida no tardó en extenderse á Chile y al Perú, junto con las supersticiones á ella vinculadas. Los hechizos aplicábanse comúnmente á negocios de amor. Unos eran aplicados por la misma persona que deseaba hacerse amar de aquella en quien había puesto su pensamiento. Otros los aplicaban individuos que hacían de ello un comercio: hechiceros, que generalmente eran mujeres.

La idea, sin duda, de que el demonio tenía contaminada la yerba con su maléfico influjo, ha sido causa de que muchas gentes, cuando iban á tomar mate, arrojasen de la boca hacia la espalda las dos primeras chupaduras: una por

(1) El P. Antonio Ruiz de Montoya, *Conquista Espiritual del Paraguay, Paraná, Uruguay y Tape.*

(2)

Me puse á contar mis penas
Más *colorao* que un tomate,
Y se me *añudó* el gaznate
Cuando dijo el ermitaño:
«Hermano, le han hecho daño;
Y se lo han hecho en un mate.»

(*El Gaúcho Martín Fierro* por D. José Hernández.)

sobre el hombro derecho y la otra por sobre el izquierdo. Esta costumbre ó superstición ha llegado hasta nuestros días; pues no faltan aún chinas é indios, ó gente demasiadamente cerril, que lo practique[1].

En la época del descubrimiento de América próximamente, comenzaron los indios guaraníes á hacer uso de la yerba como bebida. Ponderaban su excelencia, asegurando que les servía de sustento, los alentaba y disponía á resistir las fatigas del trabajo, les componía el estómago y les despertaba los sentidos. Tomábanla con agua fría, que es como debe tomarse en tiempo de calor, según el Hermano Pedro Montenegro, de la Compañía de Jesús. Aun en tiempo de frío, dice el mismo autor, debe tomarse con agua templada, y poco. Los que la toman con agua muy caliente, y toman mucho, yerran y no les hará provecho. El agua muy caliente en el mate es harto perniciosa: agita el corazón, priva del sueño, enerva, mueve á la cólera, á la melancolía y á la lujuria, causando el *mal de ansias*[2].

Misioneros y paraguayos, cuando, rendidos por la fatiga, privados del necesario alimento ó enervados con la sofocante atmósfera caldeada del estío en zona ardiente, procuran reanimar las descaecidas fuerzas corporales y las abrumadas del espíritu, lo hacen á favor del *tereré*, que llaman á la infusión fría, pero muy concentrada, de la yerba, bebiéndola á tragos, con breves descansos, en amplia taza

(1) *Zupay* (el diablo): «para nombrarle, escupían primero, en señal de maldición y abominación.» (El Inca Garcilaso de la Vega, *Comentarios Reales del Perú.)*

(2) *Descripción de las Plantas Medicinales de Misiones* por el Hermano Pedro Montenegro. Inserta en la *Revista del Pasado Argentino* por D. M. R. Trelles.

ó calabacino [1]. Sus propiedades á este respecto son idénticas á las de la coca, que no es privativa del Perú, de Bolivia y de la parte septentrional de la Argentina próxima á los Andes, sino que se extiende á otras regiones de la América del Sur y de la Central. El *hayo* y el *yaat,* de que respectivamente usaron los indios de Bogotá y de Nicaragua, no parecen ser sino la coca misma. Idénticas son sus propiedades y excelencias: idéntico, y con los propios ingredientes, el modo de preparar la mezcla llamada *yicta* en el Perú y en la Argentina; é idéntico el uso de ella, en pelotillas que en sus viajes ó durante el trabajo revuelven en la boca [2].

Para los españoles, al principio, fué la yerba pura y simplemente una medicina, una especie de *zumaque,* capaz de hacer arrojar las entrañas. Empezaron, pues, por tomarla como vomitivo. Ponían una onza ó más en infusión por espacio de una hora, y luego, echándole agua caliente, quedaba pronta para beberla [3]. Pero se habituaron á ello de

(1) *Plantas Usuales del Paraguay, de Corrientes y de Misiones* por D. Domingo Parodi.

(2) Véase Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia General y Natural de las Indias.*

Llipta nombra D. Antonio de Ulloa á la pasta de coca *(Noticias Americanas). Yicta* es evidentemente forma castellanizada del vocablo quichua *llipta.*

(3) « En la provincia del Paraguay se llama *Caá* un árbol grande que echa la hoja parecida á la del Zumaque. Hállase este árbol solamente en la tierra de los indios gentiles y de guerra, y ellos sacan á vender la hoja seca á los españoles, los cuales, como no han visto el árbol, sino la hoja, la llaman comúnmente *Hierba del Paraguay,* siendo, como es, hoja de árbol. Toman los indios paraguayos esta hierba, y á su imitación los españoles de aquella provincia, y aun de otras bien distantes, pues la ví yo tomar en México; y tómanla de esta manera: echan un puño de ella en una grande olla de agua, y después que ha

tal modo, que, degenerando en vicio perjudicial á la piedad, dió lugar á que se adoptasen providencias para ponerle remedio; pero tan inútilmente como se había intentado con la coca del Perú, mirada con malos ojos por vigilantes prelados, á quienes inquietaba la tradición demoníaca que conservaban de ella los hechiceros y adivinos. Diego de Torres, jesuíta conspicuo, provincial que fué del Paraguay, Tucumán y Chile, elevó sus quejas sobre el particular al tribunal de la Inquisición establecido en Lima (1). El uso de la yerba, decía, *zumaque tostado* que se toma para *vomitar frecuentemente,* más que un vicio, es una *superstición diabólica que acarrea muchos daños.* « Al principio la usaron los indios por *pacto y sugestión clara* del *demonio* que se les aparecía en los *calabozos* en figura de *puerco.* » Probablemente alude el P. Torres con la expresión *calabozos* á los antros ó lugares secretos y oscuros en que los adivinos y hechiceros guaraníes hacían sus evocaciones y consultas á la divinidad inspiradora de sus acciones y palabras. Aunque el demonio se les presentase en

hervido, beben de esta agua tibia la mayor cantidad que pueden; y como la hoja es amarga y vomitiva, y con esto ayuda la mucha agua caliente que se bebe, lanzan al punto cuanto tienen en el estómago. Sirve esta hierba, tomada por este orden y cuando la necesidad lo requiere y no con el vicio que acostumbran algunos, para relevar los humores de los extremos, como de las piernas hinchadas ó gotosas; limpia el estómago de las flemas, quita la jaqueca, y es contra la ijada, abre las vías y facilita el menstruo y la orina. Ví yo una vez á un religioso que estaba reventando de detención de orina, y en tomando esta hierba, orinó con gran facilidad, pero primero echó el agua clara como la había bebido y á lo último la orina, porque no bebió para provocar á vómito. » (El P. Bernabé Cobo, *Historia del Nuevo Mundo.)*

(1) Memorial inserto en la *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de Lima* por D. J. T. Medina.

figura de puerco, no les pareeería á ellos tan feo eomo á nosotros: grumos de oro llama el esearabajo á sus hijos. « Agora, prosigue el P. Torres, será *pacto implícito,* eomo se suele deeir de los ensalmos y otras eosas. » Todos los que usaban esta bebida deeían en eonfesión y fuera de ella que era *vicio ;* pero que verdaderamente no se podían enmendar: tanto ya se había arraigado. Estorbaba la freeueneia de los sacramentos, espeeialmente el de la Eucaristía; pues ni tenían paeieneia para esperar á que se aeabase la misa, ni después de haber eomulgado podían librarse de arrojar entre los vómitos la hostia eonsagrada: inconvenientes análogos á los que ofreeía el brebaje que haeían de una mezcla de coca y tabaeo. *Étiam:* eomo la yerba es una bebida muy diurética, salían á orinar una ó más veees durante la misa, con notable irrevereneia y escándalo. Á estas graves razones añadía el P. Torres la muy plausible de impedir que se sujetase los indios á los duros trabajos del benefieio de la yerba. Tomábanla en ealabazas ó *mates* eurados al fuego, aderezados y pintados eon primor. Ni los mismos aborígenes se afieionaron jamás á la infusión de la yerba, eomo sus pesados huéspedes. Los indios la tomaban una vez al día, ó bien euando tenían neeesidad; los españoles á cada paso. Los gobernantes y saeerdotes no se quedaban atrás. Un obispo y un teniente general del Paraguay se entregaron eon tal desenfreno á este vieio, que, cundiendo desmedidamente eon su ejemplo, en la sola eiudad de la Asuneión se consumían por año, en el de 1620 (euando apenas contaba quinientos veeinos españoles), *de catorce á quince mil arrobas.*

Costaba la arroba doce pesos *huecos,* ó sea euatro fuertes. El exceso en el beber de la yerba causó muchos aeci-

dentes, y hubo españoles que por algunos días perdieron el juicio[1]. Connaturalizados, al fin, con la yerba, ó sea el *mate,* ha continuado hasta el día de hoy su uso y su abuso. Tiene, sin duda, el mate propiedades estomacales y diuréticas; pero sólo las posee el mate amargo ó *cimarrón,* como llaman al sin azúcar. El mate dulce más daña que aprovecha. Sin embargo, cuando se toma mate, no se toma porque sea una bebida saludable, sino por pasatiempo, por el solo gusto de tomarlo. De ahí, y del modo de tomarlo (en rueda, entre la conversación, corriendo de mano en mano), la facilidad con que muchos se hacen viciosos. Algunos lo son tanto, que desde que se levantan hasta que se acuestan no dejan de la mano el mate.

El mate generalmente se toma con algún acompañante ó en rueda. *Está en buena mano)* se contesta á quien tiene la cortesía de ofrecerlo. El paisano dice sencillamente: *sirvasé no más.* En boca del americano se oye á cada paso el modo adverbial *no más.* Tomado un mate, se vuelve á cebar, presentándolo á otro de los tertulianos; y así sucesivamente pasa de mano en mano y de boca en boca. La gente prolija recomienda al sirviente que limpie la bombilla después que uno ha sorbido por ella y que no chupe el mate como acostumbra hacerlo todo cebador al tiempo de echarle el agua. Pero lo regular es que el cebador se lo lleve á la boca en cuanto lo recibe en sus manos y que se dirija á la cocina sorbiendo ruidosamente el resto de agua que ha quedado en el fondo. Hombres y mujeres, chicos y grandes, sanos y enfermos, negros y blancos, todos, uno

(1) Ruiz de Montoya, *Conquist. Espir.;* Lozano, *Conquist. del Parag.;* J. T. Medina, *Hist. de la Inquis. en Lima.*

tras otro, en el campo, aplican sus labios sin reparo ni escrúpulo á la misma bombilla. Quien no acercaría á sus labios la copa donde bebió antes que él uno de sus más allegados, no escrupuliza en aplicarlos á la bombilla en que acaba de poner los suyos un extraño ó desconocido: tal es la fuerza de la costumbre.

El paisano toma, siempre que tiene ocasión, unos cuantos mates, pero amargos. Tomado de noche el mate, sobre todo no estando acostumbrado, desvela. Ésta y otras propiedades excitativas colocan al mate en la elevada categoría de los alimentos nervinos: uno de los más eficaces factores con que las fuerzas de la naturaleza concurren á avivar el centelleo de la imaginación y el sentimiento que informan el mundo del arte.

CAPÍTULO XVI.

Vicisitudes del ombú y preocupaciones á su respecto.

Sumario. — Destrucción de los montes. — El habitante del Río de la Plata corta árboles sin reparo ni tasa. — Cómo *limpia un campo.* — Planta junto á su casa un ombú. — El higuerón. — El ombú es árbol indígena. — Los guaraníes ponían un ombú al lado de sus sepulturas. — Con qué objeto lo ponían. — El tala en los cerritos. — Razón de hallarse en ellos. — El ombú solitario y las plantas que siguen al hombre en los desiertos. — Ideas que suscita el ombú solitario. — Porqué permanece en pie. — Personificación de las fuerzas de la naturaleza y de los objetos que las manifiestan. — Prevenciones actuales contra el ombú. — Resistencia del ombú á la muerte. — Los ombúes y la bruja de Santa Rosa del Cuarey. — Origen de las prevenciones contra el ombú. — La *tapera.* — Etimología de esta voz. — Su significado. — La *tapera* y el ombú en la geografía del Río de la Plata y del Brasil. — Lo que la imaginación del vulgo quiere ver en las *taperas.*

General desde muy antiguo ha sido en el Viejo y Nuevo Mundo el uso inconsiderado de los montes de las heredades ó de común aprovechamiento. Desmedrábanlos, empobrecíanlos y acababan por destruirlos con las cortas para leña y madera, que ejecutaban sin método ni cuidado y sin atender á sazón: á veces pegábanles fuego. Actualmente en el Brasil, donde abunda el boscaje, acostumbran incendiarlo, á fin de reducir á terrenos de labranza el suelo en

que arraiga. Hanse dictado en España, en todo tiempo, multitud de leyes y ordenanzas dirigidas á evitar la destrucción de los montes y á regularizar su disfrute [1]. Don Alonso X de Castilla tenía ordenado que al que hallasen quemando un monte lo metiesen dentro de él, y si no pudiere ser habido, le confiscasen sus bienes [2]. Disponían las leyes de Indias que el aprovechamiento de los montes se practicase con método, procurando que los árboles que se cortasen pudiesen crecer de nuevo y multiplicarse. Las cortas para enmaderamientos debían ejecutarse en época ó sazón conveniente á su duración y firmeza [3].

El poblador de las regiones que vierten sus aguas al Plata ha cortado en todo tiempo, sin reparo ni tasa, cuantos árboles ha tenido al alcance del hacha, ya para leña, ya para horcones, postes, cumbreras, bancos, mesas, carretones, utensilios, canoas, etc. El estanciero ó el capataz de un establecimiento que, recorriendo con cualquier motivo el monte de su campo, ve un hermoso árbol de tronco derecho y elevado, dice al punto: — « ¡Qué buen *palo!* Córtenlo. »

Acostumbraban los antiguos españoles y portugueses llamar *palo* al árbol, cometiendo una sinécdoque. La condición de la madera, su utilidad ó excelencia, determinaba la clase de *palo*. Así los árboles señalados por alguna cualidad superior de su tronco, por alguna propiedad de

(1) Véase la *Nueva* y la *Novísima Recopilación.*

(2) «Que no pongan fuego para quemar los montes, é al que lo fallaren faciendo que lo echen dentro; é si non lo pudieren aver, que le tomen lo que ubiere.» (Ordenanza en las cortes de Valladolid de 1256 citada por D. Manuel Colmeiro en su *Historia de la Economía Política en España.)*

(3) Leyes 12 y 14, título 17, libro 4.º de la *Recopilación de Indias.*

su madera utilizable en la medicina ó en la industria, han quedado con el nombre de *palo* antepuesto á otro que los determina, ó bien á un adjetivo que los califica é individualiza. *Palo brasil, palo campeche, palo áloe, palo de rosa, palo dulce, palo santo, palo de lanza, palo mortero, palo amarillo, palo blanco, palo borracho, palo de trébol, palo de San Antonio, palo de cruz, palo de leche, palo de Santo Domingo, palo de yerba* (del mate), etc. Estos nombres han quedado como propios de los árboles á que primitivamente se aplicaron en sentido translaticio. La Academia Española registra algunos[1]. Su número podría aumentarse considerablemente con los nombres de *palos* diversos que se conocen en la América Española desde el uno al otro extremo (norte y sur), sin contar los que sin duda habrá en Filipinas y otras posesiones del Asia y del África. D. Antonio Batres Jáuregui cita una porción de *palos* de Guatemala, advirtiendo que omite otros cuya lista sería muy larga[2].

El hombre del campo tala á veces sin escrúpulo un monte poblado de guabiyúes, pitangas, guaribayes, cambaraes y otros árboles fructíferos, medicinales y de adorno, sin dejar en pie uno para muestra. Á esto llama *limpiar el campo*. Si algún árbol ha plantado (y eso con sólo arrancar un gajo y meterlo debajo de tierra), ha sido el ombú, que se desarrolla y agiganta frondosamente, sin requerir ningún cuidado, en pampas, cuchillas y cerros. Al presente ha ido dejando el ombú, á quien atribuye sus desgracias, y le sustituye con el paraíso, con el higuerón, con el gua-

(1) *Diccionario de la Lengua Castellana,* duodécima edición, art. PALO.
(2) *Vicios de Lenguaje y Provincialismos de Guatemala.*

ribay ó *aruera mansa,* con árboles frutales, con plantas diversas.

El higuerón [1], llamado también *agarrapalo* y en el Paraguay y Corrientes *guapoí é ibapoí,* es árbol cuya altura y ramaje llegan á ser colosales. Da un fruto comible, semejante á un higo, pero muy pequeño. Prende de semilla en el suelo, en la horqueta de un árbol, entre unas piedras ó en un muro arruinado. Abraza con cien robustos brazos las paredes abandonadas á las injurias del tiempo. Sorprende esta disposición de sus raíces en los restos de los dilatados templos y largos galpones ó casas en que se albergaban los indios reducidos de las antiguas Misiones jesuíticas del Paraná y Uruguay: teatro de grandezas y desventuras. Parece como que el selvático *ibapoí* intentara defender fieramente aquellos restos venerandos contra la barbarie de los hombres. Cuando el higuerón nace en un árbol, y luego, ganando el suelo, arraiga en éste, no tarda en crecer vigorosamente. Su amplio tronco va envolviendo el del árbol en que nació, el cual perece irremisiblemente, por fuerte que sea, ahogado por la planta á quien diera hospitalidad entre sus ramas. Llama la atención á veces el tronco alto y recto de árbol añoso envuelto casi del todo por el higuerón, que lo ha ido invadiendo perpendicularmente, para luego estrecharlo y, por decirlo así, tragarlo. Es curioso ver aparecer las extendidas ramas de la eminente palmera por entre una abertura del rudo tronco del agarrapalo.

(1) *Urostigma subtriptinervium. (Plantæ Diaphoricæ Floræ Argentinæ* por J. Hieronymus.) Familia *artocarpeas,* género *urostigma. (Plantas del Paraguay, de Corrientes y de Misiones* por D. Domingo Parodi.)

Cruzando los campos, suele descubrirse á la distancia, en las pampas y cuchillas, un conjunto de árboles. Es que, de unos veinte años (ó menos) á esta parte, ha habido estancieros que desearon tener fruta y sombra junto á sus casas, y venciendo la natural indolencia del paisano ó recurriendo á un extranjero (italiano, por lo general, el hortelano ó *quintero* del Río de la Plata) pudo lograrlo. Por lo demás el estanciero que intentare ver reproducido un árbol, de estaca, mediante un simple mandato, chasco se llevaría. Para conseguirlo, es necesario que, llamando á sus peones, les diga: — « Desgajen esa rama. . . . Bueno. Ahora traigan el pico y la azada. » — « ¿Dónde están? » preguntan los peones. — « Búsquenlos, » responde el estanciero, sin extrañeza ni impaciencia, « en el galpón. Allí deben de estar. » Los peones, al cabo de un buen rato, aparecen reposadamente con el pico y la azada enmohecidos, rotos y sin mango. — « Pónganles cabo, » dice el estanciero. « Ahora, » prosigue, « caven aquí. Primero rompan la tierra con el pico. . . . Saquen la tierra. . . . Metan la rama hasta la mitad. . . . Echen tierra. . . . Traigan un balde de agua. . . . Échenlo sobre la tierra. . . . Traigan otro. . . . Échenlo. . . . Bien. » Todo esto tendrá que hacer el estanciero para ver plantado un arbolito. Pero diga á media voz á sus peones, apuntando á un árbol recio y corpulento, *corten ese palo;* y en un credo estará derribado el árbol. No hay que preguntar dónde está el hacha. El hacha está en todas partes y siempre á mano.

Árbol más vulgar y conocido que el ombú, no le hay en el Río de la Plata. Hase puesto en duda si es indígena, presumiendo algunos que pudiese ser advenedizo, por no hallársele generalmente sino plantado, ó donde hay indi-

cios de haberlo sido, por la mano del hombre. Azara [1] le enumera entre los indígenas y dice que hay uno en el jardín botánico de Madrid y otro en el puerto de Santa María (provincia de Cádiz), donde han averiguado que sus hojas limpian y curan las úlceras. Colmeiro [2] lo registra también como originario del Río de la Plata (de Buenos Aires), si bien da en otro lugar noticia del *bellasombra* de Málaga, aquél y éste de la misma familia [3]. Hieronymus [4], clasificándole científicamente como Colmeiro, le considera oriundo de Corrientes y añade que en España se llama *belombra,* que es, á ojos vistas, el mencionado *bellasombra.* Sin duda es el ombú planta indígena en efecto. Antes del descubrimiento y consiguiente entrada de los españoles, ya algunas generaciones guaraníes, los timbúes, los quiloasas, los colastinés, que ocupaban parte del territorio en que hoy está asentada la provincia de Santafé, plantaban junto á los sepulcros de sus mayores un ombú. Los sepulcros adornábanlos con plumas de avestruz ó *ñandú,* que tanto uso han tenido siempre entre los indios. Da á entender el P. Lozano [5] que plantaban el ombú, por lo triste. Mas nada tiene su aspecto que despierte en el alma ideas de pesar ó sentimiento. Los indios creían que la muerte era pasajera: que habían de resucitar un día en cuerpo y alma; y precisamente por eso ponían dentro de las sepulturas cantidad de provisiones y otras cosas necesarias á la vida,

(1) *Descrip. é Hist. del Parag. y del Río de la Plat.*

(2) *Diccionario de Plantas del Antiguo y Nuevo Mundo* por el Dr. D. Miguel Colmeiro.

(3) *Pircunia dioica Moq. (fitolacaceas).*

(4) *Plantæ Diaphoricæ Floræ Argentinæ* por J. Hieronymus. Buenos Aires, 1882.

(5) *Hist. de la Conquist. del Parag., Río de la Plat. y Tucum.*

á fin de que á los sepultos no les faltase nada de lo preciso en los primeros tiempos de su nueva existencia terrenal. Es el ombú notable por su frondosidad y corpulencia. Al anochecer acuden á albergarse en sus multiplicadas ramas muchedumbre de pájaros diversos, que al romper el alba saludan en coro el nuevo día con blandos y alegres y estrepitosos cantos varios. Semejan himnos matinales que alados intérpretes de la naturaleza entonaran al padre de la luz y de la vida. ¿No parece estar uno viendo al indio, en la mañana de la resurrección, recordar con lágrimas de agradecimiento y de alegría la benéfica solicitud amorosa de aquellos hijos suyos que plantaron el ombú al lado de su sepulcro? En los cerritos del Uruguay, junto á los supuestos *vicheaderos* (1) (sepulcros sin duda alguna), hállase siempre algún árbol, generalmente el *tala*, bastante grande y muy frondoso, que da con extraordinaria abundancia un pequeño fruto comible y dulce, de que todo pájaro gusta. Los *talas* y otros árboles que enteramente aislados se hallan en los cerritos, donde los indios sepultaban sus muertos, ¿no habrán sido plantados allí por la mano de los deudos de aquellos que esperaron la aurora de la resurrección para volver á disfrutar de la vida? Parecerá éste, á primera vista, un concepto algo rebuscado para unos bárbaros. Con todo

(1) Véase *Vocabulario Rioplatense* por el autor. *Vicheadero* (atalaya), del portugués *vigiar*, espiar, acechar. En el citado *Vocabulario* escribimos con be, en lugar de hacerlo con ve, las voces *vichear* y *vicheadero;* por no haber atinado entonces con el origen de estas expresiones. Dícese también *vichar* y *vichadero*. *Vichear* (acechar, espiar) es expresión muy común entre el vulgo. Á unos montones piramidales de piedra que suelen hallarse en los cerritos, llaman *vicheaderos* ó *vichaderos*, por suponer erradamente que los formaban los charrúas para espiar tras ellos.

adviértase que, aunque menos tosco y estrecho, no por eso es menos rudo y material, en substancia, que su análogo de encerrar viandas y utensilios en las sepulturas para que en tiempo oportuno se aproveche de ellas el difunto redivivo.

El ombú suele hallarse aislado, solitario, en las pampas y en las cuchillas rioplatenses. Raro será que, si han desaparecido de allí las paredes y aun los cimientos y escombros de un edificio, no aparezca alguna otra señal que arguya haber sido antigua morada del hombre. Verá el observador que en torno del solitario y vetusto ombú nacen diversas plantas que, en los desiertos, siguen al hombre por todas partes: en los caminos que frecuenta, en las casas donde habita, en los lugares que guardan sus restos mortales. Abrojos, cardos, cicuta, manzanilla, ortigas, malvas, crecerán, sin que nadie las plante, al lado de la choza del labrador, junto al rancho del *puestero,* entre unas ruinas, al rededor de un cementerio, en los solares y hasta en las calles y plazas de los pueblos momificados. Pero, aun cuando se haya desvanecido todo rastro de humana habitación, aun cuando no descubran nuestros ojos indicio alguno de que la planta del hombre hubiere hollado el paraje donde, en medio de una pampa ó de una cuchilla, dilate un añoso ombú sus profusas ramas, casi puede asegurarse que allí hubo un hogar, allí días de regocijo y de amargura, allí ilusiones y desengaños, allí un casamiento, un bautismo, un féretro, allí un luctuoso episodio, un robo ó un asesinato. ¿Serán acaso estos, ya alegres y ya tristes recuerdos, la causa del respeto con que, al parecer, se ha mirado siempre al ombú, que vemos permanecer solo, aislado, en medio del campo, á las orillas de un pueblo, junto á una *tapera?* ¡Cuánto hubiera sido de desear que así fuera! ¡Qué bellas

páginas románticas no hubiera sido capaz de inspirar esta circunstancia feliz á un alma poética y meditabunda! Mas desgraciadamente no es así. La verdadera causa de haber quedado en pie el ombú, es que no sirve más que para dar sombra. Su tronco y ramas no sirven para nada: ni para hacer postes, pues se pudren antes de secarse; ni siquiera para el fuego, pues no arden. Así es que, abandonada ó destruída la población ó casa, se desprecia el árbol por inútil. Por lo demás, el agigantado ombú no ha podido menos de merecer tributo de adoración ante el espíritu antropomórfico del hombre primitivo, que en los grandes árboles solitarios ha creído ver alguna deidad ó inteligencia de quien puede recibir su felicidad ó su desgracia.

El vulgo ignaro, que en su modo de pensar tiene mucho del hombre primitivo, tiende naturalmente á personificar las fuerzas de la naturaleza y todos aquellos objetos que las manifiestan en una ú otra forma indicante de vida, como la *aruera* ó guaribay maléfico con sus efluvios, los cerros bravos con sus estruendos y llamaradas y las lagunas misteriosas con sus luces vagabundas. Así han dado los campesinos rioplatenses en atribuir á la mala influencia de los ombúes el acabamiento de los hogares, la ruina de las fortunas, la desgracia de las familias. *Casa con ombú,* dicen, *acaba en tapera.* Ahora que el paraíso y otros árboles forasteros suplen con ventaja, ó sólo por moda, al viejo ombú, pregonan su fatalidad, nada bueno le reconocen y si de él se acuerdan es para decir que el que se acuesta á su sombra se levanta hinchado y con dolor de cabeza. ¡Así paga el diablo á quien bien le sirve!

Tarde ó temprano viene á menos ó se arruina quien tiene en su casa un ombú. Ésta es la persuasión general.

Si no se arruina ó viene á menos, no se escapará cuando menos de algún contratiempo ó desgracia que le haga recordar toda su vida la imprudencia que cometiera plantando ó dejando crecer un ombú en el lugar de su morada. El día ó época de la catástrofe no es fijo, pero sí seguro. Algunos, sin embargo, entienden que, cuando las raíces del ombú llegan á los cimientos de la casa, está próxima la ruina de la familia. Mejor sería que considerasen que, cuando la familia se arruina, el ombú echa abajo la casa con sus raíces.

Críase el ombú en toda clase de terrenos, húmedos ó secos, y una vez que arraiga, difícilmente deja de vivir entero ó despedazado. Ni el hacha, ni el pico y azada, son capaces de exterminarlo. Por más que le desmenucen y que arranquen sus restos, siempre, por uno ú otro lado, levanta cabeza. Así cuando el ombú es ya de muchos años, no poco trabajo da á los que se empeñan en destruirlo; y hay gente que, no pudiendo acabar con él, abandona sus casas y se va á establecer en otro lugar, lejos de allí. Se apresura el hombre del campo á cortar y arrancar los ombúes, tan luego como le empiezan á empobrecer sus malos negocios ó su desidia. Lo que debiera hacer es imitar al ombú, que sabe acomodarse á todas las circunstancias y que así en tiempo de seca como de lluvias excesivas y temporales halla medios de sostenerse.

En Santa Rosa del Cuarey había tres viejos ombúes, que ahogó ha pocos años una extraordinaria creciente del Uruguay, cerca de cuyas orillas estaban. Pues desde entonces empezó á moverse y adelantar el antes paralítico y moribundo pueblo de Santa Rosa. Por el mismo tiempo cruzó una bruja á media noche por los aires, soltando una carcajada. Á juicio de intérpretes autorizados, parece que

fué una risa sarcástica, y que la fea mujer endemoniada, que tan á deshora (su hora oficial) iba á perturbar el descanso de los pacíficos vecinos de Santa Rosa, quiso significarles que no se engreyesen mucho con la pérdida de los ombúes, porque se les había de caer el gozo en el pozo.

Arruinada una familia, malvende y abandona su casa, y, si permanece en ella, se le viene al suelo, como que no puede componerla. Solamente el ombú, que no faltó antaño en ninguna casa, engruesa su tronco, multiplica y dilata sus ramas, y se afirma cada vez más. Por eso rara será la casa arruinada, particularmente si es antigua, en que no haya algún ombú, que es quien se lleva la culpa de todo. No hay más: junto á una *tapera* un ombú. Se está viendo: el ombú trae consigo la ruina de las familias. *Casa con ombú acaba por ser tapera.*

Tapera es voz de la lengua guaraní, que significa lugar despoblado, población que fué. Hase incorporado al lenguaje castellano y al portugués en el Río de la Plata y Paraguay y en el Brasil. La voz castellana correspondiente sería *ruinas, solar abandonado.* Aunque no queden restos de edificios, aunque hayan desaparecido hasta las señales de la estadía del hombre, aunque ni siquiera el ombú la recuerde, el lugar que fué habitado lleva el nombre de *tapera.* Es *tapera,* ya se trate de las ruinas ó lugar abandonado de una casa, ya de una población. Muchos parajes, en el Río de la Plata, en el Paraguay y en el Brasil, se designan geográficamente con el nombre de *taperas:* la *tapera* de fulano, la *tapera* de mengano, ó simplemente la *tapera.* Lo propio sucede con el *ombú.* ¿Cuántos puntos, en la cuenca del Plata y al sur del Brasil, no son conocidos sino por el nombre de *ombú?* Mucho han debido el cami-

nante, el explorador, el baqueano, la partida expedicionaria, el chasque, á la *tapera* y al *ombú.* La geografía del Río de la Plata y del Brasil no pueden ya desprenderse, ni siquiera imaginariamente, de la *tapera* y el *ombú:* aunque una y otro hayan desaparecido, en los textos y en los mapas quedarán escritos sus nombres.

La imaginación del vulgo campesino quiere ver en las *taperas,* durante la noche, á los padres difuntos de las familias que en los días de bienandanza poblaran el lugar en que yacen los restos de la casa arruinada y tal vez los despojos mortales de algunos de sus deudos. Ayes y luces demuestran á las claras la venida de las almas del otro mundo á tales sitios. Allí andan penando, y piden misas para su alivio y descanso. ¡Qué dolor para los hijos por cuya imprudencia ó desvaríos pasan hambre y privaciones los que, sin sus calaveradas y despilfarros, fueran poseedores de rica hacienda! Las doloridas sombras calladamente los amonestan, enseñándoles con su ejemplo cómo empiezan y cuál suele ser el término de las fortunas: una y otra noche recogerán los palos, trapos, huesos, cacharros y demás restos que hallaren y los amontonarán en un lugarcito del solar deshecho y abandonado.

CAPÍTULO XVII.

Naturaleza y efectos maléficos del guaribay bravo ó aruera.

SUMARIO. — Descríbese el *aguaraibá.* — Sus benéficas propiedades. — La *chicha* de *molle* en las *travesías.* — Clases varias de *molle.* — La *aruera* mala. — Sus maléficos efluvios. — Efectos fisiológicos que causan. — La *aruera* mata á un hombre. — *Simpatía* para curar el daño de la *aruera.* — *Simpatía* para precaverse de él. — Saludo *al revés.* — Mirar sin pestañear. — *Tres* veces hácese la misma ceremonia. — La *señora aruera* es deidad muy vana. — Eficacia del saludo: fenómeno psico-físico de *auto-sugestión.* — Á un misterio, otro misterio. — La *señora aruera* muere ahogada, como el tirano, por sus propios comensales. — Ensoberbecida, mata; despedazada y abatida, besa la mano al verdugo.

El *aguaraibá, aguaraibay* ó *guaribay* es árbol que se halla en los montes de los ríos tributarios del Plata, y en otros interiores, así como en serranías. Pertenece á la familia de las terebentináceas. Sus hojas son estrechas, largas á proporción, dentadas, parecidas á las del sauce llorón; su palo negro; sus flores chicas, blancas, en racimo; su semilla semejante á los granos de la pimienta. De la resina de sus hojas y ramas hacían los jesuítas, en las antiguas Misiones del Paraná y Uruguay, un remedio para heridas, úlceras, males de orina, debilidad de estómago, cólicos, reu-

matismo y otras dolencias: una especie de sanalotodo (1). Llamábasele *bálsamo de aguaraibá* ó *bálsamo de Misiones.* Es el mismo árbol conocido científicamente por *schinus molle* ó *árbol de la falsa pimienta* (2), el *anacahuita* vulgar. El *turbinto* del Perú, corrupción notoria de *terebinto,* pertenece á esta clase de árboles. Al occidente del Paraná llámanle *molle,* voz peruana; porque allí ha ejercido inmediata influencia la lengua de los Incas.

No hay correntino, entrerriano ó paraguayo que, al pasar por una plaza ó camino donde haya un *guaribay,* no se acerque á él y arranque una ramita que, colocada en el sombrero ó *á los tientos* de su recado, llevará contento á su casa, con el objeto de aplicar sus hojas ó cocimiento á cuantas indisposiciones ó males tenga su familia. La fe que les merece la planta, con sus virtudes varias, es infinita.

Hay un género de molle cuyas semillas sueltan una sustancia melosa de que se sirven en la Argentina los moradores de las provincias de arriba (próximas á los Andes) para dar fortaleza á la *chicha.* De ellas hacen también *aloja,* que se considera una bebida refrigerante sin igual en el mundo, un néctar divino, en especial cuando el viajero fatigado, en las *travesías,* necesita reponer las descaecidas fuerzas: es lo primero que le ofrecen en los ranchos ó casas adonde llega pidiendo permiso para des-

(1) *Descripción de las Plantas Medicinales de Misiones* por el H. Pedro Montenegro, jesuíta. Inserta en la *Revista del Pasado Argentino* por M. R. Trelles.—*Descripción é Historia del Paraguay y del Río de la Plata* por D. Félix de Azara.

(2) Véase *Diccionario de Nombres vulgares de Plantas del Antiguo y Nuevo Mundo, con su correspondencia científica,* por el Dr. D. Miguel Colmeiro.

cansar. En las campañas del Uruguay, Paraná y Paraguay ofrecen lo que más apetece allí el caminante: un mate.

Hay el molle que llaman de *curtir*, rico en tanino. Le hay en cuyas ramas críase una mosca negra, menor que la común de las poblaciones. El germen se desarrolla depositado dentro de una sustancia leñosa, esférica, del tamaño de una avellana. Hay el *aguaraibá* de espina enconosa y hojas alternas y opuestas, cuya cáscara sirve para hacer un cocimiento que, haciendo con él buches, entona las encías.

El molle es una planta rara y privilegiada, cuyas ramas y hojas han servido al mago entre los indios, y después de la conquista entre los nuevos pobladores, para sus ceremonias, hechizos y ensalmos. Cuando la Inquisición persiguió al hechicero y al adivino, muchos y muchas del arte fueron á parar á sus lóbregas cárceles. Repetidas veces aparece en las declaraciones de los reos el *molle*, entre las señaladas hierbas y árboles de que hacían uso en diversas formas los hechiceros, adivinos é invocadores del demonio. Presa fué, por ejercer las artes diabólicas, Beatriz de la Bandera, vecina y natural del Cuzco, á quien se le aparecían los demonios en figura de monos y de mastines, con unas colas muy largas y *ramas de molle* en las manos. Estos tratos y amistades dieron con la hechicera en los dientes de otros *mastines* (1) mucho más fieros y temibles que los que defienden de lobos un rebaño, los cuales, después de los zamarreos de costumbre, la llevaron camino de la plaza mayor de la ciudad de los Reyes (y

(1) *Mastines veladores del católico rebaño* llamó Miguel de Cervantes á los inquisidores en su *Pérsiles y Sigismunda*.

luego del destierro), con el capirote blanco del penitente y una vela verde en las manos [1].

La odorífera resina del molle, sus celebradas propiedades curativas y la fuerza particular que da á la chicha, cuyas libaciones, inflamando el ánimo, favorecen la inspiración, eran condiciones harto apreciables y peregrinas para que fuesen desaprovechadas por la perspicacia del mago y del hechicero.

En las regiones bañadas por el Uruguay es famoso el género de molle conocido por *aruera.* Llámanle también con más determinación *aruera mala,* á distinción de la *mansa* ó *guaribay* de que se hacía el *bálsamo de Misiones.* Viene la voz *aruera* del portugués *aroeira* (lentisco), que es el nombre que tiene en el Brasil el árbol de que se trata. Sus hojas son más dobles que las del *guaribay,* más cortas, no tan resinosas, no aserradas, y no están adheridas, como las de aquél, á los vástagos de las ramas, sino sustentadas de trecho en trecho por un pedúnculo (dos opuestas y una en el medio de entrambas).

Los efluvios de la *aruera* excitan de tal manera la sangre en algunas personas, con sólo pasar por debajo de ella y aun con sólo acercársele, que las enferma de un modo alarmante. Á unos les pone el cuerpo como si estuviera picado del sarampión. Á otros los llena de turgencias, dejándolos como lazarinos. Éntrales una fuerte comezón, hínchanse, dales fiebre y mareo, tómanseles de sangre los ojos y núblaseles la vista. Entre los años 1877 y 78 murió un

(1) Auto de fe celebrado en Lima el 23 de enero de 1639 etc. según relación hecha por el Licenciado D. Fernando de Montesinos, inserto en la *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de Lima* por D. J. T. Medina.

individuo en Catalán (Uruguay), por la acción mórbida de la *aruera.* Estuvo labrando un palo de *aruera,* mientras uno de sus peones cortaba otros, con el objeto de hacer un galpón en su establecimiento. Enfermó con los síntomas ordinarios del mal de la *aruera,* y antes de tres días dejó de figurar en el número de los vivos.

Diferente cosa es el *manzanillo* de las islas de Barlovento y Tierrafirme, con que los caribes emponzoñaban sus flechas. Las hojas de él asemejan á las del peral y su fruto al del manzano, de donde le viene el nombre. El dormir á su sombra causa un fuerte dolor de cabeza, hinchando ojos y cara. Sus efluvios, con el rocío de la noche, abrasan la piel, y el humo de la leña que de él se saca es igualmente malsano[1]. Colmeiro registra el *manzanillo de Caracas* y *del cerro de Venezuela (terebintáceas)* y el *de Cuba (euforbiáceas)*[2].

También hay otro árbol en Corrientes, Misiones y Paraguay, cuya *sombra* (al decir de la gente del campo) da dolor de cabeza y produce náuseas. Llámanle *bitambó* (voz guaraní), y pertenece á la familia de las leguminosas. Es enorme, parecido al higuerón, y crece en las vertientes de las cuchillas, junto á algún manantial.

Una fricción de caña, ó un baño tibio de salmuera, dicen que es bueno para curarse del mal causado por los

(1) *Cuatro Libros de la Naturaleza y Virtudes Medicinales de las Plantas de la Nueva España* del Dr. Francisco Fernández, por Fray Francisco Ximénez; Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia General y Natural de las Indias;* Pedro Mártir de Anglería, trad. de D. Joaquín Torres Asensio, *Fuentes Históricas sobre Colón y América;* el P. Bernabé Cobo, *Historia del Nuevo Mundo.*

(2) *Diccionario de Plantas del Antiguo y Nuevo Mundo* por el Dr. D. Miguel Colmeiro.

efluvios de la aruera. Pero lo más expedito es acudir al superior remedio de la *simpatía,* que para esto no era natural que faltare, como que la causa originaria del mal encierra á los ojos del paisano un misterio impenetrable. Presentan al enfermo una rama de aruera. El enfermo la saluda tres veces, mirándola al mismo tiempo con respeto, como quien se humilla y pide perdón. El saludo debe hacerse, como dicen, *al revés.* Si es de mañana, se le dirá: —*Buenas tardes, señora aruera.* Si es de tarde, se le dirá: —*Buenos días, señora aruera.* Hecho esto, debe tirarse la rama. Cuando la rama se haya secado, estará sano el enfermo.

Aunque el remedio es tan fácil, lo mejor es, sin embargo precaverse del mal; y así lo hacen los hombres del campo, cuando van á cortar una *aruera* ó entran debajo de ella, ó pasan á su lado. El medio de precaverse es también una manera de simpatía, la misma que para curarse: saludar *al revés.*—*Buenas tardes, señora aruera.*—*Buenos días, señora aruera* El primero de estos saludos se hace, si es de mañana, y el segundo, si de tarde. El que va á juntarse al árbol, detiénese á corta distancia, con gran respeto, como si se presentase delante de la divinidad: descúbrese, clava en él la reverente mirada y dice su saludo. Mientras saluda, no le es permitido ni siquiera pestañear: tan fija debe tener la vista en el objeto de su atención. Tres veces consecutivas ha de repetir el saludo. Cumplida esta solemnidad, no tenga miedo de que la *aruera* le dañe. Así el paisano que va á cortar de ella un *palo,* ó aun á derribarla, después de haber hecho el saludo, se le acerca sin recelo. Hacha en mano, tirado el sombrero, ceñida la frente con su pañuelo ó *vincha,* descarga recios golpes en el tronco, hasta

dar en tierra con el árbol que ha de servirle de leña en el fuego ó de postes en su corral. Es, sin duda, la *señora aruera* una deidad muy vana. Con tal que la saluden con mucho aparato y rendimiento, consiente que la derriben y despedacen. ¡Cuántas *arueras* se arruinan por la misma causa! Unos, por aparentar, gastan más de lo que pueden, perdiendo, junto con la hacienda, la honra. Otros reciben incienso del mismo fuego (la fingida amistad y respeto del adulador) que ha de abrasarlos y perderlos.

El saludo de la *aruera* reune todas las condiciones capaces de engendrar en el ánimo del que hace la ceremonia el fenómeno psico-físico de la *auto-sugestión*. Mediante este fenómeno, el solemne saludo promueve en el organismo un movimiento más expedito que el ordinario de las funciones, á favor del cual resiste eficazmente á la acción perturbadora de los efluvios de la *aruera*. El paisano contempla en ésta la personificación de un ser maléfico, dotado de inteligencia y voluntad para hacer daño. El remedio de la *simpatía* en este caso debía ser por tanto, para el paisano, el más adecuado recurso. Se trata en su concepto de un hecho sobrenatural. Aunque los medios naturales pueden dar buen resultado, ninguno más seguro en tal supuesto que los que la magia ó ciencia tradicional, oculta, tiene acreditados con infinitos ejemplos notorios: á un misterio, otro misterio.

Las cenizas de la *aruera*, que arde en un instante, sirven para hacer lejía. Aseguran que sus hojas, cocidas y aplicadas á modo de cataplasma, disuelven las hinchazones. Por grandes y por malas que éstas sean, no resisten á la eficacia resolutiva de la *aruera*. Así resulta que la *aruera*, mientras vegeta ensoberbecida, particularmente en los lu-

gares altos ó de serranía y cuando en primavera entra en pleno ardor y movimiento la savia, ofende y mata; mas despedazada y abatida, convierte en bálsamo su veneno.

La *aruera* suele morir ahogada entre las profusas ramas sarmentosas de una parásita trepadora que parece elegirla para matarla, como si se propusiese librar á la humanidad de tan peligroso viviente. Contrahecha, tuberosa, moribunda, lucha en vano la *aruera* contra su aleve y tosco huésped, fiera imagen de la ingratitud. Nace el *isipó* ó bejuco matador en las ramas de la *aruera*, de cuyo jugo se alimenta mansamente mientras las raíces no llegan al suelo. Pero una vez arraigado, engruesa, echa tronco, extiende y multiplica sus brazos y estruja y ahoga al árbol á quien debe la vida. Así perecen generalmente los tiranos. Cría cuervos, y te sacarán los ojos.

CAPÍTULO XVIII.

Personificación y supuesta influencia de las aves.

Sumario. — Imitación de las cualidades y oficios del hombre por los animales. — Pájaros varios. — Dominicos y cardenales. — Hidalgos pobres, monjitas y viudas. — Dormilones y charrúas. — Naranjeros: hermosura incomparable de algunas de sus variedades. — Boyeros. — Benteveos: indios y cristianos interpretando los sonidos de la naturaleza. Anuncian huéspedes. — El rayador. — Herreros, leñeros, pedreros y carpinteros. — El carpintero, ave de mal agüero. — El terutero, enemigo de los contrabandistas. — El ñacurutú contagia el vicio de la pereza. — Lechuzas y vizcachas: su compañerismo. — El hornero y la golondrina: analogía de las preocupaciones á su respecto. — Palomas y gallinas. — El avestruz entre las diversas generaciones indígenas: sus plumas, adivinos, gualicho, borracheras, encantos, bienandanza. — Pájaro hechicero. — Mal agüero del *tayazuguirá*. — El caburé y el urutaú. — El juego y el amor: su papel importante en el campo de la magia y hechicería. — El vicio del juego en el Río de la Plata. — Patronos preternaturales del juego. — La blasfemia en el juego, y sus penas. — *Guayacas, composturas* y *acompañamientos*. — El *guacanque* y las plumas de los pájaros. — Consagración de las aves entre los indios.

Ciertos animales, y en especial las aves, por su aspecto, por sus instintos ó por su manera de vida, parecen imitar las cualidades de la persona ó ejecutar aquellas cosas de que sólo es capaz un ser racional. La imaginación, á vista de ello, se complace en fingir dotados á esos animales de las cualidades humanas que de un modo más ó menos patente

remedan, ó bien en atribuirles los mismos oficios ó ministerios que el hombre ejerce. Así, en las vastas regiones á que se extiende la cuenca del Plata, hallamos *horneros, leñeros, pedreros, carpinteros, herreros, boyeros,* etc. El *dominico* se cubre con una blanquísima vestimenta. Ostenta un rojo copete, semejante al capelo, el erguido y airoso *cardenal*, tan abundante como arisco, de color gris negro el cuerpo. Muy escaso y retirado en el Paraguay, entre sus variedades, figura el que llamaron los guaraníes *araguirá,* es decir, *pájaro del día ó de la luz,* con alusión á lo brillante y subido de su rojo penacho. Con triste y prolongado acento, á la orilla de los ríos, se lamenta de la pérdida de su fortuna el *hidalgo pobre.* Vístese de blanco y negro, con tanta gracia como modestia, la sencilla *monjita.* Lleva en la cabeza una toca, símbolo del duelo del amor, la no menos graciosa *viuda.* Contemplando al astro majestuoso del día, yace el mirasol en los bañados. Echado en el suelo, como un haragán enemigo del trabajo, yace el *dormilón.* El negro *charrúa* hace el nido en las barrancas, y, como el indio salvaje del Uruguay, da un fortísimo silbido destemplado, algo semejante al relincho del caballo. Entre los siete colores que singularizan al *naranjero,* muestra sobre su pecho el anaranjado como distintivo de sus aficiones: la naranja es su manjar predilecto, si bien gusta de otras frutas y de las legumbres, haciendo no poco daño en las huertas. Trepado en el árbol, agujerea la naranja y come su carne, dejando entera la cáscara. El nombre indígena de este pájaro es *saihobí,* denominación que alude al color azul predominante en su plumaje. Es pájaro de que hay algunas variedades y que no escasea; pero es rarísimo el que Azara llama *precioso,* por lo admira-

ble de su belleza, el cual sólo aparece con mucha escasez en el Paraguay por diciembre. No hay palabras (dice Azara, generalmente tan seco en sus descripciones), no hay palabras para explicar la hermosura de este pájaro, ni imaginación que la conciba. Su hermosura es tan rara, que, al contemplarla, cualquiera diría que la naturaleza no puede producir cosa semejante. Sus colores no tienen igual en el mundo, y varían tanto según su posición respecto de la luz, que no se pueden describir como los demás. Es menester una doble descripción: una que llamaríamos en *conjunción,* cuando el pájaro está entre el que mira y el sol ó punto de donde viene la luz, y otra en *oposición,* cuando el observador se halla entre aquél y el lugar que envía los rayos luminosos (1).

El *boyero* remeda melodiosamente con el canto el modo particular que tienen los labriegos que cuidan bueyes de hacerse obedecer de estos pacíficos animales. Quieren que el *benteveo* indique con sus repetidos gritos la acción de la persona que está observando lo que otra ejecuta. Azara advierte que los españoles le daban el nombre de *vienteveo* y los guaraníes el de *puitaguá;* porque á los unos y á los otros respectivamente les parecía que pronunciaba con claridad estas palabras (2). ¿Cuál de los dos intérpretes, el

(1) *Apuntamientos para la Historia Natural de los Pájaros del Paraguay y Río de la Plata.* Madrid, 1802-5. Aludiendo Azara á la errada persuasión en que estaba el célebre naturalista Buffón de que en América, en razón de influencias climatológicas, no había pájaros que cantasen bien, se expresa así: «Pero si se eligiese un coro de cantores en el antiguo continente y se comparase con otro de igual número recogido en el Paraguay, tal vez se disputaría la victoria.» (Obra citada.)

(2) *Apuntamientos para la Historia Natural de los Pájaros del Paraguay y Río de la Plata.*

español ó el guaraní, tiene mejor oído ó entiende con más propiedad lo que este pájaro dice? Cuando el *benteveo* canta á mediodía junto á una casa, significa que viene gente de lejanas tierras: una visita inesperada, un huésped pariente, amigos ó personas extrañas que están próximos á llegar sin previo aviso.

El *rayador,* hacia el amanecer, así como al anochecer, volando á flor de agua, va rayando la superficie del río ó de la laguna con la mandíbula inferior sumergida, bien abierta su grande boca, á efecto de tragar los pescadillos que encuentra al paso. La forma del pico no le permite cazar de otro modo en tierra ni en el agua[1].

El *herrero* es un pájaro blanco, con la frente verdoso-cobriza, del tamaño de una tórtola, pero menos grueso de cuerpo, y cuyo canto se asemeja al ruido que hacen la lima y el martillo, cuando con ellos están alternativamente limando y dando martillazos en un pedazo ó lámina de hierro: *chriiii tan, chriiii tan, chriiii tan.* El *leñero* ó *espinero,* pájaro pequeño, de color pardo, hace un enorme nido en los árboles bajos, postes y cercados de las chacras y estancias, con multitud de palitos y de largas y recias espinas de plantas diversas. Los guaraníes le llamaban *añumbí* [2]. Conócenle también con el nombre personal de

(1) «Es un pájaro desgraciado, á quien la naturaleza, dándole un pico el más extraordinario, ha precisado á subsistir de un solo manjar, y á cogerlo de un solo modo el más trabajoso.» (Azara, *Pájaros del Paraguay y Río de la Plata.)*

(2) «Si encuentra un espinillo ú otro árbol no frondoso, ó tuna, aislados ó solos en el campo, los prefiere para hacer su nido; y es frecuente hallar dos, y hasta seis nidos en el mismo árbol, á veces pegados unos á otros. Igualmente le construye en los postes de los corrales, en los emparrados y enramadas de las casas campestres, y

José Chavarría, porque les ha parecido hallar en su canto alguna semejanza con la pronunciación de estas palabras.

Es el *pedrero* un manso pajarillo de unas cinco pulgadas de longitud, blanco el pecho y pardo el lomo, de sencillo y triste canto. Solitario, mora en los terrenos pedregosos, especialmente en los cerritos, donde hace su nido, suspendiendo al transeunte con su acento melancólico que repite constantemente de rato en rato.

El *carpintero* es un pájaro de fuerte y agudo pico, que, armado de tres filos, le permite trabajar en el tronco de los árboles, que descorteza y agujerea para extraer gusanos que apetece y hacer un lugar seguro y escondido donde criar sus hijuelos; lo que ejecuta á rapidísimos golpes que se sienten de lejos. Tiene unas uñas corvas y no menos recias, á favor de las cuales se trepa perpendicularmente por los árboles. Hermosea gallardamente su cabeza un alto copete, ora amarillo, ora rojo. Trabaja con su pico en toda clase de árboles, algunos de los que, como el ceibo, por su blandura están llenos de agujeros. También suelen hallarse con frecuencia agujeros profundos á lo largo del tronco de las palmeras, en cuyo fondo hace el carpintero su nido,

en las estacas de los corrales, prefiriendo por lo común las inmediatas á la puerta más frecuentada. Los sexos nunca se separan en tiempo de amor, y aun todo el año; y si el uno coba, el otro está á la puerta. Si uno lleva un palo para el nido ó qué comer á los pollos, le acompaña el otro, aunque sea de vacío, si no encontró qué llevar. El nido no parece suyo, porque tiene dos pies de altura, y uno y medio de diámetro, componiéndose de palitos espinosos, más gruesos de lo que parece puede manejar el artista, y muy apretados.» (D. Félix de Azara, *Apuntamientos para la Historia Natural de los Pájaros del Paraguay y Río de la Plata.)*

con una entrada lateral bien circular [1]. El *carpintero* es para el vulgo un pájaro fatal. ¿Quién se atreve á tenerlo en su casa? Acarrearía infaliblemente la muerte ú otras desventuras á los miembros de la familia. El paisano le detesta y le maldice con ira. Cuando una persona penetra en un monte, el carpintero alborota con recios gritos los contornos. Así aquel que por causa de una *desgracia* (homicidio) se esconde en un monte, fácilmente es descubierto por su perseguidor. El carpintero entra en la denominación general de *inmundicia,* con que designan á todo animalejo nocivo por su abundancia y otras condiciones. Y ¡qué pájaro gallardo el carpintero! Algunos tienen la esbelta cabeza de color rojo encendido como una brasa de fuego. Cuando canta cerca de una casa, dicen que anuncia que alguno de los que la habitan no tardará en morir. Si ya una persona ha fallecido en la casa, pronto se acercará á ésta el carpintero y posado en la rama de un árbol atormentará á sus moradores con destemplados gritos.

El *terutero,* llamado *tetéu* en el Paraguay, nombre imitativo de su modo de gritar, alborota, si no tanto, poco

(1) «Sus movimientos son prontos, el espíritu y fisonomía espantadizos, el pico grueso en la base, recto, muy sólido, de cuerno fortísimo, y la mitad superior termina en filo vertical, como el de un cincelito, teniendo tres aristas afiladas, una en el caballete y otra en cada costado. Con él dan golpes en los troncos, que se oyen de lejos, sin que se puedan contar por apresurados; pero cuando conocen que hay gusano, y no encuentran agujero para extraerle, golpean con más fuerza y más despacio. Lo mismo hacen para excavar los agujeros en que crían, y tal vez duermen, penetrando los troncos gruesos hasta el centro. En el Paraguay se encontró á un infeliz indio muerto, suspendido por la mano de uno de dichos agujeros, donde la metió para extraer los pollos; y no pudiéndola sacar, porque resbalaría, quedó colgado de ella.» (Azara, *Pájaros del Paraguay y Río de la Plata.)*

menos que el bullicioso carpintero, cuando ve gente, á la que suele seguir buen trecho incomodándola con su algazara. De noche en las casas (pues se domestica fácilmente) y en el campo grita asimismo descompasadamente, apenas siente algún rumor ó advierte una novedad que le causa extrañeza. Por eso dicen desde muy antiguo que el terutero es enemigo de los contrabandistas [1].

Ñacurutú es un lechuzón de color acanelado (que es el que predomina) y negruzco. Tiene unas plumas á manera de cuernos junto á sus escondidas orejas, de donde baja una lista negra que le circunda la cara, y hacia el centro de ella una mancha blanca en forma de cruz; las uñas y pico corvos, éste muy fuerte y agudo; los ojos castaños, grandes y redondos. Es muy torpe y perezoso. Permanece inmóvil todo el día donde lo pongan; pero de noche, apenas oscurece, sube barandas y azoteas y anda calladamente de aquí para allí como un duende. Expresa su alegría ladrando como un gozquejo, particularmente cuando se le acerca ó ve pasar una persona á quien conoce ó que le habla. Ante un objeto que le causa pavor, se esponja y contonea, erizando el plumaje y abriendo en forma de abanico las alas. En esta actitud bufa como un gato y castañetea fuertemente con el pico. Tiene un gimoteo semejante al de la paloma. Con la voz imita su nombre fuerte y narigalmente, asustando, dice Azara, á los que transitan de noche por los bosques elevados, que son sus palacios [2]. Cría dos pollos. Creen que si alguno los lleva á su casa, los padres los visitan infaliblemente la primera noche. «Y no hay

(1) Azara, *Pájaros del Paraguay y Río de la Plata.*
(2) *Pájaros del Paraguay y Río de la Plata.*

duda, prosigue Azara, que así será, si los sienten chillar.»

Tenían por cierto los guaraníes que el contacto con este poltrón avechucho, de tardo vuelo, les comunicaba el vicio de la pereza. Tal idea se habían formado de su poltronería, que le juzgaban incapaz de hacer nido para criar sus hijuelos [1].

El chirrido de la lechuza cerca de una habitación, alarma á la familia. ¡La lechuza! animal fatídico que anuncia la muerte! La lechuza llamada *urucureá* por los guaraníes habita en la cueva de la *vizcacha,* cuadrúpedo de quien dice el vulgo que las noches de luna tiene sus danzas. Reúnense las vizcachas que habitan las cuevas vecinas, y brincan y retozan, dando gritos particulares que manifiestan su contento. Es la vizcacha cuadrúpedo de unos dos pies y medio de longitud desde el hocico á la punta de la cola, de boca, dientes, rabo, modo de andar y de sentarse semejantes á los conejos, orejas cortas, cara mofletuda, atravesada por unas listas negras y á sus lados una barba erizada del mismo color, larguísima, gruesa y dura, agudas y fuertes uñas y un grito á manera de tos enronquecida. Es arisca, aunque *guacha* se domestica, y muy valiente y poderosa, defendiéndose bravamente, hasta morir, del hombre y de los animales: un perro, ni aun dos, por fuertes y malos que sean, no la matan. Instinto de este bicho, terror de las mujeres, es cargar con cuanta *bosta,* huesos, palos y otros objetos halla en el campo, y rodear con ella y ellos la entrada de su habitación, adonde, por lo mismo, el viajero que ha perdido alguna cosa acude en su busca con la probabilidad de encontrarla. Propónese la vizcacha con esto,

(1) *Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán* por el P. Pedro Lozano.

según entiende la gente campesina, tan observadora de la naturaleza, desviar de allí á los animales que pasan, para que no le desmoronen la cueva con las pisadas. En el mismo sitio permanecen casi todo el día, como de centinela, un par de lechuzas, del mismo color ceniciento que la vizcacha, en cuya cueva anidan en perfecta y nunca interrumpida armonía con sus hospitalarias vecinas. Las vizcachas hacen de noche sus correrías, siendo su primera diligencia, al caer de la tarde, el ir de unas madrigueras á otras, por lo cual dice con malicia la gente del campo que *se visitan*. Estas madrigueras (que hacen en medio del campo) suelen comunicarse por galerías. En sus inmediaciones nace una ortiga diminuta y bravísima, llamada *ortiga vizcachera*. Los particulares instintos de la vizcacha, su valentía y poder y el hospedaje que concede á la lechuza, han dado pábulo á la imaginación vulgar para que vea en ella y en sus costumbres algo de misterioso, y de ahí las *visitas* que se hacen entre sí las que viven en cuevas vecinas, sus danzas nocturnas, etc.

Lleva el nombre de *hornero* ó *casero* un pájaro amigo del hombre, cuyas casas busca para construir en sus cornisas, en los árboles que las rodean ó en los postes de sus corrales, un fuerte nido de barro que se asemeja exteriormente á un horno de cocer pan. El pájaro no alcanza á tener una cuarta de longitud desde el pico á la punta de la cola. Tira ésta al color rojo, el pecho es blanco y el resto del cuerpo, en general, pardo acanelado. Poco más de media cuarta tendrá el nido, cuya entrada, más alta que ancha, se halla en un costado. Junto á uno de los lados de la entrada hay un tabique, el cual deja en el fondo del edificio una abertura que comunica con el aposento en que hace

el nido la pareja. El departamento contiguo, ó que comunica directamente con la entrada exterior, les sirve para guarecerse de la intemperie y para evitar, con las dificultades que ofrece á los pájaros grandes, que los caranchos y otras aves de rapiña les saquen los hijuelos.

No hay una casa, en el campo, donde no se vea el *casero* ú *hornero* en los horcones, y en los postes y estacas de los corrales y cercados de los caminos. Hállanse al alcance de la mano los nidos del *hornero;* pero nadie, ni aún los muchachos, les sacan los huevos. Pájaro tan social y tan habilidoso no había de carecer de alguna virtud extraordinaria: *en casa con nido de hornero no cae el rayo.* Por eso y por otros beneficios que acarrea su presencia, suelen verse rosarios de nidos de hornero en las cornisas de las casas de las estancias.

Por sus condiciones y hábitos, no por su aspecto, ni por la forma de su nido ni por su canto, aseméjase á la golondrina el pájaro de que se trata. Una y otro son mirados de toda clase de personas con igual reverencia y cariño, y hasta análogas particularidades imaginarias refieren de entrambos (1). De las golondrinas dicen que con su piquito sacaron las espinas de la corona que los judíos pusieron á Cristo en la cruz (2), añadiendo que enmudecen los días

(1) Da largas noticias sobre las propiedades y atributos de las golondrinas, según las creencias de los antiguos, el P. Fr. Baltasar de Vitoria en la 2.ª parte del *Teatro de los Dioses de la Gentilidad.*

(2) Fernán Caballero trae la siguiente canción popular:

Que en el monte Calvario
Las golondrinas
Le quitaron á Cristo
Las cinco espinas.

En el monte Calvario
Los jilgueritos
Le quitaron á Cristo
Los tres clavitos.

(*La Gaviota,* novela original de costumbres españolas.)

jueves y viernes de la semana santa[1]. Corre parejas con esta preocupación la reinante en el Río de la Plata respecto de los horneros. *El hornero, no trabaja en domingo.* Si por acaso un hornero está trabajando en domingo, el vulgo alucinado hallará alguna razón que explique la causa de ello: por ejemplo, que habiendo llovido la víspera, durante una sequía, se ve precisado á quebrantar su costumbre religiosamente observada de antiguo, aprovechando, para hacer su casita, el barro que formó el accidental aguacero, so pena de quedar sin albergue para sí y sus hijuelos.

La golondrina rioplatense, llamada *biyuí* por los guaraníes, nombre imitativo de su canto, se parece, según Azara, á la de España en la modestia de su vestido, en volar con violencia, en el modo de beber y de pillar los insectos en el aire, en tener la boca ancha, el pico algo corvo, la cabeza plana, el cuello grueso y corto, el ala tendida, y en que se ausenta en invierno, aunque la hay estacionaria. La doméstica cría en los edificios, haciendo el nido entre sus vigas y

(1) «—Ante todas cosas, hijo, interrumpió la tía Manuela, tenía pensamiento de preguntarte á tí, que has estado por allá (que es la tierra de las golondrinas), si es verdad que, tan parleras y cantoras como son, en llegando el jueves y el viernes santo no abren su pico y se están calladas como en misa?

—Mucha verdad que es, contestó el soldado. También yo lo había oído decir; y estando en Tetuán por la semana santa, me puse en acecho y noté que ninguno de esos animalitos, que todos los días nos tenían atolondrados los oídos (porque allí hay golondrinas para nublar el sol), ninguna se dejó oir: estaban tristes.

—¡Animalitos de Dios! dijo enternecida la tía Manuela, que recordaban y honraban más la pasión del Señor que esos salvajes infieles moros!» *(Promesa de un Soldado á la Virgen del Carmen* por Fernán Caballero.)

en los agujeros de las paredes, prefiriendo, como más altos, los templos. Se posa con frecuencia en las cruces de las veletas, en los caballetes y en los alambres de los telégrafos y de los cercos. Acomete á todo pájaro que se acerca á su nido, persiguiéndolo sin dejarlo hasta que se ahuyenta. Aunque represcnta á la golondrina común de la península ibérica, difiere en el canto, que es más sencillo, y en su mayor poltronería, pues se posa con más frecuencia [1]. Parecido al *hornero* es el que llaman *Alonso García;* pero no es el mismo pájaro, como Azara supone [2].

¿Qué aves más caseras y más mansas que la paloma y la gallina? La paloma, sin embargo, preocupa á las gentes: criada en una casa, no tarda en afligir con alguna desgracia á los miembros de una familia. Por lo visto no es la paloma tan inocente y cándida como dicen. Cuando la gallina canta como gallo, es inmediata la ruina del dueño de casa: afortunadamente lo hace muy rara vez. Adviértase que la fatalidad de que se trata, por lo que respecta á las palomas, solamente reza con las procedentes de Europa, pues las originarias de América son incapaces de hacer daño á nadie en ningún sentido. La paloma y la gallina son, en América, aves *criollas,* importadas primitivamente por sus nuevos pobladores. De más estará recordar cuánta admiración causara el primer gallo que llevaron los españoles en el sencillo ánimo de los vasallos del Inca, quienes creyeron que su canto era una voz pura y envidiable, tan articulada y significativa como la que á ellos y á sus extraños visitantes les servía para comunicarse.

(1) *Apuntamientos para la Historia Natural de los Pájaros del Paraguay y Río de la Plata.*
(2) En la obra citada.

El avestruz, por su magnitud y fuerza, por la particular atención con que mira, por sus condiciones y hábitos no comunes, ha sido en diversas formas considerado de los indígenas. Á parte del uso que hacían en general los indios todos de las plumas del avestruz en sus binchas y en otros adornos de sus personas, colocábanlas sobre los sepulcros de deudos y antepasados ciertas generaciones guaraníes[1]. Los pampas y los aucaes, cuando se proponían invadir las poblaciones cristianas y otras tolderías, consultaban, de tarde ó de noche, á sus adivinos. Clavaban derechamente en el suelo sus desmesuradas lanzas, revestidas hacia el hierro de un círculo de plumas de avestruz para espantar con su rápido movimiento los caballos del enemigo. Al pie de las lanzas sentábanse sus respectivos dueños, á sus espaldas las indias, y al frente de todos presentábase el adivino, con un cuchillo en la mano, que movía aceleradamente á la manera del que está picando carne. Al propio tiempo entonaba el adivino su monótona canturía, acompañada por todos los otros, indios é indias. Al cabo de media hora, poco más ó menos, empezaba el adivino á suspirar y á quejarse clamorosamente, retorciéndose y haciendo visajes, al compás del canto de los demás, que no cesa, hasta que, á la señal de un formidable alarido dado por el primero, callan todos y se levantan. El cacique entonces, que con un machete en la mano se halla á la derecha del adivino, sin mirarle á la cara, le pregunta lo que necesita saber. El adivino le responde, y todos le creen, persuadidos de que es *gualicho* en cuerpo y alma,

(1) El P. Pedro Lozano, *Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán.*

quien introducido en su persona habla por su boca. Una vez hechas las consultas, ofrecen al adivino un huevo crudo de avestruz y agua. El adivino se bebe el agua con el huevo. Ofrécenle en seguida tabaco, y lo fuma. Con tales presentes regalan á *gualicho* en la persona del adivino. Simula el adivino fuertes vómitos: es *gualicho; gualicho,* que después de haberse regalado con el huevo de avestruz y el humo del tabaco, se desprende y sale regiamente del cuerpo del adivino, en medio del regocijo y algazara del pueblo reunido, que á gritos y echando fuego al aire lo saluda(1).

Debajo de un algarrobo celebrábanse los *chiquis,* que eran una de las fiestas ó borracheras de los indígenas de Catamarca y otras regiones vecinas á los Andes. Días antes de aquel en que tenía lugar la fiesta, salían los indios al campo á cazar liebres, guanacos, pumas y aves diversas que sacrificaban en torno del algarrobo, árbol de ellos reverenciado, presentándole las cabezas de las víctimas. El avestruz ó *surí* (voz quichua) era el único animal que respetaban, exceptuándolo de la caza y del sacrificio(2).

El vulgo, en el Paraguay, Misiones y Corrientes, regiones originariamente pobladas por generaciones guaraníes, tiene un avestruz imaginario, rojo, de fuego, que en los cerros y otros lugares levanta á veces la cabeza, sacudiendo sus alas. Llámanle *ñandú tatá* (avestruz de fuego) ó *ñandú*

(1) *Diario* del Capitán D. Juan Antonio Hernández (expedición contra los indios tegüelches, año de 1770), en la *Colección de Obras y Documentos relativos á la Historia Antigua y Moderna de las Provincias del Río de la Plata* por D. Pedro de Ángelis.

(2) *Londres y Catamarca* por D. Samuel A. Lafone y Quevedo.

puitá (avestruz colorado), custodio y ministro de los tesoros naturales, ó si no escondidos, quc oculta el suclo gencralmente entre peñascos: mito en que transforma la mente vulgar cierta clase de fenómcnos ígncos producidos por acciones y rcacciones químicas de determinadas materias que entran en la composición de la tierra en algunos parajes y que se manifiestan á través de su superficie ó bien por otras causas físicas accidentales.

El paisano, en general, ve un indicio de buena ventura en el hallazgo de un huevo *guacho* de avestruz. Dícese *guacho* del animal tierno que no tiene madre, de la que, necesitándola aún para su crianza, está privado. Dícese igualmente, en sentido familiar, del huérfano, del niño abandonado, ó que ha sido recogido por personas extrañas que lo cuidan y protegen. Aplícase también á cosas; y así se dice *guacho* del huevo que se halla solo y abandonado en medio del campo. Los primeros huevos que pone el avestruz, los deja abandonados en cualquiera parte del campo donde se ha visto precisado á desembarazarse de ellos: después forma la nidada. Quien, caminando, encuentra un huevo *guacho* en medio del campo, se apea del caballo, lo recoge ó *alza*, se lo lleva á su casa, le extrae el contenido por un agujeruelo y lo cuelga ó acomoda en lugar seguro: ése tiene la suerte en casa. Aseguran que cuando alguno anda con los huevos de la nidada, basta quc sólo llegue á mirarlos, para que el macho, que es quien encoba, los aborrezca y abandone, y que enfurecido los esparza y haga pedazos á patadas. Ni hay nccesidad, añaden, de que se los toquen: la sola acción de detenerse á contemplarlos, es causa bastante para que el padre los odie y los desparrame y rompa. Para evitarlo, conoce el vulgo varios proce-

dimientos *simpáticos*, en los que cree á pie juntillas (1).

El *guirapayé,* nombre compuesto de dos voces guaraníes que equivalen á *pájaro hechicero,* llamado también *tingazú*, en el Paraguay, donde, con ser su patria, abunda poco, no sale casi de las orillas de los bosques, su constante morada, ni baja al suelo, ni aun á las ramas inferiores de los árboles. La parte superior del cuerpo es de subido color de tabaco, el pecho y costados plomizos, negro el vientre, parda la punta de las alas y la de la cola blanca. No bebe. Tiene un grito alto y desagradable. Nadie come su carne, que dicen hace efecto de purgante. Es uno de los pájaros de más peregrina historia, por las muchas hechicerías que de él ha derivado el vulgo (2).

El *tayazuguirá,* del Paraguay y Misiones, es pájaro tan arisco, que huye del hombre á una milla de distancia. Quieren encontrar semejanza entre su voz y la del cerdo; y de ahí el nombre que lleva, compuesto de dos voces guaraníes que significan *pájaro-cerdo.* Es pájaro de mal agüero: cuando pasa volando por sobre alguna casa y da un grito al mismo tiempo, indica que en ella ha de morir en breve alguno de sus habitantes (3).

El caburé y el urutaú, urutao ó cacuí, que habitan el norte de la cuenca del Plata, son pájaros celebérrimos, pájaros dotados de virtudes singulares, pájaros obradores de maravillas sin cuento. Particularmente en materias de juego y amor, el caburé y el urutaú ó cacuí no tienen igual en el mundo.

(1) Véase Cap. XXI y siguientes.
(2) Azara, *Pájaros del Paraguay y Río de la Plata.*
(3) Azara, *Pájaros del Paraguay y Río de la Plata.*

El juego y el amor han sido constantemente el asunto ordinario de los hechizos y el principal objeto de los talismanes. Ser *afortunado* significa entre el vulgo, por lo general, ganar con frecuencia en el juego y triunfar con facilidad en los lances de amor. Bien entendido, por supuesto, que, al decir el *juego,* en este caso, no se alude á los de mero pasatiempo ó recreo, ni á los que tienen por objeto el desarrollo de las fuerzas corporales ó la soltura y agilidad; sino al juego á que muchos se aficionan apasionadamente con el fin de ganar dinero ú otras cosas de utilidad ó de precio á favor de la caída de un dado ó de la aparición de un naipe, privando á otro de lo que posee, hasta el punto (si á mano viene) de dejarlo arruinado, en la calle, en cueros, á la manera de dos duelistas (como dice un elocuente jurisconsulto) que procuran recíprocamente quitarse la vida[1]. El *paisano* ú hombre del campo juega á veces

(1) D. Joaquín Escriche, *Diccionario Razonado de Legislación y Jurisprudencia.* «Acercaos, añade, una vez en vuestra vida á una casa de juego, y veréis allí muchos hombres amontonados y silenciosos esperando con ansia y terror que salga un rey, un rey el más arbitrario y déspota de cuantos han existido jamás sobre la tierra, un rey loco, ciego y sordo-mudo que reparte el bien y el mal sin justicia ni razón, un rey, sin embargo, tan deseado como el Mesías, un rey á quien ellos mismos, los mismos que le esperan, enemigos tal vez de todos los reyes, han hecho á sabiendas dueño absoluto de sus fortunas y de sus vidas, un rey, pues, de inmenso poder por nadie contestado, y á quien nadie ha hecho traición ni usurpádole el trono, un rey, por fin, pintado en un cartón, *el rey de copas;....* y fijos y enclavados en él los desencajados ojos de la confusa multitud, descubre al cabo su cabeza el rey abigarrado, con despecho de los unos y sonrisa diabólica de los otros: aparece el tan esperado como temido rey de copas; y con sólo aparecer, sin discusión de Cortes ni auxilio de ministros responsables, transfiere de golpe á éstos el oro de aquéllos para quitárselo mañana, y despoja á aquéllos del fruto de los ahorros y economías de sus antepasados para no devolvérselo jamás, porque así es

hasta la camisa: juega primero su *plata* (su dinero); luego juega sus *pilchas* ó prendas, su poncho, su recado de montar, su apero (maneador, lazo, boleadoras), su *chapeao* (arreos con chapas de plata), su caballo (que es, para él, quedar sin piernas), sus botas, su *facón* ó cuchillo (que es como si le cortasen la mano derecha), su chaleco, etc. (1) Los más acaudalados comerciantes del Paraguay se vieron reducidos á la mendicidad en la luctuosa época de la dictadura perpetua de D. Gaspar Rodríguez de Francia, por causa de las medidas tiránicas y desatentadas y persecuciones implacables de aquel déspota sombrío y feroz, que envilecía á los hombres terrificándolos para siempre. Á fin de remediar su indigencia, no teniendo otra cosa en qué

su voluntad y buen placer, conculcando los principios del derecho natural y del derecho escrito, que no permiten dar á uno lo que es de otro, como ciertos gobernantes conculcan con idéntico resultado la Constitución y las leyes que con gritos hipócritas proclaman. Llévanse á efecto, sin embargo, ejecutivamente los bárbaros decretos del inexorable rey de copas; y cien fortunas desaparecen, y cien casas se hunden, y cien familias lloran su desgracia; y tal vez los jugadores que ya no pueden dar pan á sus hijos, ni vestido á sus esposas, se lanzan en la carrera del crimen, ó acallan sus remordimientos con el suicidio, ó se revisten de la máscara de patriotas y asaltan los destinos públicos para reparar sus descalabros.»

(1) «Para jugar á los naipes, á que son muy aficionados (los campestres del Río de la Plata), se sientan sobre los talones, pisando las riendas del caballo para que no se lo roben, y á veces con el cuchillo ó puñal clavado á su lado en tierra, prontos á matar al que se figuran que les hace trampas, sin que por esto dejen ellos de hacerlas siempre que puedan. Aprecian poco el dinero, y cuando lo han perdido todo, muchas veces poniéndolo á una sola carta, se juegan la ropa que llevan puesta, siendo frecuente quedarse en cueros, si el que ganó no le da algo de la suya, si es peor que la del que perdió. Las *pulperías* ó tabernas que hay por los campos son los parajes de reunión de esta gente.» (*Descripción é Historia del Paraguay y del Río de la Plata* por D. Félix de Azara.)

ocuparse, se dedicaron unos á hilar algodón para hacer lienzo, manufactura usual en los pueblos de indios que en ello se ocupaban de antiguo, y otros, no pocos, se entregaron al juego de naipes. Habiendo llegado á faltar los naipes y el papel con que hacerlos, echaron mano, para suplirlo, de los libros impresos. Una gran cantidad de obras de todo género de materias, inclusas las que se conservaban en las bibliotecas de los conventos, fueron convertidas en cartas de baraja por los *barajeros* (que así llamaban á los fabricantes de naipes) de la Asunción [1].

Propende el hombre á considerar en todo hecho, en todo lo que ocurre, aunque evidentemente no se deba sino al acaso, una razón que lo justifique: un factor consciente, una inteligencia, una voluntad superior que otorga ó niega los dones que de ella se esperan. El destino y la fortuna, la ciega y caprichosa fortuna, son divinidades gentílicas que el vulgo, siguiendo su lógica tradicional, baraja y empastela con los dogmas y preceptos del cristianismo. Por eso el jugador, cuando pierde, maldice de la divinidad: reniega de Dios, de la virgen y de los santos. El Rey D. Alfonso X de Castilla dedica la primera de las disposiciones del *Ordenamiento de las Tafurerías*, ó casas públicas de juego de suerte y azar, al castigo de los blasfemos. El que, dice, jugando á los dados, *descreyere,* pague *(peche)* por la primera vez seis maravedís de oro, por la segunda doce, y por la tercera *córtenle dos dedos de la lengua en travieso.* Si no tuviere con que pagar la multa *(thamia)*, por

(1) *Descripción Histórica de la Antigua Provincia del Paraguay* por D. Mariano Antonio Molas, publicada por el Dr. D. Ángel Justiniano Carranza. Buenos Aires, 1868.

la primera vez denle treinta azotes, por la segunda cincuenta, y por la tercera córtenle la lengua del modo que queda indicado. Siendo ricohombre ó hidalgo el que descreyere en el juego de dados, la tercera de las penas antedichas no se le aplicaba, quedando al arbitrio del rey su castigo. Todos los que concurrían á las *tafurerías* ó garitos, todos sin excepción, cristianos, judíos ó moros, por pobres, por *desnudos* que fuesen, eran hábiles para declarar contra el acusado; puesto que todos, los buenos y los malos, los *mejores* y los *peores*, todos eran iguales en cuanto *tafures*, y *porque se entiende que tafur debe provar sobre tafur.* Al tahur que testimoniare falso se le condenaba á permanecer en la picota, en medio de la plaza principal de la villa ó ciudad, desde la mañana hasta el mediodía, con *dos dedos de la lengua en travieso fuera de la boca* (1). Suaves por demás eran las penas en la décimatercia centuria.

Poco seguro de la protección de la divinidad por sus pecados, hase entregado buenamente el hombre, aun en los pueblos cristianos, á las solicitaciones de la magia. *Se armará,* si tiene feliz ocasión de obtenerla, de una *guayaca* que dicen en el Río de la Plata á una bolsita de cuero cerrada de un modo impenetrable á los ojos del curioso, la cual guarda y oculta un talismán constituído por una nómina, llamada *escrito* por el vulgo, y diversos objetos baladíes combinados de secreta manera ó *compuestos,* como alumbre, mercurio, agujas partidas, plumas de pájaro, etc. Dan el nombre de *compostura,* en la materia de que se trata, al

(1) *Ordenamiento de las Tafurerías* hecho por el maestre Roldán de orden del Rey Don Alonso X de Castilla.

arreglo y consagración de un talismán por medios cabalísticos que usa el vulgo y ha usado el mago indígena de América desde una época anterior á la conquista, á semejanza de lo que sobre el particular se ha practicado y se practica en el Oriente y en el Egipto [1]. Lo propio tratándose de la preparación de hechizos y de amuletos. La expresada voz *guayaca* es originaria del Perú, que significa bolsa ó costal [2]; y en la preocupación de que se trata, se da especialmente ese nombre al todo, al continente y al contenido, ó sea, al talismán. Quien lleva al pecho, pendiente del cuello, una *guayaca*, ése *va* ó *anda acompañado:* tiene un *compañero* que le favorece y patrocina en todas las ocasiones y peligros de la vida. Si va huyendo de un enemigo poderoso ó de la justicia, le librará de caer en sus manos: le hará, si es necesario, invisible á sus ojos. En negocios de juego y amor, no hay para qué decir que saldrá siempre victorioso. Pero no todos, sino muy pocos, muy privilegiados son los que poseen una *guayaca*. ¿Cómo remediar su falta? Muy sencillamente: con las plumas del caburé ó del urutaú. Al encanto que encierran, á la maravillosa virtud de que están animadas, se le da el nombre guaraní de *payé* ó el quichua castellanizado de *huacanque* ó *guacanque*. Aun en los países primitivamente poblados

(1) El talismán debe estar consagrado, que es comunicarle la necesaria eficacia mediante la palabra y la acción: ceremonia especial de la magia. Compónenle diversos metales, según los planetas á que responden. (Véase Papus, *Traité Élémentaire de Magie Pratique.)*

(2) «Y echó cantidad dello en un costalejo ó *guayaca*, que ellos dicen.» *(Relación del Cerro de Potosí y su descubrimiento* inserta en la obra titulada *Relaciones Geográficas de Indias* publicadas por el Ministerio de Fomento. Madrid, 1885.)

de generaciones guaraníes, como el Paraguay, Misiones y Corrientes, y en donde todavía habla el vulgo (mestizos y blancos) la lengua guaraní mezclada con la castellana, una y otra estropeadas lo que se puede suponer, acostumbran decir *huacanque,* sin excluir por eso la voz guaraní *payé,* á todo hechizo, brujería ó cosa de encantamiento. *Huacanqui* (forma primitiva del vocablo), haciendo el oficio de verbo, dice relación á los enamorados en cuanto lloran los tormentos que en sus pechos ocasiona la pasión que los mueve (1). Pero como nombre sustantivo significa *huacanqui* un género de *hechizos* y talismanes ó *nóminas del demonio* que usaban y daban á otros los hechiceros del Perú, á intento de aficionar y rendir mujeres y hombres á la voluntad de enamorados corazones. Consistían estos *huacanquis* en ciertas figuras hechas de *plumas de pájaros* ó de otras cosas varias (2). Tenían una *guaca* ó dios de los amores, á quien hacían sus consultas: formábanle de unas pedrezuelas, blanca una y negra la otra, en disposición semejante á la de dos personas que están abrazándose. Decían hallarlas cuando cae con gran estrépito un rayo, que era quien las traía á la tierra ó engendraba. Vendíanlas, dando al adquirente las instrucciones que debían observar para su uso. Este talismán, además del nombre de *huacanqui,* llevaba el de *cuyancarumi.* Poníanle en una cestilla de *plumas azules y verdes* del *tunqui* y del *pilco,* entre harina de maíz, hojas de coca y hierbas olorosas (3).

(1) El Inca Garcilaso de la Vega, *Comentarios Reales del Perú.*

(2) El P. Bernabé Cobo, *Historia del Nuevo Mundo.*

(3) *Memorias Antiguas Historiales y Políticas del Perú* por el Licenciado D. Fernando de Montesinos. «En estos *amuletos* (dice

Sacrificaban pájaros de la *puna* ó tierras altas y frías de las regiones vecinas á la cordillera de los Andes, profiriendo en el acto de la ceremonia deprecaciones encaminadas á atraerse los favores del cielo y á alejar el mal de sus hogares. «Piérdanse, decían, las fuerzas de las *guacas* de nuestros enemigos.»[1] El término *guacas* está aquí usado en el sentido de inteligencias ó deidades representadas por los ídolos, de toda potestad que, adorada por generaciones enemigas, era para los conjuradores maléfica.

Los indios del Perú adoraban al cóndor, por su grandeza, y de él y de las águilas presumían descender algunas generaciones. Adoraban á los halcones, por su ligereza y por su industria para la caza de que se sustentan. Adoraron al buho, cuyos ojos y cuya cabeza los tuvieron por muy hermosos. Adoraron al murciélago, por la sutileza de su vista en percibir de noche los objetos[2]. También á la gentilidad griega y romana le parecieron muy lindos los ojos del buho, ojos singularmente envidiados de las demás aves, que se le acercaban para arrebatárselos con el pico. El buho (á pesar de ser ave de mal agüero), del propio modo que el pavón y el ánsar, fueron consagrados á Juno, así como el águila á Júpiter. Asimismo, con no menor semejanza á las costumbres de latinos y griegos, los indios del Perú tenían sus aríolos ó agoreros (propiamente los

D. Marcos Jiménez de la Espada en una nota del pasaje á que se refiere la cita precedente) entraban, y aun entran hoy, principalmente, plumas de *quintis* (tominejos ó picaflores).»

(1) El P. José de Acosta, *Historia Natural y Moral de las Indias.*

(2) El Inca Garcilaso, *Coment. Real. del Perú.*

huatuc y los *umus,* y también los *amautas* ó sabios), que por la observación del vuelo de las aves y por la de las entrañas de los animales predecían los casos futuros y descubrían los presentes ignorados ú ocultos [1].

---

(1) *Relación* (anónima) *de las Costumbres Antiguas de los Naturales del Pirú,* en la obra *Tres Relaciones de Antigüedades Peruanas* publicadas por el Ministerio de Fomento (Madrid, 1879).

CAPÍTULO XIX.

Maravillosas virtudes del caburé.

Sumario. — Descríbese el caburé. — Ferocidad y fuerza del caburé. — El caburé *atrae* (terrifica y entumece) á los demás pájaros. — Condiciones de un caburé enjaulado. — Deducciones que saca el vulgo de las cualidades y hábitos del caburé. — El vulgo juzga atendiendo á la *analogía* de causas y efectos. — *Fuerza atractiva* del caburé. — Virtudes varias del caburé y sus plumas. — *Guacanques* ó talismanes indígenas. — *Auto-sugestión.* — El caburé y las jóvenes casaderas.

El *caburé* ó *caburey* es una pequeña ave de rapiña, de color castaño con algunas manchas blancas, especialmente en el pecho y dos oscuras en la parte superior del cuello. Tiene la cabeza grande á proporción del cuerpo (de unos diez centímetros), las patas fornidas, las uñas muy agudas. La pupila es negra, amarillo el iris, la mirada feroz cuanto serena. Habita en los bosques de las regiones septentrionales de la cuenca del Plata: Entre Ríos, Río Grande del Sur del Brasil, Corrientes, Paraguay, Misiones, Chaco. Su nombre guaraní, *caburé* ó *caburey,* hase castellanizado, y no se le conoce por otro.

Devora las demás aves que pilla, prefiriendo sin embargo, por más tiernas, las más pequeñas. Les come generalmente las entrañas y la cabeza; pero eso en estado de libertad, es

decir, cuando la abundancia de víctimas le permite hartarse con lo que más apetece de ellas. De lo contrario, todo lo aprovecha. Encerrado en una jaula, devora los pajarillos que se le ofrecen, no dejando más que las canillitas y algunas plumas á ellas pegadas. Parece gustar mucho del *chingolo,* pajarillo cauteloso. Los hombres del campo dicen, para reprender la excesiva prudencia ó meticulosidad de una persona: *por desconfiado, mata al chingolo el caburé.*

Cuando el caburé quiere saciar su voracidad, pósase en la rama de un árbol elevado, da un grito dominador y penetrante y mira rápidamente á su alrededor. Los pájaros que se hallan al alcance de su voz y todos aquellos á quienes dirige la mirada, se aterran y entumecen: no pueden huir, ni volar sueltamente. Antes al contrario, como atraídos de un imán, se encaminan hacia el caburé, saltando de rama en rama y pasando con torpe vuelo de uno á otro árbol, hasta que llegan y se posan en el mismo en que él los espera inmóvil. Por eso dice la gente del campo que el caburé *atrae* con su canto y con su vista á los demás pájaros de la selva ó monte en que ejerce sus tiranías. Allí donde se ve revolotear y piar en torno de un árbol multitud de pájaros (centenares á veces), no hay duda de que un caburé se apresta á sacrificar algunos vivientes. Tan luego como los tiene á todos reunidos, se abalanza con impetuosidad al que intenta devorar, y, matándole, le deja caer al suelo. Hace esto con dos ó tres pájaros de su predilección, y en seguida desciende á comer la cabeza y entrañas.

Los campesinos aseguran que el caburé mata aun á las aves mayores y de más fuerza, como el águila, metiéndose-

les debajo del ala y arrancándoles las entrañas. Pero tal idea no pasará de una ilusión ó de una sospecha; pues el caburé, que vive en regiones pobladas de aves de todas clases, no tiene para qué disputar al águila sus presas, ni el águila á él las suyas. Cada uno ha sus gustos y su teatro y modo de proceder para mantenerse y regalarse [1].

Dos pajarillos, por mansos que sean, al encontrarse de repente en una jaula, se asustan y tratan de huir ó se pelean. Con el caburé sucede lo contrario. El caburé permanece inmóvil é indiferente. El pajarillo se le acerca, se para á su lado, lo acaricia, lo expulga, se le sube sobre el lomo, lo besa, y hace en suma cuanto puede por merecer, digámoslo así, el perdón de la vida, como si abrigara la esperanza de moverle á compasión y misericordia. Entretanto el caburé permanece inmóvil é indiferente, como si nada observase.

El caburé, mientras le miran, parece no hacer caso del pajarillo que le acompaña. Mas como se halle sin un tes-

(1) «Nunca lo he visto al sur de los 29 grados. No es muy escaso, y habita los bosques grandes, posándose de la medianía para abajo de los árboles, prefiriendo ramas tronchadas ó de pocas hojas, sin ocultarse, ni huir aunque le pasen muy cerca. Es solitario, sin conocer diferencia sexual; y no hay aquí quien no diga y asegure que tiene la habilidad y atrevimiento de introducirse bajo del ala de todos los pájaros, sin exceptuar los yacús y caracarás, y de pegárseles y comerles el costado hasta matarlos. Muchos hombres de verdad aseguran esto, y haberle visto matar á dichos pájaros, y aun á los pavos caseros del referido modo. Sin embargo solté en mi cuarto un yacú vivo y una gallina; pero no los embistió un caburé que tenía suelto y había sido cogido adulto, era fiero, y tenía hambre. Pero quizás el verse encerrado le quitó el atrevimiento. Como quiera yo he mantenido algunos, y me parece que no hay pájaro más vigoroso á proporción del volumen, ni más feroz é indomesticable.» (Azara, *Pájaros del Paraguay y Río de la Plata.)*

tigo que pueda obstar á su acción carnicera, no tarda en apoderarse de su víctima y en arrancarle las entrañas. Sorprendido en el acto de la carnicería, si está posado en el palillo de la jaula, suelta con disimulo la presa. Si en lugar de estar posado en el palillo de la jaula, se halla en el suelo, entonces, en el acto de sorprenderlo cometiendo el delito, tiende rápidamente un ala y oculta tras ella el pajarillo ya muerto ó moribundo. Si está vivo aún, lo suelta también como en el caso anterior, para que vean que no le ha hecho mal. El caburé tiene, en suma, todas las trazas de un criminal taimado.

Los instintos feroces del caburé le acompañan hasta el último instante de su vida. Podrá estarse muriendo; pero siempre tendrá ánimo y fuerzas para cometer un asesinato. La presencia de una víctima lo enardece, le hace revivir. Un caburé enjaulado había muerto multitud de pajarillos. Privósele de esta satisfacción, por lástima de las víctimas. El caburé, aunque comía lo que le daban, empezó á entristecerse á los pocos días. En seguida viósele decaer prestamente y acoquinarse, encrespadas las plumas, en un rincón de la jaula. Se le sacó de la jaula y se le puso entre unas plantas, á ver si revivía. Nada pudo conseguirse, que estaba ya moribundo. Púsosele entonces de nuevo en la jaula; y volvió á encogerse en un rincón, cerrados los ojos. Tentando todos los medios, echóse un pajarillo dentro de la jaula. Sentirlo, incorporarse, abrir bien sus grandes ojos, abalanzarse á él y arrancarle las entrañas, fué todo uno. Pero no lo comió; pues no tenía fuerzas para más. Tornó al rincón de la jaula, muriendo tranquilamente en seguida con su víctima en las uñas.

La gente campesina, juzgando por *analogía,* como acos-

tumbra, para formular sus deducciones, atribuye al caburé y á sus plumas la facultad de *atraer* personas y cosas. La mirada, el grito, la fuerza, la ferocidad y el prestigio del caburé, que terrifica y entumece los miembros de todas las otras aves, que las *atrae,* como el imán al acero, son, para el hombre inculto, condiciones especiales de un ser raro, que sale del orden ordinario á que están sujetos los demás de su género.

El hombre ignaro no concibe los efectos fisiológicos del terror, que produciendo el entumecimiento de los miembros motores, de las piernas, brazos, patas y alas de los seres terrificados, les impide sustraerse á la voluntad ó instinto carnicero del agente que los avasalla. Cree que, en el caso de que se trata, la acción del caburé envuelve una fuerza atractiva irresistible. Sin conocer las teorías del magnetismo animal, que suponen en el agente ú *operador* una fuerza análoga á la del imán, que se desarrolla mediante la mirada y los pases, produciendo en el paciente el adormecimiento y paralización de las funciones vitales, el campesino rioplatense quiere ver en la acción del caburé á una especie de magnetizador que *atrae* y sujeta á su albedrío á todos los otros pájaros. Los fenómenos naturales y psíquicos son en todas partes idénticos. La atracción universal, la atracción del imán, la atracción que la voluntad, la mirada, la acción del hombre, el instinto, la ferocidad, las propiedades de ciertos animales ejercen en determinados seres vivientes y en las cosas, proceden, á los ojos del vulgo, como siempre acaece en las sociedades primitivas, de una causa sobrenatural é incomprensible. Por eso en todas las épocas y en todas las regiones del globo ha usado el hombre de iguales procedimientos en su modo de aplicar á la

vida humana las supuestas virtudes de las cosas en que observaba uno de esos fenómenos extraordinarios ó notables. La *analogía* es el procedimiento más simple, más adecuado á una comprensión infantil. Ese es el criterio por que se guía el hombre primitivo, el vulgo ignaro. La magia y la *ciencia oculta* del Oriente y del Egipto en él estriban, como que su origen no es el análisis ni la observación razonada, sino pura y simplemente la percepción material y un concepto intuitivo, verdadero ó falso, de las causas y fenómenos naturales. De ahí que se advierta en el modo que tienen los campesinos rioplatenses de considerar las cualidades é instintos del caburé y en la aplicación que hacen de ellos á los casos y accidentes de la vida, una completa semejanza con el modo que tienen de pensar y de conducirse, en iguales circunstancias, las generaciones selváticas, el vulgo inculto de todas las regiones del globo, y los magos ó hechiceros ó ministros de la divinidad (gentílica, se entiende), así del Asia y del África, como de la antigua Europa y del Nuevo Mundo.

El que tiene un caburé, ó solamente tres de las plumas del ala, puede darse por satisfecho: todo le saldrá bien. El caburé, ó sus plumas, *atraen* cuanto de bueno hay para el hombre. No tardará su venturoso posesor en sacarse la lotería, si acostumbra comprar números. El pulpero guardará en el más elevado de los estantes de su casa de negocio un lío que contenga las susodichas plumas de caburé. Así como el caburé *atrae* y reune en torno de sí á todos ó á la mayor parte de los pájaros de la comarca en que anida, de la propia manera el comerciante de la campaña logrará ver frecuentada su bien abastecida pulpería de muchedumbre de vecinos y transeuntes que dejarán su *plata*

sobre el mostrador á cambio de un vaso de caña, de yerba, de azúcar, de tabaco, de un rebenque ó un cojinillo, de un *facón*, de unas botas ó de un cinto, pagados á peso de oro.

Las *chinas* (indias ó mestizas), generalmente amancebadas, no quieren saber de caburés, cuando se hallan en cinta, próximas á dar á luz el fruto de su amor. Están persuadidas de que, en teniendo dentro de su casa un caburé ó sus plumas, cuando paren, se les llena la casa de *gauchos*, ó sea de hombres del campo más ó menos vagabundos ú ociosos. El caburé ó sus plumas *atraen* á los curiosos, que naturalmente molestan á la paciente, quien, por muy sufrida que sea (como lo son las chinas en casos tales), preferirá estar sola ó acompañada de su comadre ó de algunas amigas. Malicioso por demás se muestra el caburé con las chinas parturientes.

Las venturosas plumas del caburé, llevadas en el bolsillo del chaleco ó en el seno, pendientes del cuello en una *guayaca,* con ó sin *compostura,* pues ellas por sí solas tienen virtud suficiente para el efecto, aseguran el triunfo en los lances de amor más difíciles ó imposibles. El afortunado que las lleve consigo, por lo que al amor atañe, espere ser correspondido de la mujer que le apasiona: no desdeñará sus palabras de afecto la más esquiva de las hermosas. Ya se ha visto(1) que, al propio intento, los hechiceros peruanos proporcionaban á los amantes unos talismanes de cuyo secreto maravilloso solamente ellos eran poseedores. Llamábanles *huacanqui,* voz quichua que, castellanizada, convirtióse en *huacanque* y *guacanque.* La *guayaca,* que

(1) Cap. XVIII, pág. 276.

en general significa bolsa [1] y en el caso especial de que se trata equivale, por sinécdoque, á talismán, guardaba de un modo inviolable el *huacanque*, que se componía, entre otras chucherías, de plumas de pájaros [2], á la vez que de nóminas y de signos y figuras, ideado todo por la malicia é industria del nigromante. ¿Cómo, habiendo extendido los Incas su dominación, su lengua, sus creencias y sus costumbres al lado oriental de los Andes, en las vastas regiones del Chaco donde mora el caburé, no habían de entrar en los *huacanquis* de sus magos las preciadas plumas de este pájaro maravilloso? Cierto que las plumas del caburé son mágicas de suyo, que no han menester de *huacanque* extraño para obrar sus maravillas; pero también es notorio que añadida la consagración y *compostura* será mucho mayor ó más cierta su eficacia. Las solas plumas del caburé (y lo propio cabe decir de las del urutaú) en muchos casos fallarán, por la poca ó ninguna fe de su poseedor. Pues esa fe que le falta al dueño de las plumas, la suplirá la *guayaca* guardadora del *huacanque* ó *payé* infundido en ellas por medio de la *compostura*, si, ya que no cree lo suficiente en la magia de las plumas, cree, cuando menos, en la que encierra la *compostura*. Porque no hay que perder de vista en todas estas cosas de brujería y nigromancia que la fe desempeña en ellas un papel de superior importancia. Es, en

(1) *Guayaca* significa también especialmente en el Río de la Plata la bolsita de cuero en que el hombre del campo guarda su tabaco y avíos de fumar, su dinero, etc. Tiene asimismo esta voz otras acepciones comprendidas en el sentido general de bolsa.

(2) «Eran estos *huacanquis* ciertas figuras obradas de plumas de pájaros ó de otras cosas diferentes.» (El P. Bernabé Cobo, *Historia del Nuevo Mundo.*)

ellas, la fe su principal y casi único factor. Efectivamente el que lleva consigo las plumas de caburé, con la fe necesaria, va bien *acompañado.* Lleva consigo una *compostura* que en la generalidad de los casos le dará la victoria.

Emprenderá su campaña con la seguridad del resultado, por la fe que tiene en el *huacanque* ó *payé* que le acompaña. Un fenómeno de *auto-sugestión* le infundirá confianza en el éxito, haciéndole más resuelto, más audaz, y como en general se trata, por supuesto, de esos amores en que se cuenta para el triunfo con la flaqueza del sexo en personas que navegan sin norte seguro en el mar de la vida, es cosa indubitable que conseguirá más fácilmente lo que ambiciona que aquel que, en igualdad de circunstancias personales, formule tímidamente su pretensión, ó ante obstáculos serios, al parecer, pero en realidad sólo aparentes, retroceda y abandone la empresa. Tal es la *fuerza atractiva* de las plumas del caburé. Dicho se está que no siempre en tan condenables aspiraciones se aplica la virtud de atracción que tienen las codiciadas plumas. Úsalas asimismo el que está verdaderamente enamorado de la belleza y prendas personales de la mujer á cuya mano aspira; pero que teme no ser correspondido, ó sabe ó presume que otro le disputará, tal vez con mejor fortuna, la preferencia.

El caburé busca las selvas. Huye de los centros de población. Hay que peregrinar para dar con él, y no pocos esfuerzos y constancia ha menester quien intenta cautivarle. Por eso rara vez se le ve en manos del hombre, y quien logra tres de las plumas del ala, guárdalas como oro en paño. ¡Lástima grande! Si tuviéramos el caburé más á mano, no habría bicho viviente que, quieras no quieras, rehusase entregar bonitamente el cuello al yugo del ma-

trimonio. Las jóvenes solteras no temieran quedarlo para siempre, no les alarmara la tristísima perspectiva de contemplarse condenadas á la monótona tarea de *vestir santos.* Con las plumas de un caburé, escondidas en el palpitante seno, tendrían un novio á pedir de boca. Hasta llegaríamos á borrar del diccionario de la lengua castellana el término, ya entonces sin aplicación posible, de *solterona.* ¿Quién, teniendo en su mano el medio fácil de evitarlo, había de querer serlo á la postre, por mucho que en la edad de las candorosas ilusiones hubiese querido aparecer desdeñosa? ¿Quién, siquiera alguna vez en su vida, no ha sentido flamear en su pecho el fuego de la pasión que arrastra y encadena? ¿Quién, por más que fuere, como de la hermosura sin sentimiento dijo el poeta [1],

Estatua muda que la vista admira
Y que insensible el corazón no adora?

El fuego suave y puro del sentimiento, la magia de los afectos en un alma delicada, son el *huacanque* maravilloso que, esmaltando la belleza, cautiva, *atrae* con fuerza casi irresistible las voluntades.

---

(1) D. Manuel José Quintana en su oda *Á la hermosura:*

¿Tanto vale el sentir? ¿Á tanto alcanza
Su divino poder?.... Ojos hermosos,
Sabed que nunca parecéis más bellos,
Sabed que nunca sois más poderosos,
Que cuando en vos se mira
El vivo afán que el sentimiento inspira.
Sin él, ¿qué es la beldad? Flor inodora,
Estatua muda que la vista admira
Y que insensible el corazón no adora.

CAPÍTULO XX.

Origen mítico y excelencias del urutaú.

Sumario. — Ñeambiú y Cuimbaé se aman. — Los padres de Ñeambiú opónense á su casamiento. — Desaparece Ñeambiú. — Pierde la sensibilidad y el habla. — Hallada en los montes del Iguazú, esfuérzanse en vano por restituirla al seno de su familia. — Consúltase al adivino Aguará-Payé. — Condiciones de Aguará-Payé. — El adivino Aguará-Payé, para evocar á su divinidad inspiradora, bebe la infusión de la yerba y chicha de mandioca. — Desbarros de la crónica á su respecto. — Ñeambiú conviértese en urutaú. — Sobre el origen mítico del urutaú. — Sus diversos nombres. — Sus caracteres. — Sus condiciones. — Preocupaciones del vulgo á su respecto. — Sus excelencias preternaturales. — Imposibilidad de aprisionarle. — El cuento de la paraguaya.

Las aguas del Uruguay, ondeadas por el aire que embalsamado retoza en las regiones que se avecinan á la hoguera de los trópicos, mecieron la cuna de Ñeambiú, tierna joven guaraní, hija única de poderoso cacique, que, después de haber castigado á los tupíes, pasó á establecerse con su parcialidad, atravesando inmensos bosques, no lejos del Iguazú.

Amargaba las aguas del Iguazú con ardientes lágrimas Cuimbaé, gallardo mocetón generoso, que, prisionero del cacique y enamorado de Ñeambiú, plañía secretamente su desventura: que también el indio siente con intensidad,

también el indio llora. El cacique y la cacica decididamente se oponían á la unión matrimonial de dos seres que recíprocamente se idolatraban, de dos seres ya naturalmente fundidos en una sola alma por el amor.

El cacique y la cacica no querían ni siquiera pensar en que Ñeambiú, la hija en quien adoraban, pudiese jamás separarse de ellos sino con la muerte: arrancarla de su lado era arrancarles el corazón. Ñeambiú lloraba á solas: no quería mortificar á sus padres. Ñeambiú callaba y obedecía. Una vez, sin embargo, les dijo:

— ¿Conque no me dejáis casar con Cuimbaé?

— Hija del alma, le respondieron sus padres, tú no debes casarte aún, y mucho menos con un hombre que pertenece á la raza de los tupíes, que ayer no más fueron nuestros crueles enemigos y sin duda mañana volverán á serlo de nuevo.

— ¡Crueles....! repuso Ñeambiú. Soislo vosotros con esa que decís hija del alma. ¡Ah! yo soy hija de la desgracia!

Decir que Ñeambiú era por todo extremo gallarda y hermosa, y que á las prendas de la hermosura y gallardía juntaba las mucho más estimables de la belleza del alma, de una sensibilidad tan delicada, que se traslucía en todos los movimientos de la expresión de su faz encantadora y de sus ojos hechiceros, está de más. Está de más decirlo; porque en hecho de verdad, por poco que á uno se le alcance en materias de amor, el menos experimentado alcanza que, si la tierna Ñeambiú no hubiese sido bella y sensible, no hubiera podido ser tan desgraciada. *¡Ay infeliz de la que nace hermosa!* ha dicho el cantor de la belleza[1].

(1) D. Manuel José Quintana, *El panteón del Escorial.*

Un día, cuando menos lo pensaban, desapareció Ñeambiú de la casa de sus padres. Los alarmados caciques acudieron prestamente á la morada de Cuimbaé, sospechando que, de concierto con él, hubiera tomado Ñeambiú la extrema determinación de escaparse. Cuimbaé, sorprendido con la noticia, manifestó sinceramente la extrañeza que le causaba, juzgando hasta imposible que una joven tan discreta y amorosa como era Ñeambiú hubiese salido fugada de la casa paterna. Pero dijo:

— Yo soñé que una mujer muy fiera que representaba la desgracia, se había llevado á Ñeambiú á los montes del Iguazú, donde mora entre los cuadrúpedos y las aves, que ni la ofenden ni huyen de su presencia.

— ¡Al Iguazú! al Iguazú! clamó con delirio el infortunado cacique, al Iguazú! á buscar á mi hija, que se la ha llevado *caaporá*[1]*!*

— *¡Caaporá! caaporá!* repitieron á una los vasallos del dolorido cacique, se ha llevado á Ñeambiú! ¡Á buscar á Ñeambiú, que se la ha llevado *caaporá!* á buscar á Ñeambiú!

El clamoreo de los *ipecúes (carpinteros* en castellano), pájaros que alborotan mucho cuando ven gente, excitó la curiosidad de la fugitiva, que, saliendo de entre espeso monte, hallóse al punto rodeada de los solícitos vasallos del desventurado cacique, quienes cariñosos trataron por

(1) Ente fantástico que, en monstruosa figura humana (ora de hombre, ora de mujer), habita en los montes, el cual hace desgraciados para toda su vida á los que tienen la desdicha de mirarle. También *caipora (Diccionario de Vocabulos Brazileiros* por el Teniente General Vizconde de Beaurepaire-Rohán); pero *caá-pora* es más propio. *Caá,* monte: morador del monte.

todos los medios de persuadirla á que regresase al seno de su familia. Mas el exceso del dolor sin esperanza y sin consuelo ahogara en el pecho de Ñeambiú el fuego de los afectos, y ya no respondía á las excitaciones de la amistad, ni su lengua articulaba una palabra. Ñeambiú había perdido enteramente la sensibilidad, y junto con la pérdida de la sensibilidad perdiera el habla. Insensible y muda, volvió las espaldas é internóse de nuevo en el monte.

Las compañeras de Ñeambiú, aunque la conocieron hermosa entre las hermosas, no por eso la odiaron. Por el contrario, queríanla mucho: ella se hacía querer á fuerza de bondad y de indulgencia. Fué cacica, como hija de cacique, entre las jóvenes indias; mas, por lo buena y amable, gobernaba los corazones con mayor poderío que su padre á los sumisos vasallos, con ser tan obedecido por su autoridad omnímoda, por su fuerza material. ¡Cuánto más puede la fuerza de los afectos!

Las amigas, pues, de Ñeambiú, viendo frustrada la empresa de los emisarios que tornaron lamentando su mala suerte, determinaron unánimes ir en pos de la fugitiva: las solicitaciones de la amistad cariñosa y desinteresada debieran ser más eficaces que las mejores razones de quien cumple, al darlas, un mandato. Pero, ¿y si topaban con *caaporá*, el horrible demonio de los bosques, que hacía desgraciados para toda su vida á los que por acaso le miraban?

—No importa, se dijeron. Mayor sería nuestro castigo por mano del mismo *añanga* (el diablo), si, por temor de encontrarnos con *caaporá,* dejáramos de socorrer á una desgraciada. *Añanga,* que todo lo sabe y en todo se mete, no quiere más que un pretexto para hacer daño, y á las veces, considerados los efectos de sus acciones, parece como

que cumpliera un ministerio divino. ¡Corramos á buscar á Ñeambiú!

Las antiguas compañeras de la fugitiva volvieron desconsoladas. Sus persuasiones habían sido tan inútiles como las súplicas de los vasallos que las habían precedido en el propio intento. Ñeambiú permanecía ante ellas como una estatua de mármol: ni respondía palabra, ni daba señales de sentimiento. La desdicha de Ñeambiú parecía irremediable.

Consultóse entonces, como se hacía siempre en casos tales, al adivino de la parcialidad. Era Aguará-Payé indio espantable, por lo feo, y, tanto como feo, sagaz. Bien lo publicaba su nombre: *Aguará,* que quiere decir *zorro.* Por lo sagaz y por lo feo, lo proclamaron adivino. Iba cerrando la noche, hora la más á propósito para consultar á los oráculos. Aguará-Payé tomó dos enormes *mates* ó calabacinos, llenos el uno de infusión de *caá* (yerba del Paraguay) y el otro de chicha ó vino de mandioca. Primeramente bebióse el mate de *caá,* y luego, murmurando algo entre dientes y con poco sacrificio de sus aficiones, el de la chicha. Así que hubo bebido la chicha (1), empezó á tambalear, y, haciendo unos visajes horribles, cayó como muerto. Reza la crónica que le dieron el vino en una bota, y que él, «empinándola, puesta á la boca, estuvo mirando las estrellas un cuarto de hora,» y que, «en acabando de beber, dejó caer la cabeza á un lado, y dando un gran suspiro, dijo: *¡Oh hideputa bellaco, y cómo es católico!*» Pero el cronista debió de ser manchego y algo topo; pues no vió que los indios no usaron para guardar y beber el vino las botas que usan en España, sino *mates* ó calabacinos,

(1) La chicha ó vino de mandioca emborracha fácilmente.

ni consideró que, refiriéndose el suceso á una época anterior á la conquista de América y tratándose de indios silvestres, no pudo Aguará-Payé haber calificado de *católico* lo que bebía, por mucho que le gustase (1).

Vuelto en sí Aguará-Payé, dijo:

— Ñeambiú ha perdido para siempre la sensibilidad y el habla. Abandonad la empresa.

— ¡No! no! contestaron los padres de Ñeambiú; abandonar la empresa, no: antes morir, que abandonarla! ¡Al Iguazú!

— ¡Antes morir, que abandonarla! repitieron sus vasallos. ¡Al Iguazú! al Iguazú!

Fueron al Iguazú.

Comprendieron todos que Ñeambiú necesitaba una profunda revulsión moral que hiciese revivir en su alma el fuego de la sensibilidad, que estaba como extinguido, manteniéndola en un estado de completa indiferencia á todo. Simulando la muerte de algunas personas de su amistad, se las nombraron una por una. El anuncio de la muerte de sus mejores amigas, el anuncio de la muerte de sus mismos padres, no fueron parte á conmoverla un punto. Yerta, im-

(1) Confundió sin duda el cronista con el caso del adivino las reminiscencias que tenía de sus lecturas del *Quijote* de Miguel de Cervantes, cuyos son los pasajes puestos entre comillas en el texto. En cuanto al calificativo de *hideputa*, es obvio que suena como alabanza, al modo que lo hace el vulgo del Río de la Plata y Paraguay, en cuya boca es tan frecuente aquella expresión en casos análogos. Después de haber Sancho Panza empinádose la bota y prorrumpido en la referida alabanza, díjole el Caballero del Bosque: — «Veis ahí cómo habéis alabado este vino, llamándole *hideputa?*» — «Digo, respondió Sancho, que confieso que conozco que no es deshonra llamar *hijo de puta* á nadie, cuando cae debajo del entendimiento de alabarle.»

pasible, muda, permanecía Ñeambiú. Mudo permanecía asimismo Aguará-Payé, que contemplaba la triste escena.

— Haz que sienta, le dijeron.

Obedeciendo Aguará-Payé, adelántase pausadamente y dice á Ñeambiú:

— Cuimbaé ha muerto....

Una chispa eléctrica no obra con mayor rapidez y eficacia en un cuerpo inflamable, que las palabras del adivino en el alma de Ñeambiú. Ñeambiú, exhalando repetidos ayes desgarradores, desaparece instantáneamente á los asombrados ojos de los que la rodeaban, quienes, penetrados de dolor, quedan convertidos en sauces. Ñeambiú, convertida á la vez en el ave que llaman *urutaú,* elige la más vieja y deshojada de las ramas de aquellos sauces para llorar eternamente su desventura.

Tal es el origen mítico del *urutaú,* pájaro muy celebrado en el Paraguay y Río de la Plata, así como en el Brasil, por las maravillas que el vulgo le atribuye, á causa del extraño modo de gritar que le singulariza, semejante al clamoroso lamento de una mujer, que termina con amortiguados ayes [1]. Couto de Magalhães, escritor muy versado en las lenguas indígenas del Brasil y en su historia y costumbres, dice categóricamente: « No conozco las tradiciones relativas al *urutaú* ó *urutaúi,* y por eso me limito á consignar aquí su nombre, que significa *ave-fantasma.* » [2]

(1) « El *urutaú* es de los pájaros más famosos, por las patrañas sin número que de él refieren.» (Azara, *Pájaros del Paraguay y Río de la Plata.)*

(2) *O Selvagem (Origens, Costumes, Religião Selvagem).* Río de Janeiro, 1876.

En una interesante colección de artículos descriptivos de costum-

La voz guaraní *urutaú* suele castellanizarse transformada en *urutao.* Al oeste del Paraguay, en el Chaco Argentino, hállase también el *urutaú;* pero los moradores de las provincias vecinas le dan el nombre de *cacuí.* Paraguayos, misioneros, correntinos, entrerrianos, orientales ó uruguayos y brasileños, danle invariablemente el nombre guaraní de *urutaú* más ó menos modificado.

bres rioplatenses, que con el título de *Recuerdos de la Tierra* acaba de publicar D. Martiniano Leguizamón (Buenos Aires, 1896), se hace mención del *kakuy,* atribuyendo, según tradición, á su modo de gritar, un sonido semejante á *turay,* voz quichua equivalente á *mi hermano.* El autor da noticia de la siguiente leyenda, tan diferente de la que referimos en el texto. Entre unas quebradas de Tucumán vivían dos hermanos, varón y mujer. El uno acostumbraba ir á buscar miel de alpamisqui y algarroba á los bosques, mientras la otra se ocupaba en los quehaceres domésticos. Un día que el primero volvió á su casa sin miel, por no haberla encontrado, su hermana le ocultó la comida, haciéndole pasar hambre. Entonces él, por vengarse, dijo á su hermana que en un árbol, un mistol, había un gran nido de alpamisqui; pero que, siendo delgadas las ramas, no había podido subir hasta el lugar donde se hallaba: que ella, como más liviana, sin duda podía bajarlo. Fueron al bosque, subió la india al mistol y tras ella su hermano. Cuando llegaron á las más altas ramas, descendió el indio, desgajando las que quedaban en pos de sí. La triste india, sin ramas por donde pudiera bajar al suelo, quedó en el árbol, llamando con acento dolorido á su hermano: *¡turay! turay!* Tal es la leyenda del *kakuy,* según los datos recogidos del lado de los Andes por el Sr. Leguizamón. Ignoramos si el canto del *cacuí* del oeste del Paraná difiere en algo de el del *urutaú* de las vertientes orientales de este río. Pero en eso de interpretación de cantos de pájaros y gritos de otros animales, hay que tener presente que cada uno y cada pueblo los entiende á su manera. Recuérdese, sino, lo que dejamos consignado (Cap. XVIII, pág. 255) con respecto al pájaro cuyo canto, á los oídos de la gente de habla española, sonó y suena *benteveo,* y á juicio de los guaraníes quiere decir *pitaguá:* ¡qué cosas más distintas! En cuanto á la leyenda tucumana, nada de extraño tiene que difiera de la guaraní, como cosa dependiente de la imaginación de pueblos tan distantes entre sí, distancia mucho mayor en el estado salvaje de las sociedades humanas.

Tiene el *urutaú* un pie, ó poco más, de longitud, desde la punta del pico á la de la cola. Su color es pardo acanelado, con mezcla de negro y oscuro, la cabeza chata, el cuello grueso y corto, la boca enorme, grandísimos los ojos. Es pájaro nocturno, y pertenece, según Azara, á la clase de los *ibiyaúes*(1). Hace el nido en los huecos de los árboles, y su canto (á manera de alaridos que hacen estremecer y que exhala de tiempo en tiempo) es tan vigoroso, que se siente claro á más de media legua de distancia. Habita los montes del Paraguay, Corrientes, Misiones, Chaco, el norte del Uruguay y Entrerríos y todo ó casi todo el Brasil(2).

(1) «La mucha luz les ofusca, y de día se levantan de muy cerca para volar poco trecho baja y horizontalmente, y dejarse caer de repente como cuerpos perdidos plegando las alas, donde no es fácil verlos; porque sus colores difieren poco de la tierra ó pasto donde caen, y se mantienen como pegados sin enderezar el tarso. Sólo buscan el alimento con el crepúsculo y la luna, volando con mucha facilidad y poca elevación para pillar los insectos, variando con frecuencia de dirección.» *(Pájaros del Paraguay y Río de la Plata.)*

(2) «Aunque es bastante escaso, habita en el Paraguay, y aun lo he visto en los 33 grados. No vive sino en los bosques muy elevados, posándose siempre en árbol grande muy seco, donde con el cuerpo vertical se pega como los carpinteros al extremo de alguna rama tronchada, apoyándose con la cola, de modo que sobresale la mitad del cuerpo al tronco ó rama; por cuyo motivo, por su color de corteza, y porque pasa allí en absoluta quietud todo el día, es muy dificultoso verle. Pero cuando se consigue, le suelen pasar por el cuello un lacito acomodado en la punta de una caña. Jamás baja al suelo; y si se le pone en él, ensancha las alas, y apoyando los remos y coxis en tierra, se mantiene derecho con el cuerpo vertical sin echarse sobre el tarso como los demás, ni hacer uso de los pies. Sólo existe por acá desde octubre á febrero inclusive; en cuya temporada se oye su voz, que es un alarido alto, espacioso y muy melancólico, y lo repite con pausas toda la noche, haciendo creer á los bobos que llora la ausencia del sol, porque comienza cuando éste se pone y acaba cuando sale.» (Azara, *Pájaros del Paraguay y Río de la Plata.)*

Á lo extraño del modo de gritar del urutaú se une la circunstancia de encontrársele rarísima vez, y la generalidad de los hombres del campo, con ser tan escrutadores, no le conocen, ni tienen la menor idea de su forma. Su absoluta inmovilidad durante el día y su color parecido al de la corteza de los árboles, así como su escasez y el hallarse siempre metido en los montes, dificultan que se le vea. Así es que muchos le tienen, no por un pájaro real y verdadero, sino por un ente fantástico. No se empeñan en buscarle, porque suponen que es tarea inútil, que nadie le podrá encontrar, que no se deja ver de ojos humanos.

Otros creen en la existencia del urutaú; pero le consideran un pájaro misterioso, dotado de multitud de excelencias preternaturales, entre ellas, la de preservar de las seducciones la pureza de las doncellas. Esta virtud singular debe de estar enlazada al origen mítico del pájaro, á la historia de Ñeambiú. La piel y las plumas del urutaú, del propio modo que las del caburé, sirven para muchas cosas: ¡feliz quien las posee! Azara refiere algunas de las singularidades que hacían al urutaú tan famoso en su tiempo, como lo ha continuado siendo hasta el día de hoy. Helas aquí. Quebrándole los huesos de las alas y de las piernas, por la noche, amanece sano al día siguiente. Al que remeda su canto, se le quema la ropa antes de tres días. El que lleva alguna de sus plumas, atrae la voluntad de las personas de sexo diferente. Consíguese infaliblemente cualquiera pretensión que haya sido escrita con una pluma de urutaú. Obtiénese el propio resultado, aunque la carta se escriba con la pluma de otra ave, como tenga dentro del cañón algunas bar-

bas del urutaú. Sus plumas y cenizas curan no pocas dolencias (1).

Mas ¿quién será tan afortunado, que consiga un urutaú? ¿Cómo ha de hacer para dar con él, si es casi imposible, si no imposible del todo hallarle? Y en caso de que tuviere la suerte de dar con el paradero de uno y verle con sus ojos, ¿lograría cazarle? Una paraguaya que vivía en un ranchito, no lejos de un arroyo, acostumbraba ir á lavar á sus orillas. En uno de los árboles del monte que daban sombra á la costa del arroyo donde lavaba, vió algo la paraguaya que le llamó la atención. Se acercó más, se fijó bien, y no puso en duda que lo que veía era un urutaú, que medio oculto en la rama de un árbol parecía como dormido, si bien abría de vez en cuando sus grandes ojos. Acompañaba á la paraguaya un hijo de corta edad, á quien le dice:

—¿Ves aquel animalito? Es el urutaú. Trae mañana una *cimbra* (2), á ver si lo cazas. Allí mismo lo hemos de volver á encontrar mañana.

—¿El urutaú? dijo alborozado el muchacho.

(1) Azara *(Pájaros del Paraguay y Río de la Plata).* «De todas las referidas maravillas, y otras, se encuentran testigos que las creen como Evangelios.» *(El mismo.)*

(2) Vara larga, con un lazo corredizo en la punta, para cazar ciertos pájaros, como perdices, loros, etc. De la caza de loros por medio de cimbras, dice Azara: «Los bárbaros, y aun los indios de las reducciones de San Joaquín y San Estanislao, los pillan de un modo que acaso será increíble. Clavan una ó dos estacas junto al árbol de la fruta que les gusta, y poniendo un palo atravesado ó dos desde dichas estacas al árbol, forman allí una especie de jaula muy clara con ramas de palma, capaz de contener al cazador. Éste ata al árbol un individuo doméstico para que llame á los silvestres, que acuden infaliblemente y se posan en el árbol, donde sin perder tiempo *les pasa el cazador por el cuello un lazo corredizo, puesto en la punta de una vara,* que maneja desde la jaula, y si tiene cuatro ó seis, coge

— Sí, repuso la madre, no te olvides mañana de la cimbra.

— ¿Trajiste la cimbra? preguntó al día siguiente la paraguaya á su hijo.

— ¡Ay! que me olvidé, respondió el paraguayito.

— Pues que no te se olvide mañana, repuso la madre.

— ¿Y la cimbra? dijo al otro día la paraguaya. ¿Cómo te fuiste á olvidar otra vez de traerla? Es verdad que yo misma, que no he estado pensando en otra cosa, también padecí el mismo olvido. Pero ¿y no la tenías pronta?

— Sí, la arreglé, la puse arrimada al galpón para tomarla cuando viniésemos, y no sé cómo me olvidé de traerla.

Veintiún días consecutivos salieron madre é hijo de la orilla del arroyo con la idea de llevar una cimbra para cazar el urutaú, y veintiuna veces una y otro se olvidaron de llevar la cimbra á la orilla del arroyo para cazar el urutaú. En tanto el urutaú yacía tranquilamente en la misma rama del árbol en que le había visto la vez primera la paraguaya. Al cabo cayó ésta en la cuenta de que era vano su intento. El pájaro maravilloso tenía *payé,* es decir, había en él cosa de brujería, y en consecuencia serían inútiles y resultarían siempre frustráneos cuantos esfuerzos hiciese para cazarlo, como recordaba haber oído decir repetidas veces.

---

otros tantos loros; porque no tiran de ellas hasta que cada una ha asegurado un individuo, ni éstos se escapan hasta que la golilla les ajusta. También los cazan á flechazos; y si los quieren vivos, ponen una rodaja ú otra cosa en la punta de la flecha, para que el golpe los aturda sin matarlos.» *(Pájaros del Paraguay y Río de la Plata.)*

CAPÍTULO XXI.

Simpatía, palabras, etc. (elementos de la magia vulgar).

SUMARIO. — Simpatía y palabras. — Su importancia á juicio del campesino rioplatense. — La ciencia y la magia. — Las doctrinas de la magia en España. — Su propagación en el siglo décimotercio y subsiguientes: judíos, árabes, gitanos. — Imposible unión de la *ciencia* intuitiva del Oriente á la analítica del Occidente del mundo antiguo. — Introducción de la *ciencia oculta* del Oriente en el Nuevo Mundo. — Determínase la naturaleza de la *ciencia oculta*. — Doctrina de los alquimistas. — Doctrina esotérica de la India y el Egipto: el universo, el hombre. — La *analogía* y el *ternario*. — Supuesta virtualidad del número. — El *septenario*. — Amor y odio de las cosas. — Simpatía y antipatía. — *Imaginación de la tierra.* — Cómo se ha explicado la supuesta simpatía y antipatía de los objetos de la naturaleza. — Idea á su respecto. — Utilidad de su estudio. — La oración en la magia. — Palabras ó fórmulas entre los gentiles y entre los cristianos. — Concepto que los antiguos formaron de ellas. — Acción simbólica de las manos entre gentiles y cristianos. — Transformaciones del diablo para hacer daño al hombre. — Exorcistas. — Conjuros.

Simpatía y *palabras* son cosas grandemente familiares al campesino rioplatense, como lo fueron en España [1]. Con *simpatías* y *palabras* ha obtenido muchos bienes, ha alejado muchos daños, se ha precavido contra muchos peli-

(1) « Efectos vemos en la naturaleza de quien ignoramos las causas: adormécense ó entorpécense á unos los dientes, de ver cortar con

gros, ha curado muchas enfermedades en hombres y en animales. *¡Simpatía!* .... *Palabras!* .... ¡Misterio impenetrable! Lo que no alcanzan las ciencias médicas, los cálculos mejor concertados, las más sabias providencias, las precauciones más prudentes, la fuerza más poderosa, la autoridad más ciegamente obedecida, fácil y prestamente lo consiguen la *simpatía* y las *palabras*. Son una mano invisible y omnipotente que, movida por la voluntad del ser privilegiado que la conoce y sabe gobernar, hace y deshace, ata y desata, cura y enferma, armoniza ó trastorna los elementos; pues así sirve para el bien como para el mal. *¡Simpatía!* .... *Palabras!* .... ¡Líbrenos Dios del perverso que con *simpatía* ó con *palabras* quiera y pueda hacernos mal!

Las ciencias físicas, dice un escritor de nota, en su origen no fueron más que un conjunto de supersticiones y de procedimientos empíricos que constituían lo que llamamos la *magia*. Tan persuadido ha estado el hombre de su dis-

un cuchillo un paño; tiembla tal vez un hombre de un ratón, y yo he visto temblar de ver cortar un rábano, y á otro le he visto levantarse de una mesa de respeto, por ver poner unas aceitunas. Si se pregunta la causa, no hay saber decirla, y los que más piensan que aciertan á decirla, es decir que las estrellas tienen cierta *antipatía* con la complexión de aquel hombre, que le inclina ó mueve á hacer aquellas acciones, temores y espantos, viendo las cosas sobredichas y otras semejantes que á cada paso vemos.» (Miguel de Cervantes, *Trabajos de Pérsiles y Sigismunda.*) La noción de *antipatía*, en boca del campesino rioplatense, va envuelta siempre en su correlativa de *simpatía*, que es el término consagrado. *Una simpatía*, dicé, refiriéndose á tal ó cual hecho imposible ó inexplicable.

«Si vuestra merced hubiere menester algún pegadillo para la madre, téngolos milagrosos, y si para el mal de muelas, *sé unas palabras que quitan el dolor como con la mano.*» (*El Viejo Celoso,* por Miguel de Cervantes.)

posición para dominar las fuerzas de la naturaleza, que, desde el punto y hora en que se puso en contacto con ellas trató de sujetarlas á su voluntad. Pero en vez de estudiar los fenómenos para descubrir las leyes y aplicarlas á sus necesidades, antojósele que á favor de determinadas fórmulas y ceremonias estaría en su mano el reducir los agentes físicos al cumplimiento de sus designios. Tal es el carácter fundamental de la magia. Su objeto era encadenar á la voluntad del hombre las fuerzas de la naturaleza, poniendo en sus manos lo que es obra de Dios: pretensión que respondía al concepto que la antigüedad se formara de los fenómenos del universo. No fueron éstos para ella el resultado de leyes inmutables y necesarias constantemente activas; sino un mero efecto del voluble arbitrio de los espíritus ó divinidades, cuya acción sustituía á la de los agentes naturales. El medio, pues, de someter la naturaleza al hombre, no podía ser dudoso: arrastrar aquellas divinidades ó espíritus al cumplimiento de sus deseos. Lo que la religión entendía obtener por medio de la oración, de rezos, intentó la magia conseguirlo con encantos, fórmulas y conjuros. La divinidad quedaba sujeta al poder del mago, quien, dueño de sus secretos, tenía en su mano los medios de trastornar el universo y las leyes que lo gobiernan.... El conocimiento de las leyes naturales descubiertas por la observación puso de resalto lo estéril y lo absurdo de las operaciones de la magia. Expulsada ésta del terreno de la ciencia en orden á los fenómenos celestes, acudió á refugiarse en el de las acciones físicas. Luego, arrojada también, con la luz de la experiencia, del mundo material y terrestre, se retiró en el de las acciones fisiológicas y psicológicas, cuyas leyes, como más obscuras, me-

nos fácilmente se dejan penetrar del entendimiento: ahí se fortificó y ahí continúa resistiéndose todavía[1].

La magia y sus doctrinas, originarias del Oriente, del Egipto y de la India, cuyos maestros (cierto número de hombres privilegiados), por tradición oral ó consignada en símbolos y formas ininteligibles, la conservaron rigurosamente oculta á los ojos del vulgo, á quien estaba vedado penetrar sus misterios, siempre codiciados de todas gentes y naciones, han adquirido el día presente, con ocasión de los maravillosos experimentos á que se prestan las manifestaciones varias del magnetismo, harto favor en Europa, donde investigadores ilustrados hanse propuesto sistematizar los principios en que se funda la suma de conocimientos que á tal respecto ha podido reunir su inteligencia y vincularlos (si cabe) á los que forman el caudal científico contemporáneo. Los taumaturgos ó *sabios* de la India y del Egipto enseñaban al pueblo lo que les parecía oportuno[2] ó convenía á su intento (doctrina exotérica).

(1) L.-F. Alfred Maury, *La Magie et l'Astrologie dans l'Antiquité et au Moyen Âge.*

(2) Hase tendido siempre á ocultar las sublimidades de la ciencia á los ojos del vulgo ignaro. «Los sabios se guardaron de descobrir las verdades de la sabiduría á muchos et procuraron de las encobrir á los que non han buen entendimiento; porque á tales como éstos daña el saber en tres maneras: la primera, porque non lo entienden; la segunda, porque, non lo entendiendo, menospréscianlo diciendo que non es verdad; la tercera, porque non les abonda (no les basta ó no se contentan con) de que ellos non lo entiendan et lo desprecien non lo entendiendo, mas aun quieren que otros del su entendimiento lo desprecien et non lo crean así como ellos non lo creen.» (Pasaje de las obras astronómicas de Don Alfonso el Sabio, inserto por Don Francisco Martínez Marina en la Introducción de su *Ensayo Histórico-Crítico sobre la Legislación y principales cuerpos legales de León y Castilla.)*

Lo secreto, lo que sólo se comunicaba á determinadas personas con grandes solemnidades y pruebas de conveniente predisposición para el efecto (doctrina esotérica), constituye lo que se conoce con la resonante denominación de *ciencia oculta* de la India y el Egipto, que más bien pudiera llamarse, á nuestro entender, comparada al estado actual de los conocimientos humanos, *ignorancia oculta* de la India y el Egipto. Tomando por base de su método y sistema la *analogía,* que en todo tiempo y lugar ha constituído la falsa é infecunda lógica del hombre primitivo, la doctrina de que se trata, estancada en una especie de misticismo, carece de las condiciones características de la labor propiamente *científica.* Hoy ha dejado de ser *ciencia.* Fuélo en otras épocas, y de ella se derivaron, mezcladas con engendros fantásticos, nociones útiles y verdaderas en diversos géneros de asuntos, que, purificados luego con la luz de la razón y la experiencia y el espíritu analítico de nuestros tiempos, han llegado á formar importantes ramas de conocimientos humanos, como la astronomía, la química, la metalurgia, la medicina, las matemáticas, la física, etc. Don Alonso el Sabio, siguiendo las huellas de Don Alonso VII de Castilla, se esforzó por hacer participante á España de la copiosa luz intelectual que á la sazón irradiaba el Oriente [1]. Los judíos reco-

(1) «Convencido el sabio y celoso monarca (Don Alonso X de Castilla) de que para hacer felices á sus pueblos era necesario ilustrarlos, desterrar la ignorancia, variar las opiniones públicas, cambiar las ideas, dulcificar las costumbres y moderar el carácter feroz de los castellanos, se propuso introducir á toda costa las ciencias en España. Llama la sabiduría, la convida y la trae desde las remotas regiones donde á la sazón se hallaba refugiada: franquea las puertas del reino á los sabios del Oriente y Mediodía, y abre sus tesoros para derra-

gieron la herencia de los árabes españoles, cuya filosofía parece extinguirse con la muerte de Averroes (1198). Tradujeron y comentaron sus escritos. Eso no obstante, el movimiento intelectual filosófico de la raza semítica en España manifestóse cerca de un siglo antes que el de los sarracenos. Los árabes ofrecieron muestras de su espíritu en el particular por el siglo noveno, al paso que los judíos se dieron á conocer á mediados del siglo décimo, en que Rabí-Moseh y Rabí-Hanoc trasladaron á Córdoba las célebres

marlos entre los literatos: á todos extiende su protección, en todos respeta y aprecia la sabiduría: el judío y el árabe, así como el cristiano, experimentan igualmente su beneficencia... Sus dominios se pueblan de sabios, y las universidades y estudios públicos, de escolares que van en tropas á escuchar los nuevos oráculos de la sabiduría.» (Don Francisco Martínez Marina, *Ensayo Histórico-Crítico sobre la Legislación y principales cuerpos legales de León y Castilla.)* Entre las producciones intelectuales de la época (siglo décimotercero), menciona este erudito historiador las siguientes: *Libro del Tesoro, Libro de las Formas y de las Imágines que son en los cielos et de las virtudes et de las obras que salen dellas en los cuerpos que son deyuso del cielo; Lapidario* (trata de las virtudes de trescientas setenta piedras. El físico Rabí Yeuda Mosca, en el prólogo de la versión de este libro, del arábigo al castellano, dice: «et ovol en Toledo de un judío quel teníe ascondido, que se non queríe aprovechar dél, nin que a otro toviese pro»); *Astrología Judiciaria* ó *De los Juicios de la Astrología,* trasladada del árabe al castellano, de orden de Don Alonso, por Rabí Yeuda Mosca, y luego de romance en lengua latina; *Libro del Saber de Astrología,* «que mandó componer de los libros de los sabios antiguos que fablaron en esta ciencia Don Alonso Rey de Castiella» etc.

Cumple, no obstante, recordar que desde el reinado de Alfonso VII de Castilla, que dispensó generosa acogida á los rabinos proscritos de Andalucía por la dura persecución de Abd-el-Mumén, hacia mediados del duodécimo siglo, hallábanse organizados en Toledo los estudios de la ciencia oriental con los más sabios profesores de las renombradas escuelas de Sevilla y Lucena. *(Historia Social, Política y Religiosa de los Judíos de España y Portugal* por Don José Amador de los Ríos, é *Historia de los Heterodoxos Españoles* por Don Marcelino Menéndez Pelayo.)

academias de Pombeditah y Suva [1]. Todo el saber de los judíos de Oriente estriba en las tradiciones y doctrinas de su Talmud. La cábala es su filosofía. El espíritu está difundido en el universo y anima la materia. La luz es la causa eficiente de las formas y de la vida: movimiento á la vez que calor. Cuando la luz llega á fijarse y á polarizarse en un punto, engendra el ser viviente. Luego atrae, para perfeccionarlo y conservarlo, la substancia plástica necesaria. La luz, empero, no es el espíritu, como lo creen los hierofantes indios y todas las escuelas de magia goética. Es solamente el instrumento del espíritu. Es la primera manifestación física del hálito divino. Dios la crea eternamente. El hombre, á semejanza de Dios, la modifica y parece multiplicarla [2]. Pero, acaudalado el saber rabínico con los conocimientos adquiridos bajo la protección de los califas, abasidas y á favor de una inmediata comunicación con los árabes españoles, que abarcaban la ciencia del Oriente, las escuelas de Toledo, señaladamente en la época de Alonso X (siglo décimotercio) adquirieron alto brillo y renombre por el mundo. De ahí penetran en Francia los resplandores de la ciencia de árabes y judíos. De Francia, de Italia y de Alemania acuden á Toledo los amantes del saber. Junto con los conocimientos racionales ó los que propiamente revestían un carácter científico, enseñábase la magia diversamente clasificada y naturalmente asociada á las más elevadas especulaciones de la filosofía. La fama de las enseñanzas de la magia en Toledo, creció sobremanera. Citábanse unos jóvenes de Suavia y Baviera

(1) Menéndez Pelayo, *Heterodoxos Españoles.*
(2) Elifás Leví, *Histoire de la Magie.*

que habían estudiado en Toledo la nigromancia. «Los clérigos, decía Elinando, van á estudiar á París las artes liberales, á Bolonia los códigos, á Salerno los medicamentos, á Toledo los diablos, y á ninguna parte las buenas costumbres.» *De Toledo y de Nápoles vino la nigromancia*, dice un romance francés. En el libro caballeresco de Maugís y Vivián supónese que el héroe había estudiado magia en Toledo [1]. La magia, en suma, pasado el siglo décimocuarto,

(1) *Historia de los Heterodoxos Españoles* por Don Marcelino Menéndez Pelayo. Respecto del saber de los árabes, dice este autor:

« Las artes mágicas de los muslimes ibéricos, como toda su civilización, eran de *acarreo*. Lo de menos era el elemento arábigo. Á éste podemos atribuir los amuletos y talismanes con signos y figuras emblemáticas; pero el fondo principal de las supersticiones (fuera de las que son comunes á todos los pueblos y razas, y las que el Korán autoriza en medio de su rígido monoteísmo, v. g., la de ciertos espíritus ó genios, que no son ni ángeles ni hombres, el poder de los *maleficios*, el de las influencias lunares, etc.) está tomado de creencias persas y sirias, que en esta parte se amoldaban bien al principio fatalista. Influencia *oriental*, pues, y no *árabe*, ni siquiera *semítica* (puesto que el poderoso elemento persa, la tradición de los Magos, es *arya*), debemos llamar á la que traen á España los musulmanes y propagan los judíos, á pesar de las severas prohibiciones de su ley. La Cábala solía descender de sus alturas metafísicas para servir de pretexto á las artes irrisorias de no pocos charlatanes, que profanaban el nombre de aquella oculta ciencia.

« Copiosa biblioteca puede formarse, si hemos de creer á los arabistas, con las obras de moros y judíos concernientes á artes mágicas, astrología judiciaria, días natalicios, interpretación de sueños. Sólo de esta última materia se mencionan en algún Catálogo 7,700 autores. Cítase, no sin elogio, por lo que hace á España, el poema de Aben Ragel de Córdoba sobre la astrología judiciaria; una *Demonología*, atribuída al último de los Al-Magheriti; los *Pronósticos sobre figuras y contemplaciones celestes*, de Abulmasar; el *Juicio de la ciencia arenaria ó geomancia*, de Alzanati; otro poema sobre el mismo asunto, por Abulkairo; un tratado *De arte gentliaca*, debido al famoso astrónomo sevillano Arragel; la *Chiromantia*, del cordobés Alsaid-ben-Alí-Mohamed; las *Natividades*, del judío toledano Alkhabizi, y varios tratados de amuletos y encantamientos, en lo cual parece que descolló Abulcassen-Alcoschairi de Almería.»

era llamada en Europa *ciencia toledana*[1]. La adivinación y astrología judiciaria, tan generalizadas á la sazón en toda Europa, llegaron á ser, con el andar del tiempo, oficio de gente ociosa, y hasta los zapateros de viejo formaban horóscopos[2]. A las supersticiones indígenas, á las

(1) L.-F. Alfred Maury, *La Magie et l'Astrologie.*

« En sus glosas á la *Eneida* escribe Don Enrique:

« É la cabeza y totalidat de las vedadas sciencias es la *magia*, de la qual salieron quatro principales, que son: *mathemática*, *prestigio*, *maleficio*, *encantación*. De *mathemática* salieron nueve, que son: *ydromancia*, *piromancia*, *geomancia*, *spatulmancia*, *fulguraria*, *ciromancia*, *tremularia*, *sonorítica* y *auspicium*. De *prestigio* salieron seys, que son: *absconsoria*, *pulsoria*, *congregatoria*, *transformaria*, *pasionaria*, *ludybia*. De *maleficio* salieron diez, que son: *mediaria*, *sopniaria*, *invocatoria*, *nigromancia*, *stricatoria*, *fíbrica*, *extaria*, *sortilejo*, *amatoria*, *vastatoria*. De la *encantatione* salieron tres, que son: *empérica*, *imprecatoria*, *ligatoria*. De *nigromancia* salieron quatro, que son: *atromancia*, *conomancia*, *pedoxomancia*, *arnomancia*. De *stricatoria* salieron dos, que son: *cursoria* y *fascinatoria*. De *conomancia* salió una, que es: *lithomancia*. Y así son cumplidas las cuarenta artes vedadas. » (Pasaje inserto en la *Historia de los Heterodoxos Españoles* por Don M. Menéndez Pelayo, con ocasión de dar noticia del *Tratado del Aojamiento ó Fascinación* escrito por Don Enrique de Villena en el año de 1411.)

(2) Del mono adivino decía Don Quijote:

« Está claro que este mono habla con el estilo del diablo. Y estoy maravillado cómo no le han acusado al Santo Oficio, y examinádole, y sacádole de cuajo en virtud de quien adivina. Porque cierto está que este mono no es astrólogo, ni su amo ni él alzan ni saben alzar estas figuras que llaman *judiciarias*, que *tanto ahora se usan en España, que no hay mujercilla, ni paje, ni zapatero de viejo que no presuma de alzar una figura*, como si fuera una sota de naipes del suelo, echando á perder con sus mentiras é ignorancias la verdad maravillosa de la ciencia. » *(Don Quijote de la Mancha* por Miguel de Cervantes.)

« La general decadencia y barbarie retroactiva del siglo XIV, el continuo trato y comercio con judíos y musulmanes, el contagio de las sectas heréticas, todo contribuyó á oscurecer la noción del libre albedrío y á difundir las artes divinatorias, menos, sin embargo, que en otras naciones. » (Don Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los Heterodoxos Españoles.)*

que tenían origen de la dominación romana, á las que los godos arraigaron, á las tradiciones gentílicas similares á las mágicas del Oriente, á las de la propia naturaleza introducidas por árabes y judíos, juntáronse luego los embustes de los gitanos, que en el primer tercio de la décimaquinta centuria aparecieron en España, á la par que en otras regiones de Europa (*cíngaros, egipcios, egipcianos, egipciacos, bohemios*), diciendo la buenaventura por las rayas de las manos y por la fisonomía y vendiendo filtros á los amantes desdeñados.

Preténdese actualmente por algunos partidarios y expositores del *ocultismo* asociar al orden de conocimientos racionales y analíticos de la Europa las concepciones intuitivas de los pueblos del Asia. Quien juntase á las aguas de un río las de un estanque, vería desaparecer el estanque: las aguas del río se llevarían con su corriente las del estanque, y sólo quedaría el río. Tal sucedería al quieto saber contemplativo de los maestros del Oriente, si por ventura le vincularan al impetuoso movimiento científico contemporáneo de las sociedades cristianas. Sin embargo, tales estudios no carecen de utilidad; pues, á parte de que nada hay inútil para la ciencia, convidan al espíritu á salir del estrecho recinto en que le aprisionan y anonadan el positivismo, el materialismo y el pesimismo (1). Por lo demás,

(1) Con alusión al género de estudios á que nos referimos en el texto, Mr. Ad. Franck (del Instituto) se expresa así: «Las profundidades tienen sus tinieblas y entrañan sus peligros. Pero yo prefiero una y mil veces sus audaces especulaciones á la miopia del positivismo y á la desesperación más ó menos hipócrita del pesimismo.» Carta á Papús, que sirve de prólogo á la obra de éste titulada *Traité Méthodique de Science Occulte*.

para penetrar la índole de las creencias y aprensiones populares, ó supersticiones y errores comunes, es necesario hacerse cargo de la lógica del vulgo, que encierra, digámoslo así, dos elementos: el propio (peculiar del hombre primitivo) y el adventicio (adventicio *tradicional,* se entiende, pues la acumulación actual de nociones similares no debe tenerse en cuenta). Así en las creencias populares del Río de la Plata hay el caudal indígena y el importado, ambos de idéntica naturaleza. El importado, originario de Oriente, lo fué por intermedio de españoles y portugueses, que constituyeron las nacionalidades que hoy pueblan el nuevo continente. Portugueses y españoles, con sus expediciones y conquistas del Oriente, acabaron de sembrar por el mundo las nociones de *ciencia oculta* que persas, y griegos y romanos, y árabes, ya habían comunicado á multitud de naciones. En España, aun después de la expulsión de árabes y judíos, continuaron estas razas influyendo, por medio de los moriscos y conversos, en el entendimiento y hábitos de los españoles [1].

(1) Tratando de los moriscos, un insigne arabista y literato se expresa de este modo: «La gente común, siempre dada á la curiosidad y superstición, pretendía levantar el velo de lo futuro con el *alquiteb* (libro) *de los sueños* ó con las *suertes de Dulcarnaín,* resto del juego ú oráculo de los dardos de los árabes antiguos, y buscaba preservativos contra los reveses de fortuna, las calamidades naturales ó la ira de los grandes, en diversos conjuros, como *anoxarcas* ó bebedizos mágicos, y *hirzes* ó cédulas cabalísticas, mezcladas algunas veces con palabras griegas ó hebreas, figuras misteriosas ó letras enigmáticas.» (Don Eduardo Saavedra, Discurso sobre la influencia de los musulmanes españoles sometidos al dominio cristiano, inserto en las *Memorias de la Real Academia Española.)*

Aconsejada de una morisca, cierta dama principal de Salamanca dió un hechizo amatorio á un joven licenciado en leyes, que de resul-

La suma de conocimientos que componen la *ciencia oculta* de los diversos pueblos y gentes que han ocupado las diversas regiones del globo, viene á ser, en resolución, subiendo al origen de las cosas, lo que pudiéramos llamar *ciencia primitiva* ó *matriz* del género humano: conjunto de nociones reales ó imaginarias que por vía de intuición y de analogía forma el hombre sin cultura acerca de los fenómenos de la naturaleza y de la vida. Única y soberana en su clase, por la riqueza de nociones, por su influencia, y por la fama y primacía que ha alcanzado en el mundo, ha sido desde tiempos remotos la de la India y el Egipto.

Los alquimistas, con la tema de transmutar en oro el plomo, el hierro ú otro metal de precio relativamente ínfimo, decían: *todo está en todo.* La naturaleza está modelada por un *tipo primitivo,* que todos los seres reproducen, cuando no en la forma, en su esencia. Esta idea era el hilo de Ariadna. Hallarle equivaldría á hallar la *piedra filosofal,* la materia adecuada para convertir el plomo ó mercurio en oro. No lo consiguieron; porque no les ocu-

tas perdió el juicio, dando en la manía de creer que era de vidrio. (*El Licenciado Vidriera* por Miguel de Cervantes.)

«Pasé adelante, donde estaban juntos los *ensalmadores,* ardiéndose vivos, y los *saludadores,* también condenados por embustidores. Dijo un diablo:—«Veislos aquí á estos tratantes en santiguaduras, mercaderes de cruces, que embelesaron el mundo y quisieron hacer creer que podía tener cosa buena un hablador. Si curan con agua y trapos la herida que sanara por virtud de la naturaleza, *dicen que es por ciertas palabras virtuosas que les enseñó un judío.* Éstos son por los que se dijo: *hurtan, que es bendición, porque, con la bendición, hurtan,* tras ser siempre gente ignorante. Y he notado que casi todos los ensalmos están llenos de solecismos; y no sé qué virtud tenga el solecismo por lo cual se pueda hacer nada.» (Don Francisco de Quevedo, *Las zahurdas de Plutón.*)

rrió, como á los bancos de emisión favorecidos por el estado, que para ello podría servir el papel. Pero, como *pobre porfiado saca mendrugo,* inventaron, de rechazo, la pólvora, el fósforo y otras cosas útiles (1). El principio fundamental de los alquimistas informa igualmente el orden y la vida de la naturaleza concebidos por las especulaciones de la magia y la *ciencia oculta.*

Practican la *magia* en la India y en el Egipto los individuos que, perteneciendo á las clases á quienes está reservada la dirección de la sociedad, se iniciaron, después de rudas pruebas físicas y morales de virtud y constancia, en los misterios de sus templos. Sus enseñanzas, que forman (como queda indicado) la doctrina *esotérica,* descansan en un concepto orgánico del universo, al modo de los animales y plantas. El universo forma un todo animado y constituído por tres principios, que son la *naturaleza*, el *hombre* y *Dios*, ó sean el *macrocosmo,* el *microcosmo* y el *arquetipo.* Todas las porciones que integran el universo visible é invisible están íntimamente unidas por *correspondencias.* El hombre ó *microcosmo* (mundo pequeño) contiene en sí *analógicamente* todas las leyes que rigen el universo.

(1) «Los escritos de alquimia sólo pueden ser útiles á quien los lee, no para instrucción, sino para diversión, como las novelas de Don Belianis de Grecia y Amadís de Gaula. No por eso condeno aquellos autores que, sin jactarse de poseer la piedra, tratan esta materia filosóficamente.... Este asunto es tan digno de disquisición seria, como otras materias filosóficas.» (Feijoo, *Teatro Crítico,* Disc. *Piedra filosofal.)* «La alquimia, arrastrada por sus mismas ilusiones á la investigación y, á veces, al descubrimiento de la verdad, ha preparado la regeneración de las ciencias naturales, conduciéndolas, en cuanto á los hechos, por el camino de la experiencia y del análisis, y vinculándolas por sus principios á las más altas especulaciones de la metafísica.» *(Paracelse et l'Alchimie au XVI.e Siècle* por M. Franck, de l'Institut.)

La naturaleza es el punto céntrico de manifestación general de todos los demás principios. El hombre, poniéndose en comunicación con la naturaleza por medio de la acción, con sus semejantes por medio de la palabra y con Dios por medio de la oración y del éxtasis, forma el lazo que une la creación al Creador. Constituyen el ser humano tres principios: el cuerpo, el mediador plástico y el espíritu. El mediador plástico (vida orgánica) equivale á *cuerpo astral,* intermediario del cuerpo y del espíritu (1).

Compónese el ser humano, de elementos idénticos, *células.* En cada célula se halla *individualizada la vida general del ser humano.* Constituye la *vida* la *fuerza solar transformada:* es una *forma* del calor y la luz emanadas del astro del día. El hombre, del propio modo que los demás seres vivientes, son, á su vez, *células del aire,* de la *sangre* de nuestro planeta. El globo terráqueo es también, por lo mismo, un ser viviente. El reino mineral forma su *esqueleto.* El reino vegetal representa su *vida vegetativa.* El reino animal, que es la *vida sensitiva,* constituye su *sistema nervioso.* Su *cerebro* es la humanidad. La tierra, del mismo modo que los demás planetas de nuestro sistema, vienen á ser las *células del mundo solar,* que á su turno es *célula del universo* (2). *Todo está en todo,* todo está formado de elementos idénticos, todo concurre á integrar un organismo universal que gravita en torno de la *unidad primera.* Siendo la tierra un cuerpo *vivo,* dotado consiguientemente de sensibilidad y sistema nervioso, fácil-

(1) Papús, *Le Diable et l'Occultisme.*

(2) *Traité Méthodique de Science Occulte* por Papús. Carta-prefacio de Ad. Franck, miembro del Instituto. París.

mente se concibe cómo á favor de la *luz solar,* que todo lo penetra, mueve y aúna, podrá una fuerza ó substancia comunicar desde lejos los efectos de su acción á cualquiera de las partes que le componen. La *fuerza nerviosa* es capaz de condensarse y de *dilatarse,* y, por consiguiente, de *salir fuera del ser humano.* La *magia,* en suma, no es otra cosa que la *aplicación de la voluntad humana dinamizada á la evolución rápida de las fuerzas vivientes de la naturaleza* (1).

La doctrina esotérica descansa en la *analogía,* cuya clave es el *ternario* (2). Siendo el hombre un mundo pequeño (microcosmo), del conocimiento de las funciones de su organismo se infiere lo que será la circulación de la vida en el universo. La naturaleza entera se gobierna por el ternario.

El número carece de realidad objetiva, así en el mundo físico como en el moral. Mas el vulgo, de acuerdo con las tradiciones de la antigüedad y de la magia, le supone dotado, según las unidades que encierra, de una virtud capaz de menoscabar ó de aumentar la perfección de las cosas que le incluyen.

La excelsa virtualidad del *septenario* nace de ser el resultado de la unión del *ternario* y el *cuaternario.* El *ternario* representa el movimiento y la resistencia, engendradores de la estabilidad y la armonía, simbolizadas por el *cuaternario.* El *siete* es el número sagrado; representa el poder mágico en toda su fuerza: es el espíritu secundado por todas las potencias elementales (3). Su nobleza y vir-

(1) Papús, obra citada.
(2) Papús, obra citada.
(3) Papús, obra citada.

tudes han sido largamente ponderadas por gentiles y cristianos, dando ocasión á que Don Alfonso X de Castilla dividiese en *siete* partes, ó *partidas,* el dilatado cuerpo de prudentes leyes con que intentó mantener en paz y en justicia los pueblos de su señorío.

La idea de que las cosas tienen entre sí vínculos de amor, paz y concordia, ó bien de que se repelen impulsadas de las pasiones del odio, de la enemistad ó la guerra, á favor de causas desconocidas, ó del influjo de las estrellas y cuerpos superiores, con su luz y movimiento y otras propiedades, conforme á la voluntad soberana, que todo lo tiene ordenado con su infinita sabiduría, privó en todas las épocas, desde que los filósofos griegos y romanos la acreditaron por el mundo. Lo que Plinio y otros escribieron sobre el particular hállase repetido en obras posteriores de la moderna edad, y España recogió también naturalmente esta herencia, cuidando de salvar la libertad moral del hombre entre las fuerzas simpáticas y antipáticas que obran sobre su ánimo.

Desde muy antiguo ha creído ver el hombre en las cosas, no obstante carecer de alma capaz de afectos, las mociones de odio y amor, de aversión y de amistad, de antipatía y de simpatía. La repulsión y la atracción que el combate ú oposición y el equilibrio ó neutralización de fuerzas parecen manifestar, así como, especialmente, los fenómenos singulares del imán con relación á determinadas substancias (hierro, acero, níquel, etc.), llamaron constantemente la atención del hombre primitivo. La paz y la guerra de la naturaleza, las amistades y los odios de las cosas, aunque materiales é insensibles, hechas todas para el hombre, describió Plinio en la historia del orbe, donde con

claro ingenio reunió cuantos conocimientos alcanzaba su época con respecto á la tierra y á sus productos. Los griegos llamaron *simpatía* á esa paz de la naturaleza y amistad de las cosas. La naturaleza, *madre divina* de todas las cosas, tiénelas dispuestas convenientemente para el servicio y disfrute del hombre hasta en medio de los desiertos, ofreciendo á cada paso maravillosos ejemplos de *antipatía* y *simpatía:* plantas de diferentes clases que se buscan y viven asociadas: plantas que, juntas ó próximas, desfallecen y mueren: substancias minerales que se amalgaman ó se destruyen, unidas ó en contacto, etc. Las propiedades simpáticas ó antipáticas de las cosas, aplicadas al hombre, le curan de sus dolencias, y de ahí nació la medicina [1].

Enseña la *ciencia oculta* que hay un agente mixto, un agente natural y divino, espiritual y corpóreo, un *mediador plástico* universal, un receptáculo común, unas vibraciones del movimiento é imágenes de la forma, un fluido y una fuerza que en cierto modo pudiéramos denominar la *imaginación de la tierra.* En virtud de ella se comunican secretamente todos los organismos á favor del sistema nervioso; y de ahí provienen la *simpatía* y la *antipatía:* de ahí los sueños y los fenómenos de la doble vida y de la visión preternatural. No otra cosa es el *od* de los hebreos y de Richembach, y la *luz astral* de los martinistas [2].

La idea de la *simpatía* ó *antipatía* en los objetos naturales era harto extraordinaria, ruidosa y antigua, para que el espíritu investigador y crítico de Feijoo la pasase por alto. El término *cualidades ocultas,* nada significa.

(1) C. Plinii Secundi *Naturalis Historiæ* liber XX.
(2) Elifás Leví, *Histoire de la Magie.*

En las escuelas y en los libros se le quiso dar mayor precisión con los nombres de *simpatía* y *antipatía.* Donde hay efectos preternaturales, raros, admirables, y especialmente donde hay ó se advierte algún género de *atracción* ó de *repulsión* entre dos cosas, allí hay *simpatía* ó *antipatía.* Son la *simpatía* y la *antipatía,* según Plinio, el *amor* ó el *odio* de las cosas que carecen de sentido. Otros quieren que sean el *consenso* y el *disenso,* ó la *concordia* y *discordia,* que en realidad de verdad es lo mismo que decir el *amor* y el *odio.* Los que entienden que la *simpatía* y *antipatía* consiste en la *semejanza* ó *desemejanza de toda la substancia entre dos cosas,* enredan más y más la especie. Ninguno de tales conceptos da razón de los efectos particulares cuya causa se inquiere, y, hablando con propiedad, *no hay simpatía ni antipatía en el mundo.* La *semejanza* y *desemejanza* (y lo propio cabe decir de la *analogía* en que la *ciencia oculta* funda sus deducciones) son *puras relaciones,* carecen de *actividad* [1].

(1) *Teatro Crítico Universal* por Fray Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro.

William George Black en su *Medicina Popular* (cap. de la *Historia de la Cultura)* trad. por D. A. Machado y Álvarez, menciona, pero no define ni explica satisfactoriamente lo que se entiende ó lo que entiende el vulgo por *simpatía.* Concrétase á referir multitud de medios y formas que en diversos países tiene el vulgo y el hombre salvaje de curar las dolencias, añadiendo de pasada que se supone haber una *misteriosa correspondencia* entre los seres humanos y los objetos naturales y que las *supersticiones médicas* tienen por base la *asociación de las ideas:* á los remedios de ellas emanados va siempre unido el concepto de la *simpatía. La asociación de las ideas* puede dar origen á un juicio lógicamente bueno, y cabe suponer una *correspondencia misteriosa* en cosas real y efectivamente relacionadas entre sí. La *simpatía,* de tal manera explicada, ofrece una noción demasiado incierta del concepto que envuelve.

Algunos, ó los más, entienden (prosigue Feijoo) por *simpatía* y *antipatía* un género de *determinación* según la cual se verifica tal ó cual efecto en un cuerpo dado, precisamente porque en otro á quien éste dice *relación simpática* ó *antipática* se manifiesta una correlativa afección, accidente ó movimiento, concomitancia de fenómenos que se realiza sin que un medio exterior propague la acción de uno á otro objeto. El hierro, por ejemplo, se determinará á moverse, precisamente porque el imán está presente ó á corta distancia. Se restañará la sangre de la herida, precisamente porque se echan en la venda ensangrentada con que estuvo atada los *polvos simpáticos* (que llaman), aunque aquélla y éstos, al tiempo de hacer la operación, se hallen muy distantes. ¡Quimera filosófica! Las modificaciones que un cuerpo experimente no podrán determinar á otro á cosa alguna, sin que obre sobre él de un modo efectivo, y para ello es necesario que le comunique materialmente su acción [1].

La idea de la *simpatía,* en el hombre primitivo y en el vulgo, que le sigue generalmente en sus juicios de igual manera informados, nace de la supuesta posibilidad de establecer una efectiva *correspondencia* y *concomitancia* entre objetos que ofrecen á los ojos una *analogía* y un *paralelismo de acción,* que á veces nada tienen que ver en realidad con su respectiva naturaleza y modo de obrar. Las *palabras,* en que nunca faltan los *números* en una ú otra forma, constituyen el elemento *dinámico,* digámoslo así, de este imaginario juego de causas y efectos. El número *ternario* (ó sus múltiplos) es el que figura esencialmente

(1) *Teatro Crítico Universal.*

en las *simpatías*. Y se comprenderá fácilmente porqué entra el ternario, teniendo presente el significado que la magia ó *ciencia oculta* atribuye á los números *1, 2* y *3*. El número *1* representa lo *activo,* el número *2* lo *pasivo* y el número *3* la *acción de lo activo sobre lo pasivo* (1).

Hay en toda *simpatía* un agente, un paciente y un elemento que restablece la alterada armonía de las leyes de la vida, que lo son del universo.

El estudio de las *simpatías* contribuirá á poner en claro algunos pormenores de la magia y á demostrar que la titulada *ciencia oculta* (que no tiene nada de científico) no presenta á nuestros ojos otra cosa que las ideas y *atisbos* del hombre en sus primeras edades ante el cuadro y movimiento ordenado de la naturaleza. Una vez que los estudios del *folk-lore* acopien datos suficientes sobre el particular, se verá sin duda alguna que la mayor parte de las ideas y prácticas supersticiosas que tienen los individuos de una nación para curar sus enfermedades y para otros fines, son idénticas en lo esencial á las que siguen los individuos de otras naciones diferentes en religión, lengua, condiciones étnicas y grado de civilización.

Los efectos de la oración, entre los magos del Oriente, se reputan excelsos, extraordinarios, de eficacia infalible, así por lo que respecta al mundo exterior, como en lo tocante á la persona que la exhala del fondo del alma. En el *plan astral,* las formas elementales se imantan por la acción de la palabra. En el sujeto, purifícase el sentimiento, que mueve la voluntad á obrar cosas extraordinarias y estupendas: el alma parece hallarse en su propio y verda-

(1) Papús, *Trait. Méthod. de Scienc. Occult.*

dero elemento[1]. Tales, en el fondo, aunque obscurecidos y toscamente practicados, son los principios que informan la magia popular ó creencias relativas á las operaciones *simpáticas* de que usa el vulgo en sus curaciones y negocios. Las tradiciones mágicas, mezcladas entre los cristianos con ideas supersticiosas y con rastros de las creencias del indio, forman el tema de las fórmulas, conjuros ó *palabras* que acompañan generalmente á toda acción *simpática*. Las *palabras*, en substancia, incluyen una oración, con la que se bendice ó se maldice. Suelen ser una de las formalidades de que va acompañada la acción para alcanzar el resultado ó efecto que el mago popular se promete de las *simpatías* ó *antipatías* de las cosas. Las palabras se pronuncian generalmente con solemnidad, pero en reserva, sin que nadie las oiga, á fin de que no pierdan su virtud y eficacia, como la perderían infaliblemente, conocidas del vulgo. El secreto de la fórmula ó palabras no puede ser conocido de nadie, so pena de perder su virtud y eficacia. Algunos, sin embargo, dicen que puede ser conocido de tres personas, y no más. Acabálase la potencialidad de las palabras con símbolos y ceremonias encaminadas á merecer de la divinidad que gobierna el mundo el favor que se le pide. Ceremonias, preces, símbolos, constituyen, en suma, la forma productora de toda manifestación *simpática* de las cosas, con respecto á la persona que la promueve. Todo esto lo practica á su manera el vulgo en el Río de la Plata, Paraguay y Brasil, siguiendo la tradición de portugueses y españoles. D. Enrique de Villena pondera *las obras que por virtud de palabras se hacen, en lo cual alcanzaron grandes secretos*

(1) Papús, *Trait Élém. de Mag. Prat.; Trait. Méth. de Scienc. Occult.*

los hebraiquistas[1]. Palabras, conjuros, cantos mágicos fueron preconizados de griegos y romanos [2].

Las fórmulas ó *palabras,* así como las ceremonias de la magia popular, en sociedades modeladas en la religión del Crucificado, como lo están las de la América Española y Portuguesa, debían hallar su razón última, su esencial vínculo y virtud activa, en Dios, en la Trinidad, en el símbolo de la Redención, en la virgen María, en cuanto la Iglesia enseña. Así es en efecto: las *palabras* envuelven siempre alguna bendición (tal vez mezclada con reminiscencias gentílicas), en nombre de las cosas santas que el católico venera, ó una maldición al enemigo del género humano, á Satanás, que no se cansa de perseguirle y de dañarle por todos los medios imaginables. La voz de la oración, en todo el espacio á que se extiende, quita al rayo su fuerza destructora y le desvanece. La pura sonrisa de la inocencia arguye que el niño dormido está soñando con los angelitos, que descienden, en su imaginación, á la cuna y le acarician y divierten. El repentino silencio que sobreviene á una conversación mantenida entre varias personas, tiene por causa el paso entre ellas de un ángel, cuyas alas comunican al ambiente que las envuelve un movimiento y

(1) *Tratado del Aojamiento ó Fascinología,* citado por D. M. Menéndez Pelayo en la *Hist. de los Heterod. Esp.*

(2)

El canto y el conjuro es poderoso
Á retraer la luna reluciente.
El rostro demudó Circe, monstruoso,
Con cantos, de Ulises á las gentes.
De canto rodeada vigoroso,
Revienta por los prados la serpiente.
Ve presto, mi conjuro, y la mar pasa,
Y vuelve de la villa á Dafni á casa.

(*Égloga* de Virgilio, trad. por Fray Luis de León.)

ruido misteriosos, que infunden respeto y suspensión[1].

Los pueblos del Oriente y los griegos y romanos usaron, en la curación de sus enfermedades, los remedios de yerbas, los que entendieron hallar en las supuestas *simpatías* de las cosas y los que atribuyeron á las *palabras* ó fórmulas rogativas, que eran de *impetración,* de *expulsión* y de *recomendación.* Los más circunspectos rehusaban dar asenso á las palabras y encantos mágicos; pero, considerado el pueblo en masa, no se dudó de su eficacia en la curación de enfermedades. Hechos notorios ponían á cada instante la prueba de ello á los ojos de todo el mundo. La tradición constante lo corroboraba. Creían que el poder de las palabras era tanto, que atraían el rayo del cielo. Las vestales, con una simple oración, detenían en el acto á los esclavos fugitivos que aun no hubiesen salido de Roma. Teofrasto asegura que por medio de un encanto se curaba la ciática. Homero cuenta que, á favor de uno, detuvo Ulises la sangre que se escapaba de una herida en el muslo. Catón hace referencia de una fórmula para las luxaciones y Varrón de otra para la gota. César, después de una caída de un carro, repetía siempre tres veces, al sentarse en un vehículo, cierta fórmula que sabía; con lo que se consideraba libre de accidentes análogos. Creíase que los dioses asistían en todos los instantes y en todos los casos á los negocios de la vida, mostrándose propicios á los que piadosamente solicitaban su patrocinio. De ahí las preces ó *palabras* en la curación de enfermedades, lo propio que en otras ocasiones de peligro, como, para precaver de incendios una casa, el escribir una fórmula en las paredes

(1) *Cuentos y Poesías Populares Andaluzas* por Fernán Caballero.

del edificio. De ahí las felicitaciones de año nuevo; el poner á personas y cosas nombres significativos de bienandanza; el saludar á los que estornudan; el desear bien á los muertos, al nombrarlos; el suponer que el zumbido de los oídos nos advierte que los ausentes están hablando de nosotros; etc., etc. Pero lo más raro, en descrédito de las fórmulas, es el uso de voces exóticas é inexplicables ó de términos extravagantes; lo que parece tanto más digno de menosprecio, de risa, cuanto uno espera algo de grande y solemne, digno de la divinidad, que la mueva é impulse á obrar como lo desea el postulante (1).

Figura y se distingue, entre las ceremonias mágicas, la acción simbólica de las manos. Sea inmediata ó á la distancia, con ó sin contacto, en esta ó en aquella forma, la acción de las manos, que naturalmente acompaña á la palabra, tiene en la magia una virtud efectiva en los objetos á que se dirige. Por medio de *pases,* esto es, de ciertos movimientos de las manos, el magnetizador transmite (según doctrinas disputadas) el fluido que ha de atar á su voluntad y restablecer ó alterar la armonía y juego de las funciones fisiológicas de la persona hipnotizada. Efectos maravillosos hase atribuído desde las más lejanas edades á la mano de hombres privilegiados. Refiere Crates de Pérgamo que cerca de Párium, en el Helesponto, había una clase de hombres, llamados *ofiógenos*, que curaban con el tacto la mordedura de las víboras y extraían del cuerpo los venenos, imponiendo las manos (2). Al imponerlas el mago del pueblo, simboliza que la divina miseri-

(1) C. Plinii Secundi *Naturalis Historiæ* liber XXVIII.
(2) Plinio, *Natur. Histor.* lib. VII.

cordia ampara bajo las suyas al paciente, que recibe de ellas el don de la salud. *Poner ó imponer las manos sobre alguno*, es bendecirle y orar por él, así como dedicarle ó consagrarle al servicio de Dios (1). La imposición de las manos es ceremonia que se halla en el Antiguo Testamento y de que hacen uso los obispos en el sacramento de la confirmación y al ordenar á los presbíteros, diciéndoles: *Accipe Spiritum Sanctum* etc. Jesucristo dijo que los que en él creyeren, pondrían las manos sobre los enfermos y los dejarían sanos (2).

Las manos, no solamente ejecutan las determinaciones de la voluntad, sino que también se prestan á interpretarlas con muda elocuencia, simbolizando el estado del ánimo y las modificaciones del pensamiento. De ahí el personificar tan frecuentemente las manos, calificándolas de amenazadoras, suplicantes, crueles, piadosas, airadas, etc.

Satanás, no pudiendo atraer el hombre á su partido, se venga de él, perjudicándole, tocándole en sus intereses, cosa que tanto le duele. ¿Cómo lo efectúa? Infinito es el número de demonios que á manera de microbios revolotean por la atmósfera. Pues bien, los demonios, para hacer daño al hombre, para hacerle creer al mismo tiempo que el daño procede de las mismas cosas creadas por la divinidad, se disfrazan cada y cuando les acomoda, tomando las formas que convienen á sus designios. El diablo se convierte, cuando quiere ó se le antoja, en serpiente, cuervo, toro, puerco, lobo, perro negro, rata, mosca ú otro in-

(1) El Obispo Don Félix Torres Amat, *La Sagrada Biblia* traducida de la Vulgata.

(2) Evangelio de San Marcos, cap. XVI, vers. 18.

secto[1]. Se convierte en cualquier cosa. Es tan ingenioso y hábil, como astuto y perverso.

Es más, los espíritus malignos, esparcidos en la atmósfera á manera de animales microscópicos, pueden introducirse, por medio de la respiración ó con los alimentos y las bebidas, en los órganos del cuerpo humano, á quien siguen de continuo en su anhelo de habitarlo. Por eso los exorcistas, á vista de un endemoniado, enderezaban sus conjuros á la cabeza, á los ojos, á los cabellos, á la lengua, á las narices y oídos, á los brazos y piernas, al pecho y al vientre, al corazón, á las venas, á los riñones, á las manos y pies, etc. Proponíanse expulsar del cuerpo los espíritus que le atormentaban[2].

Para destruir los animales útiles, ¿cómo hará el demonio? Se transformará en mosca, y, depositando su cresa el demonio en la primera herida ó llaga que advierta en el cuerpo de los animales que constituyen el patrimonio del hombre, hará que se forme una gusanera.

Piadosas leyendas antiguas presentan á los demonios convertidos en moscas, y atestiguan á la vez que, no solamente á los hombres, sino también á los animales, han solido atormentar de esta manera disfrazados. En la vida de un santo aparece una ternera poseída del demonio. El hombre ó el animal poseído así, ó en otra forma, de los espíritus malignos, libertábase de tan horrorosa cautividad por medio de exorcismos y de amuletos[3].

Los *exorcistas* fueron los que, á los principios de la era

(1) *La Magie et l'Astrologie* por L.-F. Alfred Maury.
(2) *La Magie et l'Astrologie* por L.-F. Alfred Maury.
(3) Maury, *La Magie et l'Astrologie*.

cristiana, libraron al hombre de la posesión del demonio, imponiendo las manos y recitando rogativas. Mas luego se observó que la fe y la caridad que animaban á todos los cristianos, así clérigos como legos, bastaban por sí solas para conjurar al espíritu inmundo. Debilitada la fe con el andar de los años, la orden de los exorcistas fuése restableciendo poco á poco [1].

Además de los exorcismos, había los amuletos ó talismanes, que producían los mismos efectos, por la sola virtud de su consagración ó de las fórmulas que contenían. Eran éstas conjuros análogos á los que se pronunciaban para expulsar al demonio del cuerpo de los poseídos. Á veces contenían las mismas expresiones bárbaras de que usaban con el mismo objeto los mágicos de la antigüedad. De esa manera entraban en la corriente de las creencias propias del cristianismo las ideas de los gentiles á tal respecto, la medicina de los ensalmos [2].

---

(1) L'abbé Martigny, *Dictionnaire des Antiquités Chrétiennes.*
(2) Maury, *La Magie et l'Astrologie.*

CAPÍTULO XXII.

La vista en la magia vulgar.

Sumario. — Importancia de la mirada en las operaciones mágicas. — Mirar sin pestañear. — No mirar para atrás: símbolo de la constancia en la fe. — Poder de la mirada. — Fenómenos del magnetismo animal. — Preocupaciones acerca de la mirada del avestruz. — El huevo del avestruz en las mezquitas del árabe y en las iglesias del cristiano. — Efectos de la mirada en el reino animal. — Estupefacción que causa la mirada de la víbora y la culebra. — Explícase el fenómeno. — El caburé produce iguales efectos. — El campesino supone que la víbora y la culebra exhalan un vaho que envuelve y atrae á la víctima. — La terrible víbora yarará. — — Efectos de su picadura. — El paisano juega con las víboras. — Cómo las domina. — Mascadores. — Magnetizadores. — Malas chanzas. — El que juega con víboras acaba por perder la vista. — Amistad entre el hombre y la víbora. — Los antiguos encantadores de serpientes. — Iguales cosas entre los indios del Nuevo Mundo. — El que juega con víboras muere *arrastradamente*, como anda el odioso reptil.

Figura en multitud de casos, entre los factores más eficaces de la magia vulgar, la mirada, la vista. En la fascinación, en la curación de enfermedades de hombres y de animales, en los saludos á las plantas maléficas, en toda operación cabalística cuyo objeto se halle presente, la mirada del que la ejecuta, entre el vulgo campesino del Río de la Plata, es una cosa de esencial importancia. La vista

acompaña á la intención: sigue al entendimiento y á la voluntad, con quienes aparece frecuentemente hermanada, como la luz al calor. La mirada, en las operaciones mágicas que usa el vulgo rioplatense, tiene que ser fija, intensa. Debe mirarse al objeto á que uno dirige su intención, *sin pestañear:* tanta es la atención, tanta la intensidad de espíritu que se requiere, para el buen éxito de la operación cabalística, misteriosa, incomprensible, absurda al parecer, pero cierta, segura, que ejecuta el poseedor del mágico secreto. La fe en su resultado es tan necesaria asimismo, que, por ejemplo, si de la curación de una enfermedad se trata, no debe el agente volver á acordarse de ella. No debe *mirar para atrás,* al dar la espalda al objeto á que hubiere aplicado su remedio *simpático* ó cabalístico. Al terminar la operación, debe apartar del objeto instantáneamente la vista, debe apartarla con la rapidez del pensamiento, con la misma rapidez con que se apartaría de él la luz después de apagada la llama que la emitía. No mirar para atrás, es símbolo de la constancia en la fe (1). Á veces debe no mirarse el objeto al ejecutar la operación, y así lo practicó la gentilidad (2).

(1) «Ninguno que, después de haber puesto su mano en el arado, vuelve los ojos atrás, es apto para el reino de Dios.» (Evangelio de San Lucas, trad. por el Obispo D. Félix Torres Amat.)

(2)

Esta ceniza coge y saca afuera;
Adonde el agua corre ve alcanzalla;
Por las espaldas la echa, y ven ligera:
No mires, Amarilis, al echalla.
Con esto tentaré aquel alma fiera.
Mas ¡qué canto ó qué Dios podrá ablandalla!
Ve presto, mi conjuro, y la mar pasa,
Y vuelve de la villa á Dafni á casa.

(*Égloga* de Virgilio, trad. por Fray Luis de León.)

Del poder de la mirada, grande y vario en sus efectos, á cada paso ofrece la vida pruebas notorias. Sigue, á la par con el gesto, los movimientos de la palabra, y á menudo manifiesta patentemente por sí sola, así las pasiones más violentas, como los más suaves afectos. Una persona hipnotizable, observaba el célebre Charcot, no tarda en pestañear, si se la mira fijamente. La vista es recurso primario del magnetizador. La acción de la vista semeja la del sol, que vivifica la naturaleza (1). Cuentan que el fakir de la India, desnudo (con sólo un taparrabo), escuálido, sentado (á la usanza oriental) sobre sus calcañares, tendidos los brazos en dirección á una maceta y fijos en ella los ojos, en pocas horas hace germinar la semilla que al intento se puso en la tierra, y formarse la planta, y crecer y desarrollarse, y echar ramas y flores y frutos. Sorprendida con tales efectos la mente del vulgo, no es mucho que la mirada del hombre y de los animales se convierta para él en un manantial de encantos y brujerías.

El magnetismo animal, con sus fenómenos ciertos, suspende el ánimo del hombre primitivo y del vulgo y sirve de apoyo al mago para obrar maravillas. Si hay ó no un *fluido nervioso* ó un *fluido magnético,* á favor del cual una persona produzca en otra los raros fenómenos del hip-

(1) Por influencia, se entiende. Tratando del basilisco, animal fabuloso que mataba con la vista, dice así el P. Feijoo: «La vista no es activa, sino dentro del propio órgano. El objeto le envía especies; pero ella nada envía al objeto.» *(Teatro Crítico.)* La teoría de la descomposición de la luz, cuyos rayos forman el color y dibujan en la vista las cosas que los reflejan, no era dogma científico en la época de Feijoo. *Especies*, agentes imponderables, fluidos, sustituían á las *modificaciones del movimiento* con que hoy se explican multitud de fenómenos. Pero la observación de Feijoo no por eso es menos oportuna.

notismo, no hace al caso. El sabio se desvela buscando las causas de los hechos y fenómenos preternaturales de la naturaleza y de la vida en el orden natural de las cosas.

El hombre primitivo y el vulgo nunca han estado dispuestos á romperse la cabeza con tales disquisiciones, sobre todo sabiendo, como saben con entera seguridad, que semejantes enredos los dispone el diablo, ú otras inteligencias ó agentes invisibles (fuerzas personificadas). El abate Faría, portugués, mulato, natural de Goa, antigua capital del virreinato lusitano de las Indias Orientales, adquirió crédito é inmensa popularidad en París, á fines del siglo décimoctavo, con públicas disertaciones sobre el magnetismo y experimentos análogos admirables. Negó la existencia de un *fluido* magnético, y consiguientemente la transmisión de él, como otros pretendían (y pretenden), por medio de los *pases:* demostró que la fijación de la mirada en un objeto es bastante para constituirse en estado de *hipnosis* ó sueño nervioso: formuló la teoría de la *sugestión,* y pretendió pasar por iluminado, por un bracmán que desde la infancia había tenido la fortuna de ser instruído en los misterios de las doctrinas sagradas de los indios. El sacerdote Faría y el médico Paracelso[1], entre otros hombres célebres que procedieron de la propia manera, demuestran patentemente cuán próximas están en el campo de la imaginación, las sublimidades de la ciencia y las especulaciones de la magia.

Entre africanos y asiáticos hay la creencia de que el avestruz encoba, mirando fijamente los huevos. Entre el vulgo del Brasil y del Río de la Plata hállase igual idea.

(1) Véase Cap. XXVII.

Observan, no obstante, que el avestruz se echa, aunque no la hembra, sino el macho, quien cría y cuida los polluelos, circunstancia que no obsta á que empolle con la mirada. Tiene el avestruz una vista extremadamente larga. Es curioso, y suele detenerse á mirar con atención los objetos que le causan novedad. Una y otra circunstancia, la de no encobar la hembra y la de fijar la mirada, han dado, sin duda, origen á la creencia de que el avestruz encoba con la vista. Los coptos (cristianos originarios de Egipto, que siguen la secta eutiquiana) cuelgan ante el altar dos huevos de avestruz, poniendo una luz en medio de entrambos, para que en ella fije la vista el sacerdote que celebra la misa. Los mahometanos ponen también sobre las lámparas de sus mezquitas huevos de avestruz, que aparecen igualmente en los altares de algunas de las iglesias de España[1]. Los campesinos rioplatenses labran de diversos modos caprichosos la cáscara de los huevos de avestruz ó *ñandú,* los que, colgados ó sobre las mesas, sirven de adorno en las salas. Del poder maravilloso que supusieron en la mirada del avestruz sobre sus huevos, coptos y árabes sacaron en consecuencia, por una razón de analogía, que los huevos del avestruz encerraban una virtud capaz de hacer concentrar la atención de una persona en el objeto á que dirige su pensamiento. Con el propio modo de razonar, el campesino paraguayo y rioplatense tiene por cosa infalible la eficacia de las plumas del caburé para atraer la mirada, la voluntad y los pasos de las personas á quie-

(1) Fray Martín Sarmiento, opúsculo sobre *Costumbres* etc. *de España,* inserto en el *Refranero General Español* por D. José María Sbarbi y reproducido en la *Monografía sobre Refranes* por el mismo autor.

nes el que las lleva consigo, ó las posee, endereza sus designios.

Los primeros huevos de avestruz que en sus viajes por África pudieron haber los españoles, dice un insigne novelista y prolijo observador de costumbres, depositáronse, á fuer de exvotos ú ofrendas, en los altares de las iglesias, pendientes de cintas vistosas primorosamente enlazadas. El avestruz, según la tradición, imposibilitado de cubrir la nidada y careciendo de calor bastante á traspasar la dura cáscara, no encoba sus huevos. En cambio, tiene tanto fuego en su mirada, enardecido con el anhelo de empollar, que, fijando la vista en los huevos con mucha fuerza de voluntad, logra á la postre verse rodeado de sus hijuelos. Los huevos de avestruz ante los altares sirven de ejemplo de devoción fructuosa al cristiano que asiste al santo sacrificio de la misa [1].

El reino animal ofrécenos muestras notorias del poder y efectos de la mirada. La culebra y la víbora, por ejemplo, al clavar sus ojos en los de ciertos pájaros y cuadrúpedos, les traba el ejercicio de los músculos con el terror que les infunde. El hombre no está libre de los mismos efectos fisiológicos, al encontrarse sus azorados ojos con los serenos cuanto feroces de una víbora irritada. Esta estupefacción dimana de la idea que el paciente tiene de lo mortal de la herida que pudiera hacer el reptil, si se le acercare. Los pájaros, ranas, sapos y otros animalejos, se aterran y entumecen, no sólo en presencia de una víbora, sino también de una culebra, que carece de veneno. No es en ellos la causa de su terror un concepto que tengan for-

(1) Fernán Caballero (seudónimo de Doña Cecilia Böhl de Fáber), *Cuentos y Poesías Populares Andaluces.*

mado, como el hombre le tiene, de la actividad mortal del veneno que introduce en el cuerpo del paciente la picadura de la víbora; pues ordinariamente no mueren regularmente de esa manera. La causa de su terror y entumecimiento es el conocimiento que, por instinto, tienen del peligro ó posibilidad en que se hallan de ser engullidos por un reptil que de ellos se alimenta. Es cosa manifiesta que la fascinación ó la facultad que tienen algunos animales de dominar y atraer con la vista, está asociada á alguna otra cualidad peculiar suya que les comunica un prestigio capaz de avasallar el instinto de aquellos seres inferiores á quienes persiguen para sustentarse. La ferocidad, vigor y rapidez con que se lanza el pequeño caburé sobre su presa, le hacen el soberano y árbitro de todo viviente alado, á excepción del cóndor de los Andes, morador de regiones que él no habita; pues al águila misma, con tener uñas y pico mucho más fuertes que las suyas, acomete (dicen) y mata, metiéndosele debajo del ala y arrancándole las entrañas. Á favor de tan raras y temibles condiciones, bástale al caburé dar un grito, para que todos los pájaros que le oyen acudan á su llamado. Piando y revoloteando en el árbol donde el caburé ha establecido su trono, permanecen totalmente entregados á su voluntad, hasta que desciende á devorar los que, muertos, ha arrojado al suelo para saciar su voracidad. Allí donde el viandante divisa un árbol lleno de pájaros que revolotean y gritan, sabe de seguro que hay un caburé que los encadena á su apetito. Las culebras y víboras exhalan por la boca, según entiende el hombre del campo, un vaho que envuelve al paciente (rana, avecilla, etc.) y lo va atrayendo, tendidas en el suelo ó enroscadas en el tronco de un árbol.

Nada tiene de increíble que, para facilitar la atracción, tratase la víbora ó culebra de adormecer ó asfixiar con su propio hálito á la víctima. El pajarillo fascinado pía, revolotea, salta, al mismo tiempo que se va acercando al tranquilo reptil, cuyas fauces le esperan abiertas para tragarlo vivo y humilde.

Una víbora *yarará*[1], asustada con el golpe que dió un paisano con su guadaña en una mata de paja brava que estaba cortando para componer el techo de un rancho, pegó un salto y fué á caer, poco más ó menos, á un metro de distancia. Enroscóse precipitadamente la víbora, levantó en alto la cabeza, y abriendo y cerrando la boca, y sacando la lengua al abrirla, clavó los ojos en los del paisano, quien en seguida quedó yerto, inmóvil. Corríale un sudor frío por el cuerpo. Quiso pedir socorro; pero no pudo hablar. Estaba mudo y como petrificado. La víbora sin embargo permanecía quieta y enroscada en el suelo, aunque en actitud de saltar. Al cabo de un rato, empezó á sentir que la sangre circulaba por sus venas. Se apartó, dió voces, y acudiendo con palos, mataron la víbora y la quemaron. Decía el paisano, refiriendo el hecho, que aunque se había visto en muchos peligros como hombre de campo y como soldado, nunca le había pasado una cosa semejante.

Es la *yarará* víbora tan mala, que una persona mordida por ella no sobrevive más de veinticuatro horas. Un caballo, un animal vacuno, mueren muy pronto, desasosegados, corriendo de una parte á otra, buscando las casas,

(1) *Yararaca*, dicen muchos, forma brasileña tomada por la influencia del tupí, que difiere algún tanto del guaraní.

echando sangre por los ojos, por los oídos, por las encías, por la corona de los vasos ó pezuñas é hinchándoseles todo el cuerpo. Una víbora yarará mordió en Entre Ríos, frontera de Corrientes, á un peón de estancia. Se le aplicaron en seguida cuantos remedios se conocen en el campo para esos males: el cauterio con un hierro ardiente, baldes de leche, pieles de venado, tabaco mascado, *isipó-curuzú,* etc. El individuo sanó al cabo de un mes y medio de penosa enfermedad; pero quedó ciego y loco.

Pero si las víboras y culebras terrifican al hombre con la mirada, también el hombre á su vez con la suya influye en ellas y, tranquilizándolas y manoseándolas, llega á dominarlas de tal modo, que se entregan totalmente en sus manos. Hay hombres (campesinos los más) que, en hallando una víbora ó culebra, á manera de magnetizadores se le ponen delante, fijan en ella la vista, tómanla del pescuezo ó del medio del cuerpo, y, con cuidado de que no les pique, le pasan la mano por el lomo repetidas veces, la *soban,* como dicen, hasta que desenojada y tranquila, se les entrega. Otros hacen primero, estando aún la víbora en el suelo, unos pases semejantes á los que usan los magnetizadores. Otros la apaciguan con un palito, pasándolo suavemente por el lomo, antes de tomarla. Luego se entretienen un rato con ella, manoseándola. Finalmente enróscanla en el brazo, arróllanla entre las manos, métenla en el bolsillo, en el seno, debajo del sombrero, ¡en la boca! inflando los carrillos.

Algunos, después ó antes de asirlas, las atontan y adormecen por medio del tabaco. Así los *mascadores* suelen darse á este entretenimiento. Unos escupen al reptil, cuando está aún en el suelo. Otros le hostigan; y cuando está irri-

tado, le dan á morder un *naco*[1], como dicen, de tabaco en cuerda. Atontado el reptil, úntase el mascador las manos con la saliva de la *mascada*[2], y pásaselas por la cabeza. Narcotizado, juegan con él. Generalmente ocultan el procedimiento y medios de que se valen, á fin de simular que es cosa de brujería, que tienen algún poder sobrenatural ó extraordinario que los habilita para hacer lo que quieran de una víbora ó culebra[3].

Unos y otros, los magnetizadores y los narcotizadores, andan á veces por todas partes y en sus viajes con una víbora de las que más teme la gente, como las de la cruz ó las de coral, y se divierten en sorprender y dar sustos á los amigos y á los que tienen facha de buenos, entre los que nunca falta quien corrija su imprudencia con la punta de una daga ó la boca de una pistola.

Los magnetizadores vienen á serlo en virtud de una propensión natural que los conduce, desde muchachos, á imitar á las personas por quienes han visto ejecutar cosas semejantes. Á la larga pierden la vista. Quédales como nublada. Esto prueba que su vista, al encontrarse con la del reptil, trabaja de un modo eficaz y poderoso, sin darse de ello cuenta. No matan ni dañan á las víboras los que juegan con ellas; antes las defienden, si ven que alguno las

(1) Pedazo. Voz portuguesa, tomada del Brasil.
(2) Porción de tabaco mascado.
(3) «El vulgo reputa tal *gauchada* (el meterse en el pecho las víboras), como una brujería, ignorando quizá que para esta operación, á diferencia del juglar de la India, se *curan* con ajos, cuyo olor aletarga á la víbora.» (D. Mariano Antonio Molas, *Descripción Histórica de la Antigua Provincia del Paraguay*, dada á luz por el Dr. D. Ángel J. Carranza. Buenos Aires, 1868.) *Gauchada:* acción arriesgada, que se ejecuta con presunción, propia de un *gaúcho*.

persigue. «Dejelá, pobrecita: es un animalito inofensivo,» dicen al perseguidor. De ahí que mucha gente, ya admirada de lo que hace el magnetizador, le tenga por hombre misterioso, por hechicero, por brujo. Algunos tienen una víbora en un frasco de aguardiente, de que beben un trago de vez en cuando. Aplícanle á heridas de toda clase, suponiendo que cicatrizan mejor y más pronto.

Los encantadores de serpientes, los líbicos ó *psilos,* tan famosos en la antigüedad, procedían seguramente de la propia manera que los magnetizadores y narcotizadores del Río de la Plata, indios, mestizos, negros y blancos. Los titiriteros y charlatanes egipcios, de que hace mención Plinio en su *Historia Natural,* son otro ejemplo semejante. Domesticaban una clase de víboras que preferían al intento. Les enseñaban diversas habilidades. Las hacían poner rígidas y tiesas como una caña ó bastón y quedar aparentemente muertas.

Hechiceras del Perú, bajo el imperio de los Incas, *encantaban* las víboras ó serpientes, dejándolas bobas[1]. Costumbre debió de haber sido general, no ya en el Perú, sino en otras regiones del continente, como que en todas partes, en Europa, en el África, en el Asia, de antiguo ha habido gentes ocupadas en ese ejercicio.

La pérdida de la vista, para el campesino rioplatense, no es sino un castigo que el cielo impone al que halla gozo en jugar con un reptil cuya abominable figura tomó el demonio para engañar á Eva. Como que estuviese familiarizado con el enemigo del hombre, el encantador de serpientes

(1) El Cronista Antonio de Herrera, *Décadas de Indias,* ó *Historia General* etc.

ofrece á sus prójimos un espectáculo que los llena de horror y repugnancia. El que juega con víboras, dicen, muere *arrastradamente* (infelizmente). Tarde ó temprano, llevará una vida *arrastrada como la víbora* (miserable, desastrada, aborrecible, llena de privaciones y dolores, oprobiosa). En este caso, como en todos los demás que suponen preternaturales, juzgan los campesinos fundándose en razones de *analogía* entre los fenómenos y acciones del orden físico y las manifestaciones de la vida moral en el mundo.

CAPÍTULO XXIII.

De algunas preocupaciones (simpatías y antipatías cabalísticas).

SUMARIO. — Muchedumbre de preocupaciones, y sus causas. — Herbolarios. — San Antonio. — Prendas *maneras*. — Fatalidad de ciertos días de la semana. — Cruces benditas, sustos, mariposas, trece á una mesa, etc. — Preocupaciones varias entre los indios de América. — Popularidad del número tres entre el vulgo. — Aplícanse las doctrinas de la magia al encanto de las plumas del caburé. — Casos varios de paralelismo en la simpatía cabalística. — El andar del aguará antipático al del caballo. — Revulsivos *simpáticos* del curandero.

Todos cuantos desatinos ha engendrado la superstición é ignorancia como recursos ó medios de alcanzar la salud ó fortuna ú otros bienes, ó para hacer daño al prójimo en su persona ó su hacienda, están fundados en una supuesta correspondencia ó enlace *simpático* (traído por los cabellos) de las cosas que se hallan ó se ponen en acción para el efecto, ó bien en la tradición gentílica, mezclada á las creencias del cristianismo, que veía la mano de sus deidades, respondiendo á los ruegos de los hombres, en todas las acciones humanas y en todos los fenómenos del universo. Así, los herbolarios salen en viernes santo á juntar las hierbas medicinales que han fama de buenas, como

gramilla, lucera, zarzamora, apio cimarrón, calaguala, guaicurú, llantén, cancorosa, cepacaballo, carnicera, hierba del pollo, etc. De la caña, aparejo ú otro instrumento de pesca, cuelgan una figurilla que representa á San Antonio, para que atraiga á los peces, á quienes bendijo. También sirve el bueno del santo pescador para que llueva en las secas: mientras no accede al pedido que se le hace, tiénenle metido en el agua de un arroyo ó laguna, pendiente de la rama de un árbol, ó bien de cabeza en un aljibe(1). Es *manera* una prenda (para lo que se elige con preferencia un real cortado de los que por casualidad quedan de ahora muchos años) que presentan á un santo á fin de que favorezca en todo á la persona que se lo ofrece. La cosa ofrecida viene á participar, por simpatía, del sexo del patrono á quien se consagra. Si el patrono electo es varón, el objeto presentado será *macho,* y será *hembra,* si mujer. Así, un real, aunque pertenece al género masculino, será *real hembra,* si está dedicado á una santa. El agua que resta en un jarro ó vaso después de beber, la tiran, á fin de que no les descubra sus secretos el que beba después. El inesperado hallazgo de una herradura da suerte al que la recoge y guarda. Contados son los bautismos que se efectúan los martes. Los casamientos no siguen tan puntualmente el refrán: *en martes, ni te cases ni te embarques*(2). Lo que prueba una

(1) «Recé las letanías y un padrenuestro y avemaría á San Xavier, á quien de veras encomendé las cinco piraguas: pendiente de un cordel eché al agua su medalla, y nos favoreció el santo, que ya iban en decadencia los huracanes.» (El Padre José García, *Diario del Viaje hecho desde su Misión de Cailín, en Chiloé, hacia el sur, en los años 1766 y 1767*, impreso en Santiago de Chile, 1889.)

(2) «Martes quiere decir día aciago: sus horas son infaustas.... Hablad del influjo que ejercen sus horas en los destinos de los hom-

vez más que el amor es niño y ciego, ó que es tan arrojado, que desafía á la fatalidad. Cuando la sequía deja yermos los campos y las chacras ó huertas privan del preciso alimento al pobre, velan una cruz bendita. Si no tienen una cruz bendita, ó no pueden conseguir que el cura se la bendiga, la sacan del campo santo ó de una sepultura. Llévanla en procesión hasta el río ó el arroyo inmediato, y arrójanla al agua, dejando que se la lleve la corriente. Cuando los gatos se lavan la cara, va á llover. Un susto ó una sorpresa aprovecha contra el hipo, sin perjuicio de tomar á tragos un poco de agua. La aparición de una mariposa negra es mala señal [1]. Gato negro, por el contrario, suerte cons-

bres; abrid una discusión amplia, luminosa, y después de charlar toda una mañana, toda una tarde ó toda una noche, descubriréis la antigüedad de su origen, lo veréis aparecer entre las supersticiones del paganismo, lo explicaréis de mil maneras más ó menos sabias, más ó menos eruditas, y al fin vendréis á parar á estas tres conclusiones diferentes: preocupación, misterio, fatalidad. La sabiduría de las naciones no se ha desdeñado de tomarlo en cuenta, é, incluyéndolo en el catálogo interminable de sus sentencias, ha dicho: en martes, ni te cases ni te embarques.» (Don José Selgas, en la novela titulada *Día Aciago.)*

Burlóse Quevedo de la preocupación de los días aciagos, de este modo:

«Días aciagos y horas menguadas son todos aquellos y aquellas en que topan al delincuente el alguacil, el deudor al acreedor, el tahur al fullero, el príncipe al adulador y el mozo rico á la ramera astuta.» (Don Francisco de Quevedo, *El Libro de todas las Cosas.)*

(1) Un delicado poeta embelleció esta preocupación:

No, como un tiempo, colosal quimera
Mi atónita atención amedrentaba,
Mis oídos profundo no aterraba
Acento de pavor:
Que fué la aparición vaga y ligera,
Leve la sombra aérea y nebulosa,
Que fué sólo una *negra* mariposa
Volando en derredor.

(Nicomedes Pastor Díaz, *La mariposa negra.)*

tante en casa. Las mariposas blancas que giran en torno de la luz, anuncian algo bueno. Trece á una mesa, desgracia cierta, y ésa en el corto término de un año: alusión á la cena de los apóstoles, por la traición de Judas. Comezón en la palma de la mano, lotería segura. ¡La oreja encendida! ¿quién se estará acordando de mí? Si la de la izquierda, mal; bien, si la de la derecha. Niño que de noche no duerme, vestirle con la ropa al revés. Ya que de la noche haces día, obligándome á pasar en claro el tiempo necesario para el descanso, yo te pongo al revés la ropa, á ver si te gusta que te pongan lo de abajo arriba y lo de arriba abajo. Ya se deja entender que nadie, sino el diablo ó un duende, *mandinga,* anda metido en la danza, y á él se dirige la befa, como sucede en los conjuros contra el *daño* y el mal de ojo. El chillido ó canto de ciertas aves, cosa de mal agüero [1]. Sería cuento de nunca acabar el seguir los pasos al vulgo por este sendero, cuyo caudal de estrambóticas aprensiones es idéntico en ambos mundos, salvas excepciones procedentes de particularidades de la tierra en el Nuevo. Pero entre todas las aprensiones citadas, y las muchas que se omiten en gracia de la brevedad y por muy conocidas en Europa al par que en América, ninguna más apropiada, en su caso, que la que se refiere á la herradura.

(1) Cuando el cuervo siniestro te graznare,
La sal se derramare,
El espejo que miras se rompiere
Ó temeroso sueño te afligiere,
Armaraste severo
Contra las amenazas del agüero
Y dirás á tu propio sentimiento:
No me tocan los miedos del portento.

(*Doctrina de Epicteto* traducida por D. Francisco de Quevedo Villegas.)

Porque, en justicia y buena lógica, los que creen en el prestigio de la herradura, merecen llevarla[1]. La preocupación relativa al acto de sentarse á una mesa trece personas, en el Río de la Plata, es cortesana, reciente: aun no ha penetrado en la casa del paisano. ¿ Cuántos, entre la gente culta, no temen sentarse á una mesa de *trece* cubiertos ? La traición de Judas anunciada por el Salvador en la cena, ¿ qué tiene que ver con la reunión casual de trece personas en torno de una mesa ? Dentro del año subsiguiente á la comida, sin embargo, alguno de los comensales ha de morir, tal vez sin saberse de qué, tal vez de un modo trágico: preocupación tan pueril como la más cándida de las simplicidades comunes entre la gente campesina, por más que se engalane con frac y guante blanco en los comedores artesonados de París, de Londres y de Viena[2].

(1) Satirizó D. Francisco de Quevedo algunas de las aprensiones vulgares en el *Libro de todas las Cosas*. Dice, por e emplo :

« Si, al salir de tu casa, vieres volar cuervos, déjalos volar y mira tú donde pones los pies.

« Si, riñendo, se te cae la espada, y te rompen la cabeza, es mal agüero para tu salud y bueno para el cirujano y alguacil.

« Todas las rayas que vieres en las manos, significan que la mano se dobla por la palma, y no por arriba. »

(2) Un escritor de fino ingenio se expresa del modo siguiente acerca de la preocupación á que se hace referencia en el texto :

« — ¡ Trece !.... exclamaron algunas voces. ¡ Número fatal !

— Fatalísimo, añadió una señorita, contando de nuevo el número de los circunstantes. Y no hay duda, somos trece. ¡ Esto es terrible !

— Señora, le replicaron los incrédulos, estamos al borde de una catástrofe.

— No se burlen Udes., dijo ; hay casos, casos desastrosos, y puedo citar desgracias ocasionadas por la fatalidad de ese número. En el colegio comimos una vez trece, y, antes de cumplirse el año, murió una de mis compañeras, que estaba ya para salir de él.

— Cualquiera, advertí yo, puede morirse después de comer, y mucho

Los indios de América tuvieron preocupaciones semejantes á los de los pueblos europeos.

Cantar un buho, mochuelo ó lechuza, ú otra ave nocturna, en una casa donde hubiere posado, era, entre los indios, señal de que alguno había de morir en ella pronto [1]. Temblar los párpados, zumbar los oídos, bostezar, toser, estornudar, sacar el pie derecho ó el izquierdo, hallar peleándose los animales ó trabadas ó combatiendo las culebras ó sabandijas, ladrar (pendencias) ó aullar (muerte) perros, auguraban bienes ó males según los casos [2]. Sonar el fuego, anunciaba próxima llegada de huéspedes. Acercarse un remolino de viento, significaba asalto de enemigos. Zumbar los oídos era eco de murmuraciones. Caer el bocado de la boca, argüía que se estaba acordando de uno quien bien le quería. Pasar por cima de una casa un pájaro, indicaba que *algún brujo venía á flechar* á sus habitantes, esto es, á hacerles un maleficio [3].

Entrar un sapo en una embarcación, entre los guaraníes, era señal de que alguno de los que iban en ella había de

más si tiene un año delante para coger una pulmonía, un tifus ó cualquiera de las enfermedades que matan.

—Se equivoca Ud., me contestó. Los médicos no supieron decir claramente de qué enfermedad murió mi compañera de colegio. Desde entonces le tengo horror al número trece. En París no se ponen nunca trece cubiertos en la mesa.» (Don José Selgas, *El Número Trece*, novela.)

(1) Fr. Juan de Torquemada, hablando de los mejicanos, en su *Monarquía Indiana; Relación* (anónima) *de las Costumbres Antiguas de los Naturales del Pirú (Tres Rel. de Antigüed. Peruan.* publ. por el Ministerio de Fom. Mad., 1879); etc.

(2) *Rel.* (anón.) *de las Cost. Ant. de los N. del Pirú (Tres Rel. de Antigüed. Peruan.* publ. por el Minist. de Fom. Mad., 1879).

(3) *Historia Militar, Civil y Sagrada de Chile* por el P. Miguel de Olivares.

morir pronto (1). Entrando en un lugar un venado, había que matarlo. Si no lo mataban, de seguro había de morir fatalmente alguno de los que moraban en el sitio por donde se hubiere escapado. Cuenta el P. Antonio Ruiz de Montoya que en una ciudad de españoles se estaba celebrando en cierta ocasión con una fiesta de á caballo un casamiento. Un venado, que venía huyendo de gente que le perseguía, pasó por la calle de la casa de los novios, donde estaban divirtiéndose sus amigos. El accidente sirvió de mayor entretenimiento; pues todos se dieron á querer aprisionar al venado. El venado, sin embargo, se les escapó, y un indio que estaba presente, dijo: — «¿Quién es el que ha de morir hoy en esta casa?» Aquella misma noche adoleció el novio, y, al amanecer, su cuerpo era cadáver (2). Murió el novio, por lo visto, en fuerza de un fenómeno psico-físico de *auto-sugestión*. La preocupación reinante y la predicción del indio impresionaron acaso una naturaleza ya de suyo desmedrada, y le causaron la muerte.

El número *tres* figura esencialmente en la mayor parte de las fórmulas y aplicaciones *simpáticas*. Cuando se resiente la muñeca, por causa de algún esfuerzo, dicen que *se abre*. Para cerrarla, cíñenla con *tres* vueltas de una cinta colorada (otros negra), *sin pecar*, esto es, nueva, no usada todavía. Para conocer si una criatura tiene mal de ojo, dejan caer con el dedo *tres* gotas de aceite en un vaso de agua, acompañando la operación con palabras. Si las gotas de aceite se van al fondo, la criatura tiene mal de

(1) Ruiz de Montoya, *Conquist. Esp. del Parag., Paran., Urug. y Tap.*, y Lozano, *Hist. de la Conquist. del Parag., Río de la Plat. y Tucum.*

(2) *Conquist. Espir. del Parag., Paran., Urug. y Tape.*

ojo. La *caída de la paletilla* se cura con palabras, y midiendo una cinta que tenga *tres* tantos desde la mano al codo. Si la *paletilla* está caída, encógese cuatro dedos la cinta. El *empacho de las criaturas* se comprueba y cura levantando *tres* veces con las yemas de los dedos el pellejo del espinazo á la altura de la boca del estómago y aplicando á éste un parche de aceite mezclado con la flor de la ceniza. Estando empachada la criatura, suena interiormente la parte del espinazo, al levantarse la piel. *Tres* golpes en un mortero con la maza, tirándola en seguida y huyendo sin mirar para atrás, harán desaparecer un orzuelo. Un puñado de sal arrojado al fuego dará el mismo resultado, si el paciente logra huir tan precipitadamente, que no llegue á sentir el chisporroteo. *Tres* cerdas de la cola del caballo ó *tres* hebras del cojinillo, anudadas, evitarán, si se echan en el nido de un avestruz, ó *ñandú,* que éste patee y desparrame los huevos que está encobando, cuando le sacan alguno. Dicen que el avestruz deshace la nidada, si advierte que le han extraído un huevo. Algunos se limitan á echar sobre los huevos unas hilachas de la bajera, y otros reparan el agravio, orinando en el nido: tras cuernos, palos. Los *manosantas* y *tatadioses,* cuando van á hacer sus rezos y santiguaderas, encienden *tres* luces delante del crucifijo ó de la virgen.

El encanto de las plumas del caburé está fundado, como todas las creencias de este género, en una relación de *analogía* que se supone eficaz para causar un efecto real entre los términos comparados. El caburé, con el terror que infunde, entumece los miembros y embaraza el vuelo de los pájaros que le rodean y se le acercan (1). El vulgo, que no

(1) V. Cap. XIX, pág. 238.

se penetra de ello, cree que el caburé *atrae* á los demás pájaros. De aquí deduce que el que lleve consigo ó tenga en su casa las plumas del caburé, *atrae* la suerte en las diversas formas con que se presenta y según las aficiones ó necesidades de la persona que las posee. El negociante *atraerá* á los compradores de sus mercancías, el hombre enamorado á la hermosa que le desvela. Para que el encanto surta efecto, es necesario que el caburé se cace vivo, que se le arranquen *tres* plumas del ala, y que en seguida se le suelte. Las *tres* (número cabalístico) plumas del ala quedan *ligadas* á la acción del caburé. El caburé en los bosques sigue *atrayendo* hacia sí los pájaros todos, á fin de regalarse con los que más apetece. El poseedor de las plumas del ala, á la par con el caburé, aunque no lo vea ni sepa de su paradero, *atrae* las personas y las cosas que desea ó le convienen. Y luego las domina ó las adquiere pronta y eficazmente; porque es sabida la rapidez con que el caburé se lanza sobre su presa, tan luego como tiene reunidos en torno suyo á los pájaros del lugar donde se halla.

Las quebraduras y enfermedades del útero se curan con una *simpatía* del ombú y del higuerón. Un viernes santo, antes de amanecer, pone el paciente en el tronco del árbol un pie, por el lado en que da el sol. Un muchacho corta en torno del pie la corteza del árbol, sin desprenderla. Cuando *se contrae* la corteza, por la falta de comunicación con la savia de la que envuelve el tronco del árbol, *sana* el enfermo. Los gusanos que se nutren con la carne descompuesta de la matadura de una caballería, *caen, al secarse* la hierba que saca su alimento de la porción de terreno donde asentara el casco el animal agusanado y que

el curador ha desprendido del suelo, bendecido con una cruz y dado vuelta hacia la tierra.

El paralelismo es tan exacto, á juicio del vulgo, que en determinadas circunstancias hay la necesidad de separar de la persona ó del animal que se hallaba enfermo el objeto por cuyo intermedio se verifica la curación. Por ejemplo, para la gusanera hay una *simpatía* que consiste en colgar del pescuezo del caballo, vaca, etc., mediante un *tiento de bagual* (tira delgada de cuero de potro), un palito con sendas cruces en sus extremos. Pero, cuando han *caído* los gusanos, es necesario sacar del cuello del animal el colgajo; porque si se le deja, el animal se aniquila, se va consumiendo hasta el punto de morirse. Con los mismos efectos, cuélganse del pescuezo del animal agusanado *tres* ó *nueve garras* (pedacitos endurecidos de cuero, que propiamente son las extremidades con ojales por donde se le afianza para estirarlo entre cuatro estacas, á lo que llaman *estaqueo)*. En *cayendo* los gusanos, hay que sacar las *garras;* si no, se aniquila y muere el animal.

El paisano tiene la preocupación de que no se puede cruzar al galope por donde ha pasado un *aguará,* so pena de que ruede el caballo. ¿De dónde dimana esta preocupación? Los caballos *andadores* ó de sobrepaso ruedan con facilidad. El *aguará* se asemeja en el andar, como se indica en otro lugar (1), á la cabalgadura de sobrepaso, que rueda con facilidad. Es posible que una y otra vez, por acaso, haya rodado el caballo del paisano, persiguiendo á un animal por donde poco antes hubiere visto pasar un *aguará.* De eso, á deducir, juzgando por *analogía,* como

(1) Cap. XXXVI.

lo hace el hombre primitivo, el mago, el vulgo, que la causa de la caída es el haber cruzado corriendo por donde anduvo, el *aguará,* hay muy corta distancia. La deducción ofrécese clara, fácil. Es género de *simpatía.*

La preocupación de que se hace referencia ha podido, sin embargo, tener origen del Viejo Mundo. La aparición de un lobo atravesando el camino, era mal agüero para el caminante. Como el aguará ofrece bastante semejanza con el lobo, es posible que se hubiese aplicado á él la misma preocupación que respecto del segundo tuvieron en Europa. Hombres de campo que, sin ninguna preocupación, convienen en el hecho, por haberles acaecido (dicen) á ellos mismos ó por suponerlo posible, lo explican de este modo. El aguará es *catingoso,* hediondo. Por donde pasa queda la atmósfera impregnada de la fetidez que el animal ha despedido de su cuerpo. El caballo, al cruzar por el camino que ha seguido el aguará, se distrae con el olor que siente, y rueda. Así también el caballo, al cruzar por donde ha pasado un tigre, en sintiendo su olor, *pega una sentada, se sienta,* es decir, se para de golpe, echándose hacia atrás, sentándose sobre los *garrones* ó parte posterior de las corvas.

En la propinación de los remedios de hierbas y demás cosas que usan los curanderos, los números tres y siete aparecen con frecuencia surtiendo sus mágicos efectos. El curandero, que ordinariamente es hombre curtido y baqueteado, juzga á los demás por sí, midiendo á todos por el mismo rasero. Como, ó es negro, ó tiene mucho del soldado y del indio, que más de cien veces han curado con pólvora y aguardiente sus dolencias, no repara, si á mano viene, en administrar, para un enfermo á quien la fiebre ha

dejado exánime, una dosis regular de aquellos poderosos *revulsivos*. Y si con arreglo á los preceptos de la *ciencia oculta* que profesa, ha de ser, por ejemplo, el número *siete* quien determine la cantidad ó porciones del medicamento que ha de ingerir en sus entrañas el paciente, poco hará al caso que la dosis parezca excesiva. Para el intrépido curandero nunca lo será. Así, entendiendo que la enfermedad de que adolece el cuitado que se pone en sus manos, debe curarse con aguardiente, le mandará echar entre pecho y espalda *siete* buenos tragos de aguardiente (1).

---

(1) «El enfermo llegó casi muerto (á Ibicuí, en el Paraguay). Los ataques pasados, el no haber podido cenar anoche, la falta de cama y la jornada de hoy, casi acabaron con él. Al momento se le facilitó caldo, que no admitió su estómago, porque le entró una accesión con vómitos, delirio y mucha calentura, que duró hasta media noche. Se llamó al curandero del valle, quien le recetó *siete tragos de aguardiente*, que no permití que le diesen, y desde dicha hora fué á mejor.» (D. Félix de Azara, *Viajes inéditos desde Santa Fe á la Asunción, al interior del Paraguay y á los pueblos de Misiones*, publicados con noticia preliminar y notas por el General D. Bartolomé Mitre y el Dr. D. Juan María Gutiérrez, Buenos Aires, 1873.)

CAPÍTULO XXIV.

De otras preocupaciones (fenómenos naturales).

SUMARIO. — Apariciones de cometas: su fatalidad. — Terremotos, temblores de tierra, cometas y eclipses entre los indios de América: qué anunciaban. — Pronósticos de un astrólogo guaraní. — Los eclipses en la antigüedad y entre los indios del Perú. — Geodas ó *cocos*. — Sus virtudes sobrenaturales. — Descríbense los *cocos*. — Admiración que causan á los españoles. — Revientan, según tradición, con gran estrépito. — Cateadores. — Trátase de explicar la rotura de los *cocos*. — Ideas de los antiguos respecto de los geodas. — Otro género de piedras huecas.

Una de las preocupaciones populares más antiguas y comunes que aun subsisten, son los terrores infundidos por los cometas, no precisamente en virtud de causas naturales que se presuma puedan manifestarse en el orden físico con el contacto ó comunicación mediata ó inmediata de ellos y de nuestro planeta, sino por el solo influjo de su presencia en el firmamento á las miradas de los hombres. Consideróseles como anuncio de públicas calamidades, como unos siniestros mensajeros de las regiones celestes. Entre los sucesos extraordinarios que sobrevenían á la aparición de un cometa, contábanse los destronamientos y muertes de príncipes. Á lo que argüía ingeniosamente Feijoo: « La ambición del vecino, la queja

del vasallo, son los *cometas* que deben temer los soberanos»[1].

Un cometa puede realmente producir alteraciones graves en el planeta que habitamos, sin chocar el uno con el otro, lo que sería un cataclismo que acabaría con todo. Puede modificar las condiciones normales de la atmósfera terrestre. Un rastro de gases deletéreos, irrespirables, puede inficionar el aire que rodea el globo terráqueo, al cruzar éste por un punto de la órbita ó camino andado por el cometa. Puede sufrir la tierra, con la aproximación del cometa, un considerable aumento de temperatura, y, junto con la alteración del aire atmosférico, ocasionar sequías y pestes. La ruina de las cosechas, la mortandad de los ganados, la desolación de los pueblos, traen en pos de sí el malestar, el hambre, la miseria y el robo, los homicidios, las discordias, las guerras, las invasiones y conquistas y el despotismo de los mandones coronados con el lauro de la victoria. De suerte que la supersticiosa ignorancia no anduvo lejos de la lógica realidad en el orden natural de los hechos y fenómenos posibles. El engaño estuvo en la idea de las causas inmediatas de los temidos acontecimientos.

Antes de la llegada de los españoles, hubo en el Perú grandes terremotos y temblores de tierra mayores que los ordinarios, y cayeron muchos cerros. Aparecieron muchos cometas de formas raras y espantables. Por el color y disposición de tres cercos que una noche serena aparecieron en la luna, los adivinos ó magos llamados *llaicas* pronos-

(1) *Teatro Crítico Universal.*
«Cometa con cola denota muchas bocas abiertas; y, si fuere crinita, morirán sin duda aquel año todos los reyes que Dios quisiere.» (Don Francisco de Quevedo, *El Libro de todas las Cosas.)*

ticaron á Huaina Capac que el supremo hacedor y sustentador del universo, Pachacamac, amenazaba la sangre real y su imperio[1]. Los astrólogos y *amautas* ó sabios que se juntaron de mandato de Huaina Capac con motivo de la aparición de unos cometas espantosos y de dos eclipses de sol y de luna, pronosticaron el fin del mundo[2]. El temblor de la tierra, entre los mejicanos, era señal de que se había de acabar presto el maíz de los trojes[3]. Grandes guerras anunciaban los cometas, y muertes de personas principales los eclipses del sol y la luna, entre los pegüenches[4]. Entre los cristianos, los terremotos y temblores de tierra, las inundaciones, pestes y otras calamidades naturales han sido castigo del cielo por los pecados de los hombres.

El cacique Oberá, célebre mago, intentó libertar á la generación guaraní del dominio de los españoles. Titulábase hijo de Dios y decíase concebido sin obra de varón, en el vientre de una mujer que después del parto conservara su prístina virginidad. Un cometa que apareciera por entonces (1577) al occidente, fué la señal espantosa que presentó el caudillo guaraní á los ojos de los suyos para persuadirles á una rebelión que había de acabar con los españoles. El cometa, decía el indio, desapareció repentinamente, porque él así lo había ordenado: era el arma principal y más terrible de que haría uso, cuando llegase

(1) El Inca Garcilaso de la Vega, *Comentarios Reales del Perú.*

(2) *Memorias Antiguas Historiales y Políticas del Perú* por el Licenciado Fernando Montesinos.

(3) Fr. Juan de Torquemada, *Monarquía Indiana.*

(4) *Descripción de la naturaleza de los terrenos poseídos por los Pegüenches* por D. Luis de la Cruz, en la *Colecc.* Ángelis.

la ocasión oportuna del exterminio de sus enemigos, hasta entonces invencibles. Con ella incendiaría sus poblaciones y perecerían todos abrasados. La confianza que inspirara Oberá á los indios no tuvo límites, y el fuego de la rebelión cundió por el Paraguay y otras regiones inmediatas adonde había enviado emisarios. Juan de Garay, capitaneando ciento treinta españoles de los más valerosos, salió de la Asunción del Paraguay en busca de los rebeldes, á quienes pronto hizo ver la temeridad de su intento; á vista de lo cual, otro cacique, el cruel Tapuiguazú, disuadió á su parcialidad de llevar más adelante la empresa. Uno de sus adivinos, el más anciano, llamado *Urambiá,* manifestó que antes de la entrada de los españoles habían aparecido varios cometas, cuya presencia y el movimiento de las estrellas le convencieran de que nuevas gentes vendrían á conquistarlos, conjetura que se conformaba con el rumor que ya entonces corría entre ellos en el mismo sentido. Los españoles son irresistibles, añadía el venerable anciano, el cielo visiblemente los favorece: ante ellos un poder secreto enerva nuestras fuerzas: nuestra ruina es inevitable (1).

Los antiguos griegos y romanos atribuyeron á obra de deidades maléficas ó irritadas el fenómeno de los eclipses, y á su aparición prorrumpían en clamorosos gritos, asordando á la vez con profuso ruido de instrumentos de toda clase, á efecto de impedir que llegasen al cielo las voces de los encantadores. Turcos y persas hicieron lo mismo, intentando desvanecer con el ruido las malas impresiones que causan los eclipses.

(1) Barco Centenera, *La Argentina;* el P. Pedro Lozano, *Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán.*

Igual costumbre tuvieron los chinos, continuándola aun después de conocer la verdadera causa de los eclipses; y es que « tanto se arraiga en los ánimos una observación supersticiosa, que apenas puede turbarla en la posesión el más claro desengaño » [1].

Los eclipses de luna atemorizaban á los indios peruanos, creyendo amenazado de muerte, con la caída del cielo, el mundo. Cuando ocurría, apaleaban á los perros, para que con sus dolientes aullidos conmoviesen á la amable deidad de la noche, despertándola de su letargo y evitando de ese modo la ruina del universo. Persuadidos estaban de que la luna no desoiría los clamores de los perros, á quienes nunca podía olvidar, por cierto servicio que le habían hecho. Adorábanlos por su lealtad y nobleza, representábanlos en las paredes de sus templos, hacían bocinas ó trompas de sus cabezas, que tocaban en las fiestas y en la guerra, y en algunas partes comían su carne, que hallaron sabrosísima [2].

Hay un género de *geodas,* piedras huecas cristalizadas por dentro, que, según tradición, cuando están formadas, revientan con estruendo, lanzando á larga distancia los pedazos en que se dividen. Los indios contemplaron el fenómeno como la obra de un poder sobrenatural, atribuyendo grande virtud á cada una de las fracciones que les era dado recoger de la piedra despedazada con la explosión, como si la naturaleza brindase á voz en grito con los celestiales dones de la felicidad y bienandanza al más solícito en acudir á su llamamiento. Una poderosa fuerza *per-*

(1) Feijoo, *Teatro Crítico Universal.*
(2) El Inca Garcilaso de la Vega, *Comentarios Reales del Perú.*

sonal (á los ojos del hombre primitivo), que clama y á todos vientos arroja considerables partes de su ser que á los rayos del sol resplandecen con hermosura, no podía menos de parecer un llamado á las gentes para que se apresurasen á recibir de las benéficas manos de la divinidad las prendas de ventura que se dignaba ofrecer á sus hijos. Las piedras de que se trata recibieron el nombre de *cocos*.

Son los *cocos* unas piedras huecas, cuya pared interior está cubierta de cristales. Unos son mayores que una calabaza; otros menores que una avellana y semejantes á una semilla ó fruta; algunos parecidos, en forma, tamaño y color, al fruto de la palmera [1]. Los no grandes suelen tener dentro, á parte de la cristalización que entapiza la pared, otros cristales aglomerados y que forman como el carozo ó semillas de una fruta. El color de los cristales varía según la composición de la piedra á que están adheridos: morados (que son los más comunes), blancos, rojizos, amarillentos, negros. Hay cristales mucho mayores que una nuez, y otros diminutos como la punta de una aguja. Los de grano fino son los más resplandecientes y bellos. Algunos ofuscan con la profusión de luces que emiten expuestos á los rayos del sol, y mirados de noche á la luz artificial es mayor y más hermosa su esplendidez. Rara vez se hallan enteros los grandes. Hállanse despedazados, y, á veces, á largo trecho unas de otras las fracciones en que aparece dividida la piedra. Los pedazos correspon-

(1) «La piedra más extraña de cuantas han venido á mi noticia, es la que llaman *coco del Paraguay*. Hanle puesto este nombre los españoles, por tener figura de coco y criarse en la provincia del Paraguay.» (El P. Bernabé Cobo, *Historia del Nuevo Mundo.*)

dientes á una misma piedra se hallan, ora en el suelo, ora debajo de tierra, á veces á un metro ó más de profundidad, en cerros ó en campo llano.

Causaron estas piedras no poca admiración á los españoles que, descubriendo y conquistando, por primera vez las contemplaron en la antigua provincia de Guairá, situada en las regiones del alto Paraná. « Descubriéronse en aquel territorio, dice Ruidíaz de Guzmán, unas piedras muy cristalinas, que se crían dentro de unos *cocos* de pedernal, tan apretadas y juntas, haciendo unas puntas piramidales, que alumbran toda aquella periferia. Son de diversos y lucidos colores, blancas, amarillas, moradas, coloradas y verdes, con tanta diafanidad y lustre, que fueron reputadas por piedras finísimas y de gran valor, diciendo eran rubíes, esmeraldas, amatistas, topacios y aun diamantes. Estos *cocos,* por lo común, se crían debajo de tierra en los montes, hasta que, sazonados los granos, revientan dando un grande estruendo. Y con tanta fuerza, que se han hallado algunos pedazos de pedernal más de diez pasos de distancia de adonde reventó el *coco,* que con el incremento que toman dentro aquellas piedrecillas hace tal estrago al reventar debajo de tierra, que parece que con la fuerza del estruendo estremece los montes » (1). Afirma igualmente D. Juan de Solórzano que estalla el *coco,* y que los indios del Perú (2), cuando sentían el estruendo, acudían presurosos á buscar los fragmentos de la piedra,

(1) *Argentina. Son lo mismo que las piedras de Francia,* dice D. Antonio de Alcedo *(Dicc. Geogr.-histór. de las Ind. Occid.).*

(2) El virreinato del Perú extendía primitivamente su jurisdicción al Río de la Plata y Paraguay, regiones á que sin duda se refiere el autor.

persuadidos de que su hallazgo era indicio de buenaventura [1]. D. Félix de Azara se expresa así: «En bastantes parajes se encuentra lo que se llama *cocos,* que son unos pedruscones sueltos, que encierran dentro cristales, con sus facetas apiñados como los granos de una granada. Los hay de varios colores, y los mayores y más bellos están en la serrezuela de Maldonado (Uruguay). Aseguran allí que por la costra exterior va penetrando el jugo que forma dentro los cristales y que, creciendo éstos y faltándoles cavidad, revienta el *coco* con un estruendo igual al de una bomba ó cañonazo» [2]. «El estampido que hacen al reventar, decía D. Manuel A. de Flores, es tan parecido al que causa un cañón cuando se dispara, que, al oir las primeras (piedras), creímos fuese tiro de las embarcaciones que debían venir de Cuyabá» [3]. Finalmente el General de Ingenieros D. José María Reyes, refiriéndose á estas piedras, también admite que «revientan debajo de tierra con estrépito» [4].

Los *cateadores* llevan una barreta, con la que tientan en el suelo, donde les parece que puede haber piedras de esta clase. Por el ruido y movimiento que hace el suelo, conocen si hay ó no piedras debajo. Generalmente las piedras se hallan partidas, y adheridos en su primitiva disposición todos ó la mayor parte de los pedazos que la integraban. Esta yuxtaposición es lo que facilita al cateador

(1) *Política Indiana.*

(2) *Descripción é Historia del Paraguay y del Río de la Plata.*

(3) Carta al Marqués de Valdelirios (1756), en la *Colección* de Ángelis. D. Manuel A. de Flores, entonces oficial de la Real Armada, fué después teniente general y virrey de Nueva Granada.

(4) *Descripción Geográfica del Territorio de la República Oriental del Uruguay.*

el hallazgo de la piedra, por el choque y rozamiento de las fracciones de ella entre sí, cuando sacude el suelo con el golpe de la barreta. La piedra, que es durísima, enterrada quizás á un metro de profundidad, ¿porqué está rota en dos ó más pedazos? Los movimientos *sísmicos* ó *séismicos* (temblores) que experimenta de continuo en todas partes la corteza del globo, es presumible que, por lo general, sea la causa productora de la ruptura. La circunstancia de hallarse los pedazos de una piedra á cierta distancia unos de otros (á cien, doscientos ó más metros), en ó debajo del suelo, puede tener por causa las convulsiones que en épocas remotas ha sufrido el continente y todo el planeta. ¿Y el estallido de los *cocos?* El estallido de los *cocos* puede ser una cosa semejante al estruendo y estremecimiento de los cerros y serranías, *cuando el tiempo se descompone.* El agua encerrada en algunas geodas ó cocos, al dilatarse en determinadas condiciones atmosféricas, hace que revienten con estruendo. El estampido de un cañonazo no es mayor que el estrépito que causa la geoda al estallar impulsada por el vapor á que una alta temperatura eleva el agua que contiene.

Los antiguos atribuían á las *geodas* propiedades curativas de ciertas enfermedades. Considerábanla excelente, en determinadas composiciones, para las enfermedades de la vista y de los pechos de las mujeres (1). También en el Nuevo Mundo atribuyeron á los *cocos* virtudes medicinales. Bebiendo en ellos, quitaban la melancolía. Los polvos de los cristales interiores, mezclados con agua de azahar, además de quitar también la melancolía, curaban el mal de

(1) C. Plinii Secundi *Naturalis Historiæ* liber XXXVI.

corazón y la gota coral. Tomados con aguardiente, reparaban los espíritus vitales [1].

Hay otras piedras huecas, que se hallan en las barrancas de algunos ríos, excavando en ellas ó cuando las aguas pluviales ó de las crecientes las desmoronan. Son estas piedras más ó menos redondeadas, chicas y grandes, aunque no más de un metro las conocidas, duras como el hierro y negruzcas. Por fuera están cubiertas de tierra arenisca rojiza (que es el color de la que abunda en las vertientes del alto Uruguay, donde se crían) y sembradas de pedrezuelas ó chinas reciamente adheridas. El interior está relleno de greda. Como objetos de curiosidad, á modo de macetas ó por adorno en los patios y jardines, suelen apreciarse estas *geodas*. Al intento, les hacen una abertura, sacándoles la greda que contienen.

---

(1) El P. Bernabé Cobo, *Historia del Nuevo Mundo.*

CAPÍTULO XXV.

Fe en las simpatías. Taumaturgos pedestres. (Auto-sugestión.)

SUMARIO. — Misterios, simpatía y auto-sugestión. — Acreditada simpatía del color rojo. — Acción de las palabras en los elementos simpáticos. — Necesario secreto de las fórmulas. — Cómo se obtienen y se transmiten. — Taumaturgos populares. — Curaciones á la distancia por medios simpáticos. — Auto-sugestión. — Pretensiones del mago vulgar. — Sobre los famosos polvos simpáticos de Digby. — Cómo explicaba Digby la acción de los polvos simpáticos. — La curación por simple contacto de los medicamentos, y á la distancia, ante las corporaciones científicas. — *Manosantas* y *tatadioses.* — Remedios *santos,* hierbas *santas* y *manos de santos.* — Proezas edificantes de un *tatadiós* del Tandil. — Cómo procede el *manosanta.* — Osadía del *manosanta.* — Su hombría de bien. — Sus letras. — Cómo se forma y populariza. — Cómo la echa á perder.

En personas ignorantes, crédulas, influye poderosamente cuanto, á su modo de ver, encierra un *misterio.* El número tres, el número siete, el colocarse del lado del sol, la concomitancia de la curación con la contracción de la corteza de un árbol (la que se va secando por falta de savia), son elementos bastantes á producir el fenómeno psico-físico de la *auto-sugestión* y sus resultados fisiológicos. Tiene el vulgo en las *simpatías* fe ciega. Y esta fe, por lo que

toca á las personas, es el agente misterioso que mueve la máquina de su ser, haciendo que alcance, en muchos casos, la salud á que aspira. Verifícase á favor de ciertas acciones aparatosas, de fórmulas, de preces, de invocaciones, de santiguaderas, el fenómeno psico-físico de la *auto-sugestión,* de cuyos efectos fisiológicos los experimentos coetáneos ofrecen notorias muestras. Por su medio se restablece el ordenado juego de las funciones del organismo, cuyo entorpecimiento alteraba la salud del individuo. Muchas, muy molestas, muy graves y muy frecuentes son las enfermedades que pueden desaparecer mediante una influencia magnética, hipnótica ó sugestiva. Las histéricas y nerviosas, cuyo número es harto crecido, se hallan en este caso. El vulgo ignaro, que ve y observa y experimenta los efectos maravillosos de las *simpatías* que usa, no titubea en atribuirles un carácter sobrenatural. Razón tiene el vulgo, en medio de su ignorancia, para creer hoy lo que en otras épocas tuvieron por cierto los sabios. Muchas de las curaciones serán casuales, imaginarias; mas el vulgo, que no discierne en cosas que están fuera de su alcance, colócalas en el número de las ciertas y comprobadas.

En medicina dase el nombre de *simpatía* á la concomitancia de fenómenos internos del organismo, ya sean fisiológicos, ya patológicos, que se verifican en órganos que carecen de conexión directa entre sí. La *simpatía* vulgar de que se trata, nada tiene que ver con la *simpatía* médica que la ciencia define.

El color rojo desempeña, entre los medios simpáticos, importante papel curativo. Cuando se *abre* la muñeca, una cinta ó tira colorada *sin pecar* (nueva, no usada), ceñida

en ella, la vuelve á su prístino estado de sanidad. Á un ternero ú otro animal con flujo de vientre, se le corta ó modera la correntía, atándole en la raíz del tronco de la cola una tira colorada; y una tira de bayeta colorada en torno del pescuezo de un venadito ó gama *guachos* (sin madre), bajo el dominio del hombre, le preserva de la tristeza y malestar que le acomete, privado de su libertad y natural compañía, tristeza y privación de libertad que le ocasionan infaliblemente la muerte[1].

Las *palabras* (que es lo esencial del secreto) comunican la virtud eficiente á la *simpatía*. La operación ó la acción, el aparato, son la forma, y las palabras el alma. Sólo en determinadas ocasiones sale de la boca del hombre de campo el secreto. Un padre, en las postrimerías de su existencia terrenal, transmite secretamente á *tres* de sus hijos la fórmula que le sirvió para hacer bien á sus prójimos ó para la conservación de su hacienda. Un hombre pobre, viejo y desvalido, que no espera ya poseer ganados cuya gusanera haya de curar por medio de una fórmula simpática, dásela á conocer á un amigo ó un benefactor. Fuera de estos casos, la fórmula que encierra el secreto simpático, puede ser transmitida lícitamente á dos personas, es decir, sin que las palabras pierdan su eficacia. En tal caso, la transmisión del secreto se hace con la debida solemnidad y juramento; de suerte que nunca ha de pasar de *tres* el número de los que le posean. El ternario forma una unidad superior, envolviendo una perfección moral que impide desmerezca la virtud del secreto.

(1) Aplican las *simpatías*, no sólo á las personas (en que puede verificarse la *auto-sugestión)*, sino á las cosas. Véase Cap. XXI y pág. 366.

Obtiénese además un secreto simpático, penetrando en una *salamanca.* El que ha tenido suficiente fortaleza de ánimo para internarse en una *salamanca* (cueva encantada), de seguro regresa de allí sabiendo algún secreto, no sólo para curar enfermedades propias y ajenas, sino para salir ganancioso en toda carrera de caballos ó juego de baraja, ó para rendir á su voluntad á la más esquiva de las mujeres.

Ahora, hay géneros de *simpatía* ó modos extraordinarios de curar que privativamente aplica un taumaturgo, un individuo que presume haber recibido del cielo la gracia *gratis data,* el don de hacer milagros que sólo Dios puede otorgar mediante su infinito poder soberano. De ahí, en el Río de la Plata, los *manosantas,* los *tatadioses* y los *saludadores.*

Gran precio hacen de un género singular de *simpatía,* que consiste en aplicar desde lejos, sin ver ni conocer á la persona ó al animal que están enfermos, las operaciones y fórmulas de que consta. Llaman á esto *curar á la distancia.* Rara, muy rara es la persona que tiene la dicha de poseer el secreto de esta codiciada *simpatía.* Individuos hay que guardan y aplican el secreto de *curar á la distancia.* Basta que un enfermo piense en ellos, de un lugar á otro, aunque haya ríos, mares y cordilleras de por medio, para que sane de la dolencia que le aquejaba. Cualquiera diría que se trata de supuestos espiritistas, ó de hipnotizadores campesinos. Pero no hay nada de eso. El *manosanta* ó el depositario de una *simpatía,* que pretenden influir á la distancia, acaso no han oído hablar en su vida de espiritismo y mucho menos de hipnotismo, términos nuevos, para ellos exóticos, cuyo sentido ignoran. Tiene, en reali-

dad de verdad, bastante semejanza con ciertas doctrinas modernas, de carácter científico, la idea y forma de curar á la distancia. Viene á ser ni más ni menos que la *auto-sugestión,* cuando el paciente es una persona: la sugestión que promueve uno en sí mismo, en el estado de vigilia, á favor de un acto de voluntad suficientemente eficaz para el efecto. El campesino del Río de la Plata, así como el brasileño de Río Grande del Sur, quieren ir, sin embargo, con sus simpatías mucho más adelante que los hipnotizadores con sus asombrosos experimentos. Los hombres científicos del Viejo Mundo intentan obrar en el ánimo y organismo del paciente, entre otras formas de transmisión de la voluntad, por medio de la *sugestión mental* en el estado *hipnótico* ó de sueño artificial. El mago vulgar rioplatense pretende producir el mismo efecto en el estado de vigilia. El hipnotizador sugiere mentalmente sus ideas y designios á una persona, á un ser dotado de comprensión racional, á un individuo capaz de entender el lenguaje en que le habla con solo el pensamiento, como lo entendería, si le hablase con la emisión corpórea de la voz, con los sonidos articulados que forman la palabra. El mago pedestre de la cuenca del Plata va más adelante, pretendiendo extender la esfera de acción propia de sus ensalmos á las dolencias que padecen los animales, y aun á las cosas inanimadas, como si las plantas y las aguas y los cielos fueran seres dotados de entendimiento y voluntad y por ende capaces de obedecer sus mandatos. La pretensión de curar á la distancia no es cosa reciente, ni se ha fundado solamente en ceremonias y *palabras* (fórmulas secretas). Hombres de ciencia antiguos y modernos han asegurado é intentado demostrar con experimentos que un medicamento puede producir el efecto

natural de sus propiedades, sin necesidad de que el enfermo le tome, ni de que se le aplique á la parte dañada.

Los *polvos simpáticos* de Digby alcanzaron no poca fama en la Europa de la décimaséptima centuria. Pretendíase curar desde lejos con ellos las heridas y llagas. Componíanse los polvos mágicos de sulfato de hierro, llamado comúnmente *vitriolo*(1). Aplicábase el vitriolo á un pedazo de tela, ó á cualquier otro objeto, á la espada, por ejemplo, manchada con la sangre de la herida. Mediante esta simple operación, el paciente sanaba. No había necesidad de aplicar el vitriolo á la herida ó llaga, ni de poner en contacto con ella el trapo que le contenía. El vitriolo curaba la herida desde lejos, por considerable que fuera la distancia á que se hallare de él, ó del objeto manchado de sangre y espolvoreado, la persona cuya llaga se trataba de curar. Bastaba que se hallasen en contacto la sangre de la herida y los *polvos simpáticos*(2).

Un fraile carmelita, que había estado en el Oriente, donde adquiriera el *secreto,* comunicólo á Kenelm Digby, docto químico y filósofo inglés, quien, después de haber hecho algunos experimentos en que pudo convencerse de la eficacia del remedio, disertó científicamente á su res-

(1) Todo sulfato lleva el nombre de vitriolo. El de hierro es propiamente *vitriolo verde;* el de cobre, *azul;* el de zinc, *blanco.*

(2) «¡Qué decantados fueron los *polvos simpáticos*, que, echándolos en la venda con que se había ceñido la parte herida, á cualquiera distancia, curaban la llaga ó restañaban la sangre, ó quitaban el dolor, aun cuando la venda estuviese en Madrid y el herido en Roma! Todo lo que se ha hallado en ellos es que hacen algún leve efecto, estando la herida y la venda dentro del mismo cuarto ó á muy breve distancia.» (Feijoo, *Teatro Crítico.)*

pecto ante una asamblea de gente docta el año de 1658 [1].

Con razón puede afirmarse, dice Digby, que el vitriolo es una de las substancias más excelentes que la naturaleza ha producido. Los químicos enseñan que el vitriolo no es otra cosa que la *corporificación* del espíritu universal que anima y perfecciona todo cuanto existe en este mundo sublunar. Este espíritu universal *corporificado* es atraído eficazmente por un *imán* apropiado á su forma. La *luz* transporta los átomos que se desprenden de la sangre mezclada con el vitriolo, difundiéndolos en un espacio de *aire* considerablemente dilatado. La llaga de que se extrajo la sangre que se mezcló con el vitriolo, *atrae* los efluvios que de este compuesto se desprendieron. Entonces los *espíritus* del vitriolo, que es una sustancia *balsámica,* producen el efecto apetecido, aliviando y curando la llaga ó herida. Todo este *misterio,* pues (concluye el filósofo disertante), se gobierna por medios naturales. Innecesario es, para explicarle, recurrir á la falsa idea de un agente que obra á la distancia, sin comunicación real con el sujeto ó cosa á que se aplica. Se trata pura y simplemente de una *substancia balsámica* que se mezcla corporalmente con la materia ó carne de la llaga. Nada hay en ello de ensalmo, ni de magia. Esto es cierto. Mas tampoco debemos creer que la esfera de acción de la naturaleza se halle reducida al corto espacio á que la circunscriben nuestros sentidos corporales [2].

(1) *Discours fait en une célèbre Assemblée par le Chevalier Digby, Chancelier de la Reine de la Grande Bretagne* etc., *touchant la guérison des playes par la Poudre de Sympathie. Edition de 1666 reproduite par* Georges Demarest. París, 1895.

(2) Disertación citada en la nota anterior.

En nuestros días (año de 1887), ante la Academia de Medicina de París, uno de sus más calificados individuos[1] se propuso demostrar que los medicamentos producen su efecto ordinario en una persona hipnotizada, con sólo poner en contacto con su cuerpo, y aun á cierta distancia de ella, un tubo de cristal herméticamente cerrado que los contenga. No habría necesidad, por consiguiente, de que los medicamentos fuesen ingeridos en el organismo que los pide para la curación de sus dolencias. La Academia de Medicina, después de varios experimentos, declaró que la supuesta curación por medios tan contrarios á los principios fundamentales de la terapéutica, era inaceptable.

Manosantas y *tatadioses*[2] llaman en el Río de la Plata á cierta clase de taumaturgos populares que recorren los campos y las ciudades prometiendo curas maravillosas. Así el *tatadiós* como el *manosanta* se valen de aparatos y ceremonias, de fórmulas ininteligibles, de preces y de palabras y de santiguaderas. La denominación de *tatadiós,* sin embargo, la aplica con preferencia la gente menuda á los negros, que la aceptan y se la dan á sí propios con toda modestia. El *tatadiós* propina también remedios, que consisten generalmente en hierbas, y á veces inventan los procedimientos y cosas más disparatadas que pueden caber en cabeza humana.

El vulgo, al exornar á este género de curanderos con los dictados de *tatadiós* y de *manosanta,* no da á entender propiamente que reconozca en ellos cualidades ó atributos peculiares de Dios ó de los santos. Ni con la califi-

(1) El Dr. Luys.
(2) *Tata* significa padre.

cación de *manosanta* alude precisamente al hecho de curar mediante la imposición de las manos, como lo hacen algunos; porque esto es cosa accidental, un simple pormenor de sus operaciones misteriosas. El vulgo, de antiguo, ha calificado metafóricamente de *santos* ciertos remedios y hierbas medicinales tan eficaces, que no parecería sino que hubiesen recibido especialmente del cielo, para beneficio del hombre, la virtud curativa que encierran. El campesino rioplatense, generalmente mestizo, dice: *la marcela es una planta que Dios esparció por el suelo de América para remedio del indio.* El mestizo se titula *indio* á sí mismo: nadie, en el Río de la Plata, escrupuliza serlo, ni repara en que de tal le califiquen, aunque tenga más de la raza blanca que de la cobriza. Para significar la prontitud con que un remedio produce su efecto, dícese que á favor de él desaparece el dolor *como con la mano de un santo.* Comúnmente se expresa la misma idea con mayor brevedad: cesa el dolor, ó se quita el mal, *como con la mano.* Cuando un medicamento se considera infalible para esta ó aquella enfermedad, se le recomienda diciendo: *¡santo remedio!* Por otra parte, *mano,* en sentido traslaticio, significa la persona que obra y los medios de que se sirve, así como el valimiento y patrocinio que dispensa. De modo que, habiendo *remedios santos* y *hierbas santas,* es natural que haya también *manos santas.*

Hay, no obstante, gente que cree que los *manosantas* efectúan sus curaciones á favor de una gracia *gratis data,* que son unos verdaderos taumaturgos. Otros entienden que es género de brujería ó de magia. Otros solamente hallan en ello un misterio, cosas veladas al entendimiento de los mortales.

En el Tandil, al sur de Buenos Aires, apareció un *tatadiós* que mediante algunas supercherías logró fanatizar al gauchaje. Metiósele en la cabeza que allí estaban de más los extranjeros, que juntaban mucho dinero en tanto que el hijo del país estaba pobre, y se propuso exterminarlos. Para el efecto, reunió algunos desalmados y salió por el campo matando y robando á cuanto extranjero hallaba y asaltando las casas y poblaciones. Perseguido eficazmente, no tardó en caer en las garras de la justicia, que le dió su merecido. El memorable *tatadiós* del Tandil era un dios bien *paternal*.

El *manosanta* no deja de aplicar asimismo tal cual medicamento; pero lo que le distingue y caracteriza es el uso de las preces, de la señal de la cruz y de velas encendidas delante de un crucifijo ó de la virgen. No pregunta qué enfermedad tiene el doliente, ni le importa saberlo. Lo único que necesita saber es dónde siente el dolor ó la incomodidad, á fin de santiguar oportunamente la parte enferma ó en que se manifiesta la enfermedad. Pone el crucifijo ó la imagen sobre una mesa. Enciende delante del crucifijo ó de la imagen tres velas, ó un número mayor, pero siempre cabalístico. Reza con las manos cruzadas. El paciente, al mismo tiempo, reza también, fijos los ojos en el crucifijo ó la imagen. Finalmente hace con la mano ó con el dedo pulgar la señal de la cruz en el propio lugar en que entiende hallarse localizada la dolencia. Á veces cura imponiendo las manos, sin otra ceremonia.

El magnetizador hace uso de los *pases* para someter á su influencia la voluntad del *sujeto* ó paciente en quien opera. El *manosanta* no usa de *pases;* porque no conoce ni aplica el arte de la magnetización. Instintivamente, em-

pero, suele imponer las manos, dando á conocer con ello el parentesco natural que tienen uno y otro procedimiento. Á veces el *manosanta* aplica la mano á la parte enferma ó dolorida, como si se propusiera transmitir por contacto las determinaciones de su voluntad al paciente. Á veces cura con solo un mandato. Suele unir á las psíquicas las fuerzas naturales. Había un *manosanta* que se preparaba para hacer sus curaciones mentales, mirando fijamente al sol durante un rato. De ese modo adquiría la fuerza necesaria para obrar sobre la imaginación y el cerebro de sus admiradores. Las luces interpuestas entre el crucifijo ó la imagen y el paciente, ofuscan sus ojos, que les dirigen la suplicante mirada, disponiéndole á recibir la impresión mental que le va á comunicar el manosanta, á fin de promover la *auto-sugestión* que ha de suscitar el fácil juego de las funciones cuyo entorpecimiento causaba la dolencia.

La supina ignorancia del *manosanta* le infunde esa impavidez que se necesita para acometer con serenidad y confianza tan arduos empeños como toma á su cargo. El abatido enfermo, pasmado de la osadía del *manosanta*, aunque al pronto dudare, acaba por creerle capaz de un milagro, mayormente si se agolpan en aquel instante á su imaginación las curaciones maravillosas que de él ha oído contar: el prestigio avasalla.

Procura el *manosanta* ser hombre de bien, no hacer malas acciones, persuadido de que la práctica de la virtud favorece el éxito de sus curaciones; en lo que se asemeja, como en sus procedimientos, á todo mago, ya sea de la India, ya de Egipto, ya de sus imitadores europeos, ya de las generaciones selváticas que poblaban el Nuevo Mundo. Uno de los compañeros de Álvar Núñez Cabeza de Vaca,

en la Florida (América del Norte), atribuía á sus muchos pecados su poca fortuna en la curación de enfermedades con santiguaderas y soplos[1].

El manosanta no cobra nada por sus curas: recibe lo que le dan voluntariamente.

El *manosanta,* lo mismo que el *tatadiós,* por lo general, no sabe leer ni escribir. No ha aprendido en ningún libro, ni en ninguna escuela, su arte. Nadie se lo ha transmitido verbalmente, ni ha visto hacer por otro las cosas que él ejecuta. Ni se propuso de caso pensado ocuparse en curar á los enfermos. Le ocurrió un día ver si sanaba un hombre afligido, implorando la divina misericordia, santiguando, soplando ó imponiendo las manos, y le salió bien el pensamiento. Repitió la operación una y otra vez, siendo en todas, ó en algunas, feliz. Corrió la voz, y le proclamaron *manosanta.* Nace, pues, el *manosanta* del seno de las sociedades en determinadas circunstancias, como ciertas hierbas que brotan y crecen, sin que nadie las plante ni las cultive, en terrenos apropiados á recibir la simiente que las produjo. Al emprender inconscientemente su ministerio, responde á una vocación, que, ajena de cultivo intelectual, se convierte en monomanía. Coinciden sus procedimientos con los que usaron los magos, adivinos y hechiceros de otras épocas y regiones; porque unos mismos antecedentes, unas mismas causas y unas mismas circunstancias les dieron origen y una misma es la humana naturaleza en todas partes.

Los *manosantas* la echan á perder, cuando, ufanados con sus triunfos, se levantan á mayores. Entonces pierden los estribos, y caen. Se meten en un berenjenal en que es

(1) Véase Cap. XXVII.

preciso andar con pies de plomo, y ellos, en lugar de mantenerse con cautela en el punto adonde su buena suerte los condujo ilesos, á lo mejor dan una zapateta, quieren calzarse los talares de Mercurio y, entre el desencanto de los unos y la rechifla de los otros, da punto su casi gloriosa carrera. *Sic transit gloria mundi.* Tal le aconteció á un célebre *manosanta,* en Montevideo, que, después de haber hecho, según dicen, curas admirables, intimó cierto día á un cojo que soltase las muletas y echase á andar sin miedo. El cojo no se atrevía á soltarlas. Pero tantas fueron las instigaciones é insultos del *manosanta,* que dejó caer las muletas, cayendo él á la par con ellas y dándose un porrazo tan grande, que por poco se queda sin la otra pierna. Ésta fué la última curación que hizo en público el *manosanta* montevideano.

CAPÍTULO XXVI.

El vulgo médico.

SUMARIO. — El diablo médico. — Médicos y abogados novatos. — Yerros de médicos. — Lógica del vulgo: *hágase el milagro, y hágalo el diablo.* — Curanderos y saludadores estimados del vulgo. — Los curanderos del Río de la Plata. — Medicina popular. — Trabajos de los jesuítas sobre plantas medicinales. — El famoso médico Mandouti. — Remedios *caseros.* — *De médico, poeta y loco, todos tenemos un poco.* — Carácter del saludador. — El ayuno y la saliva: su antiguo crédito y virtudes. — Signo del saludador. — Duda teológica. — El saludador, hechura del diablo. — Modo de combatir la acción del diablo en el nacimiento del saludador. — El saludador en las cárceles del Santo Oficio.

Para todo buen cristiano, las curaciones del *manosanta,* del *tatadiós* y *del saludador* son obra del espíritu infernal, son género de brujería. Y con efecto, al diablo no podía ocurrírsele una diablura más propia de su condición, que meterse á médico. ¿Quién mejor que él puede ordenar una rica farmacopea con los infinitos datos que su perspicacia y curiosidad ha ido acopiando desde la creación acá? ¿Qué profesión está más necesitada de la experiencia, que la medicina? La abogacía también la necesita mucho. Pero no ofrece tantos peligros la inexperiencia del abogado como la del médico; porque á veces está en mano del juez (y co-

rresponde á su noble oficio) suplir con oportunas razones las impertinentes de la defensa. Un antiguo proloquio de las escuelas aconsejaba: en abogado ni en médico nuevo pongas tu hacienda ó tu vida; que el uno enredará tus negocios más de lo que estuvieren y el otro te llevará al campo santo antes de que llegue tu hora (1). ¡Guarda! no te fíes de médicos novatos; que, como advierte Quevedo, «*tras la cura viene el cura*» (2).

El *manosanta*, el *tatadiós* y el *saludador* son unos ministros del espíritu de las tinieblas, que, con el halago de ofrecer nada menos que el bienestar físico á las gentes, se propone dominarlas. Siendo esto así, ponerse en manos de un saludador, equivale á ponerse en manos del diablo. En substancia viene á ser la misma cosa. *Entrega uno su alma al diablo.* ¿Qué hará, pues, el hombre piadoso, cuando está viendo que se muere, si el *saludador*, el *tatadiós* ó el *manosanta* no lo remedia? ¿Dejarse morir, por no curarse en manos del diablo? Caso es éste para cuya solución no hay que acudir á los doctores de la Iglesia, sino á la gramática parda, que es la que se consulta en lo tocante á las precisas comodidades y necesario gobierno de la vida. El hombre defiende instintivamente su existencia contra las causas que tienden á destruirla. La naturaleza le aguijonea con las punzadas del dolor, para que no ande lerdo en este punto. Un pobre diablo, que con un fármaco, ó unas hier-

(1) *Non confidas in medico novo, quia est homicida parentum; nec in advocato novello, quia est confusor litium.*

(2) Cervantes, en uno de sus entremeses, satiriza de este modo los errores de médicos y boticarios: — «Y así, es menester que se os den unos botones de fuego (cauterios) con *yerros* de médicos y boticarios.» *(El Hospital de los Podridos.)*

bas, ó con preces y santiguaderas, ó con soplos y con miradas y pases y visajes y mojigangas, restituye la perdida salud al enfermo, ése es, á los ojos del paciente que recibe el beneficio, un intérprete de la naturaleza, un ministro de la divinidad en la tierra. Que es negocio de brujería, que es una cosa imposible, sobrenatural, que sólo Dios puede hacer milagros, que anda metido en ello el diablo..... Enhorabuena, dice el paciente; pero *hágase el milagro, mas que lo haga el diablo,* y, cerrando los ojos, se pondrá en manos de quien le brinda con la salud ó le libra de un grave peligro [1]. La gramática parda así lo prescribe y enseña. Tal modo de pensar y de proceder es muy propio de la flaca y deleznable condición humana, y en España y en las regiones pobladas de su gente, avezada á comunicar con judíos y moros, están todos, á pesar del celo del Santo Oficio, curados de espanto. *Hágase el milagro, y hágalo Mahoma,* ha dicho para su capote quien de las doctrinas de este profeta aprendió á resignarse estoicamente ante las desoladoras llamas de su hogar incendiado: *pues que la casa se quema, calentémonos todos.* El vulgo no está en los ápices de la teología, y, cuando lo estuviere, ni aun así sacrificaría á ellos sus conveniencias reales é inmediatas, lo que actualmente le apremia. Sobre todo el dolor no entiende de sutilezas. El dolor va á escape tras el remedio.

(1) «En saliendo á la calle, tendió en el suelo mi guiadora su manto y mandóme que pusiese los pies en él. Me dijo que tuviese buen ánimo, que por entonces dejase mis devociones. Luego ví mala señal, luego conocí que quería llevarme por los aires, y *aunque como cristiano bien enseñado tenía por burla todas estas hechicerías (como es razón que se tengan), todavía el peligro de la muerte,* como ya he dicho, *me dejó atropellar por todo.*» (Cervantes, *Pérsiles y Sigismunda.)*

Entrégase fácil á la *mano* que le alivia, la cual es, para él, *santa,* si le cura.

Antiguo achaque del vulgo ha sido recurrir á un curandero ó á un saludador, para que con yerbas ó con palabras restituya á los dolientes la perdida salud, particularmente cuando los médicos no aciertan con el remedio, si le tiene[1].

Curanderos han sido por lo general, desde antiguo hasta el día de hoy, los médicos de la gente campesina en el Río de la Plata. En el Paraguay, cada distrito ó poblado tenía uno, que todos los días de fiesta sentábase á la puerta de la parroquia, adonde acudían los enfermos y le enviaban sus aguas en un cañuto. El curandero tomaba el cañuto, y, vertiendo en la palma de la mano unas gotas, las miraba contra el sol y luego las tiraba al aire: operaciones que repetía dos ó tres veces. El arrojar al aire las aguas tenía por objeto verificar si caían conglobadas ó sueltas como el rocío. En el primero de los casos había indicios de que la enfermedad era procedente del frío; en el segundo, tenía por causa el calor. El remedio consistía en unas hierbas, que el paciente debía tomar en infusión. Estos curanderos ni visitaban á los enfermos, ni oían la relación de sus dolencias. En los pueblos de indios se elegía anualmente, como los alcaldes de los cabildos, el indio que debía hacer de médico, cuya tarea se reducía, por lo regular, á ir á llamar al cura para que confesase al enfermo y al sepulturero para que cubriese con tierra su cuerpo y le pusiese una cruz encima[2]. Eso no obstante, los enfermeros *(cu-*

(1) En el *Pérsiles* de Cervantes aparece una hechicera á quien una madre le pide que con yerbas y palabras le cure una hija que estaba en manos de médicos, sin hallar mejoría.

(2) Azara, *Descripción é Historia del Paraguay y del Río de la Plata.*

ruzuyaes) de las reducciones jesuíticas sabían sangrar y aplicar algunos remedios que el cura les indicaba ó que ellos tenían por buenos [1]. Hubo un tiempo, dice un escritor del siglo décimosexto, en que, no las drogas y la codicia, sino el amor y la caridad curaban á los enfermos. Cada uno decía á su vecino lo que sabía y había experimentado. Sacábanse los enfermos á las plazas, á fin de que las personas que tuviesen conocimiento de algún remedio adecuado, se lo diese ó aconsejase [2].

La población campesina, hoy, á parte de los curanderos, conoce un sinnúmero de medicamentos para toda clase de dolencias. Los jesuítas hicieron prolijo estudio de las plantas medicinales del Paraná y Uruguay. Los padres Segismundo Aspérger y Buenaventura Suárez, y el hermano Pedro Montenegro, dieron noticias de ellas [3]. Las recetas y aforismos del padre Aspérger andaban en manos y en boca del vulgo y tenían más crédito en el Río de la Plata, según Azara, que en Europa los de Hipócrates y Dioscórides [4].

Á fines del siglo décimoctavo (año 1783) arribó á Buenos Aires, precedido ya de alguna fama adquirida en Europa, un médico portugués, natural de Praga, que había hecho sus estudios en la ciudad de Coimbra, pero que no exhibía títulos debidamente legalizados. El Doctor Man-

(1) *Memoria de las Misiones de Indios Guaranís* por D. Gonzalo de Doblas, en la *Colecc.* Ángelis.

(2) *Diálogos* del ilustre caballero Pedro Mexía.

(3) La obra de Montenegro publicóse en la *Revista Patriótica del Pasado Argentino* por D. Manuel Ricardo Trelles.

(4) *Viajes Inéditos* publicados por D. Bartolomé Mitre y D. Juan M. Gutiérrez.

douti, que así se llamaba, llegó muy luego á ser en la capital del virreinato del Río de la Plata, como más adelante lo fuera en el alto y bajo Perú, una especie de mago, por sus curas sorprendentes, por sus pronósticos infalibles, por la sencillez y rareza de sus medicamentos [1]. Había en Buenos Aires dos médicos autorizados por la suficiencia de sus diplomas, los cuales (como es consiguiente y sucede siempre en casos tales), se quejaron de la intrusión, solicitando de la autoridad competente que prohibiese al titulado Dr. Mandouti hacer público alarde de una profesión para cuyo ejercicio no estaba legalmente habilitado. Cuentan que el virrey tuvo la humorada de suplir con una singular prueba de competencia la falta de título que oficialmente la autenticase. Fingiéndose enfermo á favor de una fiebre artificial, hizo ir á su palacio al Dr. Mandouti, y pidióle que, para curar ó aliviar su dolencia, le diese una medicina. Mandouti, que era tan perspicaz como ingenioso, observó un rato al gobernador y con aparente gravedad le dijo: — « Coma vuestra señoría buen jamón y buenos pavos rellenos, beba buenos vinos generosos y fume buenos habanos; que con tales medicinas quedará tan sano como antes. » El gobernador, riéndose de la respuesta, le contestó: — « Doctor Mandouti, vuestra merced podrá curar enfermos al par con los otros médicos, sin que Galeno se sonroje. » Mandouti anda hoy todavía en boca de todos. ¿ Quién no ha oído una y cien veces nombrar al Dr. Mandouti ? Su recetario se expende á millaradas. Muchos re-

(1) Hállanse compilados en un cuaderno impreso, de que se han hecho varias ediciones, con el título de *Colección completa de Recetas del célebre Dr. Mandouti.*

medios extravagantes hay en él, y no por eso dejan de merecer entera confianza á las gentes.

Las hierbas medicinales estudiadas por los jesuítas y las recetas de ellos y de Mandouti han contribuído considerablemente á constituir la *ciencia* médica del vulgo en el Río de la Plata. No hay ciudad ó pueblo que no tenga sus vendedores (negros ó indios) de hierbas medicinales, que ellos mismos van á buscar por cerros, playas, bañados, lomas y valles.

La medicina popular, ó *casera,* se compone principalmente de hierbas. Es vulgar opinión que no hay planta que carezca de alguna virtud curativa. La dificultad está en conocerla; que, por lo demás, toda planta sirve para algo. Entre los minerales, utilízanse algunas substancias, como la sal. El reino animal, aunque no tanto, ni con mucho, como el de las plantas, ofrece bastantes remedios. La grasa del *yacaré* (caimán), para el reumatismo: la de la iguana, para toda hinchazón: la de la comadreja ó *micuré,* así como su carne, comida, para las hemorroides. El hígado de zorrino ó *yaguané,* secado á la sombra, recomiéndanle como sudorífico y para el dolor de costado, tomando una corta porción de polvo de él desleído en agua ó vino caliente. El olor de sus orines, excesivamente hediondos, para la jaqueca. Las uñas del anta, gran bestia ó *mborerí,* tomadas en polvo, para curar la alferecía. Abierto vivo el zaramagullón ó *biguá* y aplicado al pecho, para el asma. El *guirapayé* ó *ave hechicera,* llamado más comúnmente *tingazú,* comido, hace el efecto de un purgante[1].

(1) *Apuntamientos para la Historia Natural de los Cuadrúpedos y de los Pájaros del Paraguay y Río de la Plata* por D. Félix de Azara.

Además de las hierbas y otros medicamentos racionales, llamados *remedios caseros,* conoce el vulgo infinito número de remedios simpáticos. El lacre en el bolsillo sirve para las hemorroides; los porotos ó habichuelas en torno de los ojos y la frotación con una barra de azufre, para el aire; las rebanadas de papas (patatas) en las sienes, para el dolor de cabeza; una llave pendiente del cuello, para hacer retirar de los pechos de las madres la leche; una cinta ó una tira sacadas de la enagua que lleva puesta una mujer, para la retención de la orina, etc. Casi no hay objeto natural ó artificial que no tenga para el vulgo, alguna virtud, alguna aplicación simpática.

La piel del *venado del campo,* que dicen mata á la víbora encerrándola en un círculo de su baba *catingosa* (pestilente), es usada como preservativo de la mordedura de este reptil venenoso: lo ahuyenta. Los antiguos creyeron (y de ellos tiene origen la actual creencia) que los ciervos, destructores de víboras, tenían virtud contra ellas y su veneno y que les eran funestos. Un diente de ciervo las ahuyentaba. Dormía tranquilo, sin el más mínimo temor de que una víbora se le aproximase, quien se acostaba sobre una piel de ciervo (1). El paisano, cuando se echa á dormir en un sitio visitado de víboras, pone una piel de venado debajo de su recado de montar, que le sirve de cama en el suelo.

Tienen asimismo como eficaz preservativo de la mordedura de víbora el licor de *isipó-curuzú* ó *milhomens.* Toman, para el efecto, de vez en cuando, una copita de él, y se creen inmunes.

(1) C. Plinii Secundi *Naturalis Historiæ* liber XXVIII.

La camisa de la culebra (ó víbora), colocada entre el forro del sombrero, en la parte por donde ciñe la frente, quita el dolor de cabeza.

Con palabras, curan la *culebrina,* á que llaman también *fuego de San Antón.* Creen que tiene origen del paso de una culebra (ó víbora) por sobre la pieza de ropa interior que, después de lavada, ha sido tendida al sol, recogida y puesta, sin habérsele pasado la plancha. Suponen que la irritación de la piel se va extendiendo al rededor del cuerpo hasta que los extremos de la mancha, que representan la cabeza y cola de la culebra, se tocan ó juntan: entonces muere la persona [1]. Usan la piel del zorrino contra el dolor de costado: con una tira cortada á lo largo, se envuelven la cintura. El *pellón* [2] del *aguará-guazú* (comúnmente *aguará)* cura é impide la salida de las hemorroides.

De médico, poeta y loco, todos tenemos un poco, según nos advierte el refrán [3], cuyo autor, que es el mismo vulgo ó sea el hombre experimentado de todos los tiempos, tiene examinada á fondo la condición humana. Esta opinión que de nosotros mismos tenemos, no nos favorece mucho; porque nos hacemos merecedores de que se nos achaque el prurito ingénito de meternos en camisa de once varas. Mas el hecho mismo de que todos traigan á cuento el pro-

(1) D. Antonio de Ulloa describe la *culebrilla* en la *Relación Histórica del Viaje á la América Meridional* por D. Jorge Juan y D. Antonio de Ulloa.

(2) Manta de piel (del latín *pellis).* Alúdese en el texto á la del recado de montar.

(3) De *músico,* poeta y loco etc. en la *Monografía sobre los Refranes Castellanos* por D. José María Sbarbi.

verbio, está demostrando que todos ó casi todos confiesan lisa y llanamente el pecado, esto es, que todos se reconocen capaces de atentar contra la salud, contra la belleza y contra las reglas del sentido común, como que nadie ó muy pocos ignoran, alumbrados siquiera de la luz natural, que las cosas que conocemos á medias más dañan que aprovechan. Cuando en uno sobresale la primera de aquellas tendencias de que hace mención el refrán, lo *poco de médico,* la cual, en semejante caso, regularmente se presenta adunada á otro poco de simplicidad ó de la cualidad contraria, entonces resulta el *curandero.* Bien se deja entender que, siendo tan comunes á la humanidad los flacos que le atribuye el refrán, forzosamente habrá de ser bastante considerable el número de curanderos en el mundo. El continente bañado por las aguas del Atlántico y del Pacífico, los cobija en abundancia. Del Río de la Plata en especial no decimos nada: blancos, mestizos, indios, mulatos y negros, todos meten la cucharada en materias de medicina. Por lo que respecta al acierto con que lo verifican, bastará con saber que las chinas y los negros son los más aficionados á ello. En general curan ó matan, con hierbas; á distinción del médico, que lo hace con drogas.

Drogas también, aunque inmateriales (signos, palabras, santiguaderas) usan el *saludador,* el *tatadiós* y el *manosanta.* El primero de estos médicos populares es el más antiguo, clásico en España, de donde pasó á América con la conquista. Fué el precursor inmediato de los dos últimos. Los tres, en ciertas ocasiones, hacen uso asimismo de la imposición de las manos y de los soplos. Mas el *saludador* difiere del *tatadiós* y del *manosanta* en que su espe-

cial ministerio es curar la hidrofobia ó mal de rabia en hombres y animales. Distíngucle igualmente la condición de emplear con preferencia, en la curación de la rabia y otras enfermedades, la saliva, por medio de la lengua, y el aliento. Elige la mañana para sus curas, en razón de que, á esa hora, está aún en ayunas. Ya sea porque, con el nuevo día y en ayunas está más libre de la influencia de la materia el espíritu, ó ya porque se halle éste menos empañado por las impurezas del tráfago social, ello es que las primeras horas de la mañana son las más favorables al alto ministerio del saludador y de todo mago ó taumaturgo.

Antiguo y considerable es el crédito del ayuno y de la saliva en las supersticiones y en la magia. La saliva de un hombre en ayunas reputábase excelente antídoto del veneno de las víboras. Curaban la lepra y otras enfermedades de la piel, frotando en ella con la saliva igualmente en ayunas. Escupían á intento de preservarse de la epilepsia, como repeliendo el contagio. Pedíase favor á los dioses en una pretensión extraordinaria, escupiendo en el propio seno. Acostumbrábase, en la aplicación de toda clase de remedios, escupir tres veces, conjurando de esa manera el mal y favoreciendo la acción de los medicamentos. El que, arrepentido de haber dado un golpe á otro, quería evitar que sufriese las consecuencias de él, escupía al punto en la palma de la mano con que le pegó. En el acto, el agredido dejaba de sentir el dolor. Después de aporrear á una bestia de carga, escupían también en la mano inmediatamente, para que echase á andar en seguida. Para hacer más doloroso el golpe, escupían primero en la mano. Expulsaban cualquier animalillo que se hubiese introducido en el oído, escupiendo en él. Preservábanse de los maleficios, escu-

piendo en la propia orina, luego que se expelía, ó en el zapato del pie derecho, antes de calzarlo. Escupían al tiempo de atravesar por donde hubieran corrido un peligro. Las nodrizas tenían cuidado de escupir tres veces á la llegada de un extranjero ó cuando alguno se detenía á mirar un niño dormido, aunque ya le hubieren puesto bajo la protección del dios Fascino. Untando los ojos con saliva en ayunas, pretendían curar la oftalmía [1]. *La saliva en ayunas mata las serpientes,* viene diciendo el vulgo de muy atrás [2]. Común es, entre las curaciones con la saliva en ayunas, la que hacen de la verruga. Humedécenla con saliva tres días consecutivos en ayunas. Algunos disuelven un poco de sal en la saliva, al mismo tiempo que frotan en la verruga.

El nacimiento del *manosanta* y del *tatadiós* no viene acompañado ni precedido de ninguna circunstancia necesaria ó fatal. El del *saludador* sí. Cuando una mujer ha tenido siete hijos varones seguidos, el último de ellos nace con una cruz en el paladar, simbolizando que, entre otras singularidades, tiene la virtud de curar por medios sobrenaturales ó extraordinarios.

Fué causa de formales disputas entre los teólogos moralistas españoles, tratando de la *observancia vana,* si en este género de superstición están ó no comprendidos los saludadores. Unos tenían por *lícita* la curación ejercida por los saludadores; otros la consideraban *supersticiosa.* Los que la reputaban *lícita* divergían entre sí, creyendo

(1) C. Plinii Secundi *Naturalis Historiæ* liber XXVIII.
(2) *La Pícara Montañesa llamada Justina* por Francisco López de Úbeda. Madrid, 1735.

unos que procedía de una *virtud natural* y atribuyéndola otros á una gracia *gratis data* [1].

Juzgando con arreglo á la lógica popular y á los sanos principios teológicos, ha de advertirse que, no porque el saludador nazca, como los ojos de la superstición ven que nace, con una cruz en el paladar, deberá creer el buen cristiano que Dios le envía al mundo dotado de una gracia *gratis data* que le habilite para curar por medios maravillosos. Quien seguramente le envía de esa manera acondicionado, es el mismísimo diablo, que, para iludir á las gentes, le marca en el paladar con un signo representativo de la divinidad martirizada en el Calvario. La astucia de Satanás da para todo. Que tal es la inteligencia en que están á ese respecto los que creen en saludadores, lo evidencia el hecho de que, cuando á las madres les parece ver la cruz en el paladar del recién nacido, se apresuran, para borrársela, á conferirle en el bautismo el padrinazgo del hermano mayor de la serie septenaria.

El saludador, según una versión europea, es un individuo nacido en viernes santo, á las tres de la tarde, hora en que murió Jesús, circunstancia en cuya virtud recibe del cielo la facultad privilegiada de curar la hidrofobia en hombres y animales, de ver abiertas las sepulturas, de saber de antemano quiénes y cuándo le han de ir á buscar para asistir á un enfermo. Entre otras de sus singularidades, puede tener en la mano un hierro ardiendo sin quemarse. Tres veces

(1) Feijoo, *Teatro Crítico*. «Mi sentir es, decía el benedictino, que ni curan supersticiosamente, ni lícitamente, ni por virtud sobrenatural, ni natural, ni diabólica.»

Según el mismo Feijoo, el saludador es un personaje puramente peninsular. «Sólo en España, dice, hay esta especie de curanderos.»

lloró en el vientre materno. Mas la mujer que en él le lleva, guarda absoluto secreto; porque, de lo contrario, perdería *ipso facto* la gracia que Dios le otorga. Una cruz en el paladar manifestará, nacida la criatura, su carácter divino[1]. No parece divino ese carácter á muchos, á la generalidad; pues en naciendo un hijo saludador, se apresu-

(1) D. Eugenio Olavarría y Huarte, secretario del *Folk-lore* castellano, apénd. á la trad. de la *Medicina Popular* de George Black por D. A. Machado y Álvarez.

Un claro ingenio observador de las costumbres describe así el saludador según el concepto que de él forma el vulgo: «El poder del *saludador* no presenta apariencia alguna de ser un poder diabólico. Entre las gentes sencillas con quienes vive en continua comunicación, no causa espanto su presencia, ni terror sus miradas, ni pavor sus palabras.

—¿Quién es ese hombre? les preguntaréis. Y os contestarán sencillamente:

—¡Bah! Ese es el *saludador*.

—*¡Saludador!* replicaréis; bueno. Pero ¿qué quiere decir *saludador?*

Vuestra ignorancia les causará asombro, y exclamarán al punto:

—¡Toma! *Saludador* quiere decir que tiene *gracia*.

La *gracia* de este hombre es verdaderamente extraordinaria. Mésmer hacía retorcerse á sus enfermos en deliciosas contorsiones, encadenados al rededor de una *cubeta*. Du-Potet hacía ver en su espejo mágico diabólicas visiones. Fox hacía danzar los muebles al capricho de su voluntad, y Home ha hecho que los espíritus hablen por el lápiz del *medium*. El éxtasis magnético hace ver al sonámbulo á largas distancias, al través de cuerpos opacos. Esta nigromancia, medio científica, medio mística, medio terrible y burlona á la vez, ha realizado las más espantosas diabluras. Pues bien: el *saludador* hace más todavía. Imaginaos que detiene el rayo en medio de las nubes y el trueno en medio de los aires, que suspende el torrente que se precipita y apaga el incendio que ruge, con sola su presencia. Eso hace; porque eso es lo mismo que detener el furor convulsivo de un animal ó de un hombre herido por el puñal de la hidrofobia. Hace más: desvanece el veneno de la rabia, si el enfermo acude á él antes que estallen los horrores de la enfermedad. Tal es el *saludador*, tal es su *gracia*.» *(El Saludador*, novela, por D. José Selgas.)

ran, como queda indicado, á borrarle la mentida cruz que el diablo ha grabado en su paladar, teniéndole, para el efecto, en la pila bautismal el mayor de los siete hermanos de la serie masculina. Se le tendría por brujo, y ninguna madre quiere que su hijo pase por brujo. La simulación de los atributos de la divinidad entra por mucho en los planes y tramas del común enemigo. Esto lo tiene bien sabido una gente, las *chinas* en especial, cuya educación religiosa trae su origen de la que los misioneros jesuítas infundieron con hondas raíces.

Aunque el cristianismo no ha rehusado admitir en el número siete excelencias notorias, los gentiles fueron quienes primeramente ensalzaron, en conformidad á sus ideas, las que creyeron ver en él. El séptimo hijo saludador puede ser, por consiguiente, artificio del demonio, por más que responda á un número celebrado de los cristianos. ¿Y la cruz en el paladar? La cruz en el paladar obra puede ser asimismo de Satanás, que está interesado en hacerla pasar por divina. Lejos está Satanás de querer que se le achaquen á él los escándalos que ha de dar el saludador con unas curaciones tan contrarias al orden regular de las cosas, y con la cruz que distingue al escandaloso, consigue que sus acciones redunden en daño de la religión del Crucificado.

Condenado á salir con una mordaza por las calles y á diez años de cárcel fué en Lima por el Santo Oficio de la Inquisición un individuo que, entre otras habilidades demoniacas, tenía la de ser saludador, como lo confirmaban una cruz en el pecho y otra en el cielo de la boca, que dijo á los inquisidores le identificaban en tal carácter. En la prisión, mientras le estuvieron formando causa, veía res-

plandores y sentía una suavísima fragancia[1]. ¡Feliz condición de un mortal, que sabía convertir la mortífera pestilencia y lobreguez de mazmorras horrendas en deliciosa mansión paradisíaca! ¿Qué serían para él los diez años de cárcel y la pública exhibición con mordaza? Siglos de libertad de acción y de libertad de la palabra. Lástima que se trate de un miserable jugador entregado á vicios vergonzosos.

Saludador ha habido tan prestigioso, que pusiera en cuidado la temida autoridad del general D. Justo José de Urquiza en la provincia de Entre-Ríos. Con sus maravillosas curaciones se iba haciendo demasiado popular, y el general Urquiza juzgó oportuno encerrarlo en una cárcel. En ella yacía el eximio taumaturgo cuando, asesinado aquel célebre caudillo, pudo recuperar la libertad perdida, para ir á incorporarse á las fuerzas revolucionarias de López Jordán, donde sin duda habrá tenido frecuente ocasión de manifestar de nuevo la eficacia de sus recónditas virtudes. ¿Le habrán muerto? Estaba *retobado*[2].

---

(1) *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de Lima* por D. J. T. Medina. Santiago de Chile, 1887.
(2) Véase Cap. XXXVI.

CAPÍTULO XXVII.

De algunos taumaturgos célebres (magia, rezos, santiguaderas, soplos: «sugestión» y «auto-sugestión»).

SUMARIO. — Magos, brujos, magnetizadores y médicos, miembros de una misma familia. — Obraron maravillas con diversas formas de sugestión. — El hipnotizador científico, mago de alta escuela. — Nace la magia de la medicina, según los sabios antiguos. — Métese á mago un médico insigne. — Los indios salvajes hacen magos, á la fuerza, á unos españoles. — Intentan comerse á los españoles, y déjanlos por flacos. — Exígenles que los curen de sus dolencias. — Obligados los españoles á curar, rezan, santiguan, soplan, y dejan sanos á los enfermos. — Curas sorprendentes. — Un enfermo, que los indios creían muerto, se levanta y sale caminando. — Los españoles convertidos en semidioses. — Fenómenos de *auto-sugestión* y de *sugestión mental*. — Un taumaturgo indígena: *cosa mala* (del diablo). — Un conquistador del Tucumán cura con ensalmos, y cae en las manos del Santo Oficio.

Durante un milenario, en la edad media, el único médico del pueblo, dice Michelet, fué la bruja. Los emperadores, los reyes, los papas, los más ricos barones, tenían algunos doctores salidos de las escuelas de Salerno y de las de los moros y judíos. Pero la masa del pueblo, fuese cual fuese la clase á que perteneciere, el mundo todo, digámoslo así, estaba en manos de la *saga*[1].

(1) *La Sorcière.*

El mago y la saga, el hechicero y el adivino, el saludador y el curandero, el *manosanta* y el *tatadiós,* y hasta el magnetizador y el espiritista son miembros de una misma familia. Los principios, aparatos, fórmulas y procedimientos de todos ellos tienen siempre alguna semejanza, más ó menos próxima ó remota, con las doctrinas y las prácticas así exotéricas (públicas) como esotéricas (secretas), de las escuelas mágicas del Asia y del Egipto. Hechicero, adivino, sacerdote, mago, primitivamente fueron ramas de un solo tronco. Todos ellos curaron con ensalmos ó por la sola voluntad solemnemente manifestada, y valiéronse para el efecto de su prestigio y de aparatos, estrépitos, luces, pases, gesticulaciones y miradas fascinadoras. Se han valido, en suma, sin saberlo, del influjo magnético, de la sugestión *hipnótica,* de la *auto-sugestión,* de la sugestión *mental,* ó, como otros quieren, *potencia dinámica de la idea vitalizada* (1), para maravillar al pueblo, que los reverenciaba cual si fueran seres superiores al resto de los hombres. Del seno de todas las religiones han salido taumaturgos populares que, sin propinar ninguna medicina, han curado á los enfermos. Los que hoy pululan por la cuenca del Plata, no queriendo ser menos, se titulan *tatadioses* y *manosantas,* blancos, indios, mestizos, mulatos, pardos, negros. Unos pretenden tener *mano de santo* para curar enfermedades; otros intentan elevarse á mayores: dícense *padres (tata)* de las gentes, dotados de atributos divinos, con la particularidad de ser los negros quienes á tal altura se remontan. Semejante parentesco ó comunidad de origen y ascendencia, en manera alguna menoscaba ni aplebeya la elevada con-

(1) Papús, *Traité Élément. de Magie Pratique.*

dición jerárquica, en la esfera intelectual y científica, del meritorio mago académico de nuestros días, el *hipnotizador* de alta escuela, que, en lo que tienen de verdad sus admirables experimentos, el mundo aplaude con justicia. Fuera de esto, el humildísimo taumaturgo pedestre é ignaro del vulgo campesino ni siquiera sospecha que pueda tener parientes y antepasados de tanto fuste.

Que la magia nació de la medicina, nadie duda, según Plinio. Atendió primero á nuestra salud, y luego, á pretexto de velar por ella, atrevióse á cosas mayores: unió á sus operaciones el ministerio de la religión, y echó mano de la astrología, que ponía en las suyas el destino de las personas. Así logró tener encadenados los espíritus por medio de un triple vínculo poderoso, privando en gran número de naciones, y con más avasallador imperio en el Oriente. Zoroastro, en Persia, siglos antes de la era cristiana, supónese haber sido el inventor de la magia. Diseminóla por Grecia Ostano, mago insigne que acompañó á Jerjes en sus expediciones. El esplendor y fama de la *ciencia* de los magos atraía á cuantos aspiraban á brillar en el mundo con la luz del entendimiento. Pitágoras, Empédocles, Demócrito, Platón, á fin de instruirse en ella, atravesaron los mares, haciendo los mayores sacrificios, soportando penalidades sin cuento. Por una coincidencia singular, medicina y magia juntamente desarrolláronse en Grecia: la medicina con Hipócrates, la magia con Demócrito (que fué quien más ha contribuído á extenderla), en la época de la guerra del Peloponeso, año 300 de Roma. Con Alejandro, acompañado de otro mago del mismo nombre que el que siguiera á Jerjes en sus conquistas, la deslumbradora ciencia de Zoroastro recorrió casi toda la tierra

entonces conocida (1). Entre los indios del Nuevo Mundo halláronse asimismo reunidos en las manos del médico los oficios del mago, del sacerdote, del astrólogo, del adivino (2).

El famoso Paracelso, sabio médico suizo de la décima-sexta centuria, cuyas notables curaciones le granjearon ex-

(1) Plinio, *Naturalis Historia* (lib. XXX).

(2) «El arte de adevinar, ó pronosticar las cosas por venir, y quantas vanidades los *cemíes* daban á entender á esta gente (á los indios de la Española ó Santo Domingo), andaba junto con la medicina é arte mágica. Lo qual paresce que concuerda con lo que dice Plinio en su *Natural Historia*, confesando que, bien que sea el arte más fraudulente é engañoso de todos, ha avido grandísima reputación en todo el mundo y en todos siglos. Ni se maraville alguno aquesta arte aver adquirido tan grandísima autoridad; porque ella sola abraza en sí otros tres artes, los quales sobre todos tienen el imperio de la vida humana. Porque principalmente ninguno dubda este arte aver venido de la medicina, como cosa más sancta é más excelente que la medicina, y en aquesta forma é sus promesas, muy deseadas y llenas de halagos, haberse juntado la fuerza de la religión. É después que aquesto le subcedió, juntóse con esto el arte matemática. La qual puede mucho en los hombres; porque cada uno es deseoso de saber las cosas futuras é por venir, é creen que verdaderamente se puede entender del cielo. Así que tal arte, aviendo atado los sentidos de los hombres con tres ñudos, ha llegado á tanta sublimidad ó altura, que aun hoy ocupa la mayor parte de la gente y en el Oriente manda á rey de reyes. É sin dubda allí nació en la región de Persia, y fué el primero autor deste arte Zoroastres, en lo qual todos los escriptores concuerdan. Todo esto que he dicho es de Plinio, á propósito de lo qual dice Isidoro en sus *Ethimologías* que el primero de los magos fué Zoroastres, rey de los batrianos. Por manera que en estas partes de nuestras Indias muy extendida está tal vanidad, é junto con la medicina la traen y exercitan estos indios; pues sus médicos principales son sus sacerdotes adevinos, y estos sus religiosos les administran sus idolatrías y cerimonias nefandas y diabólicas.» (El Cronista Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia General y Natural de las Indias.*) Lo que dice Oviedo de los indios de la Española entiéndase de los de todo el Nuevo Mundo. (Véase Cap. V, págs. 46 y 47, y Cap. XIV, pág. 205.)

traordinaria reputación en toda Europa y á quien la medicina debe la aplicación del opio y del mercurio y la farmacia muchas preparaciones, profesaba la astrología y la magia, creía haber descubierto el secreto de prolongar la vida y de hacer oro, é intentó destronar á Hipócrates, Galeno y Avicena. Manifestó públicamente que todos sus conocimientos en el arte y ciencia de curar, los había adquirido de boca del vulgo, en las aldeas, conversando con curanderos y con los apacentadores de rebaños. Vino á ser, en suma, un taumaturgo popular, una especie de *manosanta.*

Álvar Núñez Cabeza de Vaca, que en la epopeya de la conquista de América figura entre los conquistadores que la ilustran con mayor brillo y pureza(1), vino á ser, entre los indios, también un taumaturgo, un *manosanta,* pero no voluntario como Paracelso, sino á la fuerza. El teatro de sus maravillosas curaciones fué la Florida, en la América Septentrional, donde Ponce de León, Soto, Narváez y otros héroes, dejaron ilustre memoria de sus hazañas, que el *yankee,* incapaz de imitar, no res-

(1) Álvar Núñez Cabeza de Vaca, muerto D. Pedro de Mendoza y su lugarteniente Juan de Ayolas, vino en calidad de adelantado al Río de la Plata. Su primer hazaña fué la gigantesca travesía desde Santa Catalina (Brasil) hasta la Asunción (Paraguay), que dejó asombrados á los mismos conquistadores del Paraguay, para quienes las proezas mayores eran ordinarias acciones del soldado. Los conquistadores del Paraguay, así los que habían venido con D. Pedro de Mendoza, como los que el mismo Cabeza de Vaca había traído á su costa, en gran número conjurados, se le rebelaron y lo tuvieron preso en lóbrego calabozo (del que salió enfermo y tullido) un año, mientras se construía un bergantín para enviarlo á España con un falso proceso. Era Cabeza de Vaca celoso de su autoridad y rígidamente austero, humano con los indios y firme represor de abusos: tal parece haber sido su delito.

peta[1]. Cabeza de Vaca, hombre de alta prosapia, más y más dignamente ennoblecida en su persona por claras acciones, pasó á la Florida, desde las Antillas, con Pánfilo de Narváez, cuya expedición, tan heroica cuanto desgraciada, se efectuó por el año de 1528. Los indios que poblaban aquellas regiones eran ferocísimos, muy belicosos, y se comían á la gente. Narváez llevaba seiscientos españoles, de los que el hambre, la guerra y los trabajos solamente dejaron con vida cuatro, á saber: Álvar Núñez Cabeza de Vaca, Alonso del Castillo Maldonado, Andrés Dorantes, y un negro alárabe, esclavo de Álvar Núñez, llamado Estebanico. Cuando de los seiscientos expedicionarios sólo habían quedado quince, los indios caribes, reputándolos hombres superiores, exigiéronles que los curasen de sus dolencias. Intentaron primero comerlos. Pero los españoles estaban tan flacos, que los caribes no hallaron en sus cuerpos nada capaz de saciar su horrible voracidad: las penalidades y la falta de alimento los tenían reducidos á un saco de huesos. Cambiaron, pues, de propósito los indios floridenses, proponiéndose sacar algún otro provecho de sus míseros cautivos.

Los indios de la Florida y sus islas tenían, como todo pueblo salvaje, sus médicos, que reunían en sí los ministerios del sacerdote, del mago, del hechicero. Juzgaron, empero, que unos hombres de tanto esfuerzo y valor como eran los españoles que invadieron el país que ocupaban, no podían dejar de tener una facultad igual ó superior á la de

(1) Escríbense estos renglones precisamente cuando (1896) los norte-americanos, desde las costas de la Florida, envían á Cuba gente y pertrechos de guerra, á intento de sustraerla al dominio de España: la quieren libre, para hacerla esclava.

sus propios médicos ó *hechiceros* (denominación que más comúnmente se ha dado á los magos indígenas del Nuevo Mundo). Pidieron los indios á los españoles, según queda indicado, que los curasen, presentándoles algunos enfermos. Los españoles, al principio, creyeron que los indios chanceaban; pero luego vieron que el negocio era serio en demasía: morirían de hambre, si no accedían al pedimento. Cabeza de Vaca les dijo que ni él ni sus compañeros eran médicos, ni entendían nada en la materia, y que por consiguiente nada podrían hacer en su obsequio por lo que se refería á sus dolencias. El cacique le contestó que todo en la naturaleza, hasta las piedras, tenían alguna virtud para el bien, y que los españoles, como gente excelsa que era, con mayor razón podrían hacerlo. Cabeza de Vaca, en resolución, tuvo que ceder; y, habiéndosele presentado unos enfermos, puso en Dios su pensamiento, rezó un padrenuestro y un avemaría, y pidió por la salud de aquellos infelices al mismo tiempo que los santiguaba y les soplaba en la parte donde parecía hallarse el mal localizado (1). El

(1) «Nos quisieron hacer físicos, sin examinarnos ni pedirnos los títulos; porque ellos curan las enfermedades soplando al enfermo, y con aquel soplo y las manos echan de él la enfermedad. Y mandáronnos que hiciésemos lo mismo y sirviésemos en algo. Nosotros nos reíamos de ello, diciendo que era burla y que no sabíamos curar; y por esto nos quitaban la comida, hasta que hiciésemos lo que nos decían. Y viendo nuestra porfía, un indio me dijo á mí que yo no sabía lo que decía en decir que no aprovecharía nada aquello que él sabía; ca (porque) las piedras y otras cosas que se crían por los campos tienen virtud, y que él, con una piedra caliente, trayéndola por el estómago, sanaba y quitaba el dolor, y que nosotros, que éramos hombres, cierto era que teníamos mayor virtud y poder. En fin, nos vimos en tanta necesidad, que lo hobimos de hacer, sin temer que nadie nos llevase por ello la pena. La manera que ellos tienen en curarse es ésta: que en viéndose enfermos, llaman un médico, y después de

éxito de tan cristiano arbitrio fué plenamente satisfactorio. En todos los casos nuevos que se le ofrecieron, usó del mismo procedimiento: rezar, pedir misericordia, santiguar y soplar. Los pacientes, tan luego como recibían la señal de la cruz, quedaban, por lo general, buenos y sanos. Los dolores de cabeza, muy frecuentes entre aquellos indios, como entre los de la Pampa de la Argentina (sobre todo cuando reina el viento del mediodía), desaparecían como por encanto. Lo mismo sucedía con las incomodidades ó dolencias de otra parte del cuerpo, que á la postre desaparecían sin necesidad de recurrir á la operación, nada blanda, de las sajaduras y cauterios que los médicos indios usaban: cosa de que se maravillaban. Pero la admiración llegó á su colmo, cuando llevaron á Cabeza de Vaca cinco tullidos, que estaban muy malos. Era ya la caída de la tarde. Á la puesta del sol los santiguó y encomendó á Dios, y al día siguiente salieron caminando con tanta soltura y bizarría como si nunca hubieran tenido nada.

curado, no sólo le dan todo lo que poseen, mas entre sus parientes buscan cosas para darle. Lo que el médico hace, es dalle unas sajas adonde tiene el dolor, y chúpanles al derredor de ellas. Dan cauterios de fuego, que es cosa entre ellos tenida por muy provechosa, y yo lo he experimentado, y me suscedió bien de ello. Y después de esto, soplan aquel lugar que les duele, y con esto creen ellos que se les quita el mal. La manera con que nosotros curamos era santiguándolos y soplarlos, y rezar un paternóster y un avemaría, y rogar lo mejor que podíamos á Dios Nuestro Señor que les diese salud, y espirase (inspirase) en ellos que nos hicieren algún buen tratamiento. Quiso Dios Nuestro Señor y su misericordia que todos aquellos por quien suplicamos, luego que los santiguamos decían á los otros que estaban sanos y buenos; y por este respecto nos hacían buen tratamiento, y dejaban ellos de comer por dárnoslo á nosotros, y nos daban cueros y otras cosillas.» (*Naufragios* de Álvar Núñez Cabeza de Vaca y *Relación de la Jornada que hizo á la Florida con el Adelantado Pánfilo de Narváez.*)

Otro caso harto sorprendente acabó de hacer de Cabeza de Vaca un dios para los indios. En cierta ocasión pidieron á Cabeza de Vaca que fuese á curar varios enfermos, entre los cuales había uno que tenía todas las apariencias de muerto. Con oraciones y santiguaderas y soplos, curólos á todos. El muerto redivivo se levantó y anduvo paseándose. Esto causó gran admiración y espanto, y en toda la tierra no se hablaba de otra cosa[1]. Todos acudían á Cabeza de Vaca y á sus compañeros, para que los curase y para que santiguase á sus hijuelos, como preservativo de los males á que naturalmente estaban expuestos. Dábanles cuanto tenían. Diéronles unas calabazas, símbolo de su autoridad mágica ó sacerdotal, las cuales llevaron en ade-

(1) «Cuando llegué cerca de los ranchos que ellos tenían, yo ví el enfermo que íbamos á curar, que estaba muerto; porque estaba mucha gente al derredor de él, llorando, y su casa deshecha, que es señal que el dueño estaba muerto. Y ansí, cuando yo llegué, hallé al indio los ojos vueltos y sin ningún pulso, y con todas señales de muerto, según á mí me paresció, y lo mismo dijo Dorantes. Yo le quité una estera que tenía encima, con que estaba cubierto, y lo mejor que pude supliqué á Nuestro Señor fuese servido de dar salud á aquél y á todos los otros que de ella tenían necesidad. Y después de santiguado y soplado muchas veces, me trajeron su arco y me lo dieron y una sera de tunas molidas, y lleváronme á curar otros muchos que estaban malos de modorra, y me dieron otras dos seras de tunas, las cuales dí á nuestros indios, que con nosotros habían venido; y hecho esto, nos volvimos á nuestro aposento, y nuestros indios, á quien dí las tunas, se quedaron allá, y á la noche se volvieron á sus casas, y dijeron que aquel que estaba muerto y yo había curado en presencia de ellos, se había levantado bueno y se había paseado, y comido y hablado con ellos, y que todos cuantos había curado quedaban sanos y muy alegres. Esto causó gran admiración y espanto, y en toda la tierra no se hablaba de otra cosa. Todos aquellos á quien esta fama llegaba nos venían á buscar para que los curásemos y santiguásemos sus hijos.» (*Naufragios y Jornada á la Florida* de Álvar Núñez Cabeza de Vaca.)

lante consigo. Pedíanles que en su ausencia se acordasen siempre de ellos y rogasen por su salud. Decían que aquellos hombres maravillosos eran verdaderamente *hijos del sol.* Ninguno curaban, que no quedase sano. Llegaron á persuadirse los indios de que nunca habían de morir, mientras los españoles anduviesen por sus tierras. Por donde los peregrinantes pasaban, acudían los indios, con sus hijos á cuestas, y las manos llenas de regalos. Rodeábanlos, tocábanlos y volvían á sus casas corriendo. Luego cercaban de nuevo á los españoles, y así iban y venían regocijadamente, seguros de estar libres del dolor y la muerte. Nada comían ni bebían, sin que primero los españoles lo santiguasen y soplasen. Preferían morir de hambre, antes que llevar á la boca un bocado que no hubiese sido bendecido por ellos. Seguíanles ordinariamente millares de indios, y á cada paso era necesario satisfacer su exigencia, santiguando y soplando lo que habían de comer y beber. Así Cabeza de Vaca y sus compañeros se veían importunados incesantemente, siendo grande el trabajo á que los obligaba la necesidad de contentar á los solicitantes, cuyo número ascendió muchas veces á tres ó cuatro mil. La sola señal de enojo de los españoles era causa bastante para acarrearles la muerte. Cuando los indios presumían que los españoles estaban airados ó descontentos, no se atrevían á comparecer ante ellos, temerosos de que caerían muertos, con solo verlos. Tenían por cierto que los españoles los podían matar con la sola voluntad de privarles de la vida. Una vez que Cabeza de Vaca y sus compañeros se fingieron enojados para hacerse obedecer, empezaron á morir muchos indios. Aunque los españoles trataron de tranquilizarlos, no por eso dejaban de morir, creyendo que en realidad de ver-

dad les deseaban la muerte. Fué tanta la mortandad, que los españoles llegaron á temer que se muriesen todos ó que espantados se ausentasen y los dejasen solos. En tiempo de sequía, rogaban á los españoles que hiciesen llover. Pedíanles que los tocasen y santiguasen. Dolientes y sanos querían estar bendecidos por los españoles. Las madres acudían con sus hijos en brazos, para que se los tocasen y santiguasen. Cabeza de Vaca y los suyos, para conservar la autoridad semidivina de que gozaban, trataban en toda ocasión de ser lo más graves, y á ese intento les hablaban pocas veces [1].

Los compañeros de Cabeza de Vaca rehusaban, como él, meterse en tales honduras, temerosos de que su mala fortuna alborotase el cotarro; pero importunados por los indios cada vez más persuadidos de que los españoles eran hombres de naturaleza privilegiada, probaron á sacar fuerzas de flaqueza y, mal que bien, hicieron sus curaciones. Así todos, como dice festivamente el propio Cabeza de Vaca, sin previo examen ni exhibición de títulos, fueron recibidos por médicos [2].

Alonso del Castillo Maldonado, uno de los tres últimos compañeros de Cabeza de Vaca, no siempre acertaba á curar las diversas enfermedades, señaladamente siendo graves. Atribuía su mala fortuna á que sus pecados debían estorbarlo no pocas veces. La sospecha del soldado español, bajo el imperio del dogma cristiano, conformábase con la doctrina de los magos del Oriente y del Egipto, que pide

(1) *Naufragios de Álvar Núñez Cabeza de Vaca y Relación de la Jornada que hizo á la Florida con Pánfilo de Narváez.*

(2) *Naufragios y Jornada á la Florida* de Cabeza de Vaca.

un alma purificada con la práctica de la virtud, para obrar los prodigios con que maravillan á los creyentes.

Procedía evidentemente Cabeza de Vaca, sin conocer la naturaleza del fenómeno psico-físico que se verificaba, por medio de la *auto-sugestión* y de la sugestión *mental.* Cabeza de Vaca era un hombre superior, y los indios le contemplaban con la misma admiración y reverencia que se tributa á un semidiós. Su condición individual y su prestigio le permitieron ejercer en el ánimo de los enfermos un ascendiente capaz de impresionarlos vivamente cuando las circunstancias lo requerían. Empero, el juicioso historiador que modernamente dió á la estampa los escritos de Cabeza de Vaca, no admite la posibilidad de las curaciones que éste narra. «La crítica (dice) no puede admitir estos hechos sobrenaturales, hijos probablemente de la casualidad» (1). Cuando el historiador de que se hace referencia dió á la estampa los escritos de Cabeza de Vaca, año de 1852, aun no se había demostrado científicamente la posibilidad de curar multitud de enfermedades (y en especial

(1) «En esta lastimosa situación es cuando, obligado Álvar Núñez á asistir á los indios enfermos que reclamaban su auxilio, comenzó á valerse, por ignorancia de otros medios físicos, de soplos, oraciones y rezos, con los cuales dice halló gracia delante del Señor para hacer, no sólo curas verdaderamente maravillosas, sino hasta milagros ciertos, pues asegura que en una ocasión resucitó un indio muerto. La crítica no puede aceptar estos hechos sobrenaturales, hijos probablemente de la casualidad, y, en el caso á que aludimos, de un error material de Álvar Núñez; y aunque el Marqués de Sorito, en una larga disertación, no menos erudita que indigesta y pesada, defendió con el mayor entusiasmo los milagros de Álvar Núñez, la razón se niega á admitir semejantes fábulas.» (D. Enrique de Vedia, en los *Preliminares* de la colección de *Historiadores Primitivos de Indias: Biblioteca* Rivadeneira.)

las que curaba Cabeza de Vaca) á favor de las diversas formas de *sugestión* que hoy se conocen. Las curaciones de Cabeza de Vaca, pues, no deben ser juzgadas como hechos *sobrenaturales,* y, por lo tanto, inadmisibles á los ojos de la sana crítica. Cabeza de Vaca refiere hechos de que fué autor y testigo: no pretendió hacer milagros ó pasar por taumaturgo. Quien ve amenazada su vida, ó la de los seres amados, por una grave enfermedad ó un gran peligro, implora la divina misericordia y en ella espera. Si se salva, da gracias á Dios. Esto hizo Cabeza de Vaca.

Por lo demás, entre los indios era tanto más fácil y hacedero el fenómeno psico-físico de la *auto-sugestión,* cuanto su credulidad, en punto á maravillosos efectos de supuestas causas sobrenaturales, no tenía límites. Con motivo de las curaciones sugestivas que hacía Cabeza de Vaca, recordaban la aparición entre ellos de un personaje misterioso, á que llamaban *cosa mala,* como quien dice cosa del demonio, el cual primero sajaba y destripaba á los indios, y luego, poniendo las manos sobre las heridas, dejábalos sanos. Cabeza de Vaca les dijo que tal hombre no era sino un *malo,* es decir, el demonio (1). El *malo* había preparado el camino á Cabeza de Vaca.

(1) «Éstos y los de más atrás nos contaron una cosa muy extraña, y por la cuenta que nos figuraron, parescía que había quince ó diez y seis años que había acontescido, que decían que por aquella tierra anduvo un hombre, que ellos llaman *mala cosa,* y que era pequeño de cuerpo, y que tenía barbas, aunque nunca claramente le pudieron ver el rostro. Y que cuando venía á la casa donde estaban, se les levantaban los cabellos y temblaban, y luego parescía á la puerta de la casa un tizón ardiendo. Y luego aquel hombre entraba y tomaba al que quería de ellos, y dábales tres cuchilladas grandes por las ijadas con un pedernal muy agudo, tan ancho como una mano y dos

Por curar con ensalmos, junto con otros cargos acumulados por la malignidad de enfurecidos émulos, á mediados del siglo décimosexto ahogaron las sombrías prisiones del Santo Oficio el ánimo altivo de un ilustre soldado hazañoso de la conquista de Chile y del Tucumán[1]. Acusábase, con efecto, á Francisco de Aguirre de que en cierta ocasión, estando herido un indio, advirtió al cirujano que no tenía para qué molestarse en curarle, porque él sabía un ensalmo á que no resistía ninguna dolencia semejante. Añadían los acusadores que en otra ocasión había curado Aguirre á un hijo suyo de un dolor de muelas, escribiendo ciertas letras en el asiento de una silla y clavando sobre ellas la punta de su cuchillo. Aguirre confesó que era verdad que conocía cierto ensalmo para curar las heridas; pero que sólo hacía uso de él en la guerra y á falta de ci-

palmos en luengo, y metía las manos por aquellas cuchilladas y sacábales las tripas. Y que cortaba de una tripa poco más ó menos de un palmo, y aquello que cortaba echaba en las brasas. Y luego le daba tres cuchilladas en un brazo, y la segunda daba por la sangradura y desconcertábaselo, y dende á poco se lo tornaba á concertar. Y poníale las manos sobre las heridas, y decíannos que luego quedaban sanos. Y que muchas veces, cuando bailaban, aparescía entre ellos, en hábito de mujer unas veces, y otras como hombre. Y cuando él quería, tomaba el buhío ó casa y subíala en alto, y dende á un poco caía con ella y daba muy gran golpe. También nos contaron que muchas veces le dieron de comer, y que nunca jamás comió. Y que le preguntaban dónde venía y á qué parte tenía su casa, y que les mostró una hendedura de la tierra, y dijo que su casa era allá debajo. De estas cosas que ellos nos decían, nosotros nos reíamos mucho, burlando de ellas. Y como ellos vieron que no lo creíamos, trujeron muchos de aquellos que decían que él había tomado, y vimos las señales de las cuchilladas que él había dado en los lugares en la manera que ellos contaban. Nosotros les dijimos que aquél era un *malo.*» (*Naufragios y Jornada á la Florida* de Álvar Núñez Cabeza de Vaca.)

(1) Véase el Cap. III.

rujano. Dijo las palabras del ensalmo, mostrando que no encerraban nada supersticioso, ni contrario á la fe católica. En cuanto á la curación del dolor de muelas por los propios medios simpáticos, confesó igualmente ser cierta la denuncia; pero que cuando lo hacía, lo hacía sólo por caridad, sin mira alguna interesada. Además de las penas que se le aplicaron, en razón de otros supuestos delitos de que se le acusara, siendo gobernador de la provincia de Tucumán en la Argentina, prohibiósele *usar más de los ensalmos para curar heridas y dolor de muelas*(1). Parece, pues, que Aguirre era especialista en la materia. El celo de los inquisidores veía en este género de curaciones la mano del diablo. Ni disimulaba que tolerasen prácticas tales á los indios reducidos ó prisioneros. El gobernador de Chile Martín Ruiz de Gamboa fué denunciado ante el Santo Oficio, porque, hallándose en guerra con los indios de la frontera, consintió que un cacique prisionero, que estaba muy enfermo, se hiciese curar por una médica de su parcialidad, por una *machí,* que, como era de costumbre, invocaba, en el acto de ejercer su ministerio, á la deidad infernal causadora de las humanas dolencias(2).

---

(1) «Fué mucho el rigor que se usó con este reo,» dice el visitador Juan Ruiz de Prado. (*Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en Chile* por D. J. T. Medina.)

(2) *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en Chile* por D. J. T. Medina.

CAPÍTULO XXVIII.

Curas morales (« auto-sugestión »).

SUMARIO. — Curanderos, saludadores y *manosantas*. — Fenómenos de *sugestión* y de *auto-sugestión*. — *Curas morales*. — Vírgenes milagrosas del Río de la Plata. — El *chucho* de Salta. — *Promesantes* ó *promeseros*. — Riquezas de los santuarios. — El cerro Monje de San Javier. — Votos de los canoeros de Cumanday. — *Fuentes milagrosas* y *aguas santas*. — Origen probable de las tradiciones á su respecto. — Virtud de las aguas para mundificar, no sólo el cuerpo, mas el alma. — Juan Ponce de León, en las Antillas, sale en busca de la maravillosa *fuente de la juventud y la vida*, y, entre los manantiales del dolor y la muerte, descubre la Florida en la América Septentrional.

Una enfermedad no puede curarse sino con remedios y por procedimientos adecuados á su naturaleza y á las condiciones y circunstancias con que se presenta. El curandero administra generalmente hierbas más ó menos eficaces para las dolencias á que, bien ó mal, las aplica. Como no sabe pizca de anatomía, ni de fisiología, ni de terapéutica, procede á ojo de buen cubero. El médico, por mucho que sepa, andará no pocas veces á tientas; pero nunca dirá, si tiene conciencia, *allá va eso*. El curandero, por mucha conciencia ó temor de Dios que tenga, habrá de decirlo forzosamente en la mayor parte de sus curaciones. Lo que le salva es que, para suplir su deficiencia, antepone á la propi-

nación de la pócima, junto con su buena intención, la frase consagrada: *este remedio le curará, con la ayuda de Dios, como Dios sea servido, si Dios quiere,* etc. Para el curandero, no hay hierba que carezca de alguna virtud; pero solamente usa aquellas cuya bondad tiene acreditada la experiencia y que conoce por tradición.

El *saludador* y el *manosanta* tienen otras ínfulas. Presúmense dotados de facultades excelsas, si bien hay algunos que tienen la sinceridad de manifestar públicamente que no á todos los que asisten curan: que á unos curan y á otros no curan; y que aun respecto de aquellos á quienes curan (que son los más, según ellos), no pueden decir porqué ni cómo los curan. Éstos proceden juiciosamente. Queda, sin embargo, impresa en su ánimo la idea de que la divinidad escucha sus plegarias; para lo cual es necesario que de ella hayan recibido un favor especial que les permita hacer las maravillas que otros no son capaces de ejecutar, aunque se valgan de los propios medios que él usa al intento. Bueno sería que la divinidad otorgase el don de milagros á Juan, Pedro ó Diego, que anduviesen de aquí para allí y de allá para acullá, dando traspiés.

¿Cuántas personas, desahuciadas de los médicos, no se curan sin su asistencia, cuando menos lo piensan, como por encanto? Si se acude á un *manosanta* en una ocasión semejante (que es precisamente la ocasión de acudir á la mano de un santo), él, de seguro, se lleva la palma. Hay dolencias que se extinguen mediante la natural tendencia del organismo á restablecer el necesario juego ordenado y expedito de sus funciones: médicos y medicamentos, antes embarazan su ejercicio, que facilitan la curación. Aquí, del

propio modo que en el caso anterior, viene de perilla el *manosanta*. Multitud de dolencias, señaladamente las histéricas y nerviosas, desaparecen por medio del *hipnotismo* ó de la simple *sugestión* en el estado de vigilia. La *sugestión* puede ser un acto reflejo, meramente interior, no emanado de un agente extraño á la voluntad y el entendimiento de la persona en que se efectúa. Esta *auto-sugestión* ó *propia sugestión* del paciente será tanto más eficaz, cuanto mayor y más poderosa ó viva sea la impresión ó el sentimiento que la promueve. Ninguno más intenso, de mayor fuerza dinámica, que la fe. Este género de dolencias está pidiendo á voz en cuello un *manosanta*. *Curas morales* llamaba Fray Martín Sarmiento á las que se efectúan mediante la propia *sugestión* de los enfermos, despertada por hechos exteriores que encienden en el ánimo un sentimiento capaz de producirla con vehemencia. Léese en la obra *espuria* de Galeno *Expertis Medicis* que hubo en otro tiempo médicos *altarium* (de los altares, sagrados), que, para curar, daban á los enfermos por alimentos medicinales las ofrendas comestibles que se sacrificaban á los dioses [1].

Milagros á parte, infinitas *curas morales*, que menos delicadamente podrían también llamarse curaciones por *propia* ó *auto-sugestión*, han hecho y hacen de continuo (como la virgen de Lourdes en Francia) la virgen de Luján en Buenos Aires, la virgen del Rosario en Córdoba, la virgen del Valle en Catamarca, la virgen de Itatí en Co-

(1) *Colección de Voces y Frases Proverbiales* explicadas por Fray Martín Sarmiento, inserta en la *Biblioteca Histórica de la Filología Castellana* por el Conde de la Viñaza.

rrientes, la virgen de Caacupé en el Paraguay (1). En Salta brota el agua por todas partes, formando charcos y pantanos, de que se origina el *chucho* (fiebre intermitente), que tanto mortifica á sus moradores. Hernando de Lerma fundó á *Salta* el año de 1582; y desde entonces llamósele así, porque (dicen), para andar por sus contornos, era preciso ir *saltando,* á fin de no enlodarse. El *chucho* aflige asimismo á los vecinos de Córdoba, de la Rioja, de Jujuy. Todos ellos han debido á la virgen del Valle, por esa y otras enfermedades, innumerables favores. Allá van los peregrinos, *promesantes* ó *promeseros,* á cumplir sus

(1) V. Cap. XIII, págs. 179 y 180 sobre la laguna Ipacaray á que está enlazada la historia de la virgen de Caacupé. Azara, con su acostumbrada acerbidad crítica, dice: «De la última demarcación se deduce que la laguna Ipacaray tiene 11 ½ millas marítimas rectas de longitud, y su anchura media se reputó de dos, y en su extremo septentrional tres. Se prolonga de NO. SE. y en la dirección del valle en que está. Tiene esteros en sus extremos y bosques en los costados; pero toda ella es limpia, desplayada y sus aguas algo salitrosas. Los animales la suelen atravesar nadando únicamente como la tercera parte. Su suelo es de arena acarreada de las laderas por las aguas, y no tardará un siglo en cegarse por los depósitos de acarreo que no tienen salida; pues el arroyo Salado, que es el único desagüe, casi carece de pendiente y apenas corre. La entretienen los arroyos de Pirayú y de las Salinas, con otros chorrillos de las laderas. El vulgo cuenta de ella varias fábulas. Dice que antiguamente se llamaba Tapaicoa, y que mudó este nombre, porque la bendijo un señor obispo. Á esto alude su actual nombre. Añade que se tragó un pueblo de indios; lo que presumo hace relación á que se apropiaron los religiosos el pueblo, dando á entender que es otro el que existe, y, para dar salida al antiguo, dicen que fué sumergido. Dicen también que en ella se ven monstruos y ejércitos de canoas, y se oyen ruidos espantosos, con otros disparates.» (D. Félix de Azara, *Viajes inéditos desde Santa Fé á la Asunción, al interior del Paraguay y á los pueblos de Misiones,* publ. con una noticia preliminar y notas por el General D. Bartolomé Mitre y el Dr. D. Juan María Gutiérrez. Buenos Aires, 1873.)

votos, con gran devoción y recogimiento. Cojos, mancos, tullidos, sanaron, y hasta ciegos hubo que recobraron la vista [1]. Histéricos, paralíticos, rengos, mudos, sordos, epilépticos, ciegos, mancos, reumáticos, etc. (cuando estas diversas enfermedades proceden de causas susceptibles de ser modificadas á favor de la *sugestión),* no sería milagro que hallasen remedio á sus males al pie de la virgen. ¿Y las fiebres miasmáticas? Defienden el organismo ejércitos de microbios, que acometen y batallan con los que de afuera vienen á destruirlo. Si los microbios invasores son derrotados, la *auto-sugestión* puede favorecer el exterminio de los dispersos, restableciendo con energía el descaecido juego de las funciones, á la manera que un general prestigioso redobla el coraje de sus soldados con frases oportunas que les llegan al alma [2].

(1) *La Virgen del Valle y la Conquista del antiguo Tucumán* por el Presb. Pascual P. Soprano. Buenos Aires.

La Rioja fué fundada en 1591 por Juan Ramírez de Velazco, quien fundó también á Jujuy en 1592: Córdoba en 1573 por Jerónimo Luis de Cabrera: Catamarca en 1683 por Fernando de Mendoza Mate de Luna.

(2) He aquí cómo discurría sobre las imágenes ó santuarios milagrosos un fraile benedictino del siglo décimoctavo en España: «En general los habitadores de cualquier territorio donde hay alguna imagen celebrada por milagrosa, ó santuario de quien se decanta algún continuado prodigio, se interesan ardientemente en fomentar su crédito, ya por contemplarlo como gloria del país, ya porque, siempre, de la concurrencia de los devotos forasteros les resulta algún emolumento. Los paisanos lo esparcen á otras tierras como testigos oculares, y últimamente se autoriza en las plumas de varios escritores, los cuales, para dar el prodigio á la estampa, se consideran bien fundados en la fama común.... Cuanto les sucede bien, después de implorar el auxilio divino, atribuyen á la intercesión del santo, como si, sin ella y por mero influjo de las causas naturales, no se pudiese convalecer de muchas enfermedades, lograr partos felices, conseguir el fin deseado en varias negociaciones etc.» (Feijoo, *Cartas Eruditas.)*

Las vírgenes y santos milagrosos han sido recompensados (si esta expresión profana es admisible) con donativos ú ofrendas varias. Algunos, en especial la virgen, tienen profusión de alhajas de oro y piedras preciosas. Cada cual da lo que puede. El hombre del campo les lleva caballos y vacas y ovejas. Santuarios hubo, y hay aún, que tuvieron, y tienen, estancias pobladas de ganado vacuno y caballar procedente de los animales que les presentaran, en cumplimiento de promesas, gentes que debieron á la virgen su salvación ó su fortuna en casos graves de enfermedad ó de peligro ó en arriesgadas empresas.

Apariciones y desapariciones de imágenes santas, cruces milagrosas, lugares señalados con algún hecho sobrenatural, hállanse infaliblemente allí donde el hombre ha fijado por algún tiempo su residencia, allí donde un acontecimiento notable ha efectuado una transformación considerable en su vida ó suerte futura, ora en las vecindades de los Andes, ora en las vertientes del Paraná, ó del Paraguay y Uruguay.

En San Javier (antiguas misiones jesuíticas del alto Uruguay) hay un cerro llamado del *Monje,* muy visitado de peregrinos, que van á cumplir votos ó promesas y en busca de remedio á sus dolencias. Refugióse, ha tiempo, en el cerro de que se trata un fraile que, huyendo de indios ó bandoleros, pasara del Brasil á la margen opuesta del Uruguay. Allí mandó el fugitivo construir una modesta ermita y colocar una cruz de madera que con el tiempo había de ser muy venerada. Hizo él mismo la cruz, y al cavar la tierra para plantarla, aparecieron pepitas de oro y brotó una fuente de agua maravillosa. Curaba el ermitaño con el agua de esta fuente las más graves, antiguas y dolorosas enfermedades, y de entonces más el manantial, pozo ó *ca-*

chimba del cerro del Monje ha venido haciendo curaciones estupendas. Adórase en la ermita al *Señor de los Desiertos,* á quien se encomienda en sus tribulaciones todo cristiano. El *Señor de los Desiertos,* el *Señor del cerro del Monje,* la *Cruz Milagrosa,* las *Aguas Santas de Santa María de la Boca del Monte,* es todo en substancia una misma cosa.

Hállase el cerro de las *aguas santas* en el término de *Santa María,* junto á la entrada ó *boca del monte* impenetrable que se extiende á uno de sus costados. De ahí la denominación con que la fama distinguiera al *Monje de las Aguas Santas de Santa María de la Boca del Monte,* cuya resonancia, por sí sola, es bastante á producir en el ánimo del paciente el fenómeno de la *auto-sugestión* que ha de sanarle. *Milagro* por *milagro,* tan *milagro* es curar á un enfermo sin remedios, como hacer salir bien á uno en cualquiera empresa ó trance. Así no dudan los que conocen las maravillas obradas por la milagrosa cruz, ó por el *Señor de los Desiertos* ó *del cerro del Monje,* que, haciéndole una promesa, ganarán, por ejemplo, una carrera, ó recobrarán un caballo ó *parejero* que les ha sido robado: deducción lógica de la premisa en que se funda el raciocinio. La *corredera* (salto) de Cumanday, que está frente al cerro del Monje, y otras restingas, ofrecen serios peligros á la navegación, que por aquellas alturas se efectúa en canoas. Pues por eso los canoeros, antes de emprender un viaje Uruguay arriba, se encomiendan al *Señor de los Desiertos* ó *Señor del cerro del Monje,* haciendo un voto que cumplen con religiosidad á su regreso. La seguridad de su patrocinio les infunde más valor y confianza.

Observa un erudito historiador que las supersticiones germánicas resaltan á cada paso en la poesía popular por-

tuguesa, pudiendo decirse lo propio de la española en cuanto á las tradiciones á que se refiere. Las mujeres encantadas aparecen siempre á la sombra del gigantesco roble de Igdrasill ó al pie de la fuente de Urda. En la Villa Nueva de Toscõa, cuando hacen rogativas á Nuestra Señora para que llueva, y no llueve, júntanse nueve doncellas que tengan el nombre de *María,* van en procesión á un sitio llamado *Lameiro de Azinhate,* que está á una media legua, y vuelcan una pila enorme de piedra, regresando luego á sus casas: agua no ha de faltar. ¿Qué son, prosigue el historiador aludido, las *fuentes milagrosas* y *aguas santas* que hay en el reino (en Portugal), sino un resto de la tradición germánica de la fuente de Urda[1]?

Es aun costumbre en algunos parajes de las comarcas brasileñas y rioplatenses ir la gente en procesión á la margen de un arroyo, y, mediante ciertos ruegos y ceremonias supersticiosas, esperar la lluvia apetecida. Las *fuentes milagrosas* y *aguas santas,* ó las que bajo cualquiera otra denominación han sido reputadas maravillosas, pudieron haber tenido su origen de causas más generales que la simple y determinada tradición de los pueblos del norte de Europa[2].

La creencia en la virtud mundificativa y purificatoria del agua, material y moralmente, y de las fuentes, es anti-

(1) D. Teófilo Braga, *Epopêas da Raça Mosárabe (Historia da Poesía Portugueza).*

(2) Con la fábula de las aguas y fuentes prodigiosas y otras patrañas por el estilo entreteníase el vulgo. «Esta agua, que con tanta priesa se deja descolgar de las nubes, es de la fuente que da origen y principio al río Jordán: toda mujer á quien tocare en el rostro, se le volverá como de plata bruñida, y á los hombres se les volverán las barbas como de oro.» *(El Retablo de las Marabillas,* entremés de Miguel de Cervantes.)

quísima. Mucho antes de la institución del bautismo, los gentiles creyeron que, así como el agua quitaba las manchas del cuerpo, con la propia eficacia mundificaba el alma de sus pecados. Hércules bañóse en una fuente de Libia, en África, á fin de quedar limpio de las muchas maldades que había cometido, matando y afligiendo á las gentes. Teseo conocía una fuente cuyas aguas purificaban al hombre de sus vicios. Eneas no se atrevió á hacer sacrificio alguno, antes de bañar su cuerpo en aguas corrientes y claras. Peleo fué absuelto de la pena de muerte, por haber sido purgado su delito con aspersión de agua. Los sacerdotes se lavaban para celebrar sus ritos mayores. Las mezquitas de los árabes tienen albercas ó tinajas llenas de agua, donde lavan sus cuerpos para purificarse de sus pecados. Los indios del Nuevo Mundo tuvieron la misma creencia, los mismos usos, y su manera de bautismo en el nacimiento de las criaturas (1). El bautismo y la purificación fundábanse en un concepto de *analogía* entre el mundo físico y el moral, que es el que tuvieron formado del movimiento y orden del universo los pueblos primitivos (2). Acompañábanle de ceremonias y fórmulas consagradas, solemnidades esenciales al efecto superior ó sobrenatural del baño ó lavatorio, semejantes en la forma al de los cristianos (3). Si de fuentes maravillosas se trata con respecto

(1) Torquemada, *Monarquía Indiana;* Acosta, *Historia Natural y Moral de las Indias;* etc. V. Cap. III, págs. 20 y 21.

(2) V. Cap. XXI.

(3) Don Alonso el Sabio describe, digámoslo así, el baútismo de este modo : « Baptismo es cosa que lava al home de fuera é señaladamente al ánima de dentro. Esto es por fuerza de las santas palabras del nome derecho é verdadero de Nuestro Señor Dios, que es Padre, é Fijo é Espíritu Santo, é del elemento del agua con que se ayunta,

al Nuevo Mundo, ofrécese desde luego á la imaginación la de Bimini, una de las islas Bahamas, que hacía rejuvenecer á los hombres. Los indios de las Antillas hicieron creer en ella al viejo conquistador Juan Ponce de León, quien, peregrinando en su busca, sacó algún fruto de su credulidad, pues, tras infinitas contrariedades, el año de 1512 descubrió la Florida (1). Juan de Castellanos pinta el

quando face el baptismo. É tan grande es la virtud de estas palabras é del agua, que tañendo (tocando) el cuerpo de fuera, lava el alma de dentro é face señal en ella. É fué establescido, quando Nuestro Señor Jesucristo quiso ser baptizado de San Juan Bautista en el río Jordán. É esto fizo él, por dar exemplo á los homes que por el baptismo se deben lavar.» (Ley 2.ª, tít. 4.º, *Partida 3.ª*.)

(1) Oviedo, Herrera, etc. Un celebrado escritor contemporáneo se expresa así: «Juan Ponce de León entregó el mando de Puerto Rico, sin la menor repugnancia. La pérdida del gobierno de una isla salvaje, era asunto de poca monta entonces, cuando había todo un Nuevo Mundo que explorar, en donde un atrevido soldado como él, ceñida la espada y embrazado el escudo, podía conquistarse una fortuna. Había además reunido lo suficiente para llevar adelante sus planes, y, como casi todos los primeros descubridores, tenía la cabeza llena de las empresas más románticas. Encaprichóse en que aun quedaba un tercer mundo que descubrir, y esperó ser él el primero que tocase en sus costas, adquiriéndose así una fama igual á la de Colón. Mientras revolvía en su mente tales ideas, considerando qué camino debería elegir para encontrar las desconocidas regiones que le rodeaban, tropezó con unos indios de edad avanzada que le dieron noticias de un país donde no sólo satisfaría sus ambiciosos deseos, sino que realizaría el sueño más lisonjero de los poetas. Aseguráronle que muy lejos, hacia el norte, había un país abundantísimo en oro y en toda clase de delicias; pero lo más sorprendente que poseía era un río con la singular virtud de rejuvenecer á todo el que se bañaba en sus aguas. Añadieron que en tiempos remotos y antes de la invasión de los españoles, una numerosa partida de cubanos navegaron en busca de aquellos afortunados países y río de la vida, y que como no habían vuelto, era de presumir que hubieran recobrado su juventud y que se hubiesen detenido allí encantados con los placeres del territorio. El sueño de los alquimistas estaba realizado. ¡No había más que encontrar aquel país maravilloso y entregarse luego á los placeres de sus

entusiasmo que despertó entre toda clase de personas la noticia de la fuente de la juventud de la isla de Bimini.

inmensas riquezas y perenne juventud! Sin embargo, algunos ancianos indios aseguraban que no era necesario ir tan lejos en busca de aquellas rejuvenecedoras aguas, porque en cierta isla del grupo de las Bahamas, llamada Bimini, situada muy adentro del Océano, había una fuente que poseía las mismas maravillosas y apreciables cualidades. Juan Ponce de León oía estos cuentos con singular credulidad. Era de edad avanzada y el término ordinario de la vida no le parecía suficiente para llevar á cabo sus colosales proyectos. ¡Qué dicha poder bañarse en aquella prodigiosa fuente ó admirable río y salir de sus aguas dotado de toda la fuerza y frescura de la primera juventud y de la práctica y sabiduría de la edad madura! ¡Qué de empresas no verificaría en el transcurso adicional de los vigorosos años que se le asegurasen! Parecerá increíble en la época presente, que un hombre de años y experiencia diese fe á unos cuentos parecidos á las sencillas ficciones de un cuento árabe; pero entonces las maravillosas novedades estaban en boga, merced á los continuos descubrimientos que casi realizaban las ilusiones de la fábula, y la imaginación de los viajeros españoles había llegado á exaltarse de tal modo, que creían las cosas más absurdas. Plenamente convencido de que existía el país que acababan de describirle, aprontó el buen Ponce á sus expensas los buques con que dar principio á la expedición, hallando fácilmente aventureros que le acompañasen.

No eran sólo los viajeros y aventureros quienes creían en las fábulas y los maravillosos cuentos indios. Hombres de eminentes estudios les daban también crédito. Prueba de ello es el siguiente extracto de la segunda década de Pedro Mártir (de Anglería), dirigida á León X, papa á la sazón. «Entre las islas situadas al norte de la Española, hay una á 325 leguas de distancia, según dicen los que las han explorado, que contiene un manantial perenne de agua viva, de tan maravillosa virtud que bebiéndola con método restablece á los ancianos en su juventud primera. Y aseguro á Vuestra Santidad que esto no es un dicho sin fundamento, porque es tan valido en la corte, que no sólo el pueblo le da fe, sino hasta las personas cuya sabiduría y fortuna los separan del común del pueblo. Mas si Vuestra Santidad desea saber mi opinión acerca de este punto, le diré que no quiero atribuir tan grandioso poder á la naturaleza; pero sí que Dios se habrá reservado esta prerrogativa para atraerse el corazón de los hombres,» etc. (Wáshington Irving, *Viajes y Descubrimientos de los Compañeros de Colón.* Gaspar y Roig, ed.)

Entre los más antiguos desta gente
Había muchos indios que decían
De la Bimini, isla prepotente,
Donde varias naciones acudían,
Por las virtudes grandes de su fuente,
Do viejos en mancebos se volvían,
Y donde las mujeres más ancianas
Deshacían las rugas y las canas.

Bebiendo de sus aguas pocas veces,
Lavando las cansadas proporciones,
Perdían fealdades de vejeces,
Sanaban las enfermas complexiones;
Los rostros adobaban y las teces,
Puesto que no mudaban las faiciones;
Y, por no desear de ser doncellas,
Del agua lo salían todas ellas.

Decían admirables influencias
De sus floridos campos y florestas;
No se vían aun las apariencias
De las cosas que suelen ser molestas,
Ni sabían que son litispendencias,
Sino gozos, placeres, grandes fiestas:
Al fin nos la pintaban de manera
Que cobraban allí la edad primera.

Estoy agora yo considerando,
Según la vanidad de nuestros días,
¡Qué de viejas vinieran arrastrando,
Por cobrar sus antiguas gallardías,
Si fuera cierta como voy contando
La fama de tan grandes niñerías!
¡Cuán rico, cuán pujante, cuán potente
Pudiera ser el rey de la tal fuente!

¡Qué de haciendas, joyas y preseas,
Por remozar, vendieran los varones!
¡Qué grita de hermosas y de feas
Anduvieran aquestas estaciones!

¡Cuán diferentes trajes y libreas
Vinieran á ganar estos perdones!
Cierto no se tomaran pena tanta
Por ir á visitar la tierra santa.

La fama, pues, del agua se vertía
Por los destos cabildos y concejos,
Y, con imaginar que ya se vía,
En mozos se tornaron muchos viejos,
Prosiguiendo tan loca fantasía
Sin querer ser capaces de consejos.
Y ansí tomaron muchos el camino
De tan desatinado desatino.

Al norte, pues, guiaron su corrida,
No sin fortunosísimos rigores,
Bien lejos de la fuente referida
Y de sus prosperados moradores;
Mas descubrió la punta que Florida
Llamó, porque la vió pascua de flores.
Volvióse hecho tal descubrimiento,
Y pidiólo por adelantamiento (1).

---

(1) *Elegías de Varones Ilustres de Indias.*

CAPÍTULO XXIX.

Gusanera y simpatía.

SUMARIO. — El paisano cura con simpatías la gusanera. — Necesario secreto del conocimiento de una simpatía. — Solamente tres personas pueden ser poseedoras de él. — En el revoltillo de la gusanera anda metido el diablo. — El paisano, exorcista. — Principal industria del paisano. — La gusanera en las regiones del Río de la Plata. — Causas y desarrollo natural de la gusanera. — Cómo sana naturalmente el animal agusanado. — Las larvas crían alas y se van volando. — El paisano asegura que *caen* en fuerza de una simpatía. — Diversas formas de simpatía para la curación de la gusanera. — Curación á la distancia. — *Bencedura,* vocablo bárbaro. — El secreto de las palabras y los errores de un historiador á su respecto. — La mordaz ironía en las curaciones simpáticas. — El diablo destruyendo las sementeras. — Gusanos é insectos. — La isoca. — La catanga. — El frailesco ó bicho moro y la vaquilla. — Cómo destruyen los sembrados: *división del trabajo.* — El tambeyuá y la lagarta. — El marandubá. — La langosta. — Modo de alejar estas plagas: simpatía.

La curación de la gusanera por medio de la *simpatía* es el *fuerte* del paisano. Animal agusanado, dice éste, si no se le cura de un modo ó de otro, muere. Se salvará por casualidad alguno. Lo regular es que perezca, por causa de los gusanos. Remedio más fácil (y, cuanto fácil, infalible), para curar la gusanera, que la *simpatía,* no le hay ni puede haber. Lo difícil es conocer una *simpatía.* El que

la conoce, la reserva exclusivamente para sí; pues de lo contrario perdería su eficacia, su virtud. El que revela el *secreto,* quebranta el juramento que prestó al comunicársele, y ya pierde una de sus condiciones esenciales la *simpatía.* Ha habido una alteración en el orden moral, y no parece sino que hubiese una potestad invisible que velase sobre el cumplimiento de un deber tan sagrado como lo es la guarda del depósito que se confía á aquel á quien se le comunica la fórmula maravillosa. La violación del juramento tiene sanción condigna: quien falta á él, pierde lo que mediante él se le da. El perjuro ha menoscabado las leyes que mantienen el equilibrio universal, y por consecuencia las leyes del orden moral no responden á la voz del perjuro. Ésta es regla general. No está, por supuesto, limitada á las *simpatías* que se usan en la curación de la gusanera. Toda *simpatía,* ya tenga por objeto la curación de los animales, ya se aplique á los seres humanos, sea cual sea la enfermedad para que sirva, se halla sujeta á la condición fatal, ineludible, del secreto. Lo esencial del secreto son las *palabras.* El que las conoce puede comunicarlas con eficacia (perdiendo él consiguientemente la virtud de curar) á *tres* personas no más. La cuarta ya no adquirirá, junto con las palabras, virtud alguna, ó más bien dicho, pierden ya su virtud las palabras.

¡La gusanera! ¿Qué clase de enfermedad será esa extraordinaria, ó cuál será la causa de una enfermedad que tan singulares prácticas requiere para su curación? en la cual obra con tanta eficacia la *simpatía?* contra la que se estrella el escepticismo de los más recalcitrantes despreciadores de la *ciencia oculta* del campesino? ¿De dónde viene ó quién la trae?

Bien se deja ver, por el hecho de santiguar invocando la Santísima Trinidad, que en el revoltillo de la gusanera anda metido el diablo. Este perro enemigo del hombre (particularmente del cristiano) encubre sus designios de mil maneras, y así se transfigura en ángel de luz, para tentarle, como en la más repugnante sabandija, para perjudicarlo. Los indios pampas, con su *gualicho,* y los guaraníes, con su *añanga,* tienen asimismo que habérselas con un diablo muy parecido al nuestro en sus maldades y artimañas. El nuestro, según el criterio vulgar, nos manda, entre otras plagas, la isoca, el frailesco, la vaquilla, el tambeyuá, la lagarta, el marandubá, la langosta y la gusanera. Destruye las sementeras del labrador y causa la muerte de los ganados del estanciero con epidemias y otros géneros de males. El achaque más frecuente (continuo, mejor dicho) en los animales es la gusanera.

El paisano, curando la gusanera ú otras enfermedades con un remedio misterioso y secreto, con una *simpatía,* desempeña, en resumidas cuentas, las funciones de un exorcista, aunque exorcista no consagrado sino por la mano de la superstición y la ignorancia.

El exorcista popular, el paisano, como católico que es, conjura necesariamente con la señal de la cruz. No podía menos de ser así. Trátase de correr al diablo, y el diablo se espanta con el símbolo del Crucificado. Aun familiarmente se acostumbra decir: *¡cruz, diablo!* para expresar el deseo de ver uno alejada de sí á una persona por extremo enfadosa ó molesta, á un muchacho muy travieso, etc., etc. Así el paisano santigua la gusanera. ¿Porqué la santigua? Porque la cresa depositada en la herida del animal agusanado no es otra cosa que un conjunto de es-

píritus inmundos. Del aire donde moran, han pasado á establecerse en el lomo, cuello, ancas ó pecho de la vaca ó del caballo, animales que tanto precia el hombre. Si el diablo ha sabido volverse mosca en la edad media (1), ¿porqué, en la moderna, no había de hacer lo propio? Quien hace un cesto, hará ciento.

La ganadería ha sido hasta el día de hoy la industria del paisano. Lidiar con vacas y caballos ha sido siempre su ocupación favorita. También suele ser *chacarero;* pero de mala gana y sólo en caso de necesidad, como el que, estando en un *puesto,* no cuenta más que con una *majadita* (2), para el sustento de numerosa prole. Entonces siembra maíz, papas, moniatos y alguna otra cosa. Pero aun el chacarero, lo es por accidente, y no le faltan, á parte de las ovejas, unos *matungos* (caballos viejos y enfermos), un par de vacas lecheras y (no hay para qué decirlo) media docena de perros. Esta circunstancia de entender constantemente en el cuidado de animales, ha venido á hacer famosa en el Río de la Plata la curación de la gusanera, á la que aplican, con eficacia indiscutible (según ellos), la *simpatía.*

La gusanera, particularmente en las regiones cálidas, como lo son la mayor parte de las que bañan el Paraná y Uruguay, persigue mucho á los ganados vacuno y caballar, si bien mulas, burros, cabras, ovejas y perros, toda clase de animales que no estén revestidos de alguna coraza, como los encubertados, están expuestos á sufrirla. Aun estos mismos, los encubertados, no están libres de que se

(1) V. Cap. XXI, pág. 236.
(2) Hato pequeño. *Majada,* hato, rebaño.

les agusanen las orejas, el hocico y las patas. Por pequeña que sea una herida, basta para que se forme una gusanera.

Insectos hay (de la clase de los dípteros), como las moscas, que depositan sus huevos en las mataduras y otras heridas de los animales. Las larvas que salen de estos huevos, se alimentan de las materias orgánicas aparentes que les proporciona la putrefacción de la carne de la herida, que en los climas cálidos entra muy luego, si no se la cura inmediatamente, en estado de descomposición. Desarróllanse las larvas, crían alas, y, convertidas en insectos, toman vuelo, abandonando el sitio en que, á costa y con sufrimiento del animal *agusanado,* adquirieran la plenitud de sus formas. Así que desaparece el insecto, empieza naturalmente la curación de la herida ó matadura por sí sola, á no ser que haya ésta interesado algún órgano importante del animal agusanado, cuya destrucción le ocasionare la muerte. El paisano, sin embargo, quiere ver en la cresa unos gusanos que acaban con la vida del animal casi siempre, si no le aplica el oportuno remedio. El que usa es la *simpatía.* Mediante ella, los gusanos (dice) *caen.*

Siguen al animal agusanado (vacuno ó caballar). Observan dónde asienta la pezuña ó el casco. Apéanse, sin quitar la vista de la gusanera, pónense en cuclillas, sacando el largo y puntiagudo cuchillo, cortan, soslayándolo, el espacio de terreno en que está impresa la pisada, voltéanlo, hácenle una cruz con la punta del cuchillo, y se van, sin mirar más la gusanera. También hacen lo mismo con los espacios hollados por una mano y la pata del lado opuesto. Cuando el pasto de la tierra desprendida del suelo se seca, *caen* (dicen) los gusanos.

Caen igualmente los gusanos, cuando se secan los ma-

nojos de pasto *(tres)* que arranca el curador y echa al suelo á la derecha, á la izquierda y por la espalda, mirando fijamente á la gusanera. Después no se la vuelve á mirar más, so pena de frustrarse la curación.

Otro modo de hacer *caer* los gusanos. Arrancan una cerda de la crin ó cola de su caballo, ó una pajuela. Dispónenla en forma de nudo, tomándola de las puntas. Aplican el ojo á la gusanera por medio del lazo y paulatinamente lo van cerrando hasta que aquélla se deja de ver. En seguida apartan la vista de la gusanera, tiran la cerda ó pajuela, y se van. Generalmente esta operación va acompañada de palabras. Las anteriores también se hacen con palabras, que muchos omiten, dándoles (por supuesto) el mismo resultado.

Como no vuelven á mirar más la gusanera, por temor de que la *simpatía* pierda la virtud de curarla, suponen que los gusanos *caen*, cuando lo que los gusanos hacen, después de las cruces, miradas, preces, fórmulas y maldiciones, es acabar de nutrirse, completar su desarrollo y echar á volar en busca de otros y mejores alimentos.

Algunos (¡cuán preciada es esta *simpatía!)* curan á la distancia. Consiste la *simpatía á la distancia* en palabras y acciones simbólicas. Para curar un animal desde lejos, no han menester verlo, ni conocerlo. Bástales saber qué pelo tiene y dónde pasta.

Suelen llamar *bencedura* á la simpatía. Éste es un vocablo cerril, derivado del verbo portugués *benzer,* bendecir, santiguar [1]. Los brasileños riograndenses usan mucho la

(1) Incurren, pues, en una manifiesta impropiedad los que, no sospechando que se trata de un derivado bárbaro del verbo portugués

simpatía, y no pocas de las fórmulas conocidas en el Río de la Plata y Paraguay han sido comunicadas por ellos. Por eso asimismo suelen en el Río de la Plata llamar *bichera* (del portugués *bicheira)* á la gusanera, *bicho* al gusano, y *abicharse* al acto de agusanarse. Esta comunicación de voces extrañas es muy fácil entre gentes vecinas que hablan lenguas tan análogas como la portuguesa y la castellana, que tienen un origen común y una común historia.

El necesario secreto de las fórmulas hace difícil su conocimiento de parte de los curiosos. Por ejemplo, puesto un paisano en el compromiso de manifestar de qué palabras se vale para curar la gusanera, dirá: « Gusanos malditos, caed de esa gusanera de once en once, de diez en diez, de nueve en nueve, » y así sucesivamente hasta terminar: « de uno en uno, y no quede ninguno, » haciendo con la mano, al pronunciar cada número, la señal de la cruz é invocando, por último, el nombre de la Santísima Trinidad. Pero en realidad la serie de números de la fórmula verdadera no debe comenzar por *once,* como engañosamente dijo el interrogado, sino por *nueve.* De esta manera satisface al importuno, y no se priva del uso eficaz de una fórmula reservada, que le sirve para impedir que se le mueran muchos animales agusanados: perdonable engaño.

benzer (bendecir), escriben *venecdura,* en lugar de *benecdura.* Así un escritor moderno, D. Xavier de Viana, titula *Venecdura* una de las interesantes narraciones de su libro *Campo,* en la cual relata las ceremonias y fórmulas usadas por el *tío Luis* en la curación de la mordedura de víbora. También nos llama la atención, dada la idea que se forma el vulgo de la mujer sin cabello (Cap. VII de esta obra, págs. 80 y 81), que una china se corte la trenza y la ofrezca á su compañero, en prenda de amor y fidelidad, como lo vemos en otra de las narraciones del libro citado.

Víctima de un engaño semejante es posible que haya sido el escritor (Háwker) de quien Wílliam George Black tomó la especie relativa al modo que tienen los campesinos ingleses de curar la mordedura de víbora. Ponen, dice, sobre la herida dos trocitos de avellano dispuestos en forma de cruz, pronunciando *dos veces,* en alta voz y con solemnidad las siguientes palabras: « Bajo este pequeño avellano hay un jactancioso gusano de garganta manchada. Es nueve doble. Ahora de nueve doble á ocho doble, de ocho doble á siete doble, » y así sucesivamente hasta decir: « de uno doble á ninguno doble »[1]. Desde luego es de suponer que la fórmula se repita, no *dos,* sino *tres* veces; porque este número simboliza la producción del equilibrio de las fuerzas ó de los seres, al paso que el primero representa el antagonismo y la resistencia, según los arcanos de la magia y *ciencia oculta*[2]. Pero lo más notorio de la confusión ó del engaño es la retahila de los *gusanos.* Se da por supuesto que el reptil de que se trata, la *víbora,* es un *gusano* que se multiplica en la herida cubierta por la crucecita de avellano, cosa de todo punto inadmisible. La víbora clava los colmillos, inocula su veneno sin formar llaga, y se va. No deja ni cría gusanos, como la cresa de los dípteros en las mataduras ó llagas de los animales. Deja su veneno y mata con su veneno. ¡Fresco estaría el paciente, si hubiese de esperar á que desapareciesen los *gusanos* de la herida hecha por el venenoso reptil con sus horadados colmillos! Lo probable es, por consecuencia,

(1) *Medicina Popular* (Capítulo de la *Historia de la Cultura* de Black) trad. por D. Antonio Machado y Álvarez.

(2) Papús, *Trait. Méthod. de Scienc. Occult.*

que las palabras recogidas por Háwker de boca de los campesinos ingleses, se refieran á la curación de la gusanera.

Con ocasión de la picadura de víbora, puede suceder que se forme una llaga en la que un díptero ponga su cresa. Esto es cosa muy distinta de la picadura. He aquí el caso. Sucede con frecuencia que la víbora, cuando muerde con rabia, deja clavadas las presas en el cuerpo de la persona ó animal acometido. En este caso, si la víbora no es muy venenosa, ó estaba en un estado en que el veneno tuviere poca actividad, el animal herido no muere; pero se inflama la parte del cuerpo en que están enterrados los colmillos, hasta que, saliendo éstos, queda una llaga donde pueden los dípteros depositar su cresa. Entonces sale una gusanera en el sitio en que la víbora clavó sus colmillos. En semejante caso ya no es la mordedura de la víbora el mal que padece la bestia enferma. El veneno que el reptil introdujo en el cuerpo del paciente, no produjo el temido efecto. Eso se disipó. No es ésa la curación que requiere la dolencia. Se trata de curar, no la picadura de víbora, sino la *gusanera,* caso en que vendría bien la fórmula citada por Black. Pero Black se refiere precisamente á la curación del envenenamiento producido por la mordedura de una víbora, caso en el que la fórmula que cita es enteramente inadecuada al intento.

La ironía de buena ley es como una luciente aguja, que punza sin herir. La mordaz ironía que nace en ánimos perversos, del despecho ó la envidia, es saeta enherbolada que mataría al hombre de bien, si éste no aprovechara su propia superioridad intelectual ó moral para embotar los enconosos tiros con el seguro de su fama y su conducta, enaltecidas en tales casos con el silencio. El escándalo es

la atmósfera en que respira el monstruo de la difamación. El escándalo le anima y regocija; porque, con los insultos recíprocos, él nada pierde y el hombre que vale se enloda y se desgasta. El paisano, en algunas de sus *simpatías,* usa el arma de la ironía. ¿Contra quién mejor que contra un soberbio? Seguro de su fuerza con el arma de la fe, el paisano, si el eterno enemigo del hombre se ha convertido (por ejemplo) en larva sobre el lomo llagado de una caballería, santiguará y pronunciará sus *palabras,* terminando de este modo: *y que esos gusanos aumenten como las tareas en domingo.* Al revés me las pintas.

La agricultura ha adquirido modernamente en el Río de la Plata un desarrollo considerable. El espíritu maligno, alerta siempre para dañar al hombre en su persona y en las cosas que posee, á vista de un adelanto que tanto le mejora, ha formado numeroso ejército de gusanos é insectos voraces, que envía á los sembrados con el objeto de destruirlos. La filoxera y otros enemigos análogos de la agricultura en grande escala, ¡cuánta desolación no causan! ¿Y los pobres *chacareros?* El *frailesco* ó *bicho moro,* la *vaquilla,* el *marandubá,* la *lagarta,* la *isoca,* el *tambeyuá,* la langosta voladora, la langosta saltona, la langosta *criolla* y la hormiga forman las diversas tropas organizadas de formidable ejército de demonios en figura de insectos y de gusanos que envía el príncipe de las tinieblas á la destrucción de las huertas, sembrados ó chacras. Algunas divisiones, como las de la langosta y el frailesco, marchan en *mangas* ó columnas.

Es la *isoca* un gusano blanco, no mayor que el dedo meñique de una criatura, de cabeza naranjada, barriga negruzca, seis patas y dos garfios á modo de colmillos. Se

alimenta de las raíces, que roe y corta, de muchas plantas útiles. En estos últimos años ha sido tanta la isoca, que muchas sementeras ó chacras, y hasta campos de pastoreo, quedaron asolados. Sécanse las hortalizas y el pasto, quedando la tierra suelta y como removida en torno de las raíces. Ni la langosta hace más daño que á veces causa la isoca. Es larva del escarabajo ó *catanga* (voz quichua), que tan luego como está en aptitud de volar, gana, á la caída de la tarde, la región del aire, para caer en las fauces de las lechuzas. Los lagartos, los peludos, los zorrinos y otras alimañas, á quienes perseguimos y matamos, también gustan de estas larvas é insectos, comiendo todos los que pueden. De manera que nosotros destruimos á quien nos hace un beneficio.

Llaman *frailesco* ó *bicho moro* á un insecto destructor de las huertas, que come las hojas de las plantas, dejándolas enteramente desnudas, con solo el tronco y los nervios. Por la forma, le dan el nombre de *frailesco,* como que se asemeja á la vestimenta del franciscano, ceñida á la cintura. El color es negro, sembrado de puntitos blancos, ó sea gris, á que dicen *moro* en el Río de la Plata, tratándose de animales. Irrita la piel de las personas con su picadura, dejando ampolla. Estrujado, es un cáustico poderoso. Algunos farmacéuticos le emplean, en lugar de cantáridas ó de moscas de Milán. Las plantas que prefiere son el tomate y el pimiento en primer término, la patata y las habas. En acabándose, acude á todas las demás hortenses, sin desperdiciar la alfalfa: todo lo aniquila.

La *vaquilla* es insecto de la propia especie que el *bicho moro* ó *frailesco;* de color overo-negro y un poco mayor el tamaño: en voracidad no le cede un ápice. Algunos llaman *vaquilla* al *frailesco* ó *bicho moro.*

El *bicho moro* y la *vaquilla,* la langosta, el *tambeyuá* y la *lagarta,* y la *isoca,* son las plagas mayores, entre las del reino animal, que castigan á la agricultura en el Río de la Plata.

Ádam Smith escribió una obra famosa, en que desentraña los medios y causas que desarrollan y acrecientan la riqueza de las naciones, viniendo á ser como el fundador de la economía política. Pero antes de que Ádam Smith expusiese, y demostrase la conveniencia de observar estrictamente, los principios fundamentales de esta ciencia tan importante, ya el vulgo y el diablo habían aplicado algunos á diversas cosas: el primero instintiva é inciertamente, como que aún no se había fijado en ellos, y el segundo con perfecto conocimiento de su eficacia, por el saber natural y experiencia que tiene. Lo que Ádam Smith proponía para enriquecer y hacer felices á las sociedades humanas, eso mismo ejecutaba el diablo para empobrecerlas y martirizarlas. Entre los dogmas económicos más recomendados por el célebre escocés y los que le siguieron en tales estudios figura la *división del trabajo,* por lo mucho que le abrevia y facilita. La *división del trabajo,* con efecto, entre tantos operarios cuantas cosas ú operaciones diversas y concurrentes á un mismo fin pueden ejecutarse por separado, es uno de los mayores anhelos de la industria moderna. Pues esto mismo hizo el diablo, convirtiéndose, para arruinar la agricultura tan necesaria al hombre, en *langosta, bicho moro, isoca, lagarta, hormiga,* etc., y distribuyendo la tarea de destrucción entre estos solícitos agentes de sus perversos designios. Al *frailesco* y la *vaquilla* encomendó las plantas de tallo. Las rastreras ó de guía, como el zapallo y el melón, puso á cargo del *tambeyuá* y de la *la-*

garta. En roer y cortar las raíces de unas y otras, debía ocuparse la *isoca.*

El *tambeyuá*(1) es una chinche silvestre, de color verde, que come las hojas y aun las guías ó tallos rastreros de los zapallos, calabazas, melones y otras plantas análogas. Ayúdale en esta faena la insaciable *lagarta*(2), que es un gusano, también verde, delgado, de unos cinco á seis centímetros de largo; que camina, arqueando el cuerpo hacia arriba, hasta juntar la cola con la cabeza apoyadas en el suelo, y luego, apoyado en la cola, estirando el cuerpo hacia delante todo lo que da de sí, y esto con diligencia, de modo que en corto rato anda un largo trecho. El *tambeyuá,* lo mismo que el *bicho moro* y la *vaquilla,* tampoco pierden su tiempo; pues, cuando acaban con una planta, pasan volando á otra: para eso tienen alas, y no cortas. Si la chacra ó cortijo es de tomates y plantas de tabaco, no les faltará tampoco un ministro especial que los consuma. Vendrá á comer sus hojas y tallos el *marandubá*(3), que es un gusano verde con manchas negras, del grosor del dedo índice. Las hembras extienden en hilera sus huevos á lo largo de la espalda, y los hijos, cuando nacen, quedan pegados á las hojas de la planta, como en cosa que les pertenece por herencia. Después que el *marandubá* ha engordado y procreado á su salvo, con perjuicio de tercero, se transforma en mariposa y se va á pasear por tierras extrañas y á libar el néctar de las flores de los jardines. Lo merece: ¡cuántos hacen lo mismo! En caso de que los referidos elementos de destrucción no hayan acabado con

(1) Voz guaraní.
(2) Voz portuguesa.
(3) Voz guaraní.

todo, ó sean pocos para tanto, viene á cooperar con ellos la langosta, en *mangas* tan espesas y dilatadas que anublan el sol. Cae en masa sobre plantas y árboles, que deja muertos, como si hubiese habido un incendio en el reino vegetal y caído sobre él una lluvia de ceniza. Créese que este ejército asolador tiene su campamento en el Chaco, hervidero de sabandijas, por lo cálido del clima, sus cerrados bosques y malezales é inmensos anegadizos (1). Una vez que la langosta voladora ha esterilizado los campos, deja en ellos enterrado un como cartuchito semejante á una espiga de trigo, y va á morir, por lo regular, á las costas de los arroyos. Ese cartuchito ha de dar ciento por uno; pero no de granos de trigo, sino de la no menos devoradora langosta saltona. De la saltona hay dos especies: una, la que procede de la voladora; otra, la *criolla* ó del país. Ésta, cuando la persiguen, se desparrama, saltando á largos trechos por sobre la cabeza de las personas. Aquélla es fácil de acorralarse como un rebaño de ovejas; lo que proporciona el medio de matarla, á fuego y echándole tierra encima, en pozos y zanjas.

El *chacarero,* amenazado con estas plagas, no pierde del todo la esperanza; pues tiene fe, mucha ó poca, en el ponderado remedio de todos los males incurables que proceden del rencor del demonio al hombre: el remedio del saludador y *manosanta:* la *simpatía.* Para el efecto, estudia el terreno ó campo en que va á ejercer el sublime ministerio que ha de dar por resultado la extinción de la plaga. El

(1) Oviedo, Herrera y otros historiadores de la conquista usan llanamente este sustantivo, que se ha conservado hasta hoy en boca de la población castiza del Río de la Plata. La Real Academia Española no lo registra en su *Diccionario de la Lengua Castellana.*

terreno de labranza, á que dicen *chacra,* es generalmente cuadrado ó cuadrilongo. Como dentro de este perímetro ó contorno está encerrado el maléfico agente destructor de las sementeras y plantaciones, es necesario, para hacerlo salir de él, espantarlo por tres de los lados y ángulos, dejando franco uno de éstos por donde pueda escaparse.

Detiénese el conjurador en cada una de las tres esquinas de la chacra, por la parte de afuera, y santigua, diciendo sus palabras en voz alta [1], con solemnidad y prosopopeya, puestos los ojos en la causa del mal que combate y el pensamiento en la divina misericordia. Terminan ordinariamente las preces con esta execración: — *Gusanos é insectos malditos, como que á Dios no adoráis, él ha de querer que abandonéis estos sembrados. ¡Salid de aquí!* El maldecido ejército de Satanás no tarda en levantar campamento y emprender la retirada por la única salida que se le dejó para su escape: la esquina que se omitiera santiguar al intento en la huerta ó chacra que estaba devastando. Al enemigo que huye, puente de plata.

---

(1) Caso de hallarse solo el exorcista; pues, habiendo testigos, la necesidad del secreto le obligaría á pronunciar mentalmente la fórmula.

CAPÍTULO XXX.

Hechicería y demonios.

SUMARIO. — El mago y el hechicero quieren ser hombres de ciencia. — Magnetismo en la magia. — En qué se diferencia el mago del hechicero. — Enfermedades y desgracias: cómo vienen al hombre. — El dolor: qué provecho se saca de él. — Cómo sobreviene la desesperación. — Ideas del vulgo á tal respecto. — El *malo* y los *maléficos*. — Males de *daño* y males de *culpa*. — Perversidad de las brujas y hechiceras. — El diablo entre cristianos é indios. — El diablo de los indios disfrázase de pobre para castigar al que falta al deber sagrado de la limosna. — Poseídos del diablo. — Exorcismos. — Caso de una muchacha endemoniada. — Brebajes y conjuros. — Magnetismo, espiritismo. — El espíritu inmundo. — Su historia. — Criterio de la Iglesia acerca de ciertos fenómenos psico-físicos. — Cualidades de los demonios. — El diablo, según doctrinas heterodoxas. — Identidad de creencias entre los indígenas del Nuevo Mundo y los del Viejo. — El diablo de los indígenas de América nada tiene que envidiar al de los pueblos cristianos. — *Zopay* y Viracocha, entre los indios del Perú. — *Cemí*, diablo de las Antillas. — El *huecuvú* de los indios de la Pampa, de la Patagonia, de Arauco. — *Mandinga* y sus travesuras. — *Negros del agua*. — Color del diablo.

La magia es, según los *ocultistas*, una *ciencia* que declara el modo con que el hombre es capaz de poner en actividad, en casos y circunstancias determinadas, la fuerza universal que informa el universo. Los novísimos experimentos del magnetismo en las diversas manifestaciones ó fases de que es susceptible, los fenómenos psico-físicos

que ofrece el estado *hipnótico* ó de sueño nervioso en que puede quedar sumergida una persona mediante ciertos procedimientos, la acción química de algunas substancias, producen efectos análogos ó á veces del todo semejantes á los que la magia y la hechicería ostentan como obra exclusiva y misteriosa de la voluntad é influencia de seres privilegiados que han recibido del cielo ó de una superior inspiración la facultad y los medios de hacer maravillas. Así las ciencias físicas y químicas están á punto de engalanar con arreos de fuste al mago y al hechicero. El magnetizador contemporáneo, dilatando, como pretende, la sensibilidad ó *fluido sensitivo* del cuerpo humano hacia fuera, y transfundiéndolo en una materia apta para absorberlo, para empaparse en él, persuádese á obrar maravillas idénticas á los célebres hechizos de las imágenes de cera y otros temidos efectos *ejusdem farinæ.* Quiere proceder como decía Cervantes de los discípulos de Zoroastro, que *juntando lo activo á lo pasivo, hacen cosas tan estupendas, que parecen milagros* (1): las cosas inanimadas

(1) *Trabajos de Pérsiles y Sigismunda.*

Es fórmula de la magia, que mira en el ternario el elemento *activo:* 1, el *pasivo:* 2, y el *neutro:* 3, que resulta de la acción de los dos primeros entre sí. Un escritor español de mediados del siglo décimoquinto la menciona también. Tratando de las artes mágicas, dice: «Aquestas solas artes que usan sangres ó sahumerios, son malditas. Mas el *ayuntar lo activo al pasivo,* y el esculpir de las piedras en tal signo ó el adivinar en las estrellas, lícito es, si es á buen fin. É otro pronunciar de nombres lícitos, que llaman tabla, et constreñir los espíritus con aquella virtud, lícito es, mientras el fin sea bueno. Bien puede el astrólogo hacer una imagen en el signo del Escorpión, para que sane los hombres de toda mordedura de serpiente, et lícito sería á un hombre hacer una imagen por quitar los lobos ó la langosta de una tierra. Y los que dicen que esto no es posible, también confiesan que no saben nada.» (El Bachiller Alfonso de la Torre, en la *Visión Deleitable.*)

obrando como si estuviesen dotadas de vida, la naturaleza entera obedeciendo al hombre.

Cuando las operaciones de que se trata son ejecutadas por sujetos iniciados en el modo de obrar de las fuerzas naturales y de encaminar la voluntad al bien en la alta esfera de la vida universal (los *sabios,* que aprendieron en los templos ó escuelas sagradas), pertenecen propiamente (según los maestros) á la *magia.* Pero si quienes las ejecutan son profanos, si no saben ó no pueden gobernar las fuerzas naturales para obrar efectos preternaturales, ó si, conociendo de ello algo, lo utilizan en su personal provecho y en daño de las gentes, esos tales no son *magos,* sino *hechiceros.* La hechicería, pues, es fruto bastardo de la magia *goética, diabólica* ó *negra* (1). Por lo demás, tiene la *hechicería,* á semejanza de la *magia,* sus adivinaciones, sus éxtasis y sueños nerviosos, sus alucinaciones, sus visiones, en suma, su física y su química maravillosas, y sus deidades coadyutoras é inspiradoras, que son los demonios. El *hechicero* tiene por familiar al diablo, con quien celebra pactos expresos ó tácitos, vendiéndole y entregándole su alma, con tal que le ayude y favorezca en su odiosa tarea. El *hechicero liga,* ó, como dice también el paisano rioplatense, *ata* á su albedrío la voluntad y la acción de las personas, evoca y trae á su presencia, como los espiritistas, las almas de los difuntos, y quiere obrar, en resolución, como los *sabios* y magos legítimos.

El *mago* es el ministro de la divinidad en la tierra. El *hechicero* lo es del diablo. El *mago,* por su instituto, encamina al bien sus acciones, quiere enjugar las lágrimas á

(1) V. Cap. VII, pág. 85,

los que lloran, quiere hacer felices á los hombres. El *hechicero* y su hermano carnal el *brujo,* condiciones que suelen estar reunidas en un mismo individuo, se ocupan, como su maestro el diablo, en hacer daño á toda alma nacida[1]. Señaladamente la bruja, todo envidia, todo odio y todo venganza, se goza en las ajenas desgracias, se complace hasta en la muerte que ocasiona de los tiernos niños bautizados, aunque ella sabe bien que se van al cielo. Lo sabe; pero los mata, sin embargo, por sola su inclinación al mal y porque al mismo tiempo aflige y hace llorar á los padres. Tiene con frecuencia de nuncio al dolor. El dolor la estimula, la atrae, como los cuerpos sin vida al cuervo. Sabe que á la postre nada puede contra el bueno: sabe que el mismo dolor acaba por ser un bien en las almas nobles; pero, aunque sepa todo esto, no por eso deja de hacer, como en el caso de los tiernos niños bautizados, todo el daño que ella concibe que puede causar por el pronto á aquellos á quienes odia ó tiene entre ojos.

El vulgo en general atribuye á un hechizo, á la acción fatal é irremediable de una bruja, sus más dolorosas enfermedades, sus mayores desgracias. Sométese á veces, sobrellevando con resignación cristiana sus males. Ni olvida que con verdad suele decirse: *no hay mal que por bien no venga.* Pero con todo, no es el orden universal, no son altos

(1) «El instrumento de los hechizos es el gran agente mágico, ó, en términos más llanos, la potencia magnética gobernada por una voluntad perversa. Lo que los hechiceros y nigromantes buscaban en sus invocaciones del espíritu impuro, era esa potencia magnética, que es patrimonio del verdadero adepto, usurpado por aquéllos con el fin de abusar de él de una manera indigna.» (Papús, *Traité Élémentaire de Magie Pratique.)*

designios los causantes de muchas de sus desgracias; sino la perversidad, la feroz inquina de una mujer aborrecible.

«Parece que el bien y el mal, dice Miguel de Cervantes, distan tan poco el uno del otro, que son como dos líneas concurrentes, que, aunque parten de apartados y diferentes principios, acaban en un mismo punto [1]». La religión consuela al hombre en sus adversidades. Los males que le atormentan y que á veces le dejan abatido y solo en el mundo, privado de los seres más queridos que enfermedades y desgracias arrebataran de su hogar, vienen á ser, cuando no castigos que en la tierra purgan sus faltas, pruebas de constancia á que la divina voluntad inescrutable somete al justo, merced á las cuales alcanza éste á merecer con mayores títulos la gloria y el premio en la inmortal vida futura, y aun, como en el caso de Job, una crecida suma de bienes en la actual perecedera. ¡Pruebas son, acerbas, las que sufren los padres, en presencia de una inocente criatura martirizada por larga enfermedad dolorosa que le acarrea la muerte! Dios lo da, y Dios lo quita. Ni un átomo en el mundo se mueve, sin que le impulse una causa ó fuerza que obra con peso y medida, concurriendo ordenadamente á la ejecución de los planes y designios del Creador, sabios y justos [2]. Y con frecuencia sucede que,

(1) *Trabajos de Pérsiles y Sigismunda.*

(2)

Llego á creer que el mal nació conmigo,
Que unido está conmigo en fuerte lazo,
Y que el dolor, cual cariñoso amigo,
Me mece en su regazo.

No es esto abnegación, no es sacrificio;
Tributo es de humildad y de respeto:
Falló la suerte: cúmplase el juicio.
Yo callo, y me someto.

(D. José Joaquín de Mora.)

mientras el bueno padece, prospera el malo, y vive alegre y se regocija, y con insolente satisfacción se complace en las desgracias ajenas. ¡Desventurado de él! Es feliz para su daño, no ya allá en el centro de las almas (donde una alta justicia castiga al malo, así como premia la virtud), sino aun aquí en la tierra.

El dolor es necesario en el mundo, á quien mejora, contribuyendo poderosamente al perfeccionamiento moral del hombre: hácele más benévolo, más tolerante, más justo. Fortalece el ánimo, levanta el entendimiento, afina el ingenio é induce al más puro ejercicio de la virtud. Es un fuego que, disgregando las impurezas del alma y ahuyentando de ella el humo de la vanagloria, la hace resplandecer acrisolada, y vigoriza y adiestra sus facultades (1).

Quien, desconociendo ú olvidando los saludables documentos con que la religión mitiga los pesares, suelta de la mano el timón y pierde el rumbo que había de conducirle

(1) Sublimados por el dolor fueron sin duda el ingenio y el gusto de quien dijo:

En lo adverso, constancia se acredita.
¡Oh! ejercite yo siempre el sufrimiento,
Con frente no marchita!
Que los valientes ánimos más deben
Á la acerba ocasión, que á la dichosa;
Porque en el daño su valor se aumenta,
Como el estéril campo, que acrecienta
Su virtud, abrasado
En incendio sonante y dilatado:
Su vicio se destierra,
Y la copia de frutos producida
Debe más á la llama que á la tierra.
¡Oh! cuánto es infelice quien la vida
Breve pasa olvidado!
Siempre igual, cuando nace y cuando muere,
Yace en alto silencio sepultado.

(Francisco de Rioja, *Á la constancia.*)

á puerto seguro, cae en brazos de la desesperación, monstruo que prestamente se apodera de él y le despedaza las entrañas, haciéndole doblemente desgraciado. Mas la resignación no obsta á que, siendo hondo ó irremediable el mal presente, las naturales penas del corazón arranquen vivas lágrimas á los ojos[1].

El vulgo, en verdad, por tradicional doctrina, alcanza, aunque insegura y vagamente, estos saludables documentos. Á veces los practica; pero con mayor frecuencia se aparta de ellos. Un incidente desgraciado, una grave enfermedad cuyo origen ignora y que va consumiendo, á la par que atormentando, al paciente, le ponen en confusión. No los considera ya como un castigo ó como una prueba á que el Supremo Juez le somete, ni menos los admite como efectos de causas naturales. Creyendo, como cree, en la acción del diablo, al diablo atribuirá sus desgracias, ya que no directamente en muchos casos, cuando menos á favor de un hechizo que la mano, la intención ó los ojos de una mujer maléfica le endereza. Los supuestos efectos de un hechizo se distinguen en el Río de la Plata con el nombre particular de *daño*.

El diablo, el *malo,* desempeña y ha desempeñado siempre en todas partes, entre cristianos é indios, un papel importante, principal, en materias de hechicería. Él ha sido, y aun es, su autor, ora mediato, ora inmediato. Él ha sido, y aun es, el coautor, el inspirador de el ó la *malé-*

(1)
Que el ánimo constante
No ostenta su grandeza
En negar á los males sentimiento,
Mas sólo en no abatirse á su aspereza.

(Francisco de Rioja, *Á la constancia.)*

fica[1] por cuya mano el hombre es víctima del *daño.* Tal vez será propiamente un hechizo, que mediante los conjuros del hechicero produce el mal que se deplora. Otras veces se causará el *daño* con bebidas y hierbas, ó *yuyos,* que el maléfico suministra.

La doctrina ortodoxa enseña, como todos saben, que los males y desgracias suelen venir de lo alto, pudiendo suceder, por tanto, que los males y desgracias que sobrevienen á los hombres por arte de hechicería, en que el diablo toma ingerencia de un modo esencial, en virtud de pacto expreso

(1) La Real Academia Española en su *Diccionario de la Lengua Castellana* no registra el nombre sustantivo *maléfico* (del latín *maleficus)* en el sentido de *hechicero.* Pero ha sido nombre muy usado, especialmente por los escritores de los siglos décimosexto y décimoséptimo. El P. Bernabé Cobo se expresa así:

«Con nombre de *hechiceros* comprehendemos á toda suerte de gente que usa de supersticiones y artes ilícitos para obrar cosas extrañas y que exceden la facultad humana, las cuales alcanzan por invocación y ayuda del demonio, en cuyo pacto explícito ó implícito estriba todo su poder y ciencia. Los teólogos suelen dividir esta superstición diabólica en cuatro especies: á la primera llaman *arte mágica,* y es cuando por ella se pretende algún efecto ó conocimiento de cosa maravillosa; á la segunda *adivinación,* y es cuando se procura el conocimiento de las cosas por venir, ó de las presentes y pasadas que no se pueden alcanzar naturalmente; la tercera es con que los propiamente llamados *hechiceros* ó *maléficos* procuran ser instruídos y ayudados, no para provecho, sino para daño de otros, y ésta se dice *maleficio* ó *hechiecría;* y la cuarta y última es la llamada *vana observancia,* de la cual, sin daño ni perjuicio de nadie, usan los que la profesan, para ser ayudados en cosas de su propia utilidad ó deleite. De todas estas cuatro especies hubo, entre estos indios (del Perú), hechiceros muy diestros y ejercitados.» *(Historia del Nuevo Mundo* por el P. Bernabé Cobo, de la Compañía de Jesús, publicada por D. Marcos Jiménez de la Espada.)

«La fuerza de los hechizos de los *maléficos* y encantadores (que los hay) nos hace ver una cosa por otra.» (Cervantes, *Pérsiles y Sigismunda.)*

«*Maléfico:* el hechicero.» *(Tesoro de la Lengua Castellana* por el Licenciado D. Sebastián de Covarrubias Orozco.)

ó tácito que con él celebra el hechicero, tengan en ocasiones el mismo origen. Así el brujo y el hechicero vendrán á ser en multitud de casos instrumento de la justicia divina. Una bruja de Cervantes, la Cañizares, insigne en su arte, discurriendo teológicamente, distingue los males de *daño* de los males de *culpa.* Males y desgracias vienen á las gentes (individuos ó pueblos), que proceden del Altísimo, ó de su voluntad permitente: enfermedades extraordinarias y muertes repentinas, naufragios, choques, caídas, incendios espontáneos (no debidos á la mano del hombre), terremotos, etc. Éstos son los males de *daño* ó de *pena.* Los males de *culpa* se deben al hombre, que es, en suma, su propio autor. Dios, pues, por nuestros pecados, permite á veces que las brujas y hechiceras hagan daño con sus artes diabólicas á las gentes. No permitiéndolo, no lo pueden hacer: en tal caso, ellas con sus conjuros y el demonio con todo su saber y su artería son del todo en todo impotentes. En cierta ocasión la Cañizares intentó destruir una viña de un su enemigo, y por más que hizo, no lo pudo conseguir; porque, como le dijo el demonio, Dios no se lo permitía. Ni tocar á una hoja de la viña de su enemigo le fué dado en esta ocasión á la Cañizares. Su perversidad era correspondiente á su oficio: mataba los niños tiernos bautizados, no obstante saber que con la muerte se iban al cielo. Movíale á ello su mala índole; pues *tal hay,* como dice el refrán, *que se quiebra dos ojos, porque su enemigo se quiebre uno.* Además de satisfacer esta inquina diabólica, complacíase en dar pesadumbre á los padres, matándoles sus hijos, que es lo que más lloran (1). El diablo

(1) *Coloquio de los perros Cipión y Berganza* por M. de Cervantes.

de los indios, en esto, como en todo lo demás, no iba en zaga al de los cristianos. Y aun era peor, si cabe. Entre los pegüenches, todo el que moría, moría de *daño*. El hechicero que lo causaba, moría quemado. Siendo mucha la mortandad, sobre todo en niños, y bastando una sospecha para condenar al supuesto malhechor, era frecuente, por tal causa, el suplicio del fuego entre ellos (1). Lo propio cabe decir de las demás parcialidades de la Pampa, de la Patagonia, de Arauco. El mal, las enfermedades, las desgracias todas, son obra de *huecufú* ó *gualicho*. *Huecufú* ó *huecuvú*, ó bien *gualicho*, castellanizada la voz, era el autor de todos los males. Causábalos directamente, ó por intermedio de sus *machíes* ó ministros y hechiceros, que con él se comunicaban. Eran éstos á la vez los médicos de los indios, que los suponían naturalmente capaces de curar los males causados por ellos mismos. Si tenían en su mano la causa del mal, consiguientemente debían tener su remedio ó el poder de quitarlo. También *huecufú* se ensañaba con los niños tiernos, como la Cañizares y demás brujas ó maléficas del Viejo Mundo. Dábales *oñapué* (veneno) directamente, ó por medio de sus ministros, á fin de hacer derramar lágrimas á los padres, afligiendo á éstos, por sus culpas, con la muerte de sus hijos inocentes. Para el efecto se metamorfoseaba de diversas maneras según los casos, cumpliendo en ocasiones una misión divina. Disfrazado de pobre, por ejemplo, llamaba á la puerta del que faltaba al deber sagrado de la limosna, y, si se le negaba la que pedía ó se le despreciaba de algún modo, en venganza daba *oña-*

(1) *Descripción de los terrenos de los Andes poseídos por los Pegüenches* por D. Luis de la Cruz, en la *Colección* Ángelis. V. Cap. IV y V.

pué á sus tiernos hijuelos. Por eso era muy arriesgado despreciar ó negar limosna al pobre, que podía ser *huecufú* disfrazado [1]. Dicho se está que si aquel á quien *gualicho* quería hacer mal carecía de hijos, no por eso se libraba de los efectos de su saña y perversidad habituales: á él, sin que lo sintiera, le hacía tragar el veneno. Si prefería sus hijos, era para herirle en lo que más podía dolerle. Los mocobíes del Chaco perdieron el árbol por cuyas ramas subían al cielo, por haber negado limosna á una pobre vieja, que no era sino el diablo que se había disfrazado de mendigo, como solía hacerlo el *gualicho* ó *huecuvú* de los pampas. La vieja se transformó en capiguara, y, royendo el árbol, acabó por derribarlo [2].

Satanás y sus secuaces andan metidos, por antiquísima tradición, en muchas de las supersticiones vulgares. En las de que se va á tratar en adelante figuran con harta frecuencia, poniendo de resalto en no pocas ocasiones su inhumanidad y su barbarie. Hanse introducido á veces en los cuerpos humanos y á veces los han rodeado, por algún designio inescrutable, ó por el solo gusto de estarlos atormentando. De ahí los *posesos* ó *poseídos* de los espíritus malignos, los *endemoniados*, y más frecuentemente las *endemoniadas* [3]. De ahí los *obsesos*, ó sean aquellas personas que, sin tener precisamente los demonios dentro del

(1) V. Cap. IV, pág. 42.

(2) V. Cap. XIV, págs. 198 y 199.

(3) Cervantes puso en boca de una *endemoniada* estas palabras: — «Mis amorosos pensamientos son los demonios que me atormentan. Paso hambre, porque espero hartura. Pero, con todo eso, la desconfianza me persigue; porque, como dicen en Castilla, *á los desdichados se les suelen helar las migas entre la boca y la mano.*» (*Trabajos de Pérsiles y Sigismunda.*)

cuerpo, experimentan los efectos de su presencia inmediata. *Poseídos* y *obsesos* ha habido en el mundo desde los tiempos más remotos.

Repetido número de observaciones, libres de resabios mentales, unidas á las enseñanzas de la crítica en la interpretación de los textos bíblicos, hicieron patente, á mediados del siglo décimoctavo, á los ojos de los hombres de claro entendimiento, que los posesos y obsesos, antes que personas atormentadas por el espíritu maligno, eran lisa y llanamente unos enfermos sujetos á la acción varia y singular de accidentes nerviosos [1]. Mucho antes, pues, de que naciera Charcot había sido expulsado el demonio del cuerpo de las *posesas,* por medios naturales, esto es, sin necesidad del superior remedio de los exorcismos. Pero Charcot, en los hospitales de París, con sólo una mirada hizo huir precipitadamente del cuerpo de las *posesas* á toda la caterva de espíritus que durante tantos siglos han estado atormentando á la humanidad y en especial al bello sexo.

El vulgo, sin embargo, asombrado á la vista de una mujer acometida de violentos ataques histéricos que la desfiguran é impulsan á acciones inusitadas, ha continuado sospechando ver en ella las contorsiones y maniobras del demonio introducido en su cuerpo para atormentarla, sin perjuicio de rodearla, con el propio intento, otra multitud de espíritus inmundos. Penetrado el vulgar criterio de esta idea, cuando ocurre un caso análogo, en vez de acudir á un médico, recurre á las patrañas que la tradicional medicina supersticiosa recomienda como apropiadas y eficaces para

(1) *La Magie et l'Astrologie dans l'Antiquité et au Moyen Âge* por L.-F. Alfred Maury.

libertar á la miserable víctima de los tormentos que padece. Las fumigaciones de la clásica ruda son infalibles en casos tales. Ceremonias, y rezos y santiguaderas constituyen el fondo de la curación sobrenatural con que se remedia un mal de índole semejante. El curandero (que lo es cualquiera que está en el secreto) viene á ser real y verdaderamente un exorcista popular, sin más título ni consagración que los que le confieren la credulidad é ignorancia de sus oyentes y espectadores.

Por el año 1894 tuvo suspenso y alborotado á todo un vecindario, en un paraje del Uruguay (Salto, costa del Daimán), cierta muchacha mestiza, aun no desarrollada, que, habiendo adolecido sin causa aparente, empezó á ejecutar acciones extrañas y á ser víctima de accidentes no menos raros; lo que dió lugar á que sus parientes y vecinos viesen en su imaginación asombrada cosas estupendas. He aquí cuáles. De repente comenzaba á gritar la paciente, clamando que la llevaban. Estirábase, y, tiesa, parecía que la arrastraban de las piernas, escurriéndose del asiento. Un hombre forzudo no era poderoso á sujetarla. Se retorcía, y gemía y lloraba. Insultaba soezmente á los que le dirigían la palabra ó la miraban con detención. Se arañaba, haciendo creer que no era ella, sino otro ser invisible quien le clavaba las uñas. Golpeaba con recios golpes las puertas y ventanas, paredes y muebles de la casa, sin que ninguno fuese capaz de saber quién los daba. Chistaba y daba silbidos, que parecían sonar en el techo del cuarto en que estaba. En el patio, en pleno día ó bien de noche, tiraba piedras con tal habilidad, que venían á caer en la misma casa de donde salían, sin que nadie sospechase de qué parte las arrojaban. Añadían los espectadores que, cuando le daba

el ataque, solía ponerse en movimiento todo lo que había en el cuarto. Se levantaba, como impelida del viento, la ropa, desprendiéndose de las perchas y volando. Levantábanse del mismo modo las tapas de las cajas. Las puertas zafábanse de las bisagras y, caminando, iban á recostarse á una pared. Rodaban las camas de hierro. Un *facón* (cuchillo largo de punta), de cabo de plata, y un poncho, colocados á los pies de una cama, se dirigieron horizontalmente por el aire, despacio, hacia donde se hallaba la muchacha, junto á la cabecera, en brazos de un hombre anciano que la estaba sujetando. Decían que la paciente, antes de ponerse en ese estado, no hablaba sino portugués, como que hacía poco que llegara del Brasil (Río Grande del Sur), donde era nacida; pero que, desde que le dieron los ataques, se expresaba corrientemente en castellano, como si hubiera nacido en la tierra, sin que ni en el acento se distinguiera de los hijos del país, fenómeno que desapareció al recobrar el uso normal de sus facultades. Al propio tiempo mostraba suma lucidez de entendimiento y notable perspicacia.

Con brebajes y conjuros y fumigaciones de ruda probaron á expeler y ahuyentar del cuerpo é inmediaciones de la paciente los espíritus de que indudablemente estaba poseída y cercada. Clama, hija (le decían): — *Dios conmigo, y el diablo al infierno.* Y la endemoniada respondía: — *El diablo conmigo, y Dios á la p....* [1] El exorcista popular que la asistía, viéndola tan pertinaz, le dió de mojico-

(1) Expresión muy frecuente en boca del vulgo del Río de la Plata, la que usa, ora en su sentido natural á fuer de insulto, ora en son de alabanza, como queda indicado en la nota de la pág. 294.

nes, con los que la ayudaba cristianamente á vencer á Satanás: ayuda que por el pronto dió algún resultado; pues ya desechaba al demonio y se acogía al Creador, y no hacía tantas extravagancias. Pero volvió á exacerbarse el mal. Volvieron, por ende, al baqueteo de los conjuros, etc., y la infeliz parecía enloquecerse: prendida de una vieja, cubríase el rostro, como aterrada, con las manos ó con un paño, y con penetrantes gemidos manifestaba su malestar y su espanto. Á la postre, por consejo de personas sensatas, acudieron á un médico, y en poco tiempo de asistencia quedó sana y buena la muchacha.

Es de notar que los individuos que creyeron ver (y eran muchos) las cosas imposibles de que se ha hecho referencia, tan semejantes á los fenómenos que ofrecen el magnetismo y el espiritismo, ni siquiera conocían el significado de estas voces, ni acaso las oyeron pronunciar en su vida. Eran gente destituída de todo género de cultura, ignorantísima, que ni sabía leer, sencilla y honrada, como los aldeanos que se presentaron á San Macario con la que imaginaron yegua, siendo su propia hija. « Eso que decís, les dijo el santo, no está en la doncella, sino en vuestros ojos[1]. »

La casa en que vivía la supuesta energúmena, ya de mucho antes, según contaban los vecinos, tenía algo de misterioso, que la hacía mirar con recelo. Era una casa repetidas veces castigada con apariciones, con fantasmas, con voces pavorosas, con ayes fatídicos, con luces que vagaban solitarias, con ruidos subterráneos y otras cosas por el estilo. Era, en suma, lo que llaman comúnmente una casa *asombrada*[2].

(1) Véase Cap. XXXVI.
(2) Véase Cap. XXXI.

Digamos, pues, algo de la historia del espíritu inmundo, aunque para todo buen cristiano es cosa bien conocida. Digamos algo de él, ya que de él no podemos desprendernos un solo instante de la vida, pues siempre nos sigue los pasos, siempre nos está provocando, y tentando y mortificando. Todos saben perfectamente que *el diablo anda suelto*. ¿Quién ignora, por otra parte, que hasta *detrás de la cruz está el diablo?*

Creado el universo, Luzbel ó Lucifer, príncipe de los ángeles rebeldes, quiso obrar por virtud propia efectos semejantes á los que emanaban de la soberana voluntad omnipotente. Muchedumbre de espíritus celestes, cuyo ministerio era servir á su Hacedor, envidiaron también sus obras. Llamóles Lucifer: acudieron, proclamólos, y, capitaneándolos, trabó reñida batalla con los ángeles buenos, fieles.

San Miguel, arcángel, acaudilló á los ángeles buenos, y derribó del cielo al rebelde y sus secuaces. Es el jefe de la milicia celestial, y represéntasele hollando bajo sus plantas al demonio, simbolizado comúnmente en un dragón [1]. Lucifer, Luzbel ó Satanás (diversos nombres de un mismo individuo), es hoy el *príncipe del mundo,* expresión con que se alude al espíritu de los hombres viciosos y malvados que lo pervierten.

(1) De Lucifer, vencido por el arcángel San Miguel, dice Bartolomé Leonardo de Argensola:

Ó fuese la desgracia de su estado,
Ó pensar que con fraudes libraría
Su causa del peligro conocido,
Súbito, de sus artes ayudado,
En un dragón horrible transformado,
Silbando se retira impetuoso.

Los ángeles malos arrojados al abismo constituyen el *diablo*. Son esos *demonios* que nos persiguen con enemistad y odio inextinguible. Infinito número de espíritus malignos quedaron en el aire, sin dejar por eso de sufrir la pena del fuego eterno á que fueron condenados. Moran entre nosotros. Tan crecido es su número, que si los comparásemos con los *microbios* que tantas molestias, enfermedades y muertes nos ocasionan, todavía nos quedaríamos cortos. Como si esto fuera poco, aun los que están en el infierno, á veces, por disposición divina, salen de él (cuyos tormentos continúan, no obstante, sufriendo), con el perverso designio de tentarnos de la propia manera que los que permanecen en el aire. Tiéntannos con sugestiones, ahora interiormente, ahora por medio de los objetos externos. Los demonios que nos tientan, salen de las bocas del infierno, como los microbios que nos infestan con el cólera asiático y la fiebre amarilla, de las del Ganges y del Misisipí.

Con el propio designio hase visto á Satanás hacer cosas maravillosas, que asombran á la vez que embaucan á la gente. Él ha sido el inventor y ordenador de los artificios del brujo y del hechicero, de los portentos de la magia, de los encantos y adivinaciones, de las maquinaciones de los duendes (que con ruido de muebles, silbidos y voces extrañas alborotan á los habitantes de una casa), de las apariciones, fantasmas, etc. Autorizados escritores de la Iglesia enseñan que muchos de los fenómenos del magnetismo animal, muchos fenómenos del espiritismo y de hipnotismo, son obra, si no real y verdaderamente demostrable, cuando menos posible, del espíritu de las tinieblas [1], así como en

(1) El P. J. J. Franco, *Le Spiritisme*, trad. al fr. por A. Onclair.

otro tiempo tampoco cabía duda en que lo fueran las histéricas ó posesas. Eso, para diablura, parece demasiado. Á su acción maléfica (por eso es el *malo*) está expuesto á cada paso el hombre. Cede éste en ocasiones, maquinalmente ó sin oponer resistencia, á las pérfidas sugestiones del demonio. Pero á veces celebra con él un pacto *expreso,* firmándole cédula en que le vende el alma, con tal que le ayude y proteja en sus pretensiones, que ordinariamente versan (como cosa de pícaros) sobre lances de amor y fortuna. El pacto *tácito* es una mera inteligencia y conformidad entre las pretensiones ilícitas del uno y la ayuda insidiosa del otro. De estos pactos, y en especial del pacto *expreso,* nacen los hechiceros, adivinos, brujos, encantadores, magos, invocadores todos del espíritu inmundo.

Los demonios, merced á su condición angélica, que no han perdido con la caída, conocen por intuición la verdad natural de las cosas, se trasladan instantáneamente de una parte á otra, por apartadas que estén, ejecutan sus designios sin tropezar con las dificultades que se oponen regularmente á los del hombre, valiéndose de medios extraordinarios é imprevistos. Su actividad y la eficacia de sus voliciones están en perfecta consonancia con su facultad intelectiva, que es incomparable. Lo es tanto, que Fulton, Édison, Charcot, Pasteur, al lado del espíritu de las tinieblas, son unos niños de teta.

El diablo, según doctrinas heterodoxas, carece de personalidad. No es sino una idea negativa, lo opuesto al *ser positivo* (la divinidad). Dios es la luz y la verdad, el orden y la armonía; el diablo lo contrario de todo esto y de las cosas que de ello se derivan. El diablo representa el *no*

ser: noción á que repugna toda idea de individualidad. Donde no está el reino de Dios, viene á quedar el del diablo. Personificando el hombre este principio del *no ser,* dale el carácter de inteligencia destructora. De ahí la lucha entre la vida y la muerte, el bien y el mal, la luz y las tinieblas, en suma, entre el *ser* y el *no ser.* El legítimo sacerdote del diablo en la tierra, es el materialista, el ateo, para quien las fuerzas espirituales no son otra cosa que el resultado de una debilidad cerebral, que conduce al misticismo [1].

Hase indicado ya (y á cada paso, en un estudio de esta naturaleza, se ofrece la ocasión de repetirlo) que la fantasía humana, en todas las regiones del globo, puebla con unos mismos elementos y de unos mismos seres ideales el mundo de las ilusiones, los espacios imaginarios, el teatro de la vida en todo su curso, en todos sus movimientos y accidentes, desde la cuna al sepulcro. Portugueses y españoles, esto es, los heroicos navegantes que abrieron nuevas sendas á los descubrimientos por mar en toda la redondez de la tierra, tuvieron luego repetidas ocasiones de reconocer y comprobar la admirable semejanza de creencias y ritos de los pueblos más distantes entre sí y desconocidos los unos de los otros. Esta semejanza, por lo regular, era tan completa en sus formas principales y hasta en sus pormenores, que forzaba el ánimo á creer ó á presumir que en tiempos anteriores, más ó menos remotos, hubiese habido, no ya una mera comunicación, sino una *compenetración* de ideas, de sentimientos y de costumbres entre unas y otras gentes. Las creencias del Nuevo Mundo, respecto de

(1) Papús, *Le Diable et l'Occultisme.*

las del Viejo, pueden compararse á las caprichosas figuras de una tela mirada por el revés. La religión y sus ritos, las supersticiones, los embustes de la hechicería, las pretensiones y cábalas de la magia que conociera el Viejo Mundo, constituyen el derecho de la tela, y forman su revés las mismas cosas que toscamente dispuestas y acondicionadas se hallaron en el Nuevo al tiempo de su conquista. Por lo que toca á la religión revelada, historiadores y teólogos convinieron en atribuir la coincidencia á industria del demonio, que, remedando las obras de Dios é iludiendo á las gentes privadas de la luz del Evangelio, se esfuerza por dominarlas y ser de ellas reverenciado [1]. Quiso Luzbel y quisieron sus secuaces aparecer en el Nuevo Mundo, en todo y por todo, tales cuales eran en el Viejo, y con la propia similitud dar vida y forma á un sinnúmero de supercherías.

El diablo de los indios, con efecto, en punto á sabiduría, industria y cualidades estéticas, nada tiene que envidiar al de los cristianos. Es tan sabio como pícaro, y tan pícaro como feo. El propio origen es idéntico en entrambos: el del indio, como el del cristiano, pecaminoso: dañado fruto de la soberbia y rebeldía. Los historiadores todos de la conquista, cuya mayor parte eran teólogos, reconocieron en el dios más venerado y temido de los indígenas del Nuevo Mundo al mismo diablo que conocían en Europa. El *zupay, ó zopay* de los indios del Perú es Lucifer en pinta. *Illa Tecce Viracocha,* la *luz eterna* y *gran dios* de los peruanos, tenía comunicada su divinidad y potencia á di-

(1) El P. José Acosta, *Historia Natural y Moral de las Indias;* Fr. Juan de Torquemada, *Política Indiana;* etc.

versas criaturas, que debían obrar respectivamente según su particular virtud y oficio: acompañábanle, y por lo general, estaban en el cielo. Unos eran consejeros, y otros meramente servidores de su creador. *Illa Tecce Viracocha* era *invisible,* é invisibles, por ende, habían de ser, y eran, sus criados ó servidores. Entre los criados que tenía, unos hubo que permanecieron leales y sumisos á su creador (ángeles buenos), á quienes los peruanos llamaron *huaminca,* y otros, por el contrario, prevaricaron y se hicieron traidores y enemigos (ángeles malos). Á éstos llamaron *zupayes* ó *zopayes* (demonios). *Zupay* propiamente significa *adversario maligno.* Adoraron los indios del Perú á los *huamincas.* Á *zupay* nunca le rindieron adoración. Pero *zupay* inventó medios y maneras con que fuera adorado [1]. El *cemí* (y por su estilo los demás demonios indígenas) de los indios de Santo Domingo era tan feo y espantable como suele pintarse al demonio á los pies del arcángel San Miguel ó del apóstol San Bartolomé. Reverenciábanle en lugares obscuros, á donde entraban á pedir que los socorriese en sus necesidades, que les diese agua para los campos y heredamientos, y buenas cosechas, y la victoria contra sus enemigos. Los *bohiques* ó *behiques* (sacerdotes, ó adivinos y magos) respondían á las consultas que les hacían. Era el diablo quien, por intermedio de ellos, hablaba: *como es antiguo astrólogo, decíales el día que había de llover ú otras cosas de las que la natura*

(1) *Relación* (anónima) *de las Costumbres Antiguas de los Naturales del Pirú,* en la obra *Tres Relaciones de Antigüedades Peruanas* publicadas por el Ministro de Fomento (Madrid, 1879). El autor de la *Relación* anónima era jesuíta, según resulta de su contenido y lo nota D. Marcos Jiménez de la Espada.

tiene por oficio[1]. *Huecuvú,* nombre que dan al diablo, llamado también *hualichu,* los indios de la Pampa y de parte de la Patagonia, así como los de Arauco, significa el *vagador.* Creen los indios que anda vagando por el mundo un infinito número de demonios, autores de todos los males, así de aquellos que reciben en sus personas, como de los que mortifican á los animales[2].

En realidad de verdad todo esto es *cosa de mandinga. Mandinga* es duende ó diablillo que, más que en el campo, habita en las ciudades[3]. Esta singularidad procede, no precisamente de que prefiera *mandinga* la vida ciudadana á la del campo; sino de haber pasado á las Indias en bar-

(1) Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia General y Natural de las Indias.* «Y no he hallado en esta generación cosa entrellos más antiguamente pintada ni esculpida ó de relieve entallada, ni tan principalmente acatada é reverenciada, como la figura abominable é descomulgada del demonio, en muchas é diversas maneras pintado ó esculpido, ó de bulto con muchas cabezas é colas é disformes y espantables é caninas é feroces dentaduras, con grandes colmillos, é desmesuradas orejas, con encendidos ojos de dragón é feroz serpiente, é de muy diferenciadas suertes, y tales que la menos espantable pone mucho temor y admiración.» (El mismo, en la obra citada.)

(2) *Descripción de la Patagonia y de las partes adyacentes* por Tomás Falkner, en la *Colección de Obras y Documentos para la Historia del Río de la Plata* por D. Pedro de Ángelis. Véanse los Cap. IV y V.

(3) Los *duendes* son unos diablillos revoltosos y chacoteros, que molestan y dan sustos á la gente. El P. Fuente de la Peña en el *Ente Dilucidado* sostiene, con la debida seriedad, que los duendes no son ángeles buenos, ni ángeles malos, ni almas separadas de los cuerpos; sino cierta especie de animales aéreos engendrados por la putrefacción y los vapores corrompidos que inficionan la atmósfera. Los verdaderos duendes son los de carne y hueso. ¡Cuántos hurtos y cuántas agresiones al honor de las familias se han cometido con la capa de duendes! «La comedia de *La dama duende,* decía Feijoo, se representa más veces que se piensa; porque hay muchas damas que son *duendes,* como también muchos que se hacen duendes, por las damas.» *(Teatro Crítico Universal.)*

cos negreros, cuyos tripulantes quedaban, por lo regular, á fuer de esclavos, en los centros populosos. *Mandinga,* con tal de no separarse de una compañía que aunque humilde y abatida le traía constantemente á la memoria los africanos lares, rara vez salía al campo. De ahí que se le halle más en ricos y elegantes salones, que bajo el techo pajizo del campesino. Salta á los ojos que el uso de este término *mandinga,* que á veces se aplica en sentido de encantamiento, no responde á una creencia supersticiosa. Es un término familiar, que regularmente usan las madres para reprender cariñosamente á sus hijos y en otras ocasiones.—« *Ni que tuvieses mandinga en el cuerpo;* que siempre has de andar con el vestido desarreglado.—No puedo dar con las llaves, por más que revuelvo y las busco. *¡Parece cosa de mandinga!—¡Es cosa de mandinga!* Todo me ha de salir al revés.—*Me lleva mandinga,* cuando tal cosa veo ú oigo.» Tales son los modos más comunes de usar el término *mandinga* familiarmente, dentro de casa.

Por gracia fué tomado, sin duda, el nombre de *mandinga,* de boca de los negros africanos, que tuvieron de esclavos las familias de América, desde la época colonial, hasta poco después de la independencia. En los desiertos del África habita, como es sabido, una casta de negros, de color de azabache, de labios abultados y de cortos y ensortijados cabellos. Estos negros tienen el nombre de *mandingas.*

Los magos, encantadores y hechiceros guaraníes tenían trato familiar con el *demonio,* que entre espantoso ruido y confusión de elementos se les aparecía en figura de un negrillo [1]. Actualmente llama el vulgo *negros del agua* á las

(1) Lozano, *Hist. de la Conquist. del Parag., Río de la Plat. y Tucum.*

visiones que desde el fondo de los arroyos, ríos, lagos y lagunas, se ofrecen á su imaginación, nadando, zabulléndose, ó corriendo por las orillas, en figura humana y de color de azabache.

La representación, pues, del diablo en figura de negro, además de estar en consonancia con la imagen que el cristianismo se formara del monstruo de la soberbia y rebeldía, espantoso en todo sentido, tiene en el Río de la Plata su precedente en las tradiciones indígenas. Por lo demás cada raza se considera dotada de las mejores cualidades físicas y morales que distinguen á la especie humana (1). Los indios salvajes, en constante y cruda guerra con el cristiano, miraron en el hombre blanco al mismo demonio (2). En Calicut, antiguo, rico y famoso emporio del Oriente, adoraban al demonio representado en una figura de bronce de horrible aspecto, á quien ofrecían en sacrificio la sangre de un gallo. Como que los aborígenes de Calicut son de color bazo ó pardo oscuro, pintaban negros á sus dioses y blanco al diablo (3).

¿Qué mucho, por tanto, que en el Río de la Plata tomen familiarmente por tipo del diablo en sus ocupaciones de duende á los renegridos *mandingas* del África? Es de suponer que no sólo en América (pues parece general en ella el uso de la voz *mandinga* en el sentido indicado), sino

(1) Pinta el blanco, negro al diablo;
Y el negro, blanco le pinta.

(*El Gaúcho Martín Fierro* por D. José Hernández.)

(2) V. Cap. VII, págs. 74 y 75.

(3) *Compendio de las Historias de los Descubrimientos, Conquistas y Guerras de la India Oriental y sus islas* por D. José Martínez de la Puente. Madrid, 1681.

también en las islas Filipinas y otras regiones colonizadas por españoles y portugueses, ande *mandinga* haciendo travesuras en las casas de familia.

Mandinga, en resumidas cuentas, pertenece á la ralea de los duendes: un duende africano, *criollo* en América.

CAPÍTULO XXXI.

Demonios, apariciones, fantasmas, etc.

SUMARIO. — Lugares *asombrados*. — Lugares *bravos*. — Desencanto del paso *Bravo* de San José de Feliciano. — Casas molestadas por demonios y por almas del otro mundo: en la antigüedad; en los tiempos modernos. — *Entierros* y *tapados*. — Opiniones de juristas. — Piedras tiradas por mano invisible. — Apariciones: su objeto. — Fenómenos psíquicos y psico-físicos. — Disposición de la población castiza rioplatense para los cuentos y leyendas de la mayor idealidad. — El ángel de la guarda: leyenda. — Almas en pena ó del otro mundo. — *Luz mala*. — El *malo*. — Fuego de San Telmo, ó *poder de las puntas*. — *Agua mala*. — Concepto vulgar de la *luz mala*. — Fuegos fatuos. — El *arguiduna* de Cataluña, ó juego de los muertos. — La danza *macabra* ó de los muertos. — Compadres y comadres pagando, después de muertos, la violación del sacramento. — Ruidos extraños, nocturnos. — Quién *muere como un perro*. — Fantasmas. — Almas separadas de los cuerpos. — Doctrina espiritista. — Doctrinas de la magia. — *Cemíes* y *hupiaes* de las Antillas. — Mejicanos y peruanos. — *Angueraes* y *mbaes* de los guaraníes. — Indios en general. — Ofrendas culinarias en los sepulcros: entre gentiles; entre cristianos. — Los muertos comiendo á dos carrillos. — Doctrina de la Iglesia.

Un sitio *asombrado* es el teatro de todas las travesuras y á veces maldades que por medios extraños y espantables puede ejecutar el *demonio*. Las *almas del otro mundo* *asombran* también las casas y otros lugares. Se espanta ó *asombra* la gente con los ruidos, voces y visiones con que

los *demonios* ó *almas en pena* se manifiestan; y de ahí el nombre que recibe el lugar en que ocurren. Así como hay casas (que son muchas en el Río de la Plata) *asombradas,* hay también vados ó *pasos,* lagunas, ruinas ó *taperas* y hasta árboles *asombrados.* ¿Quién pasa de noche, sin recelo, sin temor, sin espanto á veces, por un vado ó *picada,* por entre piedras y aguas y árboles *asombrados?* ¿Quién irá á vivir, ni de balde en ocasiones, á una casa *asombrada?* Un viejo caserón raro será que no esté *asombrado.* Casa frecuentemente desalquilada, casa *asombrada.*

Por el estilo de las casas *asombradas,* son algunos de los lugares *bravos* que ha habido y aun se hallan en el Río de la Plata. En particular los lugares *bravos* encierran algún encanto, albergando ordinariamente, bajo temible custodia, tesoros ocultos[1]. En un concepto más general, es *bravo* todo objeto que manifiesta por medios maléficos y aterradores, ó, cuando menos, singulares y misteriosos, la vida ó fuerza que lo informa. Son, en uno y otro concepto, y se reputan y llaman *bravos,* los cerros y serranías que de tarde en tarde se estremecen y braman, *bravas* las lagunas que se alborotan y hierven á la presencia de un ser humano, *bravos* los árboles cuya proximidad causa una enfermedad ó la muerte, como sucede con la *aruera*[2], *bravos* los *pasos* (vados) que se tragan á la gente.

Hace una veintena de años era general la creencia entre el vulgo campesino de las provincias argentinas de Entre Ríos y Corrientes que el *paso Bravo* de San José de Feliciano (arroyo caudaloso) se tragaba á los transeuntes.

(1) Véase Cap. XI.
(2) Véase Cap. XVII.

¿Quién se atrevía á pasarlo de noche? ¡Cuántos no perecieron en él! Pocos eran los que, habiéndolo pasado de noche, contaban el cuento. El paso *Bravo* de San José de Feliciano se tragaba, con efecto, sobre todo de noche, al atrevido viandante que intentaba vadearlo. Hundíale en un abismo algún genio maléfico que habitaba debajo de sus aguas. ¡Cuántas y cuántas víctimas de su ferocidad no lloraron las madres, esposas é hijos! El encanto, empero, del paso *Bravo* no había de ser eterno.

Corre el San José de Feliciano por entre el coloso de los bosques á que llaman *monte de Montiel,* que, abarcando una parte considerable de Entre Ríos, se interna en Corrientes. No lejos del paso *Bravo,* por el que forzosamente han de encaminarse los transeuntes, están, como acechando, desde el lado de Corrientes, unos fieros *malezales,* de que huye el hombre con espanto. Tenía en ellos su apostadero y guarida una gavilla de malhechores, que asaltaban, robaban y mataban á todo transeunte. Escondían las víctimas entre los matorrales y zanjones, con toda precaución, á fin de que no quedase rastro de sus crímenes. Mil veces impunes, confiaron demasiado, ó bien, como suele decirse, les *llegó su hora.* Sospechas primero, y señales visibles más tarde, indicaron el lugar en que el monstruo fantástico se albergaba. Deshecho el encanto, aparecieron los malévolos. Perseguidos á muerte, unos perecieron en la refriega, y otros desaparecieron espantados huyendo de su propia sombra. Desde entonces el paso *Bravo* de San José de Feliciano dejó de tragarse á los transeuntes.

Casas molestadas por demonios y por almas del otro mundo, húbolas en la antigüedad y en la edad media y la moderna, como en el día de hoy. Los mismos ruidos, los

mismos clamores, las mismas apariciones. Había en Roma casas que nadie se atrevía á ocupar, á causa de los fantasmas, ruidos, etc., que veían y sentían en ellas los ojos del espanto. Combatida de ilusiones, y por ello abandonada, estaba la casa que Dacio, obispo de Milán, ocupó en Corinto, y si pudo vivir en ella, gracias á que, con palabras divinas, expulsó de allí al demonio. Con palabras mágicas expulsóle asimismo Arignoto, según Luciano, de una casa inhabitable por causa idéntica, apareciendo después el cadáver de un hombre en el propio lugar. Sepultósele, y de entonces más la casa pudo ser habitada sin temor de espantajos [1]. ¿Era el diablo? ó era el alma, que estaba penando, del insepulto! Plinio cuenta que en Atenas había una casa muy grande, en la que durante la noche atemorizaba á sus habitadores (que acabaron por abandonarla) con ruidos de hierros y de cadenas y con golpes un viejo flaco y asqueroso de cabello y barba horribles. Arrendóla Atenodoro, filósofo, que, sabiendo lo que pasaba, quiso habérselas con la fantasma. Apareció ésta en la soledad y silencio de la noche, y, siguiéndola Atenodoro, desapareció. Señaló Atenodoro el sitio en que desapareciera la fantasma. Al día siguiente hizo cavar en el punto señalado, y hallaron debajo de tierra, entre grillos y cadenas, los restos de un cadáver. Recogidos y sepultados, quedó libre en adelante la casa de espectros y de ruidos terroríficos [2]. En el Río de la Plata las casas de tal modo *asombradas* arguyen la existencia de tesoros escondidos ó *en-*

(1) *Los Maleficios y los Demonios* por Fray Juan Nyder (siglo XV). Trad. y adic. por D. José María Montoto. *(Bibliot. de Tradic. Popul. Español.* por D. Ant. Machado y Álvarez.)
(2) Obra citada de Nyder.

tierros. El desasosiego de las almas que penan por causa del *entierro* ó *tapado,* cesa tan luego como, descubierto el tesoro, manda el hallador que digan unas misas por el difunto [1].

Los juristas, en los comienzos de la época moderna, se vieron forzados á discurrir (en la necesidad de establecer una doctrina para la decisión de los casos que se presentaban) sobre la responsabilidad de los inquilinos que, por causa de ilusiones y tumultos fantásticos que de noche y aun de día los inquietaran, dejaban las casas que tenían arrendadas, antes del plazo señalado para la terminación del arriendo. La opinión de los juristas más autorizados inclinóse á favor de los inquilinos [2].

El tirar de las piedras por mano invisible es cosa harto frecuente en el Río de la Plata. Después de muchas sospechas erradas, de muchos sobresaltos y de muchas pesquisas, en que interviene la autoridad á llamado del dueño de casa, resulta casi siempre que una muchacha, una sirvientita, una negrilla, se entretenía en tirar las piedras con pasmosa zorrería y habilidad. Manía es ésta muy generalizada en chicos y grandes, aunque por lo regular son muchachas de doce ó trece años los duendes tiradores de piedras que turban el sosiego de las familias.

Las apariciones se verifican de noche ó de día, ahora presentando la propia figura del cuerpo que el alma separada tuvo en vida, ahora por medio de la voz natural del difunto, con que le conocieron y le reconocerán las personas á quienes se dirige. La persona á quien se presentan,

(1) Véase Cap. XII.
(2) Montoto en las adic. á la obra citada de Nyder.

las reconocerá también inequívocamente en ciertos casos por caracteres, rasgos y acciones que las identifican con el deudo ó amigo que en esa forma sobrenatural le amonesta ó da un consejo, ó preconiza y agradece una buena obra meritoria, ó deplora un acaecimiento, un error, una falta, ó anuncia ahora un accidente desgraciado, ahora un suceso feliz que ocurre actualmente en lugar lejano ó que se verificará mañana ineludiblemente. ¡Cuántos casos se cuentan de apariciones maravillosas, que coincidieron con sucesos ó accidentes inesperados, ó los anunciaron, ó hicieron prevenciones que, aprovechadas, dieron por resultado que se cumpliese al pie de la letra lo prometido, se evitase un daño inminente, se alcanzase el objeto á que el alma piadosa aspirara! Las apariciones, en el Río de la Plata, entre la gente criolla, vulgar, campesina, hállanse siempre acondicionadas por el espíritu y los dogmas obscurecidos de la religión católica que vagamente informa el mundo moral en que flota y navega, frecuentemente sin brújula, su ánimo y entendimiento ajenos de doctrina.

Lo maravilloso golpea hoy á las puertas del templo del saber, de las corporaciones científicas. Las apariciones y fantasmas, el movimiento de los cuerpos sin que lo imprima una causa cierta, los ruidos inexplicables, las predicciones, presentimientos ó *corazonadas,* los fenómenos increíbles que suele presentar el espiritismo y el hipnotismo, hanse ya en nuestra época sometido á la piedra de toque con que el criterio rigurosamente científico analiza y comprueba la buena ó falsa ley de las ideas. Esta condescendencia importa admitir la posibilidad de las visiones de que se trata, si no en la forma y con el origen que la superstición ó el desvarío del entendimiento les atribuye,

cuando menos en calidad de fenómenos psíquicos ó psico-físicos dignos de estudio. Lo *preternatural* entra hoy día franca y libremente en los dominios de la ciencia. El fenómeno de las apariciones, dice un escritor contemporáneo [1], aunque parece trastornar las ideas científicas más fundamentales, parece sin embargo un hecho posible.

Las apariciones desempeñan un papel sobresaliente en los cuentos y leyendas del Río de la Plata, que en oposición á las estrechas ideas del materialismo pueden aprovechar, cual minero de oro fino, las bellas letras. La población castiza del Río de la Plata guarda en su seno, entre grandes preocupaciones tradicionales y exóticas, un fondo de poesía oriental y cristiana, empapada en los más dulces afectos que el alma humana atesora. Sus primeros progenitores aun hacían recordar, cuando la conquista, los tiempos caballerescos. La fantasía cristiana no rehusó tomar de la de los árabes cuanto contribuyera á dar mayor brillo y lujo de imaginación á sus concepciones poéticas. Tales disposiciones de la población rioplatense prepáranla á recibir como frutos apetecibles los muy sanos y deleitosos del ingenio bien acondicionado que, contemplando la naturaleza y la vida, sabe hallar en ellas toda suerte de materiales bastantes á enriquecer y poblar, con esmaltes de luz que no quema ni tizna, los vastos dominios del arte. ¿Qué ejemplo más patético de la ternura infinita que caracteriza el amor maternal, puede ofrecer la fantasía creadora, que la conmovedora leyenda de la aparición benéfica que acude

(1) *L'Hypnotisme Scientifique* par le Docteur Crocq Fils, lauréat de l'Académie de Médecine de Belgique. Rapport à M. le Ministre de l'Intérieur et de l'Instruction Publique. Paris, 1896.

solícita á los gemidos del huérfano que yace en la cuna momentáneamente abandonada de la nodriza? El pacífico hogar de dos felices esposos, al cabo de algunos años del casamiento, casi ya perdida la esperanza, cólmase de ventura y alegría con el favor que el cielo les dispensara, enviándoles un fruto de bendición. El pueblo todo, de quien los cónyuges se habían hecho querer por su mucha bondad, participó de su júbilo, complaciéndose en el bien de los que tanto le merecían. Los acerbos dolores del parto, negado á todo recurso, agotaron las fuerzas de la madre, quien, entre los delirios de risueña ilusión enlutada con las sombras de la muerte, entregó su alma á Dios, que puso el infortunio en el mundo para que sirviese de crisol al mérito y la virtud. El desolado padre encomendó á una honrada mujer campesina, que á la sazón vivía en el pueblo, la crianza del recién nacido. Cuidábale la nodriza con el mayor cariño y esmero, y no se separaba nunca de su lado. Un día le vienen á decir que uno de sus hijos estaba muy enfermo. La nodriza, sola en la casa, no sabe qué hacer...; pero, viendo que el niño estaba bien dormido, juzgando no serle necesario durante un largo rato, vuela en socorro del fruto de sus entrañas. Llega, bésalo, aplícale unos remedios y vuelve á la casa del huérfano.... ¡Cuál no sería su sorpresa, cuando, al acercarse al aposento en que el niño dormía, oye una voz femenil que modulaba con dulcísimo acento un tierno arrullo! Detiénese, observa, y descubre una mujer joven y hermosa, bien vestida, que, en pie, con una mano mecía la cuna del niño, al propio tiempo que con la otra le acomodaba bien la ropa. Vió luego con asombro que la elegante y amorosa dama, que tan delicadamente adormecía al huerfanito, le besaba en la frente, y,

al cabo, dejándole gozar del sueño de los ángeles, desapareció instantáneamente, sin saberse cómo ni por dónde saliera del aposento. La nodriza, hincada de rodillas, rezó un padrenuestro y un avemaría. El padre de la criatura, hombre culto y de no vulgares conocimientos, se reía melancólicamente de la candorosa simplicidad de la rústica nodriza. Pero empezó á llamarle la atención, sin embargo, que contase haber sentido llorar al niño, antes de que se oyese el tierno cantar, un vecino formal de la casa. — « ¿ Y cómo era la mujer que viste ? » le preguntó, por seguirle el humor, el padre de la criatura. — « Era esbelta, respondió la sobresaltada nodriza, y estaba bien vestida. Tenía blanca y medio pálida la tez, un tanto rosadas las mejillas, negros y grandes los ojos, castaño el cabello, la boca mediana, la nariz un poco respingada, y aquí (señalando un punto de la mejilla derecha) un lunarcito bien negro. » — « ¡ Mi mujer !, » exclamó conmovido y pasmado el viudo, « ¡ era mi mujer !. » Y, bañados los ojos en lágrimas, cubrió de ardientes besos el rostro del hijo por quien velaba, desde el seno de la eternidad, el infinito amor maternal [1].

Á parte de las *apariciones* propiamente dichas, cuenta el vulgo del Río de la Plata en el número de los personajes de ultratumba que suelen visitarle en este mundo, los espíritus de los finados que durante la noche flotan en el aire envueltos en un pequeño globo vagaroso de luz azulada. Dícenles *almas en pena, almas del otro mundo, espíritus, luces de la viuda* y *espantos*. Suelen llamarles también *luz mala,* contemplándola con cierto recelo y aun

(1) Hállase referido este caso en las *Narraciones Populares* recogidas por Santos Vega (seudónimo).

pavor. La luz de que se trata es generalmente azulada; pero suele aparecer colorado-verdosa, y á veces roja del todo. Algunos distinguen luces de luces, asegurando que la luz propiamente *mala* es la colorado-verdosa, y que es *buena* la que no presenta nada de verde. *El malo,* en boca del vulgo del Río de la Plata, significa el diablo[1]. Eso de nombrar por antonomasia el *malo* al espíritu infernal procede de la Península, y es uso antiguo[2]. *El vulgo de los marineros,* según el historiador D. Tomás Tamayo de Vargas, acostumbraba llamar *luz mala*[3] al fenómeno lu-

(1)
¡Pues no me he de santiguar!
Con esas cosas no juego.
Pero no importa: le ruego
Que me *dentre* á relatar
El cómo llegó á topar
Con el *malo.* ¡Virgen santa!
Sólo el pensarlo me espanta.

(*El Fausto* (impresiones del gaúcho Anastasio el Pollo en la representación de esta ópera) por D. Estanislao del Campo.)

(2) «El *malo,* que todo lo malo ordena, y los muchachos, que son más malos que el *malo,*» etc. (*Don Quijote de la Mancha* por Miguel de Cervantes.)

«*El malo.* El demonio. Úsase más en plural.» (Diccionario de la Lengua Castellana por la Real Academia Española.) Usóse también con artículo numeral. V. pág. 403 y nota al fin.

(3) «Juzgaban los que de lejos descubrieron la armada que, como iba entrando la noche, se iba coronando de luminarias á que el vulgo de los marineros da el nombre de *agua mala.* Tantas eran las luces, que con admirables resplandores se distinguían en las estelas de las naos; si bien éstas, como otras impresiones meteorológicas, ni son ni proceden de fuego verdadero, sino efectos de algún aliento demasiadamente viscoso y grueso, que inflamado, ó por colusión, ó por antiperístasis, en la frialdad del aire ambiente hace asiento, luciendo sin quemar, á veces en las antenas de las naves, otras en las extremidades de las picas y algunas sobre las cabezas de los hombres, siendo siempre materia de admiración *y de presagios,* por la observación del pueblo acreditada con la veneración de la antigüedad y con las disputas

minoso conocido comúnmente con el nombre de *fuego de San Telmo.* Cuando el tiempo está ó ha estado tempestuoso, hallándose la atmósfera muy cargada de electricidad y acercándose mucho á la tierra las nubes, suelen aparecer en las extremidades de los objetos elevados y puntiagudos unas llamas á manera de penachos. Este fenómeno responde á la teoría que se llama en física *el poder de las puntas,* que llevó como de la mano á Fránklin á la invención del pararrayos. Suele observarse en los mástiles de las embarcaciones, en las picas ó lanzas de los soldados y hasta en las cabezas de personas y animales. No rara vez, estando el tiempo tempestuoso, el paisano del Río de la Plata, cuyo oficio es cruzar los campos y lidiar con vacas y novillos, ha visto con admiración apuntar por las orejas de su caballo fugaces llamas azuladas, á manera de fósforos que se encienden y se apagan sucesivamente. Dicen que alguna que otra vez se ha visto brillar una chispa en el dilatado lazo, al caer sobre el cuello del animal á que va dirigido [1]. San Telmo ha sido el patrono de los navegan-

de los filósofos, en cuya doctrina son cosas que encerró con razón incierta la majestad de la naturaleza: excusa suficiente destos divertimientos.» (*Restauración de la Ciudad de San Salvador y Bahía de Todos-Sanctos en la Provincia del Brasil por las armas de Don Felipe IV el Grande* por D. Tomás Tamayo de Vargas. Madrid, 1628.)

(1) Fenómenos de la propia índole que los *carbunclos* y *faroles* de que se ha hablado en el Cap. X.

El fenómeno luminoso, en los dos últimos casos referidos en el texto, se verifica á favor de la humedad; pues lo observan cuando en tiempos tormentosos ha trabajado mucho el caballo y está sudando, y cuando el lazo con la lluvia se ha mojado y atiesado. La luz corre por el interior de las orejas hacia la punta, donde, después de arder un instante, se apaga, volviendo á manifestarse una y otra vez. En el lazo se observa particularmente al *cerrarse la armada,* que es cuando corre la argolla.

tes, que le invocaron en las tempestades. Aunque el *fuego de San Telmo* aparece también en tierra, lo más frecuente ha sido manifestarse en el mar, en las embarcaciones, en las puntas de sus mástiles. Los mareantes griegos y romanos tuvieron por feliz augurio la aparición de un *fuego* que para ellos simbolizaba á los gemelos *Cástor* y *Pólux*, quienes, habiéndose distinguido entre los argonautas en la conquista del vellocino de oro, solían aparecérseles en figura de dos estrellas, por lo que pasaron á representar uno de los signos del Zodíaco y vinieron á ser los protectores de los que le invocaban en los grandes peligros que ofrecía el mar con sus borrascas. Los cristianos tomaron esta advocación de los gentiles, bautizando el fenómeno luminoso con el nombre de *San Telmo* é inventando un episodio milagroso enteramente análogo al que dió ocasión á que *Cástor* y *Pólux* mereciesen ser convertidos en luminarias del cielo [1]. ¿Cómo, pues, siendo el *fuego de San Telmo* el alma de un santo que acudía, en las tribulaciones de los mareantes, al devoto llamamiento de sus protegidos, han podido éstos aplicarle el nombre de *agua mala,* expresión que da á entender que anda metido en ello el espíritu maligno? Sin duda no significó para todos la misma cosa. Para los navegantes en general significó indudablemente la protección del cielo y la bonanza; pero el *vulgo de los marineros* nunca quiso dejar de ver en él una *luz mala* engendrada en el agua por fuerzas ó por espíritus que tenían más de malos que de buenos. Para los marineros de D. Fadrique de Toledo (que mandaba la armada de Cas-

(1) Véase *Teatro de los Dioses de la Gentilidad* por el P. Fr. Baltasar de Vitoria. Barcelona, 1722.

tilla que el año de 1624 fué enviada junto con la de Portugal contra los holandeses que se habían apoderado de la ciudad de San Salvador y bahía de Todos los Santos en el Brasil) fueron *luz mala* las *luminarias* que, *tras turbación de aguaceros, coronaron* las naves, á pesar de que su resplandor era tan vivo que se reflejaba magníficamente en las estelas (1).

No toda luz misteriosa, empero, merece tan odioso concepto á los ojos del vulgo. Con frecuencia no es sino el alma de algún finado que pasó á la otra vida sin el auxilio de los sacramentos, sin que nadie lo velase ni rezase por él una oración, sin que lo enterrasen en sagrado ó cuando menos le pusiesen una cruz en su sepultura. Esa alma anda penando y lleva el nombre de *luz mala* (2). En general, toda luz misteriosa, toda luz de origen desconocido para el vulgo, es *luz mala,* es luz que, si derechamente no procede del espíritu inmundo, tiene, cuando menos, algo de su incumbencia, y en el supuesto de que se halle enteramente ajena de malicia, no es nada prudente acercársele, si bien alguna

(1) Tamayo de Vargas, obra citada (pasaje inserto en la nota 3 de la pág. 468).

(2)
Después supe que al *finao*
Ni siquiera lo velaron;
Y *retobao* en un cuero,
Sin rezarle, lo enterraron.

Y dicen que desde entonces
Cuando la noche es serena,
Suele verse una *luz mala,*
Como de alma que anda en pena.

Yo tengo intención á veces,
Para que no pene tanto,
De sacar de allí los *güesos*
Y echarlos al campo santo.

(*El Gaucho Martín Fierro* por D. José Hernández.)

vez, con un poquito de coraje, puede uno sacar del dudoso trance nada menos que un tesoro escondido, á la par que de penas al que en vida fué su dueño [1]. En ocasiones la *luz mala* vendrá á ser el alma endemoniada de alguna hechicera ó bruja que en vida fué perversa en demasía y que aun después de la muerte anda dando sustos á las gentes, por no haber perdido del todo sus hábitos malignos, bien que sufre horriblemente, por los muchos pecados que tiene sobre su alma, como vemos que le sucedió á la famosa Montiela que figura en una de las *novelas ejemplares* de Cervantes [2].

Animales y plantas, cuando están privados del movimiento conservador de la vida, se descomponen y disuelven, despidiendo de sí gases (hidrógeno, fósforo) que al contacto del aire se inflaman y vienen á formar esas luces más ó menos azuladas que el vulgo llama *fuegos fatuos*. Tómalas éste por almas del otro mundo que andan de nuevo por acá, movidas de algún estímulo benéfico ó bien pagando saldos de cuentas que, al desprenderse de la envoltura corporal que las tenía pegadas al suelo, han dejado sin arreglar convenientemente para su tranquilidad en la vida superior á que aspiran. La circunstancia de hallarse

(1) Véase Capítulo XII.

(2) «Nunca quiso, aun en el artículo de la muerte, perdonar á la Camacha: tal era ella de entera y firme en sus cosas. Yo le cerré los ojos, y fuí con ella hasta la sepultura. Allí la dejé para no verla más, aunque no tengo perdida la esperanza de verla antes que muera; porque se ha dicho por el lugar que la han visto algunas personas andar por los cimenterios y encrucijadas en diferentes figuras, y quizá alguna vez la toparé yo y le preguntaré si manda que haga alguna cosa en descargo de su conciencia.» *(El Coloquio de los perros Cipión y Berganza* por Miguel de Cervantes.)

regularmente los *fuegos fatuos* en un cementerio ó en el sitio en que se dió una batalla, ó en una *tapera,* contribuye naturalmente á fomentar en el ánimo de gente inculta la preocupación de que se trata. Los terrenos pantanosos, donde multitud de materias orgánicas, vegetales y animales, entran en estado de putrefacción á la continua, constituyen igualmente un gran receptáculo de almas del otro mundo. Cuando el paisano, á vista de una de ellas, pica espuelas á su caballo, para huir de tan misteriosa aparición entre la soledad, el silencio y la obscuridad de una noche serena en medio del campo, la luminosa peregrina echa á correr tras él, súbese á las ancas de la caballería y abraza por la espalda al aterrado viandante. El vacío que va dejando el rápido movimiento de traslación progresiva del fugitivo, es sucesivamente ocupado por la masa de aire adyacente, que se precipita con igual rapidez en la propia dirección que lleva el cuerpo que se mueve, arrastrando consigo el ligerísimo globo de gas inflamable que suspenden sus moléculas. ¿Cómo no creer, en el desvarío de la mente desconcertada por el pavor, que la luz que va en pos del fugitivo es un ente dotado de entendimiento y voluntad *que le persigue?* El viajero que con más valor ó despreocupado, se abalanza hacia la luz, la hace retroceder á su presencia: la lleva envuelta la masa de aire impelida hacia adelante por el movimiento del cuerpo que á ella aceleradamente se dirige.

Si fuesen á reunirse los nombres raros y misteriosos, asociados respectivamente á alguna conseja, de diversos lugares de las comarcas rioplatenses, formárase una lista no poco numerosa, casi tan numerosa como la que pue-

den ofrecer las románticas regiones del norte de la Península, tan ricas de tradicionales leyendas. Las *almas del otro mundo* frecuentemente se aparecen, desde muy antiguo, en los campos, sendas y ruinas de la histórica España, con especialidad en las provincias septentrionales [1].

En Cataluña llaman al fuego fatuo *arguiduna:* una claridad tenue, de color indefinible, entre azulada y blanca, que oscila, que muda de lugar, que no abandona el camino ó sitio en que se enciende. Á la presencia de ella, asoman su rostro sin carne los cadáveres de las sepulturas y emiten y se lanzan los unos á los otros idénticos globos ígneos, *como los jugadores de raqueta la pelota emplumada. Es el juego de los muertos* [2]. Este rebotar de los *arguidunas,* á manera del volante en el juego de la raqueta, este ir y venir y encuentro y repulsión de las *luces* emanadas de los sepulcros vecinos, tiene en la teología popular del vulgo rioplatense una significación más adaptable al estado de los espíritus que moran ultratumba. Cierto que antigua tradición generalizada desde la edad media en Europa, presenta los esqueletos humanos, en la *danza de los muertos,* albo-

(1) «Cataluña (dice un erudito historiador y literato), la Alemania del Mediodía, tiene fantásticas baladas, curiosas leyendas, sombrías y terribles historias y cien moriscas atalayas, cien feudales castillejos que con sus nombres raros y misteriosos han engendrado otras tan raras y misteriosas consejas. Aquí están el *Castillo Negro,* el *del Diablo,* el *de la Muerte,* el *de la Cruz,* el *de los tres Hermanos;* allí la *Torre Roja,* la *Torre Oscura,* la *de los Encantados,* la *de las Brujas,* la *de los Amantes,* la *de las Nueve Espadas;* más allá las *ruinas del Infierno,* las *del palacio Encantado,* las *de la Casa del Ciervo,* las de veinte ilustres y famosos monasterios.» (D. Víctor Balaguer, *El Castillo de Moncada.* — Leyendas.)

(2) Balaguer, en la leyenda citada.

rozados y brincando[1]. Los restos corpóreos, materiales, del hombre, han podido conservar, después de separada de ellos el alma, la ilícita afición á los divertimientos y placeres que fueron parte á que en la vida futura mereciera la condenación que sin duda padece por sus pecados. Mas el alma pura y libre de la materia, que la vagarosa luz indefinible representa, penando, pidiendo sufragios, aspirando en vano á la gloria celestial, no debe de estar de humor para entretenerse en jugar al volante. La gente campesina del Río de la Plata explica ese encuentro y rebote de *luces,* atribuyéndolo á las atracciones y repulsiones de las almas condenadas de los compadres y comadres que faltaron al sacramento que anudaba más y más la obligación primaria de respetarse.

Las almas de los compadres y las comadres que han tenido comercio ilícito, por más que hagan, no pueden alcanzar la gloria á que necesariamente aspira todo aquel que, desligado de la envoltura corpórea que enciende los apetitos sensuales, llega á conocer perspicuamente lo condenable y engañoso de los placeres é ilusiones de la vida. Separada el alma del cuerpo por la mano de la muerte en estado pecaminoso, ó queda penando en el mundo, ó solamente para penar sale y viene á él del infierno ó del pur-

(1) Explícase de varios modos el origen de la *danza macabra* ó de los muertos. Considérase que pudo nacer del sentimiento de desesperación de la vida que reinó en la edad media, particularmente desde el siglo XIII; de la sobreexcitación *histérica* del siglo XIV, en el que todo baila: los brujos en el aquelarre, en las iglesias la fiesta de los inocentes, los epilépticos en las plazas; la necesidad de una fórmula que recordase á los opresores que la muerte todo lo nivela. *(La Muerte y el Diablo. Historia y filosofía de dos negaciones supremas* por Pompeyo Gener.)

gatorio. En el caso de los compadres manifiéstase el *alma en pena,* como en otras diversas ocasiones y circunstancias, en forma de *luces.* Las *luces* representativas de las almas de los compadres que, violando uno y otro sacramento, cometieron reato, van á encontrarse, chocan, se repelen y finalmente se desvanecen. Vano es su esfuerzo por ascender á las regiones celestiales. Obstan á ello los sacramentos quebrantados.

Toda voz ó todo ruido extraño, lúgubre ó desapacible, aunque respondan visiblemente á un objeto conocido de la naturaleza, son indicio de malandanza, si los acentúa el silencio y la soledad y los envuelve y esconde entre sus revueltos pliegues el manto obscuro de la noche[1]. Tal vez

(1) Tal le aconteció á Don Quijote, buscando los palacios de Dulcinea en la que él se imaginaba gran ciudad del Toboso: «Media noche era por filo poco más ó menos, cuando D. Quijote y Sancho dejaron el monte y entraron en el Toboso. *Estaba el pueblo en un sosegado silencio;* porque todos sus vecinos dormían y reposaban á pierna tendida, como suele decirse. Era la noche entreclara, puesto que (aunque) quisiera Sancho que fuera del todo escura, por hallar en su escuridad disculpa de su sandez. *No se oía en todo el lugar sino ladridos de perros,* que atronaban los oídos de D. Quijote y turbaban el corazón de Sancho. *De cuando en cuando rebuznaba un jumento, gruñían puercos, mayaban gatos, cuyas voces de diferentes sonidos se aumentaban con el silencio de la noche: todo lo cual tuvo el enamorado caballero á mal agüero.* Pero con todo esto dijo á Sancho: — Sancho hijo, guía al palacio de Dulcinea; quizá podrá ser que la hallemos despierta. — ¿A qué palacio tengo de guiar, cuerpo del sol, respondió Sancho, que en el que yo ví á su grandeza no era sino casa muy pequeña? Debía de estar retirada entonces, respondió D. Quijote, en algún pequeño apartamiento de su alcázar solazándose á solas con sus doncellas, como es uso y costumbre de las altas señoras y princesas. —Señor, dijo Sancho, ya que vuesa merced quiere, á pesar mío, que sea alcázar la casa de mi señora Dulcinea, ¿es hora ésta, por ventura, de hallar la puerta abierta? ¿Y será bien que demos aldabazos para que nos oyan y nos abran, metiendo en alboroto y rumor toda la gente?

esos ruidos indefinibles que á manera de rumores percibe el atento oído en parajes donde ha solido verse en ocasiones alguna luz vagarosa, elevándose y abajándose silenciosamente á favor de la soledad y las sombras de la callada noche, no anunciarán ninguna desventura, ninguna contrariedad en las cosas que emprende el hombre; sino que serán el lejano y lóbrego clamor de las ánimas que en medio de sus padecimientos nos piden oraciones por su salvación ó descanso (1).

Muere como un perro quien, al desasirse el alma de la material envoltura, no recibe los santos sacramentos, ó, cuando menos, contrito, no se encomienda á Dios en el trance de la muerte. Y ¿si por añadidura le dejan ó queda *tirado como un perro* en medio del campo? En semejante caso una *luz mala* indicará que el alma del insepulto anda

¿Vamos, por dicha, á llamar á la casa de nuestras mancebas, como hacen los abarraganados, que llegan y llaman, y entran á cualquier hora, por tarde que sea? — Hallemos primero una por una el alcázar, replicó D. Quijote, que entonces yo te diré, Sancho, lo que será bien que hagamos; y advierte, Sancho, que ó yo veo poco, ó que aquel bulto grande y sombra que desde aquí se descubre, la debe de hacer el palacio de Dulcinea. — Pues guíe vuesa merced, respondió Sancho, quizá será así, aunque yo lo veré con los ojos, y lo tocaré con las manos, y así lo creeré yo como creer que es ahora de día. Guió D. Quijote, y habiendo andado como doscientos pasos dió con el bulto que hacía la sombra, y vió una gran torre, y luego conoció que el tal edificio no era alcázar, sino la iglesia principal del pueblo, y dijo:—Con la iglesia hemos dado, Sancho.» *(El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* por Miguel de Cervantes.)

(1)

En distintas direcciones
Se oyen rumores inciertos:
Son las almas de los muertos
Que nos piden oraciones.

(El Gaúcho Martín Fierro por D. José Hernández.)

penando por aquellos lugares donde pereció asesinado ó por cualquier accidente improviso que le impidió morir como cristiano. Esa *alma en pena,* esa luz vagarosa y azulada, pide sufragios, pide misas para su descanso.

Entes puramente fantásticos, con apariencia de seres reales y verdaderos, preséntanse á la mente candorosa, inculta, del hombre primitivo, del vulgo supersticioso. Creen el hombre primitivo y el vulgo en la existencia de *fantasmas,* de seres sobrenaturales, corpóreos é incorpóreos, que de noche se presentan en un lugar determinado, haciendo mal y asustando á las gentes. Pero hay fantasmas que no proceden única y exclusivamente de la imaginación del hombre ignaro ó supersticioso: fantasmas contrahechos por la malicia ó el buen humor de gente astuta ó desocupada, que, aprovechando la ocasión que le ofrece la simplicidad de un vecindario por demás crédulo, se aventura á empresas de que, así puede sacar alguna ventaja conforme á sus designios, como salir descalabrado ó con una costilla rota. Estos fantasmas hechizos son aquellos que de noche asustan á la gente sencilla. Las tales fantasmas son bergantes mal entretenidos. Envueltos en una sábana y encimados en unos zancos para agigantar su persona, rondan una casa ó merodean una y otra noche en un barrio ó por los alrededores de una población, ora con el fin de robar, ó por sólo divertirse, ó á intento de ejecutar más á su salvo, de acuerdo con recomendable ninfa, una aventura amorosa.

¡Una fantasma! ¡una fantasma! claman chicos y grandes, *¡anda una fantasma! Y cuando alguno se le acerca, desaparece.* Tal pregonan; mas en realidad nadie se le acerca, á lo menos en los primeros días. Los que sue-

len intentarlo, como preocupados, lo hacen con tal precaución que dan tiempo al espantajo para que ponga en cobro su persona. Entretanto, ó éste ha conseguido ya su objeto, ó, temiendo ser descubierto, no vuelve á exponerse á que lo maten ó le den una paliza. Y queda la persuasión de que anduvo una fantasma.

La hora que regularmente elige la fantasma para hacer sus travesuras es el anochecer, cuando ya ha obscurecido bastante; bien que la hora oficial de las cosas del otro mundo suele ser la media noche ó de las doce en adelante[1]. La noche, con sus sombras y medias tintas, es naturalmente la hora oportuna, necesaria, para toda esta clase de supercherías. La hora oficial del brujo es después de media noche: soledad, silencio, en medio de las tinieblas, atmósfera en que la imaginación despliega, con vista de asombro, alas de espanto. El *lobisón* (zoántropo) hace también de noche sus travesuras ó sus maldades. Salta á los ojos la causa de elegir fantasmas y *lobisones* la noche. *Hay gato encerrado,* y *de noche todos los gatos son pardos.* Á uno de estos *gatos* le costó la vida, en la frontera del Uruguay y Río Grande, su audaz empeño: desbalijaba á los transeuntes, *facón* en mano y dispuesto á todo.

Los doctores de la Iglesia admiten que las almas separadas, ora estén en gloria, ora en pena ó purificándose, pue-

(1) «El fantasma aparecía todas las noches. Y se citaba la hora: aparecía á las doce en punto. Más aún: se tenían todos los detalles necesarios para atestiguar la verdad del caso. Era una sombra blanca que crecía y menguaba. Crecía hasta tocar con la cabeza en los aleros de los tejados, y menguaba hasta esconderse debajo de tierra. Andaba sin pies y volaba sin alas. Aparecía de pronto, y desaparecía de repente.» (Don José Selgas, en la novela titulada *Rayo de Sol.*)

den, á favor de especial privilegio y disposición de la divinidad, volver al mundo, aparecerse á los hombres y comunicarse con ellos sin cambiar por eso de condición. No de otra manera, conservando pura, íntegra, la naturaleza y condición de espíritus celestiales, cumplen con los seres humanos su encargo ó ministerio los bienaventurados que Dios envía al mundo como ángeles custodios ó por mensajeros y paraninfos. La poesía no ha desdeñado este recurso [1].

Las *apariciones* son almas separadas, que en una ú otra forma se presentan al hombre. Corregir, por medio del terror, la malicia humana, pedir sufragios por las almas del purgatorio, cumplir un voto, expiar alguna falta, pagar una deuda, librar de un daño que injustamente amenaza al inocente, hacer una piadosa advertencia, compensar por medio de un consejo oportuno acciones meritorias: tales son los fines con que las almas separadas se aparecen al hombre.

Rara vez, empero, vuelven al mundo, bajo cualquiera apariencia, pero en alma, los muertos. Tal vez parece que se presentan ofreciendo los mismos caracteres de las personas cuyo cuerpo las albergara en vida. Mas no ha de entenderse por ello que son las almas de los condenados ó

(1) «Hay un ser en las auras celestiales
En quien hallan los míseros mortales
Benévolo y suave patrocinio,
Ser que penetra al celestial dominio
Donde su trono augusto Dios asienta
Y con trémula mano le presenta,
Lloroso, sonrosado y compasivo,
Los ruegos del enfermo y del cautivo,
Los de la tierna madre y de la esposa.»

(Don José Joaquín de Mora, *Leyendas Españolas. La Batalla de Fraga*. Londres, 1840.)

de los santos las que aparecen; sino demonios que toman las formas de cuerpos aéreos que semejan las de aquellas personas que ellos quieren simular que se aparecen. De suerte que serán falsas y echadizas las apariciones que dicen muchos haber visto de almas que andan en pena: ilusiones del demonio, para desasosegar y espantar á los vivos y hacerles creer cosas contrarias á las que enseña la Iglesia[1].

El vulgo, que así idealiza las cosas materiales como materializa las del mundo invisible é incorpóreo, suele utilizar el agradecimiento de las ánimas en la consecución de sus deseos y aspiraciones terrenas. Así á una pobre muchacha casadera se le aparecen tres ánimas muy hermosas vestidas de blanco, y le ayudan á hilar, coser y bordar tan primorosamente, en pago del mucho bien que les había hecho con sus oraciones, que un rico indiano, merced á tales habilidades, la recibe por esposa y luego le prohibe dedicarse á esas mismas prolijas tareas, por temor de que el demasiado esmero que pone en ello perjudique su salud y su hermosura[2].

Separada el alma del cuerpo por la muerte, queda privada de comunicarse con la persona humana y de recibir las impresiones que ordinariamente causan en el hombre los objetos exteriores. Á fuer de substancia espiritual, desprendida de su envoltura corpórea, regresa al seno de lo absoluto, que fué su origen y es su centro, quedando incorporado su organismo sin vida al incesante movimiento de la materia en el mundo, de donde procede. Ni el cuerpo ni

(1) El Maestro Pero Sánchez, racionero de la santa iglesia de Toledo, *Historia Moral y Filosófica*. Toledo, 1590.

(2) *Las Ánimas*, en la colección de *Cuentos y Poesías Populares* por Fernán Caballero.

el alma vuelven á vivir en ninguna manera ó condición la vida terrenal que los constituyera una persona, y sólo la imaginación de los poetas, por medio de la prosopopeya, puede hablarles, esperar sus respuestas y representárselos en la forma y con los caracteres con que fueron conocidos.

El espiritismo pretende, sin embargo, por diversos medios magnéticos, evocar los espíritus y poner al hombre en comunicación verbal con ellos, cosa de todo punto inadmisible, contraria á la razón y á la naturaleza, siendo puramente la imaginación y el sentimiento quien obra las ilusiones que supone cosas reales y verdaderas.

El espiritismo considera tres elementos en el hombre: el alma y el cuerpo, y el *periespíritu* que los une, á manera de *mediador plástico,* que participa de la naturaleza de entrambos. Es el *periespíritu* una forma del fluido universal, que en substancia representa la vida. El alma humana tiende á la perfección indefinidamente, y para el efecto se encarna y se reencarna una y otra vez en el cuerpo. Acompáñale siempre el *periespíritu,* flotando, antes de cada una de las encarnaciones que efectúa, en los espacios interplanetarios. En este estado peregrinante, puede, á pesar de faltarle el cuerpo, comunicarse con las personas que le llaman. Con la muerte, el *periespíritu* se deshace poco á poco de la envoltura corpórea que en resolución abandona en la tierra como una ya inútil vestimenta. Cuando se ha desprendido de él por completo, muere el hombre para los habitantes de la tierra; pero no para los que pueblan el espacio. Los vivientes de la tierra son, para él, los muertos. Las almas, pues, de los que desaparecieron corporalmente de la tierra, merced al *periespíritu,* continúan viviendo en ella, ó se trasladan á otros mundos.

El *periespíritu* de los muertos obra en el *periespíritu* aun encarnado de los vivientes, á favor de un fluido magnético que con uno y otro se identifica. Poséenle todos los hombres en mayor ó menor grado. Los que le poseen en alto grado, préstanse, por ende, más que los otros, á comunicarse con los espíritus ó almas de los muertos. Esos sirven de *medium*. Una doctrina moral complementa esta filosofía. El universo está poblado *ab initio* de espíritus destinados á recibir la envoltura de los cuerpos que han de acompañarle en la vida terrenal, que lo es de prueba y le convida á purificarse camino de la bienaventuranza. Diversamente se manifiestan los espíritus. La *materialización* es una de sus formas. Consiste en condensar en torno de sí la materia, dando lugar á los fenómenos *fluídicos*. Entonces sobrevienen los fantasmas, los espíritus en figura corpórea. Manifiéstanse asimismo los espíritus, dando golpes en los muebles y trasladándolos de un lugar á otro sin que fuerza alguna aparente lo verifique[1].

He aquí cómo se explica al respecto la *ciencia oculta*, la *ciencia* de los magos. Después de la muerte, el espíritu divino que animaba al hombre, vuelve al cielo, dejando en la tierra y en la atmósfera dos cadáveres: el uno terrestre y elemental; el otro aéreo y sideral: aquél desde luego inerte; éste todavía vivificado por el movimiento universal del alma del mundo, si bien ha de extinguirse lentamente absorbido por las potencias *astrales* de que procede. El cadáver terrestre es visible. El aéreo es invisible á los ojos

(1) *Recherches sur les Phénomènes du Spiritualisme* por William Crookes, tr. por J. Alidel; *Traité Méthodique de Science Occulte* por Papús; *Mystères des Sciences Occultes* por un Initié; etc.

de los vivientes, quienes sólo podrán percibirlo mediante la aplicación de la *luz astral* al *translúcido,* que comunica sus impresiones al sistema nervioso, extendiendo su eficacia al órgano de la vista hasta el punto de hacerle ver las formas y caracteres escritos en el *libro de la vida luminosa.* Cuando el hombre ha sido bueno, sus despojos *astrales* se evaporan como el incienso, ascendiendo á esferas superiores. Pero si su vida ha sido mala, sus restos *astrales,* durante cierto espacio de tiempo, le retienen como preso en la tierra, arrastrados por el objeto ó causas que excitaran sus pasiones. Báñase en los vapores de la sangre derramada, atormenta el sueño de las jóvenes, vela sobre los tesoros que poseyera y ha enterrado (1).

Los indios del Nuevo Mundo, así los que poblaban las Antillas como los que moraban en las tierras magallánicas, todos, más ó menos inciertamente tuvieron alguna idea de la inmortalidad del alma y supusieron que ésta, separada de los cuerpos de los difuntos, solía andar de noche en la mansión de los vivos. Los *cemíes* ó *cemes* de Santo Domingo, á ley de mensajeros de la divinidad, aparecíanse á la gente, infundiendo espanto. Alternaban con ellos las almas de los difuntos (2). Eran unos fantasmas, llamados *hupiaes,* á manera de los en que han creído y creen aún, y temen, los pueblos cristianos (3). Las almas de los que morían de enfermedad, según los mejicanos, andaban acá en la tierra cierto tiempo (4). Generaciones in-

(1) *Dogme et Rituel de la Haute Magie* por E. Leví. 3.ª ed.
(2) Pedro Mártir de Anglería, *Fuentes Históricas sobre Colón y América,* trad. y dadas á luz por el Dr. D. Joaquín Torres Asensio.
(3) Fray Juan de Torquemada, *Monarquía Indiana.*
(4) Torquemada, obra precedentemente citada.

dígenas del Perú entendieron que las almas de los difuntos quedaban en este mundo[1]. Los guaraníes temían mucho á los *angueraes,* almas salidas de los cuerpos de los difuntos[2]. *Mbaé* también llamaban los guaraníes á los fantasmas. Los magos ó hechiceros guaraníes, para hacerse temer de los indios y obligarlos á proceder conforme á lo que les mandaban, los amenazaban con formidables fantasmas que, airados, saldrían de las cavernas, con enormes espadas de piedra, á tomar venganza. Los ecos eran las voces que daban aquellos fantasmas, esperando impacientes el mandato de los magos ó hechiceros, para salir á destruir á los cristianos[3].

Todos los indios, en general, creían que las almas separadas de los cuerpos (que, ora gozosas, ora afligidas, andaban vagando solitarias de noche) experimentaban las sensaciones del hambre y la sed, y del calor y del frío, y del cansancio. Aparecíanse á sus parientes y á otras personas, anunciando, por lo regular, que habían de morir ó que había de sobrevenirles algún mal[4]. Ésta era la causa por la que, á parte de las riquezas, prendas, útiles y comidas con que para el día de la resurrección enterraban á los difuntos[5], les ofrecían de tarde en tarde viandas, bebidas, ropas y demás cosas adaptables á sus necesidades, las cuales depositaban sobre las

(1) El P. Bernabé Cobo, *Historia del Nuevo Mundo.*

(2) Carta del P. Alonso de Barzana á su Provincial, en la Asunción del Paraguay, 1594. (*Relaciones Geográficas de Indias* publ. por el Ministerio de Fomento. Madrid, 1885.)

(3) El P. Antonio Ruiz de Montoya, *Conquista Espiritual del Paraguay, Paraná, Uruguay y Tape.*

(4) Cobo, *Historia del Nuevo Mundo.*

(5) V. Cap. XII, págs. 152 y 153.

sepulturas[1]. Una costumbre semejante á esta de los indios, tuvieron desde muy antiguo en el Viejo Mundo los gentiles, quienes la comunicaron tradicionalmente á las sociedades cristianas. Todos los pueblos de la antigüedad, dice el Abate Martigny, gustaban de ornar y amueblar, por decirlo así, los sepulcros con todas aquellas cosas que podían servir tanto á las necesidades como á los placeres de la vida. Era esto una especie de ilusión á favor de la que simulaba prolongarse la existencia terrenal más allá de sus naturales límites. Los cristianos adoptaron esta costumbre; pero santificándola con su intención por medio de símbolos conformes á la índole y tendencias de la religión nueva, que es espíritu y vida[2]. Ofrecían sobre las sepulturas cosas de comer y beber, á fuer de limosna, para clérigos y pobres, por el alma de los difuntos. Pero sin duda ninguna el vulgo, á los principios, dió al acto una significación menos inmaterial, en fuerza de la tradición gentílica que le transmitiera ese legado. Llamóse en España la ofrenda de comestibles que, por sufragio á los difuntos, se ponía sobre las sepulturas, *oblada,* voz de origen latino *(oblata);* pero algunos «bárbaramente», según se explica D. Sebastián de Covarrubias, decían *ollada*[3]. El uso del vocablo *ollada,* en sustitución de *oblada* ú ofrecimiento, patentiza que la muerte, para aquellos buenos cristianos que de tal manera entendían y trabucaban la forma de las palabras, no era una cosa tan displi-

(1) Cobo, obra citada, y el P. José de Acosta, *Historia Natural y Moral de las Indias.*

(2) *Dictionnaire des Antiquités Chrétiennes.*

(3) *Tesoro de la Lengua Castellana.* Define así la voz: «Ofrenda que se lleva sobre la sepultura del difunto.»

cente y mala como dicen; pues, antes que desganar á los difuntos, les abría más el apetito. Comían por *olladas,* ó como quien dice, *á dos carrillos,* las suculentas viandas con que sus deudos y amigos los regalaban: cosa tan opuesta al carácter sobrio del español. La costumbre que nos ocupa, con respecto á los cristianos, hubo de acentuarse en América, por resultado del contingente análogo que aportaban los indios reducidos á la vida de la civilización europea. Los prelados, en sus sínodos, acordaban se recomendase á los sacerdotes que procurasen hacer entender á los indios que las ofrendas que los cristianos ponían sobre las sepulturas no eran comida ni bebida de las almas de los difuntos, sino alimentos que se ofrecían en esa forma para los pobres y ministros de la Iglesia [1]. Ya hemos visto en otro lugar [2] que la gente india que sobrevivió á la ruina y dispersión de los pueblos fundados por los jesuítas en las vertientes del Uruguay (y lo propio debe pensarse de los del Paraná, Chaco, Santa Cruz de la Sierra, etc.), conservó hasta nuestros días la costumbre piadosa de que se trata.

---

(1) El P. José de Acosta, *Historia Natural y Moral de las Indias.*
(2) V. Cap. VII, pág. 97.

CAPÍTULO XXXII.

Maleficios: «daño».

Sumario. — El hipnotismo y la extradilatación de la sensibilidad. — La extradilatación de la sensibilidad y los maleficios. — Maleficio ó *daño*, por medio del retrato del hechizado. — Enterradores. — *Ligaduras* y *simpatías*. — Hechizo con figuras de cera. — Su antigüedad. — Hechiceras tesalienses. — Judíos españoles: sus venganzas contra los cristianos. — Daño, por medio de una prenda del maleficiado: en el Viejo y el Nuevo Mundo, antes de la conquista. — Cosas con que se hechiza. — El diablo, macho cabrío. — *Malas mujeres*. — Lo advenedizo, mezclado á lo indígena, en materia de hechizos. — El *cuy* ó *cuí* en los hechizos. — Sapos, avestruces, serpientes, entre los indios. — Cómo procedían en sus maleficios los indios del Perú. — Su identidad con el modo de hechizar en Europa. — Hechizos usados por los guaraníes: idénticos á los de Europa: *simpatías* y *ligaduras*. — Los *mastines veladores del católico rebaño* arremeten contra los hechiceros.

Entre los experimentadores que, mediante el hipnotismo, concertado con los fenómenos del magnetismo y espiritismo y con las doctrinas y prácticas de la magia, intentan hallar cumplidos, en muchos de los encantos y hechizos de que la historia y la tradición hacen memoria, los propios hechos y fenómenos psico-físicos con que hoy asombran al mundo, figura en primera línea M. A. de Rochás. Á favor de repetidas experiencias en personas hipnotizadas, se ha propuesto demostrar y reproducir científicamente la su-

puesta acción á la distancia que antaño presumían ejercer (y aun al presente hay quien lo presuma) aquellos hechiceros que, por medio de las figuras de cera representativas de la persona que recibe su influencia, se ocupaban en martirizarla[1]. Para ello se vale Rochás de lo que llama *exteriorización de la sensibilidad*[2], expresión que pudiera acaso sustituirse con la de *extradilatación de la sensibilidad,* menos dura de pronunciar, aunque también desmesurada. Además no tiene ésta nada de equívoca. Lo qúe *sale fuera de una cosa* (lo que *se exterioriza*) puede desprenderse de ella, y lo que *se dilata* no sufre solución de continuidad, que es lo que se supone en el caso de los experimentos de Rochás. Aunque las *capas concéntricas* que califica de *fluido sensitivo* están separadas por *zonas insensibles,* no hay entre aquéllas y éstas otra diferencia que la cuantitativa, procedente de los movimientos rítmicos del corazón y de los pulmones.

El experimentador hace poner al paciente en un estado hipnótico de cierto grado de intensidad, á favor del cual le es posible conseguir que se dilate fuera del cuerpo su sensibilidad, de la propia manera que, según la teoría de las

(1) «Tuviéronse por fabulosas las antiguas prácticas de los hechizos. Creyóse también que habían desaparecido para siempre de la historia de las ciencias. Las experiencias, empero, de Rochás sobre la *exteriorización de la sensibilidad* en los estados profundos de la hipnosis, han venido á renovar la idea de la posibilidad de hechos tan extraños del dominio de la magia. No siendo un libro de hechicería el que nosotros escribimos, no tenemos para qué entrar en el examen de aquellas prácticas, dañosas cuando una voluntad malevolente las ejecuta. Cúmplenos sólo insistir acerca de la *posibilidad científica* de tales fenómenos.» (Papús, *Traité Élémentaire de Science Occulte.*)

(2) *L'Extériorisation de la Sensibilité, Étude Expérimentale et Historique.* 2.ª ed., 1895.

ondulaciones, se propagan la luz, el sonido y la electricidad en el espacio. La potencia sensitiva, que estaba antes localizada en la epidermis, ya fuera del cuerpo, se va condensando en capas ó lechos concéntricos y separados entre sí por zonas insensibles. Estos lechos sensitivos y zonas insensibles representan el máximum y el mínimum de condensación de sensibilidad, producido probablemente por la intermitencia de los dos movimientos rítmicos del cuerpo humano: la respiración y el latir de las arterias. Acercando al cuerpo un vaso de agua, se impregna de sensibilidad, al tiempo de atravesar las capas que la contienen. Cargada el agua del fluido sensible, experimenta el cuerpo humano de que procede las sensaciones correspondientes á la impresión que en ella hiciere cualquiera objeto. El fenómeno se verifica, aunque el vaso de agua *sensibilizada* se traslade á mayor distancia de la que ocupan las capas ó lechos sensibles. Puede sustituirse el agua con otras substancias grasas y viscosas, así como con la cera, de que se servían (y aun se sirven) los brujos y hechiceros para modelar figuras representativas de la persona á quien se proponían matar ó martirizar desde lejos, sin necesidad de herir directa é inmediatamente el cuerpo de la víctima. La analogía, pues, entre el hechizo de las imágenes de cera y el fenómeno fisiológico de la extradilatación ó *exteriorización de la sensibilidad,* que Rochás dilucida, es notoria.

Rochás modeló una pequeña figura de cera, y colocóla verticalmente delante de un individuo convenientemente hipnotizado, á fin de sensibilizarla con los *efluvios* emanados del cuerpo del paciente ó *sujeto.* Sensibilizada la figurilla, experimentaba respectivamente el *sujeto* en la parte superior ó inferior de su cuerpo las punzadas que en

la cabeza ó en los pies de aquélla daba el autor de la curiosa experiencia. Los *efluvios* de las diferentes partes del cuerpo hipnotizado se adhieren señaladamente á los puntos más próximos á él de la materia que los absorbe. Los *efluvios* se refractan de un modo análogo á la luz. Así un lente que redujese la imagen del cuerpo hipnotizado, serviría para adaptar á las partes correspondientes de una materia adecuada los efluvios de él procedentes. Una placa fotográfica preparada por medio de la gelatina y el bromuro y ligeramente viscosa, es muy á propósito para conseguir el mismo resultado. El *sujeto* experimenta respectivamente en cada parte del cuerpo las correspondientes impresiones que su retrato recibe: si en la imagen de la mano, en la mano; si en la de la cabeza, en la cabeza; si en la de su vestido, en el lugar á que adhiere ó que por él se halla cubierto. Soplando la imagen, despiértase el *sujeto* ó individuo que representa [1].

La extradilatación de la sensibilidad y su incorporación á una materia adaptable que la absorba convenientemente, así puede servir para martirizar á una persona, como para proporcionarle goces y aliviar ó curar sus dolencias. El *agente nervioso exteriorizado* puede transmitir el efecto de acciones favorables y de acciones nocivas al individuo. Las curaciones á la distancia con remedios *simpáticos*, dan una idea de las operaciones primitivas del hombre sobre el

(1) Rochás, *Extériorisation de la Sensibilité.*

« El conocimiento del magnetismo terrestre, de esta fuerza *inteligente* y misteriosa denominada *luz astral* por los adeptos, es un poderoso recurso mágico. Estudiando el *auto-hipnotismo,* ejercitándose en la meditación y en el éxtasis, llegará uno á comprender bien esta fuerza, cuyo uso no ha sido nunca ignorado del todo. Tal es el secreto de los hechizos. » (Papús, *Trait. Élém. de Mag. Prat.*)

particular. Sirvan de ejemplo los *polvos de simpatía* que Digby dió á conocer científicamente en Europa, donde alcanzaron inmenso favor en el décimoséptimo siglo[1].

Las observaciones de Rochás pudieran igualmente aplicarse á muchas de las formas de *daño* que usa el vulgo en el Río de la Plata. Entre la gente más ignorante, reina una preocupación respecto de los retratos. Hay, con efecto, individuos que por nada de este mundo consienten que los retraten. Teme el crédulo que, cayendo su retrato en manos de una persona capaz de maleficiarlo, le haga sufrir horribles padecimientos y aun acabar lentamente con su existencia. Ya de suyo le maravilla el hecho sorprendente de salir en un instante fielmente representada una persona expuesta á la acción de la luz en las láminas sensibilizadas, y la persuasión que abriga del daño que con su imagen pueden hacerle, le pone en guardia contra una tan fatal eventualidad y aconseja á sus amigos que tengan cuidado con sus retratos. Uno de los medios de maleficiar con el retrato de una persona, es enterrarlo en la sepultura de un cadáver que aun esté en estado de descomposición. Á medida que se va secando el cuerpo del difunto, la persona retratada va enfermando y consumiéndose, hasta que muere. Para eso el maléfico, al hacer el enterramiento, pronuncia su conjuro, imprecando que la persona que representa el retrato acompañe al finado que está debajo de tierra. La persona cuyo es el retrato, queda (mediante el entierro y palabras y demás ceremonias ocultas que usa el *enterrador) ligada, atada* á la condición del difunto, y, por razones de *simpatía,* va experimentando los propios

(1) Rochás, obra citada.

fenómenos de descomposición que en él se verifican. Este género de *daño,* como se verá más adelante, era usado por los indios guaraníes, y á los que se ocupaban en ello los llamaban *enterradores.* Todos los hechizos se fundan en una razón de *analogía,* método y sistema característico de la titulada *ciencia oculta de la India y del Egipto.* Las *simpatías* y *antipatías* que se supone tienen las cosas entre sí y con respecto al hombre y al orden del universo, constituyen el fondo de las infinitas formas de maleficio que al vulgo alarman, muchas de ellas conocidas, otras (las más) ocultas, por la absoluta reserva que guarda el que las sabe.

Antiquísimo es en el mundo el invento de las figuras de cera, para maleficiar á las personas[1]. Las mágicas de Tesalia, en Grecia, pretendían, como todas, dominar los

(1) Tres cuerdas te rodeo lo primero,
De su color cada una variada,
Imagen, y con pie diestro y ligero
Acerca deste altar y ara sagrada
Traerte al rededor tres veces quiero;
Que el número de tres al cielo agrada.
Ve presto, mi conjuro, y la mar pasa,
Y vuelve de la villa á Dafni á casa.

Añuda, ¡oh Amarilis! con tres ñudos
Cada uno destos hilos colorados.
Añuda ya, y no estén los labios mudos,
Dí en cada ñudo destos por ti dados:
«Ñudos de amor estrechos, ciegos, crudos,
Ñudos de amor doy firmes y añudados.»
Ve presto, mi conjuro, y la mar pasa,
Y vuelve de la villa á Dafni á casa.

Ansí como esta cera torna blanda,
Ansí como este barro se endurece,
Y un mesmo fuego en ambas cosas anda
Y juntamente seca y enternece;
Ansí tu amor conmigo á Dafni ablanda,
Y para las demás le empedernece.
Ve presto, mi conjuro, y la mar pasa,
Y vuelve de la villa á Dafni á casa.

(*Égloga* de Virgilio, trad. por Fray Luis de León.)

elementos, alterando el orden de la naturaleza. Usaban ensalmos contra las mordeduras de víboras y escorpiones, y tenían hechizos para ligar á los amantes y á los esposos, para destruir los ganados, etc. Hacían figuras de cera, echábanles maldiciones, clavábanles alfileres en el corazón, y las exponían en ciertos parajes, á fin de que, contempladas con ojos tímidos por las personas á quienes representaban, creyendo cercana la muerte, les abreviaran el término de sus días [1]. El Oriente, el más antiguo, abundoso y fértil semillero de supersticiones, indudablemente ha sido quien primero conociera este y otros innumerables hechizos, difundidos luego por el mundo con las invasiones de los persas á la Grecia y de los helenos al Asia, las de Roma y sus conquistas, la dispersión de los judíos, las emigraciones y los viajes.

Los judíos, mirados siempre en España con malos ojos por el pueblo fanático, que con frecuencia desahogaba su encono y aprensiones cometiendo bárbaros excesos, sufrían pacientemente su mala suerte, y, si alguna vez se vengaban, vengábanse á las calladas. Acusábaseles, entre otras cosas que el vulgo les atribuía no siempre con verdad, de que el viernes santo, celebrando la muerte del Salvador, crucificaban y bebían la sangre de niños ó jóvenes cristianos que lograban robar con arte. Á falta de jóvenes ó niños á quienes martirizar, valíanse de imágenes de cera representativas de Cristo crucificado. Tal los pintaba la tradición popular, y tal aparecen en romances, poemas y leyes. Cuenta Gonzalo de Berceo, poeta del siglo décimotercio, que hallándose congregada la grey cristiana ante los altares

(1) *Viaje de Anacarsis á la Grecia* por J. J. Barthélemy.

de la catedral de Toledo, en una fiesta de la virgen, oyóse una voz del cielo quejumbrosa, que decía:

> Otra vez crucifican al mi caro fijuelo:
> Non entendríe ninguno quand grant es el mi duelo.

Era el plañido de la Madre de Dios, que denunciaba á los cristianos el crimen que en aquel acto estaban cometiendo los judíos en la persona de Jesucristo. Los cristianos, excitados por el arzobispo que oficiaba en la misa, acudieron en masa á la judería, donde

> Fallaron en una casa del rabí más onrado
> Un grant cuerpo de cera como ome formado.
> Como don Xripsto s'ovo, sedíe crucificado,
> Con grandes clavos preso e grant plaga al costado (1).

Los legisladores, siguiendo la corriente popular, proveyeron á las repetidas quejas del clero y de los fieles. Don Alonso X de Castilla, sin admitir como éstos indubitable el hecho que imputaban á los judíos, amenazaba con la pena de muerte á los que resultasen autores de él. «E por que oymos dezir que en algunos lugares los judíos fizieron e fazen el día de viernes santo remembranza de la pasión de Nuestro Señor Jesu Cristo en manera de escarnio, furtando los niños e poniéndolos en cruz, e faziendo ymágines de cera e crucificándolas, quando los niños non pueden haver, mandamos que si más fuere de aquí adelante en algund lugar de nuestro señorío tal cosa assí fecha, si se pu-

(1) *Milagros de Nuestra Señora.* Véase *Historia Social, Política y Religiosa de los Judíos de España y Portugal* por D. José Amador de los Ríos.

diere averiguar, que todos aquellos que se acertaron y en aquel fecho, que sean presos e recabdados e duchos ante el Rey, e después que el Rey sopiere la verdad, dévelos mandar matar abiltadamente quantos quier que sean» (1).

Una prenda del individuo á quien se intenta maleficiar, especialmente de aquellas que están adheridas á su persona, como una pieza de ropa, es uno de los medios más socorridos de hacer *daño*. Este medio de *ligar,* tan antiguo y común en Europa (2), fué también conocido y puesto

(1) Ley 2.ª, título 24.º de la *Partida* 7.ª

(2) «Halló Antonio el padre á la Cenotia, que buscaba en la Cámara del Rey por lo menos, y en viéndola, puesta una desenvainada daga en las manos, con cólera española y discurso ciego arremetió á ella, y asiéndola del brazo izquierdo y levantada la daga en alto, la dijo:—«Dame, ¡oh hechicera! á mi hijo vivo y sano, y luego, si no, haz cuenta que el punto de tu muerte ha llegado. Mira si tienes su vida envuelta en algún envoltorio de agujas sin ojos ó de alfileres sin cabezas. Mira, ¡oh pérfida! si la tienes escondida en algún quicio de puerta ó en alguna otra parte que sólo tú lo sabes.» Pasmóse Cenotia, viendo que la amenazaba una daga desnuda en las manos de un español colérico, y temblando le prometió de darle la vida y salud de su hijo, y aun le prometiera de darle la salud de todo el mundo, si se la pidiera: de tal manera se le había entrado el temor en el alma. Y así le dijo:—«Suéltame, español, y envaina tu acero, que los que tienen tu hijo le han conducido al término en que está. Y pues sabes que las mujeres somos naturalmente vengativas, y más cuando nos llama á la venganza el desdén y el menosprecio, no te maravilles si la dureza de tu hijo me ha endurecido el pecho. Aconséjale que se humane de aquí adelante con los rendidos, y no desprecie á los que piedad le pidieren, y vete en paz, que mañana estará tu hijo en disposición de levantarse bueno y sano.»—«Cuando así no sea, respondió Antonio, ni á mí me faltará industria para hallarte, ni cólera para quitarte la vida.» Y con esto la dejó, y ella quedó tan entregada al miedo, que olvidándose de todo agravio, sacó del quicio de una puerta los hechizos que había preparado para consumir la vida poco á poco del riguroso mozo, que con los de su donaire y gentileza la tenía rendida. Apenas hubo sacado la Cenotia sus endemoniados preparamentos de la puerta, cuando salió la salud perdida de Antonio á

en práctica por los indios de América, sin que entre las operaciones de los hechiceros del Viejo y Nuevo Mundo haya la más mínima diferencia. Las mujeres maléficas, ó bien entierran, ó bien conservan amontonadas y húmedas, en un rincón obscuro de su cavernoso y sucio albergue, las ropas de la persona á quien están martirizando. Renuevan ó avivan los padecimientos del hechizado, levantando y esponjando aquellos trapos húmedos y revueltos. Remuévenlos de tiempo en tiempo, teniendo constantemente martirizada á la persona cuya era la ropa. Otras veces forman con la pieza de ropa sustraída ó robada una figura representativa de la persona á quien pertenece ó de cualquiera de sus órganos. Clavando en estas figuras unos alfileres de cabeza grande, le entierran en su cuarto ú otro lugar aparente según sus designios, y hacen sufrir al paciente dolores acerbos, para los cuales no hay medicina que valga. ¡Cuántas veces, haciendo un hoyo ó excavando unos cimientos, se ha dado con un corazón de trapo acribillado de alfileres! ¡Qué sorpresa y qué desmayo! ¡Cuánta maldad! ¿Quién sería la víctima? ¡Horrible atrocidad! ¡Dios nos libre de una desgracia semejante!

Ungüentos, fumigaciones, bebedizos, hierbas (1), sabandi-

plaza, cobrando en su rostro las primeras colores, los ojos vista alegre y las desmayadas fuerzas esforzado brío, de lo que recibieron general contento cuantos le conocían.» *(Trabajos de Pérsiles y Sigismunda* por Miguel de Cervantes.)

(1) Véase, entre otros pasajes de este libro, Cap. XIV, pág. 209. Entre los indios y luego entre el vulgo de la gente criolla y nuevos pobladores, hicieron señalado papel la coca del Perú y la hierba del Paraguay.

De la yerba del Paraguay ó del mate y de la coca del Perú dice Ruiz de Montoya: «Comúnmente los hechizos que se hacen llevan esta

jas, plumas de aves, trapos, uñas, cabellos, huesos de difuntos, muñecos de cera, retratos de personas, y cosas semejantes, ofrecen los procesos de la Inquisición en América en punto á hechicería. Cuyes y sapos aparecen con frecuencia. Los alfileres aplicábanse para herir ó punzar á los maleficiados. Clavábanlos, por ejemplo, en la cabeza, el pescuezo, los brazos, el pecho ó las piernas de un sapo, á fin de que la persona hechizada sintiese los efectos de las heridas en las partes del cuerpo y miembros correspondientes. La maravillosa eficacia de los hechizos debíase naturalmente á las indicaciones y ayuda del espíritu maligno, que en diversas formas monstruosas acudía á las invocaciones del hechicero. La forma de macho cabrío, animal poco mirado en materias de castidad, era, sin duda, la más grata á sus devotas. Mujeres generalmente fueron la gente más aficionada á dar bebedizos y hacer todo género de hechicerías. Eso en todas partes. En el Río de la Plata suelen decir sencillamente *malas mujeres* ó *mujeres que hacen daño,* á las que en ello suelen ocuparse. En el Perú, una zamba, Cecilia de Castro, hechizaba á los galanes, mascando la coca, hablando entre sí y haciendo movimientos con la cabeza y con las manos. Encendía velas formadas con los cabellos de los galanes que intentaba maleficiar. Á medio arder, las apagaba, echándolas en una olla de aguardiente mezclado con zumo de coca mascada, la olla puesta al fuego. En seguida, así la maléfica como las mujeres en cuyo provecho fabricaba el hechizo, prorrumpían en vítores al

yerba.» «En el uso supersticioso de hechicerías, y aun en el olor y sabor, que es zumaque (la yerba del Paraguay), es muy semejante á la yerba del Perú que llaman *coca.*» *(Conquista Espiritual del Paraguay, Paraná, Uruguay y Tape.)*

gran chivato, haciendo sonar castañuelas. Repetían á la vez: *¡chasque! chasque!*[1]. » Los bebedizos y bocados maléficos han tenido por principal y más frecuente objeto, en todas partes, en Europa y América, así (en ésta) los de origen exótico como los indígenas ó anteriores á la conquista, remover obstáculos al logro de impúdicos anhelos y salir bien en lances apurados, sobre todo cuando por el camino legítimo está vedada la consecución de los deseos del pretendiente. La gente menuda, pero en especial los mestizos, pardos y mulatos, y entre ellos las mujeres sobre todo, dedicábanse en el Nuevo Mundo á las artes de hechicería, bajo diferentes formas, mezclado con lo advenedizo lo indígena.

El sapo y el *cuí* ó *cuisito,* ó *cuy*[2], llamado también

(1) Relación de procesos en la *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de Lima* por D. J. T. Medina.

(2) «*Cori* es un animal de cuatro pies é pequeño, del tamaño de gaçapos medianos. Paresçen estos *coris* espeçie ó género de conejos, aunque el hocico le tienen á manera de ratón, mas no tan agudo. Las orejas las tienen muy pequeñas, é tráenlas tan pegadas ó juntas continua ó naturalmente, que paresçe que les faltan ó que no las tienen. No tienen cola alguna: son muy delicados de pies é manos, desde las junturas ó corvas para abaxo: tienen tres dedos é otro menor, é muy sotiles. Son blancos del todo, é otros de todo punto negros, y, los más, manchados de ambos colores. También los hay bermejos del todo, é algunos manchados de blanco é bermejo. Son mudos animales é no enojosos, é muy domésticos, é ándanse por casa é tiénenla limpia, é no chillan ni dan ruido, ni roen, para hacer daño. Pasçen hierva, é con un poco que les echen de la que se les da á los caballos, se sostienen; pero mejor con un poco de caçabi é más engordan, aunque la hierva les es más natural.» (*Historia General y Natural de las Indias* por el Capitán Gonzalo Fernández de Oviedo, Primer Cronista del Nuevo Mundo. Publicóla, encomendando la edición é ilustración de ella á D. José Amador de los Ríos, la Real Academia de la Historia.)

chanchito de la India, por su semejanza á un cerdo (*chancho* en el Río de la Plata) en la forma de todo su cuerpo, entraban en el mencionado hechizo (y en otros, en las curaciones supersticiosas, por ejemplo) con mucha frecuencia[1]. El nombre de *cuí* (*cuy* más conforme á la índole del castellano) es imitativo de su modo de gritar: *cuí, cuí, cuí, cuí, cuí,* repetidos precipitadamente. Propágase doméstico con facilidad y profusión sumas. Su color más general es negro y rojizo, y algunos hay, aunque raros, enteramente blancos. Los blancos y los negros son los que parece preferían los hechiceros para hacer *daño.*

Sapos, avestruces y serpientes figuran, á fuer de símbolos, en las urnas funerarias, en los *vilques* ó recipientes parecidos á ellas y en los platos ó *pucos* de los indios calchaquíes que poblaban una de las vastas comarcas del antiguo Tucumán. Los ídolos ó fetiches y amuletos de la misma generación ofrecen diversas formas de personas y de animales, predominando entre las primeras la figura de mujer, acaso por su mayor dedicación que el hombre al arte de la brujería[2].

Los hechiceros del Perú, con el maleficio amatorio, tenían azonzadas á muchas personas principales. El maleficio consistía en unas pedrezuelas y ciertas hierbas, con las que hacían que tales personas, perdiendo el juicio, se rindiesen con amor vehemente á otras humildes. También se valían, para el mismo efecto, de los cabellos y vestidos impregnados del sudor de la persona á que pertenecían.

(1) Véase *Historia del Nuevo Mundo* por el P. Bernabé Cobo.

(2) Créese, dice *La Nación* (periódico) de Buenos Aires (artículo titulado *Arte calchaquí*), que las parturientes se ponían bajo la protección de los fetiches de figura de mujer. (Número de 17 de junio de 1896.)

Valíanse asimismo de la saliva y de otras cosas y prendas de uso de la persona que querían ligar. Hacíanle padecer dolores terribles de corazón y dejábanla atontada de tal suerte que, aunque miraba, no veía, es decir, no fijaba su atención en cosa alguna. El hechicero, después de media noche, con el fin de preservarse del sueño é invocar al demonio, tomaba una gran cantidad de coca, de tabaco verde y de canela de los Andes. Luego cantaba en voz baja, llamando al espíritu ó alma de la persona cuyas prendas tenía delante. Luego, oídas las excusas ó temores que manifestaba el alma de la persona llamada, la reprendía y le mandaba que hiciese lo que le ordenaba, ligándola con una cuerda de lana. Tomaba en seguida maíz negro y otras cosas, y limpiando las prendas de la persona hechizada, decía: — «Con esto limpio y quito de todos vuestros actos y de vuestros amores la adversa fortuna.» Finalmente, todo lo dicho y la coca mascada que ofrecían á la *guaca* de los amores, y alguna chaquira, poníanlo en la olla, que enterraban en un lugar secreto y apartado, de ordinario *en la junta de dos ríos* (1).

(1) *Memorias Antiguas Historiales y Políticas del Perú* por el Licenciado Fernando Montesinos. «Este modo de hechicería (añade Montesinos) dicen los indios que es de tanto efecto, que no puede ninguna persona ligada apartarse del que ama, y casi han querido decir que les fuerza el libre albedrío, como me dijo cierto amigo cura, harto afligido de no poder darles á entender lo contrario á algunos que usaban desto. Y díjome que había hecho toda diligencia, y que hallaba, por su cuenta, que estos males de corazón y abreviarse la vida lo causaban unas yerbezuelas que los hechiceros dan en los manjares después del entierro de la olla, de las cuales dicen los herbolarios desta tierra que crían cierto humor sobre el corazón, que causa estos accidentes, y corrómpese por tiempo, convirtiéndose en humor hipocóndrico, de que se les sigue á los que han tomado estas yerbas mal de corazón y muertes repentinas.»

Servíanse, para los maleficios, no sólo de una parte de la ropa, sino (como se ha dicho) de la saliva, así como de los cabellos, ó de la sangre, de la persona á quien se proponían hechizar. También vestían con la ropa de la persona odiada una figura que la representase. Colgábanla, maldecíanla y escupíanla. Formaban asimismo imágenes de cera, de barro ó de masa, y poníanlas al fuego, á fin de que, derritiéndose la cera ó endureciéndose el barro ó la masa, produjesen efectos análogos en las personas á quienes representaban [1]: forma de maleficio bien semejante á las de igual índole usadas en Europa [2]. *Simpatías* y *ligaduras* forman su trama.

Los hechiceros guaraníes, después de consultar sus depravados intentos con el demonio, que se les aparecía ruidosamente en figura de negrillo, hacían uso de aquellas cosas que, según las instrucciones que de él recibían, ofreciesen alguna relación ó semejanza real ó imaginaria con el objeto é índole del maleficio que se proponían hacer á la persona odiada. Para ocasionar calenturas ó tos, se valían de carbones muy secos: para cegar, de objetos que tuviesen forma y aspecto de ojos: para causar dolores agudos, de espinas, huesos ó cosas parecidas [3]. Usaban, en suma, el mismo procedimiento ó método de *analogía* que observan los magos del Oriente, y se fundaron en conceptos semejantes á los que la *ciencia oculta* expone. Las *simpatías* y *antipatías* que el Viejo Mundo creyó ver en las cosas, en

(1) El P. Bernabé Cobo, *Historia del Nuevo Mundo.*

(2) Respecto de la antigüedad, véase la tercera estrofa de los versos de Virgilio en la nota de la pág. 493.

(3) El P. Pedro Lozano, *Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán.*

todo el universo, formaron también la base de los conocimientos *cósmicos* (si cabe la expresión) de los indígenas del Nuevo. Hechizaban, por ejemplo, atando al pie de un árbol un sapo, una culebra ú otra sabandija, sin darle de comer. Con la falta de alimentos, el animal desfallecía, acabando por morir. Al propio tiempo íbase consumiendo la persona hechizada, quien moría, cuando moría el animalejo [1]. En una palabra, los hechiceros guaraníes, así como los de todas las demás generaciones que poblaban el Nuevo Mundo (de la propia manera que pretendían hacerlo los del Oriente y Europa), *ligaban, ataban* sus víctimas á la perversa voluntad del autor del maleficio y á la condición y suerte de las cosas animadas ó inanimadas de que se servían al intento.

Semejantes *ligaduras* ó *ataduras,* que merced á las supuestas *simpatías* y *antipatías* de las cosas entre sí y respecto de las personas, creyó poder utilizar el hechicero en daño de las gentes, con frecuencia tentaban la ociosidad y la malquerencia de muchos individuos, por lo regular, del sexo débil y de humilde condición, quienes á la postre venían á pagar su peligroso entretenimiento despedazados por los agudísimos colmillos de crueles *mastines veladores del católico rebaño* [2].

El 12 de julio de 1733 salía por las calles de Lima, en hábito de penitente, á un auto de fe, pintados en el capirote los emblemas de la superstición y de la mentira, con sambenito de media aspa, soga y vela verde, una mestiza

(1) Lozano, obra precedentemente citada.

(2) Así llamó Cervantes en su *Pérsiles* (como se ha indicado repetidas veces en esta obra) á los inquisidores.

hilandera, Sebastiana de Figueroa, á quien el Santo Oficio condenaba por adoradora del demonio, maestro de cuyas lecciones sacaba provecho para sus artes de hechicería, pervirtiendo las costumbres y maleficiando á las gentes. Las dañaba en sus personas y en sus bienes, las ligaba, les predecía lo próximo de su muerte. Valíase de prácticas supersticiosas, de medicamentos, de cierto *animalillo blanco* en cuyo vientre introducía unas hierbas prevenidas al efecto, con el cual y con las cuales frotaba el cuerpo de las personas. Un negro esclavo de una hacienda de la Compañía de Jesús, llamado Manuel de Jesús, *fricaba* (refregaba, frotaba) *los desnudos cuerpos con cuyes (animales semejantes á los conejos)*, para ejecutar maleficios. Otro negro bozal, Francisco Hazaña, acreditado de brujo, curaba los maleficios con palma, romero y olivo tostados en un tiesto de greda, sahumando la casa, asperjando con agua bendita los rincones y aleteando con la punta de la capa como quien espanta alguna cosa, en dirección á la puerta de la calle, donde enterraba un *cuí prieto,* clavado con alfileres. Usaban, pues, al parecer, el cuí blanco para el hechizo, el negro para deshacerlo.

Á muchas personas quitó la vida la Figueroa con sus hechizos. Á otras les embarazaba el uso de la voz, atravesando una espina en la garganta de una figura de cera convenientemente dispuesta al intento. Hacía que los maridos ó los galanes quisiesen á las mujeres que solicitaban su patrocinio. Vengábase de los que resistían á sus sugestiones, haciéndoles sufrir agudísimos dolores y sumiéndolos en un estado de idiotismo, cuyo término era, al cabo de mucho penar, la muerte. La aventajada discípula de Satanás abjuró *de vehementi,* merced á lo cual se libró de la

hoguera, limitándose la benignidad de los señores inquisidores á mandar que le diesen, entre otras *saludables* y *edificativas advertencias,* doscientos azotes en la forma de estilo, á saber: á voz de pregonero que publicase su delito, por las calles, montada en bestia de albarda y desnuda de la cintura arriba [1].

Posteriormente fué también penitenciada en la ciudad de los Reyes una vendedora de gallinas, Rafaela Rodríguez, que, para impedir que un amigo suyo fuese desterrado á Valdivia, dispuso tres muñecos que representaban sendas personas de autoridad, vestidas la una de escarlata y las otras de golilla, soplando después con ellos la llama en que calentara un compuesto de aguardiente, coca mascada y azúcar, al propio tiempo que, levantada la olla en alto, invocaban ella y otra mujer que la acompañaba, quitados los rosarios, al demonio, cuya asistencia facilitaban con el humo del cigarro y con libaciones alcohólicas. Un mulato de Moquegua (Perú), de nombre Antonio Hurtado, recibió los oportunos azotes en las calles de Lima, por atormentar á sus enemigos, pinchando con alfileres en el cuerpo de un sapo los miembros ó partes de él en que se proponía que aquéllos experimentasen los efectos de la herida [2].

---

(1) *Relación del auto de fe celebrado en Lima el 12 de julio de 1873* etc. por el Dr. D. Pedro de Peralta Barnuevo, en la *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de Lima* por D. J. T. Medina.

(1) *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de Lima* por D. J. T. Medina.

CAPÍTULO XXXIII.

Amplíase la materia del anterior.

SUMARIO. — Leyes antiguas contra los hechizos. — Hechicería y magia. — Astrología judiciaria. — Decláraese la índole del *daño*. — El *daño* entre los indios. — Cómo se ingiere en el cuerpo un maleficio. — El cigarro y el mate. — Modos de precaverse contra el *daño*. — *Guayacas, composturas, acompañamientos : auto-sugestión*. — Efectos morales del *daño*. — Cómo se liga un caballo de carrera. — Hechizo del lazo y de las boleadoras. — *Componer* y *curar*. — Varias maneras de hechizo. — El sapo, animal clásico en la magia y hechicería. — Hechizos de los indios. — Los hechiceros indígenas de América. — *Ciencia* popular en punto á hechicería. — Amalgama de lo indígena á lo advenedizo. — La celosa mano del Santo Oficio. — Remedios contra el *daño*. — Modo de descubrir á sus autores. — *Similia simílibus curantur*. — Plantas varias contra el *daño*. — El *capicatí*. — El *isipó-curuzú* ó *milhomens*. — El *isipó-payé*. — *Simpatía*. — Remedios *simpáticos* contra el veneno de la víbora. — El venado del campo *(guazutí)* y su baba *catingosa*. — Círculos en el campo. — Las víboras y culebras mamando.

Don Alonso X de Castilla prohibió el uso de los hechizos y de los filtros á sus nada ascéticos vasallos. « Otrosí defendemos (prohibimos), estatuyó, que ninguno non sea osado de fazer imágines de cera, nin de metal, nin otros fechizos para enamorar los omes con las mugeres, nin para departir el amor que algunos ouiessen entre sí. E aun defendemos que ninguno non sea osado de dar yeruas, nin

breuaje a algund ome, nin a muger, por razón de enamoramiento; porque acaesce á las vegadas (á veces) que destos breuajes vienen a muerte los omes que los toman e han muy grandes enfermedades, de que fincan ocasionados para siempre (1).» Hechiceros, adivinos, encantadores y otros *truhanes* (sic) de la propia familia debían salir de la tierra, á la que *nascen de sus fechos muy grandes males* (2). Acostumbraban los provisores enmelarlos y emplumarlos, poniéndolos en una escalera, á la puerta de la casa del obispo ó cerca de la iglesia (3). Los encantadores, con artes y embaimientos, hacían, entre otras cosas, llorar y sudar á las imágenes, á fin de sacar dinero á los parroquianos.

Habráse observado que en la primera de las citadas leyes del Rey Sabio se distinguen los *hechizos* de los *brebajes* ó *hierbas* (filtros) que por razón de enamoramiento propinan algunos. Son *hechizos* propiamente las cosas y operaciones ejecutadas por arte de *hechicería,* es decir, conforme á los procedimientos secretos, ó sea indicados por la *ciencia oculta,* aunque no sistematizada ni escrita, que algunos sujetos conocen y aplican encubiertamente, viniendo á formar parte de la *magia,* general en el mundo, nacida y practicada en todos los pueblos, mirada con reverencial temor por el hombre primitivo de todas las regiones. Los bre-

(1) Ley 2.ª, título 23.º, *Partida* 7.ª.
(2) Ley 1.ª, título 23.º, *Partida* 7.ª.
(3) *Política para Corregidores y Señores de Vasallos en tiempo de paz y de guerra* por el Licenciado Castillo de Bovadilla, del Consejo del Rey Don Felipe III. «La setena (manera de pena) es quando condenan a alguno que sea azotado ó ferido paladinamente, por yerro que fizo, ó lo ponen en desonrra dél en la picota, ó lo desnudan, faziéndole estar al sol, untándolo de miel, porque lo coman las moscas, alguna hora del día.» (Ley 4.ª, tít. 31.º, *Partida* 7.ª.)

bajes ó *hierbas,* aunque asimismo *compuestas* ó arregladas conforme á manipulaciones secretas, suelen dañar el organismo, por efecto de las cualidades nocivas ó del *veneno* que contienen naturalmente. Y de ahí el nombre de *veneficas* (venenosas) con que han sido designadas tales pócimas ó comidas y las malhechoras que las suministran[1]. De ahí también que la *contrahierba* sea un equivalente de antídoto ó *contraveneno.*

Los agoreros, sorteros, adivinos, hechiceros y demás *truhanes* que obrasen en contra de las prohibiciones establecidas por la ley, debían *morir por ende.* « Pero los que fiziessen encantamiento o otras cosas, con intención buena, assi como sacar demonios de los cuerpos de los omes: o para desligar a los que fuessen marido e muger que non pudiessen conuenir: o para desatar nube que echasse granizo o niebla, porque non corrompiesse los frutos: ó para matar langosta, o pulgón, que daña el pan, o las viñas: o

(1) « Y así, aconsejada de una morisca, en un membrillo toledano dió á Tomás unos destos que llaman *hechizos,* creyendo que le daba cosa que le forzase la voluntad á quererla, como si hubiese en el mundo yerbas, encantos ni palabras suficientes á forzar el libre albedrío. Y así, las que dan estas bebidas ó comidas amatorias, se llaman *veneficas;* porque no es otra cosa lo que hacen, sino dar *veneno* á quien las toma, como lo tiene mostrado la experiencia en muchas y diversas ocasiones. » (Miguel de Cervantes, *El Licenciado Vidriera.)*

« Ciertas plantas y ciertas substancias tienen la propiedad de debilitar ó de exaltar el sistema nervioso, de producir un delirio pasajero, de introducir perturbaciones en la economía, como pérdida de la sensibilidad, entorpecimiento de miembros y una verdadera letargía. Esas plantas y substancias entraban en las composiciones de los brebajes que administraban los *magos.* Reputábaselos, por lo mismo, substancias ó plantas *mágicas.* Las bebidas que se enderezaban á producir fatales efectos en las personas odiadas del hechicero ó de aquellos á quienes éste vengaba, preparábanse con tales ingredientes. » (L.-F. Alfred Maury, *La Magie et l'Astrologie dans l'Antiquité et au Moyen Âge.)*

por alguna otra razón prouechosa semejante destas, non deuen auer pena; ante dezimos que deuen recebir galardón por ello [1]. » Ni rezaba la prohibición de formar juicios sobre los casos futuros, con los hombres de ciencia que procedían por medio de la observación de los cuerpos celestes (astrología). Éstos *son maestros que entienden verdaderamente el arte de astronomía,* mediante el cual *se dan juicios y asmamientos* (pareceres y consejos), *catados por* (formados según) *el curso natural de las planetas e de las otras estrellas,* conforme á los *libros de Ptolomeo e de los otros sabidores que se trabajaron de esta sciencia* [2]. Las distinciones que hacía el rey D. Alonso son las mismas que hoy hace (como entonces) la *ciencia oculta* entre la *magia* y la *hechicería,* entre la *astrología judiciaria* (que á la sazón no era sino la misma astronomía considerada en una de sus aplicaciones á la vida humana) y las artes vulgares de adivinación que se usaban para engañar á la gente y sacarle su dinero.

Cuantos males dolorosos, graves é incurables sufre el hombre en su persona, ó los animales, pueden ser efecto de un hechizo. Pero el *daño* singularmente se manifiesta de una manera horrorosa. Caracterízale en especial la supuesta existencia de muchedumbre de sabandijas y objetos informes, feos y asquerosos, en el cuerpo de la persona maleficiada. Algunas están agusanadas, y echan gusanos por cabeza, oídos, pescuezo, boca, narices, brazos, etc. Curanderos y brujos curan estos males, y por efecto de sus remedios, multitud de personas han visto por sus ojos (los ojos de

(1) Ley 3.ª, tít. 23.º, *Partida* 7.ª.
(2) Ley 1.ª, tít. 23.º, *Partida* 7.ª.

la preocupación, unidos á las artes del curandero embaucador) salir del cuerpo del paciente, atormentado por horribles dolores, una procesión de vástagos del espíritu inmundo en figura de asquerosas y feas sabandijas, á saber: cucarachas, cientopiés, alacranes, sapos, ranas, escuerzos, lagartijas, ratones, chinches, vinchucas, y entre ellos astillas, ojos de gato, agujas, patas de gallina, alfileres, espinas, colmillos de perro, cabellos, cicuta, cabezas de víbora y otras cosas semejantes. Expelen materias fedidísimas. Todas ó parte de estas cosas, reunidas ó distribuídas en las entrañas del maleficiado, le muerden, pinchan, roen, sacuden y retuercen el vientre, el estómago, el hígado, los riñones, la cabeza, el corazón ú otra parte delicada del cuerpo, haciéndole sufrir dolores intensos, extraordinarios, mordicantes, que le tienen aspado, y de vez en cuando fortísimas convulsiones. Entre los indios ha sucedido lo propio: han creído en idénticos males, por idénticas causas, en todo y por todo iguales[1]. *Añanga, añacuá* ó *ayacuá*

(1) De los indígenas de Cumaná y vertientes del río Orinoco dice el P. F. Antonio Caulín:

«Antes de concluir esta materia, quiero hacer mención de una vanísima y perniciosa observancia, en que se hallan generalmente comprendidos, no solamente los indios infieles y cristianos, sino muchos de los españoles americanos que debieran enseñar á los indios con el desprecio de sus supersticiones y secuela de nuestras católicas verdades. Luego que el indio ú otra persona de los que viven entre ellos, adolece de alguna enfermedad extraordinaria ó dolor vehemente, hacen juicio que es *maleficio* ó *veneno*, que le ha dado algún brujo, que por estas provincias llaman *piaches*. Auméntase la dolencia por la falta de medicinas y verdaderos médicos que hay en esta tierra, y luego sin más consulta hacen diligencia de un brujo para que los cure, prometiéndoles la correspondiente gratificación, si dan al enfermo libre de la enfermedad ó dolencia.

«En sus adivinaciones usan de unos cigarros con unos granos de

entre los guaraníes, *gualicho, huecuvú* ó *huecufú* entre los pampas, el mismo *huecuvú* ó *huecufú* entre los patagones y los araucanos, *zopay* entre los peruanos, etc., hacían las mismas cosas en daño del hombre ó de los animales [1], ya directamente, ya por medio de sus ministros ó servidores (*machíes* entre araucanos y pampas, *payés* entre guaraníes). Entre los indios, del mismo modo que entre los cristianos, el espíritu del mal tenía sus ministros ó hechiceros, á quienes se aparecía en diferentes formas, respondiendo á sus consultas y dándoles instrucciones. El cristiano, á juicio del indio, tenía pacto con el diablo. Si en las tolderías del indio había algún cristiano cautivo y se presentaba haciendo estragos la viruela, el cristiano era quien, de concierto con *gualicho,* había traído la viruela á la toldería. — «¡Cristiano echando *gualichu!*» gritaba con espantosa algara la turba enfurecida. Y el cristiano era martirizado [2].

Toda cosa que se acostumbra comer ó beber, se usa como vehículo del maleficio. Pero los más comunes de que en el Río de la Plata se sirven los que dan un hechizo, son el mate y el cigarro. La naranja, que tanto abunda en Misiones, Corrientes y el Paraguay, es otro de los medios ordi-

copal, en que ofrecen incienso al demonio para que acepte sus obsequios y oiga sus llamamientos; y como con esto se ven temidos y respetados, crece tanto esta maldita zizaña, que no hay convulsión, sofocación uterina, alferecía, apostema interior ú otra rara enfermedad, que no se achaque á veneno, maleficio ú operación diabólica, siendo, á la verdad, enfermedades que proceden de causas naturales, y por la ignorancia de la medicina son del todo incógnitas en la mayor parte de los países.» (*Historia Corográfica, Natural y Evangélica de la Nueva Andalucía.*)

(1) V. Caps. IV y V.

(2) V. Cap. IV, pág. 41.

nariamente usados. También se infiltra en las venas el maleficio por medio del olfato, y así las flores más bellas y fragantes han sido en muchas ocasiones portadoras de efluvios venenosos. La propinación de hechizos en el Río de la Plata preocupa á la gente, sobre todo en algunas provincias, como la de Corrientes, que es famosa á tal respecto. Las correntinas son las tésalas del Río de la Plata. Es la población rural de Corrientes, en su mayor parte, mestiza. Allí se ha conservado el idioma guaraní, que habla siempre el vulgo, mezclándolo con el castellano. Las supersticiones de la raza guaraní, entreveradas también con las de origen europeo, han echado allí igualmente, entre el vulgo ignaro, raíces hondas; y la creencia en el *daño* y el uso de substancias nocivas, á intento de maleficiar, es uno de sus más abundantes frutos.

Nada hay que favorezca tanto la propinación de un hechizo, como el modo de tomar el mate y el cigarro. Las mujeres ceban el mate y las mujeres hacen el cigarro (siempre de hoja, único que fuman). Lo primero que ofrecen á un visitante, después de hacerlo sentar y de las preguntas y saludos de costumbre, es un cigarro y un mate[1]. El cigarro en Corrientes y el Paraguay, suele presentarse cortada la punta y prendido y chupado por los propios labios de la amable obsequiante que brinda con él: muestra la más inequívoca de complacencia.

Á fin de precaverse del *daño* y de otros males, así como para tener buen éxito en las empresas ó ser afortunado, muchos llevan escondida, colgada del cuello, una *guayaca*[2]

(1) Véase Cap. XV, pág. 229.
(2) Véase Cap. XIX, págs. 285 y 286.

ó bolsita bien cosida por todos los lados, que contiene un amuleto *(guacanque ó payé).* Raro será el paisano que no *cargue,* á falta de escapulario, *guayaca.* Unos huesitos, una reliquia, una bala extraída del cuerpo humano, una cinta colorada que se tuvo en la boca al tiempo de comulgar, cualquier cosa *compuesta,* es decir, bendecida por un mago ó poseedor de un secreto maravilloso, suelen constituir el amuleto que encierra la *guayaca.*

El que lleva un amuleto ó *guayaca, anda acompañado.* Á ése, que está *curado,* le irá bien en los peligros y trances duros de la vida. ¡Cuántas veces, ante la desesperación ó prolongada agonía de un hombre herido mortalmente, no se ha oído decir: — «Ha de tener *guayaca.* Sáquensela, para que deje de penar!» ¡Cuántas veces, sacada la *guayaca,* exhaló en seguida el último suspiro el moribundo! Sin duda, en muchas ocasiones, la posesión del amuleto dió fortaleza de espíritu al paciente, que, resistiendo á la muerte, prolongaba su martirio. Verificábase en su ánimo un fenómeno psicofísico de *auto-sugestión,* mediante el cual mantenía con cierta forzada regularidad el juego ya hondamente alterado de las funciones vitales por efecto de un balazo ó de una cuchillada. Pero despojado de la *guayaca* en cuyo poder maravilloso para preservarle de la muerte en cualquiera ocasión tenía entera confianza, perdió el herido las fuerzas, con el desfallecimiento del ánimo, y los elementos destructores introducidos en su cuerpo no tardaron en producir su natural efecto.

El *daño,* no sólo enferma física y moralmente á una persona, no sólo la llena de asquerosas y feas sabandijas por dentro y por fuera, no sólo la mortifica con horribles dolores en todo el cuerpo, sino que también la hace desgraciada. El maleficiado no puede nunca arribar: vivirá

siempre entristecido y como alelado, pobre y miserable[1].

Personas hay, según el vulgo, encadenadas á la voluntad de una china miserable, que las ha cautivado con brujerías ó *composturas*. No es la flaqueza culpable de loca mujer, infiel á quien jurara amor eterno y puro ante los altares. Es el hechizo, el *huacanque*, de la china mala que la acompaña y que hizo huir del hogar á un esposo desconsolado. Una pieza de ropa de su vestido, una parte de sus cabellos, un diente, una uña, una porción de su sangre, etc., envueltos, anudados, junto con algún animalejo repugnante acreditado para el efecto en el arte mágico, la *ligan*, la *atan* á las perversas intenciones de la *mala mujer* que la tiene hechizada. La maléfica hace de ella lo que quiere[2].

(1) Impresionada la imaginación y alterado el sistema nervioso, la (crédula) víctima descaece rápidamente, y el mismo pánico de sus parientes y de sus amigos precipita su ruina. (Elifás Leví, *Dogme et Rituel de la Haute Magie.)* El caso que indica Leví puede realmente verificarse por *auto-sugestión.*

(2) «Los hechiceros tratan de conseguir una porción de los cabellos ó de los vestidos de la persona que se proponen maldecir. Buscan luego un animal que á sus ojos venga á ser la representación de esta persona. Ponen después el animal en *relación magnética* con la persona, por medio de los cabellos ó vestidos que le pertenecieron. Danle su nombre, mátanlo de una cuchillada mágica, ábrenle el pecho y arráncanle el corazón. Envuelven el corazón palpitante en los objetos magnetizados, y durante tres días, á toda hora, clavan en él alfileres ó clavos enrojecidos al fuego, ó bien, largas espinas, profiriendo las maldiciones acostumbradas. Persuádense entonces que la víctima de sus perversas manipulaciones experimenta los mismos dolores que sufriría, si en su propio corazón se le hubieran clavado las espinas, ó alfileres, ó clavos, muriendo á la postre de un mal desconocido.» (Elifás Leví, *Dogme et Rituel de la Haute Magie.)*

«El maleficio es más seguro, si el autor de él puede conseguir una parte de los cabellos, de la sangre, y sobre todo un diente, de la persona maleficiada. Éste es el origen de la frase proverbial: *vouz avez une dent contre moi* (usted me tiene inquina).» (Elifás Leví, *Dogme et Rituel de la Haute Magie.)*

Recae asimismo el maleficio en los animales y en las cosas que constituyen el patrimonio de una persona; pues el objeto de los hechiceros es hacer mal á los hombres de una manera ó de otra. Pero en este caso efectúase el *daño* mediante un conjuro, una maldición, ó un juramento que el individuo envidioso, vengativo ó malqueriente, ayudado del espíritu infernal, profiere (1).

He aquí el modo de *ligar* un caballo de carrera, para hacerle quedar rezagado, por muy ligero que sea. Le *roban la pisada,* es decir, aprovechando un descuido del que lo guarda, extraen del suelo el terrón en que ha asentado el pie. Le arrancan una cerda de la cola. Envuelven terrón y cerda en un cuero de sapo, liándolos con una hebra de seda de color de granate ó carmesí. De noche, cuando *asoma el lucero,* lo entierran cerca del lugar donde ha de correrse la carrera. Cuando el caballo maleficiado vaya corriendo, lo tirará de la cola y embarazará su rápido andar el poderoso animalejo cuya piel encierra su pisada y su cerda. El caballo corredor estará *ligado* al maldito sapo, que aun muerto y desollado puede tanto. Es más aún: á los seis ú ocho días empieza á caérsele el pelo, primero del anca (que es por donde ha sido maleficiado) y luego del resto del cuerpo acabando por el encuentro. El temor de una

(1)

«Cual infernal hechizo, que provoca
Conjuro infando de región maldita,
Y dócil al perverso que lo invoca
Sus negras alas horroroso agita,
Y por las mudas auras se desboca,
Las plantas y los árboles marchita,
Los verdes tallos vuelve en hilos flojos
Y viste el prado de ásperos abrojos.»

(D. José Joaquín de Mora, *Leyendas Españolas.* Londres, 1840.)

ligadura semejante hace que los que cuidan caballos de carrera no se separen de ellos un instante, permaneciendo de día y de noche, con luz encendida, á su lado, siempre alerta.

Componer y *curar* es enhechizar una cosa, disponerla convenientemente para que sirva al intento del que la posee. *Cúranse* y *compónense* cualesquiera objetos. Es el lazo un instrumento de trabajo indispensable, y que acompaña siempre al paisano, para la aprehensión de animales vacunos y caballares. El lazo ufana al hombre de campo. *Cortarle el lazo,* equivale á provocación é insulto grande. —« ¿Quién me ha cortado el lazo? », preguntó un indio á los circunstantes en una reunión. Como nadie respondiese, agregó: — « Mal compañero es el que hace un daño, y calla. Pero yo voy á saber quién me ha cortado el lazo.» Toma su lazo en las manos, deshace la trenza de las puntas cortadas, escupe en ellas y trama de nuevo las correas ó *tientos* para ligarlos. Volviendo á escupir en la parte compuesta del lazo, da un tirón para afirmarla, mirando al mismo tiempo á los concurrentes, uno de los cuales salta inopinadamente de su asiento. Tira otra y otra y otra vez, escupiendo, el indio, y vuelve una y otra y otra vez á saltar de su asiento el mismo sujeto que acababa de condenarse por tan singular manera. El damnificado no necesitó más pruebas, para saber que el que daba los repentinos saltos era (como en seguida lo confesó todo turbado) el que le había cortado el lazo. En otra ocasión el mismo indio hizo ir el lazo, serpenteando por el suelo como una culebra gigantesca, sin tocarlo entretanto ni antes de moverse, al lugar donde él y otros compañeros se hallaban. De tales maravillas, en que el vulgo cree sin rebozo, es capaz quien

tiene el arte mágico, ó conserva el preciado secreto de *componer* ciertos objetos útiles á sus designios. El indio de que se trata, sin duda tenía *payé.*

El lazo se *cura* con *grasa de víbora,* al tiempo de trenzarlo. Á mediodía y cuando el sol está fuerte, es la hora en que el dueño del lazo le hace mover, serpenteando como una culebra, sin tocarlo y á distancia de veinte pasos. *Curan* ó *componen* también las *boleadoras,* poniendo pedacitos de cuero de las manos del león (que tiene mucha fuerza) entre la piedra y el *retobo* (piel con que se afo-rra). Así quedan *ligadas* las *boleadoras* á las cualidades respectivas del león. Por livianas que sean las boleadoras, se enredarán en las patas del animal (toro, caballo, etc.) que se trate de aprisionar, con tanta fuerza como si los mismos brazos y garras de aquella fiera las abrazase y aferrase. Mediante la *compostura,* ó *curado* un objeto de cierta manera ignorada de los demás, se supone quedar formada una correlación de propiedades y condiciones que dan el resultado á que se aspira. Fórmase una *atadura,* un vínculo mágico, una corriente *simpática* de fuerzas que producen en la cosa *compuesta* ó *curada* (*imantada* diría un ocultista) efectos análogos á los de que es capaz el ser animado ó inanimado de que depende.

Los hechiceros usan especialmente, para hacer *daño* y para curarlo, ciertas hierbas, y sapos, culebras, tortugas, gusanos, carne y plumas de señaladas aves [1], trapos, ca-

(1)

«Por verse libre de usté,
Lo habrán querido embrujar.»
Después me empezó á pasar
Una pluma de avestruz.

(*El Gaúcho Martín Fierro* por D. José Hernández.)

bello[1], tierra de las sepulturas, etc. Sacan de una sepultura reciente cinco puñados de tierra: cuatro en partes que formen cruz y uno del centro. Echada esta tierra en el fondo del mate, da por resultado que aquel que le toma se vaya consumiendo, á medida que el cuerpo del difunto se va secando. Los alfileres y agujas se clavan en cruz en el objeto que está en acción para maleficiar á una persona. En suma, han usado, y usan, las mujeres maléficas, además de las cosas peculiares de América, cuantas fueron conocidas por el mismo estilo en Europa. Fernando de Rojas dió minuciosas noticias de la hechicera en su famosa tragicomedia de Calixto y Melibea[2], y D. Esteban Manuel de Villegas, el Anacreonte Español, también ha referido puntualmente los males que hacía y sus medios de dañar: *aliñaba bocados, cortaba girones y fabricaba ideas,* es decir, valíase, en sus maleficios, de composturas que daba á co-

(1)
Sin que ninguno sospeche,
Cortále á un negro tres motas (*)
Y *hacélas* hervir en leche.

(*El Gaúcho Martín Fierro* por D. José Hernández.)

(2) «Y en otro apartado tenía para remediar amores y para se querer bien. Tenía huesos de corazón de ciervo, lengua de víbora, cabezas de codornices, sesos de asno, tela de caballo, mantillo de niño, haba morisca, guija marina, soga de ahorcado, flor de hiedra, espina de erizo, pie de tejón, granos de helecho, la piedra del nido del águila y otras mil cosas. Venían á ella muchos hombres y mujeres; y *á unos demandaba el pan do mordían, á otros de su ropa, á otros de sus cabellos,* á otros pintaba en la palma letras con azafrán, á otros con bermellón, *á otros daba unos corazones de cera llenos de agujas quebradas, y otras cosas en barro y en plomo hechas,* muy espantables á ver. *Pintaba figuras,* decía palabras en tierra... ¿Quién te podrá decir lo que esta vieja hacía, y todo era burla y mentira?» (*La Celestina* por Fernando de Rojas.)

(*) *Mota:* pelo reciamente rizado de los negros.

mer, de algún pedazo ó pieza del vestido de la persona que sufre el daño y de imágenes de cera representativas de aquel ó aquella que había de ser sacrificada[1].

El sapo es uno de los animalejos de que más uso hace la hechicería criolla. El sapo es elemento clásico de la hechicería y de la magia. La *ciencia oculta* le proclama, por sus condiciones, uno de los más poderosos auxiliares del arte de hacer maleficios[2]. En las operaciones mágicas

(1) *Á Gratidia, Hechicera.*

CANTILENA.

Casada la de Eurito,
Asquerosa Gratidia,
Enojosa á las madres,
Odïosa á las hijas,
Y á las tiernas casadas
No menos enemiga
Que á los tigres de Hircania
Los leones de Libia:
Por tí penan los hijos,
Por tí los padres gritan
Y los tiernos casados
Tristemente suspiran.
Pues no cierto de amores,
Porque ya en tus mejillas
Las que antes eran rosas
Agora son espinas;
Sino de aquella fuerza
Del encanto maligna
Que vuelve los juicios
Y revuelve la Estigia.
Por tí, dura Megera
Y Tesífone esquiva,
Se mueven las peleas,
Se conmueven las iras.
Tú, robustas niñeces,
De fortaleza dignas,
Estragas á la sorda,
Como si fueras lima;
Y de frescas muchachas,
Amenas lozanías,
Ó cual siesta desmayas
Ó cual noche marchitas.
Los ingenios embotas,
Las memorias descuidas
Y á los tristes que penas
Los sentidos avivas.
Todo por instrumento
De bocados que aliñas,
De girones que cortas,
De ideas que fabricas:
Milagros que á la cera,
Al paño, á la comida
En vano se le deben
Donde tú estás, Gratidia.

(2) «Hay ciertos animales que tienen la propiedad de romper las corrientes de *luz astral* (fuerza universal en cuanto *imanta* los mundos) por medio de una absorción sui géneris. Estos animales nos son violentamente antipáticos y tienen en su mirada algo de fascinador: por ejemplo, el *sapo*. Conservados vivos en las habitaciones preservan de las alucinaciones y otras afecciones mentales, de los prestigios de la *embriaguez astral.*» (Elifás Leví, *Dogme et Rituel de la Haute Magie.*)

tiene su importancia: responde á la influencia del planeta Saturno[1]. Los hechiceros de Europa recurrieron á él en multitud de casos. En América los procesos de la Inquisición le presentan alternando con el cuy[2]. Pero lo más singular es que los indios, antes del descubrimiento y conquista de América, usaron también, con preferencia, el sapo en sus hechicerías. Una clase de hechiceros guaraníes, á que los españoles llamaron *enterradores,* hacían sus maleficios enterrando en la casa de la persona que deseaban matar, las sobras de su comida, cáscaras de fruta, pedazos de carbón, etc. Enterraban también sapos atravesados con alguna espina de pescado. El maleficiado con este hechizo íbase enflaqueciendo y consumiendo, hasta que, sin enfermedad conocida, moría. Los *enterradores,* para hacer este maleficio, consultaban al demonio, quien se les aparecía en figura de negrillo con un cesto en la mano y les daba las instrucciones convenientes al cumplimiento de sus designios. El entierro se hacía en la casa ó cuarto que habitaba la víctima; pero, si no tenían ocasión ó la posibilidad de hacerlo allí, verificábanlo en un lugar de ella frecuentado. En una pieza ó galpón donde nunca faltaba gente ni de día ni de noche, cuando los padres jesuítas andaban reduciendo y adoctrinando á los indios del Paraná y Uruguay, hallaron más de trescientas sepulturas de este género de

(1) «Los animales son útiles á la magia en cuanto desprenden el *fluido astral* que sus operaciones necesitan. La hechicería se funda en el principio de animación de los objetos consagrados, que se efectúa á favor del *cuerpo astral* de un *sapo* en ellos puesto. El sapo es *saturnal.*» (Papús, *Traité Élémentaire de Magie Pratique.)*

(2) Relación de procesos varios en la *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de Lima* por D. J. T. Medina.

maleficios [1]. En las *salamancas,* ó impenetrables cavernas encantadas del Río de la Plata, suele el *salamanquero* presentar á los intrépidos visitantes de sus palacios manadas de sapos, que le obedecen y rodean. « Son mis gallinas, » dice con sorna el *salamanquero* [2]. Satanás, en los aquelarres, ha marcado, desde muy antiguo, con la figura de un sapillo, impresa á fuego y sin dolor, en la niña del ojo á los brujos y brujas, á fin de que se reconociesen entre sí con una señal tan singular como diminuta. Les ha dado asimismo un sapo vestido, que no es sino el demonio en figura de sapo, que hace las veces de ángel de guarda del renegado. Los brujos novicios y los aspirantes que aun no han llegado á la edad de la discreción para renegar en los aquelarres, se ocupan en cuidar una gran manada de sapos, que los brujos ya recibidos por tales juntan, en compañía del demonio, por los campos, á fin de hacer con ellos veneno y ponzoñas para los maleficios. Deben los novicios y aspirantes guardar los sapos con mucho respeto y veneración,

(1) *Conquista Espiritual del Paraguay, Paraná, Uruguay y Tape* por el P. Antonio Ruiz de Montoya.

Elifás Leví menciona entre los maleficios tradicionales de Europa, el siguiente idéntico al de los guaraníes. «Toman un sapo corpulento. Bautízanlo con el nombre de la persona que se trata de maldecir. Hácenle tragar una hostia consagrada, ante la cual han proferido fórmulas de execración. Luego lo envuelven en los objetos *magnetizados* (parte del vestido ó de los cabellos de la víctima por cuyo medio han puesto al sapo en relación *magnética* con ella). Lían el envoltorio con los cabellos de la persona maldecida, en los cuales habrá escupido el autor de la operación. Finalmente entierran el envoltorio en el umbral de la puerta del maleficiado, ó bien en un lugar adonde acostumbre ir todos los días. El *espíritu elemental* del sapo vendrá á ser la pesadilla y el vampiro del hechizado.» *(Dogme et Rituel de la Haute Magie.)*

(2) V. Cap. VIII, pág. 95, y Cap. XXXV.

y para juntarlos, cuando se aparta alguno de la manada, hacen uso de una varilla que se les da con ese objeto: nunca los encaminan con el pie. Los sapos vestidos, que, como se ha dicho, son demonios en figura de sapos, acompañan y asisten á los brujos para inducirlos y ayudarlos á que cometan siempre mayores maldades. Susténtanlos con regalo. De ellos sacan el agua con que se untan para ir al aquelarre y para destruir los campos y sembrados y frutos, y matar y hacer daño á las personas y á sus ganados, y para hacer los polvos y ponzoñas con que malefician á la gente. Hartan al sapo, y azótanle con unas varillas. Encónase el sapo é hínchase. Apriétanle luego con el pie, ó con las manos, contra el suelo. Por último el sapo se va reponiendo y levantando, y vomita por la boca y por otros conductos menos limpios un agua hedionda y verdinegra, que es la que usan para ir al aquelarre y á otras partes á hacer maldades y para componer sus hechizos (1). La precedente historia demoniaca del sapo concurre á demostrar con la mayor evidencia que las cuevas encantadas ó *salamancas,* no solamente han sido imaginarias escuelas donde se enseñaban las artes mágicas por judíos y árabes introducidas en España y trasladadas luego á América junto con la conquista, sino que también estuvieron habilitadas, como cosa no más del diablo á los ojos de los cristianos, para la celebración de los aquelarres ó asambleas y conciliábulos y fiestas nocturnas de brujos y brujas (2). Allí, en las cavernas ó *salamancas,* no falta nada para el efecto: obscuridad, alejamiento,

(1) *Auto de fe celebrado en la ciudad de Logroño en los días 7 y 8 de noviembre de 1610,* publicado con notas por D. Leandro Fernández de Moratín.

(2) V. Cap. VIII, pág. 96.

acceso difícil, frío y calor, y fuego y agua, y ruidos subterráneos. Allí las manadas de sapos, las *gallinas* del *salamanquero*, así como las culebras disformes, son lo primero que se ofrece á la vista del novicio ó visitante que en ellas osa penetrar. En fin, el sapo, que tanta repulsión nos inspira, es animalejo de fuste en la historia mitológica ó demoniaca de los pueblos del Viejo y del Nuevo Mundo, y lo es desde una época muy anterior á la del descubrimiento de las Indias Occidentales, á saber, desde una época muy anterior á la en que el uno y el otro se comunicaron conocidamente, merced al genio inventor y heroico de Colón y de la España regida por Isabel la Católica. Y ¿cuántas veces no echa el hombre por la boca sapos y culebras? *Echar sapos y culebras* significa estar uno como endemoniado, encendido en ira y furor, denostando y maldiciendo á la persona ó personas que ocasionan la desazón y el arrebato.

Los medios que tenían de maleficiar los indígenas de América eran semejantes, como ya queda manifestado, á los que de antiguo han usado los hechiceros del Viejo Mundo: muelas, dientes, cabellos, uñas, conchas de diferentes formas y colores, sapos, culebras, gusanos y otros animalejos y sabandijas vivas y muertas, cabezas de animales, arañas vivas grandes y peludas que guardaban en ollas tapadas, raíces, semillas y hierbas varias, untos, etc. El imán era asimismo recurso frecuente en sus manos (1). Infinito era el número de hechiceros y sortílegos que ha-

(1) El P. Bernabé Cobo, *Historia del Nuevo Mundo*, y el P. José Guevara, *Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán.*

bía en los vastos imperios de Méjico y el Perú al tiempo del descubrimiento y conquista. Había criaturas que aun no sabían hablar y apenas podían tenerse en pie, y en preguntándoles cómo se invocaban los muertos, lo hacían tan diestramente, que no parecía sino que ejercitados en ello hubiesen vivido largos años. Eran sus sacerdotes grandes magos, encantadores y hechiceros, con la ayuda del demonio ó *zopay*. Señalóse Tucumán, en la Argentina, por la fama de sus hechiceros [1].

Los hechiceros y hechiceras del Perú daban ponzoñas, así para matar con ellas presto, como despacio y lentamente; para sacar de juicio y atontar á las personas; para afear sus rostros y deformar sus cuerpos, dejándolos albarazados, ó bien, remendados de blanco y negro, y tullidos sus miembros: oficio más de ordinario ejercitado de las indias, que de los indios. Ejercitábanlo además, *tratando con el demonio,* para ganar reputación con la gente: á manera de sacerdotes ó sacerdotisas, ó adivinos, obraban maravillas y predecían las cosas por venir [2].

Considerada la *ciencia* popular primitiva, mezcla de tradiciones europeas é indígenas, resulta que el hechicero, auxiliado por el demonio con quien tiene pacto expreso ó tácito ó en virtud de las facultades que le ha conferido su inmensa cuanto fatal sabiduría, introduce en el cuerpo del paciente las causas perturbadoras de su existencia que acerbamente le molestan y acaban por privarle de la vida á fuerza de tanto sufrir. Asemejábanse, en punto á los do-

(1) El Cronista Antonio de Herrera, *Décadas de Indias.*
(2) El Inca Garcilaso de la Vega, *Comentarios Reales del Perú.*

lores y muertes que generalmente causaban en el hombre y en los animales, *añanga, gualicho* y *zopay* entre guaraníes, pampas, araucanos y peruanos. El diablo, cuando no directamente, causábalos por medio de sus ministros: por medio de los *payés,* entre los guaraníes; por medio de los *machíes,* entre araucanos y pampas. Indígenas y nuevos pobladores creían y practicaban unas mismas cosas en el fondo, aunque en la forma y sus accidentes variasen poco ó mucho. La diferencia era más cuantitativa que cualitativa (disimulando lo pedantesco de la expresión). La diferencia estribaba en que los cristianos ó nuevos pobladores representaban una civilización que en general desechaba como patrañas cosas tales; mientras los indígenas, por su estado primitivo, salvaje ó semisalvaje (estados varios en que se hallaban las diversas generaciones del continente americano al tiempo de su descubrimiento), las admitían en absoluto. Por lo tanto, fácilmente se amalgamaron, como queda advertido en otros Capítulos, las prácticas advenedizas con las indígenas. El tribunal del Santo Oficio, en América, acudía á ello con sus acostumbrados remedios, sin que valiese al indiciado de pacto con el demonio el manifestar que, no el demonio, sino su travesura, era el secreto de sus hechizos.

La historia de los procesos inquisitoriales ofrece, entre otras causas análogas, la de un mestizo de Cajamarca, en el Perú, llamado Alejandro de Vargas, que se presentó espontáneamente (por temor de denuncia, se entiende) al tribunal del Santo Oficio, manifestando que curaba los maleficios mediante una piedrezuela larga y lisa, de color negro, á la que daban el nombre de *anchico.* Con ella fro-

taba la parte enferma, aplicando á la vez unturas de sebo de macho, que se esponjaba en la mano al pronunciar esta invocación: — « En el nombre de San Pedro y San Pablo, de tí me valgo ». Había comprado Vargas la piedra á un indio por veinte pesos, viendo las curaciones que hacía con ella su dueño, quien sacaba del cuerpo del paciente gusanos y otras sabandijas. Esto decía que hacía Vargas; si bien después manifestó que llevaba preparadas de antemano las cosas que luego presentaba como extraídas del cuerpo enfermo. Sin embargo se le dió tormento para que confesase si tenía pacto con el demonio, manteniéndose negativo. Salió en auto particular, á 11 de diciembre de 1709, con sambenito de media aspa é *insignias* de polígamo (que también lo era), y, absuelto *ad cautelam,* fué desterrado á Valdivia, con perdimiento de la mitad de sus bienes [1].

Por muy persuadido que esté el hombre de que una enfermedad es incurable, nunca le abandona la esperanza de hallar una mejoría, sobre todo si, habiéndose agotado los recursos ordinarios, se echa mano de los que en la común opinión del vulgo pasan por *santo remedio,* algunos de los cuales descansan en la para él innegable acción de potencias sobrenaturales, reacciones ó concomitancias naturalmente imposibles, pero que no vacila en aceptar á favor de ceremonias y de palabras ó fórmulas secretas. Así es que el *daño* ó maleficio se cura ó intenta curar por medios tan seguros y verdaderos como las causas que le han producido. Distínguense, entre ellos, las *contrahierbas,* los pro-

(1) *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de Lima* por D. J. T. Medina.

cedimientos *simpáticos* ó *antipáticos*[1], y las santiguaderas y mojigangas.

Uno de los medios que usan los *curanderos* para reconocer si hay *daño,* así como para descubrir al autor ó autores de él, es la inspección de *las aguas.* Suelen mezclarles azahar; con lo que es más certero el experimento. Para descubrir al autor ó autores del *daño,* ponen las aguas del enfermo en un vaso de vidrio cualquiera de boca ancha, y mediante ciertas palabras y ceremonias cabalísticas, hacen creer que aquéllos aparecen representados en la actitud y lugar en que se hallaban, cuando estuvieron preparando el bebedizo, comida ó ligadura que produjo el maleficio. Si la operación de descubrir á los maléficos se hace en un vaso, por las paredes de él se les verá trabajando en sus nefandas preparaciones. Si se hizo en una vasija, por la boca de ella podrá contemplar el horrorizado curioso la horripilante escena. El propio experimento se hace con agua, y así le usaron los indios. Los de Méjico, cuando perdían alguna cosa, hacían sus ceremonias con algunos maíces, mirando en un lebrillo de agua. Allí veían al autor del robo ó la persona en cuyo poder estaba el objeto que buscaban, y la veían en la casa en que moraba. Si se trataba de un animal, aparecía éste en el estado y sitio en que se hallaba, vivo ó muerto[2].

(1) Sobre la *simpatía* véase el Cap. XXI.
«Paracelso, el más grande de los magos cristianos, oponía al hechizo un hechizo análogo. Componía remedios *simpáticos*, y los aplicaba, no á los miembros atormentados por el dolor, sino á figuras que los representasen, formadas y consagradas con arreglo al ceremonial mágico.» (Elifás Leví, *Dogme et Rituel de la Haute Magie.)*

(2) Fr. Juan de Torquemada, *Monarquía Indiana.*

El *daño,* por regla general, se considera irremediable. Á parte de que esto se sabe teóricamente, por el conocimiento tradicional que tienen todos de la índole del *daño,* ó sea de los efectos de los hechizos ó pócimas y hierbas suministradas por arte de brujería(1), no hay quien se atreva á desconocerlo ante el irrecusable testimonio de la cotidiana experiencia. Inútil es, por consiguiente, acudir á un médico para curar á una persona embrujada. Hay que acudir á un curandero, á un *brujo. Similia simílibus curántur.* Ciertos privilegiados vegetales tienen la virtud de preservar del *daño* y de curarle. Estas preciadas plantas son, en el Río de la Plata y Paraguay y en el sur del Brasil, el *pipí,* la *contrahierba,* el *isipó-curuzú* ó *sipó milhomens,* el *capicatí,* la *hierba del lagarto,* el *romero,* el *abrojo,* la clásica *ruda*(2)

(1) Aunque Cervantes no era teólogo, merece oírsele, como si lo fuera, en este punto. « Hipólita acudió á la judía, á pedirle que templase el rigor de los hechizos que consumían á Auristela.... Hízolo así la judía, como si estuviera en su mano la salud ó la enfermedad ajena, ó como si no dependieran tolos los *males* que llaman *de pena* de la voluntad de Dios.... Dios, obligándole, si así se puede decir, nuestros mismos pecados, para castigo dellos, permite que pueda quitar la salud ajena esta que llaman *hechicería,* con lo que hacen las *hechiceras,* usando mezclas y venenos, que con tiempo limitado quitan la vida á la persona que quieren, *sin que tenga remedio de excusar este peligro, porque le ignora, y no se sabe de donde procede la causa de tan mortal efecto.* » (*Trabajos de Pérsiles y Sigismunda* por Miguel de Cervantes.)

(2)

Y me recetó que, hincado
En un trapo de la viuda,
Frente á una planta de ruda
Hiciera mis oraciones.

(*El Gaúcho Martín Fierro* por D. José Hernández.)

Me recetó otra ocasión
Que comiera abrojo chico.

(*El Gaúcho Martín Fierro* por D. José Hernández.)

y el *ajo macho.* En tisana, solas ó mezcladas, según los casos, aprovechan eficazmente contra el *daño.* La sola presencia de alguna de estas plantas en una casa, libra á sus habitantes de un maleficio.

El *sipó-milhomens,* el *pipí* y la conocida *contrahierba,* son, del propio modo que el *capicatí,* plantas estimadísimas, por las propiedades medicinales que tienen en realidad (1), á las que se adunan las que á mayor abundamiento les atribuye la voz común entre el vulgo. Tienen además, para éste, la propiedad de atraer voluntades. Mujeres hay que, en ciertas ocasiones, darían por algunas de ellas un ojo de la cara. ¿Con qué dinero se paga lo que vale un sahumerio de estas plantas? La mujer que sahume un cuarto con *capicatí, sipó-milhomens* y *contrahierba,* todo junto, no esperará en vano al ó á los que desea que la visiten. Los herbolarios ó *hierberos,* siempre que pueden, proveen sus *guayacas* de tales plantas; porque las venden á buen precio, sabiendo que muchas mujeres dejarán de comer, por comprarlas.

« La tradición popular, dice Maury, ha aplicado hasta el día de hoy la denominación de *hierba de los hechiceros* á casi todas las plantas dotadas de propiedades ponzoñosas ó narcóticas (2). » También las plantas benéficas han reci-

(1) El propio Montenegro en la obra citada, y también D. J. Hierónymus, *Plantæ Diaphoricæ Floræ Argentinæ,* Buenos Aires, y D. Domingo Parodi, *Plantas Usuales del Paraguay, de Corrientes y de Misiones,* Buenos Aires.

El pipí úsanlo comúnmente, pisado y mezclado con sebo de riñonada, contra el reumatismo, y para curar los caballos *macetas* ó avejigados. Tiene las hojas aovadas, florecitas blancas adheridas en conjunto á lo largo de los extremos de las ramas, el tronco leñoso, y el aspecto de la diamela. Su olor es desagradable.

(2) *La Magie et l'Astrologie dans l'Antiquité et au Moyen Âge.*

bido igual denominación. Al *capicatí*, por ejemplo, acostumbran distinguir con el nombre de *hierba olorosa del hechicero,* traducción literal de las voces guaraníes *capií catí payé*[1]. Y no puede darse planta más estimada por las virtudes medicinales que se le atribuyen. Usada en tisana, recomiéndase como estimulante y sudorífica, como estomacal y antiespasmódica, contra la disentería, la diabetes, la retención de orina, etc.[2]. Su fragancia, que es mucha, dice el herborizador misionero Hermano Pedro Montenegro, se asemeja á la de la rosa, tirando á la del clavel; mas al año tiene algún parecido con el clavo de especia: sin duda el *capicatí* representa en América al famoso esquinanto de Arabia[3]. Bien que en las regiones calientes, como las antiguas Misiones jesuíticas, cobran mayor intensidad los perfumes, nos inclinamos á creer que el Hermano Pedro Montenegro, dejándose llevar del entusiasmo que le causara el hallazgo de una planta que con tanta ansiedad buscaba, olióla más con la imaginación que con la membrana pituitaria. Críase espontáneamente el

(1) *Capií,* paja, cadillo; *catí,* olor fuerte, vehemente; *payé,* hechicero.

(2) J. Hierónymus, *Plantæ Diaphoricæ Floræ Argentinæ.*

(3) «Estando un día de gran sol á la orilla de cierto arroyo, á la sombra, adonde me guarecí del cansancio del largo camino que traía, me lo deparó el Todopoderoso por medio del olfato. Y en fin después de varias diligencias mías y de tres indios que venían en mi compañía, registrando árboles y matorrales de alrededor, hice reparo que, en sentándome en tierra, olía más; por lo cual me puse á buscar entre las yerbas y pasto el tal olor, cuando el uno de los indios me dijo: — «Tú hueles este *capií catí.*» Díjele: — «Sí, esto huelo y esto es lo que buscaba.» Saqué sus raíces, y hallé, por olor y gusto, el verdadero esquinanto.» (El Hermano Pedro Montenegro, *Plantas Medicinales de Misiones*, obra publicada por D. M. R. Trelles en la *Revista del Pasado Argentino.* Buenos Aires.)

capicatí, no solamente en Misiones, Paraguay, Corrientes y Brasil, sino en Entre Ríos, que está más al sur que estas regiones. El *capicatí* de Entre Ríos no tiene parecido con el olor de la rosa ó el clavel, ni con el clavo de especia. Se parece más bien, aunque muy suave y delicadamente, á la diosma. Críase en los lugares húmedos, á manera de junquillo: en la punta de su recio tallo, que á lo sumo alcanza una altura de cincuenta centímetros, echa unas semillas en racimo, que forman como una espiga blanquizca. Son igualmente olorosas las flores, las hojas y la raíz; pero la raíz más que las hojas y flores. Otro ejemplo notable, que contradice el aserto de Maury, ofrece el *anguay, copal* ó *benjuí* de Misiones, árbol al que, *por la admirable eficacia de su bálsamo para diversas enfermedades* (del estómago, del hígado, de los pulmones, del cerebro, de los huesos, humores, etc.), denominaron los guaraníes *ibirá payé,* ó sea *árbol de los hechiceros*[1]. El *capicatí,* no sólo es planta medicinal, sino que se aplica, entre el vulgo, para la curación de los males que se atribuyen á *daño* causado con comidas ó brebajes emponzoñados por la mano del hechicero. El verdadero origen de la denominación de que se trata, á parte del uso que puedan hacer los hechiceros de la planta, parece ser la circunstancia de distinguirse singularmente de las demás, por la multitud y eficacia de sus virtudes. Una planta que así se distingue, es una planta extraordinaria, privilegiada, favorecida del cielo: una planta *mágica,* una planta que tiene algo de brujería. Una planta

(1) El P. Pedro Lozano, *Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*, y el Hermano Pedro Montenegro, *Plantas Medicinales de Misiones.*

semejante de seguro la usa el mago y el hechicero para sus fines. Para el vulgo y los historiadores del siglo décimo-sexto y de los inmediatos, el mago y el hechicero eran casi una misma cosa. Lo regular era llamar *hechicero* ó *brujo* á todo individuo que simulase ó diese lugar á creer que tenía pacto con el demonio, ya fuese (en América) indio, ya europeo ó criollo, el indiciado. Una *hierba* ó un *árbol de los hechiceros* puede, por tanto, distinguirse por propiedades malas ó buenas, ponzoñosas ó curativas, capaces de *daño* ó de remediarlo.

Los *hierberos* ó herbolarios recogen (y mejor si es en viernes santo) las hierbas medicinales. Han solido usar para guardarlas una *guayaca,* ó bolsa ó morral hecha comúnmente de cuero de nutria ó de lobo (marino ó fluvial), sin curtir, basto y con su pelo por la parte de afuera, y cosida con *tientos* ó tiras delgadas de la misma materia. Llevábanla en torno de la cintura, con sus divisiones para colocar las diferentes hierbas medicinales (llantén, canchalagua, siete-sangrías, calaguala, zarzamora, cepacaballo, turubí, gramilla, hierba lucera, meona, de la vida, del pollo, sipó-milhomens, pipí, contrahierba, capicatí, etc.).

Hay una planta sarmentosa y trepadora, un bejuco, en los montes de los ríos que tributan al Plata, hacia el norte de la cuenca, que tiene la propiedad, según fama antigua, de curar la mordedura de las sierpes venenosas. Le llaman *isipó-curuzú* [1], nombres (el primero guaraní y el segundo tomado por los neófitos de boca de los misioneros) que significan literalmente *bejuco de la cruz.* La planta no se

(1) *Curuzú,* del castellano *cruz,* voz adaptada por los guaraníes á su lengua.

cría espontáneamente sino en las regiones antiguamente pobladas por generaciones de raza guaraní, en cuya lengua *isipó, sipó* ó *cipó* equivale á bejuco. Cortado diagonalmente el tronco de una rama, en una de sus variedades, ofrece representada una cruz, y de ahí *curuzú,* voz que (según queda indicado) formaron los guaraníes reducidos de la castellana que les enseñaran los misioneros. El *isipó, sipó* ó bejuco de que se trata es de hojas acorazonadas. La flor quiere ser amariposada, de un solo pétalo verdoso blanquizco, con muchas pintas azul-moradas y una mancha amarilla hacia su extremidad superior. Hojas, sarmientos y tronco son muy aromáticos. Aunque estén secos troncos y sarmientos, conservan su olor suave y agradable y señaladamente medicinal. Raspada la corteza y limpio el tronco, cortado éste en pedacitos, pónese en caña ó en aguardiente, del que se bebe un poco, cuando ha sido uno mordido por una víbora, aplicando al mismo tiempo á la herida unas hilas en él empapadas. Úsase asimismo el licor de *isipó-curuzú* para las indisposiciones del estómago y para abrir el apetito. Es verde y amargo, pero agradable.

Llaman comúnmente al bejuco de que se trata *sipó-mil-homens.* Así le denominaron los brasileños de Río Grande del Sur del Brasil, de San Pablo y de Matogrosso. Viénele tan raro nombre de la ocurrencia que tuvo un portugués, en el Brasil, respecto de este bejuco. Ponderando la excelencia de la planta como contraveneno de la picadura de víbora, dijo que él había curado con ella á más de *mil homens,* esto es, á más de mil hombres.

Los tupíes de las Misiones (y es de presumir que antes de la conquista espiritual de ellas hicieran lo mismo los

guaraníes) llamaban al bejuco de que se trata *isipó-payé,* ó sea, *bejuco de los hechiceros.* Tenían por cosa segura que el uso del *isipó* ó *sipó payé* era eficaz remedio y preservativo del mal de ojo y de todo hechizo y brujería. La mirada fija, serena, aparentemente dulce, pero insidiosa y pérfida, de la víbora, que fascina, entumece el vuelo de las aves y arrastra los animalejos á sus fauces crueles devoradoras, valió tanto para los indios como el aojamiento de las brujas y de los hechiceros. Los indios bárbaros, como todo hombre primitivo y como el vulgo, proceden en sus juicios y determinaciones por la aparente similitud y correspondencia que supone haber entre aquellas cosas que presentan *analogía.* El *isipó-curuzú* desvirtúa la eficacia del veneno de la víbora. La víbora, además de envenenar, *fascina.* Luego el *isipó-curuzú* servirá también para curar la *fascinación.* El *isipó-curuzú* será entonces un *isipó payé,* que tendrá la virtud de extirpar el aojo y de deshacer los encantos del hechicero. Como el hombre primitivo personifica las fuerzas y formas todas de la naturaleza, el *isipó payé* tendrá, no precisamente una *propiedad,* sino una *facultad* que le permite contrarrestar la acción maléfica de un reptil que, á la par que envenena, fascina. Por una razón análoga, podrá obrar iguales efectos cuando la acción maléfica proceda del hombre; pues la causa es en uno y otro caso la misma: obra de *añanga,* de *gualicho,* del demonio, del genio del mal que persigue á todo viviente.

Consiguientemente el *isipó-curuzú* ó *sipó-milhomens,* debía tener, y tiene con efecto, alguna *simpatía* respecto á la víbora y su veneno. El *isipó-curuzú,* ó mejor dicho, para el caso actual, el *isipó-payé,* cura por

medio de una *simpatía* particular la mordedura venenosa de la víbora. También, por razón de *simpatía,* preserva de la mordedura. No hay sino llevar un pedazo del mencionado bejuco en cualquier parte del cuerpo, para que todo éste quede preservado del acceso de la víbora. Si el jugo del *isipó-curuzú* mata, como aseguran, la víbora, no sería de extrañar que su olor, que es sutil, la ahuyentase, como presume Húmboldt que sucede con el guaco del Perú, al que se atribuyen propiedades análogas.

Créese que aplicada la piedra imán á la herida hecha por la mordedura de víbora, se pega al punto y absorbe el veneno. Extraído el veneno, se despega por sí sola. El mordido queda sano y sin lesión alguna. En seguida hay que lavar la piedra con agua caliente. De lo contrario, *muere* la piedra, y pierde su virtud. Los que, por efecto de una picadura de víbora, hubieren quedado lisiados, curan también, abriéndoles la cicatriz y aplicando á la herida la piedra imán[1]. De igual fama goza el colmillo de *aguará* (*aguará-guazú,* zorro gigantesco y lanudo). Quien le lleve consigo á la raíz de la carne, lleva un infalible preservativo del veneno de la víbora. La víbora no le muerde, y si por acaso le mordiere, no le hará mal alguno el veneno que le inoculare. La propia virtud tiene el colmillo de *yacaré* ó caimán del país[2]. Pero la virtud de éste se extiende á mayores beneficios. Quien lleva un colmillo de *yacaré* á la raíz de la carne, está libre de *daño,* de todo veneno dado

(1) *Descripción Histórica de la Antigua Provincia del Paraguay* por D. Mariano Antonio Molas, dada á luz, con notas, por el Dr. D. Ángel Justiniano Carranza. Buenos Aires, 1868.

(2) Molas, obra precedentemente citada.

en comida ó bebida[1]. Los campesinos del Paraguay y Corrientes achatan la cabeza de la víbora que mordió y la aplican sobre la herida[2]. Navegando río arriba el Paraná, Fray Pedro José de Parras topó con la nueva de las virtudes que los santafesinos atribuían á los colmillos del *yacaré* contra el veneno ó la mordedura de la víbora. Queriendo convencerse de lo que, si bien tenía todas las apariencias de una fábula, era cosa llanamente admitida de los naturales de Santafé, hizo la experiencia en dos perros. Le salió tan conforme el experimento á lo que sobre el particular aseguraban, que no pudo menos de dar entero crédito á la especie, y desde entonces llevó siempre consigo, por precaución, los colmillos del *yacaré*[3]. Fray Pedro

(1) Los indios comían la carne de yacaré. El sebo de él tiene fama, entre los campesinos, de ser muy bueno para los dolores reumáticos. Dicen que en el ventrículo ó estómago cría unas conglomeraciones que, pulverizadas, curan el mal de piedra, y que el mismo ventrículo, limpio, seco al sol y bien molido, deshace las piedras de los riñones y de la vejiga y favorece la expulsión de la orina. Dicen también que cerca de los riñones cría dos vejiguitas que encierran un humor que huele á almizcle. (Lozano, *Conquist. del Parag.;* Azara, *Cuadrúp. del Parag.)*

(2) Carranza, nota en la obra precedentemente citada.

(3) «Muy por la mañana despaché á uno de mis compañeros con otros seglares, que á pie fueron á la ciudad (de Santafé), distante de donde quedaba el barco dos leguas. Fueron costeando el río Salado, no sin peligro de ser pasto de algunos tigres, porque los hay en todas las cercanías de esta ciudad, y con abundancia. Entre tanto, pues, que esperábamos algunos caballos para pasar todos al convento, sucedió que uno de los peones del barco, que era indio, pudo flechar un *yacaré*, que es una especie de lagartos grandes, quc regularmente viven en el agua, aunque muchas veces salen á la costa. Los mayores que yo he visto han tenido dos varas de largo. Es común sentir en esta tierra que llevando un hombre consigo un diente de este animal, se preserva de scr repentinamente herido de algún viento, y que juntamente tiene virtud para hacer vomitar cualquiera veneno. Y con

José de Parras, franciscano, además de la descripción de su viaje por el Río de la Plata, escribió la obra *Gobierno de los Regulares de América,* y fué rector y cancelario de la Real y Pontificia Universidad de Córdoba del Tucumán.

Otro de los remedios y preservativos *simpáticos* más vulgares es el uso y la aplicación de la piel del venado del campo(1). El venado *del campo*(2), llamado así para distinguirle del que habita en los montes *(guazubirá),* suelta, dicen, cuando halla una víbora, una baba pestífera, rodeando con ella al reptil. Éste, encerrado dentro del círculo que forma la *catingosa* baba asfixiante, muere al poco tiempo. Á esto atribuyen unas porciones circulares de terreno, que se distinguen notablemente del resto del campo, por ser más corto, más tierno, más igual y más verde el

efecto, los más de los naturales de estas partes traen consigo uno de los dichos dientes, sobre cuya virtud siempre estuve incrédulo. Pero hallando la ocasión de desengañarme, lo hice en la forma siguiente. Puse á un perro, ligado al cuello, un diente del dicho lagarto ó *yacaré.* Hice confeccionar con un poco de solimán dos pelotillas de carne. Di la una al perro que llevaba consigo el preservativo, y luego vomitó la carne y el veneno. Di la otra á otro perro que estaba sin él, y murió luego. Repetí la experiencia segunda vez, y sucedió lo mismo. Con que me ví precisado á dar entero crédito á lo mismo que siempre tuve por fábula. Y con efecto, luego determiné traer conmigo dicho preservativo, y hoy lo traigo, precisado de la utilidad que concebí con la evidencia.» (El P. Fr. Pedro José de Parras, *Diario y Derrotero de su Viaje por el Río de la Plata,* año de 1749 y subsiguientes, publ. en la *Rev. de la Bibl. Públ. de Buenos Aires* por D. M. R. Trelles.)

(1) «No conocen allí específico contra tales venenos. Á unos hacen beber aceite, si lo tienen; á otros aplican fuego en la mordedura, ó media cebolla bien caliente, cortada horizontalmente; á otros les chupan mucho la herida; y á otros les atan lo mordido con una correa de cuero de un ciervo llamado *guazutí.*» (D. Félix de Azara, *Descripción é Historia del Paraguay y del Río de la Plata.)*

(2) *Guazutí* en guaraní.

pasto que en ellas crece. Otros creen que tales círculos, que tienen de uno á cuatro metros de diámetro, proceden de la caída de la centella, que, al tocar en la tierra, da á veces una vuelta en circunferencia. Á parte del nuevo pasto que se cría, aparecen luego multitud de hongos, que concurren á caracterizar y distinguir más y más el lugar señalado. Las *cuevas de toro,* que llaman, son otra cosa. Hácelas el toro, cuando escarba, especialmente en la época del celo. Luego esas cuevas se cubren de un pasto más recio y diferente, por lo general, que el del resto del campo, formando en éste unas manchas circulares que no se pueden confundir con aquellas otras que se supone forma la centella ó la baba del susodicho venado.

Aseguran que la sarna y otras enfermedades cutáneas desaparecen, frotando con la piel del venado, por el lado del pelo, y que lo mismo sucede con los nacidos ó tumores.

Cree y asegura la gente del campo que las culebras y víboras maman. Dicen que éstas se allegan de noche sigilosamente á los pechos de las madres cuando crían y están dormidas. Para que la criatura, si se despierta (como que duerme con la madre), no llore, el astuto reptil tiene la precaución de meterle en la boca la punta de la cola. Con este engaño la apacigua y entretiene, mientras á su madre le quita la leche.

Añaden los campesinos que las culebras y víboras, enroscándose en las patas de los animales vacuno y yeguar, en especial de las vacas lecheras, préndense de los pezones de las hinchadas ubres. Entretanto la vaca permanece quieta, inmóvil, como si su propio hijo le estuviera mamando.

Cuentan que unas vacas *tamberas* (mansas, de lechería

ó *tambo),* en un pueblo de campo, volvían del pastoreo secas las ubres. Sospechando el dueño que las culebras ó víboras les sacasen la leche, apartólas del sitio en que acostumbraban pastar. Pero tan luego como se descuidaba, las vacas volvían solícitamente al lugar primitivo, como si allí estuviesen sus crías esperándolas para recibir de sus ubres el rico alimento apetecido. Observando con atención, pudo cerciorarse de lo que antes era una sospecha. Unas víboras grandes, enroscadas en las patas de las vacas lecheras, mamaban tranquilamente. No habiendo podido matarlas, puso en torno del cuello de las vacas unos pedazos de rama de *isipó-curuzú* ó *milhomens,* y de entonces en adelante no volvieron las víboras á sacarles la leche.

La persuasión en que está el vulgo de que las culebras y víboras maman, opónese abiertamente á las enseñanzas incontestables de la zoología. Las culebras y víboras carecen de órganos apropiados para hacer la succión de la leche, ni de ningún otro líquido. La forma de su lengua y de sus mandíbulas no les permite chupar. No pueden prenderse de los pezones y atraer á la boca la leche, como lo hacen las crías de los mamíferos.

¿Podrá la víbora ó la culebra suplir con su astucia la deficiencia de sus órganos bucales? ¿Dejarán las vacas correr la leche por sus ubres, para que caiga con poco esfuerzo del reptil en sus abiertas fauces? ¿Harán en sueños las madres una cosa semejante, excitadas por dulce engaño? El lagarto, para comer los huevos de avestruz, los rompe haciéndolos chocar á empujones. Y á colazos deshace el panal de la lechiguana, de cuyo aguijón se precave poniéndose en precipitada fuga inmediatamente después de cada golpe: abandonado el nido por las abejas, saborea su rica miel.

Existe en España la misma preocupación que en el Río de la Plata con respecto al mamar de las culebras en las ubres de las vacas y aun en los pechos de las mujeres que están criando. Raro privilegio del odiado reptil, que ha de saber engañar á tantas gentes en uno y otro hemisferio. No siendo carnosos los labios ni la lengua de las culebras, dice el autor didáctico que da la noticia de aquella preocupación en la Península, y careciendo el paladar de velo, no les es posible hacer la succión de la leche[1].

---

(1) *Elementos de Zoología* por D. Laureano Pérez Arcas.

CAPÍTULO XXXIV.

Fascinación ó mal de ojo.

SUMARIO.—El aojo, preocupación general.—*Daño* y *ojeo*.—Fascino y Príapo, dioses de la gentilidad: antipatía entre ambos.—Amuletos contra el aojo.—Efectos varios del aojo.—La envidia y la insidiosa alabanza, monstruos maléficos.—Mal de ojo en las criaturas.—El *mal de siete días*.—Modo de reconocer el aojamiento.—Aojamiento involuntario.—Facultad de aojar, hereditaria.—Mujeres fascinadoras.—Cómo explicaron los antiguos la predisposición del sexo femenino para aojar.—Otro género de maravillas emanadas de la especial complexión del bello sexo.—Médicos y fisiólogos de antaño, miraban con malos ojos los ojos de las mujeres.

No solamente con hierbas, con bocados ó bebedizos y conjuros, puede hacer *daño* una persona á otra, ó apestarle sus animales, ó secarle sus plantas, ó trastornarle y desbaratarle sus acciones y sus obras [1]. Puede una persona, con sola la vista, causarle todos estos males. Á este modo de dañar se le da el nombre de *aojo* ó *aojamiento*,

(1) «—Pues ¿de qué le viene á vuesa merced tanta pesadumbre? —De ver solamente un hombre, y es de manera lo que le aborrezco, que el día que le topo en la calle, me vuelvo á mi casa y me estoy sin salir della todo aquel día, metido en un rincón, pensando que me ha de suceder una desgracia.—Por cierto que vuesa merced tiene razón: *que hay hombres que con su vista pronostican eso, y de balde se dejan querer mal.*» (*El Hospital de los Podridos*, entremés de Cervantes.)

ó *mal de ojo;* pero en el Río de la Plata le llaman vulgarmente *ojeo,* y por *aojar* dicen *ojear*(1). Indudablemente esta preocupación es general en América, como en Europa (y especialmente en Italia). Respecto á Santiago de Chile, escribe uno de sus más fecundos cronistas contemporáneos(2) que no hay allí persona medianamente educada «que no haga mofa del *daño* y del *ojeo.*» «Pero no alabéis tampoco, prosigue el autor aludido, la salud de una persona querida en un hogar santiaguino; *porque ocho ó doce voces cariñosas y alarmadas se apresuran á exclamar á un tiempo:—¡Dios la guarde!* Esa exclamación es el símbolo de un infalible preservativo(3).» Difícil cosa es atar cabos entre la mofa y la alarma de los santiaguinos. Quien se riese del aojo, y al mismo tiempo se precaviese contra él, se reiría de sí mismo. Lo probable es que los santiagueses de Chile, como todo hijo de Adán, comulguen de vez en cuando con ruedas de molino.

Entiende el autor á que venimos refiriéndonos, D. Benjamín Vicuña Mackenna, que la creencia en el *daño,* así como en el *ojeo,* procede de los indios de Arauco. Aun el mismo nombre de *daño,* según dicho escritor, parece dar á entender que tiene el propio origen. Las *médicas* (curanderas) de Chile son (dice) *hijas legítimas* de los *machíes* de Arauco. Lo que no halla indígena es el *¡Jesús, María y José!* de los estornudos(4). Los historiadores de América

(1) Lo propio en Chile, según resulta de la obra intitulada *Los Médicos de antaño en Chile* por D. Benjamín Vicuña Mackenna, donde hallamos usada la voz *ojeo* como equivalente á *mal de ojo.*
(2) D. Benjamín Vicuña Mackenna.
(3) En el citado libro *Los Médicos de antaño en Chile.*
(4) Obra citada.

se ocuparon en describir y dar noticia de las costumbres y creencias de los indios, no de la gente criolla. *Daño* llamaron, y llama el vulgo á todo maleficio, *daño* al en que creían los indios. El vulgo, los curanderos y los que se ocuparon en hechizos, tomaron de los indios cuanto juzgaron oportuno y cuanto se les pegó con su contacto. Lo propio que con el lenguaje, ha sucedido con preocupaciones y hábitos. De la lengua de los indios de las Antillas, de Méjico, del Perú, de Chile, del Río de la Plata, hay no corto caudal reunido en el lenguaje vulgar de América. Nada de esto se ofreció á la mente del autor impugnado, al tratar sobre la materia.

Fascino (Fascinus) entre los romanos, fué el dios protector y médico de las víctimas de la envidia, ó sea de los aojados. Entonces, como ahora todavía, eran especialmente víctimas del aojo las criaturas. Cuando alguno se detenía á mirar un niño dormido, tenía buen cuidado la nodriza de escupir tres veces seguidas, á fin de evitar el aojamiento [1]. Usaban también figurillas representativas del impúdico dios Príapo, que, colgadas al cuello, con el nombre de *amuletos,* los preservaba del mal de ojo. Usaban de la misma manera hombres, mujeres y niños el *phalum,* objeto de forma obscena, que, también para alejar la posibilidad de un maleficio por fascinación, ostentábase en las casas y era llevado en procesión por los campos. En torpísima forma era representado, al propio intento, el dios Fascino.

Multitud de amuletos conoce el vulgo contra el aojo. La irrisión y el desprecio ha sido siempre, y es hoy día, el contraveneno del mal de ojo. El colgar del cuello de los

(1) C. Plinii Secundi *Naturalis Historiæ* liber XXVIII.

niños una higa de azabache, ú otro cualquiera objeto que simbolice la burla ó menosprecio que se hace de la persona ú ojos ínvidos, viene por legítima descendencia, de la religión gentílica (1). Hacer una higa es meter el dedo pulgar entre el mayor y el índice, cerrada la mano: acción indecentísima, propia sólo de gente muy inculta.

Personas y cosas están expuestas á recibir el influjo maléfico del aojamiento. El aojo es una fuerza misteriosa que todo lo invade y penetra, y que así puede matar á una persona, como destruir un rebaño, secar una planta ó malograr una operación en que el hombre haya puesto las manos y el entendimiento (2).

La gente del campo, en las estancias, puestos y chacras, suele hacer el jabón que necesita para el uso doméstico. Si, cuando lo están haciendo, se corta, y alguna persona lo ha estado mirando con atención y ponderando la habilidad del fabricante, atribuyen al supuesto aojamiento el fracaso

(1) Feijoo, *Teatro Crítico Universal.*

(2) «Esta fascinación obra en las cosas insensibles, é piedras, é fustes, é vidrios é vasos, que, loándolos de fermosos, se quiebran por sí, é árboles secarse, é aguas detenerse é tales extrañezas.» (D. Enrique de Villena, *Tratado del Aojamiento ó Fascinología,* citado por D. M. Menéndez Pelayo en su *Hist. de los Heterod. Esp.)*

«En verdad (dice á este propósito D. M. Menéndez Pelayo) que si los libros quemados de D. Enrique eran por semejante estilo, no perdió mucho la ciencia con perderlos, aunque como repertorios de supersticiones del tiempo serían curiosos. Y lo es el de la *Fascinación,* no sólo por encerrar cuanto puede saberse de la historia del *mal de ojo,* creencia que aun dura en la mayor parte de Europa, y con especialidad en Italia, sino porque revela bien á las claras la influencia de moros y judíos en las artes ilícitas de Castilla. Todavía pudiera disculparse á D. Enrique de haber consagrado tantas vigilias á tan ruin asunto, atendiendo á que él considera la *fascinación* como un fenómeno natural, y por más que indique los remedios supersticiosos, aconseja que no se usen.» *(Historia de los Heterodoxos Españoles.)*

de la operación. Un individuo elogia un caballo y pide al dueño que se lo venda. Aunque el dueño estime mucho su caballo y no haya pensado en deshacerse de él, accede al pedido del que lo elogia. *Me lo ha codiciado,* dice el paisano. Cree éste que el caballo codiciado se muere ó se pierde, si no lo vende ó regala al elogiador. Una mujer que está haciendo dulce de leche, agradecerá el elogio con que la favorezcan, pero con todo temerá las consecuencias. Ni le gusta que se lo estén mirando. En uno ú otro caso se le cortará el dulce que estaba haciendo, y perderá su trabajo, herido, para más, su amor propio. Por este estilo producirá sus efectos el aojamiento, así en las operaciones en que uno se está ocupando, como en las cosas que le pertenecen ó le atañen.

Pero donde más estragos hace el mal de ojo es en las personas. Muchas enfermedades é imperfecciones físicas y morales se atribuyen al influjo ejercido con la vista de una persona mal acondicionada. Lo general es que semejante influjo maléfico ó fascinación dañada recaiga en las criaturas hermosas, que suelen ser víctimas del rencor y la envidia disfrazados con máscara de amistad y benevolencia.

La mirada maléfica, la envidia, el odio y la insidiosa alabanza son los monstruos á quienes la imaginación de los antiguos pueblos y del vulgo contemporáneo atribuye muchas de las humanas dolencias, mortandad de animales útiles, esterilidad de las tierras, destrucción de sementeras, de árboles y plantas, malogro de empresas, de operaciones, y tantos otros males que sobrevienen al hombre sin causa aparente ó conocida.

Muchas veces la alabanza no tendrá otra causa real, ni otro móvil, que la mera zalamería del expansivo elogiador,

Mas los amorosos padres no se resignan á contemplar como un efecto necesario de leyes naturales la deformidad que singulariza al idolatrado fruto de sus entrañas, en quien los delirios de su cariño han entrevisto mil veces, por feo que fuese, un sol resplandeciente de hermosura sin igual: grumos de oro llama el escarabajo á sus hijos. ¡Cuántas nodrizas, y otras buenas mujeres, no recomiendan hoy aún á las cariñosas madres que no consientan que otros miren fijamente á sus tiernos hijos, cuando en la cuna están gozando del sueño de los ángeles! Sobre todo hay que precaverlos de la mirada de aquellos que la tienen muy fuerte ó habitualmente fija ú oblicua.

Toda criatura está expuesta al aojamiento; pero en especial las de temperamento delicado corren el peligro á cada paso. La mirada del que fascina puede con éstas lo que no es capaz de producir en las que por la vigorosidad de sus órganos y complexión tienen fuerzas bastantes á resistir la acción del maleficio. Contra la mirada de ciertas personas, empero, sobre todo si el maleficio es intencional, causado por la envidia y el rencor de la persona que lo produce, no hay fuerzas naturales que valgan: en tal caso el niño, por robusto que sea, perece irremediablemente. Enfermedad infantil que el médico no puede curar, que no conoce, respecto de la cual anda desorientado, sin atinar con el remedio, de seguro es mal de ojo: la criatura empalidece y se consume, muriendo á la postre (1). Á *ojeo,* como

(1) «Cuando de la noche á la mañana el rostro del niño, sonrosado y fresco como una flor que empieza á abrirse, ó como un día que amanece, se presenta pálido, entristecido, sin el rayo de alegría en los ojos, sin las sonrisas de la salud en los labios; si observáis que su frente, un momento antes tan risueña, se inclina agobiada por un peso invi-

dicen vulgarmente, atribuyen el llamado *mal de siete días,* que es el tétano producido por la caída del ombligo, no bien curado, de los recién nacidos. Tienen por cierto que á muchos niños, con sólo mirarlos ó tenerlos instantáneamente en sus faldas una mujer, se les ha visto empalidecer de pronto, enflaquecerse y *abrírseles la cabeza* (el cráneo), muriendo á los pocos días.

Si, echando en el agua, al pronunciar ciertas palabras, tres carbones encendidos, se van al fondo, no hay duda de que el paciente ha sido víctima del aojo. Las curaciones deben repetirse hasta que los carbones que se arrojen al agua sobrenaden naturalmente. Claro es que, si los carbones son de leña muy dura y pesada, se irán al fondo, y, si de leña liviana, se quedarán en la superficie, con ó sin palabras ni bendiciones. Otros medios de reconocimiento por el estilo usa el vulgo. Todos son igualmente verdaderos y eficaces, y todos, ó los más, tienen su origen, como la idea

sible; si advertís que tiembla, que se estremece, que el llanto no encuentra salida y se anuda á su garganta; si lo veis aniquilarse y morir, el médico os dirá, con su denominación vulgar ó con su denominación técnica, el nombre de aquella dolencia extraordinaria y repentina, pero no faltarán allí entre los espectadores de tan doloroso cuadro unas cejas que se frunzan con enojo, una cabeza que se mueva con desaliento, y una voz que exclame: —¡Ah! le han hecho *mal de ojo!*... Y se indaga quién lo miró, quién lo besó, quién lo tuvo en sus brazos, quién ha infiltrado en sus venas el hechizo mortal que lo aniquila; y se levanta una nube de sospechas, nada más que de sospechas, porque el maleficio se realiza en las sombras del misterio, sin señal que lo anuncie ni rastro que lo descubra. Basta una mirada, un beso, una sonrisa, para que el vaso de la salud se quiebre y la vida se rompa. Mirada que debe ser diabólica, beso que debe ser horrible, sonrisa que debe ser espantosa. Pero mirada que se escapa, beso que no se conoce, sonrisa que no se descubre.» (Novela intitulada *Mal de Ojo* por D. José Selgas.)

del aojamiento, en la antigüedad gentílica y en las tradiciones del Oriente [1].

El aojamiento en unas personas es secuela de su mala intención, de su envidia, de su rencor ó de sugestiones demoniacas, y en otras necesario efecto de una predisposición congénita, ó accidental, ó de cierto estado fisiológico de naturales funciones del sexo femenino. De aquí nace que en muchas ocasiones el mal de ojo es cosa ajena á la intención del que lo causa. Algunos le producen, sin hacerse cargo de ello, sin saber que tienen semejante influencia. Por eso, cuando se alaba á una criatura, es costumbre añadir: — *Dios lo guarde, Dios lo conserve,* ú otra expresión de esta índole. La doctrina del vulgo rioplatense conforma con la de los maestros de *ciencia oculta* ú *ocultistas* [2].

(1) «Para investigar ó certificarse del fascinado que se presume, usaban lanzar gotas de aceite en el dedo menor de la derecha mano sobre agua queda en vaso puesto en presencia del pasionado, y paraban mientes si derramaban ó se mudaban de colores. Otros lanzaban en agua una clara de huevo, é levantábanse asliles é figuras en el agua que parescen de personas; é allí decían los entendidos en esto si era fascinado, é cómo le vino é de qué personas. Algunas reliquias de esto, que han quedado, son defendidas (vedadas) como supersticiosas é contrarias al buen vivir... De esto puso el Rabí Asér en la *Cábala* que dejó en Toledo, escrita de su mano.» (D. Enrique de Villena, *Tratado de Aojamiento ó Fascinología,* año de 1411, pasaje inserto en la *Hist. de los Heterod. Esp.* por D. M. Menéndez Pelayo.)

(2) Los modernos expositores de la *ciencia oculta,* ó sea de las doctrinas y procedimientos de la magia clásica del Oriente, admiten dos géneros de hechizos: los hechizos voluntarios y los hechizos involuntarios. La fuerza, dicen, llama á la fuerza, la vida á la vida, la salud á la salud. Los hechizos voluntarios son frecuentes entre la gente campesina; porque las fuerzas naturales, entre las personas ignorantes y solitarias, obran con toda eficacia, sin que la duda ú otros accidentes la debiliten. Cuanto más difícil y horrible es la operación maléfica, tanto mayor es su eficacia, como que obra más poderosamente sobre la imaginación y vigoriza el esfuerzo en razón directa de

Naciones y familias ha habido á quienes se suponía poseedoras de la facultad de producir el aojamiento. Considerábase una condición odiosísima, infamatoria, que pasaba de padres á hijos por vía de herencia. Teníase por cierto que había en África familias fascinadoras, que, alabando, destruían los ganados, secaban los árboles y hacían morir á los niños. Los tribalios ó misios del Asia antigua y los ilirios en Europa fascinaban con la vista, matando á las personas en quienes fijaban los ojos, particularmente si estaban irritados. Lo propio en Escitia, en el Ponto, en la Etiopia. Cicerón asevera que todas las mujeres que tienen doble pupila dañan con la vista[1].

Atribúyese en especial á las mujeres la virtud de dañar con los ojos. Si á esta aseveración circunscribiese el vulgo su pensamiento, pocos se atrevieran á desconocer que entrañara una verdad patente. La encandecida mirada de una tierna mujer, bella y graciosa, verdaderamente fascina, con frecuencia hace desfallecer, y no pocas veces enferma, ocasionando terribles dolencias cardíacas, la tisis, la locura y la muerte. Y ¡quién no quisiera morir en brazos de una de estas fascinadoras! Pero no es esto precisamente lo que el vulgo quiere decir, cuando atribuye á la mujer la facultad

la resistencia. Estamos saturados de *luz astral (luz* ó fuerza universal en cuanto *imanta* los mundos), y la proyectamos y renovamos incesantemente. Los aparatos nerviosos destinados, ahora á la atracción, ahora á la proyección de la *luz astral*, son particularmente los ojos y las manos. La gente campesina trata siempre de mirar primero á la persona de quien teme un maleficio, es decir, antes de que ésta clave en ella sus ojos, á fin de evitar las *proyecciones fluídicas*, inesperadas, y las miradas fascinadoras. Tal se explica Elifás Leví (*Dogme et Rituel de la Haute Magie*).

(1) C. Plinii Secundi *Naturalis Historiæ* liber VII.

de comunicar el daño. Lo que propiamente dice es que ciertas mujeres, más señaladamente que los hombres, pueden causarlo, instigadas del odio ó la envidia, prodigando alabanzas, de labios afuera, á una criatura hermosa.

Los escritores antiguos más doctos, que se tragaron la especie, si bien no creyeron que por el hecho de alabar viniese el daño, atribuyéronlo buenamente á la disposición en que se hallan las mujeres que padecen de retención del menstruo, como les sucede (decían) á las viejas de cincuenta años arriba, que no teniendo suficiente calor natural para expelerlo, además de adolecer de ordinario, quedan tan mal complexionadas, que muchas veces envían por los ojos, merced á su transparencia, los vapores venenosos que por vía de infección se desenvuelven en su cuerpo. Entrando éstos (añadían) por los poros de una persona delicada, si es pequeñita, le hacen mucho daño[1].

(1) El Maestro Pero Sánchez, *Historia Moral Philosóphica.* En Toledo. Año 1590.

« Hay algunas personas tanto venenosas en su complisión (complexión), que por vista sola emponzoñan el aire é los á quien aquel aire tañe ó lo reciben por atracción respirativa.

« É avemos doméstico exemplo del daño é infección de las mujeres mestruosas, que acatando (mirando con atención) en el espejo, facen en él máculas ó señales.

« La venenosidad de complisión más por vista obra, que por otra vía; por la sotileza del espíritu visivo. É tiene distintos grados, según la potencia del catador (del que mira) é la disposición del acatado (del mirado). É por esto más en los niños pequeños acaesce tal daño, seyendo mirados de dañosa vista, por la avertura de sus poros é fervor delicado de su sangre abondosa, dispuesta á recebir la impresión.

« De esto mueren asaz, é otros adolescen; é non les prestan las comunes medicinas.

« É cuidan (piensan, creen) muchos que las palabras dañan en esto más que el catar; porque ven que si uno mira á otro que le bien parezca é lo alaba de fermoso é donoso, luego en él paresce (luego da

Plinio el Naturalista, tratando de los remedios que proporciona el hombre con su cuerpo y con los productos de sus funciones, refiere que de las mujeres se cuentan los más sorprendentes prodigios. Cuando están con el menstruo, no pueden tocar las plantas, sin que se deterioren ó perezcan. Menoscábase la vid. La hiedra y la ruda, plantas dotadas de poderosas virtudes, mueren. Las abejas abandonan su colmena. Las vasijas de cobre toman un olor fétido y se enmohecen, particularmente si la luna está en menguante. Empáñanse los espejos, si se miran en ellos; pero recobran su tersura, mirándolos por el envés. Mediante cierta acción nada pudorosa, apartaban las tempestades y hacían cambiar de dirección al granizo, al rayo (1). Mujeres hay en el Río de la Plata que presumen de hacer otro tanto, y por los propios medios, con los fenómenos celestes. Clavan un hacha en el suelo en dirección al punto de donde vienen las nubes, pronuncian en secreto con la

muestras de) daño de ojo, siquier (ó sea) de fascinación. La causa de esto es que el que alaba la cosa mirada, paresce que la mira más fuerte é firme (é) atentamente que á otra cosa.» (*Tratado del Aojamiento ó Fascinología* por D. Enrique de Villena, año de 1411, pasajes insertos en la *Historia de los Heterodoxos Españoles* por D. Marcelino Menéndez Pelayo.)

Además del libro de *Fascinación* de D. Enrique de Villena, hay otro inédito del Dr. D. Diego Álvarez Chanca, médico de los Reyes Católicos. Intitúlase *Libro del Ojo*. Escribió también el Dr. Chanca un libro de alquimia. (*Hist. de los Heterod. Esp.* por D. M. Menéndez Pelayo.) El autor de estos tratados del aojamiento y la alquimia, por su profesión, por su empleo y por la época en que se distinguió, parece indudable ser el mismo *Dr. Chanca* compañero de Colón en su segundo viaje de descubrimiento (año de 1493), en cuya armada iba con el cargo de *físico* (médico), de mandado de los Reyes Católicos. V. *Colecc.* Navarrete.

(1) *Naturalis Historiæ* liber XXVIII.

necesaria solemnidad sus palabras, y, ejecutando cierta acción nada pudorosa, la tormenta (como dicen) *se abre.* Entre la acción á que se alude y el *abrirse* la tormenta, parece haberse querido hallar, por *analogía,* una correspondencia *simpática.*

Médicos y fisiólogos hubo que, si bien tuvieron por una mera superstición la creencia en el mal de ojo, admitían sin embargo que algunas mujeres, en tales ocasiones, eran capaces de hacer daño á los niños y personas delicadas ó compuestas de malos humores. Ni dudaron un solo punto que las mujeres que se hallaban en tal estado empañasen con la luz de sus ojos el espejo á que se miraban [1]. Con malos ojos miraban, sin duda, los médicos de antaño, ó físicos, á la bella, cuanto amable, compañera del hombre. Pero ¿qué mucho? si aun hoy repite el vulgo que, en el caso presupuesto, se les pone erizado el cabello, como si fueran unas Gorgonas!... ¡Que las plantas ó flores que tocan, ó en que ponen los ojos, luego se marchitan y mueren!... ¡Reduplican su hermosura y lozanía!

---

(1) *Tesoro de la Lengua Castellana* por el Licenciado Don Sebastián de Covarrubias Orozco.

CAPÍTULO XXXV.

Brujas.

SUMARIO.—Acción física y moral de los sahumerios.—Inhalaciones y borracheras de los indios.—Brujos y hechiceros.—Predisposición nativa de la mujer para brujerías y hechizos.—Multitud de hechiceras.—Viejas, feas y endemoniadas.—Unturas y pasión sexual de las brujas.—Trabas y delirios del amor impuro.—*Sábados* ó aquelarres.—El descreimiento y la Inquisición.—Las brujas en las *salamancas*.—El *cabrón*, ídolo de las brujas.—Sus aficiones amorosas.—Modo de prepararse las brujas para ir al aquelarre.—Sueño profundo.—Visiones.—Las brujas creían sucesos reales sus propias imaginaciones.—Brujas ante el tribunal del Santo Oficio.—Brujos y hechiceros indígenas.—Sus procedimientos.—Condición y hábitos del hechicero indígena.—Diversas clases de brujos.

La acción física y moral de los olores y de los sahumerios es notoria. Las semillas del beleño exhalan unos odoríferos efluvios que, aspirados, redoblan la energía de las pasiones, disponiendo el ánimo á la ira y á la pelea (1). Alucinaciones de todo género, trastornos del organismo, singulares alteraciones nerviosas, éxtasis, arrobos y delirios, visiones varias, conforme á las ideas verdaderas ó falsas de que tiene poblada su imaginación la persona que experimenta estos fenómenos y á los afectos ó aspiraciones que

(1) V. Cap. XIV, pág. 203 y nota 2.

embargan su ánimo, es capaz de producir poderosamente la vehemencia de los olores. Las inhalaciones del éter, del cloroformo, del amileno, al mismo tiempo que van produciendo la anestesia de la persona á que se aplican, ocasiónanle sueños y á veces hasta delirios y verdaderas visiones relativas á las ideas é impresiones á la sazón predominantes en su estado de vigilia.[1]. Los fakires, derviches,

(1) La unión del espíritu y el cuerpo, en el estado normal y ordinario de la vida, no es *íntima del todo.* Un enlace *íntimo,* un enlace *de conciencia y de sentimiento,* sólo le hay habitualmente entre el espíritu y el *sistema nervioso,* no con los demás órganos; y sólo con el sistema nervioso *cerebro-espinal,* que pertenece á la *vida de relación.* El enlace es, por tanto, con los nervios del cerebro y de la espina dorsal; no con el sistema nervioso *ganglionar* ó del *gran simpático,* que pertenece á la *vida vegetativa* (común con los vegetales), vida *orgánica* ó *de nutrición.* La *de relación* es peculiar de los animales; por lo que se le da también el nombre de *vida animal.* Este enlace entre el espíritu y el sistema nervioso *cerebro-espinal* da la clave *antropológica* de todos los fenómenos sensitivos de la naturaleza humana (estudios *psico-físicos).*

El enlace entre el alma y el sistema nervioso puede quedar limitado, y hasta aparecer extinguido, de un modo natural, en el sueño, en el letargo, en los desmayos, etc. En las enfermedades nerviosas manifiéstase notablemente este fenómeno. En la epilepsia, exaltado el sistema nervioso, la *vida de relación* se desordena y los movimientos son convulsivos. En la catalepsia ofrécese extinguida la sensibilidad general del cuerpo y la actividad de los sentidos, subsistiendo sólo la contractilidad muscular. Perturbaciones análogas se verifican á favor de ciertos agentes en contacto con los nervios ó mezclados con la sangre. Los *narcóticos* al principio excitan el cerebro, y luego le debilitan, produciendo un sueño artificial. Las bebidas espirituosas emborrachan, turbando los sentidos y relajando los músculos. Las substancias *anestésicas,* como el éter, el cloroformo y el protóxido de ázoe, embargan la sensibilidad general y los movimientos voluntarios, sin interrumpir la actividad de los sentidos y de la inteligencia.

Mas el enlace *íntimo* entre el espíritu y el sistema nervioso cerebral *extiéndese* al nervio simpático y á los órganos internos en las enfermedades que dañan las vísceras de la vida vegetativa. Entonces

santones y bonzos, los magos todos del África, de la Arabia, de la India, de la China, de todo el Oriente, en suma, fomentan sus éxtasis y delirios sagrados, su arrebato profético, sus maravillosas facultades semidivinas, sus visiones celestiales, con las inhalaciones del haschisch, del opio y de otras plantas narcóticas ó estupefactivas. Todos los magos, en los conjuros y ceremonias, quemaban substancias dotadas de estas mismas propiedades, como el eléboro, la belladona, el estramonio, el beleño, el acónito, la mandrágora, la amapola y multitud de solanáceas (1). Los magos del Nuevo Mundo usaron, con el propio objeto que los del Oriente, en inhalaciones y sahumerios, entre otras plantas narcóticas, las hojas del tabaco. Usaron otras substancias dotadas de propiedades análogas á las de esta famosa

hay entre el alma y el organismo un *enlace de conciencia y de sentimiento más completo* que en el estado normal y ordinario de la vida. El enlace manifiéstase, en tal caso, por medio del dolor. Pero también puede manifestarse por medio de un sentimiento de bienestar, como sucede en el estado de lucidez magnética, que no hay que confundir con los supuestos fenómenos *sobrenaturales* que pretende exhibir el charlatanismo.

Uno de los hechos más averiguados del magnetismo animal es la conciencia y el sentimiento que el espíritu adquiere de la vida orgánica. Este íntimo enlace (que se manifiesta igualmente, como queda indicado, en varias enfermedades) ofrece una prueba de la unidad de nuestro sistema nervioso, demostrando que el nervio simpático puede, en determinadas circunstancias, participar del estado de exaltación de los nervios cerebrales en personas de temperamento nervioso. La *vida orgánica* no está separada de la *vida animal*, y el sistema nervioso ganglionar no es, en suma, sino una prolongación de la médula espinal y del encéfalo, conforme á las necesidades de la nutrición.

(*La Science de l'Âme dans les limites de l'observation* por G. Tiberghien.)

(1) Maury, *La Magie et l'Astrologie;* Salverte, *Las Ciencias Ocultas;* Papús, *Magie Pratique;* etc.

planta [1]. Al propio intento los adivinos indígenas tuvieron sus bebidas espirituosas, formadas mediante la fermentación de diversos frutos y semillas, como el maíz, el molle, la raíz de la mandioca: bebieron la *chicha,* que era su vino. Emborrachábanse á más y mejor, y entre la exaltación de los escandecidos nervios ó tras largo y profundo letargo, saltando alegres ó cayendo como muertos, según las dosis que les parecía ó tenían ocasión de ingerir en sus santificadas entrañas, constituíanse oráculos de las gentes [2]. Sin duda alguna el diablo de los indios fué un borrachón de marca; pues, en sintiendo los vapores del vino, comparecía infaliblemente, como atraído á su propio centro, á la presencia de sus ministros, y brincaba ó dormía con ellos, y les decía sus secretos. La embriaguez ha sido siempre para el indio cosa poco menos que santa. Ó, más bien dicho, era una cosa celestial y verdaderamente santa. Sus fiestas más solemnes, sagradas, convertíanse en borracheras. Borracheras desenfrenadas ó grandes fiestas religiosas era todo uno. Empezando por los historiadores de la conquista de América y acabando por los informes de las últimas expediciones á los indios que hasta días recientes permanecieron en estado salvaje en la Pampa, en la Patagonia, en Arauco, en el Chaco, todos, antiguos y modernos, nos presentan equiparadas las grandes fiestas á las grandes borracheras. Generaciones indígenas hubo que no envidiaran al paraíso de Mahoma la inefable felicidad que les esperaba después de muertos: en la mansión de los bienaventurados

(1) V. Cap. XIV, págs. 201 á 206.
(2) Acosta, *Historia Natural y Moral de las Indias;* Guevara, *Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán.*

estaban eternamente borrachos al lado de su deidad protectora [1]. Debió de ser también el diablo del Nuevo Mundo un vicioso fumador; pues no tardaba en acudir á las inhalaciones del humo del tabaco que por boca y narices hacían magos y adivinos, así como á los sahumerios de la misma planta, que trascendían á doquiera se hallase, y le envolvían y arrastraban hacia los pebeteros, y luego allí la fuerza del perfume confundía y unificaba el espíritu del uno y de los otros en una sola é idéntica aspiración y sentimiento.

Á parte de las inhalaciones y sahumerios y de las bebidas espirituosas, tuvieron magos y hechiceros unturas maravillosas que conducían al propio intento. El extracto de belladona, aplicado á una llaga, causa un delirio acompañado de visiones. Hechiceros y brujos, en sus fumigaciones y en sus unturas, echaron mano de tales substancias. El beleño y el opio, el acónito y la amapola, la hierba mora somnífera y algunas otras plantas igualmente narcóticas, anestésicas ó estupefactivas, componían los ungüentos de que brujos y hechiceros hacían uso para sus fantásticas excursiones por los espacios imaginarios [2]. Éstos eran su teatro. Allí, en su fantasía, aparecíaseles el demonio, con quien tenían pacto y se comunicaban, y les decía cuanto á sus designios convenía: los casos futuros, los lugares donde se hallaba algún objeto perdido, el escondrijo de un tesoro, los medios de llevar á cumplido término sus deseos, ordinariamente malos. Trasladábanse por los aires, en su propio ser natural ó con la apariencia de aves, adonde les ocurría y

(1) V. Cap. XXXVI.

(2) Salverte, *Las Ciencias Ocultas;* Maury, *La Magie et l'Astrologie;* etc.

en especial á los convites ó jiras *(sábados)* que en lugares secretos y apartados celebraban con el demonio, que en figura de cabrón los esperaba. Brujos y hechiceros, unos y otros de una familia, hermanos, hijos ó hechura del demonio, invocábanle, como todo mago, por los propios medios, con iguales fumigaciones y vapores, gratos á sus buenas narices. Los atributos del brujo y del hechicero suelen hallarse reunidos en una misma persona. Pero el brujo se dedica con especialidad á transformarse, á volar por los aires con fines diversos, á descubrir tesoros ocultos, á hacer adivinaciones y á otras cosas preternaturales: es tan mal acondicionado, que hasta se come á los niños tiernos bautizados. El hechicero no le va en zaga en punto á perversidad, como hijo y esclavo que es también del espíritu maligno, y prefiere ejercitar su pericia en la tarea de hacer daño á las gentes con bebedizos y mojigangas.

La mujer, por la mayor delicadeza de sus órganos y por las condiciones de su espíritu, es más susceptible de impresionarse que el hombre. En el hombre tiene más poder que en ella la inteligencia y la voluntad, la acción clara, espontánea y vigorosa. En la mujer obra con mayor eficacia la fuerza vaga, compleja, caótica, digámoslo, del sentimiento, que se apega á las cosas, cuya acción no halla ó solamente halla blanda resistencia en su espíritu, antes que espontáneo, *receptivo* (1). Por tanto, la tradición albér-

(1) «Distínguense los *sexos* por la predominancia recíproca de la *espontaneidad* ó de la *receptividad,* de la actividad independiente y libre ó de la adherencia á la vida general de la sociedad y de la naturaleza. Estos caracteres, que se equilibran en la especie, se reparten entre los dos sexos, compeliéndolos á unirse para completarse mutuamente. Hay que advertir, en el particular de que se trata, que la *re-*

gase, como en más favorable ambiente, en el alma de la mujer. Los sueños, las visiones, los fantasmas, germinan y flotan espaciados en su candorosa mente, en atmósfera á ellos tan propicia. Tal es el ser en quien, por añadidura, suelen presentarse alteraciones ó crisis nerviosas, no pocas veces ocasionadas por la más vehemente de las pasiones: el amor; alteraciones ó crisis que trastornan, en lo moral á la par que en lo físico, el juego armónico de las facultades. ¿Qué efecto habrá de producir en terreno de tal forma acondicionado un fermento incendiario?— Qué efecto habrá de producir? — Una hoguera entre tinieblas.

Ha sido siempre mucho mayor, sin comparación, en todas partes, el número de brujas que el de brujos. El egoísmo de los antiguos quiso ver la causa de ello en la fragilidad y ligereza del sexo femenino, al que, á mayor abundamiento, atribuyó, con tan poca galantería como suma injusticia, un connatural espíritu rencoroso y vengativo que la dispone á recibir con facilidad las sugestiones del demonio en daño de las gentes[1]. De herejías de *brujas, y no de brujos, hay que hablar,* decían; *que los brujos son pocos* (el inquisidor Santiago Sprénger, á fines del siglo XV). *Para un maléfico,* añadían, *diez mil hechiceras* (en tiempo de Luis XIII: siglo décimoséptimo). *La naturaleza las hace brujas,* repetían, tratando de las mujeres en orden á la hechicería. « La mujer, por su disposición natural y

ceptividad sólo dice relación á las condiciones exteriores de la *actividad,* y no á la *actividad* considerada en sí misma ó concentrada en sí propia. » *(La Science de l'Âme dans les limites de l'observation* por G. Tiberghien.)

(1) *Tesoro de la Lengua Castellana* por D. Sebastián de Covarrubias. Madrid, 1611.

temperamento, nace hada, dice Michelet: por su propensión al entusiasmo, es una sibila: por el amor, una maga: por la sutileza de su ingenio y por su malicia (frecuentemente antojadiza y benéfica), viene á ser una hechicera, y dice la buenaventura, adormeciendo, cuando menos, los males, engañando al dolor.... Contra la infeliz hechicera, se levantó el clero con sus hogueras, el pueblo con sus injurias, el muchacho con sus piedras.... Y ¡hasta el poeta! arrojaba piedras contra la bruja...., piedras más duras, piedras más *crueles* que las que los muchachos le tiraban: ¡llamábala vieja y fea...! Muchas *brujas* perecieron precisamente por ser jóvenes y bellas [1].» Con creces (si en obsequio del bello sexo puede en algo haber exceso), con creces, fué compensada por los modernos la falta de galantería, la fiera autoridad de nuestros antepasados, que tan mal pensaron de las brujas y hechiceras, que tan desapiadadamente las persiguieron.

Contadas deben de haber sido en el mundo las mujeres jóvenes y hermosas que dedicaran sus facultades al arte de la hechicería. ¿Qué mayor hechizo que el de su juventud y su belleza? Y cuando faltase la belleza, ¿quién resiste al imán de la gracia? Con todo, no cabe desconocer que, siendo tan antojadizas de su condición, las mujeres jóvenes y hermosas habrán echado más de una vez su

(1) J. Michelet, *La Sorcière*. Bajo el título de *sorcière*, comprende Michelet, por lo que resulta de su relato, á la *bruja* y á la *hechicera*, voces que, si bien han sido y son frecuentemente usadas como sinónimas, tienen, sin embargo, alguna diferencia de significado, insinuada por la Real Academia Española en su *Diccionario de la Lengua Castellana* (duodécima edición) y más señaladamente por D. Sebastián de Covarrubias en su *Tesoro*.

cuarto á espadas en el arte de hacer bebedizos ó de preparar bocados maléficos. Pero ni la curiosidad ni el capricho han podido tentar su ánimo de manera que las indujese á servir al demonio en cuento de brujas. Ése ha sido oficio casi peculiar de las viejas, y muy viejas, y por añadidura feas á más no poder[1]. Lo que sí ha habido no pocas, y hay, entre las mujeres que no han llegado á la senectud, es *endemoniadas,* denominación antigua y vulgar de las histéricas, de las catalépticas. Las brujas, además de ser generalmente feas y viejas, fueron casi siempre livianas, demasiado amorosas: mujeres á quienes *una desgracia* (como dicen en justificación de su conducta) arrastró á hacer de su cuerpo comercio infame.

Mulatas, cuarteronas, mestizas, negras y zambas forman el mayor número de las brujas y hechiceras que en la América Meridional fueron á parar á las cárceles del Santo Oficio. Una limeña, tuerta de nacimiento, tenía una prima muy hermosa. Reflexionando sobre ello, no halló otra explicación de la diferencia de rostros, que la voluntad de Dios de hacerla fea. Sublevóse contra esta desigualdad en

(1) «El hechicero y la hechicera (en la edad media) eran casi siempre una especie de *sapo humano,* lleno de añejos odios. Eran pobres, despreciados de todos, y, por ende, rencorosos. El miedo que inspiraban, era su consuelo y su venganza. Envenenados ellos mismos por una sociedad de que sólo conocieron la escoria y los vicios, envenenaban á su vez á aquellos que eran bastante débiles para temerles y de su detestada vejez y fealdad vengábanse en la juventud y en la belleza.» (Elifás Leví, *Dogme et Rituel de la Haute Magie.)* En otro lugar del mismo libro dice Leví: «El *sapo* por sí mismo no es venenoso; pero es una esponja que absorbe venenos: es el hongo del reino animal.» Alude con esto á la supuesta aptitud del sapo para las confecciones mágicas.

el reparto de los dones de la hermosura, ofendiendo á Dios de todas maneras y enseñando á las niñas el arte de pecar, á fin de que por su parte también le menospreciasen. Esta mujer, llamada Catalina Bohorques, de veintitrés años de edad, había, por lo visto, entregado su alma al diablo, y la Inquisición echóle mano, con su acostumbrado celo y benevolencia. Una costurera, María de Valenzuela, de veintiocho años, *no bastándole las gracias naturales,* valíase de maleficios para sacar dinero á los hombres [1]. La hermosura de la maléfica llamó la atención de los inquisidores. Ninguna mujer hermosa se alza en guerra con el supremo dispensador de los dones que la esmaltan y le dan señorío sobre las gentes. Raras son las mujeres hermosas que bastardean sus gracias con la negra ocupación de propinar bebedizos. Su natural sagacidad no les permite caer en semejante bobada: harían las del topo, que cambió los ojos por el rabo.

Las unturas fueron el recurso más socorrido de las mujeres que han tenido pacto y comunicación con el espíritu inmundo á fuer de brujas. La calidad afrodisíaca de los ungüentos de que para el efecto se servían, ocasionaban en su espíritu sueños voluptuosos, y tal era, en resumidas cuentas, el más ordinario efecto de las brujerías. Imaginábanse brujas y brujos tener comercio carnal con demonios que tomaban para el intento la forma de un hombre *(íncubos)* ó de una mujer *(súcubos).* Pero las fábulas tan numerosas que á ese respecto ha habido en todo tiempo, tienen ordinariamente por protagonista á un demonio *ín-*

(1) Relación de procesos en la *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de Lima* por D. J. T. Medina.

cubo[1]. La principal aspiración de las brujas que iban á los *sábados* ó convites nocturnos del maligno espíritu, y su resultado definitivo, tampoco fué otro que la satisfacción de un desordenado apetito de placeres sexuales, que nunca dejaron de aguijonearlas, aunque fuesen más viejas que Matusalén, más feas que Satanás, más asquerosas que un murciélago, más secas que un bacalao y más arrugadas que una pasa de uva. Sin duda por eso fué costumbre llamarlas en España (con perdón de Michelet) *putas viejas.* Ni tomaban á mal que las apellidasen con este apodo: ellas mismas, con tranquilidad de ánimo y de conciencia, se lo daban á sí propias[2].

(1) E. Salverte, *Las Ciencias Ocultas* (trad. por D. F. J. Orellana).
(2) «Dirás tú ahora, hijo (si acaso me entiendes), ¿quién me hizo á mí teóloga? Y aun quizá (entre tí): — ¡Cuerpo de tal con la *puta vieja!* ¿Porqué no deja de ser bruja, pues sabe tanto, y se vuelve á Dios?» *(El Coloquio de los perros Cipión y Berganza* por Miguel de Cervantes.) «Y ¿tú piensas que es vituperio en las orejas desta (de la madre Celestina, hechicera) el nombre que la llamé? No lo creas; que así se glorifica en lo oir, como tú, cuando dicen: — *Diestro caballero es Calixto.* Y demás desto, es nombrada y por tal título *(puta vieja)* conocida. Si entre cien mujeres va, y alguno dice: — *Puta vieja,* sin ningún empacho luego vuelve la cabeza y responde con alegre cara. En los convites, en las fiestas, en las bodas, en las cofradías, en los mortuorios, en todos los ayuntamientos de gentes, con ella pasan tiempo. Si pasa por cabe los perros, aquello suena su ladrido. Si está cerca las aves, otra cosa no cantan; si cerca los ganados, balando lo pregonan; si cerca las bestias, rebuznando dicen: — *Puta vieja.* Las ranas de los charcos otra cosa no suelen mentar. Si va entre los herreros, aquello dicen sus martillos. Carpinteros y armeros, herradores, calderos, arcadores, todo oficio de instrumento forma en el aire su nombre. Cántanla los carpinteros, péinanla los peinadores. Labradores en las huertas, en las aradas, en las viñas, en las segadas, con ella pasan el afán cotidiano. Al perder en los tableros, luego suenan sus loores. Todas cosas que son hacen (que suenan), á doquiera que ella está, el tal nombre representan.... ¿Qué quieres más, sino que si una piedra topa con otra, luego suena: — *Puta vieja?» (La Celestina ó Tragicomedia de Calixto y Melibea* por Fernando de Rojas.)

Las pasiones é ideas, cuando están cohibidas, tienden sin cesar, principalmente en el estado de sueño, á encarnarse en formas adecuadas, buscando en la amplia esfera de las ilusiones la satisfacción ó la vida de que en el campo de la realidad carecen. Los delirios del amor impuro, del amor á que la ley y la religión ponen un freno, no pudieron hallar forma más adecuada, entre las reminiscencias que el pueblo cristiano guardaba de la gentilidad en la edad media, que las impúdicas fiestas estrepitosas que en Grecia y Roma se celebraban en honor de Baco, dios del vino y protector acérrimo de los deshonestos goces desenfrenados. Rotas las trabas impuestas á las acciones, que á la continua pugnan naturalmente por desasirse de ellas, va el exento, en fuerza de las persecuciones, mucho más adelante del punto á donde se proponía llegar de propio movimiento. Huye de la venganza encolerizada, é irrítanle los excesos de la represión, á la par que las solicitaciones contrarias aprovechan la ocasión para atraerle y dominarle por completo. Si la ley le cohibe, se hace demagogo. Si es la religión quien le coarta en sus anhelos, tórnase impío, y blasfema. Así los delirios del amor impuro, en la edad media, convirtieron el recuerdo de las bacanales en orgías que el exento descreído celebraba en obsequio de Satanás. Las bacantes, ó sacerdotisas de Baco, fueron reemplazadas por las brujas y sus secuaces. De noche, á la confusa luz de fuegos y rojas teas, en lo más oculto de una selva, comparecían á la presencia de Satanás, que en figura de macho cabrío y sobre rústico trono recibía á los convidados. Reverenciábanle, maldiciendo á Dios, hartábanse de viandas y bebidas execrables, y formaban ronda, de espaldas al diablo, dan-

zando y saltando por sobre los fuegos al son de panderos y tamboriles. Oían la *misa negra,* en que se escarnecía al Redentor, comulgaban, desafiaban al cielo airado, y, dándolo por vencido, ya extinguidos los fuegos y apagadas las teas, el manto obscuro de la noche, entre el más destemplado y tumultuoso ruido de voces é instrumentos, encubría escenas de las que, no sólo la honestidad, sino las leyes divinas y humanas horrorizadas apartaban los ojos. Tal, en el fondo, nos parece haber sido el génesis y explicarse la índole verdadera de los *sábados*(1), aquelarres, juntas, convites ó jiras demoniacas de las brujas de la edad media, las que, diversamente modificadas en accidentes ó pormenores, han llegado hasta nuestros días. Escritores contemporáneos quieren hallar en los *sábados* argumento á sus ideas sobre la constitución religiosa y política de las sociedades europeas, reputándolos, en el terreno de los hechos reales, como la protesta y lucha activa, cuanto sorda, de los oprimidos, en asambleas nocturnas celebradas en lugares recónditos ó en medio de los bosques, perdida la fe, con-

(1) Las *sabasias* fueron el origen de los cuentos del *sábado,* en el que la imaginación concentraba, por decirlo así, todos los recuerdos de los ritos paganos. Que el sábado deriva de las *sabasias,* que habían sido ceremonias licenciosas en que se adoraba á Baco *Sabasio,* á quien estaba consagrado un macho cabrío, resulta de un pasaje del libro intitulado *Josephi Hypomnesticum,* ap. Fabric. (Maury, *La Magie.)* Baco, dios del vino, de la borrachera y de los furores y libertinaje que ésta engendra, recibió el sobrenombre de *Sabasio.* Este nombre viene de un verbo griego que significa *gritar, alborotarse, entregarse á las convulsiones del furor producido por el abuso de los dones de Baco.* (Christian, *Histoire de la Magie.)* Créese también que Baco *Sabasio* (de los *sabes* de Tracia) sea otro dios más antiguo que el comúnmente conocido, aunque hijo también de Júpiter.

tra las crueles injusticias y odiosas tiranías de clérigos y señores [1].

En este mundo no me veas mal pasar, que en el otro no me verás penar, decían los españoles de la época de la conquista y población de América [2]. Este refrán, vigoroso vástago del descreimiento y de la licencia, trasplantado de España en América, prendió en tierra fecunda. Los *mastines veladores del católico rebaño* (gráfica expresión de Cervantes), es decir, los inquisidores, no tardaron en abalanzarse con sus afilados dientes á los temerarios *lobos* del Nuevo Mundo que, siguiendo máximas tan libres, aumentaban el número, ya harto crecido, de servidores del demonio. Por el año de 1629 fué en la América Meridional negocio urgente el acudir con remedio y preservativo eficaz y provechoso al gran daño que recibían las almas, con escándalo del pueblo cristiano, de la multitud de hechiceros, brujos, sortílegos, invocadores del demonio y toda clase de nigromantes. Comprendióse la necesidad de emprender con toda diligencia una tarea purificadora. Los señores inquisidores de la ciudad de los Reyes, pasada la cuaresma, pusieron manos á la obra, reuniendo á toda prisa las diversas causas pendientes en el Tribunal, «con ánimo de *cuajar* un auto *mediano,*» por hacer ya una porción de años que los denunciados como tales se hallaban presos y «desear *despacharlos,* exonerando al Fisco y *tratando de sacarlos á todos en un día de trabajo á la ca-*

(1) J. Michelet, *La Sorcière;* Géner (D. Pompeyo), *La Muerte y el Diablo ó Historia y Filosofía de dos negaciones supremas;* P. Christian, *Histoire de la Magie, du Monde Surnaturel et de la Fatalité à travers les temps et les peuples.*

(2) Cap. III, pág. 30.

pilla [1].» ¡Dignísimos magistrados! De resultas salieron al auto, en 27 de febrero de 1631, trece penitentes, castigados, fuera de las *penas de estilo,* con azotes, multas, destierros y cárceles, habiendo muerto en la prisión cuatro procesados, uno de ellos desesperadamente con un cordel que se echó á la garganta y tapada la boca con un trapo para ahogarse [2].

¡Cómo subsisten y de qué manera se transforman las cosas humanas! En las cámaras del tormento (cuyo solo nombre hace estremecer) y en los tablados de los autos de fe, con una insensibilidad asombrosa (efecto del fanatismo en épocas de hierro, general en el mundo), intentaron despedazar y quemar al diablo. Pero el diablo, que es incoercible, se les escapaba de entre las manos, y los brujos y hechiceros continuaron haciendo de las suyas. Hoy es, y todavía las brujas del Río de la Plata, y señaladamente las de Tucumán, asisten á los festines de las *salamancas* y á las jiras en otros lugares, como las tan mentadas de la isla de Calimayo [3], que á ojos vistas no son sino los convites satánicos, aquelarres ó *sábados* que se conocieron en Europa. El *salamanquero* representa á Satanás, sus gallinas en figura de sapos (demonios) acuden á su llamado rodeando al peregrino que le visita, y grandes sierpes espantosas le reciben á la entrada. Allí los adeptos, cuyas aspiraciones versan ordinariamente sobre asuntos de juego y amor [4], obtienen cuanto de-

(1) *Carta de los Inquisidores* de 1.° de junio de 1631, en la *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de Lima,* por D. J. T. Medina.

(2) Obra citada de Medina.

(3) Cap. VIII, pág. 96; Cap. XIII, pág. 187.

(4) Cap. XVIII, pág. 271.

sean. Mas en realidad de verdad, los brujos y hechiceros, los nigromantes, los magos de toda laya, no van ya, como antaño, á lo interior de las cavernas y á lo más oculto de los bosques á aprender y enseñar la *ciencia oculta,* ni á purificarse y limpiarse del hálito del diablo, tiznes del infierno y hollín de las chimeneas en las cámaras y tablados del Santo Oficio; sino que se presentan ufanos en los teatros y en las salas de los cuerpos científicos y gabinetes y laboratorios de físicos y químicos, intentando avasallar la voluntad del hombre á sus mandatos y, con mano invisible, mover, como si estuviesen dotados de vida, los cuerpos inertes. Los fenómenos del magnetismo animal y del sueño nervioso han sido el demonio invisible y eternamente activo que hizo perecer á muchos *brujos* y *hechiceros* en las hogueras y prisiones que encendiera y forjara el desatentado celo religioso de los hombres de antaño [1].

Las brujas y hechiceras han debido ser, pues, por lo general, feas y viejas. Las jóvenes hermosas que han figurado en los *sábados* ó aquelarres [2], no han podido ser sino visiones de los brujos ó adeptos que *asistían* á ellos y con ellas se solazaban al apagar de las luces. Visiones también han sido de las brujas que tomaban parte en los festi-

(1) Véase E. Salverte, *Las Ciencias Ocultas* (trad. de D. F. J. Orellana), y Maury, *La Magie et l'Astrologie dans l'Antiquité et au Moyen Âge.*

(2) «Con este nombre *(aquelarre)* llaman (los brujos) á sus ayuntamientos y conventículos, y en el vascuence suena tanto como decir *prado del cabrón;* porque el demonio, que tienen por dios y señor en cada uno de los aquelarres, muy ordinario se les aparece en ellos en figura de cabrón.» *(Auto de fe celebrado en la ciudad de Logroño en los días 7 y 8 de noviembre de 1610,* relación publicada por D. Leandro Fernández de Moratín.)

nes. Las brujas, por otra parte, aunque viejas y feas, allí se transfiguraban, allí rejuvenecían y adquirían gracia y hermosura, con que enloquecían á los sátiros libidinosos que con ellas bailaban en ronda. Mujeres jóvenes hermosísimas, que al son de melodiosos instrumentos danzan con gracia inimitable, hacen latir con eléctrica rapidez las arterias del afortunado peregrino que ha tenido el arrojo inaudito de penetrar en una *salamanca* rioplatense. El amor impuro, la satisfacción desenfrenada del apetito sexual, rotas las vallas que el pudor y la ley y la religión ponen al gusto voltario, constituyen el fondo, el asunto primordial de las artes del brujo y el hechicero. Compañeros del amor impuro, el vino y el juego acabalan el cuadro: ternario del libertinaje. Venus y Baco engendraron á Príapo. Príapo fué, en resolución, el dios á quien las brujas reverenciaron.

Envidiosa la bellísima Juno, naturalmente estéril, de la fecundidad de Venus, quien, habiendo andado algunos días acompañada de Baco, dió señales, meses adelante, de que estaba próxima á ser madre, fingióse una viejezuela hábil en partos. Ofrecióselo, y, enhechizando las manos, se las puso sobre el vientre. Tuvo tal fuerza el hechizo, que el hijo de la impúdica Venus nació monstruoso: Príapo se llamó: fué caudillo de los lujuriosísimos y feísimos sátiros: representósele, como á éstos, velludo el cuerpo y con orejas, cuernos, piernas y cola de macho cabrío; y las fiestas que en su honor se celebraron, fueron, tanto ó más (si cabe) que las de Baco, espantosas orgías. Era la del cabrón, según el criterio de los antiguos, pintura muy conforme á la torpeza de este dios del desenfreno en los placeres carnales. Reputábase al cabrón animal lascivo sobre manera, constantemente aparejado, desde el séptimo día de su naci-

miento, para satisfacer desapoderado apetito[1]. Servidoras más sumisas y más diligentes que las vetustísimas brujas, no podía tener el demonio. Justo era, pues, y necesario, tenerlas contentas[2]; y, para el efecto, no podía tocar mejor resorte que el de la concupiscencia en seres que á ella rindieran toda la vida su cuerpo y alma y á quienes ya les estaba naturalmente vedado continuar disfrutando de sus dones impuros. Convertíase, pues, con tal designio, el diablo en cabrón, en figura de cabrón las visitaba y en la propia disposición las recibía en los aquelarres, convites, jiras ó asambleas nocturnas, ó *sábados,* á que *volando* asistían[3]. Una insigne bruja, la Cañizares, nos revelará, por boca de Miguel de Cervantes, el modo y forma de prepararse para ir al aquelarre. Usan, para ello, las brujas cierto ungüento, que se hace, no, como cree el vulgo, con la sangre de los niños que ahogan, sino con *jugos de yerbas en todo extremo*

(1) *Teatro de los Dioses de la Gentilidad* por Fr. Baltasar de Vitoria.

(2) «El cabrón ha sido personaje muy respetable en la antigüedad y muy estimado de las mujeres, por sus bellas prendas. En el pueblo de Dios fué necesario prohibir expresamente que las damas tratasen con demasiada familiaridad á ésta y otras bestias; de las cuales ya no hacen caso las que hoy tenemos por más antojadizas y pecadoras. El padre Martín del Río, jesuíta doctísimo, nos refiere que las brujas llaman el cabrón *Martinico;* que las favorece con particulares muestras de amor; y que, agradecido á la docilidad que encuentra en ellas, las sirve muchas veces de cabalgadura.» (D. Leandro Fernández de Moratín, nota á la relación del *Auto de fe celebrado en la ciudad de Logroño en los días 7 y 8 de noviembre de 1610.)*

(3) Un mal intencionado poeta dijo:

Una mujer y una liebre
Apostaron á correr;
Y como el premio era un hombre,
Se lo llevó la mujer.

(D. Manuel del Palacio.)

fríos (narcóticos, anestésicos). Desnudóse la Cañizares á la luz de un candil colgado de la pared, y, metiendo la mano en una olla vidriada donde estaba el ungüento, untóse, murmurando entre dientes, de pies á cabeza. Acabada la untura, tendióse en el suelo como muerta(1), sin respirar poco ni mucho. «Era la Cañizares larga de más de siete pies: toda una anatomía de huesos, cubiertos con una piel negra, vellosa y curtida. Con la barriga que era de badana, se cubría las partes deshonestas, y aun le colgaba hasta la mitad de los muslos. Las tetas semejaban dos vejigas de vaca secas y arrugadas. Denegridos los labios, traspillados los dientes, la nariz corva y entablada, desencajados los ojos, la cabeza desgreñada, las mejillas chupadas, angosta la garganta y los pechos sumidos: finalmente, toda era flaca y endemoniada(2).» De una pierna la arrastró un observador, Montiel, al patio; pero, ni aun así, dió muestras de tener sentido. En cuclillas, junto á ella, horas enteras estuvo Montiel contemplando su espantosa y fea catadura, hasta que vino el día y acudieron los curiosos. Unos le tomaban el pulso, otros le hincaban alfileres en las carnes, otros la sacudían; pero ni por esas volvía en sí. En fin á las siete de la mañana recobró el uso de sus facultades, toda acribillada, ma-

(1) «Son (las unturas) tan *frías*, que nos privan de todos los sentidos, en untándonos con ellas, y quedamos tendidas y desnudas en el suelo; y entonces dicen que en la fantasía pasamos todo aquello que nos parece pasar verdaderamente. Otras veces, acabadas de untar, á nuestro parecer mudamos de forma, y convertidas en gallos, lechuzas ó cuervos, vamos al lugar donde nuestro dueño nos espera. Y allí cobramos nuestra primera forma y gozamos de los deleites que te dejo de decir, por ser tales, que la memoria se escandaliza en acordarse dellos, y así la lengua huye de contarlos.» (*El Coloquio de los perros Cipión y Berganza* por Miguel de Cervantes.)

(2) Cervantes, obra citada.

gullada y mordida. Aludiendo al efecto de las unturas y á la sabiduría de su *cabrón,* que á pesar de hacerle mil burlas, la traía *tan engañada, que no lo podía dejar,* decía á Montiel la Cañizares:—«Vamos á verle muy lejos de aquí á un gran campo, donde nos juntamos infinidad de gente, brujos y brujas, y allí nos da de comer desabridamente, y pasan otras cosas, que en verdad y en Dios y en mi ánima que no me atrevo á contarlas, según son de sucias y asquerosas, y no quiero ofender tus castas orejas. Hay opinión que no vamos á esos convites sino con la fantasía, en la cual nos representa el demonio las imágenes de todas aquellas cosas que después contamos que nos han sucedido [1].»

Las brujas llegaron á creer de buena fe que verdaderamente sucedían las cosas que (durante el profundo letargo á que las reducía la eficacia de las substancias de que se componían los ungüentos) les representaba en la fantasía el mundo de quimeras de que la tenían poblada, quimeras mezcladas á ideas correspondientes á objetos reales y á las impresiones cotidianas más recientes. De ahí que declarasen ante sus jueces que en realidad habían asistido al aquelarre ó ejecutado hechos criminosos ó abominables, comprometiendo á veces á terceras personas, que, en medio á la sucesión y enlace confuso de reminiscencias de ideas é impresiones en una imaginación extraviada por efecto del sueño artificial producido por el narcótico, les parecía haber visto en las satánicas juntas [2].

(1) *Coloquio de los perros Cipión y Berganza* por Miguel de Cervantes.
(2) Salverte, *Las Ciencias Ocultas;* Maury, *La Magie et l'Astrologie.*

En Chillán, pueblo del antiguo reino de Chile, á mediados del siglo décimoctavo, fueron denunciadas como hechiceras al cura de la parroquia unas indias, que con la mayor seriedad declararon que de noche se convertían en *chonchones* (en buhos probablemente) y se iban volando á las casas de aquellos á quienes se proponían hacer daño[1]. María de Jesús Cornejo, alias la jabonera, año de 1772, en Lambayeque (Perú), fué denunciada por bruja y hechicera. Usaba unos polvos amarillos que le llevaba un mestizo serrano, con los cuales ella y otros se untaban. Tenía una receta, para no estar pobre y para que los hombres la quisiesen. Juró una vez que había de impedir que cierto sujeto se casase con su novia, y así lo hizo, atrayéndolo á su casa y á su albedrío. Luego se supo que el mísero visitante se hallaba moribundo, por efecto de un veneno que ella le diera en un mate. Acusósela de que en un talego se le encontraron uñas, cabellos, piedras y otras cosas, pérdida que la afligió, porque ya no se casaría con ella el hombre á quien amaba. Refregaba con una piedra negra y redonda, hasta que ésta sudase gotas gordas, á sus hijas, á fin de que los hombres las quisiesen. Limpiaba las paredes con una gallinaza, para tener suerte en sus negocios. En suma, entre otras cosas, se la vió una noche en lo oculto de un bosque, bailando y *mochando* en una rueda de indios bajo la apariencia de tigre. Tenía sesenta años y era viuda de dos maridos[2]. Quien, no contenta con enterrar á dos maridos, da un bebedizo á su pobre amante esclavizado, bien

(1) *Historia del Santo Oficio de la Inquisición en Chile* (relación de procesos) por D. J. T. Medina.

(2) *Historia del Santo Oficio de la Inquisición de Lima* (relación de procesos) por D. J. T. Medina.

pudo haberse convertido en tigre, para ir al aquelarre. Pero los que testificaron contra la Cornejo debieron de haberla mirado con ojos de espanto en la rueda de indios, *mochando* (reverenciando á su cabrón, que indudablemente estaba en el centro de la ronda); pues es cosa averiguada que los brujos en el aquelarre se restituyen á su ser natural. *El que tiene padrinos, no muere infiel,* advierte un refrán muy acreditado en el Río de la Plata, y la Cornejo le tuvo en una persona calificada, que logró demostrar que todo aquello de que se la acusaba debía atribuirse á imaginaciones de mujeres. Cecilia Montenegro, zamba, se juntaba en Guaura (Perú) con otras mujeres los jueves y viernes y se iban de noche volando en figura de patos. Una noche, estando en sus preparativos, al tiempo de invocar al demonio, se les apareció un *chivato* y se fueron con él. Tenía un crucifijo metido en una almohadilla (era costurera) y solía punzarlo con alfileres[1]. Con estas brujas tenía el cabrón la deferencia, por lo visto, de enviarles un mensajero joven, para que las acompañase al aquelarre (privilegio rara vez concedido). Muy meritorias debieron de ser aquellas amables peruanas.

Dos ó tres horas antes de media noche empiezan las brujas á darse las convenientes unturas para ir al aquelarre, lanzándose luego por los aires á su destino. Pero tan luego como, pasada la media noche, quiere apuntar el día en el horizonte y canta el gallo, brujos y brujas se vuelven á sus casas, acompañados de sus sapos vestidos: deshácese la junta; pues ya no pueden estar más en ella los convi-

(1) *Historia de la Inquisición de Lima* por D. J. T. Medina (relación de procesos).

dados[1]. La hora en que su majestad cabruna tenía dispuesta la celebración de unas fiestas y ceremonias tan solemnes y gustosas al *bello sexo* que á ellas asistía, era, sin duda, la más aparente: después de la media noche. Y aun esa es la hora que brujas y brujos prefieren para sus fechorías y aventuras. Sin embargo, es constante que toda la caterva de espíritus, fantasmas, duendes, brujos y brujas, y almas en pena, y espectros, y demás engendros espantables

(1) *Auto de fe celebrado en la ciudad de Logroño en los días 7 y 8 de noviembre de 1610*, publicado, con notas, por D. Leandro Fernández de Moratín.

«El gallo es un pájaro muy de bien, y no consiente picardías. Así que él empieza á cantar, van que el diablo se los lleva brujas, y silfos, y espectros, y lemures, y trasgos, y duendes, y toda la descreída canalla de visiones horrendas, que durante la noche hacen tantas travesuras por los barrancos, encrucijadas y cementerios. Si todos supiesen la habilidad de este cantor, en más estimación le tuvieran, y la gente regalona no se daría tanta prisa á comer pollos. En los teatros de Inglaterra se recomienda mucho esta virtud del gallo, y en una de sus más aplaudidas tragedias dice muy serio un personaje: — «Yo he oído decir que el gallo, trompeta de la mañana, hace despertar al dios del día con la alta y aguda voz de su garganta sonora, y que á este anuncio todo extraño espíritu errante por la tierra ó el mar, el fuego ó el aire, huye á su centro.» Lo cierto es que luego que amanece, no hay brujo, ni ánima en pena, ni fantasma, ni demonio que se atreva á presentarse en público.» (D. Leandro Fernández de Moratín, nota al *Auto de fe* precedentemente citado.)

«Que *hay brujas*, lo creen todos los aldeanos, y muchos que no lo son, así montañeses como no montañeses. Que (la bruja), montada en una escoba, va por los aires á los aquelarres los sábados, á media noche, es la leyenda aceptada para todas las brujas. Estas *soirées* (los aquelarres) duran, desde las doce de la noche, hasta que el alba asoma sus primeros tornasoles sobre las cumbres más altas.» (D. José M. Pereda, *Tipos y Paisajes.*) ¿Los sábados solamente van á los aquelarres las brujas de ciertas regiones del norte de la Península? Acaso ha llegado algo trocada la noticia á oídos del cronista. *Sábado*, según queda indicado, es uno de los nombres que se dan al aquelarre, y de ahí pudo nacer una confusión respecto del día en que se celebra.

que pueblan los espacios imaginarios del vulgo ignaro en las diversas regiones del globo, aparécense y dan á conocer su presencia á toda hora del día y de la noche y en especial después que el padre de la luz se oculta en el horizonte.

Hase ya indicado que el espíritu maligno eligió siempre con preferencia el sexo femenino, como pasta más blanda y materia más maleable, para hacer las travesuras y maldades de que es capaz su fatal sabiduría. Esta preferencia, que los inquisidores tuvieron ocasión de comprobar largamente en Europa, resultó igualmente evidenciada en el Nuevo Mundo [1]. Desde luego observóse que entre los tupíes del Brasil (y lo propio sucedería entre otras generaciones indígenas), ante las pláticas y mojigangas de los

(1) «Ítem, que muchas personas, especialmente mujeres fáciles y dadas á supersticiones, con más grave ofensa de Nuestro Señor, no dudan de dar cierta manera de adoración al demonio, para fin de saber de las cosas que desean, ofreciéndole cierta manera de sacrificio, encendiendo candelas y quemando incienso y otros olores y perfumes. Y usando de ciertas unciones en sus cuerpos, le invocan y adoran con nombre de *ángel de luz*, y esperan de las (de él las) respuestas ó imágenes ó representaciones aparentes de lo que pretenden. Para lo cual, las dichas mujeres otras veces se salen al campo de día y á deshoras de la noche, y toman ciertas bebidas de yerbas y raíces (llamadas el achuma y el chamico) y la coca, con que se enajenan y entorpecen los sentidos. Y las ilusiones y representaciones fantásticas que allí tienen, juzgan y publican después por revelación ó noticia cierta de lo que ha de suceder.» (Edicto inquisitorial promulgado en la ciudad de los Reyes, año de 1622, inserto en la *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de Lima* por D. J. T. Medina.) La jurisdicción del Tribunal establecido en Lima comprendía á la sazón, no solamente lo que hoy se llama propiamente el Perú, sino Quito, Charcas, Santa Cruz de la Sierra, Chile, el antiguo Tucumán (Córdoba, Santiago del Estero, etc.), Buenos Aires y otras comarcas.

hechiceros, las mujeres con más especialidad que los hombres experimentaban una emoción tan grande, que con un vehemente temblor en sus cuerpos, arrojábanse al suelo, echando espuma por la boca: « parecían endemoniadas, como de cierto lo eran » (1). Este fenómeno demostraba por sí solo, del modo más palmario, la mayor disposición de las mujeres del Nuevo Mundo, como se vió que sucedía con las de Europa, para el arte de brujería y el anexo de los hechizos: las disposiciones naturales de los sexos, en todas partes son las mismas. El oficio de hechicero (en él comprendido el de brujo) de ordinario le usaban en el Perú las indias, dice el Inca Garcilaso (2). Dice más, en menoscabo de los poéticos arrobos de Michelet, el P. José de Acosta. Dice el P. Acosta que los indios del Perú testificaban ser las *viejas* quienes de ordinario usaban este oficio. Brujos y hechiceros untábanse de pies á cabeza, como la Cañizares de Cervantes, con un ungüento que hacían de la ceniza de varias sabandijas ponzoñosas (arañas, alacranes, cientopiés, salamanquesas, víboras) y de las hojas del tabaco. Mezclábanlos en un mortero, añadiendo, al tiempo de revolver, algunos alacranes, cientopiés y arañas vivas, y unos gusanos negros y peludos. Luego echaban en la mezcla la semilla molida del *ololuchqui,* con la que hacían una especie de chicha que, privándoles del juicio, les producía también el efecto de ver visiones. Untados con este ungüento, veían y hablaban al demonio ó *zopay* y tomaban la forma de animales. Especialmente convertíanse en pá-

(1) Fr. Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias,* por primera vez dada á luz por el Marqués de la Fuensanta del Valle y D. José Sancho Rayón.

(2) *Comentarios Reales del Perú.*

jaros, y en esa ú otra forma iban por los aires largo camino en breve tiempo. Así fácil y prontamente se enteraban, por vista de ojos, de lo que pasaba en lugares remotos [1]. Todo ello sin perjuicio de hablar también con *zopay,* mascando la coca. *Zopay,* por intermedio de ciertas piedras ú otros objetos señalados, respondía á las preguntas que le dirigían sus ministros y servidores. Los gravísimos *umus,* género de adivinos, para comunicarse con *zopay,* emborrachábanse bravamente, hasta perder el juicio: efecto deliciosamente inspirador del *ololuchqui* y de todo otro género de chicha, que solían reforzar con el zumo de la *vilca* [2]. Entre los indios de las regiones del Plata, también fué propio de viejas el oficio de adivinas y hechiceras [3].

Rasgo característico del brujo en el Nuevo Mundo lo feo y lo viejo, no podía por otra parte dejar de ser espantable su figura en razón de los betunes con que embadur-

(1) *Historia Natural y Moral de las Indias.* También Cobo en su *Historia del Nuevo Mundo.*

(2) Acosta, *Hist. Nat. y Mor. de las Ind.;* Cobo, *Hist. del Nuev. Mund.* De los adivinos dice Acosta: «Éstos sirven de decir lo que pasa en lugares muy remotos, antes que venga ó pueda venir la nueva, como aun después que los españoles vinieron ha sucedido, que en distancia de más de doscientas ó trescientas leguas se ha sabido de los motines, de las batallas y de los alzamientos y muertes, así de los tiranos como de los que eran de la parte del rey, y de personas particulares, el mismo día y tiempo que las tales cosas sucedieron ó el día siguiente, que por curso natural era imposible saberlas tan presto.»

(3) Un exacto narrador de la vida de la Pampa entre los indios, dice:

Sus remedios son secretos.
Los tienen las adivinas:
No los conocen las chinas,
Sino alguna ya muy vieja.

(*El Gaúcho Martín Fierro* por D. José Hernández.)

naba su cuerpo desde la planta de los pies hasta la corona de la cabeza. Untábase con el mágico ungüento, para sus desmayos, á la vez que para cobrar, durante la vigilia, espíritu de fiereza y crueldad, que le permitiera matar sin escrúpulo hombres en los sacrificios y desafiar en las selvas la ferocidad de lobos, tigres, onzas, leones y serpientes. Tiznábase además con el humo de tea, antigua y particular ofrenda de sus reverenciados dioses (1). Entre los indios de la Pampa y la Patagonia, los que se dedicaban al oficio de hechiceros estaban obligados á renunciar á los hábitos y exigencias del sexo masculino. No podían casarse y vestían traje de mujer. Elegíanse desde niños los que parecían más aptos para el ejercicio del cargo, observando sus condiciones nativas, dándose preferencia á los que mostraban más similitud con el sexo femenino. Los que padecían del mal de epilepsia ó corea, eran desde luego reconocidos como poseedores de las condiciones más adecuadas al ejercicio del arte de la hechicería, suponiéndoseles poseídos de los espíritus. Llevaban un tambor y unas matraquillas, á fuer de instrumentos distintivos del cargo que desempeñaban (2). Lo propio sucedía entre los araucanos, de donde sin duda vino á la Pampa y á la Patagonia esta costumbre. Los *huecuvuyes,* larga y suelta la cabellera, suplida, á falta de la natural, con hebras de cochayuyo ó de otras plantas, traían en lugar de calzones un *puno* ó taparrabo, al modo de las mujeres, y una especie de camisón. No podían casarse, ni cohabitar; pero no les estaba

(1) Acosta, *Historia Natural y Moral de las Indias.*

(2) *Descripción de la Patagonia y de las partes adyacentes* por D. Tomás Fálkner, en la *Colección* Ángelis.

vedado, antes era ordinario oficio suyo, aunque tenido por infame, el pecado nefando (1). Tales eran los *machíes, reníes* ó *huecuvuyes* (magos, brujos, hechiceros, médicos) de los araucanos.

Pero hay brujos de brujos. Hay brujos cuyo oficio ordinario es entender en lances de amor y fortuna. La sutileza de ingenio, el artificio, unido á la perseverancia, son los medios más adecuados para conseguir en casos tales el fin apetecido. Á ello responden, más propiamente que las del hombre, las facultades de la mujer física y moralmente considerada. Pero hay brujos cuyo oficio ordinario es hacer daño en lides sangrientas, en las que ha menester de fiereza, de impetuosidad, de fuerza material extraordinaria, de las facultades del tigre, del león, de la onza, de la pantera, del lobo, ó bien del perro y del zorro, del gato montés ú otras alimañas. Para todo esto, salvas excepciones, son más propios los hombres que las mujeres. Este género de brujería es raro, mucho menos abundante que el primeramente indicado. Hase considerado como el más alto género de brujería que se conoce. Los brujos que tales transformaciones han obrado en sus personas han sido, á los ojos de los historiadores de la conquista de América, grandes brujos, brujos por excelencia. De ellos vamos á tratar en el Capítulo siguiente y último de este libro.

---

(1) D. Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, *Cautiverio Feliz y Razón de las Guerras de Chile (Colección de Historiadores de Chile y documentos relativos á la Historia Nacional.* Santiago, 1863).

CAPÍTULO XXXVI.

Transformaciones de hombres en animales.

SUMARIO.—El *lobishómem* de San Miguel de las Azores.—Licántropos en el norte de Europa.—Manía lupina.—El licántropo pasa en naves portuguesas al Nuevo Mundo.—El zoántropo es cosmopolita.—Diversidad de brujos zoántropos.—Zoántropos del Nuevo Mundo: Méjico, el Orinoco.—Los *tejojes* de Nicaragua.—*Naguales* de Guatemala y Honduras.—El brujo de Tatutí, en Entre Ríos.—Cutiguará, mago famoso, guaraní.—Las transformaciones mágicas en la antigüedad.—Filósofos, historiadores y poetas antiguos, hablaron de ellas.—Los neuros de la Escitia europea, hoy Livonia.—Remoto origen de la creencia de que se trata.—Identidad de creencias á su respecto en todas las regiones del globo.—Los *apicairés* guaraníes.—El licántropo europeo topa en América con el zoántropo.—Multitud de brujos zoántropos en Santiago del Estero.—Cómo se explican sobre zoantropía los modernos expositores de la magia.—El brujo de Yacuí, en el Uruguay.—El *lobisón* restituído á su forma primera.—El *chancho* importuno.—Doctrina esotérica: aplícase y analízase en algunos particulares.—*Lobisones* mal entretenidos: su desencanto.—Doctrinas de un erudito del siglo décimosexto sobre la transmutación de hombres en bestias.—Los perros Cipión y Berganza de Cervantes.—La zoantropía en la edad media.—San Macario y unos pobres labriegos.—Antiguos y modernos.—Transfórmase en manía epidémica la creencia de que se trata.—Zoantropía entre los indígenas de Tucumán y en Bolivia.—La fiesta del tigre entre los del Chaco.—Genealogía zoológica de los indios de la Pampa.—Transformaciones por causa de arañazos y mordeduras de animales.—En el Río de la Plata no hay licántropos, sino zoántropos.—Hombres con vestigios de animales.—Idea de un erudito humanista á su respecto.—Signos de zoantropía en las personas.—Doctrinas del ocultismo sobre el particular.—Las mujeres que conocen frailes, se vuelven mulas.—El *aguará* (zorro) tomado por lobo.—Descríbese.—Zorrería del zoántropo rioplatense.

Un celebrado historiador lusitano, Teófilo Braga, asienta en una de sus obras eruditas que la existencia del *lobishómem* está *popularmente acreditada* en la isla de San Miguel de las Azores (1). Otro escritor de autoridad, D. Marcelino Menéndez Pelayo, sigue en este punto á Braga (2), dando á entender con ello que la creencia popular en la transformación de hombres en lobos ú otros animales hállase circunscrita, por lo que á la raza ibérica se refiere, á una de las islas Azores. Sin embargo, en las vastas regiones de América pobladas de portugueses y españoles, no escasea la creencia de que hay y se ven hombres capaces de aparecer bajo la forma de un animal cualquiera. Esta creencia vulgar, en parte procede del Viejo Mundo, y en parte tiene origen de los indios que poblaban el Nuevo.

Las noticias referentes á las menudencias caseras del continente americano tardía y obscuramente llegan, si alguna vez llegan, á Europa. Y así vemos que historiadores de nota confinen en una mezquina isla, en la isla de San Miguel de las Azores, á un personaje tan célebre, popular, antiguo y calificado como el zoántropo, que desde muy antiguo, mucho antes de que Colón desplegase en las Antillas el estandarte de los Reyes Católicos, anda recorriendo á su salvo, entre indios y cristianos, las regiones fertilizadas por las copiosas aguas que envían rápidos al mar el Plata y el Amazonas.

Teófilo Braga entiende que la idea del *lobishómem* es

(1) *Epopêas da Raça Mosárabe (Historia da Poesía Portugueza).* Porto, 1871.
(2) *Historia de los Heterodoxos Españoles.*

originaria de los pueblos germánicos [1]. Muy inclinado se muestra de continuo el erudito escritor lusitano á ver en los pueblos ibéricos el sello de los germánicos, en lo que toca á creencias vulgares, supersticiones y engendros de la mente del hombre ignaro. En orden al *lobishómem,* descríbele del modo siguiente. De noche y á horas determinadas, el hombre acondicionado para el efecto acude fatalmente á los parajes donde ha de metamorfosearse en cualquier cuadrúpedo que encuentre, acometiendo luego á los transeuntes. Haciéndole verter sangre, recupera su forma primera. El último hijo de una serie de siete varones consecutivos es *lobishómem.* Líbrasele de esta fatalidad, bautizándole con el nombre de Benito *(Bento),* apadrinado por el mayor de los siete hermanos [2]. El *lobishómem* de la isla de San Miguel de las Azores no difiere en nada esencialmente del que asusta y hace cavilar á los brasileños y rioplatenses de las desiertas campañas envueltas aún en densas tinieblas de superstición é ignorancia [3].

Creyóse, y en ello reparó Cervantes, que el foco y morada ordinaria de los hechiceros ó brujos que se convertían en lobos, se hallaba en las islas y regiones septentrionales de Europa, donde, á la verdad, abundaron más que en el

(1) Esta superstición, dice Braga, es de origen escandinavo - teutónico: procede tal vez de la antigua penalidad heroica del *banido,* comparada en los códigos bárbaros á la acción del lobo nocturno. *(Epopêas da Raça Mosárabe.)*

(2) *Epopêas da Raça Mosárabe.*

(3) La genealogía del *lobisón* en las comarcas fronterizas al Brasil es ésta: el último hijo de una serie no interrumpida de siete varones del mismo vientre, nace brujo capaz de adquirir la forma del animal que le place. Líbrasele de la condición á que le sujeta la fatalidad septenaria, teniéndole en la pila el mayor de los siete hermanos de la serie de que procede.

mediodía [1]. Pero el mismo Cervantes puso en claro esta confusa idea que se tenía de ello, notando que así el hechizo ó el encanto de la transformación de hombres en lobos, como la dolencia moral que llamaron *manía lupina,* era mucho más general y estaba mucho más extendida en el mundo [2].

(1) «Puedes, buen hombre, dar infinitas gracias al cielo, por haberte librado del poder destas maléficas hechiceras, de las cuales hay mucha abundancia en estas setentrionales partes (en Noruega). Cuentan dellas que se convierten en lobos, así machos como hembras; porque de entrambos géneros hay maléficos y encantadores. Cómo esto pueda ser, yo lo ignoro, y como cristiano que soy católico, no lo creo; pero la experiencia me muestra lo contrario. Lo que puedo alcanzar es que estas transformaciones son ilusiones del demonio, y permisión y castigo de los abominables pecados deste maldito género de gente.» *(Trabajos de Pérsiles y Sigismunda.)*

(2)—«Eso de convertirse en lobas y lobos algunas gentes destas setentrionales, es un error grandísimo, dijo Mauricio, aunque admitido de muchos.»—«Pues ¿cómo es esto, dijo Arnaldo, que comúnmente se dice y se tiene por cierto que en Inglaterra andan por los campos manadas de lobos que de gentes humanas se han convertido en ellos?... Lo que se ha de entender desto de convertirse en lobos, es que hay una enfermedad á quien llaman los médicos *manía lupina,* que es de calidad que al que la padece le parece que se ha convertido en lobo, y aúlla como lobo, y se junta con otros heridos del mismo mal, y andan en manadas por los campos y por los montes, ladrando, ya como perros, ó ya aullando como lobos, despedazan los árboles, matan á quien encuentran, y comen la carne cruda de los muertos. Y hoy día sé yo que hay en la isla de Sicilia, que es la mayor del mar Mediterráneo, gentes deste género, á quien los sicilianos llaman *lobos menar,* los cuales, antes que les dé tan pestífera enfermedad, lo sienten, y dicen á los que están junto á ellos que se aparten y huyan dellos, ó que los aten ó encierren; porque si no se guardan, los hacen pedazos á bocados y los desmenuzan, si pueden, con las uñas, dando terribles y espantosos ladridos. Y es esto tanta verdad, que entre los que se han de casar se hace información bastante de que ninguno dellos es tocado desta enfermedad; y si después, andando el tiempo, la experiencia muestra lo contrario, se dirime el matrimonio. También es opinión de Plinio, según lo escribe en el lib. 8, cap. 22, que entre los árcades hay un género de gente,

Caballero en el manto de una hechicera, es transportado por los aires Rutilio, desde Toscana á Noruega. Tan luego como pone su planta en las septentrionales tierras, transfórmase la hechicera en loba. El cautivo la mata de una cuchillada (la efusión de sangre deshace el encanto).—«Maté la loba, dice, y hallé muerta á mis pies la hechicera[1].»

Los desgraciados á quienes la *manía lupina* tenía conturbado el juicio, juntábanse espontáneamente y andaban, como lobos en manadas, por campos y caminos, aullando y ladrando, acometiendo á los transeuntes, matando gente y comiendo la carne podrida de los cadáveres.

El brujo licántropo, no el monomaníaco, pasó en naves portuguesas al Nuevo Mundo, donde halló colegas antecolombinos á los cuatro vientos cardinales, como luego veremos. En determinados días de la semana (jueves ó viernes) el brujo de que se trata, durante la noche, efectúa la transformación que le place. Toma la forma de un cerdo,

la cual, pasando un lago, cuelga los vestidos que lleva de un encina, y se entra desnudo la tierra adentro, y se junta con la gente que allí halla de su linaje en figura de lobos, y está con ellos nueve años, al cabo de los cuales vuelve á pasar el lago, y cobra su perdida figura. Pero todo esto se ha de tener por mentira, y si algo hay, pasa en la imaginación, y no realmente.»—«No sé, dijo Rutilio; lo que sé es, que maté la loba, y hallé muerta á mis pies la hechicera.»—«Todo eso puede ser, replicó Mauricio; porque la fuerza de los hechizos de los maléficos y encantadores (que los hay) nos hace ver una cosa por otra. Y quede desde aquí asentado que no hay gente alguna que mude en otra su primer naturaleza.»—«Gusto me ha dado grande, dijo Arnaldo, el saber esta verdad, porque también yo era uno de los crédulos deste error, y lo mismo debe de ser lo que las fábulas cuentan de la conversión en cuervo del rey Artús de Inglaterra, tan creída de aquella discreta nación, que se abstiene de matar cuervos en toda la isla.»—«No sé, respondió Mauricio, de dónde tomó principio esa fábula tan creída como mal imaginada.» *(Trabajos de Pérsiles y Sigismunda.)*

(1) Cervantes, obra citada.

de un zorro, de un perro, de un gato, de un ternero, etc. Llámasele en el Río de la Plata *lobisón,* corrompida la voz portuguesa *lobishómem:* del latín *lupus-homo, lobo-hombre.* El *lobishómem* se trasladó fácilmente del Brasil (junto con el nombre que trajera de Europa) al Río de la Plata. Su forma primera inmediata fué en Europa, como lo expresa su nombre, la *licantropía,* la transformación de hombre en *lobo.* Pero en el Brasil y en el Río de la Plata desde luego fué *zoántropo,* aunque con el nombre de *lobishómem,* el brujo advenedizo. No pudo, ni quiso limitarse á ser *licántropo.* La razón la daremos más adelante[1].

La transformación de la persona humana en un animal cualquiera ha sido en todo tiempo habilidad del brujo. El brujo, siempre que le ha dado la gana, ha tomado la forma de un ave ó de un cuadrúpedo y ha salido volando ó corriendo por los campos. Todo brujo, en una ú otra forma y más ó menos preferentemente según su vocación y aptitudes nativas, es ó tiene la capacidad de ser zoántropo. Hay zoántropos desde que hay brujos en el mundo, y hay brujos en el mundo desde que el mundo es mundo. Antes de que

(1) Usamos las voces *licántropo* y *zoántropo* (no autorizadas), con el fin de evitar la repetición de circunloquios. La Real Academia Española define las voces *licantropía* y *zoantropía* en el sentido de monomanía ó dolencia moral, y no en el de superstición ó creencia vulgar (*Diccionario de la Lengua Castellana,* duodécima edición). Don Marcelino Menéndez Pelayo, sin embargo, usa la voz *licantropía* en el mismo sentido en que nosotros la usamos, es decir, en el de superstición ó creencia vulgar, sentido recto de la expresión. «En la isla de San Miguel, una de las Azores, subsiste la *creencia en la licantropía ó transformación de hombres en lobos,* encanto que se deshace por la efusión de sangre. Esta *superstición* es conocidísima en el norte de Europa, y allí la colocó Cervantes en su *Pérsiles.*» (*Historia de los Heterodoxos Españoles.*)

fuesen descubiertas las Indias Occidentales, es decir, antes de que las gentes del Viejo Mundo viniesen á poblar el Nuevo, había en éste brujos, y brujos declaradamente zoántropos. La fantasía humana en todas partes es idéntica y en todas partes puebla de idénticas invenciones el teatro de la vida [1].

Entre los brujos, como en todas las cosas, hay sus diferencias cuantitativas. En substancia todos son unos: todos tienen *pacto con el diablo.* Pero el diablo puede ser más ó menos condescendiente con unos que con otros. Ó bien no todos tendrán una predisposición natural aparente para adquirir la forma y hábitos de los cuadrúpedos, conforme á las doctrinas de la *ciencia oculta,* que en este particular da sus razones para demostrar la posibilidad del fenómeno, cuya existencia real y verdadera admite. Ó muchos se contentarán, como las brujas, con transformarse en aves nocturnas, con el único y principal objeto de ir á banquetear y solazarse con su *cabrón* en algún lugar recóndito é ignorado de las gentes. La diferencia estriba, repetimos, única y exclusivamente en la calidad de las aficiones y en el mayor ó menor poder que el brujo recibe de su confidente y patrono. Así, cuando en él sobresale la facultad de transformarse en cuadrúpedo, es brujo por excelencia. Por eso, hablando de los indios de Nicaragua, decía el cronista Antonio de Herrera que eran *grandes hechiceros y brujos, porque se hacían perros, puercos y jimios* [2].

Brujos y brujas que se convertían en animales, tuvo

(1) Gonzalo Fernández de Oviedo, hablando de los *tejojes* ó brujos zoántropos nicaragüenses, dice: «Y esto baste para que se entienda la similitud que allí tienen las obras del diablo con las quél mismo ha fecho é hace en otras partes é para lo que toca á la transformación de los hombres en animales.» *(Historia General y Natural de las Indias.)*

(2) *Décadas de Indias.*

Méjico (1). Aparecían en los montes como lumbre, la que de repente é instantáneamente se trasladaba á otro lugar lejano. El Obispo Fr. Juan de Zumárraga tuvo preso á uno de ellos, llamado Ocelotl, y, por ser muy perjudicial, lo envió á España: perdióse la nave cerca del puerto, y no se supo más de él. Fr. Andrés de Olmos metió en la cárcel un discípulo de Ocelotl, el cual decía que su maestro se soltaba de la prisión cuando quería, dando con ello á entender que él también sabría hacerlo. Luego se soltó y desapareció (2). En Cumaná y vertientes del Orinoco convertíanse igualmente en tigres, perros y en otros animales. Un religioso del siglo décimoctavo con claro ingenio atribuía el hecho de que se trata á meras visiones, obra del demonio (que representaba aun por entonces todo raro extravío de la mente), y argüía, en contra de su supuesta realidad, que el juicio del brujo puede enfermar y el de los circunstantes subvertirse hasta el punto de creerse aquél transformado en tigre y parecerles á éstos que efectivamente lo están viendo con los ojos (3).

Entre los indios de Nicaragua fueron famosos los *tejojes,* brujos zoántropos (4). Creían ciegamente en ellos. Re-

(1) «Se volvían en animales, que (permitiéndolo Dios, y ellos ignorándolo) el demonio les representaba.» (Fr. Juan de Torquemada, *Monarquía Indiana.)*

(2) Torquemada, *Monarquía Indiana.*

(3) *Historia Corográfica, Natural y Evangélica de la Nueva Andalucía* por el P. Fr. Antonio Caulín.

(4) «Tienen ellos (los indios de Nicaragua) por muy averiguado que (los brujos ó *tejojes)* se transforman en lagartos de aquellos grandes (que más cierto se deben llamar *cocatrices),* ó en perro, ó en tigre ó león, ó en la forma de cualquiera otro animal segund ellos lo quieren hacer.» (Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia General y Natural de las Indias.)*

«Eran grandes hechiceros y brujos; porque se hacían perros, puercos y ximios.» (Antonio de Herrera, *Décadas de Indias.)*

fiere el cronista Oviedo que cierto cacique presentóse un día ante el conquistador Luis Farfán, á quien con su parcialidad estaba encomendado, pidiéndole con encarecimiento que le prestase uno de sus perros, por miedo de los *tejojes,* que rondaban su casa, con intento sin duda de llevarse un hijito que tenía y devorarlo. Rióse Farfán de la simplicidad del indio, y, apaciguándolo y haciéndole ver que lo que temía era imposible que sucediese, lo despachó sin el perro. Volvió á su casa el cacique, y, no menos temeroso que antes, tomó de los brazos de su mujer al hijo, envolvióle en su manto y estrechándolo contra su pecho entregóse al sueño, rodeado su lecho de cinco de sus vasallos para que lo custodiasen y defendiesen en caso de que los *tejojes* intentasen acometerlo. Durmiéronse todos, y, al despertar del primer sueño. . . , ¡el tierno niño había desaparecido de entre el manto y los brazos de su padre! Los desolados padres acudieron á Farfán, participándole con lágrimas que los *tejojes* se habían llevado al niño para comérselo. Preguntóles Farfán cómo sabían que eran *tejojes* los que se habían llevado al niño. — « Por haberlos visto, le respondieron; pues rondaron la casa la víspera del día en que vinimos á pedirte el perro para que nos defendiese de ellos. Eran dos animales grandes, el uno blanco y el otro negro. » Todos andaban de una parte á otra buscando el niño, con hachas encendidas, sin encontrarle. Pero, poco antes de amanecer, hallaron, obra de dos tiros de piedra, algunos sangrientos rastros y despojos que les certificaron más y más de la fatal desgracia. La infeliz madre, tomando en sus manos unas piedras verdes como esmeraldas que el niño tenía en el cuello y se hallaron junto á su casco, *besábalas con muchos suspiros é dolor de su co-*

razón[1]. Decía después el cacique, refiriendo el hecho, que el autor de tamaña maldad no era otro que un cierto vecino suyo con quien estaba enemistado, el cual había jurado que le comería su hijo.

General fué sin duda ninguna esta creencia entre todas las generaciones que poblaban la América Central (como lo ha sido en la Meridional y en la del Norte). De Guatemala, Honduras y Nicaragua hablan expresamente, particularizando circunstancias curiosas, el Cronista de Indias Antonio de Herrera y el Capitán Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán. No cabe dudar tampoco que el encanto de los *tejojes* de Nicaragua se verificaría por los mismos trámites y formas que el de los *naguales* de Guatemala y Honduras de que vamos á hablar en seguida.

Si todos los historiadores y cronistas hubieran tenido ocasión de adquirir noticias cabales sobre las creencias de las diversas generaciones de indios que poblaban el Nuevo Mundo, de seguro no halláramos hoy tanta divergencia entre unas y otras creencias, por más distantes que se hallaren entre sí las generaciones que las poseyeren. Todo cuanto se refería á los *naguales,* dice Antonio de Herrera, se hacía muy en secreto, y los sacerdotes castigaban á los que teníian la ligereza de contarlo[2]. Este rígido secreto era la causa que imposibilitaba á los nuevos pobladores de conocer circunstanciadamente y con propiedad las creencias y ritos de los pueblos primitivos. El secreto ha sido siempre una condición esencial de la eficacia de las virtudes que se atribuyen á las cosas de magia, y por eso la *ciencia* de los

(1) Oviedo, obra citada.
(2) *Décadas de Indias.*

magos ha sido en todas partes *oculta, esotérica,* poseída sólo de los *iniciados* en los misterios del culto respectivo. Y así, todo mago, todo sacerdote de la gentilidad primitiva, habla poco ó nada de cosas tocantes á su ministerio.

Llamaban *naguales* los indios de Honduras y Guatemala á los entes (animados ó inanimados) tutelares de su existencia terrenal, ó, con más especificación expresada la idea, aquellas cosas que, correspondiendo al día del nacimiento de una persona, constituíanse, según sus formas y propiedades, en ayuda y defensa de ella en los trances de la vida, en virtud de ciertas ceremonias oportunamente ejecutadas por el *brujo adivino,* sacerdote ó mago, que tenía poder para invocar al *demonio* ó deidad dispensadora de ese beneficio. *Nagual* equivale á compañero ó patrono de la persona con quien estaba invisiblemente vinculado. D. Justo Zaragoza, que, al dar por primera vez á luz la *Recordación Florida* escrita el siglo XVII por el capitán D. Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán, la anotó é ilustró con vocabulario y datos geográficos y biográficos, supone que el término *naguales* significa «hechiceros, encantadores ó adivinos por el influjo de los astros.» Pero, tanto de la obra de Fuentes y Guzmán, como de las *Décadas* de Herrera, resulta con toda evidencia que la verdadera significación de aquel vocablo no es sino la que nosotros hemos consignado en la definición que precede á ésta del anotador á que nos referimos. Los encantadores y adivinos de los indios de Guatemala, Honduras, etc., eran los *ahquíes* ó sacerdotes, en cuyas atribuciones entraban, como sucede en todos los pueblos primitivos, cuantas operaciones ó ministerios encierra la magia. Tenía el agorero una plantilla ó calendario en que estaban consignados, por su orden, los

diversos objetos correspondientes á cada uno de los días del mes. Fuentes y Guzmán da noticia circunstanciada de uno que se tomó á un viejo adivino de Guatemala. Los meses del año tienen en el calendario susodicho treinta y treinta y un días, como en el gregoriano; lo que demuestra que fué arreglado al modo de contar de los cristianos, pues los meses de los indios sólo eran de veinte días. La cosa registrada en el calendario, fuese animada ó inanimada, era el *nagual* del recién nacido, ó, como nosotros diríamos respecto de nuestro almanaque, el santo de su día. El indio convertíase en el animal ú objeto que representaba su *nagual,* cuyas formas ó cualidades naturales le servían de defensa en las ocasiones. El león le daba su fuerza y valentía, la víbora su veneno, etc. Convertido en piedra ó palo, desaparecía su figura á los ojos de su enemigo (1). El día del nacimiento de la criatura daban de ello aviso al agorero. Iba éste en tiempo oportuno á la casa donde había

(1) He aquí la plantilla de enero, que inserta en su obra Fuentes y Guzmán:

Días.	*Naguales.*	*Días.*	*Naguales.*
Á primero	León.	Á diez y siete..	Flecha.
Á dos	Culebra.	Á diez y ocho..	Escoba.
Á tres..........	Piedra.	Á diez y nueve.	Tigre.
Á cuatro........	Lagarto.	Á veinte........	Tototmoztle.
Á cinco	Seyba.	Á veintiuno.....	Flauta.
Á seis..........	Quetzal.	Á veintidós.....	Chalchigit.
Á siete.........	Palo.	Á veintitrés.....	Cuervo.
Á ocho.........	Conejo.	Á veinticuatro...	Fuego.
Á nueve	Mecate.	Á veinticinco....	Chuntán (que es pavo).
Á diez	Hoja.	Á veintiséis.....	Bejuco.
Á once.........	Venado.	Á veintisiete....	Tacuatzín.
Á doce.........	Guacamayo.	Á veintiocho....	Huracán.
Á trece.........	Flor.	Á veintinueve...	Sopilot (que es gallinazo).
Á catorce.......	Sapo.	Á treinta.......	Gavilán.
Á quince	Gusano.	Á treinta y uno.	Murciélago.
Á diez y seis...	Trozo.		

nacido el niño. La madre, con él en los brazos, se lo presentaba. El mago, con muchas ceremonias, á espaldas de la casa, invocaba al *demonio,* quien se le aparecía en la figura de su *nagual,* es decir, en la figura del animal ó de la cosa correspondiente al día del nacimiento de la criatura. El mago entonces recomendaba al demonio el infante, pidiéndole que lo cuidase y lo defendiese en los peligros. Tomaba la mano del niño y la ponía sobre el *nagual* (león, piedra, hoja, flor, culebra, escoba, palo, tigre, gusano, etc., que acudiera al llamamiento del mago), en señal de reconocimiento y amistad. Así terminaba la consagración del nacimiento de la criatura en orden á su *nagual* ó patrono. Los padres del niño debían sacarlo todos los días al mismo lugar de la ceremonia, donde volvía á aparecérseles el *nagual;* á fin de que, familiarizándose con él, le perdiese el temor y anduviese siempre en su compañía[1]. La existencia de la persona del indio quedaba tan vinculada á la del *nagual,* que, muerto el animal que lo constituía, moría el indio. Herrera difiere en el modo de explicar el horóscopo. Íbase, dice, el indio al río, monte, cerro ó lugar más escondido. Convocaba al demonio. Sacrificaba algún cuadrúpedo ó ave. Dormíase (probablemente en fuerza de fumigaciones ó inhalaciones y unturas, como los brujos y adivinos y magos en general), y en sueños ó despierto veía alguno de los animales que habían de ser *compañeros* y *guardadores,* ó sea *naguales* de su persona, y le pedía que le protegiese y ayudase en los negocios y ocasiones de la vida. Sacábase

(1) *Historia de Guatemala* ó *Recordación Florida* escrita el siglo XVII por el Capitán D. Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán, publicada por primera vez, con notas é ilustraciones, por D. Justo Zaragoza. Madrid, 1883.

sangre de la lengua, de las orejas ó de cualquiera otra parte del cuerpo, y celebraba su pacto de alianza con el animal que se le había aparecido, quien decíale: — «Tal día irás á caza, y el primer pájaro ó animal que vieres seré yo, que seré tu *nagual* y compañero en todo tiempo» [1].

Después de decir que, cuando moría el *guardador* ó *compañero* (el *nagual*), «también moría el indio que estaba con él prendado,» añade Herrera: «y esto se vió muchas veces, y tenía por cosa verdadera.» Cuenta que, yendo de camino un soldado Francisco Hernández, anochecióle cerca de un arroyo, donde se quedó á dormir con el arcabuz á la cabecera. Á media noche comenzó á ladrar un perro que llevaba; y tanto le importunó, que se levantó á ver lo que era, y vió un león subido y agachado en un árbol, cuyos ojos relumbraban como fuego. Encaró el arcabuz y dióle en una espalda. Nada de esto se sabía; pero el cacique de Piraera, en Honduras, se había levantado muy triste y vuelto á echar en la hamaca, sin que mal alguno le aquejara. Llamando á los principales de sus vasallos, les dijo en secreto que pronto había de morir, porque le habían herido de muerte al león que le patrocinaba, y que lo enterrasen en un monte con música de cuernos, flautas y caracoles, y que comiesen y no llorasen. Á la noche murió. Luego hallaron muerto al león que Francisco Hernández hiriera de un arcabuzazo [2].

Por el año de 1857 apareció en Tatutí de Entre Ríos (paraje así denominado por el arroyo de ese nombre que desagua en el Mocoretá) un indio misionero, viejo, que

(1) *Décadas de Indias.*
(2) *Décadas de Indias.*

luego se dió á conocer como brujo. Llamábanle *Pay Viejo*. *Paí (pay* castellanizado) es vocablo guaraní, que significa persona grave ó venerable, anciano, hechicero, mago. *Pay Viejo* curaba con *yuyos* (hierbas) y remedios simpáticos y hacía otras cosas extrañas. Estaba de peón en una estancia, á la que habían llegado de diversos puntos varias tropas de ganado. El dueño de la estancia entresacó (cuentan) de todas ellas los animales mochos, de los que había crecido número, y mandó que los aquerenciaran en un lugar determinado del campo. Para el efecto empezaron por encerrarlos en un corral. *Pay Viejo* dijo á su patrón: —«No hay necesidad de mortificar á estos animales. Yo los voy á aquerenciar en seguida, sin privarles de la libertad, ni andarlos persiguiendo.» *Pay Viejo* se fué al lugar donde se le había mandado que parase el rodeo: cortó las ramas de cuatro árboles[1] próximos entre sí: descortezó los troncos privados de ramas: mató un toro, y enterróle en medio á los cuatro árboles descortezados y sin ramas (operación ejecutada con el fin de que los árboles se secasen); y luego arreó el ganado mocho hacia el lugar donde había hecho todo esto. El ganado, aunque extraño al campo y aunque procedía de diferentes lugares, olvidando sus querencias, quedó todo reunido en donde estaban aquellos árboles y toro muertos. De entonces más allí paraba voluntariamente, aquélla fué su querencia. *Pay Viejo* era amigo de los animales. Jugaba con las víboras, y si encontraba alguna enojada, porque la estaban persiguiendo ó por otra causa, le hablaba, la aquietaba y hacía que se fuese

(1) Entre Ríos es muy montuoso. Hay estancias (muchas) en las que todo está poblado de árboles silvestres.

inmune. Había á la sazón muchos tigres, y por el lugar más frecuentado de ellos construyó *Pay Viejo* un *chiquero* (corral de ovejas). Allí puso sus ovejas. Los tigres pasaban de noche por allí, y no hacían nada á sus ovejas. Amansaba *Pay Viejo* los *baguales* ó potros, hablándoles y nombrándolos por su pelo. Un día, en tiempo de guerra civil, iba *Pay Viejo* perseguido de unos cuantos de sus contrarios. *Pay Viejo,* que huía por lo más cerrado del monte, acertó á pasar junto á un tigre que estaba devorando una carniza. El tigre, continuando tranquilamente su comida, dejó pasar al fugitivo, como si nada hubiera visto. No tardó en presentarse en el mismo sitio uno de los que seguían las pisadas de *Pay Viejo.* El tigre, así que vió al perseguidor, le echó la zarpa, despedazándolo en un abrir y cerrar de ojos. Los demás perseguidores de *Pay Viejo,* escarmentando en cabeza ajena, volvieron las espaldas á tan fiero luchador. Los vecinos de Tatutí no anduvieron acordes en la explicación de este admirable accidente. Los más estaban persuadidos de que *Pay Viejo,* viéndose ya á punto de caer en manos de sus enemigos, se había mudado en tigre; pues era fama que tenía el poder de transformarse en bestia por arte de brujería. Algunos, sin embargo, entendían que no, teniendo por más probable que el tigre no quiso dañarle; pues se decía que *Pay Viejo* había pasado adelante, cuando se encontró con la fiera ocupada en comer un pedazo de carne de algún animalejo que había pillado en el monte. Creencia es ésta muy semejante á la de los indios de la América Central respecto de los *naguales.* *Pay Viejo,* á quien mejor cuadraría el nombre de *Aguará Viejo* (es decir, *zorro viejo*), era hombre que hablaba poco, y lo poco que hablaba, lo decía en voz baja

y con medias palabras, metafóricamente por lo regular, y á veces en términos enigmáticos, siempre grave. Sabía muy bien *Pay Viejo* que *el pez por la boca muere.*

Nuflo de Chaves, en la Asunción del Paraguay, salió á principios del año de 1556 al castigo de los tupíes del Brasil, que acababan de cometer nuevos insultos en las posesiones españolas. Reprimiólos con fuerte mano; y regresaba victorioso, cuando hubo de ser destrozado por los moradores indígenas de Peabiyú, quienes, instigados por *Cutiguará,* mago famoso, elocuente y audaz, acometieron con gran vocería y furia á los españoles, que no esperaban semejante alzamiento. El denuedo y pericia de Nuflo de Chaves y sus compañeros le concedieron también la victoria en este trance, repeliendo el asalto y pasando por el filo de sus espadas á los arriscados bárbaros, muchos de los cuales, con el espanto que les produjo el furor de la pelea, se arrojaron á un río cercano, donde perecieron ahogados. *Cutiguará* les infundiera aliento y bríos, prometiéndoles el triunfo, que no podía dejar de obtenerse regidos por tal caudillo, quien, para dar alcance á los españoles, se convertiría en onza: para arrancarles las entrañas, en tigre; y para devorarlos y beberles la sangre, en fiera hambrienta y hostigada por la sed[1]. Los secuaces del caudillo que de tal manera les asegurara el buen éxito de la empresa, no vieron sino correr sangre de sus venas, á vista del brujo *zoántropo,* que se esperaban ver transformado en onza veloz y en tigre carnicero.

La supersticiosa antigüedad creyó que los hombres pudie-

(1) El P. Lozano, *Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán.*

sen transformarse en animales [1]. Los hechiceros y brujos aparentaban poseer el don y el secreto de ejecutar las transmutaciones. Fórmulas y ungüentos eran el medio de que para ello se valían [2]. Burlóse de ellos la discreta filosofía. Lucio Apuleyo, imitador de Luciano, filósofo como él, y docto escritor de los comienzos de nuestra era, habiendo aprendido en Tesalia las artes mágicas, á intento de utilizarlas en cosas de amenidad, simuló la idea de ambicionar la conveniencia de trocarse en buho ó en otra cualquiera ave, á fin de salir volando á la par de cierta hechicera, cuando le pluguiere, por una ventana de su casa. Mas, en lugar de un ungüento, le aplicaron, por equivocación, otro, cuya esencia dió por resultado que, antes que en ave, quedase convertido en asno. De resultas tuvo Apuleyo que sufrir largo tiempo todo lo que de ordinario sufre un asno, hasta que un día, comiendo rosas (según ya estaba predicho), volvió á adquirir su forma primitiva [3].

(1) La idea de que los hombres pueden transformarse en animales es originaria de la antigüedad más remota. Creíase que determinadas personas, gozando de un privilegio sobrenatural, tenían la facultad de alterar y modificar la naturaleza, obediente á sus mandatos. Los adivinos, en Grecia, encantaban las serpientes, como los *psilos* de los alrededores de Párium y de la Libia, y hasta podían metamorfosear los hombres en cuerpos de animales. (Maury, *La Magie et l'Astrologie.)*

(2)

También estas ponzoñas producidas
En Ponto, porque el Ponto es fértil dellas,
De su lugar las mieses traducidas
Y vuelto en lobo á Meris ví con ellas:
Al Meris, que las vidas fenecidas
Reduce á ver la luz de las estrellas.
Ve presto, mi conjuro, y la mar pasa,
Y vuelve de la villa á Dafni á casa.

(*Égloga* de Virgilio, trad. por Fray Luis de León.)

(3) *La Metamórfosis* ó el *Asno de Oro* de Lucio Apuleyo. Tradújole á fines del XV siglo el arcediano de Sevilla Diego López de Cortegana. *(Biblioteca Clásica,* Madrid.)

Plinio, que hace una breve referencia del licántropo *(versipelles)*, se asombra de que los griegos hayan llevado su credulidad hasta el punto de tragarse la especie de que un hombre pueda ser convertido en lobo, para volver luego á tomar su forma primitiva. El origen de tal preocupación explícale de este modo. Cierto sujeto, en Arcadia, conducido fatalmente al borde de una laguna, determinó trasladarse á la orilla opuesta. Desnudóse, colgó su ropa de una encina y pasó á nado la laguna. Hallóse en campos desiertos, solamente habitados de alimañas, convertido en lobo. Juntóse con otros lobos, y vivió entre ellos nueve años. Quiso la suerte que durante este lapso de tiempo no apareciese por allí hombre alguno, ó no lo viese el lobo hechizo. Por una ú otra causa, no comió éste, mientras fué animal bravío, carne humana. Gracias á ello, tornó el licántropo á su figura primera de hombre. Vuelve á la vera de la laguna, arrójase al agua y pasa á la orilla opuesta. Al pisar de nuevo la tierra que le conociera hombre, recobra la forma humana[1].

Herodoto, Platón y otros historiadores y filósofos, así como algunos poetas de la antigüedad[2], hablaron también

(1) C. Plinii Secundi *Naturalis Historiæ* liber VIII.

(2) «Las fábulas de las transformaciones mágicas de los hombres en bestias son, por lo menos, tan antiguas como los más antiguos poetas cuyos escritos nos han quedado. En Homero y en Hesíodo se leen los compañeros de Ulises transformados en brutos por los encantos de Circe, y Scila convertida en escollo, para vengar en ella los desdenes de Glauco. Á los poetas creyó esta fábula la turba del gentilismo, y de la turba del gentilismo se propagó al vulgo de la cristiandad. Esta errada creencia venía á ser como consectario ó secuela de la teología pagana; porque, como en ésta eran venerados como deidades los demonios, se atribuía al demonio el poder que es privativo de la deidad. Sólo el supremo dueño de la naturaleza puede

más ó menos clara y seriamente de licántropos. El cuento de la laguna encantada, referido por Plinio, ya, antes que él, lo contara Marco Varrón, repitiéndolo después asimismo Plauto, Ovidio, Virgilio, Propercio, etc., y hasta el glorioso padre de la Iglesia San Agustín, quien, constreñido de muchos que como testigos oculares ó de propia experiencia lo testificaban, atribuía las transmutaciones de hombres en bestias á virtud divina en unos casos y á prestigios del demonio en otros (1).

Pomponio Mela presenta á los *neuros* dotados de la facultad de transformarse en lobos. «Cualquiera de los neuros, dice, tiene tiempo señalado en que puede, si ansi fuere su gusto, transformarse en lobo, y volverse después á su forma primera» (2). Mela, que tomó de Plinio la especie, no hizo más que repetir lo que ya en su época era general creencia. Los *neuros* eran pueblo de la Escitia europea, hoy Livonia, asentada á orillas del mar Báltico.

ejecutar semejantes transformaciones. Así leemos como maravillas de un brazo omnipotente la (transformación) de la mujer de Loth en estatua de sal y la de Nabucodonosor en buey. Como los gentiles, pues, atribuían al demonio autoridad divina, le creían capaz de hacer estos prodigios, ó por sí mismo inmediatamente, ó tomando por instrumentos á magos. La tierra humilde del vulgo es de tan buena condición para trasplantarse á ella las patrañas, que las da alimento y (las) conserva, aun separadas de las raíces. Quiero decir que aun extinguidas aquellas doctrinas erradas que dieron ocasión á la producción de las fábulas, suelen conservarse éstas en el vulgo.» (Fr. Benito Jerónimo Feijoo, *Teatro Crítico Universal*, Disc. sobre *Transformaciones y transmigraciones mágicas.)*

(1) D. Jusepe Antonio González de Salas, comento y disertación en la trad. que intituló *Compendio Geográfico é Histórico del Orbe Antiguo y Descripción del sitio de la Tierra* escrita por Pomponio Mela.

(2) Traducción citada de Jusepe González de Salas.

Fué creciendo, entre la obscuridad de los tiempos medios, la persuasión de que en las regiones septentrionales de Europa había encantos á favor de los cuales se transformaban los hombres en lobos. De ahí nació que Cervantes poblase de licántropos á Noruega en su novela de *Pérsiles y Sigismunda.*

El origen, empero, de la creencia de que se trata, es mucho más general y más antiguo que el que Plinio le atribuye[1]. El *licántropo* no representa sino una de las multiplicadas formas de la *zoantropía.* Sólo que la licantropía vino á ser, digámoslo así, la forma *clásica,* la que preponderó en Europa, la que hizo casi olvidar todas las demás de que se revistiera el zoántropo. La zoantropía fué sin duda alguna uno de los primeros frutos de la superstición, hermana de la primitiva ignorancia de las sociedades humanas. Con la superstición vino al mundo el hechicero, que es su ministro, su intérprete, su representante. Facultad peculiar del brujo es la de transformarse en bestia, y el hechicero la tiene para comunicar á otros su virtud transmutativa. Que ha podido transformarse en lobo, no hay duda, así como de que pudo adquirir, cuando le ha convenido, la figura de perro ó de zorro, la de tigre, gato, león, pantera ú onza, la de cabra ó de toro, la de cerdo ó jabalí.

La *manía lupina,* melancolía de ciertas gentes que en la edad media y en la moderna se juzgaban transformadas en lobos y las inducía á salir al campo y andar por él va-

(1) D. Marcelino Menéndez Pelayo (y como él otros historiadores) atribuye en especial á las brujas de Tesalia el poder de las transformaciones, en su *Historia de los Heterodoxos Españoles.*

gando en manadas como fieras y aullando y ladrando y atropellando á los transeuntes, nació inmediatamente de la creencia en brujos *licántropos*. Mas la *manía lupina,* como forma de la *zoantropía,* trae origen de tiempos más remotos. El soberbio Nabucodonosor, por castigo del cielo, padeció durante siete años esta terrible enfermedad. Perdió la razón, manifestando instintos é inclinaciones de fiera, huyendo de la sociedad y yéndose á vivir como bestia salvaje en los desiertos y en los bosques[1].

Ya se considere la sola creencia en transmutaciones de seres humanos en bestias, ya el género de locura que de ella se origina, así el error como la dolencia ofuscaron y aquejaron á latinos y griegos, antes que á ellos á los pueblos de Oriente y con posterioridad á los de Europa. Las sociedades humanas padecieron en todas partes idénticos extravíos. Teníalos necesariamente el Nuevo Mundo al tiempo del descubrimiento. Hallólos la conquista en los bohíos y tolderías del salvaje y en los imperios del Inca y de Motezuma. Después de la conquista, vióseles retoñar entre los nuevos pobladores en campos y ciudades.

Un furor parecido al que aquejara al poderoso cuanto envanecido rey de Nínive y de Babilonia, padecieron ciertos indios del Nuevo Mundo. Cuentan las relaciones historiales de los misioneros, que había en las regiones que vierten al Paraná y Uruguay una parcialidad ó casta de indios en cuyos cuerpos como que se introducía de vez en cuando el espíritu maligno, arrastrándolos á ejecutar cosas

(1) *La Profecía de Daniel,* Cap. IV, versículo 13, y nota respectiva del Obispo D. Félix Torres Amat en la *Sagrada Biblia traducida de la Vulgata.*

inauditas y á penetrar en los pueblos á modo de perros rabiosos y hacer en ellos carnicerías. De repente se apoderaba de tales indios un furor irresistible, y con su arco y flechas, bramando como tigres ó como toros, mataban á la gente y se comían á los muchachos. Solían andar vagando de noche por los campos como locos ó borrachos, tomaban brazas de fuego en las manos, sin quemarse, y las llevaban á la boca y se las engullían, sin que les hiciesen daño. Pasado el furor, quedaban tranquilos, sin meterse con nadie, diciendo que no sabían qué era aquello que interiormente les movía á ejecutar cosas semejantes. Llamábanles *apicairés,* que quiere decir hombres *protervos* ó *sin discurso* (1).

El *licántropo,* pues, que de Europa se trasladó con los nuevos pobladores al continente de Colón, ha podido pasar á ser *zoántropo* con facilidad en su nuevo domicilio. Al pisar las playas del Nuevo Mundo, se encontró de manos

(1) El P. Antonio Ruiz de Montoya, *Conquista Espiritual del Paraguay, Paraná, Uruguay y Tape.*

«Dudoso es de creer, y yo confieso que lo tuve por patraña; pero desengañóme la experiencia que uno en mi presencia hizo, mascando terrones encendidos como un terrón de azúcar.» (Ruiz de Montoya, en la obra citada.)

«Causó en el padre (rector de la reducción de San Cosme y San Damián) espanto, como temor en los demás que con él estaban, por saber ya las calidades destos ministros de Satanás (de los *apicairés).* Pero pasó de largo (el *apicairé),* sin hacer daño alguno. Dijeron los indios al padre:—«Déjale ir, padre; que luego se le quitará aquel furor.» El padre, á la noche, sabiendo que estaba ya quieto, lo mandó llamar y le preguntó ¿cómo hacía aquellas cosas, y comía fuego y lo traía en las manos sin quemarse? Él dijo al padre que no siempre hacía aquellas cosas, sino á temporadas.» *(Noticia de algunas Reducciones de la Compañía de Jesús en las Provincias de Paraná y Uruguay* por el Padre Provincial Diego de Boroa: 1637, inserta en la *Revista del Archivo General de Buenos Aires* por D. M. R. Trelles.)

á boca con un colega que le dejaba muy atrás en habilidades y ardimiento. En toda la América Meridional hubo *zoántropos.* En todas las costas de ella, bañadas por el Atlántico, el *licántropo* ó *lobishómem* halló hechiceros ó brujos capaces de tomar las formas de lobo y de cualquier otro animal bravío cuyos feroces instintos y poder irresistible le conviniese utilizar para sus fines, en satisfacción de sus pasiones ó venganzas personales ó en la ejecución de empresas menos interesadas. En las regiones que se dilatan desde el istmo de Panamá hacia el Orinoco, salió el *tejoje* á recibirle, primero con la flecha enherbolada del caribe, y después con la amistad que impuso la conquista al indio sojuzgado. En las regiones que se extienden del Amazonas al Plata, húboselas con el *payé* ó hechicero que, como el *tejoje,* sobrevivió á la entrada de los españoles y portugueses. En el Río de la Plata, aun mucho después de la conquista, el zoántropo indígena propagó abundantemente la especie. Muchos, con efecto, eran los indios reducidos que continuaron dedicándose á brujos, profesión alegre y fructuosa, como que mediante ella adquirían prestigio y bienestar. En la jurisdicción de Santiago del Estero semejante *contagio* y *peste* cundió sobremanera, dando lugar á que el teniente general Don Alonso de Alfaro *purificase el aire* (1), quemando en el brasero algunos de aquellos bergantes. Buena medida higiénica: no hay mejor medio de desinfección que el fuego.

San Agustín duda seriamente, dice Elifás Leví, que Apuleyo haya podido ser transformado en asno por una

(1) El P. Pedro Lozano, *Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán.*

hechicera de Tesalia[1], y hubo teólogos que difusamente disertaran acerca de la transmutación de Nabucodonosor en animal bravío. Ni el primero ni los últimos, según Leví, sabían lo que se pescaban. Con efecto (añade este clásico expositor de la *ciencia oculta),* hay que empezar por establecer: 1.º Que ninguno ha sido muerto por un licántropo *(loup-garou),* á no ser por sofocación, sin herida ni sangre. 2.º Que ningún licántropo, aun herido, ha muerto en el acto y lugar de la pelea. 3.º Que las personas indiciadas como licántropos hanse encontrado siempre en su casa, después de la persecución, más ó menos lastimadas, pero en su ser natural. Ahora bien, un licántropo, según Leví, es el *cuerpo sideral*[2] de un hombre cuyos instintos salvajes y sanguinarios representa el lobo. Penosamente

(1) Sostuvo San Agustín que al demonio no le es dado transmutar el cuerpo del hombre en el de ninguna otra especie. Todo, así en el paciente como en los espectadores, no es sino pura ilusión y fantasía. Los espectadores creen ver efectivamente la cosa ó animal en que el paciente sueña haberse transformado. Á este engaño concurre el demonio. (V. Feijoo, *Teatro Crítico Universal,* Disc. sobre *Transformaciones y transmigraciones mágicas.)*

(2) Según las doctrinas de la magia, el *fluido astral* condensado en *cuerpo astral* es una de las grandes fuerzas de la naturaleza. Todo cuerpo emite este fluido. El *fluido astral* permite las *materializaciones* de los cuerpos de los difuntos y de los vivos. Es el lazo psíquico que une el mundo material ó físico al mundo inmaterial ó invisible (espiritual). El *cuerpo astral,* durante la vida del hombre, está en él y fuera de él. Irradia en torno de él, produciendo *emanaciones fluídicas.* Puede proyectar fuera de sí, mediante una fuerte concentración de su voluntad, su *cuerpo fluídico* ó *cuerpo astral,* en parte al menos, no enteramente, que eso sería la muerte. El hombre puede, pues, aparecer FLUÍDICAMENTE (en estado de *cuerpo astral)* á una distancia cualquiera del punto donde se encuentra. Puede también *materializarse,* es decir, aparecer revestido del *cuerpo físico,* y desde luego recupera hasta cierto punto todas las propiedades del cuerpo verdadero. (Ernest Bosc, *La Psychologie devant la Science.)*

duerme en su cama y sueña ser un verdadero lobo, mientras el fantasma que lo representa, á fuer de animal bravío, anda por el campo. Hácele visible la sobrexcitación, próxima al sonambulismo, que el pánico ocasiona en los individuos que le contemplan, ó la particular disposición de la gente campesina á ponerse en directa comunicación con la *luz astral*[1], á cuyo favor se realizan las visiones y los sueños. Los golpes que recibe el licántropo hieren á la persona dormida que representa; lo que se verifica en virtud de una *congestión ódica* y *simpática* de la *luz astral,* de una *correspondencia* entre el *cuerpo inmaterial* y el *cuerpo material.* Quien tal ignore, poco sabe[2].

Entre los infinitos cuentos de brujos ó individuos y familias (pues la zoantropía suele ser hereditaria), que se transforman en animales, hay uno referente á cierto morador de Yacuy, paraje bañado por el río de este nombre que desemboca en la margen izquierda del Uruguay, que á ciertas horas de la noche desaparecía, sin saberse cómo, de su casa, y luego se venía en conocimiento de que, conver-

(1) La *luz astral,* según las doctrinas de la magia, es la *fuerza-substancia universal,* de la cual son *modalidades* todas las demás fuerzas y substancias. Sigue casi las mismas leyes que la electricidad, una de sus manifestaciones superiores. Es la *gran fuerza,* ó *corriente luminosa* (de donde le viene el nombre), que mantiene las *atracciones armónicas* entre todos los astros. La parte más elevada de la *producción corporal* viene á ser el *cuerpo astral,* es decir, la *fuerza nerviosa* que circula en el organismo, la cual, así es susceptible de *condensarse* como de *dilatarse,* y dilatarse de tal modo, que *puede salir fuera del ser humano.* Es una *fuerza invisible,* á que vulgarmente llaman *vida.* (Papús, *Traité Méthodique de Science Occulte.)*

(2) *Dogme et Rituel de la Haute Magie* por Elifás Leví.

Od: Fuerza universal que, según Reichenbach, todo lo penetra y de todos los cuerpos fluye incesantemente, á manera de dinamismo cósmico. *Ódico:* que incluye *od* ó pertenece á él.

tido en *chancho* (cerdo), había andado haciendo daño y travesuras por la vecindad. Una noche alborotó de tal manera á los perros de una chacra, á quienes acometía y lastimaba, que los dueños de ella salieron con palos y lo dejaron molido. Al día siguiente amaneció el brujo de Yacuy en su cama, quejándose de los dolores que sentía por todo el cuerpo. Muerto el brujo, sus hijos, que viven todavía, conservan las mismas habilidades y viejas mañas de su progenitor. ¡Cuántas cicatrices y contusiones señaladas en sus carnes no tendrán el mismo origen porcino que las machucaduras y dolores del travieso marrano de Yacuy!

El paisano, por lo general, antes huye ó no hace caso, que eche mano á su cuchillo, para empeñarse en una lucha verdaderamente desigual, con un ser fantástico, lucha de la que, á buen librar, tal vez saliera desorejado de una tarascada. En las ocasiones, sin embargo, se defiende y destripa, como todo hijo de vecino. Cuentan que un sujeto iba caminando, de noche, por medio del campo. Pasando por junto á un cementerio, notó como que un cuadrúpedo estuviese deshaciendo ó destrozando alguna cosa. Acercóse, y vió á un *chancho* (cerdo) que comía las entrañas de un cadáver. Apeóse para matarlo; y no bien lo hubo hecho, cuando el cerdo le acomete. Recibe el cerdo un machetazo en la cabeza. Corre la sangre y transforma en hombre el cerdo, diciendo al heridor: —*¡Soy cristiano! ¡No me mate!* Al día siguiente, estando en una pulpería, advierte el heridor que uno de los tertulianos presentaba fresca en la cabeza la señal de un hachazo. Indudablemente era el mismo que en figura de *chancho* hozaba en el cementerio. Ítem: el vecindario le tenía por *lobisón*.

Acompañado de un moreno, á la caída de la tarde, en-

caminábase un estanciero á su casa. Ya cerrada la noche, salióle un *chancho* al paso, estorbando la marcha. Pacientes y silenciosos, los caminantes, ahora desviándose, ahora creyendo tomar de nuevo el rumbo que seguían, peregrinaron en vano la noche entera. Sólo al día siguiente, cuando ya el sol se hallaba en el horizonte, logró el estanciero verse en el seno de su hogar, donde con el mate en la mano le esperaba su compañera. ¡Mísero de él, si por ventura martirizaba su corazón el torcedor de los celos!

La doctrina esotérica de Leví, antes expuesta, viene también como anillo al dedo en el caso de los *naguales* referido por Fuentes y Guzmán, natural, vecino y regidor perpetuo de la ciudad de Guatemala. Después de dar noticia del horóscopo de los *naguales,* de que ya hemos hablado (1), asevera que de su eficacia y verdad había «sobrados testimonios en admirables é inauditos prodigios que han sucedido entre estas gentes.» Contóle un caso bien extraño el maestre de campo D. José de Portal Artadia, que, gobernando la provincia de Nicaragua, conociera un indio que tomaba la forma de león. Habiéndose verificado este asombroso accidente á su presencia, tuvo un día atado á cadena al león, y, yendo á la casa del indio, le halló transportado y como muerto (2).

Hay que tener presente, empero, que las doctrinas de Leví en el punto de que se trata no deben de ser abso-

(1) Págs. 590 y 594.

(2) *Historia de Guatemala* ó *Recordación Florida* por D. Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán. «Otros casos (añade) me refería el Capitán D. Francisco de Fuentes y Guzmán, mi padre, que le acaecieron, gobernando en muchas partes, sin lo mucho que me notician religiosos de fe, de que pudiera llenar mucho volumen.»

lutas; pues otra autoridad irrecusable en materias de magia y de hechicería, Miguel de Cervantes, ofrece una excepción á la regla en el caso de la hermosa encantadora que, habiendo transportado por los aires, desde Italia á Noruega, un sujeto que por su desgracia estaba preso, convertida en loba al pisar las playas septentrionales, recibe una cuchillada de manos de su cautivo, y bañada en su propia sangre cae á los pies de él muerta(1). Los maestros, los que están en los ápices de la *ciencia oculta* ventilarán el punto, explicando el fenómeno, en tan grave divergencia de hechos y de principios; pues Cervantes, aunque novelista, cuando escribía y describía en cualquier género de asuntos, no lo hacía á humo de pajas.

Parece también no haber concordancia entre la idea de que el encanto se deshace con la efusión de sangre, como sucede en el caso de la maléfica de Cervantes y la tradición de ser invulnerable con armas de fuego el zoántropo. Al brujo *no le entran las balas,* dicen en el Río de la Plata. El brujo, de la propia manera que aquel que lleva pendiente del cuello un amuleto, una *guayaca,* y á veces un escapulario, está libre de la acción de los tiros. El escapulario, y la *guayaca*(2) ó amuleto (por el *guacanque* ó

(1) «Divisé que la que me abrazaba era una figura de lobo, cuya visión me heló el alma, me turbó los sentidos y dió con mi mucho ánimo al través. Pero como suele acontecer que en los grandes peligros la poca esperanza de vencerlos saca del ánimo desesperadas fuerzas, las pocas mías me pusieron en la mano un cuchillo que acaso en el seno traía, y con furia y rabia se lo hinqué por el pecho á la que pensé ser loba, la cual, cayendo en el suelo, perdió aquella fea figura, y hallé muerta y corriendo sangre á la desventurada encantadora.» *(Trabajos de Pérsiles y Sigismunda.)*

(2) V. pág. 513.

payé que contiene) aparta, cambia la dirección de las balas. El brujo está *retobado,* que es como decir, acorazado. *Retobar* es aforrar en cuero (generalmente) una cosa, como las *boleadoras* del hombre de campo, ó los potrillos, terneros, etc., con la piel de los que mueren ó se matan, á fin de que las madres de los muertos, tomándolos por suyos, los amamanten (1). Metafóricamente, pues, *retobado* es aquel que, por tener brujería, *payé* ó *guacanque,* está libre del peligro de morir de un balazo. Así cuentan de muchos que, permaneciendo inmunes después de repetidas descargas en el acto de ser fusilados, se les registró para ver si tenían algún escapulario, amuleto ó *guayaca.* Del registro resultó que en efecto tenían un escapulario ó una *guayaca.* Quitada la *guayaca* ó el escapulario los ajusticiados cayeron muertos á la primera descarga. Pero ni el santo del escapulario, ni el diablo escondido dentro de la *guayaca,* pueden nada ó pueden poco, por lo visto, cuando la herida se infiere con un golpe asestado inmediatamente por la mano firme de un agresor de coraje. En Francia, para que entre una bala en el cuerpo de un licántropo *(loup-garou),* tiene que haber sido bendita en la capilla de San Huberto, patrón de los cazadores, ó bien es necesario que la persona que asesta el tiro lleve consigo un poco de trébol de cuatro hojas, ó que

(1) «Aquí fué la primera vez que ví una cosa muy extraña. Acababa de nacer un pollino, y en la misma noche había parido una yegua. Quitaron el cuero al potrillo, y dentro de él envolvieron, ó, como por acá dicen, *retobaron* al jumento. Hecha esta diligencia, lo aplicaron á la yegua, quien, con solo el olor del cuero de su cría, admitió al borrico, le dió leche, y le cuidaba como á su hijo.» (El P. Fr. Pedro José de Parras, *Diario y Derrotero de su Viaje al Río de la Plata,* publ. en la *Rev. de la Bibl. Públ. de Buenos Aires* por D. M. R. Trelles.)

haya echado mano de algún otro recurso igualmente adecuado y eficaz al intento[1].

Por vía de divertimiento ó con otro designio, suelen algunos disfrazarse de terneros ó perros, ó de otro animal, envolviéndose en su pellejo, y asustando y á veces desbalijando á los transeuntes. En la frontera del Uruguay y el Brasil le salió muy mal su bellaquería á uno de estos bergantes; pues no faltó uno que, con más ánimo en su corazón que ideas supersticiosas en su mente, acechase al *lobishómem* desde un escondite del lugar donde acostumbraba presentarse, y de un par de balazos bien dirigidos, deshiciese el encanto. Sacado el cuero de que estaba revestida su figura natural y su malicia, presentóse á los ojos el cadáver de un vecino ocioso y mal acondicionado, que juzgara más cómodo y oportuno allegar por ese medio unos pesos ó reales con que ir á emborracharse y á jugar á la taba á la pulpería, que no reunir por el camino más áspero, cuanto menos azaroso, del trabajo los recursos necesarios para una vida morigerada. Y aquí parece que debieran buscarse los cabos del nudo gordiano de las transformaciones de que se trata. El encanto, dice la tradición, se deshace con sangre. La reversión del zoántropo á su ser natural, á la condición y formas de la persona, se verifica á favor de la efusión de sangre. Tan luego como el brujo recibe una puñalada ó un pistoletazo, si cae muerto, se le cae el *retobo* y se descubre su bellaquería. Si no muere y solamente queda herido, y puede hablar, viendo la cosa mal parada, se apresura á transformarse en ser humano, antes que de otra puñalada lo dejen tendido en el suelo y

(1) P. Larousse, *Dictionnaire de la Langue Française.*

no cuente el cuento, y arrojando la máscara que lo desfigura grita: — *¡Soy cristiano! ¡No me maten!* Por eso ningún brujo herido, continúa siendo brujo. Por eso se transforma en hombre inmediatamente después de sentir la puñalada. Por eso se deshace el encanto como por encanto. La *congestión ódica* y *simpática* de la *luz astral* se desvanece, pues, á favor de una cuchillada certera y eficaz que dé al traste con el *cuerpo astral* del lobo-hombre. El *cuerpo astral,* en tal caso, con toda su fluidez y celestial condición, de nada le vale.

Los contemporáneos de D. Jusepe Antonio González de Salas, es decir, los escritores del siglo décimosexto y del siguiente inmediato, atribuían á causas varias la, para ellos, positiva transmutación de hombres (y mujeres también, se entiende) en bestias: facultad especial extraordinaria y oculta de algunos individuos; virtud natural de ciertas piedras y plantas; *misturas* ó confecciones de determinados simples; prestigios ó especies engañosas interpuestas entre los ojos y los cuerpos que desfigura el espíritu inmundo: todo obrándolo originariamente, ó permitiéndolo, el soberano autor del universo. Los que atribuyen á melancolía ó alucinaciones de loco la existencia de licántropos, notoriamente yerran, á juicio de González de Salas; pues las personas que los ven, *no tienen en los ojos la misma locura* (1). Seguramente González de Salas no conocía la anécdota de San Macario (2).

El licántropo, según González de Salas, conserva el alma

(1) Disertación de González de Salas en la traducción intitulada *Compendio Geográfico é Histórico del Orbe Antiguo* de Pomponio Mela.
(2) Léase en el Cap. anterior.

racional[1]. Aunque la forma exterior se adultera, dentro subsiste la natural armonía y juego de las potencias ó facultades humanas. Si queda privado del uso de la palabra, si no expresa sus conceptos, impídeselo el defecto del órgano de la voz, que, mediante la transmutación, solamente puede emitir los sonidos con que manifiesta el lobo sus instintos. Pero se objetaría que la disposición y aptitudes del cuerpo de los vivientes depende de las condiciones del alma que le informa; por lo que no se concibe cómo el hombre puede transfigurarse en bestia y la bestia en hombre, ni conservar su esencial potencialidad cambiando de figura. Sin embargo es constante que muchos filósofos concibieron la posibilidad de la metamorfosis, sin perjuicio de subsistir idéntica la naturaleza íntima del ser transformado, como sin duda lo entendió Pitágoras en su célebre doctrina de la metempsicosis ó transmigración de las almas[2].

(1) Harto debieron de conocer el misterio de las transformaciones el cura y el labriego que departieron sobre la posibilidad de que cierto borrico leyese. El labriego juraba que el borrico leía, y el cura, para ser testigo de semejante maravilla, le puso un libro delante. El resultado, si no fué plenamente satisfactorio, dejó, á lo menos, establecida la verosimilitud del hecho; pues que el burro no leyese en alta voz, no excluía la posibilidad de que leyese para sí. He aquí contado el cuento por dos insignes maestros del arte dramático:

Un rústico llevó un día
Al cura de su lugar
Cierto asnillo que tenía,
Perjurando que leía
Con acierto singular.
El preste, de ingenio romo,
Busca, limpia y abre un tomo;
Lo mira el asno sesudo;
Mas ¿leer? Ni por asomo:
Se estaba mudo que mudo.
Ya el cura se amostazó
É impaciente exclamó así:
—«¿Lee este animal ó no?»
Y el otro le respondió:
—«Es que lee para sí.»

(*La Ricahembra* por D. Aureliano Fernández Guerra y Orbe y D. Manuel Tamayo y Baus.)

(2) Disertación de González de Salas, citada en la pág. 612.

Cervantes, de la propia manera que en el *Asno de oro* Apuleyo, conservó el entendimiento y alma racional en los perros *Cipión* y *Berganza,* cuya forma tomaron, al tiempo de nacer, los hijos de la Montiela, en fuerza de un hechizo que, enojada ó recelosa, les comunicara secretamente, recibiéndolos en sus manos, la Camacha de la Montilla, que con esa maligna idea se le ofreciera á servir de comadre. Hechicera sin igual en el mundo, la Camacha, que era fama transformaba los hombres en animales, se valió durante seis años, para sus comisiones y fechorías, de un sacristán convertido real y verdaderamente en asno. Las Circes y las Medeas, dijo la Cañizares, encantadoras y magas de la gentilidad, con su hermosura y sus halagos atraían á los hombres y los sujetaban tan despóticamente á su albedrío, que, perdiendo la racionalidad, quedaban convertidos en bestias; pero *Berganza* y *Cipión* eran *personas racionales* en figura de perros [1].

La idea de que una persona, por vía de encantamiento ó con hechizos, pudiese ser, ó estuviere expuesta á ser, transformada en bestia ó en ave, no se desvaneció un punto con la caída del gentilismo, antes bien echó mayores y más hondas raíces en el ánimo supersticioso de las gentes en los primeros siglos de la era cristiana y en la edad media.

Presentáronse á San Macario (siglo cuarto) un hombre y una mujer, casados, llevando consigo una que imaginaron yegua, con muestras del más profundo dolor y desconsuelo.—«¿Qué os pasa?» preguntóles el santo.—«Señor, le respondieron, esta yegua es una desventurada doncella, hija

(1) *Coloquio de los perros Cipión y Berganza* por Miguel de Cervantes.

nuestra, á quien unos malos hombres, con hechizos, han tornado, como veis, en bestia.» — «Yo á la doncella veo, replicó San Macario, y no tiene en sí cosa de bestia. Eso que decís que se halla en vuestra hija no está en su cuerpo, sino en vuestros ojos. Fantasías de demonios son ésas, buena gente.» En seguida San Macario, tomando el olio, ungió con él á la doncella en nombre de Jesucristo. Los padres de la doncella, de entonces más, tuvieron la dicha de contemplarla en su propio ser y formas naturales (1).

Durante la edad media, y aun en la moderna, generalizóse en Europa la creencia de que las personas de ambos sexos podían, á favor de ciertos hechizos ó por medio de un encanto, transformar ó ser transformadas en aves ó en cuadrúpedos (2). La transformación se verificaba voluntariamente ó por vía de maleficio. En unos era temporaria, dependiente de su voluntad y para sólo cumplir sus designios, buenos ó malos, y en otros fatal, ineludible y perpetua. Lo más común era tomar la forma, hábitos, condiciones é instintos de ave de rapiña, de lobo, de buho y de gato (3). Robar, matar, espiar y andar por los tejados ha-

(1) *Historia General y Natural de las Indias* por Gonzalo Fernández de Oviedo.

(2) Francisco Claudio Prieur dió á luz, en Antuerpia, el año de 1530, una obra intitulada *Diálogos sobre la Licantropía ó Transformación de los Hombres en Lobos, vulgarmente llamados* LOBOS ESPANTADIZOS, LOUPS-GAROUS. (*El Asno Ilustrado ó sea la Apología del Asno* por J. J. Zeper Demicasa, aprendiz de poeta.)

(3) «Otras veces, acabadas de untar, á nuestro parecer mudamos (las brujas) de forma, y convertidas en gallos, lechuzas ó cuervos, vamos al lugar donde nuestro dueño (el demonio) nos espera, y allí cobramos nuestra primera forma y gozamos de los deleites, que te dejo de decir, por ser tales, que la memoria se escandaliza de acordarse de ellos.» (*Coloquio de los perros Cipión y Berganza* por M. de Cervantes.)

ciendo travesuras, era, por lo visto, el principal ó más ordinario objeto á que se enderezaban las transformaciones voluntarias. De modo que el ser uno gato, lechuza, ave rapaz ó lobo carnicero dependería de las circunstancias. Preponderaron los lobos, especialmente en Francia, donde el *loup-garou* (licántropo) adquirió celebridad. Vale más, para el caso, ser lobo que cualquiera otra alimaña. Acredítale la constancia de su mal acondicionada índole: *muda el lobo los dientes, y no las mientes.* Muchas excelencias se le supusieron. Su vista era agudísima. Veía más de noche, que de día. Por obscuro que fuera, percibía clara y distintamente los objetos. Su mirada era dañosa. En viendo un lobo á un hombre antes de que el hombre viese al lobo, quedaba el hombre privado de la voz por algunos instantes. Cuando un lobo mataba muchos corderos, escogía el más ruin y flaco para llevárselo, á fin de huir mejor con él como más liviano. Y eso precisamente movió á los antiguos á comparar con las lobas á las mujeres; porque siempre escogen lo peor [1].

Ya próxima la época moderna, tomóse muy á lo serio, en las más cultas naciones, hasta por los príncipes y los varones de mayor doctrina, eso de transmutarse un hombre en lobo. Segismundo, emperador de Alemania (siglo décimoquinto) sometió á la deliberación de sabios teólogos las

(1) Plinio, *Naturalis Historia;* Apuleyo, *Asino Aures;* el P. Fray Baltasar de Vitoria, *Teatro de los Dioses de la Gentilidad.* Plinio dice que era un término execratorio el llamar á uno licántropo *(versipellis)*, de donde procede (piensa Baltasar de Vitoria) la expresión castellana *mudar el pellejo,* que equivale á *mudar de condición ó costumbres,* según el *Diccionario de la Lengua Castellana* por la Real Academia Española.

dudas que se le ofrecían sobre el particular. Decidióse que en efecto había licántropos ú hombres que, con ayuda del diablo, transformábanse en lobos. Más decidióse: que era una herejía negar, ó no creer, que hubiera licántropos [1].

Con el andar de los años, la creencia en la transmutación de los hombres en lobos llegó á tomar el carácter de manía epidémica. Grave por demás era esta nueva forma de la ya tan estrambótica creencia. No se trataba ahora de gente bellaca y endemoniada que intentare pasar por privilegiada con el don de transformarse, ó de transformar á otro, en lobo. Tratábase de gente sencilla, cuya simplicidad le conducía á creerse convertida positivamente en lobo, impulsándole, de resultas, á vivir como él é imitar sus costumbres. Los médicos de la época daban á esta dolencia moral el nombre de *manía lupina.*

Los arribeños de Tucumán, la Rioja, Catamarca, Salta, Jujuy, Santiago, en la Argentina, creen aún, por tradición indígena, que muchos tigres ó *aturuncos* han sido antes individuos de la especie humana [2]. Pero esta transformación no se ha verificado por los medios á favor de los cuales toma el ser de un animal el *zoántropo.* El brujo de las regiones andinas, del propio modo que el de las comarcas regadas por el Paraná y Paraguay, tomaba voluntariamente la forma del animal que se proponía representar. En el caso á que se alude, la transformación no es voluntaria, sino fatal; ni tampoco es pasajera ó para un fin determinado, sino perpetua. Es efecto de una lesión maléfica causada en

(1) *Mystères des Sciences Occultes* por Un Initié. Paris. Librairie illustrée.

(2) D. Samuel A. Lafone y Quevedo, *Londres y Catamarca.*

el cuerpo humano por las uñas ó los colmillos del tigre. El alma del herido transmigra. Entre Santa Cruz de la Sierra y Chiquitos, al Noroeste del Chaco (Bolivia), hay parcialidades que, como los guarayos, de raza guaraní, tienen por cierto que si el tigre araña al cazador, pierde éste el ser de hombre, cuya alma se convierte en la de la fiera que le clavara sus maléficas uñas. Por eso en sus reuniones se abstienen de beber la chicha en el mismo recipiente ó *mate* de que se sirve el arañado, temiendo contaminarse y verse convertidos ellos también en tigres. Eso obstaría á que, después de la muerte, fuesen á vivir nueva vida, como van los buenos, á la mansión de su progenitor que los espera con abundancia de chicha, para que puedan emborracharse á pedir de boca. Responde á esta aspiración la costumbre que tienen los guarayos de enterrar los muertos mirando al occidente, que es hacia donde se halla la deliciosa morada apetecida [1].

Los indios del Chaco dedicaron al tigre solemnes fiestas. Desembarazaban y limpiaban bien un campo abierto. Descortezaban dos largos y derechos palos y los clavaban en medio del campo destinado á la fiesta. Embijábanse y engalanábanse con plumas y abalorios ó chaquira según su usanza. Prevenían grandes cantidades de chicha; pues ya es sabido que entre los indios no hay fiesta sin borrachera. Reunidos todos, hombres y mujeres, entonaban monótonos cánticos á manera de clamorosas lamentaciones en torno de aquellos palos, en cuyo tronco iban haciendo cada día una figura imitativa de la piel del animal que reverencia-

(1) *Las Misiones Franciscanas entre los Infieles de Bolivia* por el R. P. Fray José Cardús.

ban. En sus clamores pedían al tigre que no les tomase sus hijos. La fiesta duraba lo que durase la chicha, acabando ordinariamente con pendencias, heridas y muertes [1]. Personificado un animal, no está lejos la imaginación de representarse transformado en él á un hombre, y es presumible que los indios de que se trata tuviesen una creencia análoga á la que tienen los guarayos respecto del tigre.

Los pampas creían que cada generación había sido creada por una deidad que presidía á su existencia terrenal. Unas procedían de la raza de los tigres, otras de la del león, otras de la del guanaco, del avestruz, etc. Sus deidades tutelares moraban, separadas unas de otras, debajo de una laguna, de una montaña ó de otro lugar señalado. Cuando los indios morían, iban á participar de una nueva vida de ultratumba con su divinidad generadora, junto á la cual gozaban la dicha inefable de estar eternamente borrachos [2].

La creencia de que un arañazo ó una mordedura fuese capaz de convertir á una persona en el animal que hubiese clavado en ella las uñas ó los dientes, existió también en el Viejo Mundo. Creyóse que un lobo, un caballo ó un buey que mordiese á una persona, la dañaba de tal manera, en ciertos casos, que acababa por transformarla en lobo, caballo ó buey. Esta creencia constituía la enfermedad imaginaria conocida con el nombre de *licantropía* y también de *manía lupina*. Es presumible que las demás genera-

(1) *Diario de la expedición hecha en 1774 al Gran Chaco* por el Gobernador de Tucumán D. Jerónimo Matorras, en la *Colección de Obras y Documentos relativos á la Historia Antigua y Moderna del Río de la Plata* por D. Pedro de Ángelis. Buenos Aires.

(2) *Descripción de la Patagonia y de las partes adyacentes* por D. Tomás Fálkner, en la citada *Colección* de Ángelis.

ciones indígenas del Nuevo Mundo que creyeron en brujos zoántropos, diesen también en considerarse expuestas, por un accidente análogo, á quedar convertidas en un animal cualquiera. La creencia en brujos zoántropos parece traer aparejada la enfermedad moral indicada, que responde á ella necesaria y lógicamente. El brujo engendra al monomaníaco. Á la inversa, no será aventurado decir que donde existe la creencia de que el arañazo ó mordedura de ciertos animales produce el efecto de convertir á la persona en el animal que infirió la herida, existe igualmente, ó, cuando menos, ha existido en otro tiempo, la creencia en la misma transformación por arte de brujería.

En el Río de la Plata no hay, ni puede haber, *licántropos,* como que en sus bosques no se guarece el lobo, ni sale en sus caminos al encuentro del caminante. En el Río de la Plata no hay más lobos que los marinos y los *bípedos* ó urbanos; y ninguna de estas dos clases de *lobos* utiliza el *lobisón* para sus fines. El lobo marino ó fluvial no sale del agua y de las islas ó costas donde habita. El *bípedo* no anda por los campos ni por los montes, aunque suele *andar á monte,* ni gusta de la vida rural, ni de morar en despoblado, aunque con sus uñas y sus dientes sería capaz de despoblar y dejar yermas las más grandes ciudades en que se cría y huelga: se traga un hombre con todo lo que lleva encima.

Ciego ó muy terco tendría que ser quien se atreviese á negar que, desde que el mundo es mundo, andan metidos entre la gente diversidad de animales en figura de seres humanos. Á cada paso en la conversación familiar, ó en la conversación airada, lo reconoce la sociedad, y constantemente lo pregonan el periodismo político y la crítica de

costumbres. ¿Quién no ha oído llamar á otro, por ejemplo, borrico, zorro, caballo ó *bagual, chancho* ó cochino? ¿Quién no ha leído lo propio en periódicos ó novelas? ¿Quién no sabe que hubo un hombre tan discreto, que halló retratada su propia personalidad, así como la de otros muchos prójimos á él semejantes, en el cadáver de un jumento? Yendo por un camino, vió en medio de él la osamenta de un burro. Se detuvo, como otros que pasaban, á contemplarla, y, meditando sobre el término de la vida, con grave y melancólico acento exclamó:—*¡Lo que somos!* Si todos cumplieran el aforismo de Sócrates: *conócete á tí mismo,* y lo practicaran con tanta sinceridad como el caminante del burro, ¡cuántos *pájaros* y *zorros,* cuántas *ratas,* cuántas *sierpes venenosas,* cuántos *lobos* y cuántas *hienas* no conociéramos, que, ocupando una alta posición social, ó vistiendo la toga del magistrado, ó arrodillándose todos los días al pie del altar con muestras de compunción, se venden por hombres de bien?

Un erudito humanista de principios del siglo décimoséptimo, D. Jusepe Antonio González de Salas, ya citado, concibió, disertando sobre licántropos, una idea muy original. Así como parece haber hombres que se transforman en bestias, dijo para sí, ¿porqué no habría de ser posible, queriéndolo Dios, que las bestias á su vez se transformasen en hombres? Confiesa, no obstante, que, antes que él, pensaron lo mismo Simónides y Proclo; pero también es cierto que, aun no había leído sus obras, cuando le asaltó aquella *sospecha,* hallazgo que dió lugar á que ya por entonces *recelasen espíritus nobles y trascendidos* (de claro y agudo ingenio) que viviesen entre la gente lobos, asnos, cochinos y otros diversos animales en figura de seres hu-

manos, pero con hábitos, actitudes, ademanes y rasgos fisionómicos que daban á conocer su verdadera forma é índole natural ó especie primera. No nos sorprenda, por tanto, el que topemos con individuos que, después de verlos y de hablar con ellos un rato, y á veces á la primera ojeada, los desconozcamos racionales: son bestias con apariencia de hombres (1).

Si los razonamientos de González de Salas sobre el particular de que se trata hubiesen sido conocidos de los modernos expositores del *ocultismo,* sin duda hubiéranle colocado en el número de sus más calificados predecesores. Elifás Leví, maestro y autor clásico en la materia, explana una doctrina exactamente igual á la de González de Salas, sin sospechar, por lo visto, que un humanista castellano le hubiese precedido siglos antes en la misma tarea. Sabida cosa es, dice Elifás Leví, que la fisonomía humana tiene alguna semejanza con el aspecto de uno ú otro animal, ó bien que lleva en sí marcado el predominio de un instinto determinado. Á unos instintos se contraponen otros diferentes de igual ó mayor eficacia, por los que son equilibrados ó vencidos. Si tú eres perro, y quieres que te ame una linda gata, no tienes más que metamorfosearte en gato por medio de la observación, de la imitación y de la imaginación, *polarizando tu propia luz animal, hasta*

(1) *Compendio Geográfico é Histórico del Orbe Antiguo* por Pomponio Mela, con *nueva y varia ilustración* vertido al castellano por D. Jusepe Antonio González de Salas. Edición de Sancha. Antes de dar á la estampa sus comentarios el traductor de Mela, sometiólos particularmente á la censura del Dr. Martín Vázquez Siruela, teólogo y literato granadino, quien, no sólo aprobó la conjetural doctrina del disertante, sino que escribió sobre el particular un *discurso muy erudito,* que *brevemente en lugar oportuno vería la luz pública.*

conseguir el equilibrio de la fuerza que obraba en sentido antagónico. La polarización magnética puede efectuarse por medio de formas animales. Los magnetizadores dan al agua pura, por la sola imposición de las manos (voluntad expresada por un signo), las propiedades del vino ó de un medicamento. Los domadores de fieras dominan al león, superándole mental y magnéticamente en fuerza y en bravura. Los animales son los símbolos vivos de las pasiones é instintos de los hombres. Un hombre tímido conviértese en liebre, el feroz en tigre. Gran potencia mágica desarrolla San Ignacio en sus *Ejercicios,* ordenando á sus discípulos que vean, gusten y palpen las cosas invisibles. El jesuíta, de tal suerte constituído, comunica la eficacia de sus principios á un conjunto de voluntades igualmente acondicionadas, y cada uno de los padres de la compañía es tan fuerte como la sociedad religiosa que concurre á integrar, y esta sociedad es más fuerte que el mundo [1]. Así se explica el *más sabio de los ocultistas contemporáneos,* según juzga Papús á Elifás Leví.

El sapientísimo vulgo parece arrimarse á la opinión de González de Salas. Para él, ciertos sujetos, con señales notorias, publican su condición de zoántropos. El ser, por ejemplo, muy flaco y bajito, ó muy escuálido y alto, con algo de singular en sus costumbres, le hacen sospechoso: ése es muy probable que sea *lobisón.* Los extremos se tocan: ó muy alto, ó muy bajo, pero chupado y misterioso en uno y otro caso. También es indicio casi seguro de zoantropía la circunstancia de tener los dientes superiores, como dicen, *salidos,* es decir, cuando, por un defecto de la

(1) *La Clef des Grands Mystères* por Elifás Leví.

mandíbula, salen fuera de la boca. Á los que ofrecen esta particularidad llaman *boquines*. Los dientes *salidos* arguyen, á la cuenta, las aficiones caninas de la persona. También en este particular parecen conformarse las opiniones del vulgo con las enseñanzas de Leví. Según Leví, como se acaba de ver, la fisonomía de cada individuo lleva marcado el sello de su instinto predominante. Esta circunstancia le predispone á transformarse, por medios adecuados, en el animal cuyo instinto manifiesta predominar entre las condiciones de su carácter. Por tanto, quien con la disposición de sus dientes manifiesta ser capaz de dar una tarascada lobuna, da á conocer que tiene instintos de lobo y la consiguiente predisposición á transformarse en esta feroz alimaña: no le falta más que la piel de ella, para serlo en cuerpo y alma.

La creencia en las transformaciones ha sido cosa llanamente admitida entre toda clase de personas, así rústicas como letradas. La multitud de clérigos solicitantes perjudicaba no poco la religión y las buenas costumbres en América[1]. Señaladamente los religiosos escandalizaron de continuo á la sociedad con sus torpezas. El Tucumán, que abrazaba entonces casi todas las actuales provincias argentinas situadas entre el Paraná y los Andes, fué teatro de grandes escándalos. Aunque la Inquisición persiguió á los que, abusando de su ministerio, corrompían las costumbres, fué necesario acorazar con terrores el pecho de las mujeres sencillas; pues su propia honestidad no era bastante á escudarlas contra las solicitaciones de los que se presentaban revestidos de un carácter sagrado. Hízoseles,

(1) Véase el Cap. VI.

para el efecto, creer que *las que conocían frailes, se volvían mulas.* Las pasiones sexuales degradando al hombre, conviértenle en bestia, como refiere la fábula antigua de las Medeas y Circes, cuya gracia y hermosura eran su hechizo. ¿En qué especie de animal se convirtiera el solicitante, á quien le priva de la racionalidad, no ya la coquetería femenil, sino su propio delito[1]?

Se ha dicho antes que en el Río de la Plata no hay lobos. Sin embargo los descubridores creyeron que los hubiese, tomando por tales otros cuadrúpedos que se les parecían á la distancia y que no pudieron observar convenientemente á los principios. Así sucedió con el *aguará-guazú,* que se asemeja bastante al lobo. Gonzalo Fernández de Oviedo, describiendo las regiones del Río de la Plata, da por cierto que hay en ellas *lobos mayores que grandes alanos*[2]. Tomó Oviedo la noticia de boca de Juan de Junco, tesorero de la armada de Gaboto. Junco le dijo que había lobos muy grandes y muy armados de colmillos, con dientes semejantes á los del perro y el pelo parecido al de la vaca: de noche daban muchos aullidos. Por el tamaño, por los dientes y colmillos, por el pelo colorado (que es el común del ganado vacuno), por el grito particular que da de noche y por lo que al lobo se parece, no cabe duda de que el cuadrúpedo á que Junco se refería es el *aguará-guazú* (voces guaraníes que significan *zorro*

(1) Fray Andrés Corral, tratando de persuadir á una mujer que á sus instancias le daba por respuesta que *las que conocían frailes, se volvían mulas,* le replicaba que *por el contrario se iban al cielo.* (Relación de procesos en la *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de Lima* por D. J. T. Medina.)

(2) *Historia General y Natural de las Indias.*

grande), especie de raposo lanudo y gigantesco que se cría en las regiones templadas y aun cálidas del Río de la Plata. El color del cuerpo es propiamente rojizo amarillento; las manos y pies, así como la punta y hacia el medio de la cola, negros. Fino y largo el hocico, largas las patas, más alto acaso que un perro lebrel, quiere imitar inciertamente el ladrido del perro. Camina moviendo á un tiempo la mano y pie de cada lado, como el caballo *andador* ó de sobrepaso. Habita con preferencia las vertientes de los ríos Paraná, Paraguay y Uruguay, arriba. La piel del *aguará,* como se le llama comúnmente, ha fama de ser eficaz remedio de las hemorroides; por lo que son muy estimados los *cojinillos* ó *pellones* que hacen de ella para los recados de montar que usa el hombre de campo.

Es el *aguará* fiera temible y muy capaz de hacer pedazos á un hombre; pero arisco por demás: no se aproxima, como el lobo, á los caminantes, ni los acomete, á no ser que lo persigan ó se le interpongan con amenazas. El lobo de la Península acostumbra ir emparejado con el viandante, á cierta distancia que le permita arrojarle, con manos y pies, terrones y rociadas de tierra que levanta del suelo. Este hábito es de presumir que haya influído en el prevenido ánimo del vulgo supersticioso para confirmarle en la sospecha de ser un brujo transfigurado.

El brujo advenedizo ó el brujo criollo que, á impulso de sus aficiones y hábitos adquiridos en Europa, intentara convertirse en lobo en el Río de la Plata, se vió imposibilitado de hacerlo y hubo de buscar otras formas de animales para cumplir sus designios. Halló en el Río de la Plata, así como en el Brasil, vastísima región comarcana, multitud de animales, así indígenas como importados de

Europa, que en el continente de Colón hanse propagado mansos ó domésticos y silvestres ó bravíos. De unos y de otros se vale el zoántropo, comúnmente llamado *brujo, lobisón* ó *lobishómem.* Este bellaco *brujo, lobisón* ó *lobishómem,* en el Río de la Plata y en el Brasil, así anda por las afueras de los pueblos ó calles de una ciudad, cuando están solas, como por las encrucijadas y caminos, por despoblados y serranías. Adopta ordinariamente el tipo del cerdo ó *chancho,* de la ternera ó del perro doméstico, para transfigurarse. Pero tiene mucho y muy bueno en que elegir. El zorro, por ejemplo, le hallará en todas partes, y es fácil comprender cuánto puede servir el *zorro* al zoántropo. Hasta podrá en ocasiones suplir por el *lobo.* Zorros, perros, lobos, manopeladas y otras alimañas que la historia natural aun no ha clasificado, son *lobos de una camada.* No tratándose de una carnicería humana, es lo mismo, por ejemplo, el zorro que el lobo; pues *el lobo y la vulpeja ambos son de una conseja.* El *apereá,* el *capincho,* el *gato montés,* el *manopelada* ó *perro del monte* (*aguará-popé* de los guaranícs) y el *cuatí* pueden servir de mucho al zoántropo en sus empresas.

FIN.

LISTA ALFABÉTICA

DE LOS AUTORES CITADOS EN ESTA OBRA.

Los números romanos se refieren á la Introducción *y los arábigos al texto y á sus notas.*

TABLA ALFABÉTICA

DE COSAS NOTABLES.

(Véase, respecto de muchas de las voces aquí registradas, el VOCABULARIO RIOPLATENSE por el autor, 2.ª edición.)

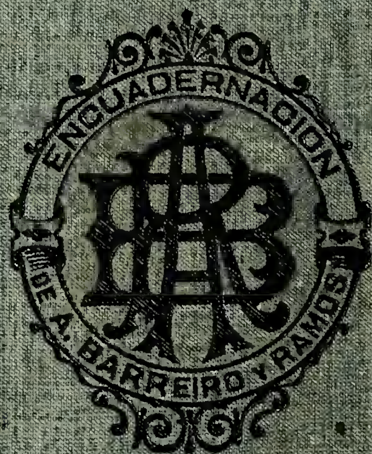
Los números romanos indican la página de la INTRODUCCIÓN *y de sus notas. Los números arábigos señalan la página del texto y de las notas de la obra.*

ÍNDICE GENERAL.

ERRATAS Y CORRECCIONES.

Página	Línea	Dice:	Léase:
XII...	7....	en orden	en el orden
11...	14....	Ayolas después	Ayolas, después
30...	12 y 13	otro, etc.	otro etc.
62...	2....	hicieran las	hicieran entre los muslimes las
77...	12....	escuela	secuela
133...	32....	nueva	mera
146...	28....	García	Rocha
193...	13....	*machíes*	*machíes)*
196...	24....	angosto	angosto,
207...	17....	Venezuela y de	Venezuela y horóscopos de
208...	2 y 3..	regalaban una vez	regalaban los Incas una vez
224...	17....	achatado, en	achatado en
230...	19....	Pero se habituaron á	Se habituaron luego á
233...	16...	mano)	mano,
257...	21 y 22	*vienteveo*	*bienteveo*
273...	28....	que	qué
275...	8....	que	y
275...	9....	(2); y en	(2). En
276...	17....	Tenían una	Tenían los peruanos una
306...	6 y 7..	sarracenos. Los árabes	sarracenos; bien que los árabes
468...	11....	*luz*	*agua*
547...	11 y 12	curaciones deben	curaciones que después de este reconocimiento se aplicaren al enfermo, deben

Acabóse de imprimir este libro en Montevideo,
en casa de Dornaleche y Reyes,
á 9 del mes de febrero del
año de mil ochocientos
noventa y siete.


ENCUADERNACION
DE A. BARREIRO Y RAMOS